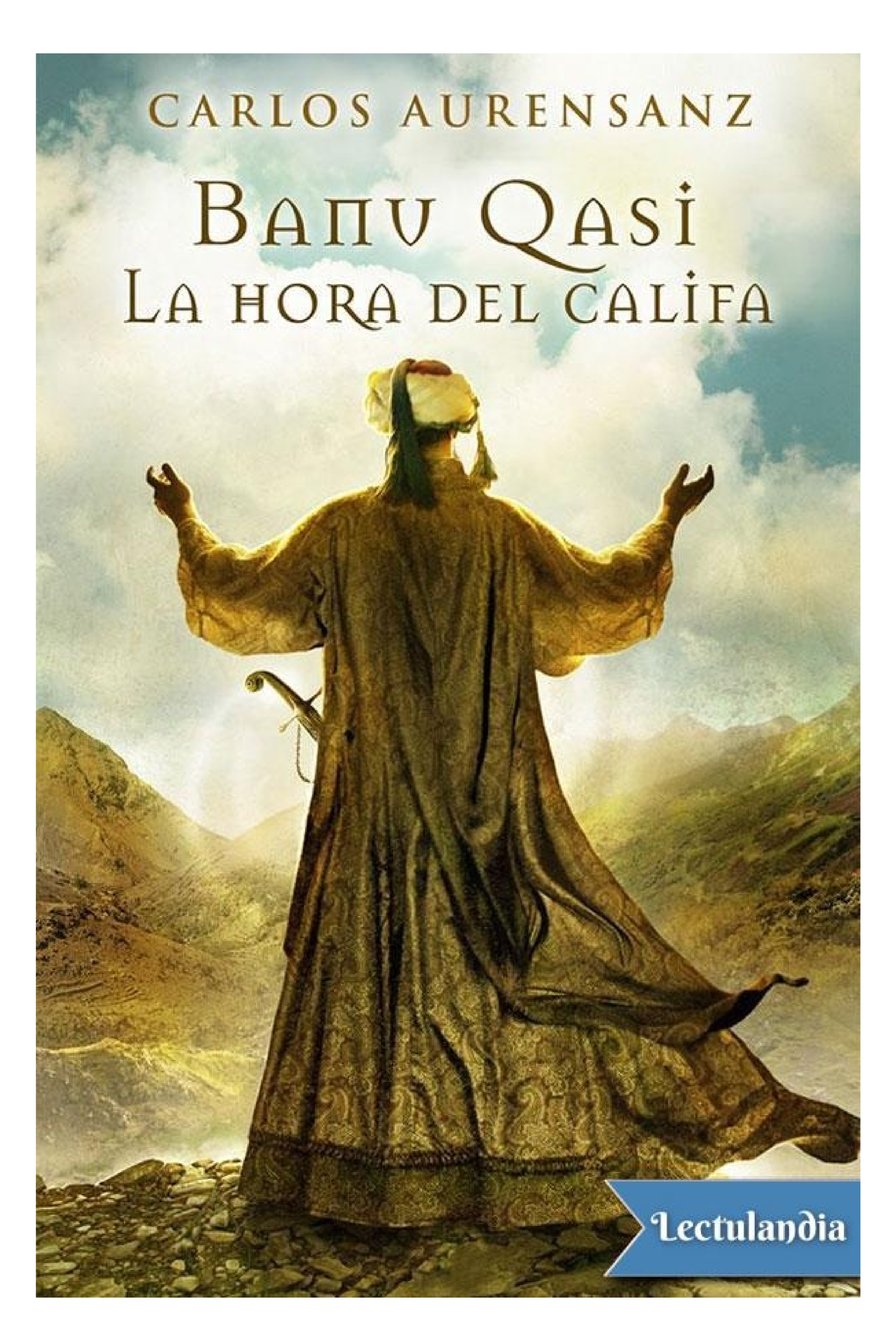

CARLOS AURENSANZ
BANU QASI
LA HORA DEL CALIFA
Lectulandia

En los albores del siglo X, la península Ibérica se encuentra dividida entre los reinos cristianos del norte y el emirato de Córdoba en el sur, lugares donde se desarrolla esta historia.

Atrapados entre ambos, el clan de los Banu Qasī, ya en horas bajas, defiende a sangre y fuego su posesión más preciada, la ciudad de Tudela. Sin embargo, los dominios que han conservado durante dos siglos se encuentran ahora en tierra de nadie, allí donde se producirá el choque inevitable entre dos civilizaciones irreconciliables.

Con el rigor histórico que lo ha caracterizado desde la primera entrega de la trilogía, Aurensanz nos deleita una vez más con su enorme capacidad para convertir documentos en historia narrada y transportar al lector, mediante detalladas descripciones, a otro tiempo y otro lugar. En esta última entrega deja claro que posee un formidable talento narrativo que parece haber alcanzado su absoluta madurez.

Lectulandia

Carlos Aurensanz

Banū Qasī. La hora del califa

Banū Qasī, 3

ePub r1.0

Artifex 29.12.13

Título original: *Banū Qasī. La hora del califa*
Carlos Aurensanz, 2013
Diseño de portada: Alejandro Colucci

Editor digital: Artifex
ePub base r1.0

Dramatis personae

Abbás ibn Abd al Aziz: General cordobés.
Abd a Aziz: Hijo varón del emir Abd al Rahman III y su esposa Maryam.
Abd al Malik: Primogénito de Al Tawil.
Abd al Rahman I: Primer emir de Córdoba (756-788).
Abd al Rahman ibn Badr: Hijo del hachib Badr ibn Ahmad.
Abd al Rahman ibn Ibrahím ibn Hayay: Hijo de Ibrahím ibn Hayay, reyezuelo de Ishbiliya.
Abd al Rahman ibn Umar: Hijo de Umar ibn Hafsún.
Abd al Rahman II: Cuarto emir de Córdoba (822-852).
Abd al Rahman III: Octavo emir de Córdoba, hijo de Muhammad ibn Abd Allah. Sucedió a su abuelo tras la muerte de su padre.
Abd Allah ibn Muhammad: Séptimo emir de Córdoba (888-912), esposo de Onneca y padre de su hijo Muhammad.
Abd Allah ibn Muhammad: Segundo hijo de Muhammad ibn Lubb, caudillo de los Banū Qasī desde 907.
Abú Marwám: Segundo hijo varón del emir Abd al Rahman y Maryam.
Abú Nasr: Famoso arquero en las filas de Ibn Hafsún.
Abu Umayya: Uno de los hijos del emir Abd Allah.
Abū Yazīd: Caudillo de la tribu de los zenetas.
Adosinda: Primera esposa de Ramiro de León.
Adur: Personaje ficticio. Hermano de Muzna y, por tanto, tío de Abd al Rahman III.
Adur ibn Badr: Personaje ficticio. Nombre supuesto del segundo hijo del hachib Badr ibn Ahmad.
Ahmad ar-Razi: Poeta cordobés.
Ahmad ibn Baqi: Qadí de Qurtuba.
Ahmad ibn Maslama: Caudillo sevillano, opuesto a los Ibn Hayay.
Ahmad ibn Muhammad: Hermano del emir Abd Allah.
Ahmad ibn Muhammad ibn Hudayr: Visir de Abd al Rahman III.
Al Anqar: Mujahid al Tuchibí, gobernador de Saraqusta.
Al Hakam I: Tercer emir cordobés (796-822).
Al Mahdi: Ubayd Allah al Mahdi, primer califa fatimí (909-934).
Al Mundhir: Sexto emir de Córdoba (886-888).
Al Tawil: Sobrenombre de Muhammad ibn Abd al Malik, gobernador de Huesca.
Alfonso Froilaz: Hijo de Fruela II de León.

Alfonso III: Rey de Asturias (866-910). Conocido como Alfuns entre los musulmanes.

Alfonso IV: Alfonso Ordóñez, rey de León.

Álvaro Herrameliz: Conde de Álava.

Andregoto: Hija de Galindo Aznar y Sancha Garcés.

Aragonta: Segunda esposa de Ordoño II de León.

Argentea: Hija de Sulaymán ibn Umar.

Aslam ibn Abd al Aziz: Primer qadí de Abd al Rahman III.

Ayyub ibn Umar: Primogénito de Umar ibn Hafsún.

Aznar Sánchez de Larraón: Hijo de Sancho Garcés, esposo de Onneca Fortunez, padre de Toda Aznárez.

Azzam: Personaje ficticio. Pescador andaluz, partidario de Ibn Hafsún.

Badr: Personaje ficticio. Eunuco del harem de Abd Allah, muerto en 891.

Badr ibn Ahmad: Hachib y hombre de confianza de los emires Abd Allah y Abd al Rahman III.

Basilio: Obispo de Pamplona.

Bastán: Gobernador cordobés de Úbeda, priopietario de una famosa espada que llevará su nombre.

Belasquita Sánchez: Hija de Sancho Garcés I y Toda Aznárez.

Columba: Esposa de Sulaymán ibn Umar, madre de Argentea.

Conde Casio: Conde visigodo que dominaba las tierras del Ebro a la llegada de los musulmanes en 714. Adoptó la fe de los conquistadores y se convirtió en mawla del califa de Damasco, conservando así sus derechos y el gobierno de sus tierras. Sus descendientes, los Banū Qasī, mantendrían este poder durante generaciones.

Dadildis de Pallars: Madre de Sancho Garcés I.

Dulce: Mártir cordobesa.

Dulcidio: Clérigo leonés, embajador en la corte cordobesa.

Elvira: Primera esposa de Ordoño II.

Elvira: Personaje ficticio. Una de las monjas eremitas de Burbaster.

Enneco Garcés: Regente de Pamplona hasta la muerte de Fortún Garcés en 905.

Eugenia: Mártir cordobesa.

Eugenia: Personaje ficticio. Una de las monjas eremitas de Burbaster.

Eulogio: Obispo cordobés.

Fátima al Qurayshiya: Primera esposa del emir Abd al Rahman III.

Fortún Garcés: Hijo de García Iñiguez. Permaneció como rehén de Córdoba entre 860 y 880. Regresó como rey de Pamplona, aunque abdicó antes de su muerte en 905. Su sucesor fue Sancho Garcés I.

Fray Aurelio: Personaje ficticio. Monje de Burbaster.

Galindo: Obispo de Pamplona.

Galindo Aznar: Conde de Aragón.

García I: Primer rey de León.

García Sánchez: Hijo de Sancho Garcés I y Toda Aznárez.

García Ximenez: Uno de los *seniores* vascones, emparentado con los Arista. Casó a varios de sus hijos e hijas con hijos y nietos del rey de Pamplona. Padre de Sancho Garcés I.

Goto Nuñez: Esposa del rey Sancho de León.

Guifrid el Velloso: Conde de Barcelona.

Hafs ibn Umar: Hijo de Umar ibn Hafsún.

Hana: Personaje ficticio. Esposa de Abd Allah ibn Muhammad.

Hāsim al Tuchibí: Hijo de Al Anqar.

Hermenegildo: Obispo de Compostela.

Hermogio: Obispo de Zamora, apresado en la batalla de Muez.

Hixam I: Segundo emir de Córdoba (789-796).

Ibn Abd Rabbihí : Poeta cordobés.

Ibn Abí Abda: Prestigioso general, comandante del ejército cordobés.

Ibn al-Wárit: General cordobés.

Ibn Basíl: General cordobés.

Ibn Bizant: Gobernador cristiano de Úbeda.

Ibn Mastana: Lugarteniente de Umar ibn Hafsún.

Ibn Nabíl: Capitán de Ibn Hafsún.

Ibn Rudmir: Personaje ficticio. Hijo de Rudmir, uno de los capitanes cristianos de Burbaster.

Ibn Tumlús: General cordobés.

Ibrahím ibn Hayay: Gobernador árabe de Ishbiliya.

Idris I: Descendiente de Mahoma, fundador del califato Idrisí con capital en Fez.

Isa ibn Ahmad: Visir de Abd al Rahman III.

Ishaq: Personaje ficticio. Lugarteniente de Ibn Hafsún.

Ismail ibn Badr: Poeta cordobés.

Ismail ibn Mūsa: Hijo menor de Mūsa ibn Mūsa.

Lubb ibn Muhammad: Hijo de Muhammad ibn Lubb, caudillo de los Banū Qasī desde el año 898. También conocido con el apelativo familiar de Lubb ibn Qasī.

Maqsim: Obispo de Burbaster.

Maryam: Concubina y luego esposa del emir Abd al Rahman III.

Muhammad I: Quinto emir de Córdoba (852-886).

Muhammad ibn Abd al Wahhab: Gobernador cordobés.

Muhammad ibn Abd Allah: Hijo primogénito del emir Abd Allah y Onneca

Fortúnez.

Muhammad ibn Ibrahím ibn Hayay: Hijo de Ibrahím ibn Hayay, reyezuelo de Ishbiliya.

Muhammad ibn Ismail: Hijo de Ismail ibn Mūsa, primo de Lubb ibn Muhammad.

Muhammad ibn Lubb: Hijo primogénito de Lubb ibn Mūsa, caudillo de los Banū Qasī hasta 898.

Muhammad ibn Lubb: Hijo de Lubb ibn Muhammad, caudillo de los Banū Qasī desde 915.

Munia Sánchez: Hija de Sancho Garcés I y Toda Aznárez.

Mūsa ibn Abd Allah: Supuesto último caudillo de los Banū Qasī, segundo hijo de Abd Allah ibn Muhammad.

Mūsa ibn Muhammad ibn Hudayr: Visir de Abd al Rahman III.

Mūsa ibn Muhammad ibn Sa'id: Hachib de Abd al Rahman III.

Mūsa ibn Mūsa: Muladī, principal caudillo de los Banū Qasī (788-862). Llegó a ser considerado «el tercer rey de España» por las crónicas cristianas. Hermano de sangre de Iñigo Arista.

Mūsa ibn Nusayr: Conquistador de la Península Ibérica a partir de 711.

Mutarrif ibn Abd Allah: Segundo hijo del emir Abd Allah, asesino de su hermano Muhammad, el primogénito.

Mutarrif ibn Di-l-Nun: Caudillo bereber del distrito de Santaver.

Mutarrif ibn Muhammad: Tercer hijo de Muhammad ibn Lubb, gobernador de Toledo desde 898.

Muzna: Madre de Abd al Rahman III, vascona.

Nayat: Personaje ficticio. Partera del *harém* del emir.

Nicolás: Personaje ficticio. Muchacho de Burbaster.

Nora: Personaje ficticio. Nombre supuesto de la esposa del hachib Badr ibn Ahmad.

Onneca Fortúnez: Hija del rey Fortún Garcés, cautiva con él en Córdoba durante veinte años. Allí casó con el príncipe Abd Allah, después emir, para ser madre de su primogénito. Abuela de Abd al Rahman III, primer califa de Córdoba.

Onneca Sánchez: Segunda hija de Sancho Garcés I y Toda Aznárez.

Orbita Sánchez: Hija menor de Sancho Garcés I y Toda Aznárez.

Ordoño II: Rey de León a principios del siglo X. Urdūn para los árabes.

Pedro: Primer abad del monasterio de Albelda.

Pelayo: Joven mártir cristiano cordobés.

Raissa: Personaje ficticio. Esposa de Mutarrif ibn Muhammad.

Ramiro: Tercer hijo de Ordoño II de León.

Ramón de Pallars: Conde de Pallars.

Rudmir: Capitán de Ibn Hafsún.
Sa’id ibn Al Mundhir: Gobernador de Guadalajara.
Sa’id ibn Hudayl: Rebelde fiel a Ibn Hafsún.
Sa’id ibn Nabil: Oficial del ejército cordobés.
Sa’id ibn Ya’la: Oficial del ejército cordobés.
Sahra: Personaje ficticio. Esposa de Muhammad ibn Lubb, madre de Lubb ibn Muhammad.
Salvador: Personaje ficticio. Hermano herbolario de un monasterio en Albelda.
Samuel: Nombre cristiano de Sulaymán ibn Umar.
Sancha Aznárez: Hija de Onneca Fortúnez y Aznar Sánchez.
Sancha Sánchez: Hija mayor de Sancho Garcés I y Toda Aznárez.
Sancho Aznárez: Hijo de Onneca Fortúnez y Aznar Sánchez.
Sancho Garcés I: Esposo de Toda Aznárez, rey de Pampilona desde 905.
Sancho Ordóñez: Hijo primogénito del rey Ordoño II de León.
Sayida: Hija de Al Tawil, esposa de Lubb ibn Muhammad.
Shamena: Personaje ficticio. Supuesta primera esposa de Lubb ibn Muhammad.
Shara: Personaje ficticio. Supuesta esposa de Muhammad ibn Lubb, madre de Lubb, Abd Allah y Mutarrif.
Sulayman ibn Umar: Hijo de Umar ibn Hafsún.
Talal: Personaje ficticio. Muchacho cristiano apresado en una aceifa y convertido en eunuco del alcázar.
Tariq ibn Ziyad: Lugarteniente de Mūsa ibn Nusayr, conquistador de la Península Ibérica a partir de 711.
Toda Aznárez: Hija de Onneca Fortúnez y esposa de Sancho Garcés I.
Ubayd Allah: Hijo varón del emir Abd al Rahman III y su esposa Maryam.
Umar ibn Ayyub: Nieto de Umar ibn Hafsún.
Umar ibn Hafsún: Rebelde malagueño que consiguió poner en jaque al emirato de Qurtuba.
Urdūn: Denominación árabe de Ordoño II.
Urraca Sánchez: Tercera hija de Sancho Garcés I y Toda Aznárez.
Wadinás: Capitán de Ibn Hafsún.
Ximeno: Obispo de Pamplona.
Ximeno Garcés: Hermano de Sancho Garcés I, esposo de Sancha Aznárez.
Ya’far ibn Umar: Hijo de Umar ibn Hafsún.
Yahya: Muchacho que ayuda a Musa tras la batalla de Albelda.
Yahya ibn Idris: Yahya IV, emir idrisí.
Yahya ibn Ishaq: Médico judío de la corte cordobesa.
Ya’qūb ibn Abí: Oficial del ejército cordobés.
Yunus ibn Muhammad: Hijo de Muhammad ibn Lubb, hermano de Lubb ibn

Muhammad.

Yusuf ibn Muhammad: Hijo de Muhammad ibn Lubb, hermano de Lubb ibn Muhammad.

Zakariyya: Personaje ficticio. Supuesto nombre de la infancia del personaje que será conocido como Badr ibn Ahmad.

Año 892, 279 de la Hégira

1

Qurtuba

Zakariyya se dejó arrastrar por la multitud. El hambre y la fatiga de las últimas jornadas habían acabado por nublarle la razón, y de buen gusto se habría dejado caer en cualquier esquina de no haber sido por el temor a verse pisoteado por aquel gentío ávido de alcanzar el puente. Habría deseado llegar a Qurtuba en mejores condiciones, para disfrutar de la primera visión de aquella ciudad que había ocupado sus pensamientos durante meses, pero era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera conseguir algo que llevarse a la boca. Se había equivocado al creer que las primeras horas del día serían las más propicias para cruzar el río y acceder a la ciudad a través de la Bab al Qantara. Pese a que había caminado durante buena parte de la noche, al amanecer el arrabal de Saqunda, que daba acceso al puente, se hallaba ya atestado de campesinos procedentes de las villas y alquerías vecinas que pugnaban con sus mulas por ser los primeros en satisfacer el pago exigido para ocupar su lugar en el zoco, al otro lado de la imponente muralla. A pesar de lo temprano de la hora, el sol ya se encontraba sobre el horizonte, de modo que el calor comenzaba a acusarse y el penetrante olor de hombres y bestias aturdía los sentidos, y la nube de polvo que los envolvía impedía divisar lo que sucedía apenas unos pasos más allá.

Los últimos edificios del arrabal dieron paso al fin a una magnífica torre que protegía el acceso meridional a la ciudad, y la suave brisa que ascendía por el cauce del Ūadi al Kabir acabó disipando la incómoda polvareda. Ante los ojos del muchacho se dibujó el perfil de la capital, del que sobresalía orgulloso el alminar de la aljama, la mezquita de la que cualquiera en Al Ándalus, incluso un niño de once años como él, había oído hablar. A su izquierda distinguió el contorno aserrado del que sin duda era el *alqásr* real y ante los muros de este, girando de forma lenta y majestuosa, la más imponente *na'úra* que jamás hubiera visto, desde la que caía una catarata de agua fresca cuyo sonido llegaba con nitidez al otro lado del río.

Zakariyya fue entonces de nuevo consciente de la sed y el hambre se hizo notar de forma ya dolorosa, como un calambre constante en el estómago. Sus pasos le habían ido aproximando a la orilla del río sin apenas darse cuenta, extasiado por la visión de aquella ciudad magnífica, tan distinta de la pequeña aldea de la que procedía. No le importó perder su sitio entre la masa que se dirigía hacia el puente, al fin y al cabo no estaba dispuesto a soportar una espera que podría prolongarse hasta

la siguiente llamada a la oración cuando no tenía nada que vender y ni siquiera estaba seguro de que los hombres del *sahib al suq* fueran a permitir a un muchacho desarrapado como él entrar en la *madina*. Se dejó caer por fin en la ladera cubierta de hierba fresca que descendía hacia el cauce y contempló el más cercano de los molinos ubicados sobre un *assúd* en el centro de la corriente, aguas abajo del puente. El nudo en el estómago se le tensó, sintió cómo ascendía por su pecho hasta atenazarle la garganta, para acabar obligándole a pasarse el dorso de las manos por los ojos arrasados. Aquel era el destino que se había marcado cuando salió de Istiya, pero en el momento de abandonar la relativa protección de su familia adoptiva albergaba la esperanza de encontrar un medio de vida en la capital. Ahora, allí, solo entre la multitud, la esperanza le había abandonado, y no sentía más que desamparo, angustia y miedo.

Hacía poco más de un año que su padre había muerto a las puertas de Bulāy, luchando en las filas del rebelde Umar ibn Hafsún. Fue uno de los centenares de hombres que trataron de refugiarse tras los muros del castillo después de la desbandada que se produjo en el campo de batalla. Huían de la caballería del emir Abd Allah, que los perseguía tras el descalabro de sus filas, pero encontraron cerradas las puertas de la fortaleza, y la promesa de refugio derivó en una cruel cacería que acabó con escasos supervivientes. Él no tenía más que diez años entonces, pero no olvidaría mientras viviera el relato de uno de los afortunados que habían alcanzado la protección del castillo, un buen amigo de la familia, ante su madre. Entonces, oculto tras la cortina de la alcoba, Zakariyya escuchó aquella voz masculina que, extrañamente entrecortada por los sollozos, pedía a la viuda perdón por haber salvado la vida. Y allí escuchó también el nombre de Umar ibn Hafsún, el autor de la orden de atrancar las puertas de Bulāy y condenar a una muerte segura a su padre y a cientos de sus compañeros de armas. Odiaba a Ibn Hafsún. Tanto o más que al emir Abd Allah.

Luego todo había empeorado, porque después de la guerra la hambruna asoló la *kūra*. Su madre se vio obligada a trabajar de sol a sol para alimentarles a él y a sus dos hermanas pequeñas, y aun así no alcanzaba a proporcionarles más que una frugal comida que tomaban al caer la tarde y que a duras penas les permitía dormir sin que el hambre atenazara sus pequeños estómagos. Más de un día, lo que había era repartido entre los tres, que comían ávidos mientras su madre los contemplaba con una sonrisa. Aquella sonrisa, sin embargo, había desaparecido dos meses atrás, la mañana en que fue incapaz de levantarse del lecho. Cuando murió, los tres hermanos fueron acogidos por la hermana de su padre, que no tardó en dar muestras de impaciencia ante el hecho de contar con tres bocas más que alimentar. Con once años, Zakariyya era el mayor, y no tuvo que esperar a oír lo que se esperaba de él. Lo más doloroso había sido separarse de sus dos hermanas, y por eso lo hizo sin despedirse.

No fue capaz de enfrentarse a sus miradas, a las explicaciones y las mentiras que tendría que haber pergeñado cuando le preguntaran con voz temblorosa si volverían a verse. Se fue de noche, consolándose con la idea de que aquel día la ración sería un poco más generosa para ellas.

Las lágrimas corrían ahora por sus mejillas, pero eso no le avergonzó. Había tomado una decisión y seguiría adelante como fuera, de modo que se levantó. Se abrió paso entre la multitud en busca de lo que necesitaba con la vista aún nublada, y lo descubrió sobre una mula que avanzaba trabajosamente por la vereda que discurría en paralelo al río. En el lomo portaba un saco que parecía repleto, y confirmó su contenido cuando vio al arriero dar un bocado a una jugosa manzana, sin duda de las primeras del verano. Escrutó al mulero que conducía al animal del ronzal y le pareció concentrado en buscar un hueco entre la multitud. Zakariyya se sacó de los remiendos de su túnica un pequeño estilete que él mismo había fabricado y asió con cuidado el fragmento de hueso que hacía las veces de mango. Con la punta hacia arriba oculta por su antebrazo, echó a andar hasta ponerse a la altura del arriero. Se dejó empujar hasta el costado del animal y barrió los alrededores con una mirada furtiva antes de alzar el brazo derecho lo necesario para seccionar la parte inferior del saco. Sin apartar la vista del frente, y oculto por su propio cuerpo, introdujo la mano izquierda en el orificio y cogió uno de los frutos, que con cuidado se llevó hacia el fondillo de la túnica. El estilete desapareció de nuevo entre los pliegues. En ese momento, sin embargo, la tela desgarrada del saco dejó escapar parte de su contenido, que se desparramó por el suelo. El grito llegó desde atrás. Con el mulero viajaba, ligeramente retrasado, un mozo en quien no había reparado, y fue él quien dio la alarma.

—¡A él! ¡Nos roban! —vociferó mientras avanzaba a grandes pasos.

Zakariyya no tuvo tiempo de pensar. Se lanzó en una frenética carrera, pese a que no tendría ninguna posibilidad de eludir a su perseguidor, un mozo que le sacaría seis años y dos palmos de estatura. No podía mezclarse con la muchedumbre, pues sabía que sería retenido de inmediato, así que, ante la mirada entre irritada y divertida de cientos de ojos, optó por la única salida que se le presentaba. Más que saltar, voló sobre el talud del río, y cayó directamente en el agua, a dos codos de la orilla. Las abarcas se le quedaron clavadas en el fango del fondo, pero con movimientos frenéticos se liberó del calzado y se impulsó hacia delante. Por fortuna, una de sus mayores diversiones allá en Istiya había consistido en nadar junto a sus amigos en el Ūadi Sanyil, de modo que no tuvo dificultad en poner distancia antes de que el mozo tomara la improbable decisión de lanzarse en su persecución.

Todavía con las imprecaciones que llegaban desde la orilla en sus oídos, comprobó que los gritos habían alertado a los guardias en ambas márgenes del río, y algunos avanzaban junto al cauce siguiendo la corriente. Un escalofrío le recorrió el

cuerpo, no tanto por la temperatura del agua como por la conciencia de lo que podía esperar un ladronzuelo como él en caso de ser atrapado. Se encontraba en el centro del cauce, y la túnica mojada, aunque ligera, amenazaba con agotar sus fuerzas ya mermadas. Se dejó arrastrar, braceando lo suficiente para dirigirse hacia una zona de carrizos y aneas que bordeaba la represa del molino, confiando en que los guardias pronto perdieran el interés por él. Se dejó caer por el azud, oculto por la vegetación y, aunque en ese punto hacía pie, siguió el curso del río asomando tan solo la cabeza. Tras pasar por delante de la gran *na'úra*, que bloqueaba la visión del río desde la margen derecha, se sintió lo bastante seguro como para empezar a acercarse a la orilla, que en aquel lado estaba protegida por una vegetación más densa.

Solo cuando se encontró tumbado sobre la hierba, con los tibios rayos de sol sobre el cuerpo mojado, fue consciente de su agotamiento. Su mano se deslizó hasta el fondillo de la túnica, pero lo que buscaba ya no se hallaba allí. Se maldijo por su estupidez, que había hecho inútil todo el riesgo que había corrido, pero al momento se consoló pensando que al menos había conseguido atravesar el río, cosa que a los demás les llevaría buena parte de la mañana. Además su nariz se estaba viendo asaltada por aromas que ya creía olvidados, aromas de viandas bien condimentadas. Se incorporó y trató de descubrir la procedencia de aquellos olores, que hacían aún más insufrible la tortura del hambre. Se encontraba cerca del extremo de los muros de lo que supuso que era el palacio real, tras los cuales debía de desarrollarse en aquel momento una vida que a él le resultaba completamente ajena, una vida de lujo y boato que solo acertaba a imaginar gracias al relato de los narradores y poetas que de tanto en tanto llegaban a Istiya para contar los sucesos y las hazañas de los gobernantes omeyas que ocupaban aquel alcázar. Detrás de aquellos muros debían de habitar cientos de cortesanos, familiares del emir, soldados de la guardia, eunucos y concubinas, funcionarios… y ninguno de ellos pasaría sin comer. Aquellos aromas procedían sin duda de sus cocinas.

Por encima de su cabeza, por el camino que bordeaba la muralla, avanzaba hacia la puerta de la ciudad una marea no menos numerosa que la que había dejado atrás al otro lado del río, pero ahora la vegetación de ribera lo mantenía oculto de su vista. Se levantó del todo y con precaución comenzó a recorrer la orilla, aunque se tumbó de nuevo cuando le llegaron unas voces. Agazapado, vio pasar por el camino de ronda a una pareja de guardias que trataban de escrutar el río. Eran más altos de lo que jamás había visto, de piel extremadamente clara, y hablaban una lengua que le resultaba incomprensible. Zakariyya continuó avanzando en cuanto se alejaron, y entonces lo vio: un riachuelo de aguas sucias, apenas un desagüe, salvaba la distancia entre la muralla y el río. Lo que aquellas aguas arrastraban era la prueba de cuanto había imaginado: había allí mondas de frutas, restos de plumas de paloma, de gallina y de aves enormes que no reconocía, cáscaras de frutos secos, restos de vegetales y una

amalgama de desechos que podrían haber alimentado a un rebaño entero. El desagüe discurría por una estrecha alcantarilla de adobe bajo la muralla y el camino, a través de un estrecho orificio que no se habían molestado en proteger, pues nadie que supusiera un peligro podría atravesarlo. Al agacharse comprobó que se hallaba sumido en la oscuridad, pero lo recorría una corriente de aire que insistía en llevar hasta su nariz aquellos deliciosos olores.

No lo dudó demasiado. Si alguien podía atravesar aquel conducto era un muchacho de once años famélico y consumido como él. Introdujo los pies descalzos en el agua, que encontró tibia y, venciendo la repulsión inicial, se tumbó por completo antes de comenzar a arrastrar su cuerpo hacia el interior del desagüe. Avanzó haciendo acopio de todas las fuerzas que le restaban, notando el contacto de restos que prefería no identificar. Solo mantenía la cabeza sobre el nivel del agua, y en algunos tramos tenía que sumergir la barbilla para evitar los golpes con la parte alta del conducto. En la oscuridad resultaba difícil calcular la distancia recorrida, pero un débil resplandor ante él le hizo suponer que se hallaba ya bajo los mismos sillares de la muralla. Sin embargo, ese mismo resplandor le reveló que, a tan solo un codo, la argamasa del cimiento había cedido y obstruía parte del túnel. Además, descubrió con horror que su propio cuerpo estaba contribuyendo a represar los desechos, y el nivel del agua subía por momentos. Comprendió que regresar avanzando con los pies por delante tampoco era posible ya. Trató de tranquilizarse y se alzó sobre los brazos con un esfuerzo agotador para permitir que parte del agua retenida se deslizara por debajo de su cuerpo. Se dejó caer de nuevo y aprovechó para avanzar hasta el obstáculo.

Supo que solo tendría una oportunidad: si conseguía introducir la cabeza y los hombros por aquel orificio, el resto de su cuerpo seguiría con facilidad. Si se quedaba obturado en él, el agua llenaría la alcantarilla y moriría ahogado entre aquella inmundicia. Pasó el brazo hasta el otro lado y tanteó la pared y el techo, hasta que sus dedos tropezaron con un hierro de los cimientos que sobresalía ligeramente. Se dio la vuelta, de forma que la boca le quedara en el punto más elevado, se aferró al asidero y tiró con toda la fuerza de que fue capaz. Sintió cómo los escombros le arañaban la espalda y los hombros, y quedó cegado por la tierra húmeda que le cayó en la cara. No había conseguido pasar, y el agua le cubría ya los oídos. Pensó aterrado que nadie descubriría su cadáver allí, y acabaría sus tristes días devorado por las ratas. Intentó repetir el movimiento, y un gemido gutural escapó de su garganta con el esfuerzo, pero su cuerpo no se desplazó ni un ápice. Se sintió desfallecer, el agua le cubría ya la mitad de la cabeza, y solo conseguía asomar la parte superior del rostro, aún con los ojos cubiertos de tierra. Tomó la última bocanada de aire y, con un grito desgarrado, contrajo los músculos de los brazos al tiempo que clavaba los pies descalzos en el fondo y empujaba con toda la fuerza de sus piernas. Sintió que la presión cedía, y un

ruido sordo le indicó que el agua se precipitaba de nuevo por el hueco que acababa de atravesar.

Exhausto, trató de recuperar el aliento tumbado boca arriba, hasta que, desesperado por salir de aquel infierno, siguió empujando con las piernas flexionadas hasta alcanzar la luz, que descendía desde lo alto a través de una arqueta cuadrangular. Bajo esta se puso en pie con un último esfuerzo y, sin la más mínima precaución, sacó la cabeza al exterior. La arqueta se encontraba a la sombra de la muralla, oculta entre arbustos de mirto, y al parecer nadie se había percatado de su presencia. Trepó respirando aún entrecortadamente y se dejó caer sobre el enlosado. Con un rápido vistazo comprobó que el seto le protegía de posibles miradas, y solo entonces se permitió cerrar los ojos. Poco a poco dejó de sentir los desbocados latidos de su corazón, su respiración fue recuperando el ritmo y, por fin, el sueño se apoderó de él.

Despertó acuciado de nuevo por el hambre. Anochecía ya, y tenía las ropas completamente secas, el agotamiento le había llevado a dormir durante todo el día. Sin embargo, los aromas que le habían conducido hasta allí seguían presentes, ahora con mayor intensidad, hasta el punto de que distinguía el olor característico de varias especias que conocía. Se puso en pie y se aventuró entre los arbustos de arrayán, cuyas flores contribuían a ocultar el hedor de sus ropas. Descubrió estupefacto, entre las últimas luces de la tarde, a un ejército de sirvientes que se afanaba dentro y fuera del edificio que se alzaba frente a él. Estos acarreaban sacos de mercancías desde los almacenes cercanos, llevaban aves agarradas por las patas, que revoloteaban y se resistían a su destino, o se ocupaban de desnucar con un golpe seco tras las orejas a decenas de conejos para sangrarlos luego sobre el tajo. Los que salían del interior a menudo arrojaban el contenido de las fuentes que portaban a un carro casi cubierto de desechos procedentes de, ahora estaba seguro, las cocinas del alcázar.

Zakariyya hubo de imponerse un último sacrificio para no abalanzarse sobre aquel carro. Esperó un tiempo que se le hizo interminable, hasta que la actividad fue cesando, los candiles y lámparas se fueron apagando, y poco a poco todo se sumió en el silencio. Entonces abandonó su refugio y, protegido por las sombras de la muralla y del edificio, se aproximó a su objetivo. Solo la luz de la luna proporcionaba alguna claridad, pero, cuando estuvo junto al carro, creyó enloquecer de dicha. Con manos ávidas palpó los restos, se los acercaba a la nariz, los escogía o los arrojaba. Se llenó la boca varias veces, masticando vorazmente y respirando con dificultad. Utilizó su túnica para acoger el resto del improvisado banquete, al que se fueron sumando mendrugos de pan, un trozo de queso enmohecido, frutas demasiado maduras e incluso los restos de una empanada rellena que, de forma inexplicable, alguien había tirado. Regresó a su rincón junto a los mirtos y depositó su primera cena digna de llamarse así en mucho tiempo sobre las losas del suelo. Volvió al carro y sació la sed

en una poza de piedra llena de agua clara que debían de utilizar para cocinar. Sentado en el suelo comió sin descanso, hasta que temió vomitar. Lanzó los escasos restos a la arqueta y, a la luz de la luna, en semipenumbra, se dispuso a buscar un lugar más seguro donde pasar su primera noche en Qurtuba.

Descubrió que las cocinas ocupaban la esquina suroriental de aquel patio, el cual comunicaba por medio de pasajes cubiertos de vegetación con un auténtico vergel, jardines poblados por especies que jamás había visto, regados por canalillos de agua cantarina que proporcionaban un agradable frescor. Zakariyya recorrió admirado el lugar, pero no encontró un sitio seguro que pudiera cobijarlo a la luz del día hasta que llegó a una glorieta rodeada de sauces que la velaban parcialmente a la vista y en cuyo centro crecía un enorme arbusto de varios codos de diámetro. Al acercarse observó que un gazapo corría a ocultarse bajo sus ramas y decidió probar suerte. Lo imitó y descubrió que aquella extraña planta crecía hacia el exterior, donde su follaje de color verde intenso caía desde lo alto de forma exuberante, pero cuyo centro quedaba muerto, las ramas bajas interiores se deshacían como leña reseca, y alrededor del tronco se abría un espacio amplio que bien podría acondicionar machacando aquellas ramas hasta convertirlas en pequeñas astillas y serrín que le permitieran descansar en un nido improvisado. A ello dedicó parte de la noche, muy atento a los ruidos procedentes del exterior.

Pasó allí el día siguiente, encogido, sin atender a las voces de los hombres, mujeres y niños que a lo largo de la jornada se acercaron y se alejaron sin detenerse. Volvió entrada la noche al patio de las cocinas y descubrió un carro distinto, pero tan bien provisto como el anterior. Esta vez actuó sin prisas y trató de ser más selectivo, de modo que celebró un auténtico banquete, de nuevo entre la protección de los arrayanes. Sin embargo, en aquella segunda jornada dentro del palacio, su objetivo no era solo calmar el hambre: en el lado opuesto del patio se alzaba un edificio techado del que le llegaba un susurro de agua en continuo movimiento y, junto a él, colgando de resistentes cuerdas de *albardí*, se secaban mecidas por la brisa nocturna multitud de prendas de la más diversa factura. Se acercó con precaución, y eligió una de las más pequeñas, una túnica corta de lino, sin mangas, que resultaría apropiada para los calurosos meses de verano. Antes de marcharse, reparó en una pila de gruesas telas, y comprobó que se trataba de piezas de cuero desbastado, de una suavidad asombrosa. Aunque ignoraba el uso que se les daba, tomó una de ellas y la enrolló junto a la túnica. Cogió también del tendedor un paño no mayor de dos codos, y con él volvió al carro, para depositar en su interior nuevas provisiones. Unió los cuatro extremos con un nudo y completó su equipo con un odre que llenó en la poza de piedra. Se lo echó todo al hombro y se dispuso a regresar.

No fue directo a su escondite, sin embargo. Desvió sus pasos hacia una de las albercas que salpicaban aquellos suntuosos jardines y dejó la carga en el suelo. Se

quitó la vieja túnica, que casi se adhería a su piel, hizo un ovillo con ella y la introdujo con fuerza entre las ramas de un arbusto, sin poder evitar arrugar la nariz con repugnancia. Se metió en el agua silenciosamente, sorprendido por su calidez, y suspiró con satisfacción. Apoyó los brazos en el borde y agitó los pies solo lo necesario para mantenerse a flote en posición horizontal, con la cabeza recostada hacia atrás para percibir la brisa de la noche en la cara, iluminada por la luna creciente. Por un momento olvidó la precaria situación en la que se encontraba y trató de disfrutar de la agradable sensación de hallarse limpio por vez primera en mucho tiempo. No obstante, allí se sabía vulnerable, de forma que sumergió la cabeza y se frotó con vigor los cabellos y cada parte de su cuerpo y, con un salto enérgico, salió del agua. Desenrolló el fardo, se ajustó la túnica en torno al cuerpo, aún mojado, y se dirigió de nuevo a su refugio. Extendió la pieza de cuero encima de las astillas y se tumbó sobre ella, dispuesto a disfrutar de aquellas inesperadas comodidades.

Durmió hasta que el sol estuvo en lo alto y se despertó sobresaltado por el parloteo ininteligible de un niño, acompañado por el murmullo de otras muchas voces apagadas. Se incorporó y se arrastró con cuidado por el suelo hasta que las ramas que caían de lo alto le permitieron observar el exterior sin ser visto. Frente a él, sentada en un banco a la sombra de los sauces, estaba la criatura más extraña y hermosa que jamás hubiera contemplado. En la intimidad de aquellos jardines privados, su rostro, desprovisto del velo, resaltaba por el color intensamente blanco de su piel, y la mirada de Zakariyya quedó atrapada al instante por aquellas facciones tan duras como marcadamente femeninas. Había algo que le resultaba familiar en aquella expresión, y lo descubrió en la amarga tristeza que parecían reflejar sus ojos enrojecidos. Ni siquiera la sonrisa forzada que esbozaban sus labios cuando el pequeño que la acompañaba le llamaba la atención bastaba para ocultar el poso de sufrimiento que reflejaba su semblante… el mismo que había mostrado su propia madre durante sus últimos días.

Cuando, turbado, fue capaz de apartar los ojos de aquel rostro, deslizó la mirada para descubrir a una mujer angelical, cubierta por telas de un blanco deslumbrante, tan etéreas que parecían moverse con vida propia en torno a ella. Los movimientos que realizaba para atender la actividad incesante del pequeño eran pausados y medidos, y todo en aquella criatura transmitía una sensación de sosiego y serenidad. En torno a ambos deambulaba una decena de sirvientes, mujeres en su mayoría, al parecer dispuestas a satisfacer cualquiera de sus necesidades o deseos, a juzgar por sus expresiones preocupadas y atentas. Entre todos ellos destacaba un personaje de volumen descomunal y facciones tan ambiguas que solo su llamativa vestimenta masculina delataba su género. Contemplaba la escena hierático y con expresión severa, con los brazos cruzados a la altura del pecho y apoyados en un abdomen prominente, dispuesto a reprender, incluso con apenas un gesto, a cualquiera de

aquellos sirvientes que no desempeñara su papel a la perfección. Zakariyya se preguntó si sería aquel uno de los eunucos cuyas historias habían llegado hasta su aldea.

También el pequeño vestía ropas de excepcional factura y, aunque llevaba la cabeza tocada por un bonete cuyos adornos dorados refulgían cuando los rayos del sol atravesaban las ramas del sauce, se apreciaba el color extrañamente rojizo de sus cabellos. El niño se entretenía con curiosos muñecos que parecían de fieltro y que reproducían animales, gateaba y trataba de ponerse en pie apoyándose en las rodillas de su madre, ante la atenta mirada de las ayas, que formaban un semicírculo alrededor de ambos. Sin embargo, durante el tiempo que permanecieron allí, solo los gorjeos del pequeño y los murmullos de los sirvientes rompieron el silencio. Era como si la tristeza que reflejaba el rostro de aquella mujer lo impregnara todo, y Zakariyya cayó entonces en la cuenta de que el color blanco de sus ropas bien podía ser el color del luto.

El muchacho empezaba a sentir los miembros entumecidos cuando un revuelo sacudió al grupo. El eunuco comenzó a dar órdenes rápidas haciendo aspavientos, los sirvientes se pusieron en pie a ambos lados de la mujer y del pequeño, atusándose las vestiduras, y decenas de guardias fuertemente armados y ataviados como príncipes ocuparon todo su campo de visión. Zakariyya se imaginó descubierto y retrocedió hasta el tronco con las rodillas temblorosas.

La mujer se colocó un velo blanco sobre los cabellos con ayuda de una de las sirvientas y, apenas lo tuvo atado, se puso en pie y bajó la mirada hasta el pequeño, al que sostenía por los brazos.

—¡Mi pequeño Abd al Rahman! ¡Mi querida Muzna!

La voz procedía del costado derecho de Zakariyya, a tan solo unos codos, de modo que lo sobresaltó. En ese momento la figura que había hablado apareció en su campo de visión con ambos brazos tendidos hacia delante. Aunque solo le veía el costado izquierdo y la espalda, sus ropajes regios y su porte hicieron que se le formara un nudo en la garganta. No tuvo ninguna dificultad en identificar al hombre que tenía delante.

El pequeño se mostraba excitado y pugnaba por soltarse de las manos de su madre, que lo sostenía en pie frente al emir.

El soberano se agachó varios codos antes de llegar a ellos y extendió sus manos de nuevo.

—Ven con tu abuelo, pequeño —ordenó afable.

La madre dudó, pero no tenía opción. El niño tiraba hacia delante emitiendo sonidos de impaciencia, de manera que con cuidado aflojó la presión sobre sus manitas. El joven príncipe vaciló al verse liberado, se tambaleó, aunque consiguió mantener el equilibrio. Con una sonrisa abierta en el rostro infantil, se lanzó con

pasos rápidos e inseguros hasta caer en brazos de su abuelo, lo que despertó un murmullo de admiración entre todos los presentes.

—¡Ha caminado! —exclamó el emir entre risas, dirigiendo su mirada hacia la madre—. ¡Hoy es un día feliz, querida Muzna! ¡Tu hijo, mi nieto, ha caminado!

Muzna asintió con la cabeza, pero el extraño temblor en sus labios traicionó la sonrisa que trataba de esbozar. Abd Allah dejó al pequeño en brazos de una de las niñeras, se acercó al banco de piedra y tomó asiento junto a la mujer, al tiempo que le cogía la mano derecha entre las suyas.

Un simple gesto del emir fue suficiente para que el campo de visión en torno al escondite de Zakariyya se despejara de inmediato. El muchacho sabía que tenía ante sí al mismo soberano de Qurtuba, y le temblaba todo el cuerpo. No se atrevía a hacer el más mínimo movimiento, y todos sus miembros empezaban a acusarlo. Habría dado cualquier cosa por encontrarse en aquel momento lejos de allí, lejos de aquel riesgo mortal, pero a la vez sentía un deseo irresistible de ser testigo del encuentro que se estaba produciendo ante él. En cualquier caso, no tenía elección, así que trató de aguzar el oído.

—Querida Muzna… —El emir titubeó—. Sé bien lo que sientes. En momentos como este, echas en falta a tu esposo más que nunca.

La forzada sonrisa de la muchacha adquirió un tinte sarcástico.

—¡Debes creerme, muchacha! La muerte de Muhammad fue un terrible golpe para todos nosotros. ¡Era mi hijo, maldita sea! ¡Mi primogénito!

Muzna permaneció en silencio, tan solo una lágrima se deslizó por su rostro hasta perderse en la comisura de los labios. Hizo un intento por retirar la mano, pero el emir la apretó con más fuerza al tiempo que volvía la cara para enfrentarse a ella.

—¡Cuándo podrás perdonarme, por Allah! —gimió casi—. Sé que no hice lo que estaba en mis manos para evitar esta tragedia, no supe parar a tiempo el odio de Mutarrif, pero ya purga su culpa. Seguí consejos equivocados, y ahora el mejor de mis hijos está muerto.

Cerró los ojos, y por un momento no se oyó más que el roce de las ramas del sauce que los guarecía.

—Dime, Muzna, ¿qué puedo hacer para conseguir tu perdón? —insistió, levantando la vista de nuevo—. Ese niño es de la sangre de Muhammad, y te juro que he de volcarme para que tu esposo viva en él.

Muzna alzó también la mirada hacia el lugar donde jugaba el pequeño y se sacó de la manga un pequeño pañuelo con el que se enjugó las lágrimas. Imperceptiblemente, asintió.

El tono de la voz del emir se volvió más sosegado.

—Pide lo que quieras para él… hija mía —dijo, remarcando las últimas palabras —. Recibirá la mejor educación a la que un muchacho pueda aspirar a este lado del

orbe, será para mí el preferido entre mis nietos. Si Allah así lo dispone, quién sabe, quizás algún día pueda ocupar el lugar que negó a su padre.

Las lágrimas se habían secado en los ojos de Muzna, pero las palabras seguían sin salir de su boca. Fue el llanto repentino del pequeño lo que puso fin a aquella conversación. Esta vez Muzna le soltó la mano y se levantó para correr hacia el pequeño Abd al Rahman.

Zakariyya se removió inquieto en su escondite durante el resto de la tarde. Había comprendido el riesgo que corría allí. Un lugar frecuentado por la familia real debía ser objeto de vigilancia continua, de manera que tendría que soportar el dolor en las articulaciones hasta la caída de la noche. Bebió el agua recalentada del odre y consumió el contenido del hatillo. El calor y el apetito saciado hicieron que el sopor se apoderara de él. Despertó envuelto en sudor, aunque permaneció tumbado boca arriba sobre el cuero. No podía pensar en permanecer dentro del alcázar demasiado tiempo, tarde o temprano se descubriría su presencia, y en ese caso… no quería ni pensar en las consecuencias. Pero cayó en la cuenta de que salir tampoco resultaría fácil; desde luego quedaba descartado hacerlo por el mismo camino que había utilizado dos días atrás. Una sorda inquietud se apoderó de él.

Pasaron varios días sin que ocurriera nada nuevo. La llamada a la oración previa al amanecer desde el cercano alminar de la mezquita aljama era la señal que le indicaba la hora de regresar a su refugio. Entonces esperaba con impaciencia el momento en que apareciera la princesa Muzna, porque así se la denominaba aunque su esposo, el heredero, hubiera muerto. Hasta su aldea habían llegado las noticias de aquellos sucesos, pero, como cualquier muchacho de su edad, Zakariyya no les había prestado demasiada atención. Tan solo recordaba lo que se había dicho entonces, que el heredero había muerto a manos de su hermano menor… quizá con la aquiescencia del propio emir, quien desconfiaba de manera enfermiza de cualquiera que pudiera hacer sombra a su poder. Ahora Zakariyya comprobaba que los protagonistas de las historias que contaban los narradores en las mañanas de mercado eran seres de carne y hueso que parecían sufrir como cualquier otro, a pesar de pasar sus vidas rodeados por la abundancia y el lujo más refinado. La posibilidad de contemplar a Muzna le hacía posponer la decisión de abandonar la relativa seguridad de aquel escondite, donde la soledad y el temor comenzaban a pesar demasiado, una vez satisfechas las urgencias del hambre y el cansancio. Tan solo contaba con la ocasional compañía de los conejos que parecían haber excavado sus madrigueras entre las raíces de aquel árbol, procedentes sin duda de las conejeras del palacio. Los animales iban y venían cada día más indiferentes a su presencia.

Por las noches se aventuraba entre las sombras, en busca de una salida a aquel entramado de patios y jardines, pero, pese a que cada vez se alejaba más de su refugio, no fue capaz de descubrir ninguna que no pasara por las dependencias

interiores de edificios cuyo acceso le estaba vedado. Ni siquiera el abastecimiento de las cocinas parecía hacerse a través del patio en que se encontraba, y el portón del muro occidental solo se utilizaba para la salida diaria del carro con los desechos. Aun así, decidió tomar nota de aquella posibilidad.

Con frecuencia Muzna pasaba parte de la mañana en aquel lugar junto al arbusto, y ese era el momento del día que Zakariyya esperaba con mayor ansiedad, más incluso que la hora de buscar la cena. Se acostumbró a su voz dulce, se emocionaba con el cariño que mostraba hacia el pequeño Abd al Rahman y fue testigo de sus risas cuando este comenzó a caminar sin la ayuda de su mano. Pero sobre todo le subyugaba la tristeza que transmitían los ojos de aquella mujer que tanto le recordaba a su madre, hasta el punto de que en algún momento hubiera deseado salir de su escondite para abrazarla y asegurarle que todo iba a ir bien y que tenía motivos sobrados para ser feliz.

Los días en que Muzna no acudía a la cita, se sentía decepcionado y de mal humor. Pero a la mañana siguiente ahí estaba ella de nuevo, y toda esa frustración se esfumaba. Por eso, la primera vez en que su ausencia se prolongó durante dos jornadas, lo invadió un insuperable sentimiento de pérdida. Durante buena parte de aquella mañana trató de imaginar los motivos de su desaparición. Quizás el calor, que en las últimas jornadas apretaba de forma inmisericorde, la había llevado a buscar un lugar más fresco dentro de los jardines; quizás el pequeño había enfermado; quizás el emir disponía de *almúnyas* a las que enviar a su familia durante el verano… Experimentó una punzada de angustia al contemplar esa posibilidad y decidió esperar solo un día más. Pasó el resto de la jornada trazando planes, valorando el riesgo de abandonar el refugio durante el día. Llevaba tiempo observando que los jardines no se mantenían en aquel estado por sí solos, sino que un pequeño ejército de esclavos trabajaba en ellos a diario, al mando de lo que suponía eran los jardineros del palacio. Dichos esclavos acarreaban pesadas carretillas con tierra negra bien abonada, cubos de agua, pequeñas plantas y esquejes, y las más diversas herramientas. Muchos de ellos vestían túnicas como la suya.

Esa misma noche se hizo con uno de aquellos cubos de madera y una pequeña azada, y no le resultó difícil encontrar junto a la lavandería un bonete bajo el que ocultar sus cabellos, demasiado largos y enmarañados. Cuando, con el sol ya alto, asimiló que Muzna no aparecería por tercer día consecutivo, decidió que había llegado el momento de aventurarse al exterior. Lo primero que hizo fue llenar el cubo con el agua de la alberca más cercana y, con la azadilla en la otra mano, trató de caminar oculto por la vegetación, aunque de forma decidida para no imprimir un carácter furtivo a sus movimientos. Se detuvo en dos ocasiones para evitar cruzarse con alguien y dio un amplio rodeo cuando descubrió a dos guardias armados apostados ante la puerta de uno de los edificios. También comprobó que en lo alto de

los sólidos muros se extendía un camino de ronda que recorrían parejas de soldados, los cuales vigilaban los jardines desde su elevada atalaya.

Con más alegría de la que hubiera admitido, oyó en la distancia los gorjeos del pequeño. Extremó la precaución a medida que se acercaba y descubrió a Muzna y a su reducido séquito a la sombra de una glorieta cubierta de hiedra. Bajo esta, una figura de alabastro bellamente labrada con motivos vegetales vertía por los cuatro costados sendos chorros de agua fresca, la cual se derramaba por el pavimento en canalillos de unos pocos dedos de profundidad. Muzna se encontraba apoyada en un escabel y remojaba sus pies en la corriente, sin apartar la mirada del pequeño Abd al Rahman, que reía excitado junto a ella, sentado en el centro del canal.

Tras un ciprés situado a varios pasos de distancia, Zakariyya sonrió. El pequeño Abd al Rahman, ahora con aquellos llamativos cabellos rojizos al descubierto, dejaba en el agua una barquita tallada en madera, que descendía impetuosa con la corriente hasta que un joven esclavo la atrapaba antes de que desapareciera en uno de los desagües y se la devolvía al niño, quien, entre risas, la liberaba una y otra vez. Zakariyya se agachó sobre un macizo de plantas cuyas hermosas y aromáticas flores lilas jamás había visto y comenzó a arrancar malas hierbas con el almocafre sin apartar la vista de la escena, que lo subyugaba. Sin embargo, sabía que su presencia no pasaría desapercibida, y una mirada en derredor del orondo eunuco bastó para convencerle de la necesidad de abandonar aquel lugar.

Regresó varias veces en los días siguientes, tratando de adoptar una posición que le permitiera observar aquel rostro y hacerse con algún retazo de su conversación, hasta que una mañana, con un nuevo sobresalto, descubrió el lugar desierto. Desolado, se dirigió hasta la pérgola y ocupó el lugar que Muzna parecía tener reservado. Un inexplicable sentimiento de nostalgia se había apoderado de él cuando oyó la llamada del muecín, acompañada por un apagado griterío que llegaba desde el exterior. Comprendió que había perdido la noción del tiempo, y aquello era la llamada a la oración comunitaria del viernes, a la que sin duda asistirían también los miembros más destacados de la familia del emir.

Regresó a su refugio, aguardó con ansiedad hasta que volvió a oír el murmullo de la muchedumbre y una vez más acudió a las proximidades de la pérgola provisto del cubo y la azadilla. Aún estaba desierta. Con el corazón en un puño esperó sentado bajo la protección del muro, y el sonido de las voces lo sobresaltó de nuevo. Esta vez el grupo era más numeroso, pero Muzna y el pequeño ocupaban ya su lugar habitual a la sombra de las hiedras. Había algo que cada día impelía a Zakariyya a acercarse un poco más, y solo un resto de prudencia le retenía. En aquella ocasión Muzna vestía una túnica de seda verdosa ribeteada con hilo dorado, y su belleza destacaba como nunca. El muchacho se decidió a avanzar hasta un pequeño seto que crecía a unos cuantos pasos de la pérgola, y allí acometió su inútil tarea con la azadilla. Por la

conversación, que desde allí oía con claridad, pudo identificar al príncipe Ahmad, uno de los hermanos del emir, y a la que parecía su esposa. Centraban su atención en el pequeño Abd al Rahman, pero pronto se dedicaron a los asuntos de familia, que a Zakariyya le resultaban tan extraños como atractivos.

Percibió la mirada de uno de los sirvientes y agachó la cabeza. Cuando la alzó de nuevo, el niño se encontraba delante de él, mostrándole la barquita de madera. Emitía unos sonidos incomprensibles para Zakariyya, pero resultaba evidente que le invitaba a iniciar su juego preferido. Aunque aterrado, el muchacho no pudo evitar esbozar una sonrisa y, alzando la mano despacio, revolvió aquellos cabellos rojos que tanto le habían llamado la atención. El golpe llegó desde atrás, y todo se volvió oscuro.

No supo si había llegado a perder el sentido, pero oyó voces alteradas y le costaba entender lo que decían. Abrió los ojos y vio sobre él al enorme eunuco, aunque aquella voz extrañamente aguda no terminaba de encajar con su corpulencia.

—Ni siquiera los esclavos trabajan el viernes en los jardines —le oyó explicar, mientras se hacía a un lado para dejar paso a dos amenazadores soldados de la guardia—. ¡Prendedle!

De inmediato se vio alzado en el aire, sin contemplaciones, por dos brazos poderosos. Su primera reacción fue patalear para desasirse, pero un agudo dolor en los hombros le hizo proferir un gemido.

—¡No le hagáis daño! ¡Es solo un niño!

Zakariyya trató de mirar hacia atrás, para comprobar que era Muzna quien hablaba. Por un instante y por vez primera, su mirada de agradecimiento se cruzó con la de ella.

—Es un intruso, Muzna —repuso el eunuco con autoridad—. Solo Allah sabe cómo y con qué intenciones ha conseguido llegar hasta aquí.

—No le hagáis daño, os lo ruego —insistió.

—¡Por Allah Todopoderoso, Muzna! ¡Ha conseguido poner su sucia mano encima de tu hijo! Si no hubiera sospechado de él, ¿quién sabe lo que habría…?

—¡He visto su mirada! —le interrumpió—. Soy madre, y sé que nadie con oscuras intenciones miraría a mi hijo como él lo hacía.

—Es necesario interrogarle, debe confesar cuánto tiempo lleva aquí, quién le envía y con qué propósito.

—¡De ninguna manera, conozco bien los métodos de la guardia! —vociferó ella, ya sin contenerse—. ¡Apenas tendrá doce años!

—Tu eunuco tiene razón, querida Muzna —intervino el príncipe Ahmad, que la tomó por el brazo—. Jamás hubiera podido entrar aquí sin ayuda. Sabes bien de las intrigas de la corte…

—Sé que ese muchacho no alberga malas intenciones hacia el pequeño —insistió con la mirada clavada en él.

Ahmad acabó por hacer un gesto con la mano, y los guardias depositaron al aterrado Zakariyya en el suelo, antes de alejarlo del grupo.

—Está bien, Muzna —concedió el príncipe—. Yo me haré cargo de él, me lo llevaré a mi propiedad y lo someteré a vigilancia. Si pasa la prueba, quizá lo tome a mi servicio, no ando sobrado de esclavos.

2

Al Yussāna

Zakariyya contemplaba el paisaje ondulado e inacabable a través de un hueco entre las toscas tablas verticales del carro que los transportaba. Tenía la boca reseca, y no se sentía capaz de soportar mucho más aquella terrible sed. Habían partido de Qurtuba al amanecer del día anterior, precisamente por la Bab al Qantara, habían cruzado el puente sobre el Ūadi al Qabir y, atravesando el arrabal de Saqunda, se habían dirigido hacia el sur. Pese a que habían recorrido los mismos caminos que en su viaje a la capital durante millas, y por un momento creyó que volvería a ver los muros de su querida Istiya, a media mañana los rayos del sol que penetraban por el lado izquierdo del carro pasaron a herir sus ojos desde el frente. Si no se equivocaba, en aquella nueva dirección se encontraba Bulāy, la fortaleza que había sido testigo de la muerte de su padre, y más allá Al Yussāna, la ciudad que, según decían, estaba habitada casi exclusivamente por judíos.

Diez muchachos de edad similar a la suya se hacinaban en el viejo carromato de macizas ruedas de madera tirado por dos bueyes. La mayor parte de ellos dormitaban, a pesar del continuo traqueteo del camino, que, después de casi dos jornadas de viaje, comenzaba a ser una tortura para sus huesos. Lo habían hecho de forma casi ininterrumpida desde el inicio del viaje, lo cual a Zakariyya le había resultado extraño ya en las primeras millas. Ni siquiera agitando los hombros de sus compañeros más cercanos había conseguido sacarlos de su sopor.

En las dos últimas semanas, desde su captura, su vida había cambiado de forma drástica, aunque no a peor. Se había visto conducido a una magnífica *almúnya* en las proximidades de Qurtuba, donde lo alojaron cerca de los establos junto a dos de los muchachos que ahora lo acompañaban. Los conocía como Talal y Hakim, aunque Zakariyya sabía que no eran sus verdaderos nombres. Los habían capturado junto a otros muchos en una aldea de la frontera durante la *a'saifa* del verano anterior, y tras el paso por el mercado de esclavos sus nombres cristianos habían sido relegados al olvido. Casi un año después, comenzaban a defenderse en una lengua que apenas conocían y, a pesar de esa dificultad, los días de común cautiverio habían establecido entre los tres los lazos de una incipiente amistad. En aquellas dos semanas, habían dormido sobre esteras de paja, una comodidad desconocida para Zakariyya, acostumbrado al suelo apelmazado de la casa familiar. Se les había alimentado tres veces al día con platos de ínfima calidad pero sustanciosos, hasta el punto de que el muchacho había comprobado cómo el espacio vacío entre su piel y sus huesos se rellenaba a ojos vistas. Se habían visto obligados a trabajar, pero en ningún momento

las tareas habían resultado agotadoras. Solo en los dos últimos días en Qurtuba Zakariyya se había sentido ligeramente indispuesto, sin apetito, aunque lo achacaba a un atracón de frutas que los tres se habían dado unas noches antes.

La mañana de su partida les habían conducido de nuevo a las dependencias del alcázar, donde se reunieron con el resto de los muchachos que ahora les acompañaban. Allí, a modo de desayuno, les suministraron rebanadas de pan blanco mojadas en leche, que él apenas había probado por el malestar en el estómago. Los demás se abalanzaron sobre la mesa y acabaron con ellas, aunque al terminar algunos chasqueaban la lengua con gesto de desagrado y se quejaban del extraño y persistente sabor amargo en sus bocas. Después los introdujeron en aquel carro cerrado por completo, antes de sellarlo con una gruesa cadena de hierro, y partieron sin recibir la más mínima explicación sobre su destino. Zakariyya pronto asoció aquel sabor amargo con el estado en que se encontraban sus compañeros, así que durante el resto del camino se las había arreglado para no comer más que unos mendrugos de pan y había evitado tomar un solo sorbo del agua que les ofrecían.

Desde su paso por los muros de Bulāy en las calurosas horas próximas al mediodía, experimentaba un absoluto desasosiego. Había visto con sus propios ojos las puertas que se cerraron a la esperanza de su padre de conservar la vida, había revivido en la explanada exterior el pánico que él hubo de experimentar en los momentos previos a su muerte. Comparado con aquello, la sed que lo atenazaba no era nada.

La comitiva alcanzó los sólidos muros de su ciudad de destino poco antes del atardecer. No llegaron, sin embargo, a atravesar sus puertas, sino que continuaron por el camino de ronda hacia la parte meridional de los arrabales, donde accedieron a una finca cercada en la que se alzaban varias construcciones. Zakariyya reparó en que todos los varones con los que se habían cruzado iban tocados con el característico *kipá* judío, y el resto de su indumentaria resultaba también inconfundible. Al parecer sus suposiciones habían resultado acertadas, se encontraban en la ciudad de Al Yussāna.

Se detuvieron delante de un edificio de adobe, y uno de los guardias liberó la cadena que los mantenía encerrados. Los obligaron a bajar a trompicones, entumecidos como estaban por el largo viaje y aturdidos por aquellos bebedizos y, de inmediato, los condujeron al interior de su nuevo alojamiento. Se trataba de una nave rectangular cubierta en parte de paja y carente de ventanas, cuyo único acceso era la puerta que acababan de franquear. Zakariyya barrió el lugar con la mirada antes de que el portón se cerrara tras de sí y se arrojó hacia la poza que descubrió a la entrada. Con los labios y la lengua hinchados, poco le importaba ya lo que aquella pila pudiera contener. Sumergió la cabeza en el líquido y tragó sin darse tiempo a respirar. Se atragantó y tosió, pero pensó que jamás había experimentado un alivio tan intenso.

Con aquella agua sin el menor rastro de sabores amargos mojándole la túnica, se volvió hacia el resto de los muchachos, que yacían en el suelo desmadejados y apenas conscientes.

Se acercó a Talal y trató de hablar con él, pero, aunque este mantenía la mirada fija en su rostro, no parecía verle. Le sacudió por los hombros.

—¡Talal! ¡Trata de escucharme! —espetó con voz enérgica—. ¡Talal! ¿Entiendes lo que te digo?

Probó suerte con Hakim, y todo fue en vano, de modo que acabó por desistir. Se tumbó sobre la paja, y el agotamiento acumulado en las dos jornadas de viaje hizo el resto.

Se incorporó sobresaltado cuando oyó el sonido de los cerrojos y la luz de varios candiles lo deslumbró.

—¡Despertad, gandules! —aulló uno de los guardias—. Es la hora de la cena.

Repartieron escudillas, que colmaron una tras otra con un potaje caliente de aspecto apetitoso. Los muchachos se incorporaron y comieron con avidez. También Zakariyya probó la comida y, hambriento, devoró el contenido tras comprobar la ausencia de sabores extraños.

Cuando terminaron, uno de los soldados acercó una vasija y se dispuso a llenar otra vez las escudillas. De nuevo se trataba de pan con leche, y Zakariyya se llevó la suya a la boca tratando de simular que sorbía su contenido. La tapó con ambas manos y, cuando los guardias comenzaron a recoger los recipientes, se llevó el suyo a un costado y con cuidado lo volcó sobre la paja.

—¡Ese de ahí! —oyó gritar—. El más espabilado. A ese no parecen hacerle efecto los brebajes de estos malditos médicos judíos. ¡Otra ración para él!

El muchacho comprobó horrorizado cómo rellenaban su escudilla y se la acercaban a la boca.

—¡Come, maldita sea! —gritó el guardia, impaciente—. ¡No tenemos toda la noche!

En esa ocasión no hubo escapatoria. Zakariyya se llevó el recipiente a la boca y comenzó a tragar, simulando hacerlo con gusto, pero dejando caer la mayor cantidad posible hacia el cuello de su túnica.

Satisfechos, los soldados abandonaron el pajar, que volvió a sumirse en la oscuridad. Zakariyya corrió a un rincón, se introdujo los dedos en la garganta y vomitó con violencia parte de las amargas sopas de leche. Luego repitió la operación, esta vez con más profundidad y, entre espasmos, todo el contenido de su estómago quedó esparcido por la paja del suelo.

Con la espalda apoyada en la pared, intentó aclarar sus ideas. La oscuridad era absoluta, y el único sonido que llegaba a sus oídos eran los estridentes ronquidos de algunos de sus compañeros de cautiverio. Se preguntaba por qué habían sido

trasladados a Al Yussāna después de dos semanas recibiendo un trato más que considerado. ¿Por qué los enjaulaban y narcotizaban? ¿Qué había querido decir el soldado al referirse a aquellos médicos judíos? Un temor sordo se apoderó de sus pensamientos, a medida que el cansancio hacía mella en él. Se acurrucó sobre la paja y cayó de nuevo en un sueño inquieto, poblado de pesadillas.

Soñaba aún cuando se vio sacudido por los hombros y despertó sobresaltado. No había oído nada, pero la intensa luz de la mañana entraba por el portalón, abierto de par en par, y los soldados se afanaban en despertar a los muchachos sin miramientos. Zakariyya recordó al instante el episodio de la noche anterior y decidió simular la misma somnolencia que los demás. No tuvo que fingir verse deslumbrado, si bien alcanzó a distinguir la misma vasija llena de aquel líquido blanco. Volvieron a correr las escudillas, y al instante se encontró con la suya entre las manos. Sabía que no podía ingerir aquel cocimiento e intentó pensar con rapidez. Dio un pequeño sorbo y tosió con violencia, simulando que se había atragantado. Depositó el recipiente al costado derecho, mientras se llevaba la mano izquierda a la garganta, entre toses y aspavientos. Después, bajo la atenta mirada de los guardias situados a su izquierda, tomó de nuevo la escudilla cubriéndola con ambas manos y aparentó reanudar su desayuno con unos alimentos que una vez más se filtraban entre la paja.

En esta ocasión apenas les dejaron terminar, les obligaron a levantarse y a disponerse en fila de a dos. Zakariyya se colocó al final de la cola, inmediatamente detrás de Talal y Hakim. Conducidos por el que parecía al mando, cruzaron el patio de aquella finca rodeada por elevadas tapias y avanzaron hacia un edificio de grandes dimensiones. En cuanto atravesaron la puerta, fuertemente custodiada por guardias armados, un fuerte olor acre asaltó la nariz de Zakariyya. Ante ellos se extendía un largo pasillo iluminado de forma tenue, en cuyo lado derecho se abrían varias puertas. A medida que avanzaban por aquella galería, un nudo se iba formando en el estómago del muchacho, lacerantemente vacío. Lo que en principio eran sonidos sordos y apagados iba transformándose en claros quejidos procedentes de numerosas gargantas. El resto de los muchachos no parecía reparar en ellos, pero Zakariyya tenía todos los sentidos en alerta. Los lamentos se hicieron más audibles antes de alcanzar la primera puerta, aunque no era aquella la sala a la que se dirigían, porque los guardias continuaron avanzando. Giró la cabeza con cuidado y comprobó que solo un guardia les seguía. Cuando pasaban por delante, Zakariyya se apartó de la fila con brusquedad y se lanzó contra la puerta, que se abrió bajo su peso.

Lo que vio lo dejó sin habla: filas y filas de esteras extendidas en el suelo, ocupadas por decenas de muchachos de su misma edad que gemían de dolor, se retorcían o yacían febriles y exánimes. Entre ellos, una multitud de esclavos y sirvientes se afanaba en atender de la mejor manera posible a aquellos infortunados. En el momento en que Zakariyya abrió la puerta, dos de ellos se llevaban a un

muchacho de cabello rubio, exangüe, sujeto por manos y pies, y se disponían a arrojarlo al interior de una estancia en la que se veían otros cuerpos. Aquello respondió al instante a todas las preguntas que Zakariyya se había hecho la noche anterior. Se abalanzó hacia el interior de aquella lóbrega sala sin dar tiempo a los guardias de alcanzarle y corrió hacia el fondo, pero, antes de llegar al centro, un grupo de esclavos, alertados por el ruido de la puerta y las voces de los perseguidores, había salido a su paso, y varios pares de manos le sujetaron de los brazos y la ropa. Zakariyya se retorció entre gritos de pánico y rabia, aunque nada pudo hacer ante la fuerza aplastante de aquellos hombres embrutecidos por la visión continua del dolor y del miedo.

Pasó de las manos de los esclavos a las de los guardias, que lo condujeron por la galería hasta la sala contigua, mucho más reducida, donde esperaban sus compañeros, apenas capaces de mostrar emoción alguna. En los años siguientes recordaría aquel momento como el más dramático de su vida. Le inmovilizaron de pies y manos, sujetándole la cabeza con firmeza, y alguien le llevó a los labios un cuenco con el mismo caldo odioso cuyo sabor tan bien conocía ya. Trató de apartar la boca; sin embargo, la misma mano de hierro que se lo impedía le tiró de la mandíbula hacia abajo, y sintió que el líquido descendía por su garganta. Tragar o morir ahogado. Tosió, intentó vomitar, pero todo fue en vano. En un instante los ojos inyectados en sangre que tenía delante empezaron a difuminarse, y se le relajaron los miembros.

Los ayudantes limpiaron los restos de sangre de la mesa de mármol antes de depositar en ella el cuerpo desnudo de Zakariyya. Los escasos instrumentos que habría de utilizar el físico judío que esperaba algo apartado reposaban en un costado, después de que alguien los sacara de un barreño lleno de agua rojiza que nadie se había molestado en cambiar. El médico se aproximó con expresión indiferente: había practicado aquella intervención en centenares de ocasiones, por lo que se había convertido para él en algo tan rutinario como modelar oro para el orfebre o ajustar el interés de sus operaciones para el prestamista. Actividades todas ellas lucrativas, pero ninguna tanto como la que él realizaba, la que había dado justa fama a la ciudad y la había convertido en lugar de peregrinación de tratantes de esclavos de todo Al Ándalus, Ifriqiya, el Maghrib e incluso del país de los francos. Para él, como para el resto de los médicos judíos de Al Yussāna, la prohibición coránica de practicar la castración humana se había convertido en una bendición. Por la cabeza de ningún cirujano mahometano pasaba la idea de realizar una operación así, a menos que quisiera enfrentarse a la más grave de las acusaciones para alguien que profesaba la fe de Muhammad: la de impiedad. Por eso eran los cirujanos judíos los que acaparaban el negocio. Porque de un negocio se trataba. La demanda de eunucos para los harenes de los grandes señores era inagotable, y el número de caravanas de jóvenes esclavos que llegaban a Al Yussāna procedentes de todos los puntos

cardinales, creciente. Muchos de ellos llegaban desde las grandes ciudades ribereñas del Bahr Arrum a través del puerto de Bayāna, pero también de las tierras del norte, sobre todo después de una *a'saifa* victoriosa de las tropas *qurtubíes*. Sin duda en los últimos tiempos los eunucos más cotizados eran los *siqlab*, nativos de las tierras eslavas, quizá por sus característicos rasgos, la blancura de su piel y el color de sus cabellos. Sin embargo, el mercado tampoco hacía ascos a ejemplares como el que ahora ocupaba la mesa, sin duda de origen ibérico, hijo quizá de algún rebelde cristiano alzado en armas contra el emir.

El médico se acercó y tomó el escalpelo con la mano derecha. Con la izquierda tiró de la piel del escroto del muchacho y valoró por un instante cuál era el lugar más apropiado para incidir. Después de todo aquella era la forma de castración más sencilla, la simple extirpación de los testículos, totalmente rutinaria. Otra cosa era la ablación genital completa, el pene incluido, en la que insistían algunos de sus clientes. Normalmente en ese caso los muchachos sangraban como corderos degollados, y las complicaciones resultaban frecuentes. De hecho eran pocos los que sobrevivían. Eso sí, si lo hacían el precio que alcanzaban en el mercado de esclavos de Qurtuba se multiplicaba… y también los honorarios del físico.

Este sonrió al recordar los escrúpulos que había sentido al inicio de su carrera, escrúpulos que se habían ido disipando a medida que aumentaba el tamaño de su bolsa. Ahora mismo, con solo cincuenta años, podría retirarse a cualquiera de sus propiedades y pasar rodeado de lujos para él y su familia el resto de su existencia. Quizá lo hiciera. Pero en ese momento debía terminar la fastidiosa tarea que se había impuesto. Tiró con fuerza del extremo del escroto y con un tajo firme seccionó la piel, lo que arrancó un gemido de la garganta del muchacho. De inmediato un chorro de sangre roja y brillante salpicó la mesa. Con pericia introdujo el dedo por el orificio y atrajo hacia sí uno de los testículos, dispuesto a seguir utilizando el escalpelo.

Un estruendo en la puerta de acceso hizo que alzara la cabeza.

Zakariyya abrió los ojos aterido, aquejado de violentos temblores. No tardó más que un instante en recordar, al experimentar aquella laceración entre las piernas que ascendía en oleadas por su vientre. Giró la cabeza con rapidez al advertir las náuseas, pero solo inundó su boca un líquido amargo que apenas llegó a caer en la estera que ocupaba. Al rememorar la causa de aquel dolor punzante, las lágrimas inundaron sus ojos. Acudieron a su mente la imagen del orondo eunuco del alcázar, su aspecto feminoide, el timbre agudo de su voz, y las convulsiones del llanto comenzaron a sacudir su pecho con violencia, mortificándolo aún más.

Una mano se posó sobre su brazo y lo sobresaltó. Entre las lágrimas descubrió el rostro de un joven que se había agachado a su lado, aunque sus ropas no correspondían a las de ninguno de aquellos esclavos que había visto en la sala.

—Tranquilízate, muchacho —dijo con voz serena—. Ya ha pasado todo.

Pese a que Zakariyya percibió la suave presión en torno a su muñeca, no experimentó ningún alivio. Demasiado bien sabía que todo había pasado, y sabía también que no había vuelta atrás.

—No me conoces, pero mi nombre es Adur. Soy el hermano de Muzna, es ella quien me envía.

Al oír aquel nombre, Zakariyya se llevó la mano a los ojos para enjugarse las lágrimas. Se disponía a hablar, pero el hombre lo atajó con un gesto.

—Lo primero que debes saber es que sigues entero, muchacho. —Sonrió—. Hemos llegado a tiempo.

Zakariyya abrió los ojos con incredulidad, lo que provocó la risa de Adur.

—Tu masculinidad está a salvo, compruébalo por ti mismo… solo tienes un corte que sanará en unos días.

Adur retiró el lienzo que cubría el cuerpo desnudo de Zakariyya, cuya mano temblorosa descendió por su costado y, con temor, se deslizó entre sus piernas. Un dolor agudo lo invadió cuando se rozó los testículos con los dedos, al tiempo que una corriente de inmenso alivio se extendía por todo su ser. Otra vez un llanto incontrolable se apoderó de él, mientras sentía de nuevo la presión de la mano de Adur en torno a su muñeca.

—Desahógate, muchacho, es mejor así —oyó que decía aquella voz tranquilizante—. Pero sé consciente de lo afortunado que eres, Allah ha querido protegerte…

De repente Zakariyya experimentó una pequeña sacudida, y trató de alzarse apoyándose sobre el codo, sin hacer caso del dolor que el movimiento le provocaba.

—¡Talal! ¡Hakim! ¿Qué ha sido de ellos?

—¿Son amigos tuyos?

Zakariyya asintió mientras barría con la mirada los camastros más próximos. Tres esteras más allá descubrió a Talal e intentó ponerse en pie, pero Adur se lo impidió con un gesto que daba a entender que él se ocuparía. El joven se acercó al camastro del otro muchacho, aunque este seguía sumido en un profundo sueño. Retiró el lienzo que lo cubría, y la expresión de su rostro reveló a Zakariyya la crudeza de lo ocurrido. Escrutó a los ocupantes de las esteras que lo rodeaban, aunque ninguno de ellos parecía Hakim. Con un gesto de desaliento se dejó caer en el camastro y apoyó el rostro en la palma de su mano, a modo de almohada, mientras Adur regresaba a su lado.

—Ahora debes descansar.

Zakariyya asintió. Sin embargo, hizo una última pregunta:

—¿Por qué has venido?

Adur esbozó una sonrisa.

—Ayer mismo Muzna tuvo noticia de la partida de vuestro grupo, hizo

averiguaciones y confirmó que estabas en él. Ahmad no le había comunicado sus intenciones. Yo solo he cumplido con sus deseos, es ella quien me envía.

—¿Por qué? —masculló.

—Eso deberás preguntárselo a ella, para mí también es un enigma —confesó sin perder la sonrisa—. Pero yo iría al fin del mundo si ella me lo ordenara.

—¿Has llegado desde Qurtuba en una jornada?

Esta vez Adur rio abiertamente.

—Reventé dos caballos, y tuve que robar un tercero y cabalgar durante toda la noche, pero Allah ha querido que llegara a tiempo. No me habría perdonado que hubiera ocurrido de otro modo. Un instante más, y ahora tú…

El joven dejó la frase en el aire, y Zakariyya resopló con gesto de terror, pero también de agradecimiento.

—En ese caso parece que necesitas el descanso más que yo…

—No te niego que agradeceré la comodidad de un buen lecho, pero debía esperar a que despertaras. Cuando ambos nos hayamos recuperado regresaremos a Qurtuba.

—¡No! —Se revolvió de nuevo Zakariyya—. No regresaré sin Talal y Hakim…

Adur abrió los ojos con asombro. El muchacho parecía olvidar que no era más que un esclavo al servicio de un príncipe de Qurtuba; no obstante, respondió con sosiego:

—¿Tanta es vuestra amistad, después de tan solo dos semanas en casa de Ahmad?

—Son los únicos amigos que tengo… y yo soy el único que tienen ellos.

Adur pareció reflexionar.

—Está bien. Algo se nos ocurrirá, pero ahora descansa. Descansemos los dos.

Pese a que Zakariyya asintió, parecía querer decir algo más. Adur lo interrogó con la mirada, y el muchacho se decidió.

—Adur… tengo hambre. Mucha hambre.

Zakariyya permaneció tres semanas más en Al Yussāna. Incluso sin haber culminado su propia recuperación, se dedicó al cuidado de sus amigos. Las heridas de Talal no sufrieron complicaciones, pero a medida que el efecto de los narcóticos se disipaba, se abrió ante sus ojos la realidad, y el muchacho se derrumbó. Pasó días aovillado sin pronunciar palabra, sumido en un llanto casi continuo, y Zakariyya se limitó a aguardar a su lado, atento a sus necesidades.

Hakim no tuvo tanta suerte. Al parecer todo había ido mal desde el momento de la mutilación. Sufrió una profusa hemorragia que lo debilitó en extremo, y solo dos días después brotó la fiebre, de modo que no llegó a recuperar la conciencia. Murió al cabo de diez días, consumido por la calentura, con un olor pútrido en la entrepierna.

Adur se quedó dos días más en Al Yussāna antes de regresar a Qurtuba para dar cuenta a su hermana del resultado de su misión. Durante aquellas dos jornadas un lazo de simpatía se estableció entre ambos, desde el momento en que el joven relató a

Zakariyya su propia peripecia, después de que lo apresaran en su lejana aldea vascona junto a Muzna, cuando solo eran unos niños como él. Le explicó cómo el azar había querido que años después el príncipe heredero Muhammad quedara prendado de la belleza de su hermana, hasta el punto de convertirla en su esposa; cómo las rencillas del heredero con su hermanastro Mutarrif habían dado con sus propios huesos en prisión, y cómo su forzada liberación cuando ya se creía morir había obligado a Muhammad a huir de Qurtuba. El mundo de intrigas y maniobras que Adur le descubría era algo que Zakariyya jamás habría llegado a imaginar y, una y otra vez, el muchacho interrogaba al joven sobre los acontecimientos vividos entre los muros del alcázar. Supo de los sucesos que rodearon la muerte de Muhammad a manos de su hermanastro y del nacimiento del pequeño huérfano Abd al Rahman unos días después, y fue así como descubrió el motivo de la inmensa tristeza en los ojos de Muzna.

A su partida, Adur dejó claras instrucciones a los guardias que habían acompañado al grupo, y la actitud de aquellos hombres rudos hacia él cambió de forma radical. El viaje de vuelta resultó completamente diferente al que efectuaran tres semanas antes. Únicamente seis de los diez muchachos regresaban, y el silencio se impuso durante todo el trayecto. Tan solo Talal, con actitud agradecida, y Zakariyya intercambiaban algunas palabras y compartían su comida. De nuevo hicieron un alto a las puertas de Bulāy, pero esta vez Zakariyya no permitió que lo venciera el abatimiento: si miraba a su alrededor tenía demasiado que agradecer, pues al menos conservaba lo más preciado para cualquier hombre. Y, desde la aparición de Adur, se había ido desarrollando en su interior el convencimiento de que las cosas cambiarían en Qurtuba a su regreso.

El carro que los transportaba cruzó la Bab al Qantara a media tarde y, como Zakariyya imaginaba, enfilaron hacia el alcázar. Allí los alojaron en dependencias de la guardia, a la espera de ser recogidos por sus respectivos propietarios. Él fue el primero en ser llamado. Se levantó del suelo donde aguardaban sentados e intercambió con Talal una mirada de interrogación antes de seguir al esclavo que le indicaba el camino. Fue conducido a través de intrincadas dependencias hasta alcanzar un *hammam* de sencilla construcción, que sin duda utilizaba el estrato inferior de los habitantes del palacio, y se le indicó que se despojara de sus vestiduras. Durante el reconfortante baño, le recortaron los cabellos y le proporcionaron una túnica nueva de lino, que se adaptaba a la perfección a sus medidas. Después siguió a otro esclavo por la puerta que comunicaba con uno de los jardines del alcázar, donde la luz y la brisa del atardecer trazaban cambiantes dibujos dorados sobre el pavimento. No eran aquellos los jardines que había llegado a conocer bien, pero al fondo, en una pequeña terraza bañada por el sol, se encontraba Muzna junto a su reducido séquito, atenta como siempre a los movimientos de Abd al

Rahman.

Zakariyya se detuvo al pie de la escalinata junto al esclavo, y este se retiró con una inclinación de la cabeza. Él no supo si debía imitarlo, así que se limitó a esbozar una mueca de saludo, que provocó una sonrisa en el rostro de Muzna.

—Acércate, muchacho —ordenó con suavidad, al tiempo que se volvía hacia el resto de sus acompañantes para indicarles que abandonaran el pequeño mirador.

Solo los guardias armados permanecieron en los extremos más alejados, con la vista al frente. Zakariyya esperó al pie de la escalera a que todos descendieran, incluido el enorme eunuco, quien le dirigió una mirada de irritación o quizá de simple desconfianza. El muchacho subió con cuidado y se acercó a la joven. En ese momento el pequeño Abd al Rahman corrió hasta él, se abrazó con fuerza a sus piernas y alzó las pequeñas manitas hacia las suyas.

—Puedes tomarle de las manos —dijo Muzna ante la indecisión de Zakariyya—. Parece que le caes bien.

Zakariyya lo hizo, y acompañó al niño hasta donde se encontraba su madre.

—La última vez que te vi había miedo en tus ojos… ahora descubro una profunda tristeza.

Él agachó la cabeza.

—No debes avergonzarte. Mi hermano, Adur, me ha hablado de lo que habéis sufrido… y también de la generosidad de tu comportamiento. Ambos comprendemos los terribles momentos por los que habéis pasado.

El tono de su voz era cálido y afectuoso pero apagado, como si compartiera parte de aquel sufrimiento. Sin embargo, se irguió, y su voz se volvió más alegre.

—Tengo buenas noticias para ti. He solicitado a Ahmad la cesión de sus derechos sobre tu persona… y ha aceptado, a cambio de algunas compensaciones, he de decir.

Zakariyya no acertaba a comprender lo que significaba aquella jerga.

—Quiero decir que a partir de ahora me servirás a mí —aclaró.

Esta vez la cara del muchacho se iluminó con una amplia sonrisa.

—Sin embargo, está la cuestión de tu nombre, el nombre con el que Ahmad te inscribió en los registros. Ninguno de nosotros conocía el auténtico cuando hubo de hacerlo, así que utilizó el suyo como patronímico. Sin duda será un cambio importante para ti, pero en adelante te llamarás Badr ibn Ahmad.

Zakariyya hizo un gesto con el que parecía aceptar un hecho que se le mostraba como algo irrebatible.

—¿Por qué Badr?

Muzna adoptó un aire melancólico antes de responder, se aproximó al muchacho y lo tomó por los hombros. Para él, aquel primer contacto fue una descarga eléctrica que lo hizo estremecer. No podía creer lo que le estaba sucediendo: solo dos meses atrás había abandonado su aldea de Istiya tras la muerte de su madre, y ahora…

—El mejor amigo que he tenido entre estos muros era, como tú has estado a punto de ser, un eunuco. Su nombre era Badr, que significa «luna llena», quizá por la forma de sus facciones tras su operación, quizá porque nos iluminó a todos en los momentos de mayor oscuridad. Su fidelidad hacia mi esposo era tal que, cuando este murió, el pasado año, él creyó cumplido su papel en este mundo y se quitó la vida. Tal vez se culpó por no haber sabido protegerlo de sus enemigos.

»No me parece mal nombre para que comiences tu nueva vida dentro de las paredes del alcázar, pues aquí has de permanecer, junto a mí y junto al pequeño Abd al Rahman, a quien protegerás, cuidarás y enseñarás hasta que pueda valerse por sí mismo. Creo firmemente que Allah te ha traído hasta nosotros para que ocupes ese lugar. Te llamarás Badr, y serás para mi hijo la sombra que el primer Badr fue para su padre.

El muchacho parecía abrumado, incapaz de pronunciar palabra.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —preguntó Muzna.

Badr alzó lentamente la mirada hacia ella, y pareció armarse de valor antes de responder con voz queda:

—Mi señora, mi amigo Talal…

Año 898, 285 de la Hégira

3

Entre Ūasqa y Saraqusta

Lubb ibn Muhammad esperaba taciturno e impaciente las noticias de los exploradores, que no acababan de llegar. Sentado sobre el cuero de su silla de tijera, miraba hacia la pieza de lona que hacía las veces de puerta, la cual se hallaba entreabierta, con el codo apoyado en la rodilla derecha y la barba en la palma de la mano. Fuera la lluvia y el viento barrían la tierra del improvisado campamento, lo que no contribuía en absoluto a mejorar su estado de ánimo.

Tras la muerte de su padre, ocurrida meses atrás a las puertas del sitio a que tenía sometida la ciudad de Saraqusta, todo había cambiado de manera radical. Desde su regreso, Lubb había asumido de forma tácita el liderazgo del clan, antes de ser confirmado en tal posición por la asamblea de notables reunida en Tutila tras los funerales de Muhammad. Allí mismo se decidió enviar a Mutarrif, el tercero de sus hermanos, a la lejana Tulaytula para ocupar el puesto de *uālī* que él dejaba vacante, con la esperanza de que los toledanos lo aceptaran pacíficamente como su nuevo gobernador.

En aquella misma asamblea se abordaron otros asuntos trascendentales y, sin embargo, no se tomó una decisión sobre el más perentorio de ellos: la continuidad o no del cerco a Saraqusta, que se había prolongado ya durante ocho largos años. Al Anqar al Tuchibí continuaba resistiendo con una población diezmada, reducida a los miembros de la guarnición. Hacía tiempo que ancianos, mujeres y niños habían huido, en su mayor parte hacia tierras cercanas a Qala’t Ayub, feudo de los tuchibíes, y la ciudad no era más que una sombra de lo que había llegado a ser. No obstante, se trataba de la capital de la Marca, sus defensas seguían mostrándose invulnerables, y solo la inestabilidad política en Qurtuba parecía haber impedido una expedición que diera salida a aquella situación de una vez y para siempre.

La calma que parecía haber reinado tras la muerte de su padre, sin embargo, había saltado en pedazos dos semanas atrás, cuando a la *alqasába* de Tutila llegó la noticia del ataque de Al Tawil contra tierras que habían pertenecido a los Banū Qasī durante generaciones. El *uālī* de Ūasqa, su antiguo aliado, había tomado por asalto dos de sus fortalezas en tierras del norte y, lo que más preocupaba a Lubb, se había aventurado hasta el Ūadi Ibrū y había conseguido romper el cerco de Saraqusta para asistir a Al Anqar con víveres y mercancías, sin duda tras concertarlo con él.

Como nuevo caudillo de los Banū Qasī, Lubb no había dudado a la hora de ordenar la movilización de todos los hombres disponibles y, aunque no lo reconocería ante nadie, para él había supuesto un alivio comprobar cómo, en una semana, la *musara* de Tutila se había visto invadida por centenares de tiendas que alojaban a las huestes procedentes de todas las ciudades, aldeas y fortalezas que les eran fieles. Sabía que con solo veintiocho años atesoraba más experiencia militar que muchos generales de Qurtuba, no en vano había comandado las tropas de su padre en Barsaluna, donde había dado muerte al mismo conde de la ciudad. Antes se había enfrentado también al propio Al Tawil de Ūasqa, a quien había conseguido derrotar en una situación a todas luces desesperada, y aquel episodio, lo sabía, le había granjeado la admiración de sus hombres… y la confianza de su padre. A pesar de su juventud, había asumido con éxito el gobierno de Tulaytula, y desde allí se le había comisionado para negociar con el rebelde Umar ibn Hafsún una alianza contra el poder del emir Muhammad. Pero fue precisamente esa ausencia, que terminó con la fatal noticia de la muerte de su padre, la que había despertado alguna incertidumbre sobre su capacidad de convocatoria como nuevo líder de los Banū Qasī.

La imagen que se desplegó ante sus ojos el día de la partida disipó cualquier duda. Tras alzarse sobre la barbacana en la Bab al Saraqusta bajo un cielo encapotado, no menos de dos millares de hombres respondieron a su arenga con entusiasmo, y su corazón se sintió henchido de aquella anhelada sensación de plenitud que, ahora lo advertía, empezaba a echar en falta.

La orden de partida y los gritos enardecidos de las tropas parecieron azuzar las nubes bajas que cubrían la ciudad, y el primer aguacero del otoño les acompañó hasta las murallas de Saraqusta. El avance se había convertido en una penosa lucha contra el lodo de los caminos y las incomodidades ocasionadas por la lluvia, de forma que la llegada a las puertas de la capital después de tan solo dos jornadas de marcha fue recibida con alborozo por los hombres, ansiosos por encontrar cobijo donde secar sus ropas y sus botas embarradas.

Después de ocho años, el campamento fortificado que alojaba a las tropas de asedio se había convertido en algo similar a una pequeña ciudad, y las tiendas de lona se habían visto sustituidas de forma gradual por barracones y construcciones de adobe, más o menos alineados, que encajaban mejor con los accidentes del terreno que con el trazado de un planificador metódico. Pese a que Lubb recordaba bien su disposición, pues allí había pasado sus años de formación militar junto a su padre, lo que ahora veía no hacía sino confirmar sus sospechas. Los hombres de la guarnición se movían entre tiendas y barracones en lamentables condiciones de abandono, algunos en un estado de ebriedad evidente. Quizá la lluvia persistente ayudara a incrementar la sensación de suciedad de aquellas calles improvisadas, pero todo dejaba entrever una ausencia de disciplina y de organización que solo podía proceder

de la falta de autoridad.

La entrevista con el *qa'id* duró estrictamente lo necesario para exigir las vanas explicaciones que justificaran el estado de la guarnición. El oficial se deshizo en excusas a la hora de relatar el ataque por sorpresa de Al Tawil, que había llevado a la pérdida de una veintena de hombres, la ruptura del cerco y el aprovisionamiento de los sitiados. Lubb no dudó: mandó a aquel hombre de vuelta a Tutila cargado de cadenas en compañía de sus dos oficiales más cercanos y nombró en su lugar a otros de su confianza. Durante el tiempo en que permanecieron en Saraqusta impartió las órdenes personalmente, incrementó la guarnición con un centenar de hombres e hizo desmantelar el campamento de prostitutas que había crecido en la margen del río y que amenazaba con diezmar a sus tropas con más eficacia que cualquier lanza enemiga. Para su sorpresa, descubrió que el arca del *qa'id* estaba repleta de *dirhemes* de plata, lo cual solía explicarse con un rancho para la tropa más pródigo en nabos que en carnero.

Una vez solucionados los problemas de disciplina e intendencia, había aguardado antes de partir las noticias de los exploradores enviados desde Tutila con el encargo de informar sobre la posición y las intenciones de las tropas de Al Tawil. Los partes, que indicaban nuevos preparativos en Ūasqa, coincidieron con una mejoría del tiempo, lo que acabó por decidir a Lubb sobre la oportunidad de emprender la marcha hacia el norte.

Ahora, cuatro días más tarde, aguardaba cobijado en su *haymah*, en mitad de la nada, bajo los aguaceros de otro temporal, con sus hombres inquietos por la falta de actividad. La pieza de lona de la entrada se apartó con brusquedad, y en el marco se dibujó el perfil de su hermano Abd Allah.

—¡Lubb, hermano! —llamó este, tratando de escrutar la penumbra de la tienda mientras se retiraba la caperuza mojada de la cabeza—. ¡Por fin hay movimiento!

Lubb se incorporó, incapaz de disimular su impaciencia.

—Al amanecer Al Tawil ha partido de Ūasqa hacia el sur. Sus hombres no suman más de un millar —añadió Abd Allah, aún jadeante.

—¿Con qué destino?

—Solo sabemos que avanza por el camino de Saraqusta. A estas horas quizás haya alcanzado las proximidades de Al Mudawar. Pero viaja con pertrechos que no pueden destinarse únicamente al suministro de sus tropas: según nuestros espías hay tantas mulas de carga como infantes a pie.

—¿Saraqusta de nuevo? ¡No es posible! Ni alguien tan necio como Al Tawil puede creer que el cerco de la ciudad iba a quedar sin refuerzo tras su primer ataque.

—¿Adónde si no, Lubb? Tal vez estamos pasando algo por alto…

Abd Allah se había situado delante de su hermano, y sus miradas se enfrentaban.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Que quizá tengamos traidores entre nuestras filas, dispuestos a ganar unas cuantas monedas por encima de su soldada.

—¿El *qa'id*?

—Bien podría ser… tú mismo te extrañaste de lo bien provista que estaba su caja. Pero, en ese caso, no sería el único, si realmente se disponen de nuevo a introducir víveres en la ciudad, una vez depuesto.

Lubb tomó de nuevo asiento e invitó a su hermano a hacer lo mismo. Durante un momento parecieron reflexionar, sin intercambiar palabra. Fue Abd Allah el que al fin habló.

—Con un solo oficial comprado la operación es factible, siempre que tenga el poder de decidir sobre los turnos de guardia. Nada más sencillo que atravesar el puente por encima del Ūadi Ibrū en plena noche con una recua de mulas, si los centinelas tienen suficientes motivos para mirar hacia otro lado. Pero en ese caso… ¿por qué el propio Al Tawil en la expedición? Sería suficiente con enviar a alguno de sus hombres de confianza.

—Quizás haya concertado una entrevista con Al Anqar —especuló Lubb—. Ese cerdo maloliente es un embaucador que siempre ha buscado tejer una red de intereses y favores en su propio beneficio. Sabe que Al Anqar se encuentra en una situación desesperada, y puede estar vendiendo su ayuda a cambio de que los tuchibíes apoyen sus planes en el futuro. Quizás el reciente ataque contra el cerco no sea más que una primera muestra de buena voluntad.

—Entonces, los perjudicados con el pacto…

—Somos solo nosotros, Abd Allah, su enemigo común.

—¡Pero Al Tawil posee el gobierno de Ūasqa por el apoyo que en su día recibió de nuestro padre!

—Nuestro padre ha muerto, y Al Tawil sabe que este puede ser un momento de debilidad para los Banū Qasī. Tal vez haya dejado de considerarnos un aliado poderoso para convertirnos en una presa potencial con la ayuda de los tuchibíes. Piensa en ello.

Lubb apenas distinguía el contorno del rostro de su hermano, y se incorporó para prender varias de las lamparillas que colgaban de los soportes de la *haymah*. Mientras lo hacía, y las sombras oscilantes se proyectaban sobre las lonas, continuó hablando, casi reflexionando en voz alta:

—Imagino que, tras los sucesos de Munt Sun en los que dio muerte a nuestros primos, juzga inviable cualquier posibilidad de pacto con los Banū Qasī.

—Y en lo que a mí respecta, está en lo cierto… Puede que nuestro tío Ismail fuera demasiado ambicioso, pero sus hijos eran diferentes, no merecían el final que tuvieron a manos de Al Tawil.

—En cualquier caso, con pacto de por medio o sin él, sus ataques han sido una

declaración de guerra —sentenció Lubb—. Tan solo nos queda decidir cómo ha de producirse la respuesta, y si tus noticias son ciertas… tenemos la solución ante nuestros ojos. ¿Crees que Al Tawil tendrá noticia sobre nuestra presencia aquí?

Abd Allah hizo un gesto expresivo.

—Sabes que nunca podemos afirmar algo así con total garantía… pero nos hemos movido por caminos poco transitados, fuera de la ruta habitual, y nuestra avanzadilla ha conseguido interceptar a dos de los jinetes enviados como exploradores.

—Los echarán en falta…

—Es posible, pero desconocerán el motivo de su desaparición. No es probable que aborten el movimiento de sus tropas por algo tan trivial.

—Dos hombres deben salir de inmediato hacia Saraqusta, hay que prevenir al nuevo *qa'id*. Aunque con este tiempo el avance de Al Tawil no será muy rápido… tenemos dos días por delante para ultimar los preparativos. Al amanecer nos ocuparemos de ello.

Lubb se acercó a la entrada para comprobar que prácticamente había dejado de llover y que todo en el campamento se hallaba en calma.

—¿Compartirás ahora la cena con tu hermano? —preguntó, repentinamente afable.

—Me temo que no dispongo de alternativa mejor —bromeó.

—Si todo resulta como parece, pronto estaremos de regreso. Podrás abrazar a tu esposa, a tus hijos… sobre todo al pequeño Mūsa.

Abd Allah sonrió al pensar en su último retoño, un varón nacido solo unas semanas atrás, en medio de los acontecimientos que habían alterado la vida familiar.

—Y si no me equivoco… también tú tienes motivos para querer regresar cuanto antes.

Entonces fue Lubb el que se volvió con una sonrisa pintada en los labios.

—No te sabía tan observador en asuntos de mujeres…

—¡No! No es cosa mía. —Rio con un gesto efusivo de las dos manos—. Oí a mi esposa y a nuestra madre antes de la partida, mientras contemplaban a Shamena, que mantenía las manos apoyadas sobre el vientre. Supongo que para ellas esos detalles no pasan desapercibidos…

—Es cierto, su vientre comenzaba ya a hincharse… —confirmó Lubb.

Abd Allah avanzó hacia su hermano con el rostro risueño y le pasó el brazo por los hombros.

—En ese caso, esta noche compartiremos algo más que la cena. —Rio—. No podemos dejar de celebrar la llegada de dos nuevos miembros del clan.

Las tropas de Al Tawil prosiguieron su avance hacia el sur en las dos jornadas siguientes, aparentemente sin percatarse de la presencia de jinetes que, de tanto en tanto, asomaban sus monturas en lo alto de las lomas que jalonaban el camino a

Saraqusta. Lubb sentía curiosidad por saber cuál sería la estrategia de su oponente para acercarse a una ciudad ubicada en el centro de un amplio valle, sin relieves de importancia que ofrecieran cobijo a posibles asaltantes. Era cierto que los bosquecillos cubrían las lomas, y podían bastar para ocultar a un pequeño destacamento que se desplazara con habilidad, pero de ninguna manera servirían para proteger a un verdadero ejército compuesto por un millar de infantes, hombres a caballo y decenas de mulas cargadas con los más variados pertrechos. No existía más que una vía de acceso resguardada por una vegetación de gran tamaño, que podía favorecer una aproximación segura hasta las mismas puertas de la ciudad, y esa era la ribera del Ūadi Yallaq, cuya desembocadura en el gran río se encontraba a solo dos millas aguas abajo de las murallas de Saraqusta.

Si la entrevista entre Al Tawil y Al Anqar había de producirse, Lubb ignoraba por completo dónde tendría lugar. Le constaba que Al Anqar era un hombre astuto y escurridizo, pues en ocho años de asedio no había cometido un error que condujera a su captura. Al Tawil era más impulsivo, irreflexivo a veces, como había tenido ocasión de comprobar en los años de relación con su padre. Sin embargo, no creía que su atrevimiento le llevara a cruzar el viejo puente de piedra, por muy seguros que ambos hombres estuvieran de la eficacia de sus sobornos. Habría que contemplar distintas alternativas e improvisar según el rumbo que tomaran los acontecimientos.

Un viento frío que había arrastrado las últimas nubes barría el valle en la tarde de aquella jornada, en que la tensión que flotaba en el campamento de los Banū Qasī resultaba palpable. Las tropas se hallaban en formación, con los pertrechos al hombro, a la espera de la orden de partida.

Lubb y Abd Allah, envueltos en sus capas, impartían las últimas órdenes sobre sus monturas, pendientes del disco dorado, que estaba a punto de ocultarse tras los montes de poniente. Habían alcanzado la ribera del Ūadi Ibrū tan solo unas millas aguas arriba de la ciudad, dispuestos a avanzar hacia ella a la caída del sol. Un segundo contingente compuesto por las tropas que mantenían el cerco a Saraqusta había rodeado la ciudad y, esa misma mañana, había vadeado el río aguas abajo. Como habían supuesto, las tropas de Al Tawil permanecían agazapadas en torno a la desembocadura del Ūadi Yallaq, sin duda aguardando que cayera la noche. El cielo despejado y una luna creciente favorecerían el movimiento de las tropas, pero nadie, ni siquiera Lubb, podía evitar la inquietud ante los riesgos de una acción nocturna.

Las sombras apenas permitían distinguir a su derecha el cauce cercano cuando Lubb dio la orden de marcha. Avanzaron con precaución, en silencio y tratando de evitar los relinchos de los caballos, que el viento llevaría a la ciudad. Los exploradores, después de reconocer el terreno, habían señalado un extenso campo cubierto de rastrojos y protegido por una loma como el lugar ideal donde emboscar a los cientos de jinetes que Lubb había seleccionado. Desde aquel lugar se divisaban

las murallas de Saraqusta, la Bab al Qantara y el puente que cruzaba el río, pero la distancia era excesiva para reconocer a nadie en la oscuridad. Lubb lo sabía, y había decidido avanzar junto a su hermano y algunos de sus oficiales hasta las inmediaciones del puente, estableciendo un sistema de comunicación para movilizar las tropas en caso de necesidad.

Ataron sus cabalgaduras a los troncos de la orilla, con la hierba fresca a su alcance, se apostaron entre aneas y tamarices, y aguardaron en silencio mientras la luna creciente se alzaba sobre el horizonte. En más de una ocasión creyeron percibir sombras sobre el puente, interpretaron el ulular del viento y el de las lechuzas como señales, pero el tiempo pasaba y nada parecía suceder. La luna se alzaba ya sobre la vertical de la ciudad, y sus miembros entumecidos les obligaban a cambiar de posición cada vez con mayor frecuencia. Sin embargo, todos sus músculos se pusieron en tensión cuando al fin, a poco menos de media milla, apareció una luz oscilante que de forma inconfundible hacía señales hacia el río. De inmediato una lámpara se prendió sobre la puerta del puente, y ambas desaparecieron al instante.

—Grande debe de ser la desesperación de Al Anqar —musitó Abd Allah.

—Y generosas las promesas de Al Tawil, para que arriesgue así a sus hombres —repuso Lubb, mientras escrutaba la oscuridad con todos los sentidos alerta.

Abd Allah se volvió hacia uno de los oficiales.

—Asegúrate de que todos los hombres estén dispuestos allá atrás. En cualquier momento puede darse la orden de ataque.

El aludido asintió y se retiró en busca del enlace más próximo. No obstante, en los alrededores del puente no parecía suceder nada. Las continuas ráfagas de viento impedían que cualquier sonido inusitado llegara hasta ellos, pese a lo cual oían claramente el ruido de las olas al chocar contra las piedras de la orilla, a su lado.

Al principio no fueron más que unas sombras que les obligaron a aguzar la vista, pero poco a poco el perfil de una reata de mulas comenzó a distinguirse a la entrada del puente.

—¡Los pertrechos! —exclamó Abd Allah—. ¡Tenemos que impedir que crucen el puente!

Lubb apoyó la mano en el antebrazo de su hermano, con un gesto que pedía calma.

—¿Qué nos importan unos cuantos serones de suministros? De nada les servirán si damos caza a Al Anqar.

—Pero nada nos asegura que…

Lubb se volvió con aire severo antes de que su hermano acabara la frase.

—Todo se ha preparado en base a la suposición de que va a tener lugar esa entrevista. Que la entrega de las provisiones se haya producido antes es algo con lo que podíamos contar…

—¡Ya cruzan el puente, y no se oye ni el menor sonido! Han debido de forrar los cascos con gamuzas o cueros —observó uno de los oficiales.

La puerta de la ciudad se abrió, y la recua de mulas empezó a perderse en su interior.

—¡Infelices! —susurró Abd Allah, irritado—. ¡Deben de pensar que están burlando el cerco por segunda vez!

—¿Descargarán las mulas para permitir que regresen? —se preguntó el oficial más próximo a ambos.

Una risa apagada brotó de la garganta de Abd Allah antes de responder.

—Esos desdichados animales forman parte de los suministros, y por su número van a alimentar a los hombres de Al Anqar durante meses —gruñó irritado.

Observaron el avance de las mulas en la penumbra hasta que la última cruzó el puente y la puerta se cerró tras ella. Durante un tiempo no ocurrió nada, y Lubb sorprendió a su hermano lanzándole miradas escrutadoras, en busca quizá de una señal de impaciencia o contrariedad. Por eso se esforzó en mantener una expresión firme y serena, hasta que pudo sustituirla por una sonrisa de triunfo cuando el portón volvió a abrirse para dar paso a un grupo numeroso de hombres a pie que, con sigilo, comenzaron a cruzar el puente. En el lado opuesto se estaba produciendo un movimiento de cabalgaduras que remontaban la orilla para confluir en una zona cercana al pretil oculta por un denso cañaveral.

Lubb alzó la mano y buscó con la mirada a los dos oficiales que permanecían a su lado para asentir a sus gestos de interrogación. Ambos retrocedieron a grandes pasos, tratando de caminar agachados, hasta perderse de vista. Lubb y Abd Allah liberaron sus cabalgaduras y con agilidad montaron sobre ellas, procurando permanecer ocultos entre las cañas.

El primer contingente de cuarenta jinetes apareció tras ellos en un instante, Lubb se colocó al frente y dio la orden de lanzarse al galope. Todos conocían de antemano su cometido, y no dudaron a la hora de avanzar, abriéndose en abanico para rodear por sorpresa a los conjurados. La llegada del grupo de hombres a caballo alertó a estos de inmediato e intentaron reaccionar ante el inesperado ataque. Los primeros relinchos de las monturas encabritadas por la confusión de sus jinetes dieron paso a los gritos desaforados de los oficiales, que prevenían del ataque y daban orden de disponerse en torno a su caudillo. Sin embargo, Lubb observó cómo varios hombres se separaban del grupo para iniciar una desenfrenada carrera hacia el puente.

—¡Abd Allah! —aulló—. ¡Síguelos! ¡Es Al Anqar!

Abd Allah comprendió lo que sucedía y desvió su cabalgadura hacia el río. Cuatro hombres le llevaban la delantera y habían alcanzado la zona central, más elevada. Corrían lo que sus piernas daban de sí, y proferían alaridos hacia los guardias de la puerta para que se les franqueara la entrada. Abd Allah espoleó su

caballo y alzó el sable antes de alcanzarlos. Descargó un primer golpe sobre la espalda del más retrasado, que cayó con un gemido agónico bajo los cascos. Atrajo de nuevo el arma hacia sí y aprovechó la inercia del galope para insertar el filo entre las costillas del siguiente. La hoja de la puerta, sin embargo, se abría ya, y hacia ella se lanzaron los dos restantes. Abd Allah descubrió ante ellos el brillo plateado de las lanzas y la figura de un arquero que se hacía a un lado para, rodilla en tierra, proteger la huida de su caudillo. Tiró de la rienda izquierda, y la montura se detuvo al tiempo que giraba en seco y perdía estabilidad. Espoleó al animal, que arrancó resbalando con los cascos sobre las tablas cubiertas de verdín. Percibió a su costado el silbido de un primer proyectil y dio gracias a Allah por aquel quiebro involuntario. Siguió espoleando a la bestia, que obedeció a sus órdenes arrojándose hacia delante, mientras él se inclinaba hasta casi aferrarse al cuello del animal, con el objeto de ofrecer el menor blanco posible. Sintió el impacto del segundo proyectil en la parte baja de la espalda cuando comenzaba el descenso hacia la orilla opuesta.

Lubb y sus hombres, entretanto, habían trabado combate contra el grupo de Al Tawil. Sabía que, una vez anulado el efecto sorpresa, el resto de la caballería acudiría en su ayuda, por lo que el enfrentamiento en los primeros instantes sería desigual. Al menos hasta que el grueso de las tropas de Al Tawil reaccionara y llegara desde donde estuvieran apostadas.

El caudillo de Ūasqa ocupaba el centro de un círculo formado por una veintena de sus hombres a caballo, que se batían contra los primeros jinetes de los Banū Qasī. Algunos de ellos yacían ya malheridos sobre el suelo. Lubb, desde el exterior, decidió dirigirse a Al Tawil, y lo hizo por su nombre real.

—¡Muhammad! ¡Haz que tus hombres depongan las armas!

—¿Quién habla? —respondió el otro, desconcertado.

—Soy Lubb, ¿no lo imaginabas?

El combate cesó de forma gradual, acabó por hacerse el silencio, y las miradas se desviaron un segundo hacia las flechas encendidas que se alzaban hacia el cielo para volver a caer.

—¡Lubb! ¡El cachorro de los Banū Qasī! —respondió al fin—. ¿Qué te hace pensar que voy a entregarme? Sabes que tengo un ejército a mis espaldas.

—¡Mis fuerzas duplican a las tuyas, Al Tawil! —gritó Lubb para salvar la distancia que los separaba—. Y esas flechas que has visto caer son la señal convenida para que la guarnición de Saraqusta vadee el Ūadi Yallaq. Tus tropas están rodeadas, sin escapatoria posible. A menos que quieras enviarlas a una muerte segura y provocar una masacre entre tu gente.

—¿Por qué habría de creerte? —respondió con tono jactancioso, aunque un ligero temblor en la voz dejaba entrever su inseguridad.

—Esta vez la ambición y la imprudencia te han llevado demasiado lejos… ¿De

verdad creías que ibas a romper de nuevo el cerco sin que se hubieran tomado medidas? Tus sobornos te han servido de bien poco esta noche. Será mejor que asimiles cuanto antes que has caído en una celada, y que con tus fuerzas no tienes salida.

Al Tawil se pasó la mano por la cara para secarse el sudor que le resbalaba por las sienes. Su montura caracoleaba inquieta, mientras el jinete se esforzaba por mantenerse frente a su interlocutor, cuando varios soldados acercaron teas recién prendidas que proporcionaron a la escena una apariencia irreal.

En el círculo de luz entró Abd Allah, que llevaba la mano derecha apoyada en la base de la espalda, incapaz de evitar un rictus de dolor.

—¡Estás herido! —exclamó Lubb, que apartó momentáneamente la vista de su oponente.

—No es grave, la cota de malla ha cumplido con su cometido —aseguró sin aliento—. Aunque creo que ese bastardo ha conseguido escapar. ¡Corría como una liebre asustada!

—¡Solicito el *amán*!

Los dos hermanos se volvieron sorprendidos hacia Al Tawil, que a pesar de su ruego exhibía una actitud desafiante a la luz de las antorchas. Lubb hizo un guiño a su hermano, y le devolvió la atención a su interlocutor.

—¡Ordena a tus hombres que se retiren y depongan las armas! —gritó para que todo el mundo lo oyera.

—¡Solicito el *amán*! —repitió Al Tawil—. Y exijo que dejes a mis hombres en libertad para que puedan regresar a Ūasqa.

—¡Haz lo que se te ordena! —exclamó Lubb irritado—. Solo entonces discutiremos las condiciones de tu rendición.

Los dos días siguientes fueron intensos y dramáticos en torno a Saraqusta. El nuevo *qa’id* había puesto todo su empeño en desenmascarar a los oficiales que se habían mostrado dispuestos a ceder al soborno de Al Anqar y un simple interrogatorio a los encargados de la guardia bastó para identificarlos. La primera tarde después de la emboscada, tres hombres fueron decapitados en la explanada del campamento, a la vista de toda la guarnición. Al Tawil permanecía fuertemente custodiado en uno de los barracones, junto a la mayor parte de sus oficiales y otros miembros de su tropa, que rondaban el centenar, retenidos todos en calidad de rehenes.

El amanecer del segundo día había sido testigo de la partida hacia Tutila, con un contingente menguado tras reforzar los efectivos del cerco. Abd Allah apenas podía sostenerse sobre la silla, pero se había negado a que lo trasladaran en parihuelas a pesar de las admoniciones de los médicos, finalmente se habían limitado a fajar con fuerza su espalda.

Ahora, tras la segunda jornada de marcha, tenían ante ellos el monte de Tutila, cuya *alqasába* se recortaba orgullosa contra el cielo rojizo del atardecer. Lubb cabalgaba dichoso, con la mirada fija en el perfil de aquella ciudad que había aprendido a amar. Una vez más regresaba victorioso, pero en esta ocasión con la satisfacción añadida de haber vencido a su enemigo sin apenas derramar una gota de sangre. Anhelaba el momento de reencontrarse con Shamena, acariciar su vientre hinchado y sentir el contacto de sus labios. También había echado de menos a sus hermanos menores, y no veía el momento de abrazar de nuevo a Sahra, su madre, todavía destrozada por la pérdida de su esposo.

Enfilaron el último tramo del camino que conducía a la Bab al Saraqusta, la entrada oriental de la ciudad, ante la cual se abría la *musara*, la gran explanada que sospechaba ya repleta de gente deseosa de dar la bienvenida a los miembros de la expedición. Casi divisaba ya las murallas de la parte baja cuando descubrió a un jinete que se acercaba al galope hacia ellos.

—Ahí tenemos la primera bienvenida —anunció satisfecho uno de los oficiales que cabalgaban junto a él.

Lubb giró la cabeza para observar a su prisionero y comprobó que cabalgaba cabizbajo, sumido en sus pensamientos. Tras él, ensogados, caminaban el resto de los rehenes, en una doble fila flanqueada por hombres a caballo. Trató de imaginar el efecto que produciría su llegada entre los habitantes de Tutila.

De nuevo miró al frente. El jinete, un muchacho joven, sin duda lo buscaba a él con la mirada. Lubb se alzó sobre los estribos para dejarse ver, mientras dirigía la montura a su encuentro. Antes de que hablara, el rostro del muchacho le informó de que algo iba mal.

—*Sahib*, debes apresurarte —dijo sin molestarse en saludar—. Es tu esposa…

Año 899, 286 de la Hégira

4

Tutila

Lubb depositó al pequeño Muhammad en los brazos de su abuela Sahra. Tras una tarde sin descanso, entre los juegos y las atenciones de sus primos, sus tías y las ayas que cuidaban de él, había acabado en las rodillas de su padre, y este había podido disfrutar de la impagable sensación de ver cómo se acomodaba entre sus brazos hasta caer profundamente dormido. Había sido el único consuelo de Lubb desde la muerte de Shamena.

El aborto que había sufrido poco después de su partida se complicó con una extraña calentura, y a su regreso Lubb la encontró delirando, consumida por las fiebres. No se apartó de ella en los tres días siguientes, rogó a Allah con todas sus fuerzas por su vida, porfió a los médicos para que le aplicaran todos los remedios posibles, pero todo resultó inútil. Shamena se fue apagando, y una tarde dejó de respirar sin que hubiera podido despedirse de ella. Lubb se destrozó los puños contra las paredes de la alcoba, maldijo su suerte a gritos y arrojó lejos de sí a los fracasados matasanos, pero nada lograría que su esposa volviera a abrir aquellos preciosos ojos almendrados. Recibió sepultura en el mismo cementerio que tan solo unos meses atrás había acogido el cuerpo de Muhammad, su padre, donde Lubb pasó muchas horas aquellos días.

Al Tawil y el resto de los rehenes, mientras tanto, habían quedado arrinconados en su mente hasta que alguien le hizo notar que no podían continuar mucho tiempo retenidos en las mazmorras. Y entonces no pudo evitar sentir que aquel hombre era el culpable de su ausencia cuando su esposa más lo necesitaba. Las condiciones que impuso para su rescate cuando lo hizo llevar a su presencia resultaron exorbitantes y despertaron un murmullo de asombro entre los presentes. Con aparente sosiego fue desgranando sus exigencias: debía abandonar el distrito de la Barbitaniya, y también la *kūra* de Ūasqa. Le permitiría conservar el gobierno de la propia ciudad de Ūasqa, si bien al precio de cien mil dinares de oro, que deberían entregarse antes de su liberación.

Cuarenta días tardaron los enviados en regresar al frente de una reata de mulas con las albardas rebosantes, amén de varios carros cargados con las más variadas mercancías. Sin embargo, la sorpresa sobrevino con el recuento: a pesar de que parte del rescate llegaba en especie, el valor total de la entrega superaba los cincuenta mil

dinares. Al parecer Lubb no había sabido valorar los recursos del gobernador de Ūasqa, puesto que nunca lo habría imaginado capaz de reunir siquiera aquella cantidad. Fue el propio Al Tawil quien propuso una entrega de rehenes como solución provisional, y dos semanas después entraba en Tutila una comitiva en la que se incluían dos de sus hijos, el primogénito, Abd al Malik, y Sayida, una preciosa muchacha que apenas contaba diecinueve años.

Lubb observó cómo Sahra se despedía con una sonrisa y se retiraba con el niño en brazos hacia las alcobas, situadas en la planta superior. Allí, en la vieja residencia de la familia construida por el patriarca del clan casi cien años atrás, habían pasado una vez más el invierno. Se hallaba al abrigo de las murallas, era cálida y espaciosa, y Lubb respiraba en ella la esencia de la familia, algo que su padre le había enseñado a apreciar. Pronto llegaría la primavera, y con ella el traslado a la *almúnya* situada extramuros, junto al cauce del Ūadi Qalash, donde el calor del verano parecía no penetrar en el arbolado, los frondosos emparrados y las veredas recorridas por multitud de canalillos, que contribuían a proporcionar un agradable frescor. De nuevo sintió en su vientre una punzada de angustia al recordar que aquel verano no vería a Shamena paseando entre aquellas glorietas, ni oiría su risa mientras jugaba con el pequeño Muhammad.

Trató de apartar aquellos pensamientos dolorosos y decidió que ya era hora de acudir a la *alqasába*, donde le esperaba una entrevista que en modo alguno deseaba. Y es que Al Tawil seguía causándole repulsión. Una vez más había anunciado su llegada sin considerar la posibilidad de que no fuera bien recibido. Actuaba como un mercader con un buen negocio que proponer, y no como un hombre que había entregado a sus hijos como mercancía a cambio de su propia libertad y como garantía de un pago que aún no se había realizado. Había entrado en la ciudad al atardecer, acompañado por un nutrido séquito, y se había dirigido a la *alqasába*, de donde no había salido ni siquiera para visitar el *hammam* tras un viaje de tres jornadas. Lubb pensó que su inoportunidad era proverbial y no alteró su actividad para acudir a recibirlo, aunque aquella noche tendría que prestar oídos a aquel hombre.

Como había ordenado, su caballo estaba listo, apoyó el pie en el estribo y montó con agilidad. Acompañado a pie por el mozo de cuadras, que se desvivía por anticiparse a sus deseos, se dirigió hacia la Bab al Saraqusta, donde giró a la izquierda para ascender por la calle de los alfareros hasta la mezquita aljama. Le gustaba recorrer la ciudad a aquella hora, cuando los hombres regresaban de sus tareas en los campos próximos, a tiempo para la oración. Muchos de ellos se estaban congregando ya ante el acceso al patio cuando el *almuwádan* inició su llamada a los fieles. Lubb consideró descabalgar y entrar en el recinto de la mezquita para cumplir con el precepto, algo en su interior le impelía a hacerlo. Pero cuando estaba a punto de apearse decidió que sus obligaciones le esperaban en la *alqasába*, y en mil

ocasiones había escuchado de los ulemas que Allah no ama a quien descuida sus compromisos con la comunidad. Musitando sus oraciones con el golpeteo acompasado de los cascos como ruido de fondo, alcanzó la base del monte sobre el que se alzaba el recinto fortificado y emprendió el ascenso de forma pausada, al ritmo del mozo que caminaba a su lado.

Cuando entró en el recinto, dos oficiales se dirigieron a él con paso vivo y expresión de alivio, hablando atropelladamente:

—*Sahib*… Al Tawil te aguarda —se adelantó uno.

Lubb sonrió al imaginar, por su tono hastiado, las impertinencias y exigencias que habrían tenido que soportar de su visitante. Interrogó al oficial con el gesto.

—Te espera en la sala del consejo. Ha pedido viandas para él y para su comitiva.

—¿Y se las habéis proporcionado? —casi afirmó.

El oficial asintió, inseguro.

—Estupendo, eso me evitará tener que compartir mi cena con él.

Dejó las riendas en manos del mozo y, sin prisa, entró en el amplio zaguán del edificio central, donde lo saludaron los dos guardias que lo custodiaban. Ascendió las escalinatas despacio, de forma casi indolente, y recorrió la galería superior hasta una de las dependencias privadas que se abrían a ella. Salió tras un instante, con un rollo de pergamino con el precinto rasgado en la mano. Desanduvo el camino y se detuvo ante la enorme puerta de dos hojas de la sala principal de la fortaleza. Dos sirvientes uniformados aguardaron hasta que Lubb, con una señal, les ordenó abrir.

El olor acre del sudor que impregnaba las ropas de sus visitantes le asaltó inmediatamente. Al Tawil se encontraba recostado en un diván, con evidente aire de fastidio, pero al instante varió su expresión para esbozar una sonrisa forzada que exhibió unos dientes desiguales y amarillentos. Habría sido un hombre corpulento si hubiera contado con mayor estatura, pero los ojos prominentes, la abultada papada y aquel rostro redondeado le daban un aspecto un tanto porcuno. Se incorporó con rapidez y acudió a su encuentro con la intención de abrazarle efusivamente, pero la evidente falta de reciprocidad por parte de Lubb pareció retenerlo.

—Es un honor para mí ser acogido de nuevo en tu casa —saludó.

—En mi casa recibo a mis amigos y a quienes me quieren bien —repuso Lubb cortante, mientras depositaba el pergamino sobre una mesa—. Por eso nos encontramos en esta sala, donde se tratan los asuntos de gobierno.

Si Al Tawil se sintió contrariado por aquella respuesta desabrida, reaccionó sin demostrarlo.

—No te culpo por albergar tales sentimientos —le concedió—, pero quizás haya llegado el momento de reconducir nuestras relaciones. Ese, y ningún otro, es el objeto de mi visita.

—Si el objeto de tu visita no es la entrega de los cincuenta mil dinares de oro

pactados, me temo que poco más tenemos que hablar —respondió Lubb, haciendo amago de volverse hacia la puerta.

El brazo de Al Tawil saltó como un resorte para retenerlo tomándolo por el hombro.

—Quizá lo que vengo a proponerte tenga para ti más valor que unos cuantos sacos de monedas.

—Unos sacos de monedas que, por supuesto, no has podido reunir… ¿me equivoco?

—Solo te pido que me escuches —dijo, y tragó saliva—. He mostrado mi voluntad entregándote como rehenes a mis propios hijos.

Lubb emitió algo parecido a una risa.

—¿Acaso pretendes mostrar tal indignidad como un mérito?

Al Tawil tuvo que encajar la pulla para poder seguir hablando.

—Tú eres padre, y sabes que nada en la vida es más doloroso que separarse de un hijo, y que…

—¡Basta ya! —cortó Lubb con gesto disgustado—. No pretendas apelar a mi compasión. No fue consideración lo que mostraste al atacar nuestros dominios, aprovechando la muerte de mi padre.

Al Tawil acusó el golpe, y bajó la vista al suelo.

—Reconozco el error de aquella acción…

—¡Sería absurdo no hacerlo, viendo adónde te ha llevado! Si tus planes se hubieran visto coronados por el éxito, si la respuesta por nuestra parte no se hubiera producido… no estarías aquí agachando la cabeza.

Al Tawil miró a su alrededor y enrojeció ligeramente al comprobar que toda su comitiva tenía los ojos clavados en él.

—Quizá lo que tengo que proponerte deba mantenerse entre nosotros… —se atrevió a sugerir.

—Como quieras, son tus acompañantes.

No fue necesario un solo gesto para que todo el grupo desfilara en silencio hacia la escalinata.

—Mi propuesta tiene que ver con los rehenes que mantienes en tu poder, sobre todo con uno de ellos. ¿Tienes inconveniente en que estén presentes en nuestra conversación? Creo que se encuentran en este mismo edificio…

—No entiendo qué…

—¡Vamos, Lubb! —le interrumpió Al Tawil esta vez—. Te hablo tan solo de mis hijos. Lo que tengo que decir les concierne, y no solo como rehenes.

—No alcanzo a ver qué tienen que ver ellos en todo esto, pero sea —concedió, dirigiéndose de nuevo a la puerta, todavía con cierta parsimonia, para dar instrucciones a los sirvientes.

El silencio de la espera resultó incómodo, y ambos comenzaban a dar pequeños pasos en torno al lugar que ocupaban cuando una nueva figura apareció bajo el dintel.

—¡Abd Allah! —se sorprendió Lubb, vuelto hacia él—. ¡Te creía aún en Arnit!

—Todo marcha bien allí, he adelantado mi regreso.

—En ese caso llegas a tiempo. Nuestro arrepentido atacante tiene algo que proponernos —aclaró al ver la cara de desconcierto de su hermano.

Abd Allah no ocultó su desagrado, pero ante el tono sarcástico que había utilizado su hermano se permitió una media sonrisa. Cerró la puerta tras de sí y tomó asiento en un diván.

—¿Y bien?

—Esperamos nuevos invitados a esta improvisada reunión. Al parecer va a convertirse en un reencuentro familiar.

No tardó mucho en oírse movimiento en la galería exterior, y la puerta se abrió de nuevo para dar paso a los hijos de Al Tawil, quien corrió hacia ambos para fundirse con ellos en un abrazo.

Lubb no perdió la oportunidad de contemplar una vez más a aquella muchacha que igualaba en altura a su padre, pero cuyo talle enjuto se podía adivinar bajo su túnica de lino. Había tenido ocasión de hacerlo durante los esporádicos paseos que, junto a su hermano, se les había permitido dar dentro del recinto de la *alqasába*. En aquellos meses de cautiverio no había sido infrecuente verlos en el adarve de la muralla, por encima del camino de ronda, contemplando los meandros del río y el hermoso paisaje que se abarcaba desde allí. Sin embargo, Lubb no había tratado de acercarse a ellos, y en todo momento habían permanecido bajo la responsabilidad de la guardia. Ahora, al ver tan cerca los ojos oscuros de la muchacha y a pesar de que, como siempre que aparecía en compañía, conservaba velados el rostro y el cabello, experimentó un estremecimiento, desconocido desde la muerte de Shamena.

Fue Abd Allah quien interrumpió las muestras de afecto entre Al Tawil y sus hijos con dos palmadas. También Lubb pareció sobresaltarse. Al Tawil se retiró y dejó espacio a los recién llegados, que se situaron un paso por detrás de él. Los tres mostraban lágrimas en los ojos.

—¿Y bien? —repitió Abd Allah, ya impaciente.

Al Tawil paseó la mirada entre sus dos interlocutores con los ojos todavía enrojecidos, carraspeó y comenzó a hablar, al principio de forma dubitativa.

—Lo que quería decir… el objeto de mi viaje hoy aquí… ninguno de los cuatro tenéis idea de qué se trata.

Abd Allah chasqueó la lengua con un nuevo gesto de impaciencia.

—Te ruego que me permitas… lo que vengo a proponer es demasiado importante para todos como para no concedernos un momento para explicaciones. Pero trataré de ser breve. Yo había mantenido un acuerdo con vuestro padre, como sabéis, desde

nuestro primer encuentro hace más de quince años. Apoyé con mis tropas a Muhammad en su enfrentamiento con Pampilona, aquel en el que conseguimos dar muerte al rey García, y él me correspondió en mi intento de recuperar el poder en Ūasqa, también culminado con el éxito, como todas las empresas que emprendimos juntos. Nuestras familias, los Banū Qasī y los Banū Sabrit, tienen desde siempre muchos intereses comunes, todos somos muladíes al fin y al cabo, aunque en ocasiones compartir el territorio nos haya llevado al enfrentamiento. Pero vuestro padre supo ver que nuestra alianza sería provechosa para afrontar el verdadero peligro, que no es sino el creciente poder de los infieles procedentes del norte.

»La ambición de vuestro tío Ismail con su ataque a mis tierras supuso un grave contratiempo, y las buenas relaciones con vuestro padre dieron paso al recelo y la desconfianza, a pesar de que Ismail y Muhammad habían llegado también a enfrentarse con las armas entre sí. Hace tan solo un año, durante tu estancia en Tulaytula, mantuvimos una nueva entrevista para tratar de recomponer esa relación. Pero entonces sobrevino la tragedia.

»En ese momento me sentí perdido y huérfano de apoyos. Con la prematura muerte de vuestro padre, los Banū Qasī parecían perder el empuje que habían recuperado con él; tú, Lubb, estabas a cientos de millas; del liderazgo de Abd Allah no había constancia; incluso se llegó a hablar de hostilidades entre vosotros por el poder. Los tuchibíes, desde su feudo de Qala't Ayub, tenían las puertas abiertas para romper el cerco de Saraqusta y hacerse con el poder en la Marca. Todo parecía indicar que mi dominio de Ūasqa tendría los días contados si no era yo quien daba el primer paso. Y lo di, buscando la amistad de Al Anqar.

Lubb y Abd Allah escuchaban en silencio, aunque sus rostros denotaban prevención y escepticismo. Al Tawil hizo una pausa breve, al parecer temeroso de que cualquier comentario echara por tierra su argumentación, y continuó de inmediato:

—Los tuchibíes son vuestros más claros enemigos, pero también yo me contaba entre sus rivales. Ellos son de procedencia árabe y desde siempre han formado parte de la *jassa* cordobesa, que mira con desprecio a los muladíes conversos como nosotros. Fue un error tratar de buscar su apoyo, ahora sé que perseguían enfrentarnos.

Abd Allah intercambió una mirada con su hermano, que esbozó una mueca.

—¿Y cómo estás ahora tan seguro de que eso es lo que buscan? ¿Acaso te han negado su ayuda en el pago del rescate cuando has acudido a ellos?

Al Tawil pareció súbitamente azorado, y su esfuerzo por no perder el aplomo resultaba evidente. Incluso sus dos hijos tenían la mirada clavada en él.

—Lo cierto es que las cosas no son como había imaginado. Los dos habéis demostrado ser dignos herederos de vuestro padre, y reconozco que vuestra amistad

sigue resultando lo más conveniente para nosotros, los Banū Sabrit.

—Sin embargo, hay heridas que no se pueden cerrar —objetó Abd Allah, que se había sentado en el diván y se removía con enfado—. ¿Qué pretendes? ¿Llegar aquí, soltarnos este discurso de falso arrepentimiento y pedir que simplemente liberemos a los rehenes sin recibir el rescate al que estás obligado? Aunque ahora nos ofrezcas tu apoyo, por mi parte la respuesta es no.

Lubb observó a Sayida, que miraba preocupada a su hermano.

—Entenderás que interpretemos tu aparente cambio de postura como fruto de la desesperación por rescatar a tus hijos del cautiverio —intervino con tono de escepticismo—. Yo comparto la respuesta de mi hermano, no precisamos de tu colaboración.

Mientras hablaba, Lubb se dirigió a la mesa en la que había depositado el pergamino y lo tomó sin molestarse en desplegarlo.

—¿Ves este documento? Viene de Qurtuba, de la propia cancillería. Es mi nombramiento como *uālī* de Tutila, Arnit y Tarasuna. El emir Abd Allah parece estar demasiado ocupado con sus revueltas en el sur como para cuestionar mi liderazgo. Simplemente se ha limitado a confirmar de forma oficial la sucesión de mi padre, porque sabe bien que, aquí en la frontera, nosotros somos la única defensa contra los infieles. Ni siquiera los tuchibíes se atreverán a atacarnos con este nombramiento —dijo, alzando el pergamino—. Y eso significa que no necesitamos tu ayuda.

A pesar de lo que acababa de escuchar, el rostro de Al Tawil no era el de un hombre derrotado.

—Te doy mi enhorabuena por tu nombramiento. —Pareció vacilar—. Sin embargo, no he terminado. Después de los sucesos de Saraqusta han ocurrido cosas, algunas dramáticas para ti. Has perdido a tu esposa, y tu pequeño crece sin madre. Eres un hombre joven y estoy seguro de que, después del luto obligado, habrás empezado a pensar en buscar una nueva esposa…

—Pero ¿es que has venido aquí para hablar de mi vida privada? —exclamó Lubb con sincero asombro.

—En cierto modo sí —replicó—. Fíjate bien.

Lubb asistió a la siguiente escena con la estupefacción pintada en el rostro. Al Tawil dio un paso atrás y se colocó junto a su hija. Con ambas manos le retiró el velo y lo dejó caer sobre sus hombros, dejando al descubierto sus cabellos y un rostro de una perfección exquisita.

—Por fortuna no se parece a su padre. Sayida ha heredado toda la belleza de mi primera esposa, que Allah guarde.

Durante un momento todos permanecieron en silencio. La muchacha bajó la cabeza ruborizada, y tendió la mano a su hermano en busca de un contacto que le sirviera de apoyo. Abd Allah se incorporó en el diván, y Lubb fue el único que

permaneció paralizado, incapaz de apartar los ojos de la muchacha.

—Te ofrezco a mi hija en matrimonio, Lubb. Sé que será para ti una buena esposa, que sabrá cuidar del pequeño Muhammad y te dará nuevos hijos con los que perpetuar tu estirpe. Mi dote no puede ser otra que la garantía de mi lealtad mientras vivas, aunque, si aceptas, quizá puedas considerar como tal los cincuenta mil dinares que ya has recibido.

Hizo una breve pausa para permitir que Lubb asimilara lo que acababa de proponerle, y continuó:

—Y tengo otro presente que quizás os agrade… Muhammad, vuestro primo, el hijo de vuestro tío Ismail, a quien creíais muerto tras su malogrado ataque a Ūasqa, sigue vivo y en mi poder. Su libertad está también en tus manos.

Año 900, 287 de la Hégira

5

Pampilona

—Acércate, mi pequeña Toda, deja que te vea —dijo Onneca, mientras depositaba su bordado sobre el escabel y alzaba los brazos hacia ella con una sonrisa que iluminaba su cara por completo—. Hoy estás radiante, y ese precioso color en tus mejillas…

Toda se dejó acariciar el rostro por las manos ya algo marchitas de su madre. Desde su matrimonio con Sancho, habían sido escasos los días en que no la hubiera visto, y en aquellos primeros días del otoño el mirador donde se encontraban era el lugar habitual para su cita vespertina. El sol de poniente calentaba la piedra de la galería desde el mediodía, lo cual les permitía permanecer en aquel agradable abrigo hasta la hora del ocaso.

—¿Has visto hoy a Sancho? —preguntó, mientras la invitaba a tomar asiento a su lado.

—No, madre, ha salido de caza antes del amanecer. Pero no tardará en regresar…

La respuesta pareció despertar la risa de Onneca.

—¿De qué te ríes, madre? —preguntó, frunciendo el ceño con cierto recelo.

—Es solo tu gesto, y el tono de voz que usas cuando piensas en él…

Toda compuso una mueca de reproche, que pronto se tornó en sonrisa.

—Lo amas, ¿no es cierto? —tanteó con tono de confidencia, apoyando una mano sobre su muñeca.

Toda no contestó, pero su rostro lo decía todo.

—Y dime —insistió su madre, esta vez con aire pícaro—, ¿es tan fogoso en la alcoba como en todo lo demás?

—¡Madre! —exclamó la muchacha, sonrojándose—. ¡Vigila tus pensamientos o tendrás que hacerte oír en confesión!

—Lo siento, Toda —dijo con un tono risueño que desmentía la disculpa—. No olvides dónde he pasado veinte años de mi vida. Allí ese tipo de preguntas eran habituales, su cultura no proscribe los asuntos de alcoba en las conversaciones entre mujeres.

—A veces me sorprendes, madre —respondió la muchacha en voz baja, mientras se apartaba de los ojos un mechón de cabello—. Recuerda que yo no conozco Qurtuba, ni siquiera he pisado tierra sarracena.

La expresión de Onneca se ensombreció al evocar la ciudad en la que había dejado a su hijo Muhammad, fruto de su matrimonio con el actual emir. Una vez más su mente evocó aquella época extraña y en algunos momentos feliz, durante los primeros años del pequeño. Luego habían venido el repudio y la expulsión, la obligación de abandonar la ciudad dejando allí al muchacho, apenas adolescente, los años de separación con el único consuelo de aquellos largos rollos de pergamino en que él le hacía llegar sus noticias hasta Pampilona. Evocó aquellas cartas en las que intentaba tranquilizarla, transmitirle su bienestar. Recordó la emoción que sintió al enterarse de su nombramiento como heredero, o al saber de su matrimonio con Muzna, la esclava vascona. Y luego había llegado el golpe, la noticia de su muerte a manos de su hermanastro. Ahora su único consuelo seguía llegando en forma de carta, las que Muzna, su nuera, continuaba enviando con periodicidad, en las que hablaba sobre todo del pequeño Abd al Rahman, su nieto, nacido solo unos días antes de la muerte de Muhammad. ¡Cuánto ansiaba la llegada de aquellos correos! Los leía mil veces, hasta que el pergamino quedaba manoseado, esperando siempre el siguiente con impaciencia.

Casi se sobresaltó al volver la cabeza y ver la cara sonriente y comprensiva de Toda.

—Bienvenida de nuevo, madre —dijo.

Fue la joven quien apretó ahora su mano. Onneca suspiró y trató de recomponer el semblante, dominado por la tristeza.

—Perdóname, hija. Ni el paso del tiempo consigue reparar algunas cicatrices, ¡y son diez años ya!

—No debes excusarte, sabes que te comprendo. Es duro perder a un hijo en la distancia, y en la plenitud de su vida, y saber de la existencia de un nieto a quien no has conocido.

—En otro momento hubiera dado cuanto tenía por poder viajar hasta allí, aun sabiendo que el emir no me iba a permitir acercarme a mi nieto. Pero ya no, ahora estáis vosotros, tú y tus hermanos, tu padre, tu apuesto esposo. —Sonrió, ahora con un asomo de optimismo—. Mi vida vuelve a estar aquí, entre estos muros, y lo que sucede en Qurtuba me resulta más ajeno a medida que pasa el tiempo.

Onneca tomó de nuevo el bastidor con el bordado en el que trabajaba.

—Si no me apresuro, no acabaré a tiempo para la boda de Sancha —dijo, sin duda para desviar sus pensamientos hacia asuntos más gratos—. Y mi vista ya no es tan aguda como hace unos años. Apenas distingo ya…

—No creo que a mi hermana le preocupe demasiado —bromeó Toda, interrumpiéndola—. Se casaría con él en enaguas.

—¡Toda! —protestó ahora su madre, aunque sin perder la sonrisa.

—Es cierto. Está loca por Ximeno, no para de hablar de él ni un instante.

Onneca asintió, cabeceando y con las cejas alzadas.

—¿Sabes cuándo me habló de él por primera vez? Fue después de tu boda. No dejaba de alabar la apostura del hermano del novio.

—Así que padre y tú no habéis tenido demasiados problemas para arreglar este nuevo casamiento…

—¡Ninguno! —Onneca rio—. Su padre está encantado de emparentar por partida doble con los Arista, y el propio Ximeno… solo tiene ojos para ella.

—Supongo que Sancha y yo somos afortunadas —reflexionó Toda en voz alta.

—Lo sois. También tu padre y yo lo somos. En esta ocasión el interés de la familia ha recaído en dos de los hermanos más gallardos del reino. Con la ayuda de Dios, el nacimiento de herederos sanos y fuertes está garantizado.

Toda trató de contener una sonrisa. Parecía debatirse entre el deseo de añadir algo o callar. Se puso en pie y avanzó unos pasos hasta apoyarse en la balaustrada, frente al sol tibio del otoño, de espaldas a su madre.

—Quizás eso suceda antes de lo que piensas.

Onneca alzó la cabeza, repentinamente alerta, y después giró todo su cuerpo hacia ella.

—He tenido dos faltas ya —explicó, mirando aún al frente.

—¡Toda! —gritó Onneca, al tiempo que arrojaba el bastidor al suelo y se levantaba del escabel.

La muchacha se volvió con una sonrisa radiante y separó las manos para aceptar el abrazo de su madre.

—Si Dios lo quiere así, en primavera serás abuela de nuevo.

Onneca apoyó la mano en el vientre de su hija, y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—No, no quiero llorar —dijo sacudiendo la cabeza, y apretó los labios—. Soy demasiado feliz. ¡Espera a que se entere tu padre!

—Quizá debía haber esperado a que también él estuviera presente…

—¡Eso tiene arreglo, espérame aquí! ¡Voy a buscarlo!

Se remangó la túnica y se introdujo bajo el dintel que daba acceso a las escaleras. Descendió con la prudencia que dictaba su edad y atravesó salas, pasillos y galerías hasta alcanzar el zaguán y de ahí el patio de armas de la fortaleza. Empezaba a correr hacia los edificios que ocupaba la guarnición, donde sabía que encontraría a su esposo, cuando lo vio avanzar a grandes pasos hacia ella desde el cuerpo de guardia. Tras él un jinete, al que identificó de inmediato por la indumentaria y la gualdrapa de su montura, acababa de descabalgar y metía la cabeza en la poza que abastecía el abrevadero.

Si Onneca creía que su corazón no podía latir más rápido se había equivocado. Aznar se acercaba a ella con el pergamino en las manos.

—¿Cómo has sabido…? —preguntó cuando la tuvo a su alcance.

—No lo sabía —repuso, sin más explicaciones, al tiempo que lo tomaba con una mano y cogía el rollo con la otra—. ¡Ven conmigo!

Tiró de él desandando el camino, sin pronunciar una palabra, y ambos llegaron al mirador casi sin aliento. La figura de Toda se recortaba contra el sol de la tarde, reclinada sobre el pretil con aire soñador.

—Nuestra hija tiene algo que decirte, Aznar.

Onneca siempre rasgaba el precinto de los pergaminos que le remitían desde Qurtuba y los leía allí donde estuviera. Pero aquel día el lacre seguía intacto y el rollo descansaba sobre uno de los asientos. Volvió a reparar en él cuando se separó del abrazo que por un momento los había unido a los tres.

—Hay días en que todo parece suceder a un tiempo… —declaró con un resto de emoción en la voz y los ojos aún empañados—. De nuevo tenemos noticias de Muzna.

—Y no son pocas, a juzgar por el peso del rollo —apuntó Aznar.

Onneca lo tomó entre las manos. Nadie discutía ese privilegio, a pesar de que aquellas misivas a menudo contenían noticias de indudable interés para el reino, que más tarde serían objeto de valoración por los miembros del *consillium*. Tiró de la resistente cinta que lo envolvía y arrancó el sello de cera. Ante sus ojos apareció una vez más la apretada caligrafía que Muzna utilizaba con la intención de aprovechar hasta el último rincón del pergamino.

—Me gustaría conocer algún día a esa mujer —dijo Toda, con cierto tono de admiración.

—No hay muchas como ella —respondió Onneca—. Muhammad era un muchacho exigente, algo debió de ver en una simple esclava para convertirla en su esposa. Fíjate en su dominio de la lengua árabe, siendo de origen vascón como nosotros. Pocas mujeres aprenden a escribir en su propia lengua, pero ella lo hace en la de su lugar de adopción.

—Sin embargo, no comprendo por qué no utiliza nuestra lengua en sus cartas —intervino Aznar.

—Yo también lo he pensado, y creo tener la respuesta. El eficaz servicio de correo del emir tiene entre sus cometidos asegurarse del contenido de la correspondencia que sale del alcázar, y más si va dirigida a un país de infieles, como nos consideran.

—¿Supones que estas cartas son leídas en Qurtuba por funcionarios de palacio?

—Estoy segura, así era durante nuestra estancia allí. La correspondencia no se precinta y sella hasta que recibe el visto bueno de uno de esos censores, y posiblemente tampoco Muzna se libre de esa restricción. Por eso debe escribir en árabe, no podría ser de otra forma.

Onneca parecía impaciente por empezar la lectura, pero alzó la cabeza hacia Toda de nuevo.

—¡Esta vista mía! ¡Cada vez me cuesta más descifrar esta escritura apretada! Debes apresurarte con el estudio de la lengua árabe o pronto no podremos descifrar el contenido de estas cartas.

—El hermano Samuel pone todo su empeño, madre. Y yo también, pero todavía no me siento capaz de… —dejó la frase sin terminar mientras señalaba el pergamino —. El sol se habría puesto, y yo estaría aún en las salutaciones.

Onneca sonrió, orientó la carta hacia el sol de poniente, entornó los ojos y carraspeó.

—«En el Nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso…» —empezó.

Al cabo de un instante, su mente se había trasladado a las dependencias del alcázar, en las que podía imaginar a Muzna sosteniendo el cálamo, posiblemente en rincones muy parecidos a los que ella misma recorriera veinte, treinta años atrás. Mientras su voz evocadora transcribía aquellos signos tan ajenos y a la vez tan familiares, la nostalgia se fue apoderando de ella.

… nuestro pequeño Abd al Rahman pronto cumplirá diez años, y sigue siendo el motivo por el que abro los ojos cada mañana. Cada día que pasa veo más en él los rasgos de su padre, y no solo en su aspecto físico, sino en su carácter despierto, decidido, y también en su viva inteligencia.

Desde el primer instante te hablé de la predilección que Abd Allah siente por él, pero sus cualidades y su marcada personalidad están haciendo que esa preferencia se convierta en adoración, hasta el punto de que es raro el día en que el emir no se acerca a nuestros aposentos para compartir con él sus escasos momentos de asueto. Nuestro soberano ha alejado del alcázar a todos sus hermanos, a sus hijos también, y solo Abd al Rahman goza ahora de su favor. Se han puesto a su disposición los mejores preceptores, y todos coinciden en señalar sus excepcionales cualidades: parece progresar de forma extraordinaria en todas las disciplinas y, según me dicen, muestra un insólito interés por aprender.

Yo estoy convencida de que el principal culpable de esta loable actitud es uno de sus preceptores, el más joven, que se ha convertido en su compañero inseparable. Se trata de Badr ibn Ahmad, os he hablado de él en otras ocasiones, aquel que apareció en el alcázar y a punto estuvo de acabar convertido en un eunuco. Desde el principio se estableció entre ambos un vínculo que no ha hecho sino reforzarse con los años, y la influencia de Badr en el muchacho resulta ser ahora una bendición. A sus diecinueve años, le dobla la edad, y por su apego se ha convertido para él en el mejor modelo, el único a quien jamás cuestiona en ninguna de sus apreciaciones.

El mismo Badr causa asombro entre el resto de los preceptores, alfaquíes y cortesanos, pues a pesar de su humilde origen, o quizá precisamente por él, ha sabido

progresar en su formación de manera admirable. Apenas abandona estas dependencias si no es para acudir a la mezquita aljama, donde pasa todo su tiempo junto a los ulemas, siempre pegado a quien pueda aportar algo nuevo a sus conocimientos; es el más asiduo visitante de las bibliotecas del alcázar, se le empieza a admitir con simpatía en selectos cenáculos donde se congregan los *qurtubíes* más cultos y los viajeros recién llegados, procedentes de lejanos países. Y es de esa fuente de donde, a su vez, está comenzando a beber el pequeño Abd al Rahman. A veces pienso que Allah, en su misericordia, ha querido traer a mí a quien de alguna forma está reemplazando la figura de un padre ausente. Creo que el propio emir está empezando a poner sus ojos en él.

En los últimos tiempos Abd al Rahman muestra cada vez más curiosidad acerca de su padre, también acerca de ti, y a menudo me hace hablarle de nuestra tierra vascona. Poco puedo contarle yo de Pampilona, una ciudad que jamás he visitado, ni de su abuela, pues nunca nos hemos visto, así que nos limitamos a leer juntos tus cartas. Hay preguntas que todavía quedan sin contestación, como el motivo de tu ausencia, pero confío en que su creciente madurez pronto le lleve a planteárselas a quien tiene las respuestas.

Poco puedo decir de la situación en Qurtuba, pero el ambiente de inquietud y de descontento que se respira se prolonga ya demasiados años. Las revueltas se suceden, el emirato parece desangrarse en inútiles expediciones que solo logran imponer la paz mientras dura su presencia en las tierras alzadas en rebeldía, y el fruto que recogen allí no es otro que más odio y más adeptos a la causa que tratan de sofocar.

En los últimos tiempos solo se habla de una cosa: la apostasía del mayor de los enemigos de Qurtuba, Umar ibn Hafsún. Al parecer se hizo bautizar en su refugio de Burbaster y ha adoptado el nombre cristiano de Samuel. Incluso aquí, entre los muros del alcázar, se percibe la conmoción que este hecho ha producido entre los *qurtubíes,* que ya lo consideran el mayor de los demonios.

Se habla de las posibles consecuencias de su conversión, pues, si bien atraerá a su causa a los mozárabes descontentos con la política de Qurtuba, está siendo motivo de defección por parte de los muladíes que hasta ahora le apoyaban. Lo primero que ha hecho el emir Abd Allah es decretar contra él la *yihād*, de forma que todo seguidor del Profeta tiene la obligación de luchar contra él y procurarle el único castigo que un renegado merece: la muerte. Este año ya se han organizado dos expediciones contra él, en las que la recluta de voluntarios parece haber sido masiva. Uno de los más prestigiosos generales del ejército, Ibn Abí Abda, ha conseguido hostigar a los rebeldes con éxito, y el resultado más visible son las repetidas crucifixiones de algunos de los caudillos capturados en la ribera del Ūadi al Kabir, para regocijo de los cordobeses, cuya moral se intenta elevar así.

Sé que estas noticias despertarán en ti dolorosos recuerdos, pero tu vida se

desarrolla ahora demasiado lejos de Qurtuba como para que todo esto te afecte ya. Me complace saber del casamiento de tu hija Toda. Hasta aquí llegan las noticias sobre la gallardía de su esposo, Sancho. Yo cada día ruego a Allah Todopoderoso que nunca permita que se lleguen a cruzar las armas entre los nuestros, y espero que los lazos familiares que nos unen jueguen en favor de mi deseo.

—Es todo —anunció Onneca al tiempo que levantaba la vista del pergamino—. El resto son las fórmulas habituales.

—¡Umar ibn Hafsún bautizado! —exclamó Aznar con sincera sorpresa—. A Sancho le gustará saberlo, es una noticia que puede tener repercusiones.

—Creo que no es esa la parte de la carta que más ha interesado a madre —aventuró Toda, mirando con una sonrisa el rostro pensativo de Onneca—. ¿Me equivoco?

—Pienso en mi nieto, es verdad. Si alguna vez hubiera de asumir la responsabilidad de…

—Pero eso no es posible, Onneca. El emir tiene hijos que le sucederán, y hermanos, también. Él mismo sucedió a su hermano Al Mundhir.

—Es cierto —dijo con un gesto con el que trataba de apartar sus preocupaciones—. Recuerdo a Abán, a Ahmad, a Al Asi… ¡Dios mío, si ya no puedo ver sus rostros, tantos años han pasado ya!

—Me llama la atención que hasta Qurtuba lleguen noticias de Pampilona —se extrañó Aznar—, por mucho que Sancho sea el llamado a suceder al rey tras su muerte.

—Los omeyas cuentan con informadores en todos aquellos lugares que puedan tener el más remoto protagonismo en la política o en la estrategia militar del emirato. A veces son simples mercaderes, bien pagados para que mantengan los ojos y los oídos alerta y cuenten todo cuanto han visto y oído a su regreso a Qurtuba.

—¿Y tú sabías de todo eso? Pensaba que tras los muros del *harém* las habladurías sobre los asuntos de gobierno no tenían cabida —se interesó Toda.

Onneca sonrió.

—Te sorprenderías de lo avisadas que podían llegar a ser algunas de las esposas y concubinas del emir y de sus parientes. Allá dentro la información es valiosa, y llega a pagarse por ella. Los eunucos eran muy conscientes de ello, y muchos obtenían pingües beneficios comerciando con las noticias del exterior.

—A veces tengo la sensación de que no sé nada de ti —reconoció Aznar con un tono que, a pesar de todo, estaba más cercano a la admiración que a la intranquilidad.

—Nunca te he ocultado nada —respondió ella risueña, aunque su rostro se tornó más serio para continuar—. También es cierto que nunca has querido indagar en mi vida anterior.

—Lo que importa es que el arrojo de Sancho y la admiración de nuestros súbditos

por él han alcanzado ya los salones de la cancillería de Qurtuba —atajó Aznar.

—Y tendrán más noticias suyas —coincidió Toda, orgullosa.

Onneca se acercó a su hija para cogerla del brazo, y apoyó una mano en su vientre.

—No tengo ninguna duda —confirmó—. Tu esposo está destinado a ser un gran rey. Y tú, mi querida Toda, una gran reina.

Año 901, 288 de la Hégira

6

Cercanías de Burbaster

Badr se apeó de su montura, la tomó por las riendas y trató de avanzar un trecho más por aquella senda pedregosa que se internaba en el imponente tajo excavado por el río. Sin duda era en algún lugar de aquella garganta donde los sitiados obtenían el preciado líquido que les estaba permitiendo soportar un asedio que duraba ya varias semanas.

—¡No sigas! —le advirtió el general Ibn Abí Abda, que se había detenido junto al resto del destacamento, unos codos más abajo.

Badr alzó la vista y descubrió a varios arqueros cuya figura inconfundible se recortaba en lo alto de las peñas, dispuestos a probar su suerte. Con un gesto de la mano tranquilizó a sus acompañantes, e intentó atisbar la señal de algún sistema que permitiera a los ocupantes de la fortaleza descender hasta el río desde aquellas alturas. No la encontró. El agua caía entre los arbustos en varias cascadas, cientos de codos por debajo de la cima, y llegaba a donde Badr se encontraba en calma, convertida en un pequeño riachuelo.

—Por este lado no es posible acceder a la garganta —declaró al reunirse con el grupo—. Los exploradores tenían razón.

—En ese caso habrá que intentarlo por la parte superior —contestó Abí Abda con firmeza.

—¿Aun a riesgo de que los hombres que se envíen puedan perder la vida? —objetó uno de los oficiales—. Cada vez que lo hemos intentado, una lluvia de rocas les ha impedido seguir avanzando.

—Quizá no sea necesario exponer a nadie —adujo Badr—. Apuesto a que existe una escalinata excavada en la roca, pero ¿qué necesidad tenemos de dar con ella? ¿Acaso vamos a poder apostar un guardia allí para impedir que la utilicen?

—¿Qué propones entonces?

—Hagamos que esa escalinata se vuelva inútil.

Badr ibn Ahmad descansaba en la tienda que compartía con otros oficiales. Aunque la sombra de los olmos la protegía del inclemente sol, la lona que cubría la entrada permanecía alzada y, en el lado opuesto, se había apoyado el faldón sobre un cayado de madera para permitir que la corriente refrescara el recinto. Habían dejado Qurtuba hacía ya ocho semanas, en una expedición comandada por el general Ibn Abí

Abda, que había coronado con éxito las últimas campañas emprendidas contra los insurrectos. Hacía tiempo que Badr deseaba participar en una de aquellas expediciones que casi cada primavera partían hacia el sur con la intención de castigar a los rebeldes, destruir los cultivos en las zonas que dominaban y, si era posible, capturar alguna de sus fortalezas. En los últimos años había progresado en su formación de manera impensable, también en su preparación militar, pero carecía de experiencia en el enfrentamiento con un enemigo real, y participar en una *a'saifa* había devenido para él en un reto irrenunciable. Por ello, cuando solicitó permiso del propio emir para abandonar el alcázar, quiso hacerlo bajo el mando de un general hábil y curtido. Sin embargo, de ninguna manera esperaba que Abd Allah lo colocara directamente a las órdenes de Abí Abda y bajo su protección, algo que había convertido lo que llevaban de campaña en una impagable fuente de conocimiento y experiencias.

Los primeros días su relación había sido distante, y el recelo del general hacia Badr resultaba patente, por lo que este se había mantenido en un discreto segundo plano, pues lo último que deseaba era convertirse en una carga molesta. Quizás aquello, además de su actitud dispuesta y disciplinada, le había ayudado a granjearse de forma gradual su simpatía. Al cabo de diez días se le permitió por vez primera unirse al círculo de oficiales que discutían en su *haymah* la estrategia que desarrollarían en las jornadas siguientes. Sus contadas pero acertadas aportaciones habían hecho que Abí Abda empezara a mirarlo con otros ojos, y ahora, a punto de cumplirse dos meses de campaña, formaba parte de su círculo de hombres más cercano.

En ese tiempo habían recorrido decenas de millas a través de las interminables sierras situadas entre los distritos de Rayya y Takurunna, que hacia el sur descendían de forma abrupta para encontrarse con el océano, entre Mālaqa y el cabo de Al Jazirat. Los rebeldes se atrincheraban en las fortalezas, ubicadas en los lugares más inaccesibles, pero entre ellas las vías de comunicación quedaban expeditas para las fuerzas militares del emirato, que avanzaban por lo general sin hallar resistencia digna de tal nombre, arrasando los medios de subsistencia de aquellas aldeas desafectas.

Tan solo se habían producido dos enfrentamientos con las fuerzas de Umar ibn Hafsún. El primero había consistido en una acometida de escasa importancia a la retaguardia que se había saldado con unas decenas de bajas y una infructuosa persecución a los insurrectos, quienes habían acabado dispersándose y desapareciendo entre los frondosos bosques de aquellas sierras.

El segundo, sin embargo, se había producido tres semanas atrás, y en forma alguna se había tratado de una escaramuza. Era cierto que de nuevo había sido un ataque por sorpresa, si bien esta vez se trataba de una tropa disciplinada y en

formación, compuesta por centenares de hombres a caballo que se habían dejado caer por una abrupta ladera sobre su flanco derecho. Tras la brecha abierta con el desconcierto inicial, las fuerzas de Abí Abda habían logrado recomponerse para presentar batalla, y poco después habían conseguido poner en fuga a los enviados de Ibn Hafsún. Aquel día también Badr había tenido ocasión de cruzar su sable con hombres dispuestos a segarle la vida, pero la fuerza de sus veintiún años, un extraño coraje que le impulsaba a no caer en su primer enfrentamiento y, por supuesto, la ayuda del Todopoderoso le habían permitido salir ileso del envite.

Esta vez los rebeldes habían previsto el repliegue y, a la orden de retirada, escaparon a galope tendido a través de un estrecho desfiladero hasta la fortaleza en cuyo sitio llevaban empeñados las últimas semanas. Los pocos jinetes que fueron apresados proporcionaron la información que Abí Abda necesitaba: al frente de los insurrectos se encontraba Ibn Mastana, el primer lugarteniente de Ibn Hasfún y también su mejor amigo, además de uno de los sobrinos del caudillo muladí y varios de sus hombres de confianza.

Ninguno de los oficiales de Abí Abda había dudado de la conveniencia de sitiar a los rebeldes hasta lograr su rendición o su muerte. Tampoco ninguno de ellos había supuesto que dos semanas después los sitiados seguirían sin dar el más mínimo signo de agotamiento. Tras aquellas murallas se refugiaban cientos de hombres, y alimentar a una tropa tan numerosa no era tarea fácil, pero las esperanzas de los cordobeses se habían centrado en bloquear el acceso al río que descendía de las sierras vecinas y bordeaba la fortaleza, situada sobre una espectacular garganta natural.

Recostado en su camastro, Badr se lamentaba de no haber comprendido antes que aquella fortaleza llevaba allí quizá cientos de años, un tiempo en el cual sus habitantes se habrían ocupado de labrar un acceso al río desde la ciudad, oculto en las oquedades de aquel tajo e inaccesible para posibles atacantes como los que ahora se habían materializado.

El ruido de cascos y el posterior revuelo en el campamento le advirtieron de que habían llegado los enviados que estaban esperando. Se incorporó, salió al exterior y, junto a varios oficiales, se dirigió al camino de la sierra. Separadas de ellos por varios cientos de codos, cabeceaban inquietas pero bien atadas una veintena de mulas, que trataban de desembarazarse de la inmunda carga que las mantenía cubiertas por una nube negra de moscas. A pesar de la distancia, la brisa arrastraba un nauseabundo olor hasta las tiendas.

Abí Abda apareció entre los oficiales e, irritado, impartió las órdenes que los designados para aquella tarea parecían evitar. Todos ellos llevaban la cara tapada con telas húmedas, pero dos de ellos no pudieron contener las náuseas ante la necesidad de regresar para separar las mulas y conducirlas hasta el río. Avanzaron a trompicones, envueltos también por aquella nube de moscas, deteniéndose a vomitar

una y otra vez, hasta que los primeros animales alcanzaron el vado. El primer oficial sacó una daga de su cinto y cortó las ataduras que sujetaban la carga, que cayó sobre el profundo remanso del río. Libre del peso y de las ataduras, la mula salió del río coceando, y el soldado corrió aguas arriba para despojarse de sus ropas, que abandonó junto al camino antes de arrojarse completamente desnudo en una de las pozas del cauce. Una carcajada general estalló en el campamento, pese a que todos se protegían la nariz con la mano.

Los cadáveres de los rebeldes muertos tres semanas atrás comenzaron a verse arrastrados por la corriente en dirección a la garganta, pero quedaban las últimas mulas. Su carga no era ya maloliente, porque se trataba de cerdos recién degollados en algunas de las granjas del entorno, habitadas por mozárabes. Badr sabía que su presencia en el agua la haría para los musulmanes más impura que mil cadáveres humanos, y por ello se había dado la orden de buscar tan inmundos animales.

Alzó la vista hacia la *alqasába* y contempló las atalayas, ocupadas ahora por cientos de insurrectos, entre ellos mujeres y niños, que acudían para contemplar la escena que se desarrollaba a sus pies.

Aún hubo de pasar una semana más de tedio antes de que se produjeran novedades. Badr conversaba con varios oficiales cuando llegó al campamento un hombre a caballo. Abí Abda salió de su *haymah* para incorporarse al grupo en el momento en que el jinete era conducido a su presencia.

—¿Quién te envía? —lo interrogó.

—Me envía Umar ibn Hafsún, pero no soy yo quien ha de transmitir su mensaje. Solo se me ha encargado entregarte esto —explicó al tiempo que le tendía un pequeño pergamino.

Abí Abda desplegó la carta y leyó con cierta avidez antes de levantar la cabeza hacia los demás.

—Será mejor que entremos en la tienda —dijo, con un gesto de la cabeza que Badr consideró que le dirigía a él.

»Ese renegado me propone el *amán* —informó cuando la lona se cerró a sus espaldas—. Y si os preguntáis qué ofrece a cambio, no es mucho: el compromiso de detener las hostilidades por su parte, que garantizaría con la entrega de rehenes.

—Poco valen los compromisos de Ibn Hafsún —espetó un oficial—. ¿Aclara cuáles son esos rehenes? ¿Está Ibn Mastana entre ellos?

Abí Abda asintió.

—Son cuatro de los lugartenientes que permanecen encastillados, entre ellos su tesorero y uno de sus sobrinos, además de Ibn Mastana.

—No parece que tenga escrúpulos en entregar a sus más allegados —observó otro.

—No hay piedad con quien se deja atrapar en un asedio —opinó el general—. Le

interesa más conservar la plaza y la libertad de esos centenares de hombres.

—Quizás entre ellos se encuentre alguien de más valía que el propio Ibn Mastana —apuntó el primer oficial.

—Puede ser, pero es algo que seguramente nunca sabremos.

—Entonces, ¿vas a aceptar su petición?

—Sin duda. Nos interesa sobremanera ese compromiso de paz, por efímero que sea, y más si se garantiza con la entrega de rehenes.

Abí Abda pareció vacilar sobre la conveniencia de continuar con sus explicaciones, pero prosiguió:

—Hay algo que la mayoría de vosotros no sabéis, y que quizás os ayude a comprender mejor mi decisión —tomó asiento en una de las sillas de campaña—, algo que tiene que ver con Ibn Hayay, el gobernador de Ishbiliya, y el propio Ibn Hafsún.

»Ibrahím ibn Hayay lleva más de diez años ejerciendo el poder en esa ciudad como si de un pequeño emirato se tratara. Si es cierto lo que se cuenta de él, ni a Abd Allah se le conocen tales dispendios. Fijaos: creó una guardia personal compuesta por quinientos jinetes expertos y se ha rodeado de una auténtica corte de poetas, filólogos y hombres de religión. Hizo llegar a uno de ellos desde el lejano Oriente solo para que le enseñara el puro acento beduino, y pagó el peso en oro de una bailarina de Bagdad llamada Qamar, de quien se decía que era la muchacha más bella de Dar al Islam.

»El emir tiene demasiados problemas como para preocuparse de parar los pies a este reyezuelo, que al fin y al cabo es un aliado, árabe de raza, que cede a Qurtuba una parte de los impuestos que recauda. Es cierto también que en el momento de hacerse con el poder hubo de entregar como rehén, en calidad de aval de su fidelidad, a su hijo, que sigue retenido en Qurtuba.

»Hace dos años, ensoberbecido por su poderío, y quizás animado por la debilidad del emirato, se atrevió a pedir al emir que le devolviera a su hijo, pero Abd Allah, temeroso de sus intenciones, se negó. Fue entonces cuando Ibn Hayay volvió a la desobediencia, omitió el tributo a la capital y, despechado, propuso una alianza a Umar ibn Hafsún. Por entonces los rebeldes de Burbaster habían sufrido una serie de derrotas consecutivas ante nuestras fuerzas, muchos de vosotros lo recordáis bien, y Umar no puso obstáculo a esa unión contra natura entre un muladí renegado y un árabe de raza. Solo el odio y el afán de provocar el despecho del emir dieron lugar a semejante alianza…

—Sin embargo, ¿ha llegado a materializarse? Algo así habría causado un revuelo descomunal en Qurtuba —interrumpió Badr, aprovechando la pausa del general.

—No se ha permitido que trascendiera, y apelo a vuestra discreción al respecto. Como dices, sería un escándalo. ¡Un árabe apoyando a un muladí apóstata contra el

emir! Pero lo cierto es que Ibrahím ibn Hayay ya le ha socorrido con dinero y hombres, y en manos de Ibn Hafsún esa ayuda puede resultar nefasta. De ahí la importancia de la petición de *amán* que acabamos de recibir.

—Si la entrega de rehenes llegara a producirse…

—No sería una garantía desdeñable, pero Ibn Hafsún se ha caracterizado por buscar el *amán* cada vez que las cosas se han puesto difíciles para él, aunque siempre haya acabado por retomar el camino de la revuelta.

—Si esta vez ofrece como rehenes al que dicen que es su mejor amigo y a uno de sus sobrinos…

Abí Abda sonrió con escepticismo.

—Ibn Hafsún no lleva veinte años de revuelta sin recurrir a la traición y al sacrificio de quienes le han sido fieles.

Año 902, 289 de la Hégira

7

Qurtuba

—¿Dónde sino aquí podría encontraros? —exclamó Muzna con una ancha sonrisa, mientras entraba en la amplia y luminosa estancia, una de las salas que componían la inmensa biblioteca del alcázar.

—¡Madre! —respondió el joven Abd al Rahman, que alzó la cabeza.

El muchacho se retiró de la mesa que ocupaba junto a Badr para correr a abrazarse a su cuello.

—¿Es que no vais a concederos un momento de asueto? —dijo, le levantó el bonete para revolverle los cabellos.

—Tienes un hijo que no se cansa nunca de aprender. —Badr sonrió.

Ante él, esparcidos por la mesa, había dos gruesos volúmenes y dos pergaminos extendidos y sujetos con pequeños plomos en los extremos.

—¿Qué extraños dibujos son esos? —preguntó Muzna, atraída por lo que hasta un momento antes había sido el objeto de atención de ambos.

—Son mapas —contestó su hijo, satisfecho.

—¿Mapas?

—Son dibujos que representan todos los lugares: los océanos, los ríos, las montañas…

—¡Por Allah! ¿Cómo se puede dibujar algo tan grande?

Los dos estallaron en una carcajada.

—Son representaciones a escala, madre —explicó Abd al Rahman sin poder ocultar una cierta agitación al mostrar sus conocimientos—. Este lo hizo un griego llamado Estragón.

—Estrabón —corrigió Badr con amabilidad.

—¿Y para qué puede servir algo así? —insistió ella, escéptica, al tiempo que señalaba los dos mapas extendidos ante ella.

—Señalan los límites entre la tierra y los océanos. Fíjate: este es el Bahr Arrum, el mar que se extiende alrededor de nuestras costas. ¿Ves? Es el mismo mar que baña las ciudades de Roma, aquí —fue señalando con el índice—, Atenas, la capital de los griegos, Constantinopla, Alejandría… y, hacia oriente, Jerusalén, Bagdad y, aquí, La Meca. Los mapas son muy útiles para navegar.

Muzna contempló a su hijo con admiración, pero cuando desvió la vista hacia

Badr lo que reflejaban sus ojos era agradecimiento. De nuevo se volvió hacia Abd al Rahman.

—He venido a buscarte porque es la hora de tu almuerzo. Puedes ir hacia nuestros aposentos, enseguida te alcanzaré.

El muchacho puso cara de disgusto, pero el gesto afirmativo de su preceptor acabó por convencerlo y, obediente, abandonó la sala.

—Es un gran muchacho —declaró Badr—, con un afán de saber impropio de su edad.

—Creo que tú tienes mucho que ver en eso. Cada día doy gracias a Allah por aquella corazonada que te trajo junto a mi hijo. Abd al Rahman te adora, y sigue en todo tu ejemplo.

—Yo doy gracias a Allah desde el día en que me permitió encontrar mi lugar junto a ti. Junto a vosotros —se corrigió con rapidez.

Muzna apartó la vista, seguramente azorada bajo el velo que cubría su rostro.

—¡Diez años ya! Poco imaginaba aquel día que mi decisión traería tan grande recompensa —se atrevió a responder.

Esta vez fue Badr quien retiró la mirada, pero Muzna cambió de tema.

—No había tenido ocasión de agradecerte tu decisión.

—¿A qué te refieres?

—Sé que habrías aceptado con gusto la invitación de Abí Abda para acompañarlo en la nueva campaña contra Burbaster.

Badr asintió y, reflexivo, con las manos a la espalda, dio dos pasos, hasta colocarse delante del ventanal que iluminaba la biblioteca.

—Mientras mi cometido sea este, no puedo abandonarlo siempre que me plazca, aunque no niego que me hubiera gustado colaborar en la expedición contra Ibn Hafsún. Cuando vi cómo ese maldito renegado faltaba a su palabra, habría acudido el primero a la leva de voluntarios.

Por la mente de Badr pasaron fugazmente los acontecimientos que antes de la primavera habían vuelto a alterar la paz de la ciudad. Las tropas de los rebeldes se habían aventurado hasta la misma campiña de Qurtuba para apoderarse de los rebaños que pacían allí, seguros de la protección que les brindaba la cercanía a la capital. Un nuevo golpe de efecto, sin duda, una nueva provocación, a despecho de las posibles consecuencias de tal acción para los cuatro rehenes que él mismo había entregado solo unos meses antes. Y las tuvo, porque el emir ordenó la ejecución de dos de ellos. Solo el sobrino de Ibn Hafsún había sido mantenido con vida, pero se liberó a Ibn Mastana, y fue gracias a la intervención de Badr.

Todo había ocurrido durante una de las frecuentes visitas que el emir hacía a su nieto, en las que él solía estar presente. En los últimos tiempos Abd Allah prolongaba aquellos encuentros, y en ocasiones incluso se había mostrado inclinado a trabar

conversación con él. Fue durante una de ellas, tras el anuncio de la ejecución de los cuatro rehenes, cuando Badr se atrevió a pedir permiso para realizar una sugerencia. Insinuó la conveniencia de mantener con vida al sobrino de Ibn Hafsún, para conservar una herramienta de presión, y Abd Allah se mostró de acuerdo de inmediato. Pero Badr todavía recordaba el gesto de estupor del emir cuando le planteó la posibilidad de liberar al lugarteniente de Ibn Hafsún. Tuvo que explicarse para evitar ser tomado por pusilánime o estúpido. Badr recordaba que la entrega de Ibn Mastana no había sido pacífica. Se había rendido a regañadientes y entre imprecaciones hacia los que le conducían a su cautiverio. Y a buen seguro durante aquellos meses habría rumiado su desgracia. El ataque de Ibn Hafsún a Qurtuba debía de haberle revelado que su buen amigo en poco estimaba su vida, y Badr había planteado varias preguntas ante el emir: ¿qué ocurriría si Ibn Mastana era liberado entonces, cuando quizás Ibn Hafsún había dado por descontada su ejecución? ¿Qué sentimientos albergaría el rehén hacia quien lo había abandonado? Su liberación podría introducir la discordia entre los sublevados, y la determinación del emir quedaría sobradamente demostrada con la ejecución de los dos rehenes restantes.

Así se había producido todo, y con la llegada de la primavera Abí Abda había partido de Qurtuba al frente de un numeroso ejército en una nueva campaña, rota ya la tregua de manera definitiva.

Badr se sobresaltó al oír de nuevo la voz de Muzna.

—Quizá mi postura sea egoísta, pero me alegro de que estés aquí, y no malviviendo con las tropas en esas sierras repletas de rebeldes y renegados.

El joven regresó a la conversación.

—Mi espíritu no termina de encontrar la paz —repuso con la mirada aún perdida en la lejanía—, viviendo entre abundancia y comodidades cuando otros arriesgan sus vidas por el bien del Estado.

—Tu papel es otro, Badr.

—Cada vez siento con más fuerza que, en tiempos como estos, un hombre no puede limitarse a servir a los suyos con el intelecto, sino que se hace necesario empuñar las armas. Y qué mejor forma de hacerlo que junto a Abí Abda, nuestro más laudable general.

—¡Hombres! —exclamó Muzna—. Todos habláis así. Ayer mismo mi hermano Adur se lamentaba de igual modo.

—Adur es un hombre íntegro, lo que cuentas no me extraña en absoluto.

Muzna sonrió. Sin duda recordaba el afecto que los unía desde que Adur lo rescatara.

—Sin embargo, las noticias que nos llegan son poco alentadoras…

—No debes dejarte engañar por el resultado de lo que podría no haber sido más que una escaramuza. Y aunque no lo fuera, no olvides que nuestras tropas se

enfrentan a una alianza poderosa, la de Ibn Hafsún con el ejército reclutado por Ibn Hayay, ese reyezuelo pagado de sí mismo. ¡Malditos sean ambos!

Badr caminaba con lentitud, escoltado a través de las interminables galerías del alcázar por uno de aquellos guardias de piel clara, altos y silenciosos, que tanto le habían llamado la atención a su llegada a Qurtuba. Recordaba cómo, junto a sus amigos, siendo todavía un niño, su curiosidad le había llevado a provocarles para comprobar si su sobrenombre, *al jurs*, se correspondía con una tara física o su silencio era voluntario. La primera imprecación que acompañó al pescozón de uno de ellos le puso sobre la pista. Ahora sabía que si no se prodigaban a la hora de hablar era por un mero desconocimiento inicial de la lengua árabe, pues procedían de lejanas tierras de infieles, aunque con el tiempo su silencio se había convertido en un elemento distintivo de aquel selecto grupo de élite que conformaba la guardia personal del emir.

Badr no podía negar cierta inquietud al avanzar por aquellas dependencias que poco tiempo atrás le estaban vedadas. Ignoraba el motivo de la llamada del emir, aunque últimamente su cercanía al joven Abd al Rahman le había granjeado abundantes muestras de consideración por parte del soberano. Al menos no parecía ignorar su presencia, como sucedía con la mayor parte de los sirvientes y cortesanos que en todo momento pululaban en torno a la familia real.

Un creciente rumor de voces le indicó que se aproximaban a su destino, y una pareja de guardias le franqueó inmediatamente la entrada a través de una puerta de dos hojas ricamente decorada a una espaciosa sala que jamás había visitado. El frontal, velado únicamente por tenues cortinajes agitados por la brisa del atardecer, se abría a una amplia terraza sobre el Ūadi al Kabir. Un grupo de personajes de alcurnia, a juzgar por lo fastuoso de sus vestiduras, ocupaba los divanes dispuestos en el centro de la estancia, alrededor de varias mesas repletas de apetitosos bocados. Otros permanecían en pie con copas en las manos, en grupos más o menos nutridos, manteniendo animadas conversaciones que llenaban el lugar de un agradable murmullo. Distinguió a varios generales y a otros hombres de confianza del soberano, algunos de los cuales ostentaban la dignidad de *wazīr*. Badr se sintió sobrecogido cuando la puerta se cerró de nuevo a su espalda, pero creyó desfallecer al oír su nombre en boca del chambelán que se dedicaba a anunciar las nuevas incorporaciones a la reunión, presentaciones a las que por suerte nadie prestaba atención.

El grupo más numeroso rodeaba al emir Abd Allah, que alzó la vista al advertir su presencia. Se alzó de su sitial para sorpresa de sus contertulios, que hubieron de apartarse a un lado, e hizo un gesto en su dirección. En aquel momento Badr solo fue capaz de pensar en lo inadecuado de su atuendo, y dirigió la mirada hacia su túnica blanca de lino, que contrastaba con los brocados y filigranas de oro y plata de algunos

de los asistentes.

—Aunque muchos de vosotros ya habéis oído hablar de él, os presento a Badr ibn Ahmad, el joven preceptor de mi nieto Abd al Rahman.

Badr bajó la cabeza de nuevo, esta vez en señal de respeto, al tiempo que cruzaba su brazo derecho por delante del vientre, y comprobó que algunos de los presentes correspondían a su saludo de la misma forma. Al ver que el emir se volvía ya hacia los demás congregados para iniciar su alocución, retrocedió con discreción.

—Hoy es un día importante para Qurtuba —empezó el soberano, mientras el grupo acababa de disponerse en torno a la sala.

Badr observó que el tono de su voz era inusualmente animado.

—Esta misma tarde hemos recibido noticias del campo de batalla, en las cercanías de Burbaster, ese nido de víboras. El parte de guerra remitido por el general Abí Abda ha colmado de dicha mi corazón, y es mi deseo que sea leído en voz alta ante vosotros, miembros de mi gobierno y hombres de mi entera confianza. ¡Proceded!

El emir retrocedió de nuevo hacia su sitial, y detrás de él apareció un personaje al que Badr identificó como uno de los secretarios. Desenrrolló el pergamino que portaba y comenzó a leer con voz un tanto impostada:

> ¡En el nombre de Allah, clemente y misericordioso! Alabanza a Él, que hizo de la Guerra Santa contra los seguidores del politeísmo oprobioso el mayor de los deberes.
>
> Yo, Abú al Abás ibn Abí Abda, general jefe de los ejércitos del victorioso emir Abd Allah ibn Muhammad, traslado a tu conocimiento en este parte de victoria los hechos de nuestro enfrentamiento contra las tropas de Umar ibn Hafsún, maldito sea su nombre entre todos los renegados de la fe del Profeta.
>
> Ayer, el décimo día del mes de Sa’ban, después de atravesar el cauce del Ūadi Sanyil y adentrarnos en las inhóspitas tierras dominadas por los sediciosos, nuestro ejército fue atacado por sorpresa por sus incontables tropas, que se arrojaron sobre nosotros. A los renegados de Burbaster se había sumado la caballería árabe de Ishbiliya, enviada por Ibrahím ibn Hayay, ¡Allah confunda su nombre!, al mando del mejor de sus generales. El combate fue cruento, brutal, los nuestros lucharon con bravura y muchos dejaron su vida en aquellas laderas, pero los rebeldes nos superaban en número, dominaban el terreno y contaban con la sorpresa. En aquellas circunstancias un contraataque habría sido un suicidio, y opté por ordenar una retirada que se realizó de forma ordenada, salvando así a los defensores de la Ley.
>
> Umar ibn Hafsún, envalentonado al advertir el retroceso de los nuestros, ordenó reagrupar a sus dos ejércitos, dispuesto a no darnos tregua, viendo en nuestra táctica una señal de debilidad y agotamiento. Pero pretender dos triunfos en el mismo día es desafiar a Allah y faltar a su divino poder. Nuestras tropas

eran inferiores en número, pero no en calidad y arrojo, y sin duda Allah estaba con nosotros. Nos consta que el general de Ibn Hayay trató de disuadir a Ibn Hafsún, pero su soberbia se alió con nuestro plan, y mandó a sus hombres contra nuestras fuerzas, ahora prevenidas y en formación.

Una vez que los dos ejércitos se hallaron de nuevo frente a frente, nuestros jinetes, a una orden mía, se precipitaron como leones contra el enemigo con tanto ímpetu que en una sola carga arrollaron sus filas, forzando a Ibn Hafsún y a sus oficiales a una bochornosa fuga. En ese momento las espadas de Qurtuba comenzaron a herir a los insurrectos, que se desbandaban en todas las direcciones, dejando en el campo de batalla a sus muertos y heridos. Ayer sucumbieron bajo nuestras espadas más de mil quinientos renegados; también Ibn Hafsún fue herido, mas Allah no permitió que cayera en nuestras manos, y en este instante ha de encontrarse huyendo de nuevo hacia Burbaster, lamiéndose las heridas, cubierto de vergüenza y deshonrado.

Te ofrezco esta victoria como un servicio más, para que la difundas entre los nuestros, de forma que todos en Al Ándalus alaben a Allah y le den gracias porque su emir se ocupa de ellos, atajando todos los males que se ciernen sobre el país y poniendo todos los medios para luchar contra quienes solo buscan su miseria.

Recibe la sumisión y el respeto de tu humilde servidor, en los campos de Binna e Istiba, lugar de la victoria, el undécimo día del mes de Sa’ban.

ABÚ AL ABÁS IBN ABÍ ABDA

El secretario leyó el nombre del general, hizo una profunda reverencia y se retiró enrollando de nuevo el pergamino, mientras se producía una cerrada ovación dirigida a Abd Allah. Todos los presentes se hallaban en pie, con aire de plena satisfacción y amplias sonrisas en los labios.

El emir levantó las manos para pedir silencio, y habló de nuevo.

—Como habéis tenido ocasión de escuchar y ya era sabido, al oprobio de Ibn Hafsún, que ha cometido el más nefando pecado en que un musulmán puede incurrir, se suma el hecho insólito de que un árabe de raza haya firmado y llevado a término una alianza con nuestro mayor enemigo. Alianza que ha conducido a Ibn Hayay a alzarse en armas contra nosotros, sumando sus fuerzas a los renegados.

Un murmullo de indignación recorrió la sala, pero Abd Allah continuó hablando.

—La autoridad del emir quedaría en entredicho si tal afrenta permaneciera sin respuesta, y la primera se ha producido en el campo de batalla. Pero tanto a Burbaster como a Ishbiliya debe llegar con claridad mi mensaje: la ira de Allah caerá siempre sobre aquellos que se enfrenten al legítimo soberano. ¡Traed a los rehenes a mi presencia!

La terraza del alcázar se abría sobre la Bab al Qantara, y a sus pies se extendía el Rasif, el largo paseo que discurría en paralelo al Ūadi al Kabir. Sombreada por un magnífico emparrado, permitía disfrutar de los atardeceres a la orilla del río desde la seguridad de la fortaleza. Badr comprendió que aquella tarde el terrado iba a convertirse en un improvisado patíbulo. El emir se había trasladado hasta el extremo opuesto a los ventanales, y muchos de los que poco antes procuraban su cercanía ahora trataban de buscar acomodo en el lugar más alejado, apoyados en las balaustradas laterales. Badr ocupaba un hueco en una de las esquinas, y desde allí observaba la bulliciosa actividad que se desarrollaba a sus pies, en aquel momento previo al anochecer en que los cordobeses salían a las calles sin temor al tórrido calor de la tarde. Por un instante deseó ser uno de aquellos ciudadanos anónimos, ajenos a lo que estaba a punto de ocurrir unos codos por encima de sus cabezas.

Los guardias llevaron primero a un atemorizado Abd al Rahman, el hijo de Ibn Hayay. Sus ropas eran de calidad, como correspondía a un miembro de la *jassa*, por muchos años que llevara retenido. Con seguridad habría permanecido custodiado en la Dar al Rahn, el lugar reservado para el alojamiento vigilado de los numerosos rehenes de Qurtuba. Se mostraba desorientado, y sus ojos reflejaban la extrañeza que le producía aquella situación. Por un momento Badr se puso en la piel de aquel hombre de porte altivo, bien parecido, que rozaría los treinta años, y paseó la vista por los rostros de los presentes, para concluir que sus expresiones debían de resultarle muy poco tranquilizadoras.

Uno de los guardias que habían escoltado al rehén por su propio pie se acercó a él y le inmovilizó las manos a la espalda. Pese a que el rostro de Abd al Rahman reflejaba temor, no opuso resistencia. Una vez maniatado, una mordaza le tapó la boca, y entonces sí, sus pupilas se dilataron por el miedo y unos sonidos guturales y entrecortados escaparon de su garganta con los primeros forcejeos.

Badr sintió que un escalofrío le recorría la espalda cuando vio aparecer al personaje más temido en la corte cordobesa, aquel del que todo el mundo hablaba pero al que pocos habían visto. Se trataba de un hombre corpulento, barbado, vestido con una túnica corta que dejaba al descubierto unos brazos musculosos. En sus ojos entornados se atisbaba una mirada dura, indiferente a cuanto le rodeaba, y Badr pensó que no podía ser de otra manera.

Los guardias tuvieron que emplearse con fuerza para sujetar al rehén cuando sus ojos se posaron en el hacha que el verdugo empuñaba. Era un arma pesada, provista de un robusto mango de madera de tres codos y una hoja en forma de media luna cuyo filo curvado, mucho más ancho que el cuello de sus víctimas, alcanzaría los dos palmos de longitud. Abd al Rahman ibn Hayay había logrado volverse hacia el emir, y sus ojos rogaban clemencia, al tiempo que los gritos ahogados por la mordaza daban cuenta de su desesperación. El verdugo observó el terrado con ojo experto y se

encaminó al lugar donde la glorieta cubierta de madreselva alcanzaba su máxima altura. Bajo el brazo izquierdo portaba un voluminoso rollo de cuero que desplegó en el centro, y se dirigió de nuevo a la entrada para ayudar a dos de los guardias a colocar sobre él un pesado tajo de madera.

Cuando apareció el sobrino de Ibn Hafsún, arrastrado por sus vigilantes, todo parecía estar dispuesto. El muchacho, que apenas superaría los dieciséis años, llegó ya maniatado y amordazado. Los harapos que cubrían su cuerpo escuálido y mugriento, el cabello enmarañado y el trato que recibía indicaban a las claras que no había gozado de la consideración de su compañero de infortunio. A pesar de que la luz comenzaba a escasear, Badr se fijó en su expresión. No era un rostro aterrado por la escena que se mostraba ante él, su mirada reflejaba desesperanza y algo parecido al alivio, pues el final de su insoportable suplicio estaba próximo.

Badr jamás había asistido a ninguna de las numerosas ejecuciones públicas que solían tener lugar bien cerca de donde se encontraba ahora, abajo, en el Rasif, y le sorprendió la rapidez con que todo se desarrolló. Abd Allah hizo una señal con la cabeza hacia el muchacho, y los guardias lo condujeron hasta el tajo. Con dos poderosas manos sobre sus hombros le obligaron a arrodillarse ante él y le apoyaron la cabeza en el tronco desbastado. No hubo resistencia por parte del muchacho. El verdugo se colocó en su lugar, afirmó las dos piernas en el pavimento y alzó el arma por encima de su cabeza. Se oyó un chasquido, y la cabeza rodó hasta el extremo del tapete al tiempo que del cuello surgían dos potentes chorros de sangre que empaparon el cuero a sus pies. El cuerpo del muchacho se desplomó hacia un lado en medio de un profundo silencio, roto únicamente por los gemidos del segundo reo, que aguardaba su turno.

Badr contempló los rostros lívidos que lo rodeaban y pensó que el suyo mostraría los mismos signos. Pero había algo que lo inquietaba, más allá de la conmiseración por aquel hombre que esperaba impotente su muerte. Desde que lo había visto salir a aquella terraza, su mente no había dejado de trabajar, y a cada momento que pasaba se intensificaba su sensación de que estaba a punto de suceder algo trascendente y no habría vuelta atrás.

Abd Allah repitió el gesto decidido que había acabado con la vida del primer rehén, pero los guardianes aguardaron a que los restos de este fueran envueltos en una lona para ser retirados. Ante la creciente oscuridad, una decena de hachones se prendieron y dispusieron en sus soportes. Un resplandor rojizo y vacilante se sumó a la luz del atardecer, otorgando a la escena un aire irreal.

Badr se debatía. Quienes estaban junto a él debieron de notar un amago, pero su mano no abandonó la balaustrada. ¿Qué necesidad tenía de exponerse a la ira del emir, ahora que parecía contar con su favor? Y, aun así, estaba convencido de lo que pensaba… Abd al Rahman ibn Hayay era ya empujado hacia el verdugo, que de

nuevo aguardaba en pie, impertérrito. Badr observó su rostro, que recorría a los presentes buscando una última señal de apoyo antes de perder toda esperanza, y por un instante sus miradas se encontraron. Badr cerró los ojos, inspiró hondo y avanzó hacia el centro hasta detenerse frente a Abd Allah. Clavó una rodilla en el enlosado y humilló la cabeza hasta tocarse el pecho con la barba.

—¿Acaso el hombre acerca del que abrigaba ciertas esperanzas no es capaz de soportar el merecido castigo a nuestros enemigos? —le espetó el emir, irritado—. Si quieres mi permiso para abandonar este lugar, lo tienes, puedes marcharte.

Badr alzó ligeramente la cabeza.

—No es cobardía lo que me ha empujado a importunaros, *sahib*, sino el convencimiento de que quizás estemos pasando algo por alto, algo que en breve no tendrá remedio.

Ahora Badr miraba al emir a los ojos bajo la tenue luz de las teas encendidas, sin importarle ya demasiado que su actitud se interpretara como impertinencia. Sin embargo, la curiosidad pareció decidir a Abd Allah.

—Di lo que tengas que decir, ¡pronto!

—*Sahib*, excusa mi insolencia, pero tal vez deberíamos reparar en las consecuencias de lo que está a punto de suceder. El destino implacable ha matado ya al sobrino de Ibn Hafsún, pero, si muere también este hombre, unirás para siempre a dos rebeldes contra ti. Si lo perdonas, en cambio, podrías ganar la voluntad de Ibn Hayay, que es árabe, y no un muladí renegado como Ibn Hafsún, cuyo odio no se aplacará jamás.

La irritación de Abd Allah dio paso lentamente al asombro, y este a la reflexión. El emir irguió la cabeza y clavó sus ojos en Abd al Rahman ibn Hayay, que escuchaba aterrado, aunque un atisbo de esperanza asomaba ahora a su expresión.

—Ten piedad de él, libéralo, y envíalo a Ishbiliya junto a su padre en pago por su traición. —Badr parecía ya libre del temor inicial a expresar su opinión—. Sé generoso en la victoria, ahora que Ibn Hayay ha tenido ocasión de comprobar cuál es el destino de los que se oponen a la autoridad del emir. Nómbralo incluso gobernador de la ciudad junto a su padre… Si no desconozco la naturaleza humana, es posible que en unas semanas tengas en ambos a dos aliados poderosos.

Abd Allah volvió la cabeza en busca de sus visires, pero Badr siguió hablando, ya en pie.

—Imaginad que Ishbiliya entra en obediencia, imaginad que cada año la ciudad más floreciente de Al Ándalus liquida sus tributos a Qurtuba, y que el tráfico comercial entre ambas se restablece…

Esta vez los ojos de Abd Allah reflejaban algo parecido a la admiración.

—Habéis oído la opinión del joven Badr ibn Ahmad. ¿Cuál es el consejo de mis visires?

Primero uno de los presentes, y luego varios más, hasta superar la decena, hicieron gestos de afirmación.

—¡Sea, pues! ¡Liberadlo de las ataduras! Se le enviará con una delegación a Ishbiliya.

El emir se colocó frente a las balaustradas, dando la espalda al verdugo, que parecía no saber qué actitud adoptar, hasta que el empujón de uno de los guardias le decidió a recoger sus útiles para abandonar aquel lugar.

—Si no cuento mal, catorce de mis visires se encuentran presentes en este mirador —señaló Abd Allah—. Catorce visires y… cuatro, cinco, ¡seis de los mejores generales de mi ejército! ¿Y a ninguno de vosotros se le ha ocurrido lo que Badr nos acaba de hacer ver? ¡Por mi precipitación, llevado por el deseo de venganza, hemos estado a punto de cometer un error colosal! ¿Y ninguno de mis más directos colaboradores ha sido capaz de advertirlo?

El tono de su voz se había ido elevando hasta convertir su última frase en un bramido. La mayor parte de los aludidos dirigían la mirada hacia el suelo con gesto grave. El emir buscó de nuevo a Badr, que había regresado a su rincón en la terraza.

—¡Por Allah, muchacho, que mereces el puesto de *wazīr* más que muchos de estos! —exclamó sinceramente enojado—. Y aquí te digo, ante tan cualificados testigos, que si las cosas suceden como has imaginado serás elevado a tal dignidad sin pérdida de tiempo.

Año 905, 292 de la Hégira

8

Pampilona

Al parecer, la ciudad entera se había lanzado a los caminos a la espera de su regreso. El cortejo había partido del monasterio de San Salvador de Leyre la mañana del día anterior, y durante aquellas dos jornadas tanto su esposo como ella misma habían tenido ocasión de comprobar el afecto que sus súbditos les profesaban. No habían atravesado aldea, villa o caserío cuyos moradores no hubieran aguardado el paso de la comitiva para mostrar sus parabienes al nuevo monarca, a quien algunos aduladores de la corte ya empezaban a referirse como «el deseado».

Toda montaba orgullosa junto a Sancho sobre una mula castaña de gran porte y tan ricamente guarnecida como el caballo del rey. Quizás había sido de Onneca de quien había tomado aquel hábito, pues su madre, por fuerza acostumbrada a las largas jornadas de viaje que la habían llevado hasta la lejana Qurtuba, siempre había preferido el vaivén de un buen mulo al traqueteo constante de cualquier carruaje, por bien provisto de almohadas que estuviera para evitar el daño a sus posaderas. Más adelante, los doce *seniores* que formaban el *consilium* encabezaban la marcha a lomos de imponentes corceles y, tras el soberano, Onneca y Aznar abrían paso a los miembros de su familia, entre los cuales destacaba su padre, García Ximénez, por su prestancia y altivez. Le seguía el obispo Ximeno con su séquito de canónigos, monjes, sacerdotes y acólitos. Y tras el clero, la corte el completo, con los carros que transportaban, entre otras, a las ayas que cuidaban de las tres hijas del matrimonio real.

Toda se sentía cerca del agotamiento físico, tras las dos frenéticas semanas que acababan de vivir. La noticia del agravamiento del estado de salud del viejo rey Fortún les había llevado en apenas una jornada hasta el monasterio de San Salvador de Leyre, donde el anciano había pasado sus últimos años tras abdicar a favor de Enneco Garcés, que había ejercido así la regencia durante siete años. Si algo alegraba a Toda era que su madre, Onneca, hubiera tenido la posibilidad de ver con vida a su padre, al que se encontraba indisolublemente unida, y no solo por los lazos paternofiliales habituales, sino por la peripecia que la vida les había deparado durante los veinte años pasados en Qurtuba, en calidad de rehenes del emir. Fortún había expirado tal como siempre deseó, en la celda del monasterio benedictino que había constituido su último refugio, confortado por los sacramentos por el abad, y con la

mano diestra entre las de su adorada hija.

Después, aun antes de las exequias, habían llegado los cónclaves, las idas y venidas de los *seniores*, del abad, del obispo, del propio Sancho, hasta que la misma mañana de la inhumación se anunció la rúbrica del acuerdo definitivo que, tal como estaba previsto, establecía la renuncia de Enneco Garcés a favor de su hermano Sancho. Para entonces se hallaban ya en Leyre todos los dignatarios que habrían de asistir a la ceremonia: habían llegado los condes de los territorios más cercanos, de Aragón, de Pallars, de Castilla, y se esperaba a los representantes de Aquitania y de Urgell; también se encontraban los obispos de las diócesis vecinas y los abades de los principales monasterios.

La ceremonia en el templo principal de la abadía habría resultado sobria de no ser por la presencia de tantos concelebrantes en el altar y tantas altas personalidades en el crucero, además de los sobrecogedores cantos de los monjes benedictinos de la abadía.

También para Toda la despedida de su abuelo había resultado emotiva y dolorosa, pero durante aquellos días la inminencia de los cambios que aquella muerte traía consigo turbaba sus pensamientos. En tan solo unas jornadas, su propio esposo pasaría de ser un simple caballero a las órdenes del regente a ser coronado como rey de Pampilona. Toda recordaba el escalofrío que la había recorrido cuando por primera vez fue consciente de que se convertiría en la reina de aquellas tierras. Por un instante había sentido sobre sus hombros una pesada responsabilidad, pero rechazó la preocupación al compararla con la que Sancho iba a asumir. Sin embargo, había algo que solo a ella incumbía, y era que hasta el momento no había podido dar a Sancho sino hembras. Tres preciosas niñas, pero durante aquellas jornadas había sentido la necesidad perentoria de concebir un varón que permitiera una sucesión sin sobresaltos, hasta el punto de convertirse en una obsesión que la privaba del sueño. Quizás a ello se debía parte del cansancio que ahora experimentaba a tan solo media legua de Pampilona, precisamente cuando empezaban a recibir las muestras de la fe de los habitantes de la ciudad en la tarea que su esposo tenía ahora por delante.

Miró a Sancho, erguido sobre su precioso caballo tordo y revestido con los símbolos de su autoridad, y no pudo sino dar gracias a Dios, pues sabía que no había en el reino mujer más afortunada que ella. Retuvo a su montura para dejarle adelantarse unos pasos y poder observarlo mejor. Durante un instante se recreó en su figura, en sus labios ahora sonrientes, en sus conocidas facciones. Observó aquellos brazos fuertes que ahora sostenían las riendas y el pequeño báculo dorado, y su mente evocó los momentos en que aquellos brazos la rodeaban en el lecho. Sorprendida por la reacción de su propio cuerpo, pensó si no tendría que dar cuenta en confesión de aquellos pensamientos casi pecaminosos, aunque enseguida desechó la idea: al fin y al cabo podría ser el hombre más deseado entre las mujeres de la corte, de la ciudad,

del reino entero, pero era su esposo, y su amor había sido bendecido por el Altísimo… No obstante, el hilo de esos pensamientos la condujo a recordar los frutos de aquel amor, y de nuevo experimentó aquella conocida punzada de congoja.

En las últimas dos semanas apenas habían compartido lecho. Toda había viajado hasta Leyre con la incomodidad del menstruo, y enseguida había sobrevenido la muerte de Fortún. Después las obligaciones de Sancho con los dignatarios que acudían a las exequias le llevaban al lecho bien entrada la noche, cuando ella hacía tiempo que había caído agotada por los avatares del día. Y por último, pasado el luto, habían sido las celebraciones de la coronación las que los habían separado.

Contemplando todavía el perfil de su esposo, la poblada barba que ocultaba buena parte de su rostro, su conocido porte, rememoró con emoción el momento en que había sido alzado del pavés por los doce *seniores*, que reconocían así su *autoritas* mediante un acto que se había convertido en tradición desde que se llevara a cabo con el primero de los Arista. Las lágrimas habían acudido inconteniblemente a sus ojos en aquel momento de gloria en que el nuevo rey se elevaba sobre todos, en que las miradas se dirigían a lo alto, mientras el canto de alabanza de los monjes llegaba a su culmen. Recordaba aún cómo el sol de la mañana entraba a través del ventanal del ábside, y la luz arrancaba destellos a la sencilla corona que el obispo de Pampilona acababa de colocar sobre sus cabellos. ¿Quizás aquel había sido el momento más emotivo de toda su existencia? Posiblemente, desde luego era el más deseado. Porque también ella tenía grandes planes para el reinado de su esposo, que en nada habría de parecerse al del bueno de Fortún, ni a la regencia posterior, en la que el poder delegado y el carácter menos arrojado de Enneco habían mantenido al reino en una situación de inacción, prudente en exceso, quizás hasta rozar el peligro de ser considerado bocado fácil por otros.

Algo así había sucedido sin duda el año anterior, cuando los moros de la ribera del Ebro, sus parientes, al mando del que ahora era su caudillo, Lubb ibn Qasī, habían reunido un numeroso contingente con el que penetraron en las tierras del reino. La actitud de Enneco, partidario de contemporizar y entrar en negociaciones, encolerizó a Sancho, que tomó la iniciativa y, tras una precipitada leva, partió a su encuentro. En buena hora había sido, porque las tropas sarracenas habían cruzado ya el río Aragón en Baskunsa, y el choque se produjo en Ledena, en las faldas del monte sobre el que se asentaba el propio monasterio de San Salvador, el centro espiritual del reino. Las tropas de Sancho habían sufrido un duro revés, los caídos se contaron por centenares, pero Dios quiso que la orografía del terreno jugara en favor de su esposo, y el río que discurría a los pies de Ledena, profundo y caudaloso, sirviera de barrera para contener el avance de los mahometanos. La aldea quedó arrasada, como muchas otras de la cuenca del Aragón, pero Lubb ibn Qasī dio por concluida su expedición y regresó a su refugio de Tutila cargado con un sustancioso botín. En realidad, y así lo

había relatado Sancho a su vuelta, sus tropas habían sido derrotadas, la matanza había sido importante, pero entre los habitantes de Pampilona trascendió la idea de que solo él había tenido el coraje de arrojarse contra los infieles, y el resultado era evidente: el temido Lubb ibn Qasī había vuelto grupas ante su resistencia.

El relato que hicieron los testigos acerca de la bravura de Sancho en el combate sin duda tenía que ver con el recibimiento que ahora se le dispensaba a su llegada a Pampilona, una vez coronado como Sancho Garcés, el primer rey con tal nombre. Los supervivientes de aquel feroz enfrentamiento habían alabado el arrojo que, con menosprecio de su vida, le había llevado a procurar cruzar su espada con el caudillo de los Banū Qasī. Sancho y Lubb ibn Qasī habían llegado a estar frente a frente, se habían medido con la mirada, pero, en el momento en que el pamplonés desenfundó su espada, el muladí rehuyó el combate, y sus hombres de confianza le rodearon y arroparon su retirada hasta el campamento musulmán.

Toda temía que no fuera aquella la última vez que los dos hombres se vieran las caras. Después de siete años de matrimonio, empezaba a conocer bien a su esposo y sabía que, si estaba en sus manos, la afrenta de Ledena no quedaría sin respuesta. Pero Pampilona no era un reino extenso y, aunque los vascones de los valles pirenaicos acudirían con presteza a la llamada de sus caudillos, su sola fuerza militar no bastaba para contener a un ejército poderoso. Toda había dado muchas vueltas a estas ideas desde el descalabro del año anterior, y creía que su papel podía ser importante.

Su propia madre, Onneca, le había mostrado el camino. Al acceder a su casamiento con Sancho, había hallado la solución a los problemas del reino, pues unía en sus descendientes el prestigio creciente de los Ximeno, representados por Sancho, con la legitimidad hereditaria de los Arista que ella había aportado como dote, pues llevaba por partida doble la sangre de los primeros reyes. Y no era la primera vez que en Pampilona se había utilizado el matrimonio como herramienta para forjar alianzas, pues a nadie se le olvidaba la procedencia de Ximena, esposa del tercer Alfonso de Asturias.

Los pensamientos de Toda quedaron interrumpidos por el volteo de las campanas de Santa María, que aumentó el bullicio ya de por sí ensordecedor. El gentío se agolpaba entre los edificios nuevos del arrabal, poco antes de las murallas de la ciudad. Mujeres y niñas, subidas en carros o en improvisadas plataformas, arrojaban a su paso pétalos de flores, y también el suelo aparecía alfombrado con una mullida capa verde de hojas y pequeñas ramas. No hubo recepción al franquear las puertas, pues todos los notables de Pampilona engrosaban la comitiva que acompañaba al rey desde Leyre, y Toda observó tan solo el saludo marcial de la guarnición que había quedado al cuidado de la ciudad, con su capitán al frente.

Una vez dentro del recinto fortificado, la multitud se agolpaba para permitir a

duras penas el paso de la comitiva en fila de a dos, y los mozalbetes corrían algunos tramos sobre sus cabezas, saltando de tejado en tejado para librarse de la aglomeración y disfrutar de aquella privilegiada visión del cortejo. Recorrieron las atestadas callejuelas engalanadas recibiendo continuas muestras de afecto de los habitantes de Pampilona, que lanzaban al rey sus bendiciones, pero también las más variadas peticiones, a las que Sancho correspondía con gestos continuos de la cabeza y una sonrisa de satisfacción sincera, amplia y por momentos emocionada.

Dejaron atrás el alboroto al cruzar las puertas de la fortaleza que acogía las dependencias de la residencia real. Toda fue ayudada a descender de su montura al tiempo que lo hacían el rey y, tras él, el resto de la comitiva. El obispo y sus acompañantes se dirigieron sin pérdida de tiempo a la portada de Santa María, donde habrían de preparar la ceremonia de acción de gracias que tendría lugar poco después, pero Toda se apresuró hacia el carruaje en el que habían viajado sus tres pequeñas. Sancha, de cuatro años, se había apeado ya bajo la mirada atenta del aya encargada de su custodia y ahora, en su papel de hermana mayor, trataba de ayudar a la pequeña Onneca, de tan solo dos, tomándola de la manita. Toda se acercó y las dos se arrojaron a sus brazos, parloteando.

—¿Toda esa gente estaba contenta porque padre es ahora el rey? —preguntó Sancha, inocente.

—Así es, pequeña —repuso Toda, y le plantó un beso en la mejilla—. Vuestro padre es muy querido, ya lo habéis visto. ¿Habéis tenido un buen viaje?

La niña miró a las ayas.

—Casi no nos dejaban ni movernos —dijo con gesto enfurruñado—, pero ellas no paraban de hablar.

Toda sonrió ante la sinceridad de la niña y se irguió para tomar en sus brazos a la pequeña Urraca, cuya cara de satisfacción y mofletes rosados le indicaban que el ama de cría había realizado su trabajo con diligencia.

—El traqueteo, que a todas nosotras nos molestaba, ha resultado para ella la mejor canción de cuna —explicó la muchacha—. Ha dormido durante todo el trayecto, excepto cuando las campanas de Santa María la han despertado, y desde ese momento no me la he podido separar del pecho.

—¡Excelente! —exclamó Toda, libre ya de su única preocupación en aquel día inolvidable.

Anhelaba aquel momento desde hacía dos semanas. Y también Sancho, al parecer. Cuando Toda anunció su deseo de retirarse a descansar, él era todavía el centro de las miradas en el banquete con que se había celebrado el regreso a Pampilona. Todos reían a carcajadas su última ocurrencia, y la despidió sin prestarle demasiada atención, tan solo un beso rápido en la frente antes de volverse de nuevo hacia el grupo que lo acompañaba.

Toda ascendió las escaleras con lentitud, pensando en el tiempo que habría de permanecer despierta hasta que él decidiera seguir sus pasos. Una de las doncellas le franqueó la entrada a la amplia alcoba, donde un fuego no demasiado vivo proyectaba su luz vacilante en las zonas menos iluminadas por las lámparas de aceite. Despidió a las sirvientas en cuanto estas la ayudaron a desprenderse de los botines y a librarse del abrazo de las cintas del vestido, que, si bien le realzaban el talle, en algunos momentos llegaban a dificultarle la respiración. Se sentó ante el tocador dispuesta a retirar las sujeciones que, de forma asombrosa, habían conseguido mantener el complicado peinado durante toda la velada. En camisola, liberada por fin de las molestias que los usos de la corte imponían, tomó el pequeño espejo de metal bruñido y contempló la imagen difusa de su rostro enmarcado por el cabello castaño y liso. A sus veintitrés años poseía un rostro agraciado y, aunque nunca se había considerado bella, sabía que seguía atrayendo las miradas de los varones. Con la mano izquierda se retiró el pelo de la frente y ladeó la cabeza componiendo un gesto exageradamente sensual. Se rio de sí misma, y dejó el espejo en la cómoda para cepillarse el cabello.

—Estás aún más bella que el día en que te conocí.

Sancho, apoyado en el marco de la puerta, soltó una carcajada al ver el sobresalto de su esposa.

—¡Sancho! —se volvió, azorada—. ¡No te he oído entrar! ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente. —Rio.

Cerró la puerta por completo y avanzó hacia el escabel. Toda sintió un escalofrío ante el contacto de sus manos sobre el cuello.

—Cada día bendigo el momento en que a mi padre se le ocurrió pedir tu mano.

Esta vez fue Toda la que rio.

—¡Pero si éramos unos niños! ¡Yo no tenía más que diez años! Y la negativa de mi madre fue tajante…

—Sin embargo, de algo pareció servir… porque unos años más tarde fue la misma Onneca quien propuso el casamiento.

Toda conocía bien el tono de voz que empleaba Sancho, mientras le deslizaba las manos sobre los hombros hacia los brazos. Un tono que con frecuencia asociaba al aroma del vino que ahora percibía con fuerza.

—Las mujeres sabemos bien lo que conviene en cada momento…

—¿Y tú? ¿Estabas de acuerdo? Siempre me lo he preguntado.

Toda se volvió hacia él y alzó la mano para acariciarle la barba.

—Hubiera sido la única mujer de Pampilona que no te deseara con toda el alma.

Sancho sonrió e inclinó su cuerpo hacia ella, hasta que sus labios se unieron. Toda se estremeció con el contacto, y un gemido escapó de su boca cuando las manos de su esposo, situado a su espalda, cubrieron sus senos rodeándola con los brazos. Cerró los

ojos y se abandonó a las sensaciones, hasta que notó que Sancho se alzaba para darle la mano y ayudarla a ponerse en pie. La tomó de la muñeca y la condujo hacia el lecho, antes de sentarse sobre el grueso colchón de lana para descalzarse.

Toda le empujó el hombro para que se incorporara, y fue ella quien se agachó para aflojar las finas tiras de cuero.

—Me gusta ser recibido así.

Toda alzó los ojos y sonrió.

—Me gusta que me hayas elegido a mí, y no a esa camarilla de aduladores que tienes por amigos. Además, hoy es el día adecuado… —sugirió, al tiempo que se alzaba para sentarse junto a él.

—Esa camarilla de aduladores, como tú los llamas, son los hombres que me han alzado como rey —repuso él sonriente, y apretó los labios, tomándola de la barbilla—. Los que pondrán a sus hombres bajo mi mando a partir de ahora, cuando tengamos que enfrentarnos de nuevo a Lubb ibn Mūsa.

—¿Crees que volverá a atacarnos? —preguntó Toda con repentino gesto de preocupación.

—¿Crees que debemos esperar a que vuelva a atacarnos? No son esos mis planes… Lo hizo hace dos años, y el año pasado atacó al conde de Pallars, en la tierra de mi madre, Dadildis. Aún tiene en su poder, en Tutila, a mi primo Isarno.

—Nunca podrás vencerlo solo con las tropas de Pampilona. Tampoco el rey Alfonso de Asturias ha podido hacerlo, y ya lo ha intentado en dos ocasiones. Tenéis que unir vuestras fuerzas.

—Tienes mi promesa de que trataré de hacerlo, aunque en el terreno de la diplomacia a veces son más útiles las artes de la mujer.

—Es algo que he aprendido desde niña, y ten por seguro que mi intención es ejercer como reina —aseguró.

El tono serio de Toda despertó la risa de Sancho.

—En ese caso, será mejor que empieces a hacerlo.

Alzó los brazos para permitir que Toda le despojara de su túnica, que lanzó a los pies del lecho. Cuando los bajó, arrastró con ellos la camisola de su esposa, que se deslizó hasta su cintura. La rodeó por la espalda para atraerla de nuevo hacia sí y hundió la cara entre sus pechos, inspirando con fuerza. Toda sintió el suave roce de la barba sobre la piel, y no pudo evitar un agradable cosquilleo, que se convirtió en un intenso estremecimiento de placer cuando la lengua de Sancho comenzó a jugar con sus pezones.

—¿Para qué es apropiado el día de hoy? —murmuró de forma apenas inteligible.

Toda sonrió de nuevo mientras, en pie aún, acariciaba sus cabellos con ambas manos.

—Las mujeres sabemos cuáles son los mejores días para recibir en el lecho a un

marido apasionado —respondió, con voz sugerente—. Y hoy será la primera vez que te reciba como rey de Pampilona.

Sancho se tumbó sobre el elevado colchón, mientras la invitaba a acostarse a su lado. Toda alzó primero un pie y luego el otro para desprenderse por completo de la camisola, y durante un momento dejó que su esposo la contemplara a la cálida luz del fuego. Ambos sonrieron ante la respuesta que aquella visión estaba provocando, y Sancho le tendió la mano para atraerla.

Toda acarició con sus dedos delicados el torso de su esposo, mientras le hablaba al oído.

—¿Qué mejor simiente que la de un rey para engendrar en su esposa al varón que deseamos como heredero?

—¿Y si no fuera un varón? —susurró Sancho, depositando un beso en sus labios.

—Será un varón, lo presiento. Pero, en caso contrario, tan importante como un heredero son las hijas con las que poder concertar provechosos casamientos.

Sancho, con sus labios, apenas le permitió terminar la frase. Excitada, deslizó la mano por el vientre de su esposo.

—Tómame ahora —dijo con voz anhelante—, y que sea la voluntad de Dios.

Año 907, 294 de la Hégira

9

Tutila

—¿Es necesario, esposo mío? —preguntó Sayida con evidente amargura—. ¿Acaso nunca vamos a poder disfrutar de una vida libre de angustias y sobresaltos?

Lubb pasó el brazo derecho por los hombros de su esposa y sintió el ligero temblor que la sacudía. Aunque aquel atardecer de principio de verano era inusualmente fresco y el viento barría con fuerza las veredas de la *almúnya*, sabía que aquella no era la causa. Sayida intentaba apartar la mirada, pero las lágrimas parecían a punto de brotar, y por un momento se puso en su lugar. ¿Estaba haciendo lo correcto con su familia? Tras nueve años de convivencia, amaba a aquella mujer que el destino había puesto en su camino, la mujer que le había dado otros dos hijos después de su primogénito y que siempre había estado en el lugar que le correspondía, sin quejas ni reproches, tan solo algunos momentos de debilidad, que sabía que habían de durar poco, en cuanto comprendiera lo inexcusable de la actitud de su esposo. Aun así la tomó de la mano para tratar de explicarse.

—Las nuestras son tierras de frontera, y las amenazas nos rodean. Es cierto que estamos condenados a vivir en permanente alerta, pero así lo ha querido el Todopoderoso, y poco podemos hacer para sustraernos a ese destino. Ahora la amenaza que se cierne sobre nosotros de forma más directa es ese nuevo rey de los vascones, ese Sancho, al que ya tuve ocasión de enfrentarme antes de que fuera coronado. No es como el viejo rey Fortún, aquel que pasó veinte años de su vida en Qurtuba y que a su regreso prefirió ingresar en un monasterio. Ni como el regente de escaso aliento que le sucedió. Sancho está ahí porque su pueblo lo ha aclamado, porque sus notables han visto en él la valía de la que carecían sus predecesores.

—Me asustas todavía más…

Lubb no pudo contener una sonrisa.

—Lo que quiero decir es que a Sancho no le falta arrojo ni inteligencia. Parece haberse dado cuenta de que él solo tiene pocas posibilidades de éxito y, por eso, según nuestras informaciones, está tratando de gestar una alianza entre cristianos contra nuestras tierras.

—¿Con el rey de Asturias?

Sayida parecía cada vez más impresionada.

—Así es. Aunque no parece que los contactos hayan cuajado de momento, si son

correctos los informes que nos llegan. Por eso es necesario actuar ya. No podemos dar lugar a que esa alianza tome forma.

—Ya has derrotado a Alfonso en dos ocasiones, y también a Sancho. ¿Por qué ahora es diferente?

—Porque cabe la posibilidad de que la próxima vez no nos enfrentemos a sus ejércitos por separado. Y eso podría suponer nuestra perdición. Como dices, ya hemos derrotado una vez a Sancho, y en su propio territorio. ¡Si estuvimos a las puertas del monasterio que consideran su centro espiritual! Y podríamos haberlo reducido a cenizas.

—¿Por qué no lo hiciste entonces? Quizás ahora no…

—Nos habría salido demasiado caro —la cortó Lubb—. Además, aquel monasterio…

—¿Qué?

—Sus abades siempre han mantenido buenas relaciones con nuestros hombres de letras, desde que en tiempos de Mūsa y Ziyab se fundaran la escuela coránica de Tutila y el taller de traducción y copia.

—¿Acaso ya no te importa esa relación?

—El monasterio no tiene por qué sufrir daño alguno…

Sayida negó con la cabeza, en apariencia más serena ahora.

—A veces no entiendo a los hombres… ¿Por qué las cosas no pueden seguir como están? ¿Por qué empeñarse en un continuo enfrentamiento?

—Fue mi padre quien me enseñó a arrostrar la carga que supone dirigir a un pueblo. Y esa responsabilidad a veces implica golpear primero y con ventaja, para evitar ser atacado en circunstancias menos favorables. Los cristianos se han crecido, Sayida, saben que no se va a producir una respuesta del emir, porque Qurtuba está inmersa en su propia guerra. Los asturianos jamás se habían adentrado en el Ūadi Ibrū, y lo han hecho ya dos veces, aunque por fortuna hayamos podido derrotarlos. El conde Ramón de Pallars atacó algunas de nuestras fortalezas, y fue necesario reunir un ejército para hacerle frente.

—Él no te atacará de nuevo, tienes a su hijo en cautividad.

—Quizá, pero el conde de Pallars y Sancho son parientes. No dudes de que ese es un motivo más para la unión entre Asturias, Banbaluna y Pallars, así que tenemos que golpear a Sancho antes de que esa alianza llegue a fraguar. Por eso he dado orden de movilizar a nuestras tropas.

—Es evidente que nada de lo que te diga hará cambiar tu decisión —respondió Sayida, vencida.

Durante un instante permaneció con la mirada clavada en la gravilla del suelo, mientras un silencio espeso se interponía entre ambos. Por fin alzó una mirada implorante hacia los ojos de su esposo.

—Solo te pido que regreses sin mal. El mayor de tus hijos apenas cuenta trece años. Ni ellos ni yo podríamos soportar…

Se le quebró la voz, se separó de Lubb y salió precipitadamente en dirección a la casa, cubriéndose la cara con una mano.

Finalmente la recogida de la cosecha de cereal había retrasado la movilización de tropas en todo el territorio dominado por los Banū Qasī, y al amanecer del último día de Dhul Qa'da aún no se había dado la orden de partida. En las cuatro últimas jornadas, las numerosas partidas de soldados se habían dado cita en la extensa explanada de la *musara*, junto a la puerta de Saraqusta, pero ahora se extendían por todo el contorno, aprovechando la proximidad al curso de los dos ríos que confluían a los pies de la ciudad. Miles de tiendas, individuales en su mayoría, se extendían hasta donde alcanzaba la vista, y la actividad en el improvisado campamento resultaba frenética pese a lo temprano de la hora.

Lubb, desde el adarve de la *alqasába*, contemplaba la ligera neblina que se alzaba sobre el río en la frescura del amanecer, pero era consciente de que no era más que un espejismo, y de que pronto comenzarían a sufrir el azote del inclemente sol en aquel despejado día del estío. Había dado la orden de que todas las tropas estuvieran dispuestas en formación al otro lado del río en cuanto el astro asomara, y ahora comprobaba satisfecho cómo las primeras columnas de hombres a caballo cruzaban ya el cauce por el soberbio puente de madera. A sus pies, en el patio de la fortaleza, los últimos oficiales culminaban los preparativos para la marcha, antes de descender para ponerse al mando de sus unidades. Trató de hacer un último repaso a la infinidad de aspectos que había que atender al inicio de una campaña como aquella, en especial todo lo relativo a la intendencia, fundamental para mantener durante semanas a un ejército compuesto por cuatro batallones de mil hombres. Sin embargo, la voz de su hermano Abd Allah, erguido ya sobre su caballo y al parecer impaciente por partir, interrumpió sus pensamientos. Mientras descendía por la empinada escalinata, se limitó a rogar al Todopoderoso que sus oficiales hubieran cumplido con su cometido.

Abd Allah sería su mano derecha durante la campaña, y habría de permanecer a su lado en todo momento. Cada batallón estaría comandado por un *qa'id*, nombrado entre los jefes militares de las ciudades más importantes de su territorio. En esta ocasión ostentaban tal honor el *'amil* de Al Burj, y los de Arnit, Baqira y Kabbarusho, aunque solo los tres primeros se encontraban en Tutila. El último, junto al millar de hombres que había reclutado, debía unirse a la columna en la jornada siguiente.

Con el reducido grupo de oficiales que todavía se hallaba en la *alqasába*, franquearon la pesada puerta de la fortaleza superior y emprendieron el descenso que les habría de conducir hasta la mezquita aljama, la última parada antes de partir. Ya no tendría ocasión de ver a los suyos, pues Sayida comprendía su deseo de despedirse

la víspera, tal como había visto hacer a su padre, para dedicar los momentos anteriores a su marcha a cumplir con las obligaciones de su cargo. Tampoco Sahra estaría allí para despedir a sus dos hijos. Ambas comprendían cuán importante era para la moral de las tropas cumplir con el rito que iba a tener lugar, la bendición por parte del *imām* de los estandartes de cada unidad, que habrían de colgar en lanzas y mástiles, en la que Lubb participaría como el caudillo que era, ofreciendo al Todopoderoso la victoria contra los infieles.

Tras la ceremonia, los estandartes regresaron a la cabeza de las formaciones en medio del entusiasmo de los habitantes de Tutila que no habrían de participar en la campaña. Eran ancianos, mujeres y niños en su mayor parte, pero también varones de edad madura a quienes la leva no había alcanzado y cuyo papel en la defensa de la ciudad sería muy importante. Al son de la rítmica y sonora música militar, descendieron a lo largo de la calle que unía la mezquita con el puente y atravesaron la Bab al Qantara, en cuyo exterior el camino de la ribera se cruzaba con la calzada que salía de la ciudad hacia el norte salvando el caudaloso cauce. Allí, sobre el pretil de piedra tras el cual el talud se hundía en la corriente, tres muchachos se hallaban en pie con la emoción, y también un atisbo de culpa, pintada en el rostro.

El primero que se acercó a sus hijos fue Abd Allah. El joven Mūsa, de tan solo nueve años, parecía ocultarse tras la espalda de su hermano mayor, a la espera de un rapapolvo que no llegó. Tampoco Lubb reprendió a su hijo, a pesar de que el muchacho había recibido la orden de no mezclarse con la tropa antes de la partida, y permanecer junto a su madre y sus hermanos. Pero, a los diez años, ¿quién era capaz de retenerlo en casa en un día como aquel?

Los muchachos, seguros de que no serían reconvenidos, mostraban ahora su excitación mientras admiraban el porte de sus padres, los petos repujados, las cotas de malla, el escudo en el flanco, los brillantes correajes y las ligeras capas que, agitadas por la brisa, cubrían de verde y grana las grupas de sus caballos. Fue Abd Allah el primero en hacer el gesto, recogió el borde de la capa y sus dos hijos saltaron a la grupa detrás de su padre. Lubb sonrió al ver los ojos implorantes del joven Muhammad y asintió con la cabeza. Los cinco se reincorporaron al desfile, que por un momento se había detenido, y atravesaron el suelo de madera del interminable puente de Tutila. Las tablas claveteadas temblaban con las sacudidas de los cascos, pero era el rítmico golpeteo de atabales y tambores el que hacía que pareciera que el puente estaba a punto de desplomarse. Desde el punto central, el más elevado, la vista impresionaba, y Lubb sintió cómo su hijo se estremecía y aumentaba la presión de los brazos sobre sus costados.

—¿Cuándo me llevarás contigo? —preguntó el muchacho alterado por la emoción.

Ante ellos, un auténtico mar de banderolas y estandartes, en los que predominaba

el color verde de su clan, ondeaba en la suave brisa de la mañana.

—¡Antes de lo que crees, jovencito! Pero ahora debes desmontar y regresar. Podéis contemplar la partida desde lo alto de la muralla y después subir a la *alqasába* para agitar una bandera. Miraré atrás, hasta que Tutila se pierda de vista, y sabré que estás ahí, bajo esa bandera.

El muchacho asintió, y apoyó con fuerza la cabeza sobre la nuca de su padre, mientras lo rodeaba fuertemente con los brazos. Lubb le tomó la mano y se la apretó con firmeza.

—Vuelve pronto, padre —musitó con voz apenas audible, antes de saltar del caballo—. Madre se queda triste.

Entre la multitud de lanzas y mástiles se abría un pasillo central por el que Lubb se adentró seguido por su hermano. A ambos lados, los jóvenes soldados en formación contemplaban a su caudillo con el rostro transformado por la excitación. A Lubb se le ocurrió que debía conceder más importancia a los músicos militares que lo precedían y aumentar sus efectivos. Lo que de otra forma sería un desfile frío y carente de emoción se convertía así en un acto de exaltación al son frenético, repetitivo y sincopado de los atabales, las chirimías y las trompas.

Recorrió las compañías de infantería que se hallaban más cerca del puente. Los miembros de cada unidad respondían a voz en cuello a los saludos marciales que los jefes de sus unidades lanzaban al paso de Lubb. Avanzó hasta el lugar donde empezaban a caracolear las monturas de los jinetes y se detuvo a observar orgulloso el batallón de caballería que habían conseguido reunir. Hermosos caballos árabes, de buen porte, fuertes y sin embargo ligeros y veloces, provistos de aquellas sillas de pomo alto y estribo corto que facilitaban el característico estilo de montar a los temidos jinetes musulmanes.

Hizo girar a su montura, alzó el brazo derecho para parar la música y solo entonces, en medio del repentino silencio, gritó con voz potente:

—¡Soldados qasíes!

El aullido unánime que inundó la vega reverberó en las laderas del monte y regresó en oleadas. Lubb esperó a que se apagara su eco.

—¡Allah, el Todopoderoso, el Misericordioso… envió al Profeta para revelarnos su Palabra! Escrito está en nuestro libro sagrado: id a la guerra, tanto si os es fácil como si os es difícil. Luchad por Allah con vuestras personas y vuestras haciendas. No permanezcáis clavados en tierra cuando recibáis su llamada. Porque… ¿acaso preferís la vida terrena a la del más allá? Si tal hicierais, el castigo del Todopoderoso será cruel, pues a otro pueblo enviará para que nos sustituya.

Lubb hizo una pausa, valorando el efecto que sus palabras producían en las tropas que escuchaban su voz en un silencio sepulcral.

—El infiel que amenaza nuestras haciendas nos espera a tres días de marcha —

prosiguió—. Agazapado, esperando el momento preciso para lanzarse sobre la tierra de los Banū Qasī y apoderarse de nuestros bienes, de nuestras mujeres y de nuestros hijos.

Gritos de protesta contra tal posibilidad surgieron de las gargantas de los hombres más cercanos.

—¡Allí quedan! —aulló, señalando los muros de la ciudad—, esperando impotentes que sus hombres sepan defenderlos. ¿No hemos de dar la última gota de nuestra sangre para evitar que nuestras mujeres sean poseídas por infieles? ¿No evitaréis que nuestros hijos sean esclavizados? ¿Estáis dispuestos a luchar hasta la extenuación para alcanzar la victoria sobre los politeístas?

Tras cada interpelación, voces unánimes brotaban con fuerza de aquellos miles de gargantas. El rostro de Lubb aparecía congestionado, su frente estaba perlada por gotas de sudor, su respiración se entrecortaba, pero su mirada reflejaba determinación y orgullo.

—¡Adelante, pues, mis valientes! ¡Los vascones han renegado de los lazos que nos unían para unirse a nuestros enemigos! ¡Les mostraremos que los herederos del gran Mūsa están a la altura de sus antepasados! ¡Cien años después, Banbaluna volverá a ser musulmana!

Esta vez el griterío se hizo ensordecedor. Los banderines y estandartes se agitaban con fuerza y, en las atestadas murallas y sobre el puente, quienes se quedaban en la ciudad blandían cuanto sirviera para manifestar su apoyo, uniéndose al clamor general. Lubb alzó la vista hacia la *alqasába*, y divisó en la lejanía la figura diminuta de un muchacho que intentaba alzarse entre dos soldados de la guarnición. Le vio trepar hasta el borde del muro apoyándose en ellos, sujeto por las piernas para evitar que se precipitara al vacío que se abría a sus pies. Lubb volvió su montura, desenvainó el sable y lo levantó con gesto decidido en su dirección. El muchacho respondió haciendo ondear una bandera verde. Lubb trató de ocultar su emoción, pero se aseguró de esperar un momento antes de dar la orden de emprender la marcha.

Lubb, Abd Allah y los cuatro *qa'id* de su ejército sudaban copiosamente en el interior de la *haymah*, a pesar de que esta se había instalado en la ribera del Ūadi Aragūn, a la sombra de los sauces y de los grandes olmos que poblaban la orilla. El aire estaba en calma, y el intenso calor les había pesado como una losa durante toda la jornada. Afortunadamente habían alcanzado Kabbarusho a media tarde, y el agua fresca del cauce había servido para refrescarse a los hombres, a los que aún se oía chapotear delante del campamento.

El *'amil* de la ciudad se había unido al puesto de mando, y sus tropas, frescas y descansadas, habían colaborado en las tareas de intendencia y en el desbroce de la ribera para la instalación de los recién llegados.

Los seis hombres ocupaban en pie uno de los laterales de la *haymah* y, frente a

ellos, otros tres parecían captar la atención de todos con sus explicaciones.

—¿Coincides en el cálculo? —preguntó Abd Allah al segundo de los exploradores enviados días atrás a Banbaluna.

—Al menos hasta ayer no había más de tres mil hombres en los alrededores de la ciudad, todos en pie de guerra.

—Y si se producen nuevas incorporaciones, procedentes de Pallars o del condado de Aragūn, no tardaremos en tener noticias —apostilló el *qa'id* de Arnit.

—Veamos cuáles son entonces nuestras opciones —propuso Lubb, mientras hacía un gesto al tercer oficial.

El muchacho se apresuró a volcar en el suelo la arena húmeda de dos de los tres capazos que reposaban a su lado, y con una amplia espátula la extendió por el suelo apisonado. En breve tenía a su disposición una superficie lisa y compacta de tres codos de lado. El topógrafo tomó una vara acabada en punta y dos pequeñas piedras que depositó a ambos lados del improvisado plano.

—La piedra más cercana es nuestro campamento, y aquella es Banbaluna, situada al norte —aclaró, antes de ir en busca del tercer capazo de arena.

Llenó con ella un amplio cazo de madera, y la dejó caer en un punto cercano a la piedra más alejada en dirección sureste, hasta formar un montón triangular de más de un palmo de lado. Junto a este, a la izquierda, y separada solo por dos dedos, depositó una cantidad menor.

—Estas son las sierras que nos separan de Banbaluna. La mayor se extiende desde esa ciudad hasta el Ūadi Aragūn en Baskunsa, en las proximidades del monasterio de Leyre. La más pequeña bloquea el acceso a Banbaluna desde el sur, aunque como veis entre ambas queda un portillo por el que acceder.

A continuación trazó una línea sinuosa que partía desde Kabbarusho hacia el noreste, bordeando el montón más grande.

—Es el Ūadi Aragūn, la segunda vía de acceso posible a Pampilona, desde oriente, bordeando las sierras.

—Conocemos bien esa ruta —reconoció Lubb—. Es la que utilizamos hace dos años en nuestro último enfrentamiento en Ledena.

—Pero nuestra intención en este caso es llegar a Pampilona —le recordó Abd Allah—, y la ruta más corta para hacerlo es la que asciende directamente hacia el norte desde Ūlit.

Lubb asintió ante las palabras de su hermano, pero mantuvo los ojos cerrados y la mano derecha en el mentón, en una actitud inequívoca de meditación, como si tratara de evocar los escenarios y las rutas de los últimos combates. Los demás aguardaron en silencio hasta que el caudillo abrió los ojos de nuevo y clavó la mirada en el mapa que había trazado el topógrafo. Se acercó a él y tomó la vara de su mano.

—Imaginad que dividimos nuestro ejército. Una parte asciende hacia el norte,

hasta alcanzar este portillo que da acceso a la cuenca de Banbaluna. ¿Qué creéis que sucederá a continuación?

—Que Sancho acudirá ahí a presentar batalla —respondió de inmediato el *‘amil* de Al Burj—. Es el punto más fácil de defender si quiere evitar que nuestras tropas se planten a los muros de su capital.

—Efectivamente… ¿qué distancia separa ese portillo de Banbaluna? —preguntó al topógrafo.

—Unas diez millas, *sahib* —respondió el hombre sin dudar.

—¡Diez millas! —repitió Lubb, con los ojos repentinamente brillantes—. De forma que daría la espalda a la segunda vía de acceso a la ciudad.

—¿Sugieres que la otra parte de nuestro ejército rodee las sierras de Baskunsa para caer sobre Sancho por la espalda?

—Así es, hermano. Tú comandarías ese ejército, mientras yo busco entrar en batalla aquí, en el portillo.

—Deberíamos valorar los riesgos que supone dividir el ejército, Lubb.

—Haznos una estimación de las distancias —le pidió Lubb al topógrafo, al tiempo que le devolvía la vara.

—Desde aquí —indicó, apoyándola en la piedra más cercana— hasta el portillo hay poco menos de treinta millas, una jornada a buen paso, contando con que los días aún son largos.

Rodeó el cuadrilátero de arena hasta el lado opuesto.

—Siguiendo el curso del Aragūn hasta Baskunsa, para girar a poniente en dirección a Banbaluna, sesenta millas. Dos días completos a marchas forzadas, uno más para poder presentar batalla al amanecer del tercero.

—Siempre puedo aguardar un día para darte más tiempo, no es necesario agotar a los hombres antes de entrar en liza.

—Si divides el ejército, nuestra superioridad se pierde. Dos mil de los nuestros frente a tres mil vascones —observó Abd Allah.

—Sería así si no hubiéramos de reunirnos en el momento del enfrentamiento —opuso Lubb vehemente.

—El plan es audaz, Lubb —intervino el *‘amil* de Baqira—, pero, como dice tu hermano, no está exento de riesgos. ¿Qué sucederá si Abd Allah encuentra obstáculos para avanzar? ¿Por qué no presentar batalla con todas nuestras tropas? La superioridad numérica es nuestra; nuestra caballería, ligera y eficaz, no debería tener nada que temer de la suya, más pesada y lenta…

—¿Y el terreno? No será una batalla en campo abierto, donde nuestra caballería tendría ventaja, sino entre las colinas cubiertas de bosques próximas a Banbaluna que Sancho conoce perfectamente, aunque solo sea por sus conocidas partidas de caza.

—Tú estás al mando… —concedió Abd Allah tras un momento de reflexión.

—Prefiero contar con el acuerdo de la mayoría de vosotros. ¿Quién se opone al plan que os acabo de esbozar?

Solo el *‘amil* de Baqira alzó la mano, observó al resto y dejó caer de nuevo el brazo.

—En ese caso, está decidido. Mañana daremos un descanso a los hombres, ultimaremos los preparativos y al amanecer del día siguiente partiremos. Vosotros dos vendréis conmigo, con vuestros respectivos batallones —añadió, dirigiéndose a los *‘ummāl* de Baqira y Arnit—. Los demás iréis con Abd Allah.

Los cinco hombres asintieron ante las órdenes de su caudillo.

—Bien, eso es todo —concluyó Lubb, cercano a la euforia, y echó a andar hacia la puerta—. Ahora, si alguien quiere acompañarme, voy a desprenderme de estas ropas empapadas en sudor para nadar en el río. ¡No va a ser menos el comandante que el resto de los soldados!

—Pasaremos la noche aquí —anunció Lubb mientras se apeaba del caballo.

Se encontraban en lo más alto del camino hacia Banbaluna. Más allá se iniciaba un prolongado descenso en el que había que atravesar lo que su topógrafo había denominado como portillo, pero que en realidad era un paso amplio entre dos sierras separadas por más de dos millas de distancia. Aquel era el punto que los exploradores que precedían a las tropas habían designado como el más apropiado para asentar el campamento en el que pasarían las dos noches siguientes.

El tiempo había cambiado durante la jornada anterior, las nubes ocultaban el sol desde el amanecer, y en las primeras horas de la tarde una fina llovizna había comenzado a calar a las tropas. Algunos la soportaban indiferentes, quizás agradecidos por el alivio que suponía después de las asfixiantes etapas anteriores; otros se cubrían con capas engrasadas, pero todos se dispusieron a buscar un sitio donde poder plantar las pequeñas tiendas, encender un fuego que les permitiera tomar algo caliente y descansar de la larga jornada de viaje.

Lubb apartó la lona con energía y entró en la *haymah* que el destacamento de vanguardia se había apresurado a preparar para su llegada. Poco después hicieron lo mismo los *qa’id* que le acompañaban y algunos de los oficiales a los que él mismo se había encargado de convocar.

—Bien, estamos todos —empezó—. En primer lugar, dadnos noticia de la situación entre los infieles.

Uno de los soldados encargados de las labores de información, especializado en infiltrarse entre las tropas enemigas, avanzó un paso.

—Como preveíamos, Sancho nos espera a tres millas de aquí. Ha emplazado su puesto de mando en un pequeño promontorio fortificado que domina el paso, con el campamento tras él. Calculamos que son algo más de tres mil hombres, un tercio de ellos a caballo. Al parecer, en los últimos días se han unido a sus filas nuevos

efectivos procedentes de las montañas.

—Está bien —atajó Lubb—. No haremos movimiento alguno con nuestras tropas hasta que Abd Allah recorra su camino. Sí que será conveniente que algunos destacamentos lleven a cabo escaramuzas y acciones de reconocimiento, de lo contrario nuestra inactividad podría despertar sospechas. Encargaos de ello al amanecer.

Los dos jefes asintieron.

—¿Y el resto de los hombres? No es deseable mantenerlos ociosos en la víspera de una batalla.

—Dad instrucciones a cada *naqib* para que en sus unidades los hombres preparen armas y equipo. Y que cada *'arif* disponga ejercicios de entrenamiento a lo largo de la jornada.

—Está bien, Lubb —respondió el *'amil* de Arnit, que se dirigió hacia la salida—, trasladaremos tus órdenes antes de que anochezca.

—Solo un par de cosas más… Haced que otra veintena de hombres se distribuya en los altozanos y en los oteros cercanos durante la noche y el día de mañana. Que alguien organice los relevos para reforzar la vigilancia, no quiero sorpresas antes de la batalla.

—¿Y la segunda? —inquirió el *'amil* de Baqira al ver que Lubb daba por concluida la breve reunión.

—Es cierto… tan solo quería pediros que después de trasladar las órdenes regreséis aquí —dijo, tomando al *qa'id* por el hombro—. Hacedlo con los diez *naqib,* ordenaré que preparen un refrigerio para todos. Tampoco para nosotros es buena la soledad en momentos como este.

—Será un placer hablar de los preparativos compartiendo la velada contigo, Lubb.

—Quizás incluso podamos disponer de unas jarras de vino… —reveló el caudillo con una sonrisa—. No tengo duda de que Allah sabrá perdonar la falta a quienes están dispuestos a dar su vida por él.

—¿Todavía tienes dudas acerca del éxito de nuestra empresa?

Lubb lanzó la pregunta a bocajarro al *'amil* de Baqira, que se encontraba junto a él antes de la partida en busca de las tropas vasconas.

—Todos confiamos en ti, Lubb, de sobra has demostrado tu capacidad en los asuntos de la milicia.

—No has respondido a mi pregunta —insistió, con una sonrisa taimada.

—No tengo motivos para dudar, Lubb. A estas horas tu hermano debe de estar a solo unas millas de aquí, detrás de las líneas de Sancho, esperando a que se entable la batalla para caer sobre su espalda. Sin embargo, me hubiera gustado confirmarlo…

—Sabes que eso no es posible, habría que cruzar las líneas de un ejército

dispuesto para el choque. Y cualquier demora podría dar lugar a que se descubriera el ardid… Confío plenamente en mi hermano.

—En ese caso no hay motivo para la espera. Demos la orden de avanzar, la luz es ya suficiente.

Lubb contempló desde el altozano que ocupaban cómo el ejército que se extendía a sus pies iniciaba el avance de forma lenta y pesada, hasta que el engranaje se puso en marcha y cada uno de los hombres ocupó el lugar que le correspondía. Abría la marcha un batallón completo de infantería, con las primeras líneas formadas por soldados de a pie armados con largas lanzas y sables a la cintura. Su misión sería afrontar y detener la primera oleada de vascones, cuyo modo de lucha no contemplaba la posibilidad de esperar, protegidos con lanza y escudo, el ataque del enemigo. Quizá tampoco esperaran que él lo hiciera… Pensó que esa sería tan solo la primera sorpresa. Tras la infantería avanzaba un primer contingente de arqueros, encargados de proteger a los hombres de la línea avanzada, fijando su objetivo en las primeras filas enemigas. Y tras ellos, los seis centenares de jinetes con sus monturas, preparados para ejecutar la táctica pergeñada la víspera con sus oficiales. Sujetas a las lanzas y a los mástiles de los abanderados ondeaban centenares de banderolas y estandartes cuyo color verde competía con el que la naturaleza había vestido el entorno de bosques y prados.

Frente a ellos se hallaban los vascones, cuyas enseñas teñidas con gualda se mezclaban con el añil de los Arista. Lubb pensó que la imagen era hermosa, pero no tardó en apartar de sí un pensamiento que, en la antesala de un cruel enfrentamiento a muerte, solo podía considerarse frívolo. Aguzó la vista y divisó, sobre la loma fortificada que se encontraba a su derecha, el mismo caballo tordo que ya montara Sancho en su primer encuentro. La figura de su jinete le resultó inconfundible y, si alguna duda tenía, solo había que contemplar el séquito que le rodeaba, en el que se contaba alguno de aquellos ministros de su credo con sus extrañas vestiduras negras.

Las marchas militares marcaban el paso de los hombres con su ritmo acompasado, y la cadencia de los timbales y el volumen del sonido se iban incrementando a medida que los dos ejércitos se aproximaban. Lubb montó su caballo y, al picar espuelas, reconoció sorprendido que se sentía menos inquieto que en cualquiera de las batallas en las que había participado. Cabalgó por el costado oriental de la columna hasta colocarse a la altura de los últimos infantes a pie. Los oficiales al mando lo esperaban con un *qa'id* al frente, y solo tuvo que alzar y dejar caer el sable para que las filas de infantes, arqueros y, más atrás, jinetes iniciaran un movimiento de dispersión que semejaba la apertura de un abanico. La cincuentena de filas, de veinte hombres cada una, pronto se redujo a cinco únicas filas de doscientos hombres codo con codo. Tras ellos, permanecían otras dos filas de arqueros, para terminar con los seiscientos jinetes que habrían de esperar a las órdenes del segundo

qa’id para entrar en acción.

Los dos ejércitos se detuvieron a quinientos codos de distancia, y Lubb pensó que las fuerzas de Sancho no parecían mucho mayores que las suyas. Quizá se bastara por sí mismo para derrotarlo, sin tener que aguardar a la intervención de Abd Allah. Buscó de nuevo al joven monarca, pero el nutrido séquito que parecía rodearlo en todo instante le impidió localizarlo. No deseaba prolongar aquel momento, pues sabía que para las tropas resultaba el de mayor tensión. Era en circunstancias como aquella cuando había visto a hombres hechos y derechos arrojar sus armas y tratar de escapar entre las filas, hasta que alguno de los oficiales, que no podían dejar que cundiera semejante ejemplo, cumplía con su triste cometido. Más habitual resultaba ver a muchachos jóvenes que no podían contener el llanto y los temblores incontrolados o evitar mancharse las vestiduras. De nuevo alzó el sable, y el sonido de las trompas alertó del ataque inminente. Cuando lo bajó, los timbales transmitieron la orden de avanzar. También los vascones iniciaron la carrera hacia el choque.

Los infantes de las dos primeras filas cumplieron con su cometido a la perfección. Corrieron sin romper la formación hasta que oyeron de nuevo el sonido de las trompas. Entonces, un instante antes del encuentro, todos clavaron la rodilla en tierra y sujetaron la lanza entre las piernas, de forma oblicua, con la fuerza de los dos brazos. Los vascones no tuvieron tiempo de reaccionar: algunos quedaron ensartados con el primer impulso, y la mayoría trató de frenarse, pero el empuje de quienes les seguían les condujo a la muerte. Muchos cayeron al suelo y se vieron pisoteados por los de las filas siguientes, que no veían lo que sucedía a sus pies. Desde las líneas posteriores, las largas lanzas trataban de alcanzar a los oponentes entre los cuerpos de los del propio bando. No pocos, sin embargo, consiguieron introducirse entre las filas musulmanas y, espada en mano, acabaron con la vida de muchos de los que aún sostenían sus lanzas. Los arqueros de ambos bandos cumplían ya con su cometido, y los aullidos de dolor comenzaron a extenderse a las filas posteriores, cuyos miembros, aun tratando de protegerse con los escudos en alto, caían heridos por las flechas, que a menudo encontraban un hueco.

Tras los primeros minutos de desconcierto, las tropas de Sancho recuperaron su empuje arengadas por sus oficiales. Lubb admiró la bravura de las acometidas de aquellos hombres recios, ataviados en muchos casos con simples pieles de cordero. El combate se trababa en el punto de contacto de los dos ejércitos, toda la infantería luchaba ya sable en mano, y Lubb contempló cómo la caballería vascona, aunque escasa, comenzaba a maniobrar por los flancos. Pensó que había llegado el momento. A su señal, las trompas sonaron de nuevo por encima de sus cabezas. Muchos, en el fragor de la batalla, parecían no oír otra cosa que el entrechocar del metal, pero, poco a poco, entre la infantería musulmana se fue abriendo un pasillo central. El *qa’id* que comandaba las unidades a caballo ordenó a sus jinetes lanzarse al ataque. Dos grupos

lo hicieron por los flancos, para neutralizar a la caballería vascona, pero el tercero penetró por el centro hasta el lugar donde se desarrollaban los combates. El efecto inicial resultó demoledor: desde los caballos los sables eran doblemente efectivos, y su movilidad, decisiva. Los vascones no tardaron en atacar el punto débil de los jinetes, descargando sus golpes de espada en el corvejón de las bestias, que, desjarretadas, caían al suelo entre relinchos de dolor, aplastando a los heridos.

Lubb buscaba a Sancho con la vista. Tenía un asunto pendiente con él, y había llegado el momento de zanjarlo. Sin embargo, continuaba sin aparecer. Barrió el campo de batalla con la mirada, pero no vio más que la lucha frenética de miles de hombres que tenían que matar para no perder la vida. El sol parecía alto ya sobre la capa de nubes, y la caballería musulmana comenzaba a inclinar la balanza hacia su lado, pero faltaba mucho para que la batalla quedara definitivamente decidida.

Las trompas sonaron de nuevo, y esta vez el primer sorprendido fue Lubb. No había nuevas órdenes que transmitir, solo quedaba esperar a que la batalla siguiera su curso. Desde la retaguardia vio cabalgar hacia él al *qa'id* de Baqira, que gesticulaba para llamar su atención. Volvía la cabeza hacia atrás, y Lubb siguió la dirección de su mirada. El *'amil* llegó a su altura al tiempo que cobraba conciencia de lo que ocurría: él había hecho sonar las trompas para advertir del peligro.

—¡Los vascones atacan por la retaguardia! —confirmó el oficial—. ¡Es el rey Sancho!

—¡No puede ser! ¡Maldita sea!

—Sin duda parte de sus tropas estaban ocultas en el abrupto valle en paralelo a este. Sancho ha debido de salir al galope al comienzo de la batalla, y ahora regresa con ellos para atraparnos entre dos fuegos.

—¿Dónde está mi hermano? ¡Allah Todopoderoso, necesitamos el resto de nuestras tropas! ¡Si no se presentan en este instante nos van a aplastar!

—¡Debemos actuar con rapidez! —dijo el *qa'id*, lívido.

—¡Solo podemos advertir a los hombres del peligro que se aproxima! Al menos que no nos coja desprevenidos. ¡Y envía hombres en busca de Abd Allah!

El vómito acudía a su garganta una y otra vez. La llegada de Sancho por la retaguardia con un centenar de hombres a caballo había alterado sin remedio el curso de la batalla. De sus dos batallones únicamente permanecía en pie un grupo aislado y heterogéneo que en aquel momento se veía presionado hacia lo alto de la ladera occidental del estrecho. A medida que ascendían, el espectáculo que se presentaba a los ojos de Lubb le hizo desear ser uno de aquellos centenares de cadáveres en cuyos estandartes ya nadie podía percibir el color verde, pues todo aparecía teñido con el ocre de la sangre coagulada.

Todo estaba perdido… La última esperanza se había desvanecido poco antes, cuando el correo de Abd Allah, que había conseguido atravesar las líneas cristianas,

le trasladó el mensaje que habría deseado no oír jamás. El ejército de su hermano había sido retenido en los pasos cercanos a Baskunsa por el conde Ramón de Pallars, a quien él mismo había vencido hacía tres años, y cuyo heredero permanecía como rehén en la *alqasába* de Tutila. Antes de partir, el mensajero había creído percibir que Abd Allah se imponía sobre sus enemigos, los cuales claudicaban ante su empuje. Pero el choque había resultado violento, los caídos de ambos bandos se contaban por centenares y, aunque quisiera, Abd Allah no podría acudir en su ayuda hasta al menos un día más tarde, y eso contando con unas tropas muy menguadas.

—¿Qué opciones nos quedan? —preguntó jadeante el *'amil* de Baqira.

Lubb se volvió hacia él, buscando reproche en sus ojos, pero solo descubrió un atisbo de lástima.

—Debéis escapar —respondió tajante—. No podemos seguir retrocediendo. Si cabalgáis hacia el norte siguiendo la ladera podéis alcanzar campo abierto. Es vuestra única posibilidad…

—¿«Debéis»? ¿«Podéis»? —intervino el *'amil* de Arnit—. ¿De qué estás hablando, Lubb? No tengo intención de escapar sin ti.

—Es la huida o la muerte. No contemplo la rendición, emplearía mi espada antes que ceder rehenes. Debéis huir, yo todavía tengo algo pendiente…

Lubb miró fijamente en la distancia, hacia el promontorio donde, ahora sí, la figura de Sancho destacaba con claridad sobre el resto.

—¿Acaso crees que se te va a conceder el privilegio de retarlo en duelo? Antes de llegar al fondo del valle serás hombre muerto. Si decidimos huir, debes hacerlo con nosotros. El resultado de la batalla no será tan adverso si nuestro caudillo sale con vida.

Lubb miró a su oficial. Siempre se había caracterizado por un juicio sensato y templado en el que él había aprendido a confiar. Por eso lo había nombrado *'amil* de Arnit y más tarde *qa'id* de su ejército. Por eso ahora lo había elegido para tenerlo cerca.

—Sabes que la prudencia habla por su boca —insistió el otro—, huiremos todos o todos caeremos bajo las armas de los vascones. Debes decidir el destino de estos hombres, ahora.

Lubb paseó la vista por el tétrico escenario de la batalla. De nuevo centró su atención en Sancho, quien parecía recibir los partes de sus oficiales, mientras aparecían las primeras señales de júbilo y victoria entre las tropas cristianas, todavía pendientes del grupo que él encabezaba. Las náuseas lo asaltaron de nuevo, y tuvo que hacer un esfuerzo para guardar la compostura. Lentamente al principio, comenzó a mover la cabeza en señal de afirmación.

—Estas son las decisiones que un hombre nunca querría verse obligado a tomar —musitó—, pero sea. Al galope, hacia el norte.

En un instante la orden se había transmitido al grupo, y los dos *qa'id* lanzaron sus caballos hacia la salida del valle. De inmediato, los jinetes que hasta entonces se habían limitado a acorralarlos contra la ladera, iniciaron la persecución. Desde el puesto de mando vascón, llegó el sonido inconfundible de un cuerno, cuyo destinatario era sin duda el grupo de arqueros más cercano a la salida, pues iniciaron una frenética carrera a pie en ángulo oblicuo que los aproximaba peligrosamente.

—¡Que Allah tenga misericordia de nosotros! —gritó Lubb—. ¡Reventad los caballos! Hay que alcanzar el extremo del portillo antes de que tengan ocasión de disparar.

Lubb comprobó que a su izquierda aumentaba el desnivel de la ladera y esta se cubría de cantos. Atravesarlos destrozaría los cascos de los caballos y daría una posibilidad a los jinetes que los perseguían. A la derecha, en cambio, la pendiente se cubría de pasto y matorral, lo que les permitiría cabalgar sin obstáculos, pero les conduciría al campo de tiro de los arqueros. Los hombres que encabezaban la huida no dudaron: sin duda preferían dar una oportunidad al azar a afrontar el combate seguro con los jinetes que les perseguían. Lubb vio cómo los arqueros apoyaban la rodilla en tierra para afinar la puntería, y al instante el estruendo del galope se mezcló con el silbido de las saetas. El primero en caer herido fue uno de los jinetes que cabalgaban en cabeza, y quienes le perseguían no pudieron evitar arrollarlo con los cascos de sus monturas. Con un relincho de dolor, una de las cabalgaduras, herida en un flanco, se detuvo en seco, y el jinete salió despedido por encima de la testuz del animal. Lubb sabía que los disparos se intensificarían a su paso, pues él era el objetivo principal. De forma instintiva agachó el cuerpo hasta rozar las crines del caballo con el pecho, alzando los brazos para sujetar las riendas. Volvió la cabeza a un lado al oír un gemido repentino y comprobó que el caballo del *qa'id* de Arnit perdía velocidad y se descolgaba del grupo, y no pudo evitar el bramido de dolor y de angustia que salió de su garganta, agotando el aire de sus pulmones. Por eso nadie oyó un solo grito suyo cuando acusó el golpe seco en el costado. Intentó no mirar, seguir adelante como si no supiera que su destino acababa de decidirse. Apretó los dientes con fuerza y contrajo todos los músculos del cuerpo, como si con ello pudiera esquivar la saeta que laceraba el interior de su pecho con cada movimiento. Jamás había experimentado un dolor como aquel, que amenazaba con hacerle perder la conciencia. Sintió el tacto cálido y húmedo de la sangre que le empapaba la camisola y se deslizaba por su costado. Habían sobrepasado a los arqueros, y la mayoría de sus hombres habían salido con bien. Quizás una veintena había corrido peor suerte. Rogó a Allah que le diera fuerzas para continuar, pero una extraña debilidad comenzaba a apoderarse de sus miembros, y los jinetes que le precedían aparecían borrosos…

Alcanzó a sacar los pies de los estribos cuando, en un último atisbo de lucidez, comprendió que se caía del caballo. Quizá los arbustos amortiguaron la caída porque,

tendido de bruces sobre el tapiz verde del suelo, aún conservó la conciencia unos instantes. La última imagen que se formó en su mente, antes de que la luz de sus ojos se fuera apagando, fue la de un muchacho que agitaba su bandera verde en lo alto de la *alqasába* de Tutila.

Año 907, 294 de la Hégira

10

—¡Supera eso, Mūsa!

El muchacho, agachado en la hierba cubierta de escarcha de la orilla, lanzó la piedra sobre la fina capa de hielo que cubría el cauce del Ūadi Qalash, a pocos codos de su desembocadura. Esta se deslizó hasta sobrepasar la de su hermano y dejar también atrás el objetivo de ambas, una pequeña rama que sobresalía del agua.

—¡Te lo dije! ¡No es tan fácil, parecen ir solas! —exclamó de nuevo—. ¡Probemos otra vez!

Muhammad se disponía a tirar el segundo guijarro que sujetaba entre los dedos, cuando un pedrusco del tamaño de un puño se estrelló contra el hielo. Antes de que, sobresaltado, tuviera tiempo de ponerse en pie, cayó el segundo, que le salpicó las ropas. Mūsa se inclinó de nuevo, tomó otras dos piedras y las arrojó al cauce con la misma rabia. Muhammad se apartó y contempló cómo su hermano menor repetía la operación una y otra vez, acompañando el esfuerzo de cada lanzamiento de un pequeño gemido. Su respiración agitada era evidente por el vaho que exhalaba en el aire helado de la mañana.

Aquel frío invernal había llegado de forma repentina, y la ciudad parecía tardar más de lo habitual en desperezarse. Sin embargo, con el sol tibio asomando sobre los montes cercanos, la bruma del amanecer comenzaba a disiparse, y los primeros hortelanos conducían ya sus mulas hacia las huertas que tapizaban la vega. También algunas mujeres atravesaban la puerta de la ciudad con grandes cestos de ropa sobre la cabeza, en dirección a las lascas que bordeaban el pequeño río en su tramo final.

—¡Largo de ahí, demonios! —les increpó una de ellas—. ¡Vais a enfangar la orilla!

Muhammad tomó por el hombro a su hermano, que miraba a la mujer con ojos encendidos, a punto de saltársele las lágrimas.

—Vamos, Mūsa, cálmate. Sentémonos ahí.

Subieron hasta el pretil de piedra que circundaba el cauce, sobre el que corría una de las acequias de riego, y se dieron la vuelta para sentarse al sol en el borde. Permanecieron en silencio, limitándose a contemplar el bello panorama que tenían ante ellos. De la pausada corriente del gran río surgían jirones de niebla, que por momentos envolvían las dos únicas barcas de vela que surcaban sus aguas. Tan solo dos meses antes, los sólidos embarcaderos estaban atestados de naves que remontaban el Ūadi Ibrū desde su desembocadura, cargadas con las ricas mercancías destinadas a la venta en el zoco, o regresaban repletas de cereales de la zona, de

merecida fama, pieles bien curtidas o las apreciadas salazones de carne de caza. Ahora, en la mejor época para navegar, se encontraban desiertos, y tampoco en la orilla opuesta, adonde cada año llegaba la madera de los bosques cercanos que los almadieros conducían a las atarazanas de Turtusha, se observaba la menor actividad. Tras la trágica muerte del caudillo de los Banū Qasī, el mundo y las certezas que hasta entonces habían experimentado parecían derrumbarse por momentos. Aunque Abd Allah se había hecho con el poder en el clan sin ninguna oposición, las noticias se sucedían día tras día, y cada una era más dramática que la anterior.

Muhammad contempló a la media docena de mujeres que se afanaban en la orilla del río rompiendo la fina capa de hielo antes de emprender su tarea. Los alegres colores que antaño pincelaban los arbustos cuando las ropas quedaban tendidas al sol habían sido sustituidos en gran parte por el color del luto. Porque no quedaba en Tutila, ni en ninguna de las ciudades de los Banū Qasī, una sola familia que no hubiera sido azotada por la muerte. A sus trece años, el muchacho comprendía perfectamente lo que significaba la pérdida de sus hombres más jóvenes para la ciudad y para cada familia, y había asistido al duelo sobrecogido por el dolor desde el momento en que llegó la fatal noticia.

Tampoco su familia se había librado. La muerte de Lubb en las proximidades de Banbaluna había sumido en la desesperación a Sayida, aunque quien más parecía haberlo acusado era su primogénito, que, con diez años, sentía por su padre algo parecido a la adoración. En los días siguientes al desastre, el muchacho se había refugiado en un silencio infranqueable. Ni siquiera Mūsa, que tenía su misma edad y era sin duda su mejor amigo, había conseguido traspasar la barrera de su aislamiento. Muhammad había visto a su hermano compartir el sufrimiento de su primo, y sintió un punto de admiración por él al ver que, a pesar de su obstinado silencio, no se había apartado de él. Otros muchachos de su edad quizá le hubieran vuelto la espalda, pero durante días ellos habían pasado largas horas juntos, sentados en cualquier sitio, con las rodillas entre los brazos, y sin cruzar más palabras que las que de vez en cuando él dirigía a su primo en el enésimo intento de sacarlo de su mutismo. Por eso era Mūsa quien más parecía haber sentido la repentina marcha del muchacho.

Muhammad giró imperceptiblemente la cabeza y entrevió el gesto de su hermano, que en modo alguno recordaba al rostro jovial y despreocupado que habría mostrado semanas atrás. Ni siquiera él, que ya era casi un hombre, se libraba de la sensación de zozobra que dominaba la ciudad desde los sucesos que se habían encadenado tras la inesperada muerte de Lubb, que nadie parecía haber creído posible, para la que nadie parecía estar preparado. Pero había ocurrido, y en medio de una derrota aplastante en la que el rey de Banbaluna había olvidado la piedad, las antiguas relaciones de parentesco y hasta las reglas de la guerra. El grupo que acompañaba a su tío había conseguido alcanzar una torre defensiva situada en las faldas del monte en el que se

había desarrollado la batalla, y allí se habían hecho fuertes. Eran poco más de medio centenar, sabían que su situación era desesperada, y al cabo de tres días aceptaron el *amán* que el rey les proponía. Había sido el *‘amil* de Baqira, el oficial de mayor rango, quien había propuesto su propio cautiverio a cambio de que se permitiera marchar al resto de los sitiados. Sin embargo, cuando las puertas de la pequeña fortaleza se abrieron y los sitiados salieron al pie del torreón, Sancho dio orden de caer sobre ellos y pasarlos a todos por la espada. Tan solo un joven soldado, en medio de la confusión, consiguió espolear a su caballo para perderse entre la espesura. Fue el único que regresó a Tutila para dar noticia del desastre.

En las semanas que siguieron, la ciudad se vio sumida en la confusión y el pánico. Solo el regreso de Abd Allah al frente de las tropas que habían luchado en torno a Baskunsa proporcionó alivio a las familias que veían regresar a los suyos, al tiempo que confirmaba la desgracia del resto. En unos días llegó la noticia del avance de los vascones hacia el sur, de la conquista del *hisn* de Deio y su entorno, y de su aparente voluntad de continuar hasta el Ūadi Ibrū. Abd Allah convocó al Consejo, asumió la responsabilidad de su hermano, y puso la *madina* en pie de guerra. Trataron de reforzar las guarniciones de las ciudades más expuestas a un posible ataque desde el norte, pero para Qalahurra, que había perdido a buena parte de sus hombres junto con su *‘amil*, fue demasiado tarde.

Habían sido días de pánico y confusión. Abd Allah había encargado la defensa de Al Faruh y Balterra a su hermano Yunus, y había enviado a Yusuf a liderar el cerco de Saraqusta con el único cometido de liberar efectivos y devolverlos a Tutila a marchas forzadas. Muhammad recordaba la salida de algunas de las familias menos arraigadas, que abandonaban la ciudad en dirección a la cercana Tarasuna, en medio de las miradas de desprecio de quienes permanecían dispuestos a defender lo que era suyo.

Para todos era comprensible la respuesta de Sancho, el infiel que había sido aupado al trono de Banbaluna por el ímpetu que ya había mostrado en la lucha contra los Banū Qasī. Pero tan solo una semana después de la inquietante confirmación de la ocupación de Qalahurra, llegó a Tutila un nuevo correo que extendió el estupor a medida que su mensaje se transmitía de la *alqasába* a la mezquita, a las calles de la *madina* y poco más tarde al arrabal y a las huertas situadas extramuros. Una vez más la insidia, el oportunismo, la traición a los suyos… una vez más Al Tawil había aprovechado las circunstancias para alzarse en su feudo contra los ahora debilitados Banū Qasī. Cuando la noticia llegó a Tutila, el suegro de Lubb se había apoderado ya de la Barbitaniya, del *hisn* de Munt Sun y de la *madinat* Larida.

Muhammad recordaba perfectamente cómo, a partir de entonces, todas las miradas se habían vuelto hacia su hija, Sayida, que tuvo que sumar a la pérdida de su esposo la desconfianza de sus convecinos. Tanto ella como sus hijos se habían visto

sometidos a los desaires y el desprecio de quienes unas semanas antes buscaban su compañía y compartían su dolor, y ello había acentuado el aislamiento de su primo, que había llegado a rechazar incluso la presencia de Mūsa. Tan solo cuatro días antes una mujer, esposa de uno de los oficiales caídos en Banbaluna, se había acercado a Sayida para escupir a sus pies a la salida de la mezquita. El efecto no se hizo esperar, y dos mañanas atrás Mūsa se había despertado con la noticia de que su primo, su mejor amigo, había abandonado la ciudad en compañía de su madre y de sus hermanos, seguramente de vuelta a Ūasqa, a la casa del hombre que no había tardado un instante en traicionar la memoria del que había sido su yerno y padre de sus nietos.

Muhammad miraba de reojo a su hermano, que balanceaba las piernas rítmicamente, golpeando los talones contra el muro una y otra vez. Los dos últimos días había tratado de permanecer junto a él, proponiendo actividades que le ayudaran a olvidar la ausencia de su amigo, pero empezaban a agotársele las ideas. Comprendió que aquel silencio podría prolongarse buena parte de la mañana, así que trató de pensar algo.

—¿Qué tal si subimos a la *alqasába*?

Mūsa se encogió de hombros, sin pronunciar palabra.

—Quizás haya algo en lo que podamos ser útiles. Padre no tiene descanso, preparando la defensa de la ciudad y…

Mūsa, sin mudar el gesto hosco, saltó de muro antes de que concluyera la frase. Seguramente apreciaba lo que Muhammad intentaba hacer por él, en lugar de estar en compañía de los muchachos de su edad, que emulaban a sus mayores en el uso de las armas en los descampados. Muhammad le siguió y, cruzando sobre la hierba de la ribera aún cubierta de escarcha, se encaminaron hacia la pequeña pasarela que cruzaba el río en dirección a la Bab al Qantara.

El camino que se dirigía a la vega, antes muy transitado por hombres y mulas, aparecía ahora casi desolado. Tan solo los ancianos y algunas mujeres de luto recorrían el tramo que les separaba de su única fuente de sustento, esforzándose por sustituir a los hombres ausentes. Franquearon la puerta del puente y se adentraron en las callejuelas de la ciudad, en las que tampoco se advertía el bullicio y la actividad habituales. El mercado semanal no se había celebrado desde la derrota, y ni siquiera el horno de aquella calle reunía ante sus puertas a los grupos de mujeres que normalmente amenizaban entre conversaciones la espera hasta que estuviera listo el pan que habían llevado a cocer.

Muhammad sabía que en la ciudad no sobraban las provisiones, y el trigo se había convertido en un bien que su propio padre había sometido a racionamiento. Le había escuchado dar gracias al Todopoderoso por que el desastre hubiera sobrevenido después de recoger la cosecha, pues, de lo contrario, aquel invierno se habría hablado de hambre. Sin embargo, en la mayor parte de los campos no se había realizado la

siembra a principios del invierno, y la recolección del verano siguiente sería sin duda exigua. Tal vez, decían algunos, alcanzara para el consumo de las familias si continuaba el racionamiento, pero de ninguna manera habría excedente para la venta, con lo cual muchas de ellas no podrían adquirir otros productos de primera necesidad.

Al pasar ante la puerta del horno, se vieron envueltos por el aroma que se escapaba desde el interior. Muhammad ralentizó el paso y aspiró aquel olor que tanto le recordaba su cercana infancia.

—¡Espera! —exclamó, al tiempo que apoyaba la mano en el hombro de su hermano y hacía un gesto hacia la *attahúna*—. Nos vendrá bien para entrar en calor.

Apartaron la tosca cortina y cruzaron el dintel en forma de herradura, y Muhammad echó mano a su menguada bolsa y extrajo un *fahl* de cobre que apretó en el puño. Les recibió el aire tibio y perfumado del interior, y aguardaron sin llamar mientras los dos aspiraban profundamente a la vez que contemplaban los reflejos en la pared del fuego que ardía en el horno. Al fin un hombre de rostro afilado y un tanto malcarado asomó la cabeza y, al verlos allí, esbozó una mueca de disgusto, que desapareció de inmediato al reconocerlos.

—¡Ah, sois vosotros! —dijo, mientras salía del obrador y se colocaba ante la plancha de alabastro que cubría el mostrador.

A pesar de todo, su rostro se resistía a exhibir ni un atisbo de sonrisa. Y es que, según decían, Allah le había enviado una curiosa maldición que le impedía saborear siquiera las delicias que horneaba, so pena de sufrir los más dolorosos espasmos intestinales.

—Una torta de miel y almendra —pidió Muhammad, al tiempo que le tendía la moneda de cobre.

El panadero observó un instante a los dos muchachos, aceptó la moneda y se volvió hacia la alacena para coger dos de aquellas golosinas.

—No, yo no… —balbuceó Muhammad, señalando su bolsa vacía.

Sin cambiar un ápice el gesto, el hornero les entregó una torta a cada uno.

—Tomad —insistió—, y rogad por que vuestro padre pueda hacer frente a tanta adversidad. De lo contrario, quizás ese horno se apague para siempre.

—Te lo agradecemos —repuso Muhammad con una expresión que solo unos meses antes no se le hubiera ocurrido utilizar. Sabía que su aspecto estaba cambiando, era más alto que los muchachos de su edad, su voz se había vuelto más grave y disfrutaba utilizando fórmulas que oía a sus mayores.

Salieron, y se estremecieron de nuevo por el frescor de aquella calle umbría. Mūsa, aparentemente satisfecho, comenzó a mordisquear con deleite su torta, y Muhammad esbozó una sonrisa mientras atacaba la suya. Ascendieron por la prolongada y suave pendiente que conducía a la mezquita mayor y pasaron entre los últimos fieles que la abandonaban tras la oración de la mañana. Desde allí

descendieron de nuevo y atravesaron el riachuelo que circundaba la base del monte fortificado, en cuya cima aparecía imponente la *alqasába*. Franquearon la entrada al primer recinto y emprendieron el empinado ascenso, que les condujo, a través de los atajos de tierra hollada, hasta la puerta principal de la fortaleza. Cruzaron en varias ocasiones el camino principal que serpenteaba por la ladera, sorteando las numerosas caballerías y soldados de a pie que daban cuenta de la intensa actividad que se desarrollaba en el interior del recinto amurallado. Desde lo alto, el alminar de la mezquita, soberbio y enhiesto a nivel del suelo, parecía confundirse ahora con el resto de la construcción, las velas de la única *falūkah* que surcaba el río se confundían con los reflejos del agua, y las lavanderas no eran más que puntos lejanos que se movían entre las ropas tendidas al sol.

También los guardias apostados ante la puerta los reconocieron, y uno de ellos revolvió los cabellos de Mūsa al pasar, algo que por fin provocó la sonrisa del muchacho. El trasiego del interior hizo temer a Muhammad que su padre estuviera demasiado ocupado para poder dedicarles un momento siquiera, pero, en cuanto desvió la mirada hasta la entrada del edificio principal de la *alqasába*, lo vio en pie y unido en un prolongado abrazo a un hombre que les daba la espalda. Imágenes como aquella se habían repetido decenas de veces en las últimas semanas, por lo que no les resultaba extraño en absoluto: era la única manera que los miembros del clan tenían de manifestar su pesar y su dolor. Los dos muchachos se acercaron tímidamente, y Abd Allah, al reparar en su presencia, deshizo el abrazo. Muhammad descubrió que había emoción en sus ojos, en parte alegría, cuando tomó al visitante por los hombros e hizo que se volviera hacia ellos.

—Estos son mis dos hijos varones: Muhammad, el primogénito, y el joven Mūsa —les presentó.

Los dos abrieron desmesuradamente los ojos cuando aquel hombre fijó en ellos la mirada.

—No, no estáis viendo una aparición. —Abd Allah rio—. Es mi hermano Mutarrif, vuestro tío. Es cierto que su parecido con Lubb es asombroso… alguien que no le conociera podría confundirlos.

Muhammad se adelantó para saludar a su tío, de quien había oído hablar en innumerables ocasiones, pero al que no había tenido oportunidad de conocer. Para él, desde que tenía uso de razón, Mutarrif era el tío que ocupaba el cargo de *uālī* en la lejana *madinat* Tulaytula. La imagen que tenía de él era la que su imaginación había forjado, pero jamás hubiera pensado que el parecido con su tío Lubb fuera tan grande.

—¡Muhammad! —exclamó Mutarrif, mientras sujetaba al muchacho por los hombros e ignoraba la mano que este le tendía—. La última vez que te vi tenías solo cuatro años. Aunque sigas siendo un niño, has cambiado mucho.

—Ya no soy un niño —murmuró el muchacho.

—¡Y tú, pequeño Mūsa! —dijo el hombre, haciendo caso omiso del comentario—. El día de mi partida eras un bebé de apenas un mes y dormías plácidamente junto al pecho de tu madre. ¡Ocho años ya!

Por segunda vez en tan solo un momento, alguien revolvió los cabellos del pequeño. Muhammad dio un paso atrás, sintiendo una inexplicable aversión hacia aquel hombre. ¿Quizás, aun de forma inconsciente, había interpretado su presencia allí como una suplantación de la figura del desaparecido Lubb? ¿O había sido solo aquel primer y desafortunado comentario?

Un revuelo procedente del portón de entrada atrajo las miradas de todos, e inmediatamente unos agudos gritos de mujer llenaron cada rincón del gran patio de la fortaleza. Sahra avanzaba a grandes zancadas, sujetándose con ambas manos los bajos de la túnica para no caer.

—¡Allah sea loado! —gritaba una y otra vez—. ¡Allah es Misericordioso y ha atendido mis plegarias!

Mutarrif dio unos pasos hacia su madre, en medio del regocijo de todos, y cuando la tuvo a su alcance abrió los brazos para rodear su talle menudo. Sahra rompió a sollozar amargamente, con el rostro apoyado en el pecho de su hijo.

—No debes llorar, madre…

Sahra alzó la vista hacia el rostro de Mutarrif y trató de hablar, pero su pecho volvió a agitarse con gemidos incontenibles. Solo al cabo de un momento fue capaz de separarse de su hijo.

—El Todopoderoso se llevó a mi hijo primogénito, pero me devuelve a quien empezaba a creer perdido para siempre. ¡Ocho largos años!

—Aquí estoy, madre, y esta vez para quedarme —aseguró Mutarrif.

De repente, el gesto de Sahra cambió, colocó los brazos en jarras y compuso una expresión de fingido disgusto.

—¿Es que acaso un hijo no debería acudir en primer lugar a la casa de su madre cuando regresa tras años de ausencia?

Mutarrif rio al responder.

—¡Pretendía que fuera una sorpresa, y contaba con la colaboración de Abd Allah! Pero parece que en Tutila no existen secretos para ti.

—En cuanto has atravesado la Bab Tarasuna, la aldaba de la puerta no ha dejado de sonar, y el zaguán se ha llenado de vecinos que me han traído tan buena nueva.

Mutarrif sonrió, la tomó por las muñecas y se llevó las mangas de su túnica a la cara.

—Este olor… —inspiró profundamente— es el mismo de nuestra infancia ¡Lo había echado tanto de menos! ¡Os había echado de menos a todos vosotros!

Sahra sonrió, pero algún recuerdo debió de cruzar su mente, porque al instante su gesto se volvió amargo.

—Y dime, madre, ¿cómo estás?

—Comenzaba a reponerme del golpe que supuso la muerte de vuestro padre… —repuso afligida—, ¡y ahora, esto!

—Ahora tienes cerca de ti al resto de tus hijos —intervino Abd Allah—. Incluso a Mutarrif, su esposa, sus hijos…

—Así es, ¡Allah sea alabado! —reconoció, mientras se esforzaba por no dejarse llevar por el dolor—. La tarea que ambos tenéis por delante es difícil, pero algo me dice que sabréis conducir a este pueblo en medio de las dificultades…

—Contamos con tu ejemplo, y el de nuestro padre. Él nunca se echó atrás, ni siquiera en los peores momentos —respondió Mutarrif, con un asomo de orgullo en la voz.

Sahra, Hana, la esposa de Abd Allah, y Raissa, la recién llegada esposa de Mutarrif, se encargaron de que aquella noche no faltara de nada en la vieja residencia familiar. Se sacrificó un cordero y se guisaron pichones, y esa tarde el delicioso olor de los dulces que se elaboraban en la cocina inundó el patio y las galerías de la planta superior. Acudieron la familia al completo y algunos allegados, y la amplia sala del piso de abajo acabó quedándose pequeña. Aunque todo se llevó a cabo con discreción y mesura, el regreso de Mutarrif constituía la primera oportunidad en meses de salir, aunque fuera una sola tarde, del ambiente triste y opresivo del duelo. Cenaron entrada la noche al calor del fuego que ardía en un rincón, y el recién llegado tuvo la ocasión de responder a las sucesivas preguntas acerca de su prolongada estancia en la lejana Tulaytula. Lo hizo sin entrar en asuntos políticos, como correspondía al momento, de modo que la velada transcurrió de forma amena, entre anécdotas, y con el recuerdo constante de Lubb, de quien al parecer todavía guardaban buena memoria los habitantes de la vieja capital.

Quizá Sahra supuso que los dos hermanos desearían estar solos, y pronto apeló a su autoridad como matriarca del clan para dar por finalizada la reunión. Alegó estar cansada después de aquel día especialmente ajetreado y rogó a Hana y a Raissa que la acompañaran a la planta superior, donde se encontraban las alcobas, para mostrar a sus nietos recién reunidos el lugar en el que habrían de pasar su primera noche juntos. Abd Allah avivó el fuego y añadió un leño de considerable tamaño que levantó una nube de chispas y pavesas. Tomó asiento frente al hogar e invitó a su hermano a acomodarse junto a él. Cuando lo hizo, colocó la mano sobre su rodilla para darle dos amistosos golpes.

—Me alegro de que estés de vuelta, Mutarrif. Pero nunca pensé que habríamos de vernos de nuevo en estas circunstancias.

—Ha sido un duro golpe para todos.

—Y lo peor es que, casi tres meses después, no deja de traer consecuencias, a cual más adversa para nuestros intereses.

—La situación es grave, ¿no es cierto?

Abd Allah alzó la cabeza e inspiró hondo, al tiempo que asentía con la cabeza.

—Lo es, Mutarrif. En unos meses, todo parece haberse conjurado contra nosotros.

—¿Es verdad entonces que en Banbaluna tenemos, ahora sí, un verdadero enemigo?

—Eso parece. Sancho, el nuevo rey de los vascones, ya no rehúye la guerra.

—¿Dónde quedó la colaboración entre los vascones y los Banū Qasī de la que tanto hablaba nuestro padre? —se preguntó Mutarrif con aire de añoranza.

—Ni siquiera él llegaría a conocerla, no era más que un niño. Y aquello se debió a circunstancias excepcionales que jamás se repetirán. Debemos asumir que la colaboración entre los reyes cristianos es y será habitual. Por suerte el rey Alfuns no parece atravesar sus mejores momentos, esa es la única noticia positiva que te puedo dar esta noche.

—Tampoco las que yo traigo de Tulaytula son mejores —dejó caer Mutarrif.

Abd Allah giró la cabeza, con el recelo reflejado en el rostro, esperando a que continuara.

—No regreso solo por lo acontecido con nuestro hermano… Los toledanos se rebelaron contra mi gobierno. Tuve que abandonar la ciudad de forma precipitada, y todavía doy las gracias a Allah por permitirme hacerlo en el último momento. Incluso Raissa y nuestros hijos han corrido serio peligro.

—Pero si tú mismo has dicho durante la cena que conservan de Lubb…

—Eran otros tiempos, Abd Allah —le cortó—. Los mozárabes tienen una gran fuerza allí, siempre la han tenido, y los de Tulaytula se caracterizan por su tendencia a las revueltas continuas contra el poder de Qurtuba.

—¡Si fueron ellos quienes llamaron a Lubb para ocupar el puesto de *uālī*!

—Es cierto, pero de alguna forma representamos la legitimidad del emir, que, no lo olvides, había avalado nuestro cargo. Una facción cada vez mayor de mozárabes abogaba por aprovechar la creciente debilidad del emirato para sacudirse el yugo omeya de una vez por todas. Yo me encontraba entre quienes creían que las cosas habían funcionado razonablemente bien en los dos últimos lustros, y que no era conveniente buscar el enfrentamiento con un emir que, aun acosado por los problemas internos, no iba a permitir que una *madina* de la importancia de Tulaytula escapara a su control.

—Y menos en la situación por la que atraviesa Qurtuba, en que los impuestos de los *dimmīs* toledanos pueden resultar vitales para las finanzas del emirato —corroboró Abd Allah—. Pero por lo que veo tu postura quedó en minoría…

—Eso no fue lo peor, sino que se desató la violencia a la hora de dirimir la controversia.

—Y la mayoría mozárabe impuso su criterio por la fuerza…

—Intenté detener aquello, pero la única forma que tenía a mi alcance era el uso de una violencia aún mayor. Volvió a correr la sangre, aunque todo fue en vano. Los mozárabes nombraron un nuevo caudillo entre los muladíes afines a su causa, y yo me vi obligado a elegir. Se trataba de arrojar a la guarnición contra los mismos toledanos que durante años nos habían apoyado o salir de la ciudad para dejar paso al nuevo *uālī*.

Abd Allah se quedó pensativo.

—En algún momento se me había pasado por la cabeza pedirte ayuda, como gobernador de una próspera *madina*, para formar un ejército que nos diera tranquilidad frente al avance de los infieles.

—Suma pues este nuevo inconveniente a la lista que me estabas esbozando.

Abd Allah se llevó la mano a la frente, entornó los ojos y exhaló con fuerza. Al fin terminó levantándose del diván y, con las manos a la espalda, comenzó un sinfín de idas y venidas de un extremo al otro de la sala.

—Las tropas de Lubb resultaron aniquiladas en Banbaluna, y las que yo comandaba también se vieron diezmadas en nuestro enfrentamiento con el conde Ramón de Pallars. Una dramática pérdida de hombres, que Sancho ha sabido aprovechar para plantar sus tiendas a treinta millas de aquí. Y lo peor es que no tenemos capacidad de respuesta militar, demasiado haremos si conseguimos defender lo que hasta ahora conservamos en nuestro poder. Deio, Qalahurra y las fortalezas situadas entre ambas cayeron sin que pudiéramos acudir en su socorro.

—¿Qué sucedió con el hijo del conde de Pallars? Lo reteníais en vuestro poder…

—Isarno. Ordené su ejecución tras conocer la muerte de mi hermano —repuso Abd Allah con la culpa reflejada en la voz—. Su padre había sido el causante del desastre y…

—No te excuses, hiciste lo correcto. Fue el conde quien despreció la vida de su hijo al atacaros.

—Quizá si no me hubiera dejado llevar por la ira, Isarno habría sido una buena pieza para la negociación —se lamentó Abd Allah—. Pero eso es agua pasada, ya no me preocupa. Lo peor es que en lo económico las cosas no van mejor. No tenemos hombres jóvenes para trabajar la tierra, posiblemente nuestros graneros estén vacíos antes de la próxima cosecha, que en cualquier caso será más que mediocre. No contamos con excedentes para el comercio, y empiezan a escasear artículos de primera necesidad, y es que parte de nuestras rutas de abastecimiento han dejado de estar disponibles. Y las zonas más distantes, como Larida o la Barbitaniya, cuyos impuestos podrían aliviar, si no solventar, la situación, han caído en manos de ese vil y despreciable Al Tawil.

—¿Has descartado solicitar el apoyo de Qurtuba?

—Por las noticias que nos llegan, el emir no está en posición de enviar una *a’saifa*

a la Marca, aunque no he dejado de plantearle tal posibilidad. Lo que he solicitado en mis últimas comunicaciones es una orden dirigida a Al Anqar para que deponga su actitud en Saraqusta. Eso liberaría un importante contingente de nuestros hombres, hasta ahora empeñados en el sitio de la ciudad, y abriría la ruta comercial del Ūadi Ibrū.

—¿Has pensado en terminar con el asedio? Quizás haya llegado el momento de centrar nuestros esfuerzos en proteger únicamente el feudo de nuestros antepasados.

Lo dijo con tono neutro, exento de emoción, como si no estuviera planteando una cuestión que podía alterar la política seguida por los Banū Qasī desde los tiempos del gran Mūsa.

—Sería tanto como reconocer el triunfo de los tuchibíes después de un pulso que inició ya nuestro padre, y que pagó con su propia vida… Además, el contingente se ha reducido al mínimo, hasta el punto de que tienen que doblar los turnos de guardia. Agotados, son relevados cada mes, para permitir que atiendan las necesidades de sus familias.

—¿Y es suficiente? ¿Están bien protegidas las fortalezas más próximas a tierras de infieles?

—No, Mutarrif, no lo están. Quizás el invierno se haya convertido en nuestro mejor aliado, los caminos siguen impracticables, pero pronto llegará la primavera y entonces…

Abd Allah, sobresaltado, dejó de hablar al oír cuatro golpes secos en la puerta principal de la vivienda, al otro lado del zaguán. A continuación oyeron pasos apresurados, el «¿Quién va?» de uno de los sirvientes e inmediatamente el conocido chirrido de los cerrojos. A las voces se unió el golpeteo de los cascos de un caballo que sin duda era conducido a las caballerizas, los pasos se acercaron y la puerta se abrió para dejar paso al fiel sirviente, que anunció la llegada de un mensajero desde la *madinat* Siya. Abd Allah se limitó a hacer un gesto de asentimiento, y en el dintel de la puerta se presentó un jinete envuelto en una gruesa capa de piel curtida que le tapaba hasta la cabeza. El rostro, sin embargo, quedaba al descubierto, y en él se apreciaban los rasgos marcados por el frío de un joven que apenas superaría los dieciséis años.

—Ven, muchacho, acércate al fuego —le indicó Abd Allah, tratando de ocultar su impaciencia.

—Traigo un mensaje urgente —balbució, tembloroso—. Siya ha sido atacada este mismo amanecer.

—¿Siya atacada? —exclamó Abd Allah, lívido—. ¿Quién…?

—Son los tuchibíes, *sahib*. Al parecer un numeroso contingente procedente de Qala’t Ayub atacó el sitio de Saraqusta. El cerco se quebró, sus miembros fueron masacrados, y Al Anqar pudo abrir las puertas de la ciudad a los suyos.

—¡Yusuf! —gritó Abd Allah.

Mutarrif, aparentemente menos alterado, se llevó el índice a los labios señalando el piso superior, donde descansaba Sahra.

—¿Y Siya? —preguntó.

—No se conformaron con liberar a Al Anqar y acabar con el asedio. Avanzaron hacia el noroeste y tomaron la *madina* de Tahust. Muchos de sus habitantes se refugiaron dentro de la mezquita, y allí lucharon hasta quedar rodeados en torno a su hermoso alminar. Según el testimonio de los que consiguieron escapar, el enemigo prendió fuego a su base, y tuvieron que elegir la forma de morir, asfixiados por el humo la mayoría, lanzándose al vacío los menos.

—¿Y Siya también? —insistió Abd Allah esta vez.

—Tras arrasar Tahust, esta misma mañana han caído sobre Siya. Por desgracia, nuestro *‘amil* ha sido abatido en los primeros momentos.

Un gemido de dolor se escapó entre los labios de Abd Allah.

—Eso ha determinado el resultado de la lucha —prosiguió el muchacho—. *Sahib*, yo he salido con el sol en su cénit, y la lucha todavía continuaba en algunos puntos, pero a estas horas la ciudad estará sin duda en manos de los tuchibíes.

Año 910, 297 de la Hégira

11

Sabta

Se encontraba acodado sobre el mostrador que el tabernero había improvisado con un tablón en el exterior del establecimiento con la intención de ganar clientela, pero también para aprovechar la agradable brisa marina que menguaba el rigor de los últimos días del verano en Sabta. A su alrededor, y a pesar de lo temprano de la hora, un enjambre de marinos, estibadores, soldados y mercaderes de las más variadas procedencias convertía los alrededores de la *dar al sina'a* en un confuso ir y venir de hombres, carros y bestias de carga. Aquello le agradaba, sin embargo, porque algunos de los mástiles que se recortaban contra aquel cielo azul intenso pertenecían a los navíos de la pequeña flota que lo había acompañado a su regreso, señal inequívoca del éxito de la misión que le había llevado a abandonar su refugio de Burbaster para emprender un viaje arriesgado y de resultado incierto. Todavía no había conseguido librarse de la incómoda sensación de vaivén que experimentaba desde su desembarco en aquel puerto, el más próximo a las costas de Al Ándalus, tras las interminables semanas de navegación desde Qayrawan, en las lejanas tierras de Ifriqiya. Pero, a pesar de todo, aquella mañana Umar ibn Hafsún estaba contento, casi exultante, y exhibía su sonrisa mellada ante cualquier comentario de su lugarteniente y del resto de los hombres que lo seguían.

A su llegada, las noticias de la Península habían apaciguado su ánimo, pues en su ausencia no se había producido ninguno de los desastres que había temido durante aquellas largas noches de insomnio en el barco. Ni Burbaster ni ninguna de las innumerables fortalezas que había tomado durante su revuelta había sufrido en aquellos meses el ataque del ejército de Qurtuba, algo que resultaba incluso extraño, pues podían contarse con los dedos de una mano los veranos de los últimos treinta años en los que no se hubiera oído el entrechocar de las armas en las sierras situadas entre la capital y la costa. Quizá la sequía, que duraba ya dos estaciones, hubiera tenido algo que ver, dado que la falta de víveres para abastecer a las tropas parecía lo único capaz de detener los desesperados intentos del emir Abd Allah por recuperar el control de las tierras de Al Ándalus que su revuelta había conseguido arrebatar al gobierno omeya.

Tan solo un asomo de inquietud proyectaba alguna sombra en su estado de ánimo. Más de dos meses atrás, en aquel mismo lugar, se había despedido de Ayyub, su

primogénito, que partía en sentido opuesto al frente de otra embajada, y acompañado de una nutrida caravana, con la misión de adentrarse en las tierras del Maghrib, en dirección a Fās, la capital del emirato de los idrisíes. Habían concertado la cita a su regreso para los primeros días de Muharram, y él, a pesar del largo viaje, había conseguido cumplir con las fechas de forma escrupulosa. Pensaba que Ayyub le aguardaría a su llegada, pero lo cierto era que en Sabta aún no había noticias de la caravana y, pese a que solo habían transcurrido cuatro días de aquel mes, por su mente empezaban a desfilar los posibles inconvenientes que su hijo podría haber sufrido.

Apuró de un sorbo el vaso que sostenía en la mano y dejó a sus hombres, que por tercer día amenizaban la espera en aquel inesperado asueto entre el *hammam*, el *fundūq* donde se alojaban y la compañía de las *jarayairas* que ofrecían sus servicios a los marinos en las incontables cantinas del puerto. Caminó entre el bullicio, sorteando a los numerosos estibadores que se afanaban en cargar y descargar las naves con las más variadas mercancías. Se detuvo a contemplar a un grupo de hombres jóvenes de piel muy oscura que, cargados de cadenas, observaban con temor el enorme *gurāb*, tan negro como ellos debido a la pez que lo cubría, que sin duda había de trasladarlos en su panza a la costa de la Península y de ahí al mercado de esclavos de Qurtuba.

Observó con detenimiento los navíos fondeados, que eran tantos que daban la sensación de bloquear el puerto. Ahora, después de su primer gran viaje por mar, sabía que se trataba en su mayoría de barcos dedicados al comercio, de mayor manga que los barcos de guerra, lo que les proporcionaba más estabilidad. Casi todos enarbolaban las velas triangulares características de las embarcaciones musulmanas, que les permitían ceñir el viento y aprovechar su fuerza aunque este soplara de costado, o incluso de proa. Escaseaban los navíos de guerra, que siempre iban provistos de remos, con los que obtenían la maniobrabilidad necesaria para la lucha en el mar, como los *girbān*, tan semejantes por su color a los cuervos de los cuales provenía el nombre, los *harrāqāt*, naves incendiarias provistas de *nāfta*, o los *sāwani* que había visto semanas atrás en los puertos de Ifriqiya. Ciertamente, aquellas embarcaciones habían acabado de convencerle del poderío militar que empezaba a hacer temible a Al Mahdi, el nuevo califa fatimí. Umar se congratulaba por el buen entendimiento que había alcanzado con el que podía convertirse en su mejor aliado en la lucha contra los emires omeyas de Al Ándalus.

Todo había comenzado el pasado invierno, en una de aquellas largas noches en que, sentados alrededor del fuego en la *alqasába* de Burbaster, solían conversar sobre la marcha de la revuelta. Aquel día se hallaban presentes tres de sus hijos y los lugartenientes de mayor confianza, y todos parecían de acuerdo en que la lucha contra el emirato no avanzaba lo suficiente. Umar reconocía que, después del desastre de Bulāy, que había marcado el inicio de un período de incertidumbre que todos ellos

dedicaron a lamerse las heridas y a tomar decisiones sobre el futuro, habían conseguido nuevas adhesiones a su causa y la sublevación había tomado nuevos bríos. Sin embargo, el precio que debían pagar por ello comenzaba a resultar excesivo, tanto en vidas de los mejores de los suyos como en lo referente al sufrimiento de las gentes que habían abandonado la sumisión al emir para sumarse al movimiento encabezado por él mismo. Se vivían momentos de exaltación cuando una nueva *madina* se unía a su causa, y los impuestos que Qurtuba dejaba de recaudar en ella revertían a sus propias arcas. Se celebraba el éxito de cualquier *algara* que acabara en el saqueo de algún *hisn* dominado por los omeyas, aldeas o simples alquerías, con más alborozo cuanto más cerca estuviera de la capital del emirato. Pero la respuesta llegaba inevitablemente en forma de expedición del ejército *qurtubí*, que durante meses recorría los caminos de las coras de Rayya y Takurunna asolando cuanto encontraran a su paso, sometiendo al asedio sus fortalezas, talando árboles, envenenando pozos y capturando los rehenes que les fuera posible.

Cuando, siendo solo un muchacho, Umar hizo de Burbaster su inexpugnable refugio para propulsar desde allí sus algaradas, no podía imaginar que el empuje de los suyos llevaría al poderoso emirato de Qurtuba al borde de la desintegración, que el apoyo a su causa se extendería desde Niebla hasta Ilbīra, desde la costa de Rayya hasta la campiña de Qurtuba, hasta el punto de que las fortalezas que les eran fieles abarcaban un territorio quizá superior al que el emirato mantenía bajo la presión de sus ávidas garras. Habían conseguido propagar la *fitna* a todos los rincones de Al Ándalus, habían impedido que los tributos llenaran las arcas del emir Abd Allah, con lo que sus ejércitos habían visto reducido su número de efectivos y las pagas de los soldados, y se habían producido deserciones que pasaban a engrosar las fuerzas de los rebeldes. En ocasiones incluso se había impedido que el Estado hiciera frente a las hambrunas, con lo que el descontento había calado en la población, debilitando así la posición política del emir Abd Allah.

Umar siempre había confiado en que el golpe palaciego de algún general descontento o algún pariente omeya con pretensiones acabara por instalar la discordia dentro de los muros del alcázar. Sabía que no hay enemigo más eficaz que el que actúa desde dentro. Pero en eso Abd Allah sí que había actuado con mano de hierro. Había apartado de su entorno a sus propios hijos, y se decía que solo mantenía a su lado a uno de sus nietos, el hijo de su primogénito, Muhammad, asesinado en el alcázar en circunstancias extrañas. También había muerto otro de sus hijos, Mutarrif, y si los rumores eran ciertos, no acababa ahí la lista de familiares de Abd Allah que no habían alcanzado la madurez.

Pero los años pasaban de forma inexorable, treinta se cumplirían ya desde que contemplara por primera vez las cumbres de Burbaster, y el anhelo de acabar con el poder omeya en Al Ándalus estaba muy lejos de cumplirse. Reunidos en aquella

caldeada sala de la *alqasába*, alguien había planteado que quizá jamás lo consiguieran únicamente con sus fuerzas. Y aquel día empezó a tomar forma la idea de establecer contactos y solicitar ayuda fuera de Al Ándalus, entre los múltiples enemigos de los omeyas.

En el Maghrib y en Ifriqiya eran dos los estados que se disputaban la supremacía: idrisíes y fatimíes. En el occidente, el emirato idrisí había sido fundado por Idris I, descendiente directo del profeta Muhammad, y fue su hijo quien estableció la capital en Fās. De ello hacía ya cien años, y durante ese tiempo habían sometido a gran parte del Maghrib. Pero solo un año atrás, una nueva figura había surgido con fuerza en la zona oriental, en Ifriqiya, en torno a la antigua *madinat* Qayrawan. Se trataba de Ubayd Allah al Mahdi, descendiente también del Profeta, pero a través de su hija Fátima Zahra. Hasta Burbaster habían llegado noticias del ímpetu militar de los fatimíes, y ello les había llevado a tomar la decisión de enviar embajadas tanto a Fās como a Qayrawan. Él mismo había decidido partir hacia Ifriqiya al final de la primavera, en la época en que la navegación era más segura, mientras que su primogénito Ayyub viajaría con la primera caravana de mercaderes que se internara en el país de los idrisíes, camino de su capital.

Umar fijó la mirada en el mar abierto que separaba las tierras de Sabta de las costas de Al Ándalus. Decían que en los días despejados alcanzaba a verse el Yabal Tāriq, el peñasco que anunciaba a los viajeros la llegada a las costas de la Península, pero en los días que llevaba allí la bruma constante le había impedido aquella visión que ya empezaba a añorar, después de los largos meses que había invertido en su viaje. Sumido en sus pensamientos, había llegado al final del malecón que cerraba el puerto y, a pesar de la brisa que soplaba de levante, comenzó a sentir la fuerza del sol. Volvió sobre sus pasos y trató de decidir en qué emplearía el resto del día. Una vez más, al pensar en la cita con Ayyub, sintió aquella conocida punzada de inquietud, pero de nuevo apartó aquel pensamiento sin fundamento. El sudor empezaba a hacer mella bajo sus ropas ligeras, y decidió visitar el *hammam* más cercano al puerto, en el que ya se había librado del salitre marino el día de su llegada. Quizá visitara por la tarde alguna de aquellas cantinas en compañía de sus hombres, que se hacían lenguas acerca de la belleza de algunas de las esclavas que ofrecían sus servicios. Unos hablaban de esbeltas muchachas negras procedentes de Dar al Sudán y del país de los nubios. Otros preferían la hermosura de las esclavas de origen eslavo, cuya piel blanca y cabellos extremadamente rubios excitaban los instintos con su exotismo. Al fin y al cabo, el obispo Maqsim se encontraba a semanas de viaje, por lo que se libraría de sus eternos sermones, que parecían centrarse exclusivamente en el mandato divino de no cometer adulterio. Umar nunca se había sometido de buen grado a las imposiciones del poder político, nunca se había considerado un buen musulmán en cuanto al cumplimiento de los preceptos del Qurān y, diez años después

de su bautismo, mucho se temía que tampoco llegaría jamás a ser un buen cristiano.

Ayyub llegó seis días más tarde, cuando Umar comenzaba a barajar la posibilidad de enviar una nueva expedición en dirección a Fās en su busca. La caravana era tan numerosa como en la partida, los poderosos camellos cargaban sobre sus costados los enormes fardos que los mercaderes traían de vuelta, pero cuando identificó a su hijo entre ellos, descubrió un rostro cariacontecido y no poco demacrado. Cubría su cabeza a la manera de los bereberes, con un ligero turbante que le envolvía gran parte del rostro, evitando así el castigo del sol inclemente, el polvo y la arena. Desmontó con gesto de fatiga y entumecido.

—¡Malditas bestias! —espetó a modo de saludo, con un esbozo de sonrisa—. ¡No me acostumbraré nunca!

Los dos hombres se abrazaron e intercambiaron las primeras palabras entre la confusión del gentío. Para los idrisíes de Sabta, la llegada de una caravana desde la capital, cargada de mercancías y de noticias, siempre era motivo de curiosidad y alborozo, y pocos eran los que no habían acudido a la gran explanada que se abría entre el puerto y la zona más noble de la *madina*. Mientras los camelleros hacían tumbar a las bestias, Umar tomó a su hijo del brazo e, impaciente por conocer los detalles de su viaje, lo invitó a dirigirse hacia el *fundūq*, en cuyas proximidades se abrían las puertas del *hammam*. Esperó a que Ayyub diera las instrucciones precisas a sus hombres, que de inmediato se ocuparon de la carga, y juntos se dirigieron en busca del baño que sin duda su hijo anhelaba.

—La situación ha cambiado de forma drástica en el Maghrib —empezó a explicar Ayyub de forma casual, mientras se despojaba de sus ropas—. Los idrisíes no dominan ya la totalidad del territorio, tras el ataque de la tribu *berber* de los Miqnasa.

—¿Los Miqnasa? ¡Son aliados de los fatimíes!

—Así es, en solitario sus tropas jamás hubieran logrado doblegar al emir Yahya ibn Idris, pero lo han hecho.

—¿Tuviste ocasión de entrevistarte con él?

—Pensé que no sería posible. Cuando llegamos a Fās, se encontraba ausente, dirigiendo en compañía de su hijo una campaña contra los Miqnasa en el Rif. Tardó semanas en regresar, y cuando lo hizo, después de una nueva derrota y de ceder a los bereberes nuevas fortalezas, ignoró nuestras peticiones de audiencia.

—¿Por qué iba a negarse a recibirte?

—Aún hoy ignoro los motivos… ¿Despecho tras la derrota? ¿Desconfianza quizá? Lo cierto es que ya comenzábamos a desesperarnos cuando fuimos llamados a su presencia.

—Metido en sus propias guerras, imagino su respuesta ante nuestra petición de colaboración frente a los omeyas…

—No solo declinó cualquier invitación al entendimiento, sino que planteó

abiertamente la posibilidad de recurrir a los propios omeyas para afrontar la amenaza de los Miqnasa, apoyados por los fatimíes. Su temor a ser expulsados de Fās, e incluso a ser derribados del poder, no es infundado.

Umar sintió un escalofrío que no supo si achacar a las noticias que su hijo traía o a la temperatura de la poza de agua helada en la que acababa de introducir las piernas.

—Supongo que no le diste cuenta de mi viaje a Qayrawan —declaró Umar.

Ayyub soltó una carcajada.

—¿Te has vuelto loco? Sin permitirle conocer tu interés por la amistad con los fatimíes siquiera, temimos por nuestra libertad…

Umar cabeceó, afirmando.

—El hijo de Umar ibn Hafsún es un sabroso bocado, el perfecto rehén con el que acudir al emir Abd Allah en busca de un tratado de colaboración —dijo, expresando en voz alta lo que ambos pensaban.

—Afortunadamente, no pareció valorar tal posibilidad, o al menos no la llevó a la práctica. La prueba es que estamos aquí…

—¡Allah sea loado, en ese caso! Al ver que os retrasabais pensé en cien razones, pero nunca imaginé que te había enviado a la boca del león.

Umar se puso en pie y se frotó enérgicamente los brazos para librarse del frío.

—Pasemos a la sala templada —propuso—. Allí te contaré el resultado de mis gestiones en Ifriqiya.

—Espero que te haya ido mejor…

De nuevo Umar dejó asomar su diente mellado al sonreír.

—Podemos olvidarnos de la ayuda de Ibn Idris. No nos será necesaria y, aunque lo fuera, no tardará en caer bajo el empuje de los fatimíes.

—¿Tan convencido estás de eso? ¿Qué has visto en Qayrawan para mostrarte tan seguro?

—He conocido a uno de esos escasos elegidos que reúnen todo lo necesario para forjar un imperio si se lo proponen —contestó, mientras se tumbaba en la cálida losa de mármol y apoyaba la cabeza en sus brazos.

—Al Mahdi…

Umar asintió.

—Ubayd Allah al Mahdi. Sabes que es descendiente del Profeta, a través de su hija Fátima Zahra, esposa a su vez de Alí, el cuarto califa ortodoxo. De ahí procede el apelativo de sus seguidores, los fatimíes.

—Estoy al tanto…

—Sin embargo, hay algo que desconoces y que te va a sorprender.

Umar dejó caer de nuevo la cabeza sobre los brazos y guardó silencio.

—¡Vamos, me tienes en ascuas! —bromeó Ayyub, mientras se incorporaba sobre un codo para encarar a su padre.

—Dime, ¿qué cualidades debe reunir un hombre que pretenda disputar el poder y la legitimidad nada menos que a los abbasíes, al mismo califa de Bagdad?

Ayyub abrió los ojos y enderezó los hombros, sorprendido por aquella pregunta, lo que provocó la sonrisa de Umar.

—Solo trata de responder…

Ayyub pareció comprender que su padre estaba midiendo la capacidad de quien estaba destinado a ocupar un día su puesto y se concedió un momento para meditar la respuesta.

—Supongo que autoridad y prestigio para reunir en torno a él un ejército capaz de hacer frente al poder de los abbasíes.

Umar asintió con la cabeza.

—Eso lo tiene, sin duda, puedo dar fe. Y no solo para enfrentarse a los abbasíes, sino para expulsar de Ifriqiya a los aglabíes, como ha hecho, y para poner de su lado a los bereberes Miqnasa, que, como tú has explicado, amenazan también a los idrisíes en su nombre. Sin embargo, no es suficiente… el califa de Bagdad, Al Muktafi, seguiría en una posición de autoridad superior.

—Legitimidad dinástica; ser descendiente de Muhammad a través de su hija le concede…

—Esa legitimidad no le diferencia de sus oponentes —cortó Umar—. Por supuesto, el califa es descendiente del Profeta, pero también lo es Ibn Idris, incluso lo son los emires de Qurtuba, que reclaman la herencia de los califas omeyas.

—En ese caso, ¿a qué más puede aspirar? —Ayyub pareció darse por vencido.

—A ostentar la misma autoridad religiosa que el califa de Bagdad… —dejó caer Umar.

—¡Pero eso no es posible! ¡Solo puede existir un califa legítimo, descendiente en línea directa del Profeta, a través de los califas ortodoxos que le han precedido! ¿Quieres decir que…?

—Que Al Mahdi se acaba de proclamar *amir al-muminin*, Príncipe de los Creyentes, y ha instaurado en Qayrawan un nuevo califato fatimí.

Esta vez Ayyub se incorporó del todo y se sentó sobre el paño que le había cubierto la cintura.

—¡No tiene sentido! Jamás se aceptará la autoridad religiosa de un impostor que se autoproclama califa…

—Al Mahdi y sus seguidores consideran que los usurpadores son los califas abbasíes. Quizá si te explico cómo se ha llegado a esta situación lo entiendas mejor…

Umar se levantó e hizo un gesto a dos de los mozos del *hammam*, que esperaban en pie su señal. Se dejó caer en el borde de la plataforma e indicó a su hijo que hiciera lo mismo. Mientras los dos jóvenes esclavos iniciaban el ritual provistos de las rudas manoplas de crin, Umar comenzó a hablar, interrumpido por periódicos

gemidos cada vez que uno de sus miembros se flexionaba en una postura inverosímil.

—Como te digo, Ubayd Allah es un hombre excepcional. Lo comprendí la primera ocasión que tuve de estar en su presencia. El origen de su dinastía se remonta a la facción ismailí de la doctrina *shií*, cuyos miembros creen en la aparición de un *mahdi*, un enviado de Allah descendiente del Profeta que debe llevar a cabo la renovación de la fe de los creyentes y restablecer la justicia entre los hombres. Ubayd Allah era el jefe de esta secta en Siria, y su mayor mérito fue sacarla del ostracismo en que se encontraba, sometida por la doctrina *sunní* ortodoxa de los califas abbasíes. Para ello creó a su alrededor un potente cuerpo de misioneros conocidos con el nombre de *dā'is*, encargados de propagar las doctrinas shiíes. Precisamente uno de ellos, enviado a las tierras de Ifriqiya y Tahert, ganó para su causa a la tribu bereber de los Kutama.

—¿Son los mismos predicadores que hicieron su aparición en Al Ándalus?

—Supongo que sí, de ahí su éxito entre los bereberes Kutama de la Península. En Ifriqiya, su apoyo fue fundamental para contrarrestar el dominio de los aglabíes, hasta hacerse con el dominio de toda la provincia, cuya capital Qayrawan cayó sin esfuerzo.

»Una vez asentado su dominio, el *dā'i* reclamó la presencia de su señor, quien, después de un viaje repleto de inconvenientes en que fue hecho prisionero por una tribu bereber y liberado posteriormente tras el pago de un oneroso rescate, llegó a Qayrawan el pasado año, para entrar solemnemente en la capital.

—¿Y cómo conoces esos detalles? —se extrañó Ayyub.

Umar sonrió.

—Durante mi viaje, Al Mahdi me ha honrado con su amistad. Sin duda se trata de un hombre extraordinario, y ha demostrado un conocimiento exhaustivo de todo lo acontecido en Al Ándalus en los últimos años. Los *dā'is* no son simples misioneros: su cometido es complejo, y la labor de información no es la menos destacada. Con sus prédicas, dejan caer la semilla de la discordia en las tierras de sus oponentes y, aunque tarden en arraigar, la cosecha se recoge tarde o temprano. Tengo incluso la convicción de que alguno de sus agentes se ha infiltrado entre los nuestros, de ninguna otra manera se explica el conocimiento que demuestra sobre nuestras alianzas y nuestros propósitos.

—¿No tuviste ocasión de preguntárselo en persona? —preguntó de forma inocente.

—Lo hice, créeme —dijo sonriendo—. Compartimos jornadas de viaje y tuvimos tiempo de sobra para establecer una alianza que nos será provechosa, sin duda. Pero a esa cuestión no obtuve respuesta, aparte de una reveladora sonrisa.

—¿De qué viaje me hablas?

—Ah, el nuevo califa no tiene la intención de mantener en Qayrawan su capital.

Es un nudo fundamental en las rutas comerciales de las caravanas, sobre todo en las rutas del oro procedentes del sur, pero carece de algo a lo que Al Mahdi concede una importancia fundamental: un puerto en el que establecer su potente flota, en la que parece basar sus planes futuros de dominio. Ha elegido un lugar en la costa que se encuentra a tres jornadas de viaje, dotado de un magnífico puerto natural, y en torno a él piensa edificar la nueva capital, para la que ya tiene nombre. ¿Lo adivinas?

Ayyub apretó los labios y negó con la cabeza.

—Al Mahdiyya… Tuve ocasión de visitarla junto a él en nuestro viaje de regreso. Allí embarcamos con la pequeña flota que nos ha proporcionado.

—¿Una flota?

Esta vez Umar rio con una carcajada franca.

—Está fondeada en el puerto. Nueve barcos atestados de mercancías…

Ayyub permaneció mudo mientras su padre contemplaba su expresión de asombro.

—Pero ¿quién corre con los gastos de…?

—¿A qué crees que me refería cuando calificaba a Al Mahdi como un hombre excepcional? Lo es por su visión política y estratégica, lo es por su intrepidez y por la decisión inquebrantable con que afronta las empresas más arriesgadas. Para sus seguidores resulta evidente que solo un enviado de Allah ha podido alcanzar sus logros, solo alguien que cuenta con el favor del Todopoderoso ha podido aparecer ante los creyentes como el nuevo califa. Pero no, no es más que un hombre con una ambición sin igual, que no se detiene ante los obstáculos ni repara en esfuerzos cuando ha decidido cuál es su meta.

—¿Y cuál es su meta?

—Dominar por sí mismo o a través de sus aliados todo el occidente del islam.

—¿Incluso Al Ándalus?

—Los omeyas se encuentran entre sus enemigos más acérrimos, tanto por la amenaza que empieza a suponer para ellos como por las diferencias religiosas que separan a shiíes y sunníes.

—Eso nos convierte en aliados…

—Tú lo has dicho. Y armar a los enemigos de los omeyas es la forma que hoy tiene a su alcance de luchar contra ellos, hasta que llegue el día en que el enfrentamiento sea directo.

—¿Qué contienen esos barcos?

Umar, con el cuerpo ya dolorido, despidió a los dos mozos del *hammam*.

—Suministros para la guerra —susurró—. Armas, escudos, cotas de malla… pero lo más valioso viaja bajo la tablazón de las sentinas.

—¿Te refieres a… oro?

—¡Miles de dinares aglabíes, Ayyub! —Rio, aun con tono contenido, sujetando el

rostro de su hijo con ambas manos—. Nos serán de gran ayuda en los próximos años. Y hay algo más, en lo que quizá no has reparado…

El joven miró de nuevo a Umar con gesto de desconcierto.

—¡Los propios barcos, Ayyub! Los utilizaremos para el abastecimiento constante desde estas costas. Solo habrá que encontrar un fondeadero adecuado, lejos del alcance del ejército de Abd Allah.

Los dos hombres se levantaron en ese momento para dirigirse al fondo del *hammam*. Ayyub caminaba pensativo, pero no habló hasta que abrieron la puerta del local más cálido, situado sin duda encima mismo del horno que elevaba la temperatura del agua.

—Disponemos de esa clase de lugares, al abrigo de alguna de nuestras fortalezas —recordó, repentinamente exultante, mientras tomaba asiento en la tórrida bancada de mármol blanco—. Entre la bahía de Al Jazirat al-hadra y Mālaqa hay cien millas de costas abruptas, con calas bien resguardadas.

—Tú te encargarás de encontrar el lugar más adecuado, una vez que hayamos trasladado la mercancía hasta Burbaster. Pero ahora nos resta la parte más difícil de nuestro viaje.

—Cruzar el estrecho hasta Al Jazirat al-hadra.

—A partir de ahora, y hasta que desembarquemos en nuestras costas, nos haremos pasar por simples mercaderes. Parte de los marinos proporcionados por Al Mahdi son también experimentados soldados, pero espero no toparme con las patrullas de ningún gobernador omeya.

A Ayyub no pareció preocuparle en exceso tal posibilidad.

—¿Y cuál es la contrapartida a tanta generosidad? —preguntó.

—Continuar con nuestro hostigamiento al emirato, debilitarlo cuanto nos sea posible, hasta provocar su caída.

—De hecho en este momento solo domina el entorno más inmediato a Qurtuba y las pocas coras que le siguen siendo fieles —corroboró Ayyub—. El resto son ciudades rebeladas, que ya no contribuyen al tesoro del Estado con sus tributos, y eso será precisamente lo que acabe ahogando al gobierno de los omeyas, que Allah confunda.

—Comprendes bien la situación, pero disponen aún de un ejército poderoso. Ya cometí en el pasado el error de menospreciar la fuerza de una bestia herida y acorralada. Al Mahdi desea también que fomentemos la labor de sus predicadores. La propaganda fatimí en contra de la legitimidad de los omeyas puede debilitar todavía más sus apoyos.

—Los *dā'is*…

—Así es. Pero nosotros mismos contribuiremos a que el nombre de Al Mahdi empiece a sonar en Al Ándalus, y a reconocerse como el legítimo califa. Eso minará

aún más la autoridad del emir Abd Allah. Daré la orden de que sea el nombre del califa Al Mahdi, comendador de los creyentes, el que se pronuncie en el sermón del viernes en las mezquitas de todo el territorio bajo nuestro dominio.

Año 911, 298 de la Hégira

12

Qurtuba

—¡Ah! ¡Eres tú, Badr!

Abd Allah, un tanto azorado, trató de ocultar el sobresalto que le había producido la llegada de su *wazīr*.

—Excúsame, *sahib*, debí haber anunciado mi llegada.

—¡Tonterías! —exclamó el emir—. Es cosa mía, en los últimos tiempos cualquier pequeño ruido me inquieta. Vivo en continua zozobra.

—*Sahib*, cualquier otro hombre en tu lugar habría sucumbido bajo la responsabilidad que recae sobre tus hombros. Tú te mantienes firme…

—¡No me llames continuamente *sahib*, maldita sea! Eres mi *wazīr* desde hace diez años, el único que disfruta de libre acceso a todas mis estancias, mi vida no tiene secretos para ti. ¡Ninguno de mis hijos disfruta de la cercanía que te permito a ti! Y, sin embargo, te empeñas en seguir dirigiéndote a mí como el último de mis escribanos…

Badr se limitó a asentir con un sobrio movimiento de cabeza y sonrió. Aquellos repentinos accesos de cólera por los motivos más nimios empezaban a producirse con frecuencia. Para la mayoría eran motivo de espanto, pues toda la corte conocía la crueldad con que el viejo emir se podía conducir llevado por la ira, pero no para él, que había llegado a entender bien los mecanismos que gobernaban su carácter. Tampoco hasta entonces habían sido habituales las visitas al lugar en el que se encontraban, Al Rawda, el viejo jardín entre los muros del alcázar que albergaba el mausoleo de los emires anteriores, desde el primer Abd al Rahman hasta su hermano Al Mundhir. Abd Allah se hallaba de pie junto a la sepultura de su padre, Muhammad, a la sombra del vigoroso sauce que crecía junto a ella, y de nuevo le daba la espalda.

—Sé en qué piensas —le espetó, al tiempo que volvía sus hombros hacia él.

—*Sahib*… —respondió Badr, dando pie a que siguiera hablando.

El emir no pareció reparar esta vez en el tratamiento.

—Cuando un hombre atormentado por las dudas acude junto a las tumbas de sus antepasados, lo hace quizás en busca de las respuestas que no encuentra en otro lugar.

Badr guardó silencio.

—Han pasado más de veinte años desde que el Todopoderoso me escogió para

llevar las riendas del emirato. En aquel momento pensé que se me bendecía con un privilegio reservado a muy pocos hombres, pero ahora sé que caía sobre mí una carga difícil de soportar, y no ha habido una sola noche desde entonces en que la falta de paz en mi espíritu no me haya obligado a esperar la salida del sol con los ojos abiertos en medio de la oscuridad.

Con el pie, en un movimiento seguramente inconsciente, apartó una pequeña rama del sauce que había caído sobre el túmulo, y continuó hablando.

—Recibí los signos de mi posición a los pies de Burbaster, donde el renegado Ibn Hafsún resistía a las tropas de Qurtuba, y a estas horas mi hijo Abu Umayya debe de seguir en el mismo lugar, al mando de miles de hombres que se muestran tan impotentes como entonces para dominar la rebeldía que se extiende a lo largo y ancho de Al Ándalus. El hambre vuelve a amenazar a los cordobeses, y su emir se muestra incapaz de socorrerlos porque las cajas están vacías. ¿Te das cuenta, Badr? Al Ándalus se encuentra sumida en un círculo funesto en que la falta de recursos nos impide reclutar un ejército suficiente que imponga nuestra autoridad y que llene nuestras arcas con el botín de sus expediciones. Sin manera de imponer la autoridad de Qurtuba, las coras, una tras otra, caen en manos de sediciosos que proclaman su soberanía, de forma que sus tributos dejan de ingresarse en nuestro tesoro. Y hemos de dedicar lo poco que nos queda a pagar la soldada de un ejército pobremente preparado y peor armado que, con suerte, no es capaz más que de recuperar hoy las ciudades que mañana volverán a la rebeldía.

—No debes ser tan duro a la hora de juzgar tu gobierno, Abd Allah. Hace veinte años la situación era aún más desesperada, el futuro del emirato se jugó a una sola carta en Bulāy, y fue el arrojo de su emir, tú mismo, el que consiguió derrotar a un Ibn Hafsún cuyos proyectiles incendiarios habían llegado a prender en los techos de nuestra mezquita aljama.

—¿En qué se diferencia aquella situación de la actual? ¿En que aquel emir se ha convertido en un hombre viejo y acabado?

—No digas eso, el paso de los años sustituye el vigor físico de la juventud por la sabiduría y la experiencia de la madurez.

—Sabiduría, experiencia… y desengaño también. Surgen nuevos problemas, y ya no estoy seguro de poder afrontarlos. El avance de los fatimíes en el Maghrib me quita el sueño. ¿Qué noticias tenemos?

—Al Mahdi mantiene su presión sobre Fās, y nuestros generales no creen que Ibn Idris pueda resistir mucho más en su capital.

—¡Pero eso es dramático! Si cae Fās, el camino hacia el norte quedará expedito. ¡Tendremos al ejército fatimí en Sabta, ante Yabal Tāriq! ¡Un nuevo frente abierto!

—El mar debería protegernos del peligro… si no fueran ciertas las noticias que hablan de la soberbia flota de guerra que Al Mahdi está armando en Ifriqiya.

—¡Y ese renegado, Ibn Hafsún, obligando a que se pronuncie su nombre durante el sermón de los viernes en sus mezquitas! ¡Facilitando la labor de los propagandistas fatimíes que inundan los caminos de Al Ándalus!

El emir se volvió hacia el *wazīr*, con las huellas del cansancio y del hastío en la mirada.

—No me siento capaz, mi fiel Badr —le confesó mirándole directamente a los ojos, a solo dos palmos de distancia—. Cada día surgen nuevos desafíos que se suman a la lista de asuntos sin resolver. Dime que la situación de Qurtuba no es crítica.

—Hemos atravesado otros momentos de dificultad, y bajo tu mando se han superado.

—Hay algo que me inquieta, Badr. Hace tiempo que debí haber nombrado a mi heredero, y si no lo he hecho es porque no puedo confiar en ninguno de mis hijos. Sabes bien que por ello he preferido concederles el dominio de sus propias vidas fuera del alcázar, y les he procurado tierras, residencia y un estipendio para que puedan vivir junto a sus familias sin ambicionar más de lo que poseen.

—Sabes que siempre he valorado esa forma de proceder como una decisión sabia. Ya nombraste un heredero en la persona de tu primogénito, y solo sirvió para despertar en sus hermanos la envidia y la codicia que lo condujeron a la muerte.

—Eso ocurrió hace veinte años, y tras aquellos sucesos he reinado sin atreverme a sustituir a Muhammad por ninguno de sus hermanos. Temo su ambición. Sin embargo, no puedo mantener esta situación por más tiempo.

Un ligero escalofrío recorrió la columna de Badr. ¿Acaso no eran aquellas las palabras que esperaba escuchar desde hacía tiempo? Tenía a su propio candidato, y solo esperaba el momento en que la cuestión se planteara para interceder por él. Pero conocía bien el carácter desconfiado de Abd Allah, y por ello debía actuar con infinita cautela. Sabía que se toparía con un muro de sospechas y recelos si cualquiera proponía o simplemente apoyaba de forma decidida a un candidato. Debía conseguir que el emir creyera que era él mismo quien había tomado la decisión.

—Durante estos años ha crecido junto a mí alguien que podría ser un buen candidato, si no fuera por su juventud —continuó el soberano, mientras tomaba asiento con gesto cansado en uno de los bancos de mármol del mausoleo.

—Te refieres a tu nieto Abd al Rahman…

Badr, en pie ahora al lado del emir y ligeramente retrasado respecto a él, reprimió un gesto de triunfo.

—No tiene más que veinte años. Sabes que su inteligencia es despierta, tú has sido el primer sorprendido por su tenacidad, por su agudeza a la hora de resolver cuestiones por vías en las que nadie ha pensado antes. De hecho sé que tú estás detrás de muchas de sus cualidades, que has contribuido a desarrollar durante los años en

que has sido su preceptor.

—Me siento abrumado por el halago, pero el joven Abd al Rahman habría demostrado su talento con cualquiera que hubiera estado al frente de su formación. Todos sus maestros han coincidido en destacar lo excepcional de su capacidad.

—Fue un acierto tu nombramiento como preceptor —insistió—. Y cada día que pasa estoy más convencido de que un hombre con las aptitudes que has sabido potenciar en él hubiera sido una buena garantía para asegurar el futuro de la dinastía.

Para Badr no pasó desapercibido el significado de aquella última frase, y experimentó una sacudida provocada por la decepción.

—Nuestra diferencia de edad no es grande, y eso ha facilitado el entendimiento entre nosotros —se limitó a apuntar.

—Has sabido inculcar en él la pasión por el saber. Siempre me ha sorprendido saber dónde encontrar a un muchacho que podría estar perdiendo su tiempo con diversiones infantiles.

—Lo que dices es cierto, los tesoros que contienen las bibliotecas del alcázar han sido siempre para él, para nosotros, el mejor de los pasatiempos. Pero era tu nieto quien me arrastraba a ellas, siempre ávido por mostrarme el último de sus hallazgos.

—Se ha convertido en un hombre más sabio que muchos, a pesar de su juventud. Pero es esa insultante juventud lo que me impide dar el paso. Entre los ulemas y los miembros de la *jassa* no sería bien recibido un heredero de veinte años.

Badr tomó aire, preparándose al parecer para desgranar los argumentos que llevaba mucho tiempo pergeñando.

—Comparto tus reservas, pero no debes olvidar que vuestro antepasado, el primer emir de Al Ándalus, también de nombre Abd al Rahman, instauró el emirato en Qurtuba a la edad de veinticuatro años.

—Necesito a un heredero con carisma, que sea acogido con entusiasmo, capaz de exaltar el ánimo de nuestros súbditos, sumidos ahora en el desánimo y la postración. ¡Alguien capaz de dar a la nave el golpe de timón que yo no puedo dar! ¿Lo entiendes, Badr? ¡La racha de viento que hinche las velas de este barco varado!

—*Sahib,* tus palabras demuestran una visión lúcida de los asuntos del Estado. Has sabido comprender que, para garantizar en el futuro la pervivencia del emirato, es necesario aglutinar en un solo hombre todas las expectativas, las esperanzas de nuestro pueblo. El viento del que hablas volverá a soplar sin duda, pero tu labor es conseguir que para entonces las velas estén desplegadas, el aparejo en tensión y dispuesta la tripulación. Elige al mejor candidato, pero prepara antes su camino.

Abd Allah se volvió hacia el *wazīr,* aparentemente sorprendido por su discurso.

—Creo que tienes mucho que decirme sobre este asunto… ¿me equivoco?

Badr sonrió de nuevo, bajando la mirada al suelo con impostada humildad.

—He estudiado los escritos de nuestros ulemas, he consultado las obras de los

hagiógrafos, los hechos de nuestra historia pasada, conozco las profecías que circulan sobre los sucesos que están por venir… Y por todo ello he comprendido que tienes en tu mano la posibilidad de darle a tu pueblo el sucesor que espera, de formar a un nuevo caudillo que aglutine todas las expectativas que tú mismo puedes crear en torno a él.

—¿Te refieres de nuevo a mi nieto?

—Tu nieto será el hombre, pero serán obra tuya las circunstancias que lo lleven, con la ayuda de Allah, a refundar el emirato, a recuperar el prestigio que Al Ándalus nunca debió dejarse arrebatar. Puede que los siglos venideros te recuerden como el hombre que no solo supo mantener en pie la obra de los omeyas, sino que puso las bases para que su sucesor la llevara a sus más altas cotas de esplendor. En las palabras que acabas de pronunciar, se esconde el secreto que te llevará a conseguirlo.

Abd Allah contempló a su *wazīr* con una mezcla de admiración, escepticismo y desconcierto. Badr dio unos pasos hacia el muro meridional y, con un simple gesto, consiguió que el emir se acercara a él.

—Has de crear en torno a tu heredero las más ambiciosas expectativas, de forma que, cuando llegue el momento de la sucesión, su advenimiento sea equiparable al de uno de esos mesías que anuncian los profetas. Utiliza las predicciones que ya circulan entre los ulemas, utiliza el simbolismo de los números, utiliza las promesas que proporciona el cambio de siglo que está a punto de producirse, despierta las esperanzas en un nuevo caudillo capaz de repetir las gestas de sus más destacados antepasados.

—¿Por eso me traes ante la tumba del primer Abd al Rahman?

Badr asintió, y señaló la estela de mármol en la que aparecía grabado el nombre del difunto.

—Fíjate en la *kunya* de Abd al Rahman I, el primer emir omeya…

—Abul Mutarrif Abd al Rahman ibn Mu’awiya —pronunció Abd Allah en voz alta, sin necesidad de leer las marcas de la sepultura.

—Exactamente igual que el segundo emir del mismo nombre…

—Abul Mutarrif Abd al Rahman ibn Al Hakam —recordó el emir.

—¿Cuál es el nombre y la *kunya* de tu nieto?

—Abul Mutarrif Abd al Rahman ibn Muhammad…

—Tu heredero llevaría pues el nombre y la *kunya* no solo del fundador de la dinastía, sino del que se considera como el artífice de su período de mayor esplendor hasta la fecha.

—Interesante —reconoció Abd Allah—, pero quizás esa simple coincidencia no sea suficiente para compensar…

—Ya sabes que comparte su juventud con el primer emir —le interrumpió Badr, con lo que desatendía las más elementales reglas del protocolo y respeto debido al

emir—, aunque no acaban ahí las similitudes. El padre de Abd al Rahman I no llegó a reinar, pues murió prematuramente después de ser nombrado heredero, pero su abuelo fue Hisham, el califa omeya de Damasco. El primer emir de Al Ándalus fue nieto, y no hijo de califa.

—Algo que también sucedería en el caso de que nombrara a mi nieto como heredero, por delante de todos mis hijos. Pero intuyo que hay más…

—Si tu nieto te sucediera, sería el octavo emir omeya de Al Ándalus, es decir, ocuparía el sitial del soberano después del gobierno de siete emires. Y no seré yo quien te descubra el simbolismo del número siete en el islam.

—Los califas omeyas de Damasco fueron catorce —recordó el emir, asintiendo.

—Y bajo el gobierno de Sulaymán, el séptimo de ellos culminó la conquista musulmana de Al Ándalus. El gobierno del octavo califa, Umar, coincidió con el primer cambio de siglo tras la Hégira. Y a estos dos ciclos de siete califas omeyas les sucedió el ciclo de los siete emires de Al Ándalus, que a su vez culminaría con tu sucesor, nombrado precisamente en el tercer cambio de siglo, que se producirá en el año entrante.

Abd Allah alzó la mirada, y en ella se adivinaba cierta agitación.

—Empiezo a comprender el reflejo de las lámparas en tus aposentos hasta bien entrada la madrugada.

—Todo esfuerzo es pequeño si lo que se pretende es corresponder a lo que tu familia ha hecho por mí. No era más que un huérfano hambriento y desarrapado cuando me colé entre estos mismos muros —dijo, levantando la vista.

—Sin embargo, pronto brillaron los primeros destellos de una inteligencia despierta, la misma que te ha traído hasta el lugar que ocupas.

Badr bajó la cabeza, abrumado. Era la primera vez en casi veinte años que el emir le expresaba con palabras la opinión que albergaba sobre él, y se sintió incapaz de encontrar una respuesta adecuada.

—Admiras a ese muchacho, ¿no es cierto?

—Daría mi vida por él. Lo amo más que a mis propios hijos.

El emir lanzó una carcajada y, ante la cara de desconcierto de Badr, se vio obligado a explicarse.

—Esa misma frase podría haber salido de mi boca.

—Llevo mucho tiempo especulando sobre lo que acabas de escuchar. Estoy convencido de que Abd al Rahman será el mejor de los soberanos para Al Ándalus cuando llegue su hora, quiera Allah que no sea pronto…

—Obvia las fórmulas de cortesía, que solo tratan de ocultar lo evidente de la realidad. Tú y yo sabemos que mis fuerzas empiezan a mermar.

—En cualquier caso, si mis humildes consejos te parecen dignos de consideración, debes hacer circular en toda la corte, entre los ulemas, en las

mezquitas y todos los cenáculos, la idea de que el próximo cambio de siglo es el momento en que debe aparecer en Al Ándalus un nuevo Abd al Rahman, encargado de abrir otro ciclo de poder para la dinastía omeya. Y reservar para entonces, en los primeros días de Muharram del año trescientos de la Hégira, el nombramiento oficial de tu nieto como heredero.

Abd Allah pareció reflexionar.

—Temo la reacción de mis hijos —repuso, lacónico.

—Para entonces, la idea de nombrar a Abd al Rahman debe ser ya algo incontestable, algo que reclamen ulemas y alfaquíes, la *jassa* omeya al completo, jueces y funcionarios y, sobre todo, debe ser el pueblo de Qurtuba el que lo reclame. Será ese pueblo, al que tendrás que preparar con habilidad, el que grite a favor de tu nieto como un nuevo Mesías, pasando por encima de sus tíos, de forma que ninguno de tus hijos tenga la menor posibilidad de oponerse al nombramiento.

Las dudas parecían no despejarse para Abd Allah, a juzgar por su expresión, y Badr trató de esgrimir un nuevo argumento.

—Al Ándalus necesita un revulsivo para salir del marasmo, y es por ello que Allah ha puesto en ti el íntimo deseo de que sea tu nieto quien te suceda. Creo con firmeza que los planes del Todopoderoso para el futuro de Al Ándalus pasan por el nombramiento del tercer Abd al Rahman de la dinastía.

—Y si todo se produce según esos planes, es muy posible que el pueblo de Qurtuba pida mi destitución…

—Es una posibilidad que debes afrontar. Pero vas a ser tú quien les dé lo que desean, harás ver que sacrificas los derechos de tus propios hijos para acceder a su demanda. Eso te ganará de nuevo su favor.

Abd Allah volvió a tomar asiento y apoyó los brazos rígidos en ambas rodillas. Permaneció en silencio, con la mirada fija en la fina capa de musgo que crecía sobre la tumba de su antepasado.

—Hace tiempo que sé que es lo mejor para Qurtuba —reconoció al fin—. Pero es un paso que no está exento de riesgos.

—Si conservas alguna duda, contempla también los efectos que tu decisión puede producir más allá de nuestras fronteras, entre los que ahora son nuestros enemigos más directos, los fatimíes. Pertenecen a la rama ismailí de los shiítas, quienes sostienen que los imanes, vicarios de Allah en la Tierra, se suceden en ciclos de siete, como los días de la semana. De hecho el número siete tiene un valor simbólico mucho mayor en la doctrina ismailí, hasta el punto de que Al Mahdi ha falseado su genealogía para conseguir aparecer como el primero de un nuevo ciclo de califas, el séptimo descendiente de Fátima. Para ellos, el Mesías ha de regresar en el año trescientos de la Hégira.

—¿Podría servir el nombramiento de Abd al Rahman para contrarrestar su

agresiva propaganda?

Badr sonrió.

—Solo si logras extender la creencia de que es él, y no el califa fatimí, el nuevo enviado de Allah para dirigir a las gentes del islam. Por tus palabras veo que comprendes que se trata de luchar con sus mismas armas, de manejar con inteligencia las creencias más profundas de las gentes.

Abd Allah asentía de forma pausada.

—Tan solo dime una cosa más… ¿Está Abd al Rahman al corriente de todo esto?

—¡En absoluto! —respondió Badr tajante y sin permitirse un atisbo de duda—. Eres el único a quien he osado confiar mis pensamientos, y tan solo cuando tus propias ideas me han dado pie para ello.

—En ese caso debes asegurarte de que siga siendo así. Esta conversación ha de permanecer en secreto. Aunque has de saber que la información que me has trasladado encaja como anillo al dedo con los anhelos que me han quitado el sueño durante años, al pensar en mi heredero. Haz circular por la corte todos y cada uno de los detalles que me acabas de explicar.

—Estoy a tu lado solo para servirte —repuso Badr, mientras inclinaba levemente la cabeza.

El emir correspondió al saludo, se levantó y se dispuso a abandonar el mausoleo. De inmediato, dos soldados *saqaliba*, que habían permanecido discretamente ocultos a suficiente distancia para respetar la intimidad de las conversaciones, se pusieron en guardia y presentaron sus armas, preparados para escoltar al soberano hasta sus aposentos privados.

Badr se quedó solo en aquellos jardines, habitualmente desiertos. Por un instante recordó al pequeño de apenas un año que en un jardín como aquel había descubierto su presencia, abriendo así para él, aun de forma traumática, las puertas de la familia real. Veinte años después, con la ayuda del Todopoderoso, creía estar en condiciones de colocar al joven Abd al Rahman en el camino de la sucesión al emirato.

Año 912, 299 de la Hégira

13

Qurtuba

Adur recorría las calles atestadas del *suq* a lomos de su caballo. Tan solo unos codos por delante de él, dos soldados del alcázar abrían camino, empujando sin contemplaciones a cuantos hombres y mujeres encontraban a su paso. Por ello, muy pocas de las miradas que se alzaban hacia él mostraban otra cosa que no fuera contrariedad y enfado. No formaba parte de su cometido como responsable de la intendencia de palacio comprobar el funcionamiento del mayor mercado de Qurtuba, pero lo hacía a menudo para tomar el pulso a la ciudad y recabar información, a veces muy valiosa. Tomaba nota mental tanto de las mercaderías que exhibían los puestos como de las que echaba en falta, indagaba sobre los precios y se interesaba por el origen del género. Pese a que una simple entrevista con el *sahib al suq* habría bastado para ponerle al corriente de los problemas de abastecimiento y de la escasez de los productos a la venta, prefería comprobar con sus propios ojos los efectos de la hambruna que desde al año anterior había asolado Al Ándalus. Por fortuna, el Todopoderoso había querido que las lluvias de primavera fueran abundantes, y ahora, en las primeras jornadas del verano, el cereal recién cosechado empezaba a aliviar algunas de las carencias que los habitantes de Qurtuba habían tenido que sufrir.

Había resultado doloroso comprobar cómo una simple gallina en manos de un granjero había alcanzado durante el invierno anterior precios tan desmesurados que solo los sirvientes de las familias más acomodadas podían permitirse pagar tales cantidades para satisfacer a sus amos. Las nubes de pordioseros y mozalbetes desarrapados se abatían sobre los puestos tratando de hacerse con las inmundicias que sus dueños arrojaban, y no era extraño ver a muchos de ellos en manos del *sahib al surta*, camino de la explanada exterior a la muralla, donde, tras ser acusados de robo, recibirían la correspondiente tanda de azotes antes de ser expulsados de la ciudad.

El flujo de suministros procedentes de más allá de la campiña de Qurtuba continuaba prácticamente bloqueado debido a la situación de continua insurrección de las coras, a la inseguridad en los caminos que el menguado ejército cordobés no podía evitar y a la falta de recursos de los propios *qurtubíes*, que habían agotado sus reservas. El deterioro de la situación se hacía notar incluso en la alcaicería y en la zona de venta de artículos más nobles, pues los escasos *dirhemes* que aún circulaban habían disminuido su peso en plata de forma ostensible, sobre todo en los últimos

años del reinado de Abd Allah.

Próximo el mediodía, pocas mercancías quedaban ya sobre las tablas que hacían las veces de mostrador. Adur se había detenido para hablar con el dueño de uno de los puestos de carne antaño más florecientes, que ahora se lamentaba de la escasez de ganado y de los magros beneficios de su negocio. Algo le hizo alzar la mirada en busca de las nubes que parecían estar ocultando la luz del sol, pero el cielo se encontraba despejado por completo. No era el único que lo había advertido, pues todos los que lo rodeaban comenzaban a pararse para levantar la vista. Las conversaciones se habían interrumpido, también los pasos, y hasta el polvo que saturaba el ambiente parecía desvanecerse. Desde lo alto de su cabalgadura Adur advirtió cómo la actividad del *suq* se detenía por completo, y unos y otros intercambiaban miradas de interrogación, al tiempo que un murmullo sordo sustituía el vocerío que poco antes colmaba el aire. La falta de luz se hacía más evidente por momentos y, a medida que la oscuridad iba ganando terreno, los rostros de los cordobeses pasaron de la perplejidad al temor, y de ahí al miedo. Una voz repentina sonó a pocos pasos de Adur.

—¡El sol se apaga! ¡Que Allah se apiade de nosotros!

Como la chispa que enciende la yesca, el grito desató el pánico. Adur tuvo dificultades para controlar a su montura en medio de la multitud que corría frenéticamente en busca de protección ante un peligro que ninguno de ellos sabía identificar. En pocos instantes la calle antes atestada quedó semidesierta, cubierta de cestos volcados, y con las últimas mercancías desparramadas por el suelo. Tan solo unas decenas de hombres y mujeres quedaron postrados en el suelo, elevando sus oraciones al cielo[1].

Hacía mucho tiempo que las puertas de la aljama no tenían que cerrarse para impedir la entrada de nuevos fieles que pugnaban por asistir a la oración del viernes en la principal mezquita de la ciudad. En los dos días que habían transcurrido desde que el sol se apagara las habladurías no habían cesado de extenderse por la ciudad, los alfaquíes y los ulemas se esforzaban por proporcionar la explicación más convincente, pero todos coincidían en que aquel suceso extraordinario era una señal del cielo, un augurio que no presagiaba sino graves e inminentes acontecimientos. La presencia pública del soberano en la mezquita había atraído como nunca la curiosidad de los *qurtubíes*, precisamente porque muchos de los rumores que circulaban por la ciudad tenían que ver con su persona. Resultaba imposible saber de dónde había surgido, pero la interpretación que más había calado entre los atemorizados habitantes de Qurtuba tenía que ver con un posible final del reinado de Abd Allah. Unos afirmaban que se había oído en boca de los ulemas el presagio de su muerte próxima. Otros, en cambio, aseguraban que lo que estaba a punto de producirse era un golpe palaciego que acabaría con el emirato de los omeyas, apagando así la luz

que había iluminado Al Ándalus durante siglo y medio, del mismo modo que la luz del sol se había apagado dos días antes de manera tan asombrosa. Tampoco faltaban los que anunciaban el definitivo y finalmente exitoso ataque de Umar ibn Hafsún a la capital. Por ello la ciudad entera se había agolpado a las puertas de la mezquita, en busca de noticias y desmentidos en los corrillos, pero sobre todo a la espera de alguna revelación por parte del *imām* durante su sermón.

Adur había accedido al espléndido oratorio por la puerta lateral, la más cercana al alcázar, atravesando el cinturón de guardias palatinos que custodiaban la entrada de los más altos dignatarios de la corte. Se situó en las proximidades de la *maqsura*, el espacio acotado junto al *mihrab* que garantizaba la privacidad y la seguridad del emir, su familia y su séquito durante la oración. Una vez más aprovechó para admirar la belleza de aquella construcción sin igual, la esbeltez de sus dobles arquerías, sustentadas sobre estilizadas columnas de mármol, la perfección de los artesonados del techo y los efectos de luz que los miles de lamparillas de aceite proyectaban en los atauriques y en los paneles dorados del *mihrab*. Recordó la primera ocasión en que había entrado en aquel lugar, y cómo la impresión que le causó le ayudó a reconciliarse con una cultura que, si bien le había capturado como esclavo, había sido capaz de construir un prodigio como aquel.

Su mente retrocedió a aquellos primeros meses en Qurtuba, crueles, duros y dolorosos, separado de los suyos por la fuerza en compañía de su hermana. Eran tan solo unos muchachos, y la belleza de ambos, exótica para los cordobeses, había cambiado su destino. Muzna se había convertido en esposa del heredero, Muhammad, pero él se había visto abocado a sufrir las vejaciones de un emir al que no bastaban las atenciones de los centenares de concubinas de su *harém*. Al cabo de veinte años, todavía sintió en su vientre la conocida y apagada punzada del odio. Luego había llegado el presidio, que, de no haber sido por la intervención de Muzna, habría acabado con su vida. Una pena motivada únicamente por el odio de Mutarrif, el hermanastro de Muhammad, por su deseo de causar a este tanto mal como fuera posible. Un odio tan grande que le había llevado a acabar con su vida solo unos meses después. A partir de ahí todo había cambiado. Su hermana Muzna, viuda ya, se había entregado al cuidado del pequeño huérfano Abd al Rahman, y él había sido llamado a su lado. Debía reconocer que aquellos habían sido años llenos de momentos felices, en los que había acompañado y servido a su hermana y al joven príncipe, y en los que había progresado dentro de la jerarquía del alcázar, hasta ocupar su actual puesto al frente de la intendencia.

Los recuerdos de Adur se interrumpieron con brusquedad cuando se abrieron las dos puertas principales del templo, que daban al patio de las abluciones, y el rumor de la marea humana que comenzó a abarrotar el suelo alfombrado del templo rompió el silencio del que habían disfrutado. El conocido olor de la multitud, contra el que nada

podían los pebeteros de sustancias aromáticas que salpicaban el oratorio, le provocó un gesto involuntario de desagrado, y consideró la idea de que quizá se había acomodado en exceso a la vida del palacio. Los sonidos de un ligero tumulto llegaron a sus oídos cuando las puertas del templo se cerraron para impedir la entrada de más fieles, que ya abarrotaban hasta el último rincón del *haram*.

La expectación fue creciendo a la espera de que el emir y su séquito hicieran acto de presencia. Aparecieron en medio del murmullo general a través del *sabat*, un paso cubierto, privado y seguro, que comunicaba directamente la *maqsura* con el palacio, por encima de la calle pública que separaba los dos principales edificios de la ciudad. La mayor parte de los asistentes no podían ver el interior de su recinto privado, pero pronto se extendió la información de que el emir iba acompañado por su nieto, el joven príncipe Abd al Rahman, y por Badr, el más cercano de sus ministros. Adur, desde su posición privilegiada, rodeado por el resto de los visires y otros altos funcionarios, contempló la entrada de Abd Allah, quien, con paso solemne, se dirigió al lugar que tenía reservado. Lo primero que le sorprendió fue el aparente deterioro físico que había sufrido desde la última vez que apareciera en público, un deterioro que ni el esplendor de sus ropajes lograba disimular. Sus hombros aparecían caídos, la mirada hundida, y su caminar carecía de la vitalidad y la prestancia que antaño había observado en él.

El *imām* apareció en el preciso instante en que el emir se detenía, envuelto en su vestimenta ritual. Se paró frente al *mihrab*, y su figura quedó recortada contra la luz brillante que se emitía de su interior. Adur había sido criado en una aldea cristiana y, aunque en Qurtuba había abrazado el islam, la fe musulmana no había conseguido arraigar en él. Sin embargo, en aquel momento pensó que sería muy difícil recrear un lugar en la tierra que sugiriera la presencia divina como allí. Realmente tan armoniosa belleza no parecía obra humana.

—*Allahu Akbar*! —empezó el *imām*, alzando las manos abiertas a la altura de los oídos, para ser coreado por todos.

La voz aguda y potente del oficiante inició a continuación el canto de las primeras aleyas del Qurān, y sus palabras se extendieron por encima de las cabezas de los fieles hasta los confines de la mezquita. Los presentes permanecieron con las cabezas bajas y las manos cruzadas delante del pecho mientras el *imām* recitaba las primeras suras. Cuando llegó el momento de postrarse en el suelo, también Abd Allah y los miembros de su séquito clavaron las rodillas sobre las bellas filigranas de las alfombras de seda, hasta apoyar la frente en el suelo entre ambas manos.

Adur miraba fijamente al *imām* cuando se incorporó de nuevo con agilidad, pero una exclamación contenida atrajo su atención hacia la *maqsura*. Abd Allah había perdido el equilibrio cuando se levantaba, dio dos pasos hacia delante tratando de no caer, pero el peso de su cuerpo le hizo desplomarse de bruces. Abd al Rahman se

había lanzado hacia él para evitar el desastre, pero su esfuerzo había resultado inútil, y ahora se encontraba junto al cuerpo inerte de su abuelo, que yacía en el suelo en medio del murmullo de asombro y desconcierto de cuantos se encontraban lo bastante cerca de la escena para contemplar lo que acababa de suceder.

Badr tomó la iniciativa, se adelantó para colocarse entre Abd Allah y los fieles, y con una simple mirada señaló al resto del cortejo que hiciera lo mismo, hasta que formaron un semicírculo que impedía a la comunidad la visión de su soberano tendido en el suelo. Volvió hacia sí la cabeza flácida del emir, que mantenía los ojos abiertos, aunque su mirada se perdía entre las túnicas que los rodeaban.

—Llamad a los médicos —se limitó a ordenar con voz serena.

Adur giró la llave que abría la puerta de las cocinas del alcázar, que tan bien había llegado a conocer desde su cargo de intendente general del palacio. La luz del pequeño farol de aceite que portaba en la mano izquierda a duras penas disipaba las sombras de la imponente estancia, y por ello agradeció la claridad que lo recibió al empujar la puerta que daba acceso al extenso patio rodeado de murallas. El disco blanquecino de la luna acababa de surgir sobre el muro más meridional, y decidió que la luz del farol no le resultaría necesaria en el exterior. Sin apagarlo, lo depositó tras el pilón situado a su derecha, donde no sería visible ni siquiera para las rondas que recorrían los adarves de la muralla, con la idea de recuperarlo a su regreso.

Avanzó con precaución por el patio, en el que se amontonaba gran parte del material utilizado en las cocinas, en dirección al lavadero, donde había sido citado precisamente en aquel momento marcado por la aparición de la luna llena. Lo recibió el rumor del agua corriente que se precipitaba entre los pilones y el agradable olor a hierbas aromáticas que desprendía la ropa colgada de los grandes tendederos de cáñamo. El suave soplo de la brisa nocturna contribuía a disipar el calor del día, acumulado aún en el pavimento, y Adur pensó que todo ello hacía de aquel un lugar verdaderamente agradable. Sin embargo, persistía la sorda inquietud que se había instalado en su ánimo desde que fuera citado allí. Las entrevistas con su interlocutor no eran raras, pues les unía una buena amistad, pero el sigilo y la gravedad con que le había comunicado la cita, lo intempestivo de la hora y lo aislado del lugar le hacía sospechar que aquella conversación tendría una especial trascendencia.

Se introdujo bajo el techado que cubría las pozas del lavadero y miró a su alrededor, pero la luz de la luna no conseguía disipar las sombras dentro del cobertizo. Se sentó en el borde de la poza más baja, donde el agua corriente procedente de la aceña aún no había arrastrado todo el *sabun*, que a lo largo del día se había utilizado con profusión. Metió la mano en el agua tibia, y la espuma quedó prendida entre sus dedos. El sobresalto que le produjo un bisbiseo al fondo hizo que las burbujas cayeran de nuevo al agua.

—Te ocultas bien —dijo Adur, tratando de esconder su sorpresa.

—En ocasiones hay que extremar la precaución —repuso Badr, mientras salía de las sombras para tomar asiento junto a él.

Los dos permanecieron callados un instante.

—¿Por qué me has citado aquí? —preguntó Adur al fin.

—Este lugar me trae buenos recuerdos. Por aquella alcantarilla me colé en el alcázar, aquí sacié durante semanas el hambre que a punto había estado de acabar conmigo… y en los jardines contiguos vi por vez primera a tu hermana.

—Una aventura que a punto estuvo de salirte muy cara —bromeó Adur.

—Aún se me encogen cuando lo recuerdo. —Badr también rio, haciendo ademán de llevarse la mano a la entrepierna—. Te debo mucho, y mi familia, mis hijos… te deben su propia existencia.

—Yo solo cumplí el encargo de mi hermana. Es a ella a quien se lo debes… aunque sin duda esa cuenta está saldada, y ahora somos nosotros quienes estamos en deuda contigo. La forma en que te has volcado con el pequeño Abd al Rahman durante estos años…

—No ha supuesto ningún esfuerzo para mí —cortó Badr—. Todo lo contrario, estoy donde estoy gracias a ello.

—En cualquier caso mi hermana siempre te estará agradecida.

De nuevo se hizo el silencio entre ambos.

—Llegaste a amarla, ¿no es cierto? —se atrevió a preguntar Adur.

—Cuando la vi por primera vez en estos jardines, siendo tan solo un niño, creí estar ante una criatura celestial. Y esa sensación no me ha abandonado jamás. Si te refieres a un amor carnal… —titubeó—, nunca lo creí posible. La distancia, y no me refiero solo a la edad, era insalvable, por eso me decidí a tomar esposa. Pero a mi manera… sí, la amaré mientras viva, y haré por ella todo cuanto esté en mi mano.

Adur asintió con la cabeza.

—¿Me equivoco al sospechar que esta entrevista tiene que ver con ello? —aventuró.

Badr volvió la cabeza hacia él.

—No, no te equivocas —respondió, contento al parecer por que Adur le diera pie a plantear la cuestión que les había conducido hasta allí—. Aunque quizá lo que te voy a proponer no sea más que una locura. Apelo a nuestra amistad para que me lo hagas ver si así lo crees, y esta conversación será desterrada de nuestros recuerdos.

—Habla —dijo Adur, sin más.

—Primero quiero que me des tu opinión sobre algo. Por tu cargo te mueves entre al alcázar y el exterior, tienes contacto con mercaderes, abastecedores, y me consta que recorres el zoco a menudo, hablando con unos y otros. Yo a veces me siento un tanto encerrado dentro de los muros del palacio, y temo no estar al corriente de las opiniones que circulan en los mentideros del exterior. Dime, ¿qué se comenta en la

ciudad acerca de la sucesión de Abd Allah?

Adur asintió de nuevo con una sonrisa.

—Existe expectación. Nadie duda de que en los próximos tiempos han de vivirse cambios importantes. El extraño fenómeno ocurrido dos semanas atrás se ha interpretado como el augurio del final del reinado de Abd Allah, incluso hay voces interesadas que lo hacen extensivo a la dinastía de los omeyas. Y el desvanecimiento del emir durante la oración del viernes no ha hecho sino estimular los rumores.

—Ese extraño fenómeno es bien conocido por los astrónomos, y se repite con cierta periodicidad, aunque es posible que solo ocurra una vez en la vida de un hombre. De ahí el temor que despertó.

—Quizás a alguien no le interese que los cordobeses estén al tanto de tales explicaciones —apuntó Adur, de nuevo sonriente.

—¿Y sobre el heredero?

—Por toda Qurtuba circula el nombre de Abd al Rahman. Ignoro quién ha propagado extrañas cábalas sobre el número de emires que han reinado, en comparación con los califas que gobernaron en Oriente. Lo cierto es que se han extendido de boca en boca interpretaciones de carácter esotérico a las que extrañamente todos parecen dar credibilidad. Hasta quienes no saben contar tienen en su boca el número siete. Y el resultado de todas esas conjeturas parece confluir en un solo hombre.

Esta vez era Badr quien mostraba la satisfacción en su rostro.

—¿Dirías entonces que el nombramiento de Abd al Rahman será bien recibido por el pueblo? —preguntó.

El tono aparentemente casual no engañó a Adur.

—Si todo esto ha partido de tu mente, eres un diablo. ¡El pueblo se echará a la calle si no es Abd al Rahman el elegido!

—¿Ni siquiera se cuestiona la marginación de los hijos de Abd Allah?

—Ya se ha ocupado él de que no se les conozca, enviándolos a sus haciendas fuera de la ciudad.

—El pueblo necesita una esperanza, y nuestros enemigos se merecen un líder fuerte y capaz de hacerles frente. Y ese es Abd al Rahman.

—¿A pesar de no ser más que un muchacho de veinte años?

—Como lo eran sus mejores antepasados cuando llegaron al poder.

—Me asombras, Badr. Si todo esto es obra tuya…

—Poco importa de quién proceda la iniciativa. Lo realmente primordial es llevar esta nave a buen puerto, y por eso te he citado aquí. Abd al Rahman es tu sobrino, y te supongo interesado no solo en que llegue a reinar, sino en que lo haga revestido con mayor autoridad de la que ninguno de sus antepasados llegó a soñar.

—Entonces… ¿es cierto? ¿Abd al Rahman va a ser nombrado heredero?

—Así es, el anuncio se hará público el primer día de Muharram del año trescientos, coincidiendo con el cambio de siglo.

—Un mes y medio…

—Es algo que debe permanecer en secreto hasta ese día. Solo Abd al Rahman, Abd Allah, Muzna, tú y yo estamos al corriente.

—¿Y qué papel puedo yo desempeñar? —preguntó con cierto desánimo—. ¿Acaso está en mi mano acabar con la sequía y con la hambruna, coincidiendo con su nombramiento?

—Hemos llegado al asunto que nos ha traído aquí. Pon en cuarentena las palabras que vas a escuchar, dispuesto a olvidarlas si ambos así lo decidimos.

Adur asintió, grave.

—Está escrito que el *mahdi*, el nuevo enviado de Allah, se hará presente este año. Nuestros ulemas, seguidores de la doctrina malikí, así lo aceptan, pero los ulemas fatimíes, nuestros enemigos, lo afirman sin ningún género de dudas. Pretendo que Abd al Rahman sea considerado como tal enviado.

—Y para ello te has asegurado de que sea nombrado heredero precisamente en esa fecha.

Badr lo miró con los labios apretados, como si hubiera esperado más perspicacia por su parte.

—¡No basta con que sea nombrado heredero!

—¿Qué quieres decir, Badr?

—Abd al Rahman debe reinar este año.

—Pero… para eso…

—Para que Abd al Rahman reine, Abd Allah debe morir.

Adur cerró los ojos y sujetó su barbilla con la mano izquierda. Luego respiró hondo.

—Ahora es el momento, Adur.

—¿Por qué a mí, Badr? —dijo, clavando sus ojos en el rostro del *wazīr*.

—Porque tienes tantos motivos para amar a Abd al Rahman como los tienes para odiar a Abd Allah. Él fue el que, dominado por el temor a una traición, permitió la muerte de tu cuñado Muhammad y dejó viuda a tu hermana. Él fue, si no estoy mal informado, el que ultrajó tu cuerpo cuando solo eras un muchacho…

Adur agachó la cabeza, y de nuevo cerró los ojos. Cuando los abrió, la luz de la luna se reflejaba en su superficie cubierta de lágrimas.

—Creía haber alejado de mí el odio y el deseo de venganza…

—¿Y de verdad es así?

—¡Lo creía! ¡Creía haber perdonado! —respondió Adur, tratando de ahogar su grito—. Y ahora vienes a despertar sentimientos que me atormentaron durante años, cuando sabes además que no te puedo negar nada que me pidas.

—Sí que puedes hacerlo, Adur. He insistido en que esta conversación puede quedar olvidada en cuanto tú lo decidas.

—¡Matar al emir! —exclamó Adur, ignorando sus palabras—. ¿Y cómo pretendes que lo haga? ¿A la salida de la oración del viernes? O mejor… ¡en la *maqsura*!

—Cálmate, Adur. Nada te obliga. Tenemos tiempo para reflexionar, pero debo obtener una respuesta esta noche.

—Sin duda lo tienes pensado… ¿cómo crees que ha de morir?

—El desvanecimiento de la mezquita me dio la pista. Adur, Abd Allah está enfermo, probablemente de gravedad. Los médicos no dan con su mal, pero se consume por semanas, tú mismo has tenido ocasión de comprobarlo. No me habría planteado algo así en caso contrario. Puede que el emir no tarde en morir, pero tal vez sobreviva más de un año, y eso echaría por tierra…

—¡Cómo! ¡Te he preguntado cómo ha de ser!

—Veneno. Nadie sospechará si su estado se agrava de forma progresiva.

—¿Y seré yo quien se lo administre?

—Tú eres el responsable de la intendencia del alcázar, y por tus manos pasan los alimentos que recibe el emir. Tú estableces las medidas de seguridad, y decides quién es el esclavo que ha de probar, o no, la comida que se le sirve.

—Los médicos sospecharán…

—Eso corre de mi cuenta.

—No dejaré en tus manos aspectos que resultan fundamentales para mi seguridad. —Prácticamente gritó al levantarse.

—Está bien —respondió Badr imitándole—. En ese caso debes saber que cuento con la ayuda de dos de ellos, ancianos ya, que poco tienen que perder. Hace muchos años, cuando Muzna y tú aún no habíais llegado a Qurtuba, ambos asistieron a la primera esposa de Muhammad, que había sido envenenada por su hermanastro Mutarrif y por su madre, una de las esposas de Abd Allah. Los dos apreciaban a Muhammad, y ambos se han prestado a colaborar con nosotros proporcionándonos el veneno más adecuado. Y ellos serán quienes le atiendan en su enfermedad. Tu única tarea será asegurarte de que cada día recibe la cantidad que ellos te indiquen.

—¿Quién más está al tanto? ¿Muzna?

—Solo tú y yo.

—¿Abd al Rahman?

Badr negó enérgicamente con la cabeza.

—Abd al Rahman adora a su abuelo.

—También a ti. ¿Has pensado en su reacción si se enterara de esto?

—Solo pienso en el interés de Al Ándalus. Ni siquiera en el de Abd al Rahman, pues la carga que van a tener que soportar sus jóvenes hombros es muy pesada.

—Con un *wazīr* como tú, nada tiene que temer. Los obstáculos desaparecerán de

su camino.

Badr tomó asiento de nuevo el borde del pilón, hundió los dedos en el agua y se los llevó a las sienes.

—Entiendo tu ira hacia mí. A pesar de lo que nos une, te he pedido demasiado.

—La ira va dirigida contra mí mismo, Badr. Porque me has hecho descubrir lo que soy capaz de hacer llevado por un odio que creía olvidado y por unos afectos que van a hacerme vender mi alma.

Adur hizo ademán de marcharse y apartó con violencia varias túnicas de lino que se interponían en su camino. Sujetándolas con una mano crispada, volvió la cabeza hacia Badr.

—Considera saldada la deuda que tenía contraída contigo. Y que Allah me perdone.

Año 912, 300 de la Hégira

14

Qurtuba

El heredero hizo su entrada en la cámara en medio del más absoluto silencio, interrumpido únicamente por alguna leve tos incontenible y apagada. A los veintiún años, se había convertido en un joven de porte distinguido, y era consciente del papel que el destino le tenía reservado. Poseía un torso poderoso que contrastaba con unas piernas quizá demasiado cortas, y sus facciones resultaban en verdad llamativas, a causa del contraste entre los cabellos y la barba que cubría su mentón, que pese a ser rubios acostumbraba a teñir de negro con alheña, y unos ojos de un intenso añil. Sabía que, de llegar al trono, aquello sería lo que los cronistas de la corte destacarían de él. Sus rasgos, junto con el color claro de su piel, no podían proceder sino de la sangre vascona que corría por sus venas, procedente de su madre, Muzna, y también en parte de su padre, Muhammad. Tres de sus cuatro abuelos eran vascones, de modo que a nadie podía extrañar aquella apariencia singular, que sin duda le proporcionaba un peculiar atractivo.

Barrió el aposento con una mirada rápida y perspicaz con la que ubicó a todos los que habían sido llamados a compartir aquel momento. Los más altos dignatarios de la corte se disponían alrededor de la estancia, tras los cinco hijos del emir, que ocupaban un lugar preferente junto a dos de sus esposas y algunos de los familiares más cercanos. Atravesó el espacio que le separaba de los pies del lecho donde yacía su abuelo y se detuvo ante sus tíos. Uno a uno, los tomó de las manos e inclinó la cabeza en señal de respeto. Abán, Al‘Así, Abd al Rahman, Muhammad y Ahmad le devolvieron el gesto sin alterar la expresión grave de sus rostros. A continuación el joven se volvió hacia el fastuoso dosel dorado del que colgaban unos tenues cortinajes de seda que el *wazīr* Badr, en calidad de chambelán, se apresuró a retirar.

El príncipe Abd al Rahman quedó ante el cuerpo consumido del soberano. Una intensa angustia se apoderó de su ánimo al observar aquel rostro macilento y las manos de piel tan fina que dejaba traslucir unas venas azules y tortuosas, y percibir el intenso olor del opio macerado en *alkúhl*. Todavía no era un anciano, otros a su edad aún montaban a caballo durante los meses que duraba una *a’saifa*, pero, a los sesenta y ocho años, Abd Allah era solo una sombra del que un día fuera un orgulloso soberano. Cogió una de aquellas manos entre las suyas, y la sintió flácida, fría y sin vida. Sin embargo, el emir entornó los párpados, haciendo evidentes esfuerzos para

enfocarle.

—¡Abd al Rahman! ¿Eres tú? —preguntó con un hilo de voz.

Uno de los escribanos pidió permiso para aproximarse al lecho, con el fin de transcribir las palabras del soberano.

—Aquí me tienes, abuelo. He acudido en cuanto me has llamado.

—Temía no ver el amanecer de este nuevo día —dijo con esfuerzo—, pero Allah me ha concedido esa gracia. ¡Ah, también mis hijos! ¡Qué necio he sido! He esperado demasiado, y tengo tanto que decir aún…

—Aquí nos tienes a todos, padre —intervino Abán, el mayor de sus hijos—. Dispuestos a escuchar cuanto tengas que decir.

—Allah os bendiga, hijos míos, a ti en especial, Abán —dijo mientras inclinaba la cabeza hacia él—. La renuncia que te pido es dolorosa, pero sé que has de aceptarla de buen grado, porque es el Todopoderoso quien la impone. No podemos luchar contra sus designios, las predicciones se cumplen con exactitud, y hasta el momento de mi muerte, que tan lejana parecía hace apenas unos meses, se acerca ya para dar paso al enviado de Allah.

—No debes hablar así, abuelo —respondió Abd al Rahman—. Los médicos encontrarán la raíz de tu mal y darán con los remedios adecuados para…

—¡Calla! —musitó el emir con un tono apenas audible, molesto por la interrupción—. Así debe ser. Aunque alguien, quizá tú mismo, llegara a pensar que Allah se vale de manos terrenales para hacerme llegar esta repentina enfermedad, nada debes hacer para buscar al instrumento del Todopoderoso. Está escrito que su enviado reinará en el cambio de siglo, y así será.

Alzó su mano, temblorosa, y trató de asir el sello que portaba en el dedo anular de la mano derecha, pero, desfallecido, desistió de su empeño y se limitó a tender la mano hacia su nieto.

—Toma el anillo, que es símbolo del poder real. No tendrás dificultad para extraerlo de esta mano, que ya no tiene fuerzas para soportar su peso. Es mi voluntad —añadió, volviendo los ojos hacia el escribano— que sea mi nieto y heredero Abd al Rahman ibn Muhammad, primogénito de mi primogénito, quien porte este anillo, como nuevo soberano de Al Ándalus.

Abd al Rahman permaneció inmóvil, con la mano derecha de su abuelo entre las suyas. Lentamente alzó la vista, y comprobó que todas las miradas estaban clavadas en aquel anillo, que representaba la continuidad de la dinastía omeya. También la de Abán, el mayor de los hijos vivos del emir, y las de sus hermanos, quienes le hubieran seguido en la línea de sucesión. Abd Allah le invitaba con su mirada fatigada a que fuera él mismo quien lo retirara de aquel dedo huesudo, pero en aquel momento comprendió lo enorme de la responsabilidad que estaba a punto de cargar sobre sus hombros en caso de seguir adelante con aquel simple gesto. Se había

preparado para ello desde que el primero de Muharram fuera nombrado heredero de forma oficial. De hecho, sin saberlo, se había estado preparando para aquel momento durante toda su vida, de la mano del mismo Badr que ahora lo miraba expectante y con la emoción dibujada en el rostro. Incluso las respiraciones parecían contenidas en la sala. No se oía ni el más leve carraspeo.

Percibió el sobresalto del escribiente cuando una gota de tinta cayó del cálamo que mantenía inmóvil, y a punto estuvo de arruinar la vitela sobre la que escribía. Entonces Abán, sin previo aviso, dio dos pasos al frente, con lo que se colocó a la izquierda del príncipe. Badr reaccionó de inmediato tratando de interponerse entre ambos, pero el hijo del emir ya había alcanzado el lugar que deseaba. Alzó su mano, sujetó la de su padre y extrajo el sello de oro que este portaba desde hacía veinticuatro años. Lo sostuvo un instante entre las yemas, antes de tomar con fuerza la mano diestra de Abd al Rahman y deslizar el anillo en su anular. Tío y sobrino quedaron frente a frente. Abán sostuvo aquella mirada acerada que tanto respeto causaba entre las tropas que habitualmente comandaba, hasta que los dos hombres terminaron por fundirse en un abrazo. A continuación, Abán clavó la rodilla en el suelo y humilló su cabeza ante el heredero.

Badr caminaba a toda prisa a través de las galerías que conducían a la zona del alcázar que albergaba las dependencias privadas del emir en compañía de Talal, el eunuco que había corrido a darle la noticia. Este avanzaba por delante de él con pasos excesivamente cortos, y se volvía cada poco, conminándole con el gesto a apresurarse, en una actitud que resultaba entre ridícula y servil. Talal, sin embargo, se había convertido en una pieza fundamental en el entramado de lealtades que había ido tejiendo desde que un día ya lejano el emir se fijara en él y decidiera nombrarlo *wazīr*. En el caso del eunuco, la amistad entre ellos se había forjado en los días más dramáticos de sus vidas, cuando no eran más que unos muchachos y les condujeron a la ciudad de Al Yussāna con el único objeto de extirpar los atributos de su masculinidad. Gracias a Adur, Badr se había librado, pero Talal no había corrido la misma suerte y ahora arrastraba sus arrobas de grasa por las dependencias del *harém*. El agradecimiento de Talal hacia él se había trasformado en una lealtad casi enfermiza, y por ello Badr había decidido promoverlo hasta los puestos de mayor responsabilidad dentro de las dependencias reservadas al soberano, a sus esposas y a sus concubinas. Desde aquel momento, recibía información puntual y veraz de todo lo que sucedía detrás de aquellos muros, algo que se había demostrado de importancia vital, pues entre ellos vivían e intrigaban las madres de cuantos tenían aspiraciones en la sucesión.

Ahora era él quien había corrido en su busca para darle noticia del acontecimiento más grave que pudiera tener lugar en palacio. La muerte del emir, que se había producido tan solo media jornada después de que Abd al Rahman recibiera el anillo

de sus manos, daba comienzo a un período enormemente delicado, y en su mente se abrían paso las ideas que había ido pergeñando durante las últimas semanas. Era fundamental garantizar la seguridad del alcázar, y para ello había advertido ya al oficial al frente de la guardia personal del emir y a los responsables de la guarnición. Mientras él avanzaba por las galerías del palacio, los *jurs* estarían ocupando los lugares estratégicos de la fortaleza, y a continuación se haría lo mismo en el resto de la ciudad. La etapa de interinidad debía ser de la mayor brevedad, por lo que todo debería estar preparado al amanecer para la ceremonia de proclamación del nuevo soberano. Aquella, sin duda, iba a ser una noche larga.

Los guardias apostados a las puertas de los aposentos privados de Abd Allah retiraron sus armas antes incluso de recibir la orden, y Talal le franqueó el paso al interior. Le asaltó el mismo olor de la mañana, pero ahora el aire fresco del ocaso se colaba en la estancia a través de uno de los ventanales, agitando con suavidad los ricos cortinajes. Un escribano se encontraba ya ante la ventana, dispuesto a aprovechar los últimos rayos de luz natural para iniciar la redacción del documento que daría fe de la muerte del séptimo emir de Al Ándalus, con el depurado estilo adquirido en años de práctica en la cancillería. Los médicos que habían atendido al emir en sus últimos momentos se hallaban de pie, ligeramente apartados, y tan solo los miembros de la servidumbre que se afanaban en la preparación del cadáver pululaban por la estancia.

Después de intercambiar unas palabras con los médicos con voz apenas audible, Badr salió un momento de la estancia para impartir nuevas órdenes. Hizo llamar al resto de los ministros, a los altos funcionarios de la administración, a los responsables del zoco y de la policía, a los principales ulemas, al *imām* de la mezquita aljama y al *qādī* de Qurtuba, que debería actuar como notario de las decisiones que se adoptaran. A continuación, hizo una señal al escribano para que iniciara su trabajo.

No necesitó de ayuda para redactar las primeras líneas, en las que plasmó la fecha exacta del óbito, el jueves primero de Rabí I del año trescientos de la Hégira, pero se detuvo cuando llegó el momento de reflejar la causa de la muerte. Badr intercambió una mirada con los médicos, que entablaron una breve discusión en tono apagado sobre los términos que deberían utilizarse en el documento. Oyó palabras como «emaciación» y «caquexia», y otras que le resultaron igual de extrañas, de forma que decidió dejarlo en sus manos. Entonces vio aparecer a Abd al Rahman, y experimentó un escalofrío de emoción. Aquel muchacho, al que había conocido cuando apenas se sostenía en pie, sería el nuevo soberano de Al Ándalus antes de que el sol se pusiera de nuevo. En pie delante de la puerta, mostraba una expresión apesadumbrada pero serena. Sus miradas se cruzaron, y Badr creyó percibir un sutil gesto de agradecimiento, quizá por que se encargara de la multitud de asuntos que había que atender.

Vio a Abd al Rahman avanzar con lentitud hasta el lecho donde yacía el cuerpo de su abuelo. En pie ante él, inclinó la cabeza en señal de respeto y tomó su mano helada. Permaneció así un instante, hasta que volvió a dejarla en el lecho y se retiró lo suficiente para postrarse de rodillas y orar. Los convocados iban llegando a la estancia y, al ver al heredero, se retiraban hacia los extremos con la cabeza inclinada, tratando de respetar el dolor del joven. A Badr le pareció atisbar en su rostro el brillo de una lágrima, pero fue la única muestra de dolor que el heredero se permitió exteriorizar. Al poco se había alzado y reclamaba la presencia de todos los ministros de su abuelo.

—Ahora dejaremos el cuerpo del emir en manos de mi familia. Ellos se encargarán de iniciar los preparativos de los ritos funerarios, que tendrán lugar mañana al atardecer, en Al Rawda —declaró con decisión—. Mientras tanto, os convoco esta noche, tras la oración, en el salón de gobierno, donde discutiremos los detalles del juramento de fidelidad a mi persona.

Badr observó a los ministros, que asintieron sin excepción, y no pudo reprimir el esbozo de una sonrisa.

—Anunciemos ahora al pueblo de Qurtuba la triste pérdida de su soberano —intervino, circunspecto—, y la ceremonia de entronización del nuevo emir, Abd al Rahman III.

El Maylis kamil[2] brillaba en todo su esplendor con los primeros rayos de sol de la mañana, que se filtraban a través de los grandes ventanales abiertos a oriente, cuando Badr entró a comprobar la marcha de los preparativos. Una vez más, se le encogió el corazón al penetrar en aquella estancia magnífica, diseñada para inflamar el ánimo de cuantos atravesaran aquellas puertas cubiertas por finos paneles dorados. Decenas de operarios se afanaban aún en disponer las dos filas paralelas y perfectamente alineadas de pies de bronce tan altos como un hombre que sostenían lámparas y candelabros, con los cuales se delimitaba el pasillo central. El suelo de mármol se había cubierto en gran parte con una alfombra de tono carmesí, y todo el resto de la estancia estaba decorado con sedas y brocados blancos. Entre los ventanales colgaban vistosos estandartes que llegaban hasta el zócalo, revestido con el mismo mármol del suelo, aunque labrado con inverosímiles filigranas. A ambos lados del pasillo se alineaban mediante largos cordeles cientos de sillones ricamente labrados y tapizados con terciopelo también blanco.

Recorrió el pasillo, evitando los obstáculos que aún quedaban por retirar, hasta la escalinata de mármol rosado por la que trepaba la alfombra. En lo alto, dominando la estancia, alojado en uno de los profundos nichos de ventana que jalonaban el muro, se hallaba el trono que en poco tiempo habría de ocupar Abd al Rahman. Se acercó a él para admirar el trabajo en oro de los artesanos y acarició con las yemas de los dedos la delicada seda, blanca como la nieve, con la que sin duda acababa de ser

revestido. Por un instante imaginó lo que el joven Abd al Rahman habría de sentir poco después al contemplar desde aquella posición privilegiada a los notables de Qurtuba, a todos los personajes destacados de la *jassa* de la ciudad y del emirato. Aquella mañana se iba a hacer realidad el deseo que había acaparado muchas de sus noches de insomnio de los últimos años. Sabía que en gran parte se debía a él, al arduo trabajo que en todo aquel tiempo había realizado para preparar el terreno al muchacho en el que tenía depositadas todas sus esperanzas, en el que todo Al Ándalus las había depositado ya. Buscó en su interior y descubrió que no sentía ninguna clase de remordimiento.

Todo se estaba desarrollando como lo había previsto, y sabía que la muerte de Abd Allah había sido tan necesaria como inevitable, el propio Abd Allah lo sabía. Le asaltó una repentina sensación de empatía hacia el viejo emir, quien había dejado entrever que aceptaba su destino sin hacer nada para evitarlo. Badr pensó que, ante la historia, aquel gesto postrero contribuiría a engrandecer la figura de un soberano que en vida se había distinguido por su ambición y por la falta de escrúpulos a la hora de apartar de su camino a quienes se oponían a sus intereses. Se decía que su hermano, el emir Al Mundhir, había muerto por la ponzoña que él mismo había ordenado administrarle, había quien le achacaba la responsabilidad de la muerte de su primogénito Muhammad, nadie dudaba de dónde había partido la orden de ejecutar a su hijo Mutarrif, y no quedaban ahí los crímenes que se le imputaban dentro de su propia familia, llevado por el temor a las conspiraciones y a los golpes palaciegos. A la hora de su propia muerte, sin embargo, había mostrado el mayor gesto de grandeza, con el que allanaba el camino a su elegido, por el bien de la dinastía y del emirato.

Badr fue de repente consciente del agotamiento que había acumulado, y con gusto hubiera tomado asiento en aquel mismo trono que acariciaba. Las lámparas del alcázar habían ardido durante toda la noche para permitir la incansable labor de centenares de funcionarios, y las horas apenas habían bastado para ultimar los cientos de detalles necesarios para garantizar una transición sin sobresaltos. Se habían redactado las cartas a los *‘ummāl* de todas las coras pidiéndoles el acta de juramento de fidelidad; se había hecho salir hacia las diferentes regiones del emirato a alamines de confianza encargados de recibir en persona ese mismo juramento por parte de los notables y del pueblo en general, con arreglo a una fórmula similar en todos los casos. En la mezquita mayor altos representantes del gobierno, en nombre del nuevo emir, recibirían desde el amanecer el juramento de todo el pueblo de Qurtuba y de los habitantes de las ciudades más próximas, que sin duda llegarían en los días siguientes. Allí estarían, entre otros, el visir zalmedina, el *qādī*, el *sahib al surta* y el *sahib al suq*, cumpliendo una función que en absoluto envidiaba, pues quizás habría de prolongarse toda la semana.

Los preparativos tocaban a su fin, y Badr decidió retirarse a descansar el tiempo

que restaba antes de iniciar la que había de ser otra agotadora jornada. Pensó en su esposa y en sus hijos, a los que hacía dos días que no veía. Quizás un baño en el *hamman* le hiciera bien antes de pasar por la vivienda que compartía con ellos dentro del alcázar. Decidió que allí tomaría un refrigerio, acompañado de té abundante para combatir el sueño. Mejor, hablaría con los médicos para añadir algo a aquel té. Y la indumentaria que debía vestir en aquella jornada especial… esperaba que su esposa se hubiera encargado de todo. Descendió de nuevo la escalinata y atravesó el salón, satisfecho con lo que veía. Pronto Qurtuba sería un hervidero, y él se encargaría de que los festejos estuvieran a la altura. Los cordobeses debían comprender desde el primer día de su reinado que Abd al Rahman III no iba a ser un emir más.

Badr decidió preguntar más tarde a los médicos cuál era el milagroso contenido de aquel saquete de hierbas que le habían proporcionado. De pie en un lateral del Maylis kamil, justo a los pies de la escalinata, en su escaño junto al resto de los visires, se descubrió pletórico, despierto, ebrio de emoción. Los responsables del protocolo habían realizado con éxito su compleja labor, ubicando en aquel salón ahora repleto de rostros expectantes a los miembros más destacados de la sociedad cordobesa. Ocupaban un lugar preferente los hijos y los hermanos del emir fallecido, junto a los miembros de Quraysh, la tribu del Profeta a la que pertenecían los omeyas. A continuación se encontraban los *mawali*, ligados al emir por tratados de clientela y cuya posición privilegiada indicaba que constituían la base principal del poder de la dinastía. Tras los visires se alineaban los prefectos, los altos funcionarios del Tesoro, los administradores del ejército y los generales más sobresalientes, los magistrados y qadíes, los alfaquíes y los ulemas, hasta completar un mosaico multicolor en que cada indumentaria rivalizaba con las demás, tejidas con las magníficas y exclusivas telas del *tiraz*, al alcance de muy pocos en Qurtuba. La mayor parte de las cabezas se cubrían con bonetes de seda, aunque aquí y allá se resaltaba la presencia de algunos turbantes, cuyos portadores eran los representantes de las familias bereberes, así como algunos qadíes y magistrados, en señal de su condición. Por encima de todo destacaban en el salón las telas blancas, el color que distinguía a los omeyas y que aparecía en tapizados y colgaduras, y el color también del luto, que vestía la mayor parte de los familiares más allegados al viejo emir fallecido.

Badr alzó la vista, deslumbrado por aquella magnificencia de blanco y oro, contempló los rostros de los asistentes más cercanos y comprendió el efecto que aquella pompa y solemnidad producía en el ánimo de quienes habían de proporcionar su apoyo al nuevo emir. Ningún detalle se había dejado al azar, y de los pebeteros situados en los laterales surgían delicados aromas, de forma que todos los sentidos se veían colmados de sensaciones. Cuando el sonido de los timbales, las trompas y las chirimías atronó en el aire, se le erizó el vello de los brazos y hubo de tragar saliva, pues notó un nudo de emoción en la garganta. Entonces medio centenar de miembros

de la guardia personal del emir hicieron su entrada con paso marcial, al ritmo de una música sincopada. Se trataba de guerreros *saqaliba*, de extraordinaria envergadura, de piel clara y cabello rubio, eslavos procedentes de tierras cristianas situadas más allá de Rumiya. Entre ellos se intercalaban soldados nubios y sudaneses de piel tan negra como el carbón, de la misma talla y corpulencia que los primeros. Todos ellos lucían vistosos uniformes, y se cubrían los hombros con bellas capas de seda escarlata que anudaban al pecho con enormes broches dorados. Badr pensó que poco tendría que envidiar su indumentaria a la del propio soberano. Se dispusieron a ambos lados del pasillo central y, a las órdenes del oficial al mando, giraron sus talones al unísono hasta quedar enfrentados entre sí, presentando con una ligera inclinación sus lanzas, de las que pendían colgaduras blancas.

La música se redujo a un ligero redoble de tambores, hasta que el sonido inconfundible y agudo de chirimías y trompas anunció la entrada inminente del nuevo emir. Todas las cabezas se volvieron entonces hacia las espléndidas puertas recubiertas de oro, que permanecían completamente abiertas, y allí, con la figura recortada a contraluz, hizo su aparición el joven Abd al Rahman. Avanzó con paso solemne, con ambas manos cruzadas sobre el pecho. La capa de seda blanca con incrustaciones de pedrería y cubierta con filigrana de oro caía sobre su espalda, y un turbante del mismo material le ceñía la cabeza, con una enorme esmeralda en la frente.

Cuando el joven pasó por delante de los visires, Badr observó su expresión con interés. Su mirada, que mantenía al frente, seguía reflejando la inteligencia de siempre, pero ahora sus ojos azules parecían centellas que trataban de captar cuanto sucedía a su alrededor. Los labios apretados, el ceño fruncido y los ojos ligeramente entornados delataban una firme determinación. Las lanzas de la guardia que se cruzaban sobre el pasillo central se abrían a su paso por la alfombra carmesí como al único destinado a seguir el camino que conducía al trono. Abd al Rahman ascendió con solemnidad la escalinata deteniéndose un instante en cada uno de los escalones, hasta que alcanzó la plataforma de mármol sobre la que se situaba el asiento real, en un plano superior, y se volvió para enfrentarse al auditorio. En ese momento apareció desde un lateral el *imām* de la mezquita mayor, el más anciano, que, con la indumentaria propia del culto, realizó la invocación a Allah y comenzó a recitar el exordio que compone la primera sura del Qurān. Escogió para la ocasión los pasajes del libro sagrado referidos a la obligación del monarca de defender la fe verdadera, pronunció con fervor aquellos que remarcan que solo Allah es el verdadero rey y finalmente dio gracias al Todopoderoso por enviar a los creyentes un hombre piadoso, justo y decidido a cumplir con los preceptos de la ley islámica.

Una vez recibida la bendición del *imām*, fue el *qādī* principal de la ciudad el que tomó el protagonismo, como segunda autoridad civil tras el soberano. Ascendió la

escalinata hasta quedar un peldaño por debajo de él y, con las fórmulas rituales de rigor, le hizo entrega de los símbolos de su poder: el báculo dorado y el sello en el que se había grabado su nombre, y que había de sustituir al que tan solo una jornada antes pusiera en su mano el viejo Abd Allah. Por fin, solemnemente, Abd al Rahman tomó asiento en el trono, el tercero de los símbolos de su reinado.

Los primeros que le juraron lealtad fueron sus tíos paternos, que se inclinaron ante él envueltos en sus túnicas de riguroso luto. Les siguieron los hermanos de su abuelo, y fue Ahmad, el mayor, quien, después de jurar su fidelidad, tomó la palabra en nombre de los anteriores.

—¡Por Allah, quien sabía lo que hacía cuando te escogió para gobernarnos a todos! —exclamó con ardor—. Lo esperábamos del favor que Allah nos concede como prueba de que vela por nosotros. Lo que le pedimos es que nos inspire la gratitud debida, nos conceda sus beneficios y nos enseñe a alabarlo. Que Allah bendiga al tercer Abd al Rahman entre los emires de nuestra dinastía.

Terminó de hablar e inclinó la cabeza en una profunda reverencia. El emir le devolvió el gesto, uniendo las manos delante del pecho.

Ya se levantaban los visires para ser los siguientes en llevar a cabo la jura cuando Abd al Rahman se puso en pie y los detuvo con un gesto.

—Ya como emir vuestro, y antes de proseguir con los juramentos de fidelidad, deseo que conozcáis de mis propios labios los sueños que me mueven a aceptar esta pesada carga que el Todopoderoso ha puesto sobre mis hombros. En primer lugar —se dirigió a los ocupantes de las primeras filas—, deseo mostrar mi agradecimiento público a mis tíos y a los hermanos de mi abuelo, quienes han aceptado, ignorando su legítima ambición, el designio divino, que coincide con el deseo de Abd Allah.

»Mi anhelo más profundo es poder estar a la altura de esa renuncia, y desde hoy me propongo dedicar cada uno de mis pensamientos, cada momento del día, al servicio de Qurtuba, de Al Ándalus y de los mandatos del Todopoderoso. Es Él quien sin duda ha inspirado las iniciativas que pretendo llevar a cabo en los primeros días de mi reinado, que tendrá como objetivo fundamental convertir en unidad lo que ahora es fraccionamiento, defección y disidencia. La propia administración ha de sufrir grandes cambios, de los que tendréis noticia en las próximas semanas.

El emir dirigió la vista al lugar que ocupaban sus visires.

—Algunos de vosotros seguiréis en vuestro cargo, algunos dejaréis paso a otros, y solo uno de vosotros será elevado al puesto de mayor dignidad y confianza de cuantos compondrán mi gobierno.

Un murmullo recorrió el salón, mientras el emir hacía una estudiada pausa.

—Ese hombre —prosiguió— ha sido el responsable de que vosotros, con la intercesión del Todopoderoso, me hayáis juzgado como el más digno sucesor de mi abuelo. Como preceptor, supo inculcar en mí el amor por el saber y el conocimiento;

como visir, ha demostrado su valía en cada una de sus decisiones. Es mi deseo situarlo a mi lado en los difíciles tiempos que nos aguardan, y por ello anuncio en este momento el nombramiento oficial de Badr ibn Ahmad como mi nuevo *hāchib*.

La ceremonia de jura se prolongó el resto de la mañana. A medida que los componentes del *dīwān*, los cargos religiosos y los miembros de la *jassa qurtubí* cumplían con el trámite, abandonaban el salón para dirigirse a uno de los jardines más bellos del alcázar, donde todo se había preparado para amenizar la espera. Enormes mesas cubiertas de deliciosos bocados se disponían entre las zonas bañadas por el agradable sol otoñal, a la sombra de sauces y palmeras, mientras los músicos de la corte entretenían a los presentes con la música de sus laúdes. Los notables de mayor rango, los primeros en abandonar el salón del trono, se distribuían en animados corrillos, pero sin duda el centro de atención era el nuevo *hāchib*. Todos los presentes eran conscientes del poder que aquel hombre, aún joven, ostentaba ahora. Desde los tiempos del *hāchib* Haxim ibn Abd al Aziz, durante el reinado de Muhammad I, nadie había ocupado tal cargo, que colocaba a su titular tan solo un peldaño por debajo del emir en la escala del poder ejecutivo y por encima del resto de los visires, que le debían obediencia.

Badr comprobó que el círculo a su alrededor aumentaba por momentos, y se hacían interminables las muestras de felicitación, a las que atendía con la mejor de sus sonrisas, aunque algunas rayaran en la adulación. Había sido el primer sorprendido al oír el insólito anuncio de Abd al Rahman y, aunque sabía del aprecio que este le profesaba, la emoción al escuchar de sus labios tal reconocimiento público había estado a punto de traicionarle. El efecto de la infusión de la mañana había pasado sin duda, la euforia que sentía era real. Respondía de forma cortés a los saludos que recibía, tratando de evitar que su mente viajara en el tiempo hasta el momento en que había estado a punto de perder la vida al cruzar la alcantarilla bajo las murallas del alcázar. Por ello, cuando el magistrado que le daba su parabién se retiró de aquella fila interminable, se sorprendió al encontrar el rostro sonriente de su esposa. El corazón le dio un vuelco, pero no pudo evitar una exclamación casi dolorosa cuando vio junto a ella a sus dos hijos.

—¡Nora! ¡Abd al Rahman! ¡Adur! —exclamó con tono contenido.

Se abrazó a la mujer que había sufrido las ausencias de los últimos años, y los dos muchachos los rodearon a ambos con los brazos. Badr, ahora sí absolutamente feliz, revolvió el cabello de ambos. No era casual que su primogénito, que contaba ya doce años, llevara el mismo nombre que el emir, ni que este lo hubiera apadrinado. Tampoco lo era el nombre del benjamín de nueve, quien, todavía abrazado a la túnica de su padre, fue el único capaz de articular una palabra.

—Todos estamos muy orgullosos de ti, padre.

Sus palabras desataron las emociones hasta entonces reprimidas. Badr, incapaz de

contener las lágrimas que pugnaban por brotar, ocultó el rostro en el velo de su esposa, y los dignatarios que les rodeaban disolvieron con discreción el círculo. El tronco de una palmera, junto al borde de una alberca, les sirvió de improvisado refugio cuando se les permitió retirarse para disfrutar de un instante de intimidad.

—Tus hijos y yo sabíamos que este día había de llegar —dijo Nora con su voz dulce, de forma apenas audible.

Badr, emocionado aún, le acarició la mejilla con las yemas de los dedos.

—Nada de todo esto hubiera sido posible sin ti —respondió—. Y me siento culpable, pues quizá no he prestado a mis hijos la atención que precisaban, volcado como estaba en…

Nora puso un dedo en los labios de su esposo, que se vio obligado a callar.

—Tus hijos han crecido mirándose en el mejor de los espejos, el de un hombre que les ha enseñado que, con empeño, cualquier meta puede ser alcanzada.

Badr bajó la mirada, y vio admiración, casi incredulidad, en el rostro de sus dos hijos. Sonrió, y volvió a jugar con sus cabellos.

—Mi nueva responsabilidad también os afecta a vosotros —advirtió—. Ahora sois los hijos del *hāchib,* y vuestro comportamiento deberá ser ejemplar. Habrá muchas miradas puestas en vosotros dos.

Ambos muchachos asintieron.

—Nos retiramos —anunció Nora, señalando al numeroso grupo de hombres que de nuevo fijaban su atención en ellos—. Tus compromisos te reclaman.

Badr se volvió hacia ella y, oculto por el tronco de la enorme palmera, rozó su rostro con los labios, acercándose a su oído.

—Está bien, pero esta noche espérame despierta —susurró con una sonrisa, antes de tomarla por el brazo para despedirla.

Al cabo de un instante el *hāchib* Badr se vio de nuevo engullido por el grupo.

La ceremonia del juramento finalizó poco antes del mediodía para permitir el traslado de toda la corte a la mezquita mayor, donde tuvo lugar la ceremonia fúnebre que precedió a la inhumación de los restos de Abd Allah. El viejo emir recibió sepultura en el cementerio de Al Rawda, dentro de los muros del alcázar, en la misma tierra en la que descansaban sus antepasados, aquellos que le habían precedido en la responsabilidad del emirato. Abd al Rahman se postró en la tierra recién removida y, con infinito respeto, recitó las oraciones fúnebres por su abuelo.

En el exterior, el júbilo se imponía al duelo, y los cordobeses se habían entregado a unas celebraciones que habrían de prolongarse durante días, tantos como durara la jura de los súbditos ante los representantes del emir en la mezquita. Abd al Rahman se había mostrado pródigo con los fondos destinados a los festejos, lo cual constituía un motivo añadido de satisfacción para los *qurtubíes,* que podían olvidar momentáneamente las penurias que la ciudad venía padeciendo.

Después de un tiempo para el descanso que también él había aprovechado con gusto, al anochecer, Badr fue requerido por Abd al Rahman en sus dependencias privadas. El nuevo *hāchib* acudió intrigado, pues había supuesto que tras el funeral, celebrado aquel mismo jueves, la actividad quedaría aplazada hasta la mañana del sábado, para permitir la asistencia a la mezquita y la celebración del viernes. Sin embargo, aquel día el trabajo para los escribanos aún no había terminado. El emir había decidido redactar tanto los decretos de cese como los nombramientos de los nuevos visires aquella misma noche y deseaba contar con su aprobación. Badr siempre había reconocido mejor que nadie la capacidad del muchacho que ahora portaba en su mano el símbolo del poder real, pero durante aquel encuentro comprobó que había decidido asir con fuerza las riendas desde el primer instante. Fue consciente de ello al pasar la vista por la lista de nombres que Abd al Rahman sometía a su consideración y al escuchar los motivos que le habían llevado a incluirlos en ella.

Cuando los documentos quedaron ultimados, Badr no pudo evitar un placentero estremecimiento, al imaginar, desde su recién estrenada posición de poder, el momento en que, tras la última oración del día, los elegidos y los cesados recibieran la visita de los secretarios de palacio en sus residencias. Aquella noche, pensó con una sonrisa, serían otros quienes no pudieran conciliar el sueño.

15

Pampilona

Las lágrimas se deslizaban por los profundos surcos de la piel del rostro de Onneca. Delicadamente, con los dedos índice y corazón de la mano derecha, trataba de cortarles el paso, mientras con la izquierda sostenía un pequeño pañuelo pegado a su nariz.

—Debes perdonarme, Toda —se excusó ante su hija—, no debería llorar. Pero es tan grande la emoción…

Toda se acercó y tomó asiento junto a su madre, en uno de los bancos que circundaban la enorme chimenea. Los primeros fríos del invierno habían llegado ya, y los troncos de haya que ardían delante de ellas caldeaban la estancia y proporcionaban una agradable sensación de bienestar. Depositó el pergamino entre ambas y le pasó el brazo por el cuello, que el cabello cuidadosamente recogido en su tocado dejaba al descubierto.

—Esta carta ha hecho aflorar en ti recuerdos dolorosos, sin duda, pero las noticias que nos transmite son motivo de alegría.

—Lo son, Toda. ¡Vaya si lo son! ¡Mi nieto Abd al Rahman es el nuevo emir de Al Ándalus!

Onneca parecía querer pronunciarlo en voz alta para acabar de creerlo.

—¿Quién podía imaginar algo así? Un muchacho de veintiún años, sangre de tu sangre, es ahora el hombre más poderoso de la Península.

—También es tu sobrino, Toda. ¡El emir de Qurtuba es sobrino de los reyes de Pampilona! —Rio.

El rostro de Onneca se contrajo en una mueca extraña, a medio camino entre la sonrisa y la amargura, pero en un instante sus ojos se arrasaron de nuevo y sus labios comenzaron a temblar de forma incontrolada. Toda tomó su mano y la apretó con fuerza. Permanecieron unos minutos en silencio, escuchando el crepitar de los leños, contemplando el reflejo de las llamas en el muro y sintiendo el temblor de los sollozos apagados.

—Lloro por lo que dejé allí, Toda —logró decir al fin, con voz entrecortada—. Parte de mi vida quedó entre aquellos muros, que ya apenas recuerdo. Durante años traté de imaginar cómo serían los rasgos de mi hijo, al pasar de la adolescencia a la madurez, albergué la esperanza de volver a verlo algún día. Hasta que llegó la noticia de su muerte…

Su voz se quebró de nuevo.

—Han pasado muchos años, madre. En ese tiempo Dios te ha bendecido con un

esposo que te ama, tres hijos más… ¡y unos nietos que te adoran!

—¡Lo sé, Toda, lo sé! —dijo apretando su mano con fuerza—. El poco tiempo que me queda de vida no será suficiente para agradecer tanta felicidad al Altísimo. Pero las espinas que se clavan en el corazón de una madre quedan ahí, y ahí permanecerán hasta que deje de latir.

—El joven Abd al Rahman es fruto de su simiente…

—Así es, y de Muzna, a quien amo como si fuera una hija, a pesar de no haber tenido oportunidad de conocerla. De alguna forma Muhammad se perpetúa en mi nieto, pero…

—Desearías conocerlo…

—Anhelo tenerlo delante, mirar sus ojos azules y descubrir en ellos la mirada de Muhammad, ver en mi nieto los rasgos de mi hijo. —Su voz sonaba extrañamente aguda, a punto de quebrarse otra vez—. Daría lo que me queda de vida…

Las lágrimas caían ahora hasta empapar la tela de su vestido.

—¿Crees…? ¿Crees que todavía hay tiempo? —preguntó, hablando con la boca exageradamente abierta para poder respirar—. Tengo sesenta y cuatro años, soy ya vieja, pero podría soportar un viaje hasta Qurtuba.

—¿Con el único propósito de ver a tu nieto?

—Que Dios me perdone, pero Abd Allah era el obstáculo que se interponía entre él y yo. Sé que jamás hubiera permitido mi regreso, y mucho menos un reencuentro. Jamás he deseado su muerte, pero… pero ha muerto.

—Deseas viajar hasta Qurtuba y solicitar una audiencia para conocer a tu nieto…

—Toda, ese pergamino puede cambiar muchas cosas. Ahora el emir es pariente directo de tu esposo, el rey de Pampilona. ¿No sería el momento de que Sancho enviara una embajada? ¿Por qué seguir empeñados en este enfrentamiento estéril? Hasta ahora Sancho ha gozado de la protección del Señor, de Santa María, del apóstol Santiago y de nuestras santas Nunilo y Alodia, ha conseguido doblegar a los caudillos de los Banū Qasī del Ebro, pero… ¿crees que no ha de llegar el día en que el curso de la batalla resulte desfavorable? ¿En que Sancho regrese amortajado en unas parihuelas? O lo que es peor, en que su cabeza sea izada sobre una pica en las murallas de Tutila…

—¡Madre!

—Piénsalo, Toda. Cuando yo nací vivía aún mi bisabuelo, Enneco Arista, cuya sangre corre por tus venas, ¡y por las de tu esposo Sancho! Su madre llevaba mi mismo nombre, Onneca, y tras la muerte de su esposo casó con el caudillo muladí del Ebro, Mūsa ibn Fortún. Su hijo, Mūsa ibn Mūsa, era hermano de Enneco Arista, y juntos lucharon contra nuestros enemigos comunes. ¿Lo comprendes, Toda? Enneco luchaba por su fe, Mūsa por la suya, pero el lazo de la sangre demostró ser más fuerte que el del credo. Juntos, hombro con hombro, supieron defender a sus pueblos de la

ambición de los francos y de la prepotencia de Qurtuba, y a su cooperación debe Sancho el trono que ocupa. ¿Por qué no podría volver a ser de la misma manera? ¿Por qué no acabar con la lucha que se prolonga desde hace diez generaciones?

Toda contempló con ternura el semblante todavía descompuesto de su madre.

—Temes un enfrentamiento entre Sancho y Abd al Rahman…

Onneca volvió la cabeza hacia ella, y asintió lentamente. Después cerró los ojos y apretó los labios con fuerza.

—Las cosas han cambiado tanto desde los tiempos de Enneco… Nuestros aliados son ahora los reyes cristianos de León, los condes de Castilla, de Aragón y de Pallars, el conde de Barcelona… Sancho no podría tomar decisiones como la que acabas de exponer, que comprometan las alianzas que tanto esfuerzo ha costado recuperar.

—No soportaría ver a mi nieto al frente de las tropas que arrasen nuestro país…

—Eso no sucederá, madre —dijo, tratando de mostrar seguridad.

—¿Por qué no alcanzar una tregua, un tratado que establezca de forma definitiva las fronteras entre los reinos cristianos y las tierras musulmanas? —insistió—. La paz trae el bienestar a los pueblos, florece el comercio, los hombres jóvenes cultivan los campos y engendran hijos en sus esposas en lugar de morir ensartados en los campos de batalla…

—Sancho te dirá que es mandato divino proteger la fe verdadera, luchar contra los infieles que invadieron las tierras de la cristiandad, y más en este momento, en que el emirato se encuentra a merced de sus enemigos.

Onneca miró a su hija sin ocultar la amargura que sentía.

—Todavía te debates entre el amor a los dos mundos que has conocido… —afirmó Toda.

—Recuerdo con añoranza mis años de estancia en Qurtuba, a pesar de las dificultades y los momentos dramáticos que hube de superar junto a tu abuelo.

—No será fácil que tu deseo se haga realidad. Debes ser consciente de ello.

—Prométeme que hablarás de ello con tu esposo. Me consta que tiene en cuenta tus consejos.

Toda asintió con una sonrisa y acarició el dorso de la mano de su madre con fuerza.

—Dispondré lo necesario para responder al correo de nuestra querida Muzna —anunció Toda, levantándose del banco.

El rostro de Onneca se iluminó.

—Muzna… —repitió—. ¿Te das cuenta, Toda? Una joven, vascona como tú y como yo, cautiva y esclava, convertida ahora en la reina madre. Algo así solo puede pasar en ese lugar asombroso.

16

Qurtuba

Badr desempeñaba su nuevo cometido con total dedicación, pero las horas del día resultaban escasas para seguir el ritmo que marcaba el joven Abd al Rahman. Tan solo se había concedido un día, el de su entronización, para empezar a disponer las piezas del proyecto que, bien lo sabía, llevaba tiempo madurando en la soledad de sus aposentos, en las bibliotecas, durante las conversaciones con su abuelo, pero también en las largas entrevistas que últimamente le gustaba mantener con los jefes del ejército, con los responsables de la recaudación, con todo aquel de quien tuviera algo que aprender… y con él.

Las primeras lluvias del otoño llegaron con timidez a Qurtuba la cuarta mañana del reinado de Abd al Rahman, y hasta el salón de gobierno, iluminado por una luz tenue y poco habitual, ascendía el aroma a tierra mojada de los jardines que rodeaban el pabellón. Los convocados permanecían todavía en pie en el centro de la estancia, formando corrillos, a la espera de que se anunciara la entrada del soberano. Una mesa baja ocupaba la práctica totalidad del salón, bordeada por decenas de cojines y almohadones sobre la alfombra que cubría el suelo. Se encontraban allí los nuevos visires, pero también varios generales del ejército cordobés con su comandante, Ibn Abí Abda, a la cabeza, el *sahib al suq* y el *sahib al surta*, responsable de la policía, algunos de los más altos funcionarios del *dīwān* encargados del tesoro y de la recaudación de los impuestos y, en una posición destacada, a juzgar por la actitud del resto hacia él, el nuevo *hāchib*.

Todos se volvieron hacia el estrado cuando uno de los chambelanes, precedido por cuatro miembros de la guardia palatina, anunció la presencia del emir. Abd al Rahman hizo su aparición de forma solemne a través de la entrada en el frontal de la estancia que comunicaba con sus aposentos privados y asintió ante la respetuosa inclinación de todos los presentes.

—En el nombre de Allah, os saludo —dijo, al tiempo que les invitaba con un gesto a ocupar los lugares que el protocolo les asignaba.

Varios escribanos, discretamente ubicados, sostenían ya los cálamos con los que habrían de registrar el contenido de aquella trascendental reunión.

Los rostros eran de expectación, en algunos casos no exenta de temor. Para algunos de aquellos hombres se trataba de su primer encuentro con el emir tras un nombramiento inesperado que les había colmado de orgullo, pero que también había depositado sobre sus hombros una inesperada responsabilidad.

—Doy la bienvenida de forma especial a mis nuevos visires —añadió Abd al

Rahman, buscándolos con la mirada—. Habéis sido elegidos por vuestras cualidades, y no por vuestro linaje, que a partir de este momento solo será un factor más a la hora de nombrar a mis colaboradores. Como todos los que me acompañáis, asumís un grave compromiso, y el empeño y el acierto a la hora de llevarlo a cabo serán lo que determine vuestra presencia en esta sala en el futuro. Es más, os anuncio, para que no os llevéis a engaño, que ni siquiera eso garantiza vuestra continuidad, pues me propongo renovar con periodicidad los cargos del *dīwān* para evitar los vicios que tantos problemas han causado en el pasado.

»He mantenido conversaciones privadas con la mayoría de vosotros, y de todas ellas he obtenido útiles ideas y consejos. Durante los últimos años, con la ayuda de mis preceptores —desvió la mirada hacia Badr—, he completado mi formación, y en ella se han incluido provechosos estudios sobre los textos de quienes me han precedido en el ejercicio del poder, no solo en Al Ándalus, ni siquiera en Bagdad y en Damasco, sino en Constantinopla, en Roma y en Cartago, en las viejas *polis* griegas… De todos ellos se pueden extraer interesantes lecciones, que espero lograr aplicar con acierto en los próximos tiempos, con la ayuda de Allah.

»Esta exigencia comenzará conmigo mismo, pues tengo el convencimiento de que una de las razones por las que nuestra dinastía ha estado a punto de perder el poder es que el emir empezara a ocuparse de asuntos que debería haber dejado en manos de funcionarios. Al sentarse en la Puerta de la Justicia, ante el pueblo, para decidir sobre la calidad del hilado de una mujer o sobre el precio de un esclavo, descuidaba los asuntos verdaderamente importantes, la dirección de la guerra y la lucha contra quienes minaban su autoridad. ¿Qué utilidad hay en ocuparse de asuntos que corresponden al *qādī*, incluso al *sahib al suq*, si se abandona la vigilancia contra los rebeldes o la seguridad de los caminos que nos abastecen? Esa será mi prioridad: encabezar la lucha contra los sediciosos y restaurar en Al Ándalus la autoridad de los omeyas, rodeándome para ello de hombres capaces como vosotros, que se encarguen de hacer funcionar la maquinaria del Estado.

»Me propongo ahora desgranar ante vosotros los objetivos que me planteo, los medios que me he propuesto utilizar y las metas que pretendo alcanzar. Así que asentad cómodamente vuestras ilustres posaderas, porque la tarea es ingente, y larga puede ser esta exposición.

Un coro unánime de risas surgió entre los asistentes, y Badr pensó que aquello era una muestra más de la inteligencia del joven soberano, que con dos pinceladas de humor y de adulación se había sabido ganar ya la estima del auditorio.

—Como os decía, el eje de toda nuestra actuación futura será la lucha contra la sedición, no solo de los rebeldes *muwalladun*, sino de los caudillos locales, árabes incluso, que amparados por la distancia cuestionan nuestra autoridad, se declaran independientes del poder de Qurtuba y dejan de participar con sus impuestos en la

riqueza del tesoro. Y para ello es fundamental potenciar el ejército emiral, realizar una profunda reforma en él y aumentar su tamaño con efectivos experimentados y bien remunerados, de forma que podamos estar seguros de su lealtad para evitar las hasta ahora frecuentes deserciones.

El emir se interrumpió y fijó la mirada en uno de sus generales.

—Parece que Qasīm tiene algo que objetar, a juzgar por su expresión.

El oficial, sorprendido hasta enrojecer, improvisó su respuesta.

—*Sahib*, no han sido otras las demandas de los generales en los últimos lustros, pero nuestras peticiones siempre han chocado con la escasez de recursos del Tesoro. Las levas han tenido que realizarse por la fuerza, y el ejército en demasiadas ocasiones se ha engrosado con efectivos desmotivados y bisoños, cuando no abiertamente hostiles a la autoridad de sus mandos. ¿De dónde van a salir ahora los ingentes recursos que requiere una transformación como la que planteas?

—Por fortuna, vuestro esfuerzo militar en los últimos años ha producido frutos que, aunque limitados, nos han permitido incorporar territorios que estaban vedados a nuestros recaudadores, y con ellos han entrado nuevos tributos en nuestras arcas. De igual manera, pretendo adoptar medidas que más tarde detallaré con el objeto de aumentar la riqueza de nuestra gente y, con ella, la recaudación de nuevos impuestos. Pues bien, en un primer momento, me propongo dedicar todos los recursos disponibles a potenciar el ejército.

—*Sahib* —dijo uno de los antiguos visires después de obtener el permiso del emir—, el hambre amenaza cada vez con más frecuencia grandes zonas del emirato, incluida la capital. ¿Qué va a ser de nuestras gentes si una nueva sequía se abate sobre nosotros?

—Tú lo dices, Abd al Malik —respondió, llamándolo por su nombre—. ¿Qué ha sucedido durante las últimas hambrunas? Las arcas estaban vacías, porque no había recursos para llenarlas, y lo poco que había se empleaba en dar sustento por unos días a una población que finalmente resultaba diezmada por la escasez y las epidemias. Solo nos quedaban las oraciones y las rogativas. ¿Es que nadie hasta ahora se ha planteado el motivo de esa escasez? No siempre se ha debido a la sequía. Los rebeldes han cerrado nuestras vías de abastecimiento, las alquerías que nos proveían de grano y de ganado quedaban arrasadas con frecuencia, cuando no abandonadas por el temor a los ataques. Pretendo poner de nuevo en cultivo las tierras que se han visto abandonadas, roturar otras y repoblar esas mismas aldeas y alquerías, y que la autoridad recobrada permita mantener abiertas las rutas comerciales, desde Qurtuba hasta el resto de las ciudades de Al Ándalus y los puertos de nuestras costas. Pero para ello necesitaremos un ejército poderoso, que haga patente su presencia en todas las tierras del emirato.

Abd al Rahman había hablado con vehemencia, y Badr aprovechó una pequeña

pausa en su discurso para intervenir.

—Es deseo de nuestro emir, y así nos lo ha hecho saber, contar con la ayuda de los *junud*, las tropas al mando de nuestros aliados de origen sirio, que, a lo largo y ancho de la Península, aportan sus efectivos en cada una de las aceifas que nos proponemos emprender. La manera de aumentar los efectivos que estos aporten será la concesión, en caso de victoria, del dominio pleno de sus fortalezas y territorios, solo sometidos al pago de los correspondientes tributos. Creemos que este sistema de patronazgo, ya practicado en tiempos pasados, engrosará de forma notable las filas de nuestro ejército.

—La situación en la que nos encontramos no es halagüeña, y quizá nuestros propósitos tarden años en dar sus frutos —continuó el emir—, pero creemos que esta es la manera de detener esta rueda que gira sin freno por la pendiente desde los tiempos del emir Muhammad. Solo un ejército poderoso, bien equipado, motivado y fiel será capaz de imponer de nuevo la autoridad en todo el territorio. Con la paz, y con ayuda de Allah, llegará de modo gradual el aumento de la actividad económica que nos permitirá acometer nuevas empresas y seguir fortaleciendo el ejército que acabe por imponer sus razones en los últimos bastiones de rebelión. Un ejército poderoso disuadirá a quienes se ven tentados de sumarse a la disidencia. Ofreceremos la posibilidad de integrarse en él a aquellos de nuestros enemigos que resulten derrotados. Solo así se detendrá la rueda, hasta que al fin empiece a remontar la pendiente.

Badr, con discreción, paseó la mirada alrededor de la enorme mesa y descubrió que la mayoría de las cabezas ya asentían de forma ostensible.

—Los cambios en el ejército irán acompañados, y así lo hemos discutido con su comandante, Ibn Abí Abda, y con nuestro *hāchib*, de modificaciones fundamentales en la estrategia militar. Hasta ahora, la eficacia de nuestras acciones era dudosa, pues los ejércitos de Qurtuba se limitaban a atravesar las zonas expeditas entre las fortalezas rebeldes, sitiando algunas de ellas aquí y allá. En numerosas ocasiones, tras denodados esfuerzos por conquistarlas, el empeño se veía coronado por el éxito, a costa de grandes bajas por la ventajosa posición de los defensores. Aun así, cuando los rebeldes veían desaparecer la retaguardia de nuestras tropas por la última revuelta del camino, no con poca frecuencia los *husūn* eran reconquistados, haciendo estéril tal esfuerzo. Aunque quizá sea más apropiado que Ibn Abí Abda os exponga las conclusiones a las que hemos llegado tras discutir la nueva estrategia.

El general se puso en pie e inclinó la cabeza ante el emir en señal de respeto.

—Con el permiso de nuestro emir —empezó, al tiempo que iniciaba un incesante deambular característico en él—. Nuestra actuación futura se basa en la apuesta decidida del emir por volcar desde el primer momento todos los esfuerzos en el refuerzo del ejército, y en el establecimiento de una eficaz red de gobernadores

militares en todas y cada una de las ciudades reconquistadas, que deben quedar pertrechadas con cuantiosas guarniciones, adecuadamente equipadas y dispuestas a enfrentar cualquier señal de revuelta. Estos gobernadores militares tendrán como misión la vigilancia constante, la supervisión cuidadosa, de su territorio y las frecuentes visitas a cada uno de los *husūn*, ciudades y aldeas, con el fin de sofocar cualquier levantamiento antes de que este llegue a extenderse. Y como el resto de cargos públicos, tales gobernadores serán sustituidos con periodicidad para evitar la tentación de la defección.

»En el pasado, nuestras aceifas encontraban, al llegar a su destino, a la totalidad de los efectivos rebeldes, llegados desde ciudades, fortalezas e incluso desde las coras vecinas. Llegará un momento en que, con el aumento progresivo de nuestras tropas, podamos dividirlas en dos ejércitos diferentes, que ataquen de forma coordinada, de manera que tengamos garantizado el éxito en aquel objetivo que nuestro enemigo se vea obligado a dejar más desprotegido.

»No pretendo centrar nuestra atención en la revuelta de Ibn Hafsún, pero nadie duda de que él es nuestro principal enemigo y, por consiguiente, el primero de nuestros objetivos. No atacaremos Burbaster como en el pasado, ni siquiera sus fortalezas más inexpugnables. Nos lanzaremos primero sobre los castillos y fortalezas menos defendidos, los más alejados del nido de ese maldito, para ir cercando sus posiciones gradualmente. Entretanto, dado que esta tarea llevará años, las ciudades recuperadas contribuirán con sus tributos a seguir incrementando nuestra fuerza. Solo cuando estemos seguros de ella, atacaremos el corazón de la rebelión.

»Desde el punto de vista militar, aspiramos a reforzar el poder de nuestros ejércitos con máquinas de guerra, arietes y almajaneques y con el uso de proyectiles incendiarios…

—Está bien —le interrumpió el emir—, quizá tales detalles no vengan hoy al caso y sea más propio discutirlos con tus generales. A mis visires les resultará de más interés saber que, al margen de la estrategia militar de ataque directo, nos proponemos cortar las vías de aprovisionamiento de nuestros enemigos.

—Hace tiempo que nuestros informadores detectaron el aprovisionamiento de los rebeldes a través del mar, con barcos cargados de mercancías procedentes del Maghrib —prosiguió el general—. Sin embargo, últimamente no utilizan los puertos de las ciudades principales, sino calas aisladas, donde las desembarcan para trasladarlas a sus fortalezas, lo que dificulta enormemente su interceptación. Es objetivo de nuestro emir incrementar la vigilancia en las costas y, a medida que sea posible, aumentar nuestra flota de guerra.

—Esto nos lleva a otro asunto de especial gravedad: el avance de los fatimíes en Ifriqiya y en el Maghrib. Desde que Al Mahdi se proclamara califa hace tres años, su influencia en la zona no ha dejado de aumentar, su ejército avanza hacia el norte y, de

seguir así, no pasará mucho tiempo antes de que lo tengamos a la vista, al otro lado del Estrecho. Las noticias que nos llegan sobre la envergadura de su flota son alarmantes, y todo indica que, sin una respuesta adecuada, las escasas millas de mar que nos separan no serán suficientes para detener su avance. A nadie se le escapa el hecho de que los fatimíes, esos apóstatas shiíes de credo ismailita, son desde hace generaciones nuestros enemigos más acérrimos. Por el momento, nos consta que utiliza la alianza con algunos de nuestros enemigos como forma de debilitarnos. Ibn Hafsún es indudablemente uno de ellos, y creemos que el aprovisionamiento que recibe está sufragado con el oro de Al Mahdi. Contamos con diplomáticos en el Maghrib que tratan de favorecer alianzas con las tribus bereberes locales que asimismo ven peligrar su pervivencia por el afán de expansión de los fatimíes, pero ha de llegar el momento en que nuestras tropas crucen el Estrecho para detener su amenaza. Y aquí surge de nuevo la necesidad de una flota digna de tal nombre.

—La flota del emirato ha venido creciendo desde los tiempos del segundo Abd al Rahman, tras los ataques de los *machūs* —intervino uno de los almirantes—. Sin embargo, ni el número ni la calidad de nuestros navíos nos coloca en situación de soportar la más benévola comparación con la flota fatimí, compuesta al parecer por miles de naves, fondeadas en puertos del Bahr Arrum a escasas jornadas de navegación de nuestras costas.

—Ese será uno de mis objetivos en cuanto a la defensa de nuestras fronteras. En el sur se encuentra la amenaza fatimí, pero no es menor la preocupación que siento por la situación en la Frontera Superior. Desde la muerte de Lubb ibn Muhammad en las cercanías de Banbaluna a manos de Sancho, la situación resulta comprometida en las tierras del Ūadi Ibrū. Los Banū Qasī, nuestros clientes, apenas pueden contener el avance cristiano, cada vez más decidido, y solo la muerte del rey Alfuns y el reparto del reino entre sus tres hijos han permitido que las alianzas entre reyes y condes cristianos no hayan tomado forma hasta ahora. Pero también ha de llegar el momento en que nuestra intervención en las Marcas se haga imprescindible si no queremos ver nuestros minaretes convertidos en campanarios al sur del Ūadi Tadjo.

La intensa luz de un relámpago inundó la sala, y poco después el sonido grave y poderoso del trueno se coló entre los cortinajes.

—¡Que Allah nos proteja! —murmuraron al unísono varios de los reunidos, siguiendo la fórmula habitual para el caso.

Abd al Rahman sonrió.

—Que Allah nos proteja de las inclemencias del cielo, y nos guíe en el difícil camino que emprendemos —añadió—. Porque habéis de saber que me dispongo a acometer reformas en la composición de la administración y del ejército que quizá no resulten comprensibles para algunos de los miembros mayoritariamente árabes de la *jassa* cordobesa, la misma que ha venido sustentando a los omeyas en el poder desde

la época del primer Abd al Rahman.

Un murmullo de desconcierto se extendió por la sala.

—En esta misma sala tenéis una pequeña prueba de lo que digo. Miraos unos a otros. Algunos de mis nuevos visires no sois árabes de raza, sino de origen *muwallad*, como lo será el nuevo *qādī*, Aslam ibn Abd al Aziz, cuyo nombramiento me dispongo a hacer público en los próximos días.

Badr fue uno de los asombrados. El emir no había sometido aquella decisión a su opinión en ningún momento, quizá porque sabía que aborrecía a Aslam. Un cierto resquemor se instaló en su ánimo mientras el emir proseguía con su discurso.

—Creo firmemente que el progreso de los rebeldes en los últimos treinta años se ha debido a que Qurtuba ha cerrado la posibilidad de ascenso social a cualquier hombre, por capaz que fuera, que no perteneciera al Quraysh o a las tribus árabes y sirias que colaboraron en la conquista. Muchos *muwalladun*, por el hecho de descender de hispanos conversos, han visto todas las puertas cerradas en nuestra sociedad, y eso los ha arrojado a manos de quienes les prometían tales derechos en una nueva sociedad libre del gobierno de los omeyas. Lo mismo ocurre con los *dimmīs*, judíos y mozárabes, que han pasado a engrosar en masa las filas de la sedición. El mismo Ibn Hafsún se vio impelido a apostatar y se hizo bautizar para pescar en las aguas revueltas del descontento mozárabe, porque el emirato ha renunciado a echar en ellas sus redes. Me propongo corregir ese desatino, y no dudaré en nombrar como gobernador de una *kūra* a un *muwallad* si considero que es el hombre más adecuado, como no he dudado al nombrar a alguno de mis visires y al propio *qādī* de Qurtuba. Las puertas de mi ejército deberán quedar abiertas para todos los *muwalladun* que decidan abandonar a los rebeldes, se les concederá el *amán* y, si demuestran su valía, se les permitirá ascender en la escala de la oficialidad, hasta alcanzar el rango más elevado que sean capaces de desempeñar con eficacia. Los *muwalladun* son la fracción más numerosa de nuestra sociedad, la más arraigada a su tierra, y su exclusión ha estado en el origen de nuestro fracaso.

Las últimas palabras iban dirigidas a los generales que ocupaban uno de los laterales del salón. Todos ellos mostraban expresiones de desconcierto, pero uno tras otro acabaron por asentir. Sin embargo, el emir no les permitió rumiar aquellas órdenes, contrarias a la práctica que durante años habían asumido como inmutable.

—El tiempo corre en nuestra contra, y no pienso esperar a la primavera para lanzar el primer ataque contra los rebeldes. La *madinat* Istiya se encuentra a las puertas de la capital de Al Ándalus y todavía mantiene su alianza con Umar ibn Hafsún. Quiero que el primer golpe de mi reinado acabe con tal desafío, y que la Bab as-Sudda se pueble con las cabezas de quienes se atrevan a cuestionar la autoridad del emir de Qurtuba. —El golpe del que hablaba se vio materializado con energía sobre el brazo del sitial que ocupaba.

»Y bien… es todo —concluyó el emir, al tiempo que se levantaba—. Mantendré reuniones de trabajo con cada uno de vosotros y con los funcionarios del palacio que se encuentran bajo vuestra responsabilidad, en las que abordaremos los asuntos de vuestra incumbencia. Ahora, podéis retiraros.

Los *siqlab* se pusieron en guardia y presentaron sus armas, con la mirada perdida al frente. El emir se disponía ya a pasar por delante de ellos cuando Badr consiguió llamar su atención adelantándose hasta el borde del estrado. Abd al Rahman alzó las cejas en un gesto mudo de interrogación, y el *hāchib* se limitó a asentir. Fue suficiente para que regresara a su sitial.

—Hay un asunto del que no hemos tenido ocasión de hablar y, sin embargo, me preocupa —dijo, mientras comprobaba que los últimos asistentes abandonaban el salón—. Como *hāchib* creo que debo…

—¡Badr! —exclamó el emir—. ¿Acaso ahora te intimida un anillo en mi dedo? ¡Allah sea alabado! ¡Habla!

—Quizá sea prematuro, todavía eres joven… pero en algún momento deberíamos tratar el asunto de tu matrimonio. La existencia de un heredero es garantía de continuidad, y una vez en el trono…

Abd al Rahman rio de forma espontánea.

—Si se trata de asegurar un heredero, busca en el *harém* y elige el que te parezca más apropiado. Pero procura que tenga las piernas más largas que su padre, para un príncipe resulta muy incómodo tener que mostrarse a caballo para parecer más alto —dijo en voz baja, a punto de estallar en una carcajada.

Badr se esforzó por mantener la compostura.

—Me refiero a tomar a una esposa de tu linaje, no a los hijos bastardos de tus esclavas. Necesitas un heredero cuya sangre impida que su legitimidad sea cuestionada.

—Lo sé, Badr, lo sé. Tan solo permite que me desahogue un momento. Necesitaba descargar la tensión. Es tan incómodo permanecer siempre envarado y con el rostro circunspecto…

Esta vez fue el *hāchib* quien sonrió abiertamente.

—Has impresionado a tus visires, y a tus generales. Lo he visto en sus caras.

—¿Y a ti?

—También a mí. Créeme.

—En ese caso puedo estar satisfecho. Y tú puedes hablarme de mi esposa. Estoy seguro de que ya sabes todo sobre ella… ¿Cuándo me la vas a presentar?

Esta vez sí, ambos estallaron en una carcajada.

—Es un tema que ya traté con mi abuelo antes de su muerte… y estoy seguro de que también lo hiciste tú. Sé quién es la mujer en la que estás pensando.

—¿Fátima al Qurayshiya?

Abd al Rahman asintió.

—Es la hija menor del emir Al Mundhir, ha sido educada en el alcázar y os conocéis desde niños, crecisteis juntos hasta su pubertad. Su linaje no presenta la menor tacha, es qurayshí por parte de padre, y por parte de madre nadie podrá restar legitimidad a vuestro hijo. Y además se trata de una mujer de un atractivo innegable.

—Solo tiene un inconveniente, es cuatro años mayor que yo.

—Una belleza de veinticinco años, que puede ejercer a la perfección el papel de *As Sayyida* cuando te dé tu primer hijo legítimo.

—¿Puedo confiarte un secreto? Cuando tenía solo doce años… estaba perdidamente enamorado de ella. Cada día asistía embelesado a su transformación, hasta verla convertida en una auténtica mujer, con aquellos senos perfectos y recién estrenados… Después la apartaron de nosotros, y apenas la he vuelto a ver.

—En ese caso, ¿tu respuesta es…? —casi afirmó Badr.

—Concierta una entrevista con ella —respondió el emir, riendo de nuevo—. ¡Duras son las responsabilidades de un soberano!

17

Diario de la a’saifa emprendida por el emir Abd al Rahman III en el mes de Rajab del año 300 de la Hégira

Dijo el profeta Muhammad: «Busca el conocimiento desde la cuna hasta la tumba.» La memoria es frágil, la palabra se ve arrastrada por el viento, y el cantar de los poetas solo alcanzaría el oído de quien tuviera la fortuna de escuchar sus versos si el Todopoderoso no hubiera concedido a sus criaturas el milagro de la escritura. Es el pergamino el que ha traído hasta nosotros el saber de los antiguos, las gestas de los héroes y las hazañas de los gobernantes que nos precedieron.

Por ello, también yo, Abd al Rahman ibn Muhammad ibn Abd Allah, por el favor de Allah tercer emir de Al Ándalus de tal nombre, he decidido dictar a mi escribano los acontecimientos que acaezcan en la primera de las campañas que me dispongo a emprender para combatir a los que, en su extravío, se oponen a los designios divinos y a la legítima autoridad de sus gobernantes. Pretendo así que las generaciones venideras tengan constancia de este hecho fundamental en el inicio de mi reinado, para que extraigan alguna lección de mis aciertos, si los hay, y aprendan de mis más que seguros errores. Que Él me ayude a ser ecuánime en este empeño, pues me propongo registrar las victorias, pero también las derrotas, los actos de valor y los recelos de los cobardes, las muestras de crueldad y de grandeza.

Doy inicio a esta crónica en el arrabal de Saqunda, el viernes día sexto de Ramadán, víspera de la partida. Solo Allah, El que todo lo ve, conoce el día en que haya de ponerle el punto final, y si seré yo mismo quien lo haga o por el contrario alguno de mis escribientes habrá de consignar aquí el día de la muerte del soberano de más breve reinado. A Él, el Clemente, el Misericordioso, me encomiendo.

Sábado, 7 de Ramadán del año 300 de la Hégira
(17 de abril de 913)

Seis meses han pasado desde el inicio de mi reinado, y no puedo sino inclinarme ante el Todopoderoso para dar gracias por los favores que me concede. Fue el chambelán Badr, enviado contra la insumisa y petulante ciudad de Istiya con grandes fuerzas y hombres numerosos, quien proporcionó a los cordobeses el primer motivo de satisfacción de mi reinado. La muralla de Istiya, según contaron, fue construida entre dos mamparos, uno de roca blanca y otro de roca roja, en los que no hace mella

el hierro. En lugar de almenas, lucían en su cima estatuas de mármol blanco, de manera que quien las veía de lejos no dudaba de que eran hombres que la guardaban. De nada sirvió contra el empuje de nuestro ejército cuando Badr ordenó destruirla, momento en el cual Allah infundió el terror en el corazón de los rebeldes, quienes prefirieron acogerse a la obediencia y rendirse a mi *hāchib*. Fiel a mis mandatos, les concedió el *amán*, disculpando sus faltas, perdonando sus maldades pasadas y tratándolos con consideración. Integró a sus caballeros y paladines en el ejército con amplias mercedes y concesiones para sus deudos. Por mérito de Badr, apenas hubo derramamiento de sangre y, a la vista de lo sucedido, las victorias se sucedieron en lugares cercanos, como cuando se quiebra un collar y las perlas se precipitan en secuencia.

A primeros de Rajab, hace dos meses ya, se iniciaron los preparativos para la campaña que me dispongo a encabezar en persona. Después del *al'ard* los ejércitos reclutados en las coras se han citado en el campamento de Saqunda, donde mis generales han dado lo mejor de sí mismos para organizar las dispersas fuerzas que en cada jornada se sumaban a nuestras tropas. Ellos se han encargado de preparar a los mejores soldados, dotarlos de monturas suficientes y armamento adecuado, y, lo que es más importante, de motivarlos para acometer con moral de victoria una campaña que, por ser la primera, ha de resultar crucial para el futuro.

Durante este tiempo centenares de mensajeros han partido de Qurtuba para reclamar a los gobernadores de las regiones a las que nos dirigimos la movilización de sus tropas. Hasta la fecha de hoy solo los *junud* de Damasco afincados en la *kūra* de Ilvira nos han hecho llegar su respuesta afirmativa. Que Allah se apiade de quienes no sigan su ejemplo, pues no me ha de temblar la mano en el castigo a quien me demuestre desafecto. Cuelgan ya de la Bab as-Sudda las primeras cabezas de mis enemigos, para escarnio y advertencia a los que opten por la senda de la desobediencia y la sedición.

Esta mañana, al amanecer, como ceremonia previa a la partida, ha tenido lugar el alarde más multitudinario al que jamás haya asistido. Toda la ciudad de Qurtuba ha atravesado el puente para mostrar su apoyo a las tropas reales. La bendición de los estandartes dentro de la mezquita aljama ha resultado conmovedora, y diríase que las tropas han partido en volandas, aupadas por la fuerza y el deseo de victoria de la ciudad entera.

Queda al frente del gobierno mi *hāchib*, Badr ibn Ahmad, en quien confío plenamente. Ya me ha servido a la perfección en Istiya, proporcionando la primera y sonada victoria a su emir, y para él tengo reservadas nuevas responsabilidades el día de mi regreso, si Allah nos ayuda en su clemencia.

No partimos hacia las tierras de Ibn Hafsún, en la *kūra* de Rayya y Takurunna, sino hacia oriente, con intención de dar un rodeo por las tierras de Yayyān, para

apoderarnos de las plazas fuertes y los *husūn* que le son fieles, y privarle de su apoyo. Que Allah nos asista.

Martes, a 13 días por cumplir del mes de Ramadán
(27 de abril de 913)

Varias jornadas hace que llegamos a la leal Martus, donde recibí la petición de auxilio de la siempre fiel ciudad costera de Mālaqa, hostigada por el maldito Umar ibn Hafsún, quien sin duda codiciaba aprovecharse de su desamparo. Esa misma noche envié un cuerpo de ejército al mando de Ibn al Wárit con la orden de marchar velozmente, abreviando jornadas, para asegurar la ciudad. No dudo de que haya alcanzado su objetivo. Umar se habrá marchado, siempre temeroso de enfrentarse a fuerzas mejor dotadas; sin embargo, mis hombres quedarán irremediablemente inmovilizados como guarnición. Sea así, si es deseo de Allah.

Pero no es ese el hecho más trascendente ocurrido en los últimos días. El domingo mi ejército acampó ante la fortaleza de Munt Liyūn. Las mejores tropas emplearon todo el lunes en rodearla, escalando el monte que la domina, Yarisa, tras desalojar a los hombres del rebelde Sa'id ibn Hudayl que lo dominaban. Ha sido hoy, al amanecer, cuando el combate por la fortaleza se ha encarnizado, han ardido sus arrabales y se ha dado muerte a muchas de sus gentes, hasta que han penetrado en ella. A punto de perecer, Sa'id ibn Hudayl ha buscado refugio en el *amán* y ha abandonado sus almenas para entregar la fortaleza a su emir. Según el acta extendida en este mismo campamento, he cedido el gobierno de la fortaleza a Muhammad ibn Abd al Wahhab, y con él comparto la velada en mi *haymah* mientras mi escribiente consigna el hecho en esta crónica.

Marchamos mañana hacia el sur de la *kūra* de Yayyān, en busca de las tierras del Sumuntán, sede del rebelde Ubayd Allah al Saliya, consuegro del maldito Umar ibn Hafsún, desde donde domina la región e impide que la legítima autoridad de Qurtuba guíe la vida de sus esforzados habitantes. Que Allah continúe mostrando su benevolencia con quienes siguen sus dictados.

Lunes, 30 de Ramadán del año 300 de la Hégira
(10 de mayo de 913)

Nunca hasta ahora había disfrutado tanto del goce de la camaradería entre los hombres. Desde mi retiro, oigo aún sus cánticos y sus risas en esta fiesta de fin de Ramadán, que las tropas han celebrado satisfechas y exultantes después del anuncio de que esta semana habrán de recibir su estipendio duplicado. El botín hasta ahora capturado me permite tal largueza, y el arrojo demostrado en la campaña me inclina a la generosidad.

En Sumuntān, el consuegro de Ibn Hafsún, sobrecogido por tan poderosa fuerza, entregó sin resistencia todas sus fortalezas para pedir a continuación el *amán*. No menos de una decena de señores siguieron sus pasos en la *kūra* de Yayyān, y a todos ellos se les concedió mi perdón, no sin antes exigir las debidas garantías para evitar los errores cometidos en el pasado. Deberán prestar obediencia a los gobernadores recién nombrados, y todas las mujeres e hijos de los notables recién sometidos serán trasladados a Qurtuba como rehenes. Solo así tendré oportunidad de comprobar que su sumisión ha sido sincera e imperecedera. Tras estas victorias, Allah, El que todo lo puede, quiso que en la *kūra* de Yayyān empezara a consolidarse la obediencia y a reinar la seguridad en sus caminos.

Seguimos después nuestra campaña hacia la *kūra* de Ilbīra, y en esta marcha se rindieron a nuestro creciente ejército las ciudades de Basta, Tāyula, Murbít, Al Baráÿila y Al Asnad. Los señores rebeldes de Ūadi ‘Ís huyeron ante la proximidad de nuestros soldados, hasta que, al fin, hace ahora una semana, ordené montar nuestro campamento a las puertas de Finyāna, donde, según nuestras noticias, se encontraban muchos miembros de la banda del rebelde Ibn Hafsún, que engañaron a los habitantes, conminándoles a no rendirse con la esperanza de librarse por lo inexpugnable de su fortaleza. Sin embargo, los ejércitos los rodearon e incendiaron su arrabal, nuestros almajaneques hicieron bien su trabajo y, con las murallas derruidas, se volvieron atrás sumisos, ofreciendo la entrega de los hombres de Umar ibn Hafsún que les habían inducido a la rebeldía.

Cincuenta hombres de Ibn Hafsún fueron muertos aquella tarde, y entre los ejecutados, para escarmiento del resto de los perversos, se hallaban sus principales capitanes. Solo uno, Maslama ibn Ru’ba, salvó la vida, pues uno de los comandantes más fieles del ejército cordobés había visto cómo sus dos hijos caían prisioneros durante la toma de Finyāna. Maslama le fue entregado y, una vez acordado el canje, el rebelde pudo volver a las filas de Umar. Sabrán así, de sus labios, que Abd al Rahman premia a quienes le son fieles y no tiene piedad con quienes se enfrentan a su autoridad.

Un poderoso obstáculo se presenta ante nosotros y es que, una vez pacificado el lado norte de las ásperas montañas del Yabal Sulayr, se hace preciso atravesarlas para proseguir con la campaña. Nos llegan noticias de que el grueso de los rebeldes se concentra ahora en las fortalezas de su somontano meridional, y el nombre de Subīlas se cita como una de las más inexpugnables, donde se refugian ahora los herejes que han escapado de las ciudades sometidas. Nunca antes un ejército tan numeroso como el que me acompaña, pertrechado con poderosas máquinas de guerra, ha atravesado estas montañas por pasos donde las nubes cubren las veredas, donde mulas y carros se despeñan en abismos insondables y donde las nieves invernales no acaban de derretirse. Sin embargo, mis generales me hablan del espíritu de victoria de mis

tropas, y no será su comandante quien deje pasar la oportunidad de afrontar los nuevos objetivos que se nos presentan. Una vez más nos encomendamos al Todopoderoso, que hasta ahora nos ha cubierto con el manto de su protección.

Jueves, 24 de Sawal del año 300 de la Hégira
(3 de junio de 913)

Grandes sucesos han acontecido desde que el número de pliegos de esta crónica dejara de aumentar. Han transcurrido tres semanas desde que nuestro numeroso ejército consiguiera atravesar el Yabal Sulayr, las montañas que separan las coras de Yayyān e Ilbīra, descubriéndonos a todos las maravillas que Allah ha regalado a esta bendita tierra de Al Ándalus. Las empinadas veredas parecían interminables, como si se empeñaran en tocar el cielo, y el esfuerzo de los hombres por arrastrar el bagaje hizo que tardáramos cuatro largas jornadas en salvar una distancia que en la campiña habríamos recorrido en medio día. Los fuegos ardieron durante aquellas noches para evitar el frío, más propio del más duro invierno, pero nuestros ojos se extasiaron también en los torrentes cantarines que se precipitaban por las laderas, en los bosques, más exuberantes, en las fuentes de agua helada que por doquier saciaban la sed. Al alcanzar la cima, concedí un día de reposo a los hombres, que se solazaron con la abundante caza, y los espíritus se expandieron contemplando la inmensidad de la tierra a nuestros pies.

En las tierras de la vertiente meridional que los del lugar llaman Al Busherat[3], nos llegó la noticia de que Umar ibn Hafsún había alcanzado con todo su ejército la capital de Ilbīra, codiciando aprovechar la oportunidad que le daba nuestra lejanía. Hube de enviar por delante al general Abbás ibn Abd al Aziz con la caballería pesada, y hace solo dos días me comunicaron que los habitantes de Ilbīra hicieron con él causa común para enfrentarse al rebelde, al que juntos derrotaron, matando a infinidad de sus hombres sin número, entre ellos a uno de sus hijos, Ayyub, que Allah confunda. No acaban aquí las buenas nuevas, pues Umar ibn Ayyub, hijo del muerto, y por tanto nieto del rebelde Ibn Hafsún, ha sido apresado con vida.

Mientras tanto, las fortalezas de Al Busherat se han visto sitiadas una tras otra por el ejército, y en todos los casos han corrido la misma suerte. Solo Subīlas hizo honor a su fama, resultó ser cierto que en ella se habían refugiado los más animosos entre los miles de cristianos que huían de nuestra persecución. Nuestro ejército acampó ante sus murallas, las menos vulnerables y de suelo más abrupto de cuantas habíamos tenido ocasión de asaltar, cuando quedaban catorce noches de Sawal. Se destruyeron las cosechas, se talaron los árboles y se arruinaron sus recursos, pero su fortaleza era imposible de atacar con las piedras de los almajaneques, dado que no había dónde situar las máquinas. Tampoco a pie era posible el asalto, pues, junto a los cristianos, valerosos y enérgicos, se encontraba un nutrido grupo de los hombres de Ibn Hafsún.

Allah quiso dar una muestra más de la protección que brinda al emir de los cordobeses, porque una flecha certera, procedente de la fortaleza, a insólita distancia para cualquier arquero de nuestras tropas, vino a clavarse a dos palmos de mi pecho, sobre el tronco del árbol cuya sombra me cobijaba. Supimos luego que se trataba, sin duda, del mejor arquero de Ibn Hafsún, de nombre Abú Nasr, famoso por su puntería en objetivos lejanos, autor, posiblemente, de muchas de las bajas que nuestras tropas habían sufrido a lo largo de la campaña.

Sin embargo, no habíamos atravesado aquellas montañas para dejar indemne el refugio de nuestros enemigos más señalados. Se dio la orden de construir una plataforma para emplazar la catapulta, y en el empeño muchos de los nuestros cayeron abatidos por las flechas de Abú Nasr y del resto de los arqueros rebeldes. A pesar de todo, el ingenio quedó instalado y sus piedras alcanzaron la muralla, se les cortó el agua, y se apretó el cerco. Al cabo de cinco días, los habitantes de Subīlas se humillaron y se sometieron. Se les concedió el perdón a todos, pero hubo de sacarse a rastras a los hombres de Ibn Hafsún, cristianos en su mayor parte, a los que yo personalmente di orden de decapitar.

Domingo, décimo día de Dul Hiyah del año 300
(18 de julio de 913)

Hoy, día de la Pascua Grande, el triunfante ejército del emirato ha visto las murallas de la inmortal Qurtuba, después de noventa y dos jornadas completas de campaña, en las que se ha establecido la paz en las coras de Yayyān e Ilbīra. El primer año del reinado de Abd al Rahman quedará marcado para siempre por esta gesta de nuestras tropas, mientras que los rebeldes encabezados por Umar ibn Hafsún lo recordarán como el más nefasto de sus miserables vidas.

Tras Subīlas, dirigimos aún a nuestro ejército hacia la costa, contra Salubāniya, donde se refugiaba el maldito Ya’far, otro hijo de Ibn Hafsún. Asustado por nuestros sucesivos triunfos, huyó de allí de noche, para unirse a su padre en su capital de Burbaster, donde sin duda lloraron juntos la muerte de su hermano Ayyub.

Emprendimos el regreso por la fortaleza de Astīban[4], que perjudicaba a la gente de Garnāta y de Ilbīra. Los cristianos que las defendían resistieron nuestro encarnizado cerco durante veinte largos días, por lo que tuve que limitarme a construir contrabaluartes guarnecidos con los hombres más aguerridos y dotarlos de pertrechos y provisiones. Así se pacificaron las coras de Yayyān e Ilbīra, antes de nuestro regreso a la capital.

La recepción de los cordobeses ha hecho del día de hoy el más grande de cuantos se recuerdan en la ciudad. El éxtasis se ha apoderado de las gentes sencillas al ver cómo se colgaban en la Bab as-Sudda las cabezas de los adalides más señalados de la rebelión, junto al cadáver crucificado y pestilente del hijo del maldito. Las tropas han

cobrado sus soldadas y, a la hora en que hago estas anotaciones, las malgastan en los baños, las cantinas y las casas de placer. Los comerciantes, los artesanos y los puestos de la alcaicería no cerrarán sus puertas esta noche, el zoco rebosará de actividad en las semanas próximas y, en poco tiempo, las arcas del Estado comenzarán a recibir el beneficioso flujo de las alcabalas y de los impuestos recuperados en las coras.

No me resisto a transcribir aquí los versos que el poeta Ibn Abd Rabbihí ha pronunciado esta tarde en el curso de las celebraciones en el alcázar, y que ha tenido a bien entregarme como obsequio personal después de leerlos en alta voz ante toda la corte. Dicen así:

Murió la herejía, la infidelidad se rindió por entero,
y los caballos salvajes se humillaron a tomar brida y silla.
Volviste a meter en la cúpula del islam una bandera rebelde
que sacaste por la fuerza de las moradas del politeísmo
con un ejército con el cual se ahoga la vasta tierra,
un ejército guiado por la luna que avanza con sus estrellas.
En él ven los enemigos los brillantes relámpagos de la muerte,
y en él escuchan las melodías del trueno.
Cuando vieron cernirse sobre ellos al halcón,
tornáronse milanos, y hasta francolines.
Dejaste en las dos guaridas de Yayyan e Ilbira una carnicería,
que ha hecho llorar a renegados en tierras politeístas.
En una sola campaña ganaste doscientas fortalezas
llenas todas de petulantes rebeldes: ni Salomón tal hiciera
ni el constructor de la muralla de Gog y Magog.

Ibn Abd Rabbihí alcanzará así la notoriedad futura, por si no le bastan los cien dinares de oro que le he hecho entregar por su fértil inspiración.

Año 913, 301 de la Hégira

18

Burbaster

Los frondosos árboles de la ladera occidental proporcionaban la única sombra bajo la que cobijarse en aquella tórrida tarde de verano. La *alqasába*, que se alzaba en la cumbre, se volvía inhabitable durante las horas centrales del día en jornadas como aquella, en las que ni la más ligera brisa procedente del mar se movía en torno a la fortaleza. Por esa razón Umar había escogido el interior de la iglesia rupestre para reunirse con sus lugartenientes. El templo había sido excavado en la roca por generaciones de monjes eremitas que sin duda habían habitado aquel lugar durante centenares de años. Constaba de tres naves separadas por arcos, y el ábside semicircular se distinguía del resto por una simple elevación en forma de escalón, sobre la que se alzaba un primitivo altar. Destinada a acoger a la reducida comunidad monástica del monasterio anexo, se hallaba ahora ocupada por los hombres de Umar.

Ya'far, su hijo mayor, se hallaba sentado a su lado, en la cabecera, junto a Maqsim, el joven obispo de Burbaster. Frente a ellos, Hafs, Sulaymán y Abd al Rahman, los hermanos de Ya'far, compartían los reducidos bancos del templo con algunos de los lugartenientes de su padre y los alcaides de las fortalezas más cercanas presentes aquel día en el inaccesible refugio de las sierras de Rayya.

El rostro de Umar todavía delataba el hondo dolor que le había producido la muerte de su primogénito, Ayyub, en Ilbīra, a manos de uno de los generales del emir. Pero tanto sufrimiento como la pérdida de su hijo había causado en su espíritu el cautiverio de su nieto Umar, un muchacho de tan solo trece años al que el signo de los tiempos había llevado a guerrear junto a su padre cuando no era más que un niño. El desastre militar en que se había convertido su primer enfrentamiento con el nuevo emir parecía ahora lejano e insignificante en comparación con la creciente angustia que experimentaba al imaginar a su nieto huérfano y cautivo en las mazmorras del alcázar cordobés. Abrigaba todavía la esperanza de que el emir se mostrara clemente con él y, en un gesto desesperado, había enviado un emisario para solicitar su indulto. Recordaba en su misiva el episodio en que el entonces príncipe Muhammad, padre de Abd al Rahman, buscara refugio en Burbaster ante la persecución de su padre. Le hablaba del buen entendimiento que surgió en aquella entrevista y del compromiso de colaboración futura. En aquel momento él, Umar ibn Hafsún, había tenido en sus manos al príncipe heredero de Qurtuba, pero lo dejó marchar. Esperaba que el hijo de

Muhammad, ahora emir, mostrara en esta ocasión un gesto de generosidad similar hacia su nieto. Sin embargo, habían transcurrido semanas, y hasta su refugio no había llegado ninguna respuesta.

Lo que sí había llegado era la noticia de una nueva época de inestabilidad en la segunda *madina* de Al Ándalus, Ishbiliya, tras la muerte de su *‘amil*. Y ese era precisamente el motivo de la reunión que se disponían a celebrar.

Ya’far volvió la cabeza para mirar a su padre, al parecer ansioso por que diera comienzo a las explicaciones, si bien este le cedió la palabra con un gesto. A los treinta y cinco años, Ya’far era aún un hombre de aspecto joven, cuyo cuerpo, modelado en continuas cabalgadas y curtido por el aire de las montañas, no mostraba ninguno de los signos de cansancio que, en cambio, se evidenciaban en las facciones de su padre. Su posición en el clan había cambiado de forma imprevista con la muerte de Ayyub, y para todos era evidente que en aquellos meses había asumido con naturalidad una posición de liderazgo que parecía haber estado esperando. Carraspeó ligeramente, y se dispuso a hablar con cierto aire de satisfacción, aunque se esforzó por contener cualquier atisbo de sonrisa.

—Bien, todos sabemos por qué estamos aquí. Hace solo dos meses, regresamos a Burbaster derrotados y abatidos después de que los ejércitos del maldito omeya nos hicieran morder el polvo. No hay paliativos para suavizar la derrota: setenta fortalezas principales entregadas, sin lucha en numerosos casos por la cobardía de sus alcaides, y tres centenares de fortificaciones, entre alcazabas, atalayas y torres, muchas de ellas en zonas como Al Busherat, que creíamos inexpugnables, al abrigo de las montañas de Yabal Sulayr. Cientos de los nuestros yacen en los campos y en los arrabales, sin sepultura, los mejores, decapitados para satisfacer el ansia de trofeos de esa raza de bestias. Quizás el cadáver de mi hermano esté entre ellos, mientras nuestro sobrino se pudre bajo el suelo del alcázar…

Ya’far pareció vacilar, pero al instante se irguió y elevó el tono.

—Sin embargo, ninguna derrota es definitiva. Pese a que entonces era solo un muchacho, recuerdo que después de Bulāy todo parecía perdido, pero algunos de vosotros, y otros muchos que han caído, con mi padre al frente, supisteis mantener viva la llama de la legítima rebelión contra la invasión y la cruel tiranía que oprime a los verdaderos hispanos. Hace años que regresamos a la fe verdadera de nuestros antepasados —al decir esto colocó la mano sobre el anillo que el obispo Maqsim lucía en su diestra—, y desde entonces Dios Todopoderoso ha guiado nuestros pasos. Él nunca nos ha de abandonar si perseveramos en nuestra lucha, y las últimas noticias, que ya conocéis, nos animan a pensar que nada está perdido.

Maqsim carraspeó, y Ya’far se detuvo un instante.

—Por las caras de algunos —añadió el obispo, sujetándole la muñeca con suavidad en ademán de detener su discurso—, deduzco que no todos estáis al tanto de

los últimos acontecimientos. Quizá sería bueno que…

Ya’far asintió.

—Sabréis que en los primeros días de Muharram murió Abd al Rahman ibn Ibrahím ibn Hayay, el reyezuelo de Ishbiliya que, a pesar de mantener un principado prácticamente independiente, siempre se había negado a alzarse en armas contra el emir.

—No es de extrañar —intervino Umar, con gravedad—. Pero no es tanto mérito del emir como de su *hāchib*, Badr, quien le salvó la vida cuando su cabeza estaba a punto de rodar. Se le permitió regresar a Ishbiliya, y ese simple gesto fue suficiente para ganarse su lealtad para siempre.

—No obstante, ahora Ibn Hayay está muerto, y se dice que a manos de su propio hermano, Muhammad ibn Ibrahím, el *uālī* de Qarmūna, quien no coincide con tal sumisión a Qurtuba y que sin duda ambicionaba su puesto —continuó Ya’far—. Una vez eliminado su hermano, Muhammad reclamó el reconocimiento como caudillo de Ishbiliya, pero se encontró con un oponente de peso, su primo Ahmad ibn Maslama, que se había ganado el apoyo de los notables de la ciudad. Muhammad fue rechazado sin más cuando llegó, procedente de Qarmūna, y se le impidió tomar posesión del cargo que codiciaba.

»Ibn Maslama mantenía estrechos lazos con el emir, incluso le había ofrecido mantener la obediencia de la *kūra* de Ishbiliya a su autoridad. Se cuenta que, como muestra de su futura lealtad, incluso envió a Qurtuba una reata de mulas cargadas con una considerable cantidad de dinares de oro, procedentes de los impuestos recaudados en la ciudad.

—¡Traidor! —exclamó uno de los lugartenientes.

—Al parecer, no sirvió de nada —prosiguió Ya’far—, porque mientras tanto Muhammad ibn Ibrahím, que insistía en sus derechos, había decidido apelar también al emir solicitando que le concediera la administración de Ishbiliya y sus alrededores.

—¿Y a cuál de los dos favoreció? —preguntó otro.

Ya’far sonrió.

—Abd al Rahman, o su *hāchib*, o ambos… son muy listos. Sin duda han visto en estas luchas por el poder una excelente oportunidad para recuperar el control de toda la región. El emir otorgó oficialmente los privilegios sobre la ciudad al asesino de su hermano, Muhammad, a sabiendas de que en ese momento era Ibn Maslama quien tenía el dominio militar sobre Ishbiliya.

—¿Enfrentó a los dos pretendientes?

—Así es. En una hábil maniobra, nombró a Muhammad ibn Ibrahím *uālī* de toda la *kūra* y lo convenció para que regresara a su capital para reclamar su puesto. En las últimas semanas, con la autoridad que le concede el nombramiento del emir, ha ocupado las fortalezas más próximas a Ishbiliya, incluyendo el distrito de Al Sharaf,

y ha logrado cortar el flujo de alimentos y provisiones de cualquier tipo hasta la urbe. Imaginaréis que una ciudad tan poblada tiene pocas posibilidades de resistir un sitio prolongado.

—¿Y cómo disponéis de información tan detallada? —se extrañó el *alqáyid* de una de las fortalezas vecinas, recién llegado.

—Sabes que disponemos de buenos informadores, en Ishbiliya, en Qurtuba y en todos los lugares que nos importan. Incluso dentro del alcázar. No nos faltan amigos dispuestos a colaborar con nuestra causa. Por eso estamos al tanto de algunos detalles que ni siquiera los dos implicados conocen. Hace solo dos jornadas recibimos a un emisario procedente de Ishbiliya, enviado por Ibn Maslama.

Esta vez los rostros de sorpresa eran mayoría, lo que provocó un asomo de sonrisa en los labios de Ya'far. Umar, sin embargo, había adoptado una expresión más grave.

—Ibn Maslama se siente abrumado por el rechazo del emir. Cuenta con el apoyo de la ciudad, incluido el poder militar, pero, al no recibir alimentos del exterior, se enfrenta a una situación desesperada para la que sin duda no estaban preparados. Y ha decidido apelar a su último recurso.

Esta vez incluso el obispo se había incorporado con interés.

—¿Solicita acaso nuestra ayuda? ¿Un caudillo árabe recurriendo al auxilio de los resistentes cristianos?

—¿De qué te extrañas? —replicó Umar, serio—. No es la primera vez que se produce tal colaboración. Ya ocurrió en tiempos de su padre, Ibrahím ibn Hayay.

—Y a punto estuvo de costarle la vida a su hijo Abd al Rahman.

—Esta vez Ibn Maslama no tiene rehenes en Qurtuba —intervino de nuevo Ya'far.

—¡Pero nosotros sí, maldita sea! —estalló Umar ibn Hafsún.

Todos guardaron silencio, sorprendidos por la reacción de su caudillo. Resultaba evidente que había soportado la larga exposición, cuyos detalles de sobra conocía, sometido a una gran presión que, llegado el momento de debatir la respuesta a la petición de Ibn Maslama, se había liberado en forma de exabrupto.

En medio de la interrupción, el perfil de un recién llegado se recortó en el atrio de entrada, oscureciendo aún más el interior, lo que provocó que todos se volvieran hacia él. Este se apartó de la entrada y permaneció de pie al fondo, con la mirada fija en su caudillo.

Umar parecía consciente de que su falta de control no le favorecía en nada y, antes de atender a lo que aquel hombre tenía que decir, se explicó, esta vez con tono más sereno.

—Sabéis que siempre me he mostrado dispuesto a participar en cualquier campaña que pudiera perjudicar los intereses de Qurtuba. Nunca he dudado en sellar alianzas incluso con quienes, por la naturaleza de las cosas, podrían ser nuestros

enemigos. Pero no veo las ventajas de involucrarnos en esta partida en la que el emir parece jugar con ambos contendientes para acabar haciéndose con el tablero. Y por si fuera poco, mi nieto Umar está en su poder…

Fue Sulaymán quien tomó la palabra esta vez.

—Es cierto lo que dices, padre. Pero Ishbiliya es la segunda *madina* de Al Ándalus, y son cuantiosos los tributos que obtendrá de su actividad comercial. Todos sabemos a qué destinará Abd al Rahman esos recursos. Es nuestro deber impedir que la ciudad caiga en manos de los cordobeses.

Umar le sostuvo la mirada a su hijo por un instante.

—¿Aun a riesgo de provocar la ira del emir? Sin duda el hijo de tu hermano morirá…

Sulaymán se limitó a mirarle, sin hablar.

Umar se volvió hacia el obispo.

—¿Qué tienes que decir tú, Maqsim?

El aludido pareció incómodo, pero, antes de responder, desvió la vista al fondo. El recién llegado avanzaba hacia el altar sin apartar los ojos del rostro de Umar. Se detuvo ante él y bajó la cabeza en señal de respeto.

—Me temo que vuestras dudas tienen ya poco sentido —declaró—. Vengo de Qurtuba precisamente para informar de la ejecución de tu nieto. Fue decapitado en público, y su cabeza cuelga desde hace cuatro días en la Bab al Qantara.

19

Qurtuba

Había transcurrido una semana desde su encuentro casual con el emir, y Maryam seguía sin que la fortuna le hubiera sonreído de aquella manera. Jamás habría imaginado que el pasatiempo al que dedicaba las interminables horas en el *harém* iba a hacerla rica en apenas un instante. El tedio había dominado su vida desde que, siendo tan solo una niña, había sido ofrecida como regalo al emir Abd Allah por su dueño, un rico comerciante ávido de obtener el favor real. Todavía virgen, pues en ello residía su valor, lo desconocía todo sobre la manera en que debía comportarse en caso de que su nuevo dueño la reclamara, y por ello pasó los primeros momentos temblando ante la posibilidad de que el anciano pusiera sus ojos en ella. Pronto comprendió que aquello era harto improbable, en un *harém* formado por cientos, quizá miles de concubinas, que suspiraban por la oportunidad de demostrar sus habilidades y encantos en el lecho del soberano. Pero aquella era una meta casi imposible de alcanzar para la mayor parte de ellas, que tenían que disputarse el favor del emir en lucha con sus esposas oficiales, con sus concubinas favoritas e incluso con algunos de los efebos con quienes también gustaba de solazarse.

Sin embargo, superó su ignorancia inicial al escuchar las historias, imaginarias o no, que cada noche amenizaban las largas veladas en las dependencias del *harém* que le había tocado compartir con otra treintena de muchachas. Pronto aprendió todo lo que podía saberse respecto a los placeres más íntimos, respecto a la forma de satisfacer a un hombre, en un ambiente cargado de sensualidad, desprovisto de cualquier tipo de tabú. La desnudez era habitual dentro de aquel espacio vedado a la vista de cualquier hombre, con excepción de los innumerables eunucos encargados de su atención y vigilancia. Su mente despertó al deseo escuchando las descripciones de los encuentros sexuales de las pocas afortunadas que habían conseguido atraer por un día la atención del propio emir o de alguno de los príncipes. Contempló cómo otras, solas o en pareja, se procuraban a sí mismas el placer que sus dueños les negaban. Incluso escuchó historias, seguramente adornadas por la fantasía, sobre algunos eunucos a los que llamaban «espadones», pues su mutilación había sido incompleta, y su miembro podía proporcionar a aquellas ávidas jóvenes el mismo goce que cualquier otro hombre, con la ventaja añadida de la ausencia de riesgo de preñez.

Aprendió a sobrevivir sin llamar demasiado la atención dentro de aquel ambiente

cerrado, donde las envidias y los recelos tenían todo el tiempo del mundo para anidar en los corazones, para crecer durante años y manifestarse en forma de violentos enfrentamientos, en los que no pocas veces llegaba a correr la sangre. Unas uñas afiladas bastaban para arruinar para siempre un rostro agraciado, y no era extraño que la desdichada, que veía así todas sus posibilidades cerradas, decidiera acabar con aquel tormento llevándose por delante la vida de su contrincante. Si no era su propia mano la que acababa con su vida, era el látigo de los eunucos o el hacha del verdugo el que administraba justicia de forma sumaria.

La muerte del emir Abd Allah no supuso demasiados cambios en el *harém*. Las esposas del soberano simplemente pasaron a ocupar un lugar menos destacado en la estricta jerarquía que imperaba dentro de aquellos muros, para dejar paso a Fátima, la primera esposa del nuevo y joven emir, que, educada dentro del protocolo palaciego, asumió con determinación y naturalidad su nuevo papel como *As Sayyida*. Sin duda compartiría su protagonismo con Muzna, la madre del emir, a quien este adoraba, y de ninguna manera permitiría verse relegada de las posiciones de preferencia en su entorno. También al frente de los eunucos, que a la sazón era uno de los puestos de mayor responsabilidad en el alcázar, seguía Talal, de quien se decía que guardaba una estrecha amistad con el *hāchib* Badr desde su infancia, cuando el primer ministro estuvo a punto de ser mutilado junto a él. Era algo que contribuía a aumentar el respeto y el temor que todos en el *harém* sentían por aquel hombre, cuyas órdenes se obedecían de inmediato y sin ninguna objeción.

Maryam había tenido ocasión de contemplar de cerca el agraciado rostro de Abd al Rahman con motivo de las ceremonias nupciales que se desarrollaron en el alcázar poco después de su entronización. Fátima lo acompañaba en aquella ocasión, deslumbrante, majestuosa, y Maryam comprendió lo que representaba la cercanía del hombre más poderoso del mundo que ella conocía. A todas luces aquella mujer sobrepasaba en años a su esposo, pero su serena belleza, su forma de caminar, propia de una auténtica reina, y el brillo de sus ojos, que solo podía proporcionar por una inmensa felicidad, bastaban para compensar cualquier diferencia de edad. Al ver pasar ante sí a la real pareja, Maryam sintió por primera vez algo parecido a la envidia. La visión tan próxima del joven emir le produjo un agradable cosquilleo en el vientre, que se acentuó al imaginar que tal vez un día sus miradas se cruzaran, que pudiera preguntar por su nombre, y al atardecer enviara a uno de los eunucos con el fin de solicitar que estuviera lista al final de la jornada para satisfacer sus deseos. Quién sabía, quizá su belleza y su juventud lo cautivaran, quizá se convirtiera en una de sus favoritas, quizá la cubriera de regalos, como había hecho con otras afortunadas…

Entonces ya era consciente de que, con dieciocho años, su belleza causaba admiración entre el resto de las esclavas y concubinas del *harém*. Ni ella misma podía

asegurar su origen, pues no recordaba a sus padres. Su única referencia era la figura de un hermano mayor que se había ocupado de ella antes de su separación definitiva en el mercado de esclavos de Qurtuba. A él debía el recuerdo de su edad y su nombre, María, que su primer dueño había arabizado, y la constancia de su origen en algún lejano lugar del norte. De sus raíces daban fe sus rasgos, un rostro claro y el cabello rubio, que le otorgaban un aspecto exótico en un *harém* donde predominaban las morenas de cabello oscuro, además de mujeres negras como la pez, tan exóticas como ella, pero procedentes al parecer del otro extremo del orbe, donde se decía que el sol extremado teñía su piel del color del carbón.

Sabía, porque así se lo habían contado, que los emires omeyas siempre habían sentido predilección por las mujeres como ella, y el propio Abd al Rahman, aunque lo tiñera con alheña, tenía el cabello rubio como su madre, Muzna, y como su abuela Onneca, ambas vasconas. Y Maryam sabía algo más: que su inteligencia era despierta, mucho más que la de la mayoría de las muchachas con las que convivía. Por eso tenía los pies en el suelo, y no se permitiría albergar esperanzas infundadas. Desechó todas aquellas ensoñaciones, y durante los meses que siguieron trató de acercarse, como había hecho siempre, a las esclavas y concubinas de las que tuviera algo que aprender. Recitar poesía, cantar o tañer un instrumento eran cualidades muy apreciadas entre los señores, de modo que a ello había dedicado las largas horas del día en aquel encierro dorado. Se les permitía pasear por los jardines del alcázar velados a la vista por altos muros, refrescarse durante los tórridos meses del verano en los numerosos estanques y canalillos o buscar en invierno el sol del mediodía en terrados protegidos con celosías. El tedio, no obstante, era la nota dominante en sus vidas. Los dedos acababan por dolerle de tañer su laúd, había memorizado más poemas de los que sería capaz de recitar sin quedarse afónica, las conversaciones insulsas acababan por aburrirla, y cualquier pequeña alteración en la rutina era bienvenida y despertaba su atención.

Uno de aquellos cambios se produjo una mañana de verano, con el emir ausente en su primera campaña contra los rebeldes muladíes. Maryam había salido al jardín manoseando un pequeño mendrugo de pan y, sentada a la sombra de un mirto, comenzó a desmenuzarlo sobre el suelo de ladrillos. De inmediato un grupo de gorriones se aproximó, sin atreverse a alcanzarlo. Lanzó las migajas más lejos y, entonces sí, los más avispados acudieron a picotearlas. Maryam sonrió y disfrutó de su compañía hasta que el pan se acabó. A partir de entonces, tomó por costumbre llevar un pequeño mendrugo en el bolsillo. El tercer día, un estornino solitario se sumó al grupo de gorriones. Tenía el pico amarillo, el pecho moteado de blanco y, al parecer, había anidado entre las ramas del arrayán que tenía a su espalda. Más audaz, pronto se adelantó a los demás, hasta hacerse con la totalidad de las migajas, mientras los gorriones saltaban nerviosos tras él privados del banquete.

Durante dos meses, el mismo estornino acudió a la cita todos los días. Cada vez se acercaba un poco más, hasta que Maryam, armada de paciencia, consiguió que picoteara las migajas en las yemas de sus dedos. Más tarde se posó en su palma durante un instante, y día tras día la confianza hizo que con solo extender el brazo, el pájaro se posara sobre su mano. Al final del verano, pasaba allí la mayor parte del día. Bajaba con su laúd y ensayaba nuevas melodías, mientras el estornino moteado la observaba desde una rama, en el banco de piedra sobre el que se sentaba o sobre su hombro. La mayor sorpresa, sin embargo, aún estaba por llegar. Una de las composiciones se le resistía, pero Maryam era testaruda, y había pasado la mañana repitiéndola una y otra vez, hasta que se sintió satisfecha con el resultado. Dejó el laúd sobre el banco y entonces, atónita, oyó de nuevo aquella misma melodía, nota por nota. Era el estornino el que cantaba.

El pájaro amaestrado se convirtió en la atracción del *harém*. Los eunucos acudían para observar el fenómeno y palmoteaban entusiasmados cuando el animal repetía con sus trinos la canción que Maryam tañía con el laúd. Uno de ellos propuso enjaularlo, pero desistió cuando Maryam amenazó con no volver si se atrevía a intentarlo. El propio Talal acudió hasta allí en dos ocasiones. La primera llegó un tanto reticente, como si un eunuco de su categoría se rebajara al contemplar el espectáculo que ofrecía una de las esclavas. Acabó sonriendo y abandonó el lugar sin hacer comentarios, aunque afirmaba con la cabeza. La segunda vez apareció de improviso y alterado, y ese día cambió para siempre la vida de Maryam.

—Esclava, ¿está contigo ese maldito pájaro? —espetó sin tiempo para el saludo.

Pareció respirar aliviado cuando vio que el estornino picoteaba en un platillo repleto de semillas.

—¡Debes prepararte! ¡Debes prepararlo todo! —dijo recorriendo el lugar con la mirada, tratando de abarcarlo todo—. ¡Es el emir, criatura! Ha oído hablar de tu pájaro amaestrado y viene hacia aquí.

Maryam reaccionó con más serenidad de la que ella misma hubiera imaginado. Solo tuvo tiempo de lamentar que sus ojos no estuvieran maquillados con *kuhl*, ni su cara blanqueada y sus mejillas coloreadas, que los dos mechones rizados en forma de cola de escorpión como dictaba la moda no enmarcaran su rostro, que sus manos no estuvieran pintadas con *alhínna*, ni su cuerpo bien perfumado… El séquito de Abd al Rahman hizo acto de presencia de inmediato. Unos guardias *saqaliba* como castillos se dispusieron en los accesos mientras un ejército de cortesanos, esclavos, eunucos y funcionarios se apresuraba a tomar posiciones poco antes de que el emir apareciera con caminar pausado y una expresión neutra que, sin embargo, parecía inclinarse hacia la sonrisa.

Alrededor de la muchacha se había formado un semicírculo casi perfecto, abierto únicamente para dejar paso al soberano, que se detuvo a solo tres pasos de ella.

—¿Cuál es tu nombre, muchacha?

—Maryam, mi dueño y señor —respondió mientras doblaba la rodilla y dirigía la mirada al suelo en un gesto de respeto y sumisión.

—Está bien, Maryam, levántate —le ordenó, con un gesto de la mano en que portaba el sello de oro—. Me han llegado comentarios sobre un curioso pájaro que al parecer has amaestrado…

—Así es, *sahib*. Pero el mérito no es mío, sino de esta inteligente criatura —respondió con la vista todavía clavada en el suelo.

Al acabar de hablar, emitió un breve silbido, y el estornino abandonó la rama que ocupaba para ir a posarse sobre el puño que había alzado. El emir observó detenidamente al animal.

—Es extraño que un ave de su especie se acerque a los humanos, y mucho menos en solitario. Siempre vuelan en grandes bandadas.

—Así es, mi señor. Pero esa no es más que una de sus peculiaridades. Si me permitís…

Adelantó la mano que sostenía al pájaro e hizo un gesto al emir para que alzara la suya. De inmediato, el estornino saltó al puño de Abd al Rahman, quien no pudo evitar una mueca de asombro. Por vez primera, Maryam contempló de cerca los ojos intensamente azules del emir, aunque fue apenas un instante, antes de retroceder hasta el asiento de piedra en el que había depositado su laúd.

—Os ruego que mantengáis la mano alzada —dijo mientras se colocaba el instrumento en el regazo—. ¿Desea mi señor sugerir el título de alguna cancioncilla que yo pueda interpretar?

—¿Conoces la *muwassaha* del ciervo y la gacela?

Maryam sonrió y asintió. De inmediato inició la melodía con el laúd, en medio del más absoluto silencio. Cuando calló el instrumento, el estornino comenzó a trinar sobre la mano del emir, reproduciendo nota por nota la conocida composición. El rostro del emir se iluminó con una sonrisa, abrió la boca desmesuradamente y, por fin, estalló en una sonora carcajada que ahuyentó al pájaro.

—¡Es tal como me lo habían contado! ¡Jamás había asistido a una demostración tan prodigiosa!

Maryam trató de hablar de nuevo, pero no tuvo oportunidad.

—No, no me digas que el mérito es de la inteligencia de ese pajarillo. Amaestrarlo así requiere una templanza y una paciencia muy especiales. De otra forma, a todas horas asistiríamos a espectáculos semejantes. Y tu dedicación se merece una recompensa a la altura del regocijo que me ha producido escucharos. ¡Escribano! Hoy me siento generoso. Redacta un documento en el que se haga constar la entrega a esta muchacha… Maryam ha dicho que se llama, de la cantidad de veinte mil dinares de oro.

Un murmullo de asombro recorrió el jardín.

—Empléalos como creas conveniente, te lo has ganado —señaló el emir, mientras recorría su cuerpo y su rostro con la mirada. Satisfecho, se dio la vuelta, y el extremo de su capa barrió la gravilla del pavimento.

En un instante, todo el cortejo había seguido los pasos del soberano y solo Talal y el escribano permanecían junto a Maryam, que aún no terminaba de asimilar lo que acababa de suceder.

—Eres una muchacha afortunada… —dijo Talal—, y desde hoy también muy rica.

—¿Ha dicho veinte mil dinares? —acertó a balbucear.

—Esa es la cifra que el escribano está registrando en el documento que se te va a entregar. Como te digo, hoy te acompaña la fortuna. Acaba de llegar a Qurtuba la noticia de que el *hāchib* Badr ha conquistado para el emir la ciudad de Ishbiliya, después de que el maldito Ibn Hafsún fracasara en su intento de ayudar a los reyezuelos que se disputaban su gobierno. Ese, y no otro, es el motivo de la generosidad del emir contigo. Sabe que desde hoy los tributos de Ishbiliya comenzarán a llenar sus arcas, y los veinte mil dinares que te entrega no son nada comparado con lo que ha ganado.

—¡Veinte mil dinares! —repitió Maryam, aún incrédula—. ¿Qué puedo hacer con esa suma? Ni siquiera dispongo de un modo de mantenerla a buen recaudo dentro del *harém*.

—De momento, no la hagas efectiva. Guarda este documento, que te servirá como pagaré en la oficina del Tesoro. Cuando necesites parte de ese dinero, yo puedo ofrecerte un lugar seguro donde no correrá peligro. Si es que confías en mí…

—Señor, ¿cómo podría no hacerlo? Eres el jefe de los eunucos de palacio, la mayor autoridad en el *harém* después de *As Sayyida* y la reina madre.

Talal pareció satisfecho con la respuesta. Tomó el documento recién lacrado de manos del escribano y se lo entregó a Maryam.

—El *harém* tampoco es lugar seguro para un documento tan importante —observó la muchacha—. Te ruego que seas tú quien lo conserve hasta que precise el dinero.

Desde aquel día nada fue igual para Maryam. La noticia recorrió el *harém* como una exhalación, y de la noche a la mañana la muchacha se convirtió en el centro de todos los corrillos. Fue reclamada en las dependencias donde habitualmente se reunían las favoritas, aquellas que sí compartían el lecho del emir, y allí trasladó su hasta entonces escaso ajuar. Accedió a un mundo diferente, donde las concubinas rivalizaban en belleza y elegancia, y también en riqueza, gracias a su patrimonio familiar o a los espléndidos regalos con los que el emir las obsequiaba durante sus encuentros. Descubrió que era precisamente su riqueza recién adquirida la que le

había abierto las puertas de aquel selecto grupo de mujeres.

Allí conoció en persona a Fátima, quien, como primera esposa, disponía de un suntuoso alojamiento privado comunicado con el resto del *harém*, con su propio servicio, sus propios eunucos e incluso un grupo de funcionarios que la ayudaban en la gestión de las obras pías a las que dedicaba parte de su tiempo. Fue en el *hammam* donde tuvo lugar el primer encuentro, y Maryam descubrió en la *As Sayyida* a una mujer pagada de sí misma, que hacía valer la distancia en la escala social que la separaba del resto de aquellas mujeres, a quienes trataba como rivales. También Maryam fue recibida como una afortunada advenediza y hubo de soportar hirientes comentarios sobre el escaso mérito que suponía amaestrar un pajarillo para obtener el favor del emir. Aunque no pasaron desapercibidas para ella las miradas de soslayo que Fátima dirigía a su cuerpo desnudo, joven, de formas perfectas, en las que adivinaba un poso de envidia y quizá también de temor.

El resto de las concubinas se deshacían en elogios hacia la primera esposa, alababan su belleza clásica, el contraste entre su rostro pálido, al que vedaba el contacto con los rayos de sol, y su cabello negro como la noche. Se congratulaban y exhibían grandes muestras de regocijo cuando esta recibía el aviso de la visita de Abd al Rahman a sus aposentos, en los encuentros reglados que como *As Sayyida* le correspondían, habitualmente semanales, y las raras veces que sus apetitos le llevaban a elegir de nuevo a su esposa oficial. Cuando Fátima salía por la puerta, siempre altiva y arrogante, comenzaban las críticas, cáusticas y despiadadas. Ni siquiera el emir se libraba de ellas, aun a sabiendas de que una palabra de más que llegara a los oídos equivocados podía exponer sus estilizados cuellos al filo del hacha. En voz baja reprochaban a Abd al Rahman que fuera un hombre de costumbres tan regulares, que se dejara llevar por la rutina a la hora de escoger a sus compañeras en el lecho, sin probar festines diferentes salvo en contadas ocasiones.

El paso de los meses y la convivencia continua, el carácter aparentemente reservado y humilde de Maryam y quizás el hecho de que evitara mostrarse como una rival peligrosa, permitió un acercamiento a sus nuevas compañeras y, de forma gradual, también Fátima la incluyó en su grupo de concubinas más próximas. Maryam mantenía los ojos y los oídos siempre alerta, copiaba todos los trucos y técnicas que las demás utilizaban para embellecer sus cuerpos, sus rostros y su cabello. Dispuso de su fortuna para adquirir sedas, joyas y afeites con los que emular el cuidado aspecto de sus compañeras, y poco a poco fue consciente de que era una más, con las mismas posibilidades de conseguir el objetivo común a todas dentro de aquellos muros. Sintió que si de algo había carecido era de la determinación necesaria, y fue entonces cuando empezó a anidar en ella la idea de buscar de forma activa la oportunidad que quizá no llegara nunca si se limitaba a esperarla agazapada en un rincón del *harém*.

Era el primer día en que en Qurtuba se hacía notar el frío intenso del invierno recién llegado, pero en el *hammam* que Maryam compartía aquella tarde con una decena de muchachas distaba mucho de sentirse.

—¡Qué descubrimiento! —exclamó una de ellas—. Parecía un volumen sin interés, perdido en los anaqueles más altos y cubierto de polvo, pero cuando abrí sus páginas… ¡no podía creer lo que leía! Lo que os he contado es solo una pequeña parte, hay cientos de historias como esas, llenas de sensualidad, de humor… realmente deliciosas.

—Y peligrosas —apuntó otra—. Si te descubren con ese libro en tu poder…

—¿Quién habría de hacerlo? Si todas callamos, nadie lo sabrá. Y tendremos diversión para todo el invierno —se opuso la tercera—. Anda, léenos una más.

—Sí, lo haré —dijo la primera, tomando de nuevo el libro en sus manos—. Esta historia la relata una virtuosa anciana llamada Hind, que regresaba de su peregrinación a La Meca. Escuchad.

Con voz sugerente y evocadora, la muchacha comenzó a leer.

Voy a contarte de mí algo que Allah Honrado y Poderoso sabe que es verdad. Luego de haber renunciado al mundo, tomé una vez el barco para volver de mi última peregrinación. Nos hallábamos en aquella nave hasta cinco mujeres, todas peregrinas, e íbamos cruzando el mar Rojo. Todas sabíamos del peligro al que nos enfrentábamos, cinco mujeres encerradas allí, rodeadas por rudos marinos.

Entre los marineros del barco había uno especialmente gallardo, de buena planta, ancho de hombros, muy bien hecho. La primera noche vi que venía hacia una de mis compañeras y, sin más miramientos, ni insinuaciones, sin molestarse en cruzar palabra, le cogió la mano y se la llevó a su miembro, que era muy grueso.

Un coro de risas y murmullos interrumpió la lectura.

—¿Y qué hizo la afortunada? —Rio una.

La muchacha bajó la vista, algo ruborizada, y continuó leyendo.

Ella, trastornada, al punto se le entregó. Yacieron en un rincón oscuro, y al rato la desgraciada regresó con las demás como si nada hubiera ocurrido.

En las noches siguientes fue haciendo otro tanto con las demás. Todas parecían temer el momento, sumidas en un mar de dudas y remordimiento, pero cuando aquel marino se les acercaba todas sucumbían, consumidas por la lujuria.

Cuando ya no quedaba sino una, que era yo, me dije para mis adentros: «Ahora las pagarás todas juntas.» Y tomando una navaja, la empuñé. Por la noche vino, según tenía costumbre y, cuando quiso hacer como otras veces y sacó su miembro, vio la navaja. Se asustó y trató de levantarse para irse. Pero al momento, viendo lo que tenía ante mí, arrojé la navaja al mar y le dije, asiéndolo por la muñeca:

—No, no te irás hasta que tome de ti lo que me corresponde.

Entonces cumplió su cometido, por lo que pido perdón a Allah [5].

La historia fue celebrada como las demás, entre risas y jugosos comentarios. La dueña del libro parecía disfrutar del protagonismo, pero lo cerró a toda prisa cuando oyó voces y movimiento en la entrada del *hammam*. Se alzó rápidamente y lo escondió entre los lienzos de algodón que se apilaban junto a una de las columnas. Al instante entró Fátima en la sala, sonriente y con paso decidido.

—Traigo grandes noticias, de las que a buen seguro os congratularéis —lanzó—. Acabo de recibir la visita de una de las camareras de palacio, con un recado de nuestro señor, ¡en el que me anuncia que esta noche será mi huésped!

Todas rodearon a Fátima, fingiendo satisfacción. Cuando llegó su turno, también Maryam aparentó.

—Allah te bendice, noble señora, haciendo de nuestro señor tu huésped —dijo con cortesía—. Algo por lo que muchas de nosotras daríamos cuanto tenemos.

Volvió a tomar asiento sobre la cálida plataforma de mármol blanco, asió el laúd, que reposaba en el pedestal de una columna, y comenzó a tañer, improvisando una casida:

Oh, noche tal que si me fuera vendida o pudiera comprarse
adquiriría yo al precio de cuantos son mis más caros deseos.

—¡Pobre Maryam! Estás exagerando, y es porque idealizas el momento que todavía estás por vivir. Quizá fueran motivo de tales parabienes nuestros primeros encuentros, cuando nos amábamos tiernamente, disfrutando el uno del otro hasta que el alba nos traía la primera luz. Ahora es distinto, una vez conseguido el placer, se da la vuelta, mira para otro lado y sin duda se pone a pensar en los muchos asuntos que ocupan su mente.

—Señora, el placer está en la novedad. Quizás ahora estés sufriendo los inconvenientes del intenso goce que experimentaste en los primeros encuentros. Pero te juro que para mí todo el mundo es poco comparado con esta gracia que Allah te otorga, y que ojalá disfrutes con plenitud. Y te digo que si pudiera comprarla con todo lo que poseo, sin retener más que el vestido con el que me cubro, lo haría de buena gana, considerando que gano con el trueque.

—Necia, ¿me comprarías esta noche de la que tanto hablas si te la vendiera?

—Lo haría, señora. Pídeme lo que quieras.

Fátima se quedó perpleja, mirando a la muchacha fijamente, sin saber si estaba hablando realmente en serio.

—Dame tus veinte mil dinares y te la vendo —bromeó.

—Acepto y compro —respondió Maryam—. Espera aquí.

Se puso de forma apresurada la túnica y las babuchas, y abandonó el *hammam* en busca de Talal.

Regresó cuando Fátima aún no había terminado de acicalarse para el encuentro con su esposo. Una esclava le estaba aplicando *kuhl* en los párpados, lo que

aumentaba el tamaño de sus ojos, que parecieron salírsele de las órbitas cuando vio las bolsas de cuero que dos eunucos portaban en sus brazos.

—Aquí están, señora. Veinte sacos repletos de dinares de oro. Veinte mil monedas en total, puedes comprobarlo.

Por la gravedad de su rostro, la *As Sayyida* parecía haber comprendido que aquella vulgar esclava no estaba bromeando, pero el intenso brillo de sus ojos indicaba que se debatía entre la codicia y la prudencia. Durante un momento que a Maryam se le hizo eterno, nadie habló. Las dos mujeres permanecieron en pie, inmóviles, dirigiendo sus miradas desde sus rostros a los brazos de los eunucos de forma alternativa. Por fin Fátima se volvió hacia las esclavas que la atendían.

—Encargaos de ellas —dijo con determinación—. Acepto el trato.

Maryam se acercó y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

—Tan solo una cosa más, señora. Necesitaré un escrito firmado por tu mano que demuestre que esta noche me ha sido vendida y que sirva como recibo de la cantidad que te entrego.

—Llamad a un escribano —ordenó Fátima en respuesta.

Con el pliego firmemente sujeto en la mano izquierda, Maryam caminó tranquila hasta su aposento, se hizo peinar, se dejó aplicar afeites en el rostro y el resto del cuerpo y se puso su perfume más penetrante. Vistió sus mejores sedas y salió en busca del camino que había de conducir a Abd al Rahman hasta la cámara dispuesta para recibirlo. Allí se apostó, sin saber si el ligero temblor de sus piernas se debía a la corriente de aire de la galería o a la locura que acababa de cometer.

Abd al Rahman apareció al fondo del corredor acompañado por un eunuco y escoltado por dos miembros de su guardia, que parecieron ponerse en alerta ante la presencia inesperada de Maryam. Los cientos de lamparillas que iluminaban el corredor proyectaban una luz trémula que bastaba para que el emir contemplara, aun en la distancia, la figura perfecta de la joven. Pese a que Maryam mantenía la cabeza baja percibió que, a medida que se acercaba, el ceño del emir se iba frunciendo con expresión de extrañeza. Antes de que se detuviera ante ella, la muchacha dio un paso hacia el centro del corredor y dobló la rodilla derecha para realizar una respetuosa reverencia.

—Disculpad mi atrevimiento, mi señor. Mi nombre es…

—Tu nombre es Maryam… —la interrumpió el emir.

—Veo que lo recordáis —repuso con humildad, sin atreverse a mirar directamente su rostro.

—No suelo olvidar lo que me agrada —dijo él con una ligera sonrisa—. Pero habrás de explicarme el motivo de tu presencia aquí.

—Mi señor… ha sido Allah Todopoderoso quien ha escuchado mis súplicas, y me ha concedido la gracia de tu proximidad, tanto tiempo anhelada. He dado cuando

poseía a cambio de la posibilidad de ser quien te acompañe esta noche en tu lecho…

—¿Qué dices, muchacha?

—No os enojéis conmigo, mi señor. Desde vuestra visita, no he conciliado el sueño pensando en un nuevo momento de cercanía. Vos me hicisteis el inmerecido favor de entregarme una pequeña fortuna, y no he encontrado mejor destino para ella que comprar a vuestra esposa Fátima un lugar esta noche en vuestro lecho. Deseo entregarme a vos, ofrecer mi virtud para vuestro solaz, y cumplir así el deseo que cada noche me mantiene en vela hasta el alba. Este es el documento que atestigua que lo que os digo es cierto.

Abd al Rahman tomó el pliego entre sus manos, y su rostro se ensombreció. La ira se reflejó en su rostro cuando llegó al final del escrito y reconoció la firma de su esposa. Permaneció con la mirada fija en Maryam durante un tiempo interminable, con una expresión impenetrable y dura. De repente, estalló en una sonora carcajada.

—Criatura… ¿estás diciendo que el deseo de tenerme cerca te ha movido a desprenderte de semejante fortuna, que yo mismo te había entregado? Has de saber que tu turno estaba cerca, y si no ha sido esta noche es porque quería tratar con mi esposa de un asunto… que en este momento ya ha dejado de tener importancia.

—Mi señor, si poseyera este alcázar, entero te lo entregaría por adelantar un momento la hora en que te pertenezca. ¿Cómo pensar que esa cantidad de dinero que tu mano generosa me había entregado es demasiado por pasar una noche contigo?

—No puedo replicarte, Maryam. Enhorabuena, tu negocio ha sido ventajoso y tu gestión ha prosperado, porque demuestras sincero afecto hacia mí al entregar todo lo que tienes. Mal haya mi prima y esposa, que ha ignorado lo que valgo y me ha vendido a vil precio. Más me vales tú.

El emir arrojó el pergamino al suelo con desprecio, y al hacerlo paseó la mirada por la espléndida figura de la muchacha.

—Pasemos al aposento —ordenó al tiempo que la tomaba del brazo, con la mirada y la voz marcadas por el deseo—, pues esta noche has ganado mi afecto.

Año 914, 301 de la Hégira

20

Tutila

Hacía tiempo que Mūsa ibn Abd Allah había dejado atrás la niñez, y no solo por los años transcurridos desde que su vida, antes apacible, se viera alterada para siempre con la muerte de su tío Lubb, caudillo de los Banū Qasī. Todavía recordaba con zozobra aquellos días inciertos, que habían terminado con la separación de su primo Muhammad, su mejor amigo… quizá su único amigo.

A partir de entonces las cosas habían sido muy diferentes. Para empezar, era Abd Allah, su propio padre, quien había asumido el liderazgo del clan, y aquello había cambiado de forma inevitable su relación con el resto de los muchachos de su edad. Las heridas producidas por la marcha de Muhammad lo volvieron durante un tiempo huraño y reservado, y los demás interpretaron su inicial búsqueda de soledad para rumiar su desconcierto como envanecimiento y altivez. Estaba a punto de cumplir diecisiete años, y todavía no había conseguido salvar por completo aquel abismo. Se había refugiado en aquello que más satisfacciones le proporcionaba, la escuela coránica, donde las alabanzas de los maestros habían sustituido a las muestras de afecto y admiración de los amigos, y su dedicación pronto le había hecho destacar sobre el resto de sus condiscípulos. Cuando tuvo la edad suficiente emprendió su preparación militar, bajo la supervisión del oficial designado por su padre, y su cuerpo se endureció al ritmo de las largas cabalgadas en solitario que le llevaron a conocer las dos riberas del Ūadi Ibrū, las veredas y los claros de los bosques de Yabal al Bardi, donde la abundante caza servía como diana de sus prácticas con el arco, y todas las aldeas y alquerías del entorno que podían alcanzarse en el espacio de una jornada.

Desde el último verano, el destino preferido de sus escapadas era la fortaleza de Balterra, cuyo gobierno había sido confiado a su joven hermano Muhammad. Este había sido su mejor compañero, la diferencia de edad lo había convertido en un buen maestro en aspectos que solo una absoluta confianza permitía abordar y siempre había estado ahí cuando Mūsa lo necesitaba. Con su brazo, ya poderoso, había cruzado la espada en los interminables ejercicios de entrenamiento, y él le había contagiado su profundo amor por los caballos, animales a los que adoraba, comprendía de forma innata y dominaba con naturalidad, como ningún otro joven de su edad.

Había algo más que los unía, y era el recelo, el desprecio, en ocasiones, que ambos sentían hacia su tío Mutarrif desde su precipitado regreso de la *madinat* Tulaytula donde durante años había ejercido el cargo de *uālī*. Su aire de superioridad y su empeño en dejar claro que consideraba a ambos muchachos carentes todavía de madurez y criterio habían engendrado en ambos una inquina que su propio padre, Abd Allah, les reprochaba. Pero también Hana, su madre, y su tía Raissa habían tomado partido, y su relación se había ido haciendo distante, hasta el punto de desaparecer.

En los últimos años Mutarrif se había ocupado del gobierno de Arnit, y las ocasiones en que la mutua aversión podía manifestarse se habían reducido. La última, en que el enfrentamiento había alcanzado trascendencia pública, se produjo durante una de las reuniones del Consejo, cuando su padre anunció su intención de confiar a Muhammad la cercana fortaleza de Balterra. Mutarrif, recién llegado de Arnit, no había sido informado y se opuso con vehemencia, acusando a su sobrino de bisoñez y a su hermano, de forma velada, de nepotismo. Muhammad hubo de ser retenido por algunos de los presentes para evitar que el ardor de su juventud le llevara a castigar aquella afrenta al instante.

Se habían evitado desde entonces, pero sería por poco tiempo, pues la lucha contra el enemigo común habría de llevarlos a luchar en el mismo bando. Tras la muerte de Lubb, el belicoso Sancho había demostrado que la época en que los reyes de Banbaluna se limitaban a contener los ataques a sus fronteras había quedado atrás. La pérdida de Deio y Qalahurra había supuesto el golpe más duro que los Banū Qasī habían encajado desde los tiempos del gran Mūsa, y había marcado el momento en que los papeles habían comenzado a invertirse en la Frontera Superior. La fortaleza mostrada por el rey vascón había llevado a Abd Allah a intentar tres años antes una nueva alianza con el voluble Al Tawil, para tratar de lanzar un ataque conjunto contra Banbaluna y debilitar así a su oponente. Pero una vez más la cobardía, si no la traición, hizo que el de Ūasqa emprendiera precipitadamente la retirada a la primera señal de respuesta de Sancho, sin dar tiempo siquiera a Abd Allah a acudir al lugar en su ayuda.

Al Tawil había muerto el último otoño, y las luchas entre sus hijos por el control de sus posesiones auguraban un nuevo motivo de debilidad y preocupación para los musulmanes de la Marca Superior. Y ahora, con la llegada de la primavera, la inquietud volvía a cernerse sobre sus habitantes. Mūsa fue uno de los primeros en conocer las amenazadoras novedades, pues se hallaba en Balterra, junto a su hermano, cuando el jinete que se dirigía a Tutila se detuvo para abrevar a su caballo e informar del mensaje que portaba.

Mūsa salvó al galope la distancia que lo separaba de Tutila, muy por delante del emisario, cruzó el viejo puente de madera y, sin desmontar, atravesó la Bab al

Qantara. Los cascos de su montura resonaron contra las piedras del enlosado y resbalaron por la tierra suelta a medida que ascendía la ladera por el camino más corto hacia la *alqasába*. Llegó a la muralla que protegía el último recinto de la fortaleza y saltó del caballo. Solo se entretuvo en palmear agradecido el cuello del animal, sudoroso y sin resuello que, bien enseñado, se dirigió a las caballerizas. Encontró a su padre en el patio, junto al edificio destinado a albergar a la guarnición, rodeado de un grupo de oficiales. Sin duda lo estaban esperando, pues los vigías habrían dado aviso de la llegada de un jinete a la ciudad, pero Abd Allah se mostró sorprendido al ver a su hijo.

—¿Qué ocurre, Mūsa? ¿En tan poco aprecias tu montura?

—Ha llegado a Balterra un emisario procedente de Banbaluna —respondió, sin atender a su reproche—. El rey García de Liyūn ha acudido para sumar su numeroso ejército a las fuerzas de Sancho, que también están siendo movilizadas.

Los oficiales no apartaron la vista del muchacho, que vio cómo asomaban sombrías expresiones a sus rostros. También el gesto de su padre era de profunda preocupación cuando habló, dirigiéndose a todos.

—Y su destino solo puede ser uno.

De nuevo la sombra de la guerra se había abatido sobre los habitantes de la Marca, y de nuevo se vivía el drama de la movilización, las despedidas de esposos e hijos que marchaban, reclamados por un deber que pocos rehusaban. La gran explanada situada en la ribera del Ūadi Qalash se cubrió con las tiendas de las tropas, concentradas antes de la marcha hacia un destino aún por determinar. Día a día habían llegado noticias de la ruta que seguían las tropas cristianas y, solo cuando fue evidente que el destino era la *madinat* Qalahurra, en poder de Sancho desde la muerte de Lubb, y no la propia Tutila, Abd Allah había dado la orden de partir. Arnit, la ciudad donde el clan había echado sus raíces y desde donde había iniciado su expansión, estaba demasiado cerca de la vieja ciudad romana, y su defensa resultaba vital. Allí se encontraba Mutarrif, y aquel había sido el destino inicial de su ejército para afrontar el ataque.

Por vez primera, el joven Muhammad había unido sus tropas a las de su padre y Mūsa los acompañaba a ambos. La mañana de su partida el nudo que oprimía el estómago del menor le había impedido probar bocado. Sin embargo, mientras avanzaba tras su padre y su hermano a través de las extensas praderas azotadas por el viento del norte, contemplando las sacudidas de sus capas sobre las grupas de sus monturas, con el rostro enrojecido por el frío, había experimentado una infantil y pasajera sensación de seguridad, como si, juntos, les fuera imposible sufrir daño alguno.

Alcanzaron Arnit tras jornada y media de marcha, y hallaron la *madina* inmersa en una actividad febril, disponiéndose para la defensa. Mūsa permaneció con las

tropas junto a su hermano, y Abd Allah ascendió la acusada pendiente que debía conducirle hasta la *alqasába* con algunos oficiales, estudiando la vega del río que se extendía a sus pies y valorando con ojos expertos las posibilidades de defensa.

Los dos hermanos se saludaron con afecto, aunque los labios apretados y las expresiones contenidas dejaban entrever que no se trataba de un encuentro de placer. Mutarrif condujo hasta la amplia sala central a los recién llegados, que apreciaron el ambiente agradablemente caldeado por la gran chimenea de piedra que ocupaba uno de los rincones.

—Ayer mismo consiguieron vadear el Ūadi Ibrū con todos sus pertrechos —dejó caer Mutarrif sin más preámbulos.

Abd Allah no se mostró sorprendido.

—Lo sé. Mis informadores han seguido todos sus pasos. Se diría que Allah Todopoderoso desea que este enfrentamiento se produzca, hacía años que el río no podía vadearse en estas fechas.

—Sin duda Él guía los pasos de todas sus criaturas. Si el cauce no fuera practicable en Qalahurra, el lugar elegido habría sido el puente de Tutila. Lo que parece cierto es que la voluntad de Sancho es dejar atrás la barrera que hasta hoy había supuesto el Ūadi Ibrū.

—Sin duda algo así será por sí mismo un triunfo moral para sus tropas, y ese es un factor que no debemos despreciar —valoró Abd Allah—. Jamás los cristianos se habían aventurado tan al sur en esta parte de la frontera.

—Quizá no sea solo Sancho quien alienta ese avance. Los asturianos no habían pisado nuestras tierras desde la época de Alfuns, y ahora lo hace García, a pesar de que su ausencia de Liyūn podría poner en peligro su trono, teniendo en cuenta la ambición por el poder y la falta de escrúpulos que los tres hermanos han demostrado.

—Una vez repartido el reino entre ellos, las disensiones parecen haber remitido…

—Para nuestra desgracia —apostilló Mutarrif—. Lo que quiero decir es que sin duda García trata de reunir los mismos méritos ante su pueblo que los ganados por Urdūn en su exitoso ataque a Évora, nada menos que en la Marca Inferior.

—En ambos casos se ha demostrado que tenemos que ser las víctimas de esos ataques quienes pongamos los medios para nuestra defensa. En Évora quedó claro que no podemos esperar la ayuda de Qurtuba.

—Mucho menos en este caso, cuando la distancia es infinitamente mayor.

—¿Has podido valorar el peligro al que nos enfrentamos?

Mutarrif asintió.

—El momento de cruzar el río es el más adecuado para hacer el recuento de tropas.

Abd Allah lo interrogó con el gesto.

—Tres mil infantes a pie, dos mil jinetes… por parte de Pampilona. Otros tantos

de García.

—Imparables en campo abierto, aunque nuestra caballería les supere —dijo Abd Allah, con evidente preocupación.

Mutarrif asintió con la cabeza.

—Ignoro los designios de Allah, y lo que el futuro nos depara, pero de algo estoy seguro: este enfrentamiento ha de ser recordado y causará un sufrimiento sin fin.

A Mūsa le había resultado imposible conciliar el sueño, y quizá nadie en la *madina* lo hubiera hecho. Las primeras luces del día estaban a punto de atestiguar el enfrentamiento definitivo, y aunque él, obligado por órdenes estrictas de Abd Allah, fuera a vivirlo tras los muros de la ciudad, sabía que su padre, su hermano y muchos de sus compañeros de armas y de los oficiales encargados de su formación en los últimos años se encontraban ya en la vega del río, preparados para hacer frente a la amenaza que había acampado tan solo dos millas aguas abajo. Arnit se hallaba en pie de guerra: niños, mujeres y ancianos se afanaban también sobre los adarves de las murallas, dispuestos a hacer cuanto estuviera en su mano para ayudar en su defensa a los hombres que, desde el alba, se interponían entre las tropas cristianas y el arrabal de la ciudad en formación de combate. Si los infieles alcanzaban los muros de la ciudad sería señal de que la peor de las posibilidades se había materializado, pero lanzas, pértigas para rechazar las escalas de madera, vasijas repletas de resina y aceite con los que impregnar la estopa de los proyectiles, incluso simples montones de piedras, se acumulaban ya al abrigo del pretil.

Sancho y García habían abandonado la fortaleza de Qalahurra una semana antes, pero, en contra de lo previsto, no habían viajado directamente a Arnit, sino que habían avanzado hacia oriente, hasta la cuenca del Ūadi Al Hamma, donde habían arrasado las numerosas aldeas y alquerías que salpicaban su fértil ribera. Habían alcanzado las fuentes termales que daban nombre al río y, una vez completado lo que no era sino un alarde de poderío, habían regresado bordeando los elevados montes de la zona para internarse por la ribera del Ūadi Zidaq en dirección a Arnit.

Desde lo alto de la alcazaba, ubicada sobre un promontorio que dominaba la vega y la *madina* a sus pies, Mūsa divisó con un estremecimiento las columnas de humo de las hogueras que los vigías, apostados en los cortados que bordeaban el valle, prendían a medida que la vanguardia del ejército de los infieles se acercaba a sus posiciones. Aunque a diez días por cumplir del mes de Sa’ban[6] la primavera ya se adivinaba, un viento frío recorría el valle agitando los estandartes verdes que identificaban al clan de los Banū Qasī. Mūsa distinguía con dificultad las unidades de caballería, dispuestas ya en primera línea y, tras ellas, a los infantes de a pie, que ocupaban de forma aparentemente desordenada las sucesivas terrazas que descendían hacia el río. Sabía que no era solo el frío de la mañana lo que causaba los violentos escalofríos que sacudían su cuerpo, pero aun así se envolvió en la gruesa capa que lo

protegía, agradeciendo los primeros rayos de sol que empezaban a iluminar el valle.

Aunque lo había intentado, no había tenido ocasión de participar en las numerosas reuniones que Mutarrif y Abd Allah habían mantenido con el resto de los oficiales en los días anteriores, a medida que se iban conociendo las intenciones de Sancho y de García. Solo a través de Muhammad había conseguido alguna información, pero ahora intuía que, incluso con él, su hermano se había visto obligado a reservarse, quizá por temor a oídos indiscretos. Se había preguntado a menudo cómo afrontarían aquello los numerosos mozárabes que habitaban en sus ciudades. Era cierto que la relación cotidiana acababa por establecer lazos personales a veces difíciles de romper, pero su situación con respecto a la mayoría musulmana seguía siendo de inferioridad. Los tributos que se les exigían abocaban a la mayoría de ellos a la pobreza y, aunque se les permitía seguir practicando su religión, el precio que debían pagar por ello era muy alto. Ahora, sus hermanos en la fe se encontraban a las puertas de Arnit, y Mūsa habría dado un dedo por conocer los sentimientos entre los cuales sin duda se debatían. No sería de extrañar que algunos de ellos, quizá los menos arraigados, se vieran tentados de abandonar la ciudad para unirse a las tropas cristianas o, en el peor de los supuestos, de colaborar con ellos en la conquista de la fortaleza. Por ello comprendía la necesidad de mantener en secreto las decisiones adoptadas en los últimos días en la sala principal de aquella misma *alqasába*, y había aceptado con resignación el papel que se le había reservado, a las órdenes del *qa'id* encargado de coordinar la defensa de la ciudad desde el interior.

Sin embargo, cuando comprobó que la nube de polvo que poco tiempo antes había empezado a dibujarse en la distancia crecía hasta ocultar el disco del sol, cuando la proximidad de las tropas enemigas le permitió hacerse una idea de su número, habría dado cualquier cosa por saber si existía alguna estrategia para enfrentar a un ejército como aquel. Se estremeció de nuevo al reconocer que el número de estandartes en los que predominaba el color azur, con las cruces que distinguían a las tropas cristianas, duplicaba al menos el de sus propias insignias. Sintió que se le secaba la boca por momentos, aunque el nudo de su garganta tampoco le hubiera permitido tragar ni un poco de saliva. Era la primera vez que asistía a un enfrentamiento como aquel, con un enemigo de carne y hueso delante, dispuesto a hundir el filo de su espada entre costillas y no en un saco lleno de paja. Y entonces se descubrió agradecido por hacerlo tras la seguridad de las murallas.

Cuando aquella misma noche, de nuevo incapaz de dormir a pesar del agotamiento, trataba de recordar lo sucedido en las horas siguientes, las escenas parecían desdibujadas por una especie de neblina que las hacía irreales. Sin embargo, las revivía cada vez que sus párpados se cerraban, acompañadas por los sonidos procedentes del campo de batalla que, desde el momento del primer combate, habían llegado hasta sus oídos. El entrechocar del metal se mezclaba en su duermevela con

los gritos de advertencia, de dolor y de agonía, con los relinchos aterrados de las bestias heridas de muerte, con el sonido de los timbales, los cuernos y las trompas, y con los chillidos estridentes de las mujeres asustadas que contemplaban aquel horror desde lo alto de los muros con las manos en el rostro.

Desde aquella atalaya pronto había resultado evidente, incluso para un observador poco experimentado como él, que los suyos poco podían oponer ante la fuerza arrolladora de un ejército más numeroso, que avanzaba con sus filas cerradas y en formación por un terreno que iba cubriéndose progresivamente de cadáveres y cuerpos agonizantes. Le había parecido divisar a su padre sobre un pequeño altozano, pero sintió náuseas cuando imaginó a Muhammad en medio de aquella carnicería.

No había duda de que la primera fase de la batalla, disputada entre las unidades de caballería, había quedado decidida a favor de los cristianos y, aunque centenares de jinetes continuaban en la lucha, había llegado el turno de las tropas de a pie. Mūsa miró al oficial que tenía a su lado y su rostro se lo dijo todo. Para él también parecía evidente que la inferioridad de la infantería era tan marcada o más que en el caso de los hombres a caballo, y de seguir así las tropas cristianas pronto habrían aplastado a aquellos desventurados y se encontrarían al pie del muro.

Mūsa no comprendía cómo su padre, Mutarrif y el resto de sus generales no se daban cuenta de la situación. Desde su atalaya, la única opción que parecía viable era abrir de nuevo las puertas de la ciudad, para permitir un repliegue de la infantería y defender la ciudad desde la relativa seguridad de sus murallas. Comprendió que, de otra forma, la resistencia de los habitantes de Arnit sería inútil.

Recordaba con angustia aquellos momentos en que parecía que todo estaba perdido. Hasta que alzó la vista hacia el horizonte no comprendió las razones de su padre para actuar así. Percibió también el motivo de la exagerada e incomprensible inferioridad de una caballería que hasta entonces siempre había marcado la diferencia. Por el estrecho valle que desembocaba en la vega media milla más abajo, aparecieron centenares de jinetes con estandartes verdes que en un instante habían de sorprender por la retaguardia a las tropas de Sancho, entregadas a la lucha contra el enemigo que tenían al frente. Y entonces sí, las trompas sonaron de nuevo, los oficiales reconocieron lo que sin duda era una señal convenida, y las tropas musulmanas iniciaron el repliegue hacia las murallas al tiempo que las puertas de la ciudad se abrían desde el interior.

Mūsa experimentó entonces una inmensa admiración por su padre. Advertidos ya de la estratagema, y tras unos minutos de desconcierto, Sancho y García se vieron obligados a volver las grupas de su caballería para afrontar el ataque por la retaguardia. Entretanto, su infantería permanecía perpleja al ver a los musulmanes alcanzar la seguridad de las murallas, protegidos por los arqueros, que, codo con codo en lo alto del muro, hacían blanco entre unas tropas aún muy numerosas, pero

atrapadas ya entre los defensores de la ciudad y la caballería de refresco.

Mūsa comprendió que su sitio estaba ahora en la muralla. Tomó su arco y se lanzó escaleras abajo en busca de su montura. Descendió de la alcazaba por el empinado sendero que conducía a la parte oriental de la ciudad y decidió atajar por el barrio mozárabe, que se ordenaba en torno a su iglesia, cuyo muro lateral formaba parte de la propia muralla. Delante de la puerta principal del templo cristiano, una estrecha escalinata llevaba a lo alto de la muralla, y por ella ascendía cuando le llamó la atención el ruido procedente del interior del edificio. Se trababa de mazos chocando contra piedra, algo que confirmó el ruido de los cascotes que siguió. En un principio no le dio importancia, pero apenas había llegado a lo alto de la escalera cuando un sonido estridente le hizo alzar la vista hacia lo alto del campanario. Un hombre blandía un martillo con la mano derecha y, con toda la fuerza de que era capaz, golpeaba la campana de bronce, habitualmente muda. Al mismo tiempo, con la mano izquierda, agitaba un lienzo blanco. En el fragor de la batalla, nadie parecía prestar atención a lo que sucedía, pero, cuando Mūsa asomó la cabeza por el pretil de la muralla, no tuvo duda de lo que estaba ocurriendo. Los cascotes del muro lateral de la iglesia, quizás una zona de menor grosor concebida como vía de escape, se amontonaban al pie de la muralla en medio de una nube de polvo, y un hombre asomaba al exterior haciendo aparatosas señales con los brazos hacia las tropas cristianas. No se lo pensó dos veces: sacó una flecha del carcaj, tensó la cuerda y desde lo alto abatió a aquel hombre. De nuevo extrajo una flecha, apuntó con cuidado hacia arriba y disparó. Al instante, el lienzo desapareció y la campana dejó de sonar. Sin embargo, la brecha en el muro seguía abierta, y hacia ella corrían ya un centenar largo de hombres advertidos de la inopinada oportunidad que se les ofrecía desde el interior.

Mūsa pensó en lanzarse escaleras abajo, pero el interior del templo se hallaba sin duda ocupado por quienes habían perforado el muro. Pese a que la puerta estaba entreabierta, era impensable entrar allí, y mucho menos intentar obturar el boquete. Miró a derecha e izquierda y vio los montones de piedras preparados para utilizarse como proyectiles, aunque casi nadie defendía aquella parte de la muralla, teóricamente inaccesible por la presencia del propio muro lateral del templo. Varias vasijas de aceite y resina descansaban sobre el pretil, pero poca utilidad podía obtener en aquella ocasión de los proyectiles incendiarios. Sin embargo, a sus pies, entre la escalinata y la puerta de la iglesia, un desvencijado carro de madera que sin duda había servido para trasladar hasta allí el último montón de piedras, descansaba con la pértiga apoyada en el suelo. Descendió los escalones de tres en tres, alzó la vara y, dando la espalda al carro, clavó los talones en la tierra. Las ruedas chirriaron mientras lo encajaba bajo el dintel del portón de la iglesia. Regresó a lo alto del adarve, tomó la primera vasija y la arrojó. Se estrelló con estruendo contra la caja del carro y vertió

todo su contenido. Ató un puñado de esparto en el extremo de una de sus flechas, lo empapó en otro de los recipientes y lo prendió en uno de los fanales preparados para encender las teas y los proyectiles. No fue necesario apuntar demasiado. La flecha se clavó en la madera del carro y, de inmediato, las llamas lamieron la madera reseca. Apartó el arco, asió el resto de las vasijas y, una a una, las fue lanzando sobre las llamas.

El humo invadió el interior del templo en el momento en que los primeros soldados cristianos penetraban por la brecha. La densa columna sirvió asimismo para advertir del peligro a sus propias tropas, que acababan de entrar en la ciudad por la cercana puerta que daba al río. Inmediatamente, la zona del adarve en la que se encontraba Mūsa se vio atestada por soldados y arqueros. Quienes ocupaban el templo, cegados por el humo, pugnaban ahora por salir entre violentas toses, y quienes llegaban decididos a entrar se encontraban de frente con ellos. Las lanzas de los soldados y las flechas de los arqueros comenzaron a hacer blanco, hasta que el suelo a los pies de la muralla quedó cubierto de cuerpos sin vida, y los sonidos y estertores procedentes del interior acabaron por extinguirse.

Mūsa corrió por el adarve hasta la barbacana sobre la puerta del río. La confusión era absoluta, pero lo que se veía desde allí no dejaba lugar a dudas. Abd Allah había permitido que las tropas cristianas buscaran una salida hacia el río para vadearlo, abandonando así el campo de batalla. Las bajas habían sido cuantiosas en ambas partes, y los habitantes de la ciudad que aún no tenían noticias de los suyos se lanzaban al exterior en su busca. A menudo los encontraban en el mismo sitio donde se habían dejado caer exhaustos tras horas de lucha, aunque en otros casos eran las esposas y las madres las que se derrumbaban para abrazarse a los cuerpos inertes de sus esposos e hijos.

Vislumbró a un grupo de oficiales a caballo que regresaban a la ciudad y comprobó con alivio que entre ellos se encontraban su padre y Mutarrif. Sin embargo, entre los centenares de rostros que alcanzaba a ver desde lo alto, no aparecía el de Muhammad. De nuevo descendió hasta la puerta y se abrió paso entre la muchedumbre que avanzaba al encuentro de sus caudillos. Al verlo, Abd Allah esbozó una amplia sonrisa, que dio paso a un gesto de preocupación cuando Mūsa lo interrogó con la mirada.

—Búscalo —dijo, lacónico—, pero hazlo en el interior de las murallas. Era uno de los oficiales encargados de la retirada.

Mūsa respiró con alivio, y en ese momento oyó la voz de su tío.

—¿Y yo? ¿No merezco ni una mirada? —preguntó con tono que no mostraba enfado aparente—. Yo también estoy vivo, muchacho.

—Me alegro —respondió Mūsa con sinceridad, al tiempo que se daba la vuelta, ávido por correr en busca de su hermano.

—¡Pues alegra esa cara! —añadió Mutarrif—. Ha sido una gran victoria, muchacho, aunque esos malditos mozárabes hayan estado a punto de arruinar nuestra estrategia. ¡Pero García, el rey de Liyūn, ha muerto! ¡Una gran victoria, por Allah!

Mūsa volvió la cara hacia él, pero su vista fue más allá, hasta el campo antes sembrado de cadáveres y ahora también de lamentos, y no pudo evitar un gesto de desprecio. Echó a correr, asqueado, alzando la cabeza por encima de la multitud que pugnaba por entrar en la ciudad, en busca del rostro que buscaba. Le pareció que tardaba una eternidad en cruzar la puerta, abriéndose paso entre codazos e imprecaciones, que había dejado de sentir y de escuchar cuando, agradecido y aliviado, oyó la voz de Muhammad, quien, encaramado en el antepecho de una ventana y sujeto a uno de sus barrotes, agitaba el brazo libre gritando su nombre.

Año 914, 301 de la Hégira

21

Badr avanzaba a lomos de su caballo junto al joven emir, quien, deseoso de alcanzar Al Jazirat al-hadra, su próximo destino, había dado la orden de partir en cuanto empezó a clarear. Desde su salida de Mālaqa dos días antes, el camino que habían emprendido a lo largo de la costa y la magnífica vista del mar parecían haber elevado el ánimo de las tropas. Habían disminuido los habituales enfrentamientos entre los soldados, o entre estos y los oficiales, y las marchas se habían prolongado de sol a sol sin dificultad. Acampaban en el entorno de aldeas de pescadores, junto a la costa, y Badr sabía que la inusitada recompensa del baño al final de la jornada en aquellas playas de arena impoluta tenía mucho que ver con aquel buen ambiente que se respiraba entre los miles de hombres que avanzaban tras ellos.

También a él le colmaba el ánimo la visión de aquella inmensidad azul, le hacía consciente de la ingente tarea en que se había embarcado junto al hombre que cabalgaba a su lado, tan solo un muchacho de veintitrés años, y en su corazón se acentuaba el sentimiento de responsabilidad que, en los dos últimos años, lo había acompañado día y noche. En esta ocasión, a sus obligaciones como *hāchib* debía sumar las preocupaciones propias de un *qa'id*, pues, a petición de Abd al Rahman, había asumido el cargo de general jefe de las tropas en aquella segunda *a'saifa* de su reinado.

Aunque los preparativos se habían prolongado desde el final del invierno, el *al'ard* había tenido lugar en los primeros días del mes de Ramadán y, un mes más tarde, una vez reunido el ejército procedente de las coras, se había dado la orden de partir. En aquellas tres semanas, siguiendo la estrategia marcada desde que el emir tomara posesión de su cargo, se había hostigado y tomado el control de decenas de fortalezas desde Balda a Mālaqa. Se trataba de restar al maldito Ibn Hafsún los apoyos que había conseguido reunir en torno a Burbaster, tomando uno a uno sus castillos y las fortalezas dominadas por muladíes y mozárabes que le eran fieles, empezando por las más alejadas. Allí el emir nombraba un *'amil* fiel y dejaba una guarnición suficiente para evitar que el lugar cayera de nuevo en la rebeldía.

En esta ocasión habían llegado a las inmediaciones de Burbaster, aunque Abd al Rahman deseaba conocer el lugar en persona. Acamparon en el valle, a sus pies, pero ni siquiera un imponente ejército como el suyo podía hacer mella en aquel refugio encaramado en lo alto de las peñas excavadas por el Ūadi al Jurs, desde donde sin duda les observaba Ibn Hafsún, de quien no habían tenido noticias en los últimos días. La caballería, por otra parte, había salido contra algunas fortalezas cercanas, que

destruyeron para hacer de sus provisiones y efectos botín de sus soldados. La determinación de Abd al Rahman era firme, como lo eran sus órdenes: se pasó a cuchillo a los rebeldes que ocupaban los castillos y se negaron a aceptar el *amán* del emir, cuando no eran ellos mismos los que se arrojaban desde los riscos para evitar la humillación del apresamiento.

Avanzaron hasta Mālaqa, que mantenía su obediencia y, mientras el gobernador rendía cuentas ante su emir, la caballería salió contra las fortalezas rebeldes que la rodeaban, lo que supuso un gran alivio para los habitantes de la *madina*, capital de la *kūra*, y un enorme provecho para sus hombres, que regresaban arrastrando reatas de mulas cargadas con el fruto de sus saqueos.

Ahora, poco después de abandonar la aldea de Suhayl donde habían acampado para pasar la última noche, Badr observaba de soslayo al joven emir, que avanzaba unos codos por delante de él. No era de extrañar que siempre tratara de aparecer en público a lomos de su caballo. A pie, la brevedad de sus piernas hacía que sus ojos quedaran por debajo de los de muchos de sus interlocutores, pero sobre la montura su figura resultaba imponente. Aquella mañana un brillo especial asomaba a los ojos del joven soberano, a pesar de que también evidenciaba algunas huellas de cansancio, y Badr creía conocer el motivo. La espléndida *haymah* real, montada con el mismo cuidado de siempre sobre la arena de la playa de Suhayl, había recibido la visita de Maryam, su nueva esposa, de la que apenas se había apartado en los últimos meses. Suyo había sido el deseo de que le acompañara en la expedición, pues no deseaba separarse de ella. Maryam viajaba en un palanquín cubierto portado por ocho esclavos, colmada de comodidades y rodeada por un ejército de doncellas y eunucos atentos a cualquiera de sus deseos. En Suhayl había sido su deseo tomar un baño de mar al atardecer, y de inmediato se había acotado una porción de la playa y se había improvisado un tenderete con sólidos postes, forrado con pieles de camello, para vedarlo a la vista de los soldados. Después se había visto a sus esclavos portando odres repletos de agua dulce, sin duda destinados a proporcionarle un cálido baño con el que retirar de su piel los restos salobres del agua de mar.

—¿Me estabas observando? —oyó decir al emir, que había vuelto la cabeza hacia él.

Badr se sobresaltó de manera infantil, lo que provocó la risa de Abd al Rahman.

—Excúsame, *sahib*. Reparaba en la satisfacción que parece mostrar tu rostro y pensaba que, sin duda, no te faltan razones.

El emir compuso una media sonrisa.

—Si algo te ha llevado a ocupar el lugar que ocupas es tu capacidad para ver en el interior de los hombres.

—No te faltan motivos para la satisfacción —respondió Badr, halagado—. En solo dos años has conseguido que las cosas comiencen a cambiar en Qurtuba.

—¿A qué te refieres? No es habitual escuchar en tu boca los halagos que llenan el discurso de otros hasta el hastío. Por eso valoro tu opinión.

Habían alcanzado lo alto de un promontorio desde el cual se apreciaba la inmensa planicie de un mar en calma, que brillaba con el reflejo del sol, que se alzaba a sus espaldas. Badr aprovechó el descenso que, entre bosquecillos, se abría ante ellos para alcanzar al caballo del emir.

—Creo que, a pesar de tu juventud, estás empezando a ganarte la confianza de tus generales, la admiración de tus soldados… y el temor de tus enemigos. Eso es lo mejor que puede decirse de un gobernante.

—¿Puedo estar seguro de que no es un halago más? ¿Acaso has hablado con todos mis generales, con todos mis soldados y con todos mis enemigos? —Abd al Rahman rio.

—No es necesario, *sahib*. Hay indicios que muestran lo que te digo. Los generales encargados de las levas me confían que cada vez resulta más sencillo atraer a los jóvenes a nuestras filas. Saben que su labor es apreciada y que reciben mejores recompensas. Los mercenarios acuden en mayor número, y a veces aceptan menores soldadas, a cambio de su parte en un botín que consideran más seguro. La resistencia de las fortalezas y las ciudades enemigas cede con mayor facilidad, pues saben que se enfrentan a un ejército más poderoso que antaño, dirigido con mano firme. Muchos de los que antes engrosaban la disidencia salen al camino dispuestos a aceptar el *amán*, para pasar a engrosar nuestras filas y luchar contra quienes antes eran sus caudillos.

—Eres un hombre inteligente…

Badr no ocultó su desconcierto ante la respuesta del emir, que esbozó una leve sonrisa y se explicó:

—Al alabar esos supuestos méritos míos te alabas a ti mismo, pues de ti han surgido muchas de las iniciativas que nos han conducido a esos logros, si es que son tales.

Badr supo que había enrojecido, pero permaneció con la mirada perdida en el magnífico paisaje y una expresión inmutable.

—*Sahib*, habías pedido mi opinión…

—Lo he hecho, y tu respuesta me hace afrontar con más determinación el resto de la campaña. A pesar de lo que dices, apenas se han cumplido los objetivos que nos habíamos marcado.

Badr no tuvo más remedio que asentir. Era cierto que muchas de las fortalezas de la *kūra* de Rayya se hallaban ahora en su poder, pero el grueso de las fuerzas de Ibn Hafsún continuaba seguro sin presentar batalla, allí donde se escondieran. Y estaba por ver si sería posible dañar las vías de aprovisionamiento que en los últimos años habían puesto en marcha los rebeldes, con la ayuda al parecer de aquel farsante que

en Ifriqiya se hacía pasar por califa, Al Mahdi, cuya fuerza militar empezaba a hacerse temible en el norte de aquel inmenso territorio y en las costas del Bahr Arrum.

—Sin duda, la campaña no ha hecho más que empezar —respondió—. Con la ayuda de Allah, conseguiremos nuestros propósitos.

—Allah sigue mostrándose pródigo conmigo —pareció confiarse Abd al Rahman, con la mirada en la lejanía—. Ha traído a mi lado una esposa que se ha hecho con mi corazón y que pronto me dará un hijo.

—¿Es cierto? —respondió Badr sorprendido.

—Lo es. —El emir sonrió—. Su vientre comienza a abultarse.

—Te doy mi enhorabuena, será tu segundo hijo.

—No lo sé, quizás el tercero. Antes de partir, también Fátima, que Allah la confunda, me hizo llegar la noticia de su nueva preñez.

—Me alegra saberlo, *sahib*. El emirato se garantiza así la continuidad en tus herederos…

—Sé por qué lo dices. Es evidente que Hisham, el primer hijo de Fátima, es un niño débil y enfermizo. Quizá no viva demasiado…

—Solo Allah lo sabe —respondió Badr, incómodo.

Por delante de ellos, una columna de varios jinetes se separó de la vanguardia y se lanzó al galope. Desde la altura a la que se hallaban, a media ladera, Badr observó que, envueltos por la nube de polvo que levantaban, se dirigían hacia una reata de mulas cargadas con pesadas alforjas y conducidas por un nutrido grupo de hombres. La primera intención de estos fue dispersarse para escapar, pero pronto advirtieron que el número y la rapidez de los jinetes lo hacían imposible y, al oír las advertencias de los soldados, se detuvieron.

Cuando el emir llegó al lugar, las mulas pastaban indiferentes en el descampado, y una veintena de hombres, agrupados en medio de un círculo de jinetes a caballo, miraban atemorizados alrededor. Entre ellos, protegidos por las piernas de los adultos, se encontraban dos muchachos de corta edad. El oficial al mando efectuó los preceptivos saludos al soberano y a su general jefe.

—Aseguran que se dirigen al mercado de una aldea vecina, también cercana a la costa.

—¿Y qué tenéis que vender allí que no tengan ellos? —preguntó Badr.

Un hombre joven, al parecer el más decidido, dio un pequeño paso al frente. El *hāchib* le hizo acercarse.

—¿Cuál es tu nombre?

—Azzam, señor.

—¿Y bien?

—Somos buenos pescadores, *sahib*, producimos más salazones de las que

podemos consumir, y en las aldeas vecinas son muy apreciadas —contestó con seguridad.

—¿Acaso no salan sus propios pescados?

—Como verás unas millas más adelante, la aldea es más populosa, y a ella acuden los vecinos de los poblados y las alquerías dispersos por aquellos montes —explicó, señalando las imponentes montañas que descendían de forma abrupta hacia la costa.

Badr pareció satisfecho, e inició una breve conversación con el emir, pero enseguida se volvió hacia el hombre de nuevo.

—¿A quién entregáis vuestros tributos? —le espetó—. ¡Responde, pronto!

—A los recaudadores del *‘amil* de Takurunna —repuso de nuevo sin vacilar.

El *hāchib* asintió sonriendo.

—Está bien, podéis marcharos —concedió.

Los hombres parecieron exhalar al unísono un suspiro de alivio cuando su portavoz se dirigió a ellos para darles cuenta de la conversación. El muchacho más menudo, que no alcanzaría los cinco años, se apartó por un instante de las piernas del que debía ser su padre, y se quedó parado, mirando con asombro las cabalgaduras del emir y Badr.

—Ven aquí, muchacho. ¿Quieres subir? Puedes montar conmigo si lo deseas, hasta que nos separemos.

El pequeño abrió los ojos desmesuradamente, y no vaciló. Badr se inclinó hacia él y lo alzó sin esfuerzo hasta la silla, para colocarlo delante de él.

—¿Qué te parece, muchacho? Te gustan los caballos, ¿eh? —Sonrió, vuelto hacia él, al tiempo que observaba el temor reflejado en los ojos del padre.

El otro, de extraordinario parecido y quizás un año mayor, permanecía en pie con aire decepcionado. Bastó con un gesto del *hāchib* para que corriera hacia el caballo, pero fue el propio emir quien le tendió la mano.

—Te los devolveré con uno de mis jinetes en media milla. Permite que los muchachos disfruten de este momento.

Emprendieron la marcha de nuevo. Las mulas fueron quedando atrás, envueltas en el polvo de la columna.

—¿Alguna vez habías montado en un caballo tan ricamente enjaezado? —preguntó Badr, tratando de ganarse al pequeño.

El muchacho negó con la cabeza.

—Quizá ni siquiera hayas visto caballos así.

—Sí, Umar tiene muchos, pero nunca he podido montar en uno.

—¿Quién es Umar, pequeño?

—Es un hombre muy rico y muy poderoso, que vive lejos, por aquellas montañas. Solo lo he visto una vez, en nuestra aldea, y todos sus hombres montan en bonitos caballos. Dice padre que hoy vamos a verlo otra vez, pero ya no me importa.

Vuestros caballos me gustan más.

—Si tan rico y tan poderoso es, también a mí me gustaría conocerlo, pero no sé dónde encontrarlo. Quizá pueda venderme más caballos como esos.

—Está en un castillo, hacia allí. —El niño señaló a la sierra—. Ha venido para esperar a unos hombres que vienen de Qurtuba, que nos quieren quitar nuestras tierras y tirar abajo nuestros castillos. Azzam dice que hay que ayudarles, vamos a llevarles provisiones, y mi padre me ha dejado ir porque ya soy mayor.

—¿Y sabes el nombre de ese castillo?

El muchacho se volvió hacia Badr, con el rostro iluminado y sonriente.

—Sí, *sahib*. Se llama Turrus —contestó este orgulloso.

—Excelente, pequeño, eres muy listo, pero ahora tenéis que volver junto a vuestro padre.

Los dos muchachos desmontaron, y Badr se acercó al emir, que atendió a sus explicaciones asintiendo, sin apartar la vista de los muchachos. Intercambiaron unas palabras, y Badr llamó a dos de los oficiales de alto rango que habían asistido al encuentro con los muleros y les dictó sus instrucciones sin vacilar.

—Tú, coge a los dos muchachos y rodea la columna fuera de la vista de los arrieros. Déjalos al cuidado de los eunucos, en la retaguardia.

Hizo una pausa, hasta que el jinete partió con los dos pequeños sobre la grupa.

—Y tú —siguió—, toma dos unidades, y sacad a esos veinte hombres del camino. Con discreción. Encárgate personalmente de que el padre de esos muchachos sea liberado para que vuelva a su aldea. Entregadle a sus hijos antes de que lo haga. Deben dar noticia del destino que espera a todo aquel que colabore con Ibn Hafsún.

El oficial parecía esperar algo más.

—Matad al resto. A ese tal Azzam, el cabecilla, dejadlo para el final.

La columna se había detenido antes de coronar el portillo desde el que debían divisar de nuevo el mar, y uno de los oficiales de vanguardia se dirigía hacia ellos para explicar el motivo.

—*Sahib* —anunció con un dejo de excitación, al tiempo que inclinaba la cabeza profundamente—, los exploradores de cabeza informan de que en la costa se ha avistado una flota compuesta por treinta embarcaciones.

—¿Qué tipo de embarcaciones? —inquirió el emir.

—*Qarāqir* de carga, en su mayor parte —informó el oficial—. Con enseñas verdes.

Abd al Rahman miró a Badr, y ambos asintieron.

—La bandera de los fatimíes solo puede significar una cosa… —aventuró el *hāchib*.

—¿Una de las flotillas de aprovisionamiento de los rebeldes? —aventuro Abd al Rahman.

—Sin duda, procedente de alguno de los puertos del Maghrib o Ifriqiya en poder de Al Mahdi. *Sahib*, después de los acontecimientos de las dos últimas jornadas, en verdad puedes decir que el Todopoderoso guía tus pasos.

Tres jornadas antes, Badr había reunido a sus generales para informarles del cambio en la ruta. La probable presencia de Ibn Hafsún condujo a su vanguardia hacia Turrus Jusain[7], una de las numerosas fortalezas situadas entre Burbaster y el mar. Si los rebeldes esperaban ver pasar al ejército desde aquellas alturas para lanzar un ataque por sorpresa desde el flanco, lo que encontraron fue un frente cerrado y preparado para la lucha que avanzaba hacia ellos. Umar, sus hijos y sus lugartenientes no rehuyeron el enfrentamiento, que se produjo en el arrabal del Turrus aquella misma tarde. Sin duda habían descubierto el nido donde las numerosas fuerzas de los sediciosos se agazapaban, esperando quizá la ocasión más propicia para sus intereses. La acometida había resultado brutal, y las bajas en ambos bandos se contaban por centenares, pero al anochecer dos cosas habían quedado claras: que las fuerzas de Ibn Hafsún habían sido derrotadas, y los supervivientes, con su cabecilla al frente, obligados a refugiarse tras los muros de la fortaleza; y que el *hisn* Turrus era un lugar inexpugnable, y de nada serviría el empeño de tomarlo por la fuerza. El *hāchib* había dado, eso sí, la orden de enviar a Qurtuba las cabezas de los principales lugartenientes, para empicotarlas en la puerta de as-Sudda. Era el golpe que hacía fructificar el esfuerzo invertido en aquella *a'saifa*. Y ahora, menos de cuatro días después, tenían ante ellos, a punto de fondear en aquella playa, la flotilla fatimí que enviaba su contribución a la revuelta contra el emirato omeya.

—¡Detened la marcha! —ordenó—. Acamparemos aquí. Aquel que encienda un fuego será pasado a cuchillo, y lo mismo ocurrirá con quien dé un solo golpe de hacha o emita cualquier sonido que llegue a mis oídos.

Al punto, los oficiales de enlace salieron al galope para transmitir las órdenes de Badr, y dieron comienzo los preparativos para el ataque.

—Al parecer tienen prisa —observó uno de los generales que acompañaban al *hāchib* en lo alto del promontorio—. Las anclas aún no han encontrado agarre, y las chalanas ya rebosan con los fardos.

—Sin duda quieren completar el desembarco antes de la puesta del sol.

—Quizá su intención sea trasladar la mercancía durante la noche —aventuró un oficial.

—No es probable en una noche sin luna como esta —respondió Badr, lo que hizo que el oficial se sonrojara—. Lo más verosímil es que la mercancía permanezca en la playa hasta el amanecer, para cargarla entonces sobre las mulas.

—Tampoco deberíamos descartar que dispongan de algún refugio, alguna cueva próxima a la playa donde almacenar los pertrechos. Seguramente no habrán elegido el lugar de desembarco al azar.

—Es muy posible —coincidió el *hāchib*—. Ni con doscientas mulas podrían transportar la carga de una treintena de *qarāqir*. En cualquier caso, la carga está ahí, también las mulas, sean dos centenares o tres decenas. Y de todo ello pretendo apoderarme.

—¿Y los barcos?

—Si las tripulaciones duermen en tierra, como espero, los barcos quedarán desprotegidos, y no habrá posibilidad de que se pongan a salvo mar adentro. En caso contrario, deberemos sacrificarlos y prenderles fuego a todos, con los marineros en su interior, antes de que salga el sol y leven anclas.

En las horas previas al anochecer, se envió a un cuantioso grupo de exploradores para reconocer exhaustivamente el terreno, por el que habrían de guiar al ejército en la oscuridad total de una noche sin luna[8]. Regresaron poco después de medianoche, a juzgar por la altura de los astros en el horizonte, con la noticia de que la mayor parte de los marineros descansaban en las embarcaciones, pero no así el centenar de arrieros que habían ayudado a completar el desembarco, quienes lo hacían en improvisados refugios de lona sobre la misma arena de la playa.

El primer atisbo de claridad en el cielo de oriente descubrió a un millar de soldados dispuestos para el ataque. Las lámparas de cebo para las flechas incendiarias ya se habían prendido cuando el *qa'id* Badr dio la orden. Una primera oleada de infantes se ocupó de los muleros, que fueron apresados mientras dormían, sin posibilidad de reacción. Cuatro centenares de arqueros se extendieron a lo largo de la línea de costa, encendieron sus proyectiles, y apuntaron hacia las arboladuras y los cascos de las naves. Al cabo de un momento, el griterío se había extendido a toda la flotilla, y los primeros hombres saltaban al mar, medio desnudos, tratando de huir de las llamas. Apenas se produjo un centenar de bajas. Durante horas, una columna de humo visible a millas de distancia se elevó por encima de la bahía, hasta que el mar engulló el último de los restos.

La fiesta fue memorable. En muy pocas ocasiones tenían oportunidad de obtener un botín como aquel sin sufrir una sola baja en sus filas: seiscientos prisioneros, un centenar de mulas, y la carga de treinta *qarāqir*, compuesta en su mayor parte por cereales, salazones, aceite, sal y especias, tejidos diversos, armas y equipamiento militar. Pero también objetos de lujo, destinados sin duda a Ibn Hafsún y sus lugartenientes, entre los que había sedas, joyas y perfumes. Y, para sorpresa del propio Badr, un arcón de noble madera repleto de dinares de oro con la invocación a Allah en su anverso y el nombre de Al Mahdi acuñado en el reverso.

En la misma playa se estableció el campamento, que por una vez quedó montado poco después del mediodía. Entretanto, un pequeño ejército de jinetes había partido hacia los montes cercanos y regresó con decenas de corzos y cabras salvajes en las grupas. Pronto la brisa procedente del mar expandió el delicioso aroma de la carne

asada, los hombres comieron y bebieron hasta la noche, bailaron al son de la música de cítaras y laúdes, y alzaron sus tazones para brindar por el éxito de aquella *a'saifa* y para desear larga vida al joven soberano que, una vez más, les conducía a la victoria.

También los generales y funcionarios de Abd al Rahman participaron en la celebración en el interior de la espaciosa *haymah* real. Los cocineros se esmeraron preparando delicadas viandas, y no faltaron el vino y el aguamiel. Tampoco faltaron la música más exquisita, las danzas y las canciones interpretadas por algunas de las concubinas del *harém* que acompañaban a Maryam en su cortejo, y los versos que los poetas de la corte aparentemente improvisaban a petición de los comensales.

Uno de ellos, el más celebrado con encendidos aplausos, fue recitado por Ismail ibn Badr, y premiado por el emir con veinte monedas de oro.

He cruzado páramo tras páramo
buscando con ello el beneplácito del imam de los occidentes,
el mismo que por humildad no quiere
ser califa de los orientes.
Lícito es para mí esta noche el hervor del vino
y agradable tras haber conquistado tú cien fortalezas.
El mar incluso recuerda haberte conocido
derramando lluvia cual favorable meteoro,
y sienten nostalgia de ti sus olas
en todas direcciones rebosantes.
Pero mientras sus crestas se agitan
con agua salada que no es posible beber,
tú eres mar dulce que nos trae oro y plata.
Vive feliz y en el gozo de un reino
que será tan duradero como los astros[9].

Abd al Rahman emitió un profundo suspiro mientras observaba el paisaje que se extendía ante sus ojos. Habían escalado a pie las primeras terrazas de la ladera occidental del Yabal Tāriq, el enorme peñón rocoso al que había dado nombre el primer conquistador musulmán de la Península, Tāriq ibn Ziyad, con la única intención de contemplar desde lo alto, en compañía de los topógrafos, la inmensa bahía que se abría a sus pies. El *'amil al-bahr*, comandante de la flota del emirato, acompañaba también al emir, a su *hāchib* y a la decena de generales que se habían sumado a la ascensión. Multitud de soldados y oficiales les habían seguido, deseosos de contemplar con sus propios ojos el panorama desde aquel lugar privilegiado, que se anunciaba como la última etapa antes del deseado regreso a Qurtuba.

Uno de los topógrafos dio a dos esclavos la orden de que extendieran ante el emir el rollo de pergamino que representaba, dibujado con fuertes trazos de carboncillo, el contorno de la bahía de Al Jazirat al-hadra.

—Esta es la pequeña isla que da nombre a la *madina*, aunque el emplazamiento primitivo pronto se trasladó a la costa —explicó, señalando el lugar con un puntero —. Apenas se ve desde aquí.

El emir alzó la mirada y se protegió los ojos con la mano a modo de visera, para evitar los rayos del sol, que comenzaba ya a declinar.

—¿Qué distancia nos separa de ella?

—En este punto la bahía alcanza unas cinco millas de anchura, *sahib*, una distancia algo menor que su longitud hasta el mar abierto.

—Ciertamente, el lugar es inmejorable para nuestros propósitos —concedió el emir—. ¿Y cuál es el emplazamiento que proponéis para las nuevas atarazanas?

El topógrafo volvió a inclinarse sobre el pergamino y señaló un punto cercano a la desembocadura de un pequeño río.

—Creemos que este es el sitio ideal, al abrigo tanto del levante como del poniente.

—En este dibujo, la isla aparece unida a la tierra por un estrecho istmo —observó Badr.

—Así es, depende de la altura de las mareas. Y ese istmo podría ser recrecido con rocas, para formar un espigón que protegiera el astillero de las inclemencias del mar.

El emir se detuvo un momento para observar los dibujos esquemáticos de las instalaciones proyectadas.

—Es mi deseo convertir Al Jazirat al-hadra en la mayor atarazana del emirato con el encargo, que el *‘amil al-bahr* se ocupará de llevar a la práctica, de poner a flote la mayor escuadra de guerra que se haya visto en el Bahr Arrum. ¿Cuál es el ritmo de construcción que permitiría un astillero como este?

—Quizás el maestro constructor, que ha colaborado conmigo desde que nos pusisteis al tanto de vuestras intenciones, pueda responderos mejor…

Un hombre entrado en años, con el rostro congestionado todavía por la ascensión, se acercó al emir.

—A pleno rendimiento, con el número adecuado de oficiales y de mano de obra esclava, y sin problemas para el abastecimiento de materiales, unos cinco *girbān*, cinco *harrāqāt*, y otros tantos *sāwani* —dijo orgulloso.

—Está bien. Quiero que dupliquéis su capacidad. Y que completéis la flota de grandes barcos de guerra con pequeños *fattas*, manejables y capaces de transmitir avisos con facilidad, reconocer las costas y custodiar las entradas de los puertos. En cuatro años, nuestra flota debe contar con un número de embarcaciones no inferior a las doscientas unidades. Antes de mi regreso a Qurtuba, deseo tener una previsión de las necesidades de material: madera, clavos y hierro, pez y *al-qitrān*, lino para los velámenes, esparto para las maromas… Todo ello con una estimación de sus costes. ¿De dónde procede la madera que venís utilizando?

—El mejor pino se da en los bosques de Al Garb, *sahib* —respondió el maestro —. Es el que utilizamos para los mástiles y las vergas. Pero también se consume roble y encina de la zona.

—Queda en vuestras manos la elección del mejor material. Correrá también de tu cuenta la elección de los mejores geómetras, carpinteros, calafates y artesanos de todo tipo, necesarios para culminar los trabajos. —Se volvió hacia el *‘amil al-bahr*—. En cuanto a ti… te confirmo en este momento en el puesto de almirante de la flota. Tu trabajo en los próximos años será vital para mis propósitos. Has de reclutar el número de hombres suficiente para dotar las tripulaciones de los barcos, tanto de marineros como de combatientes, preferiblemente entre los marinos ya experimentados de la zona. Tuya y de tus altos oficiales será la tarea de formarlos en las artes de la navegación y de la guerra en el mar. Escogerás un *qa’id* para cada nave, encargado del mando militar, y un *ra’is*, que se ocupará del mando técnico. Haz un cálculo del número de hombres necesario y preséntalo en mi *haymah* cuando lo hayas concluido.

—*Sahib*, creo que ya tengo una respuesta aproximada —se apresuró a responder el almirante—. Nos hablas de doscientas embarcaciones, supongamos que de tamaño medio. Entre remeros, tripulantes y combatientes, además del piloto, el timonel y el personal auxiliar, sumarían setenta hombres por nave, aunque en tiempos de guerra podría elevarse el número de arqueros, lanzadores de *nāfta* y soldados hasta el centenar. Eso hace un total de quince mil hombres, si incluimos los mandos y el personal en tierra.

—Es mi intención que todos los tributos recaudados en la *madinat* Ishbiliya, recién recuperada para el emirato por mi fiel *hāchib*, se destinen a financiar esta empresa. En tus manos dejaré, almirante, la ingente tarea de edificar las dependencias que han de albergar a la marinería y que han de hacer de Al Jazirat el mayor centro naval del emirato.

Badr carraspeó para llamar la atención del emir, que hizo un gesto elocuente.

—Olvidaba decir que contáis con el oro fatimí incautado hace tan solo unos días a los rebeldes para poner en marcha los trabajos, de los que ambos daréis puntual cuenta a mi *hāchib* cuatro veces al año.

Parecía por su gesto que Abd al Rahman daba por concluido su discurso, pero barrió a todos los presentes con la penetrante mirada de sus ojos azules y continuó, con un tono quizá más solemne:

—Asegurar las costas del emirato desde Turtusha hasta Ushbuna, impedir el tránsito de flotas como las que hasta ahora han venido abasteciendo a los enemigos de Qurtuba y hacer frente a un eventual ataque por mar son los propósitos que me había planteado antes de dar inicio a esta campaña, en la que Allah nos ha sido favorable en todo…

El emir alzó entonces la mirada hacia el horizonte, donde, entre la bruma rojiza del ocaso, se adivinaba el abrupto perfil de las costas del Maghrib.

—Aquí, donde según el viejo mito romano se alzaron las columnas de Hércules —dijo, no sin cierta emoción—, asentamos en este momento las bases del futuro dominio omeya de las costas del Bahr Arrum.

Año 914, 301 de la Hégira

22

A pesar del fuego vivo que ardía en el frente de la estancia, un inesperado escalofrío alertó al siempre solícito Talal, y Maryam agradeció el ligero chal que el eunuco le colocó sobre sus hombros.

—Los primeros fríos han llegado sin aviso —comentó el fiel sirviente, mientras regresaba a su diván—. Mejor así, nada peor que el horrible calor de Qurtuba para sobrellevar las últimas semanas de preñez.

Maryam se apoyó las manos en el abultado vientre, pero tampoco en esta ocasión experimentó la alegría que hubiera sido de esperar. Iba a darle un hijo a Abd al Rahman, lo que elevaría de forma definitiva su estatus hasta convertirse en *umm uallad*, madre de príncipe, pero la intervención del Todopoderoso para que germinara en su interior la semilla del soberano… había llegado tarde.

—¿En qué piensas, mi señora? —preguntó Talal.

Maryam lo miró sin responder, con un rictus en los labios. Cerró los ojos un instante y después suspiró. Sus pensamientos volaban, pero su mirada permaneció fija en el cuerpo orondo y deforme del eunuco, que en los últimos meses se había convertido en su único confidente dentro del *harém*. A pesar de su juventud, una enorme papada, cuyos pliegues brillaban a causa del sudor, colgaba de su mentón lampiño. Sin embargo, sus ojos claros dejaban traslucir la vivacidad y la inteligencia que le habían llevado a ocupar el puesto de mayor responsabilidad dentro de aquellos muros. Y el mejor remunerado, a juzgar por la excelente calidad de su indumentaria y por las piedras que lucía en sus anillos.

—¿Por qué te muestras tan amable conmigo, Talal? —preguntó de forma inesperada—. Bien podrías limitarte a cumplir con la tarea que se te ha encomendado…

—La favorita del emir, mi señora, es también mi favorita.

—¿Quieres decir que tus afectos vienen determinados por la obediencia?

—Señora, mis afectos no deben tenerse en cuenta a la hora de servir al emir y a su *hāchib*.

—Sin embargo, existen.

—Solo si me preguntas por ellos…

—¿También con Fátima, su primera esposa, mostrabas tales atenciones? ¿Qué opinión tienes de ella?

—No las mostraba, mi señora. Pero quizá no deba…

—No cometes indiscreción si respondes ante quien estás obligado.

Talal pareció buscar las palabras adecuadas.

—Fátima no gozaba de simpatías entre los servidores del *harém*, y tampoco entre las concubinas y las esclavas, bien lo sabes. Su origen aristocrático y su posición en la corte hacían de ella una mujer orgullosa y pagada de sí misma. Ese exceso de seguridad la ha conducido a su perdición, pues el emir la ha apartado de sí. Solo el hecho de ser la madre de su primogénito ha impedido el repudio.

—Sin embargo, su preñez sigue adelante… y, si nada lo impide, en no más de dos o tres semanas dará al emir su segundo hijo.

—Así es, mi señora…

—Y, aun en desgracia ante su esposo, afianzará su posición en el *harém* y en la corte como madre de los herederos.

—En el supuesto de que dé a luz un varón. En caso contrario, quizá seas tú la que proporciones al emir su segundo hijo.

Maryam se revolvió en el diván que ocupaba. Talal solo verbalizaba los pensamientos que la habían acompañado desde que tuvo conocimiento de su estado, pero escuchar tales reflexiones en boca de otro las hacía más patentes. Además estaba convencida de que aquel pequeño ser al que sentía golpear la pared de su vientre era un niño, pues así lo había confirmado el ejército de adivinos, parteras, curanderos y chamanes a los que no había dejado de consultar.

—Me has pedido que te responda con sinceridad —prosiguió el eunuco—, y así lo hago, mi señora. Cuentas con mis simpatías en los anhelos que te inquietan, pero eso nada importa. Debes saber que también el *hāchib* Badr, a quien todo se lo debo, vería con buenos ojos que fueras tú la madre del primer varón que nazca.

—¿Badr te ha confiado algo así? ¿Y qué interés puede tener él en semejante asunto?

—El *hāchib* ama a su protegido, y todos sus actos van encaminados a engrandecer su obra. Pero también desea su felicidad. Sabe, porque fue él mismo quien lo propuso, que Abd al Rahman aceptó sin dudar el matrimonio con su prima Fátima porque encarnaba la legitimidad dinástica, dentro de la tribu coreichita. Fue un matrimonio político, sin duda, en el que el amor y la pasión estaban ausentes. Y ve cómo el emir, sin embargo, ahora se muestra feliz en tu compañía, hasta el punto de no querer otra. Créeme, señora, que desea que tú seas la madre del heredero.

—El primogénito es el príncipe Hisham.

Talal se incorporó con esfuerzo del diván, hasta situarse a dos palmos del rostro de Maryam.

—El príncipe Hisham no vivirá para disfrutar de su proclamación oficial como heredero. Su corazón es demasiado débil —susurró—. El primer varón que nazca será sin duda el elegido.

—Eso está solo en manos de Allah…

—Todo en este mundo lo está, pero a veces el Todopoderoso se vale de extraños instrumentos para conseguir sus fines —replicó el eunuco de forma enigmática, bajando de nuevo la voz.

La luz de la tarde comenzaba a escasear, y el ambiente parecía propicio para las confidencias.

—Señora —continuó—, no serías la primera mujer, ni la última, que recurriera a los medios a su alcance para adelantar el nacimiento de su hijo.

El corazón de Maryam saltó dentro de su pecho. Aquel eunuco le estaba proponiendo algo en lo que mil veces había pensado, y que mil veces había descartado como una locura.

—¿Te refieres a… provocar mi parto de forma prematura?

Esta vez Talal sonrió ante el tono en apariencia escandalizado de su señora.

—Las nóminas de los califas y los emires están repletas de soberanos sietemesinos…

Maryam se sintió incómoda ante la brusquedad del eunuco.

—¿Y cuál es el método que se emplea? —preguntó con repentina inseguridad.

—Hay una vieja *qabila* que viene prestando sus servicios al *harém* desde que tengo memoria. Atesora lustros de experiencia en pócimas y remedios; solo tendríamos que concertar una discreta entrevista con ella para exponerle tus deseos. Ella misma podría atenderte en el momento del parto.

Maryam abrió las manos y trató de abarcar con ellas el contorno de su vientre. Durante un momento permaneció con los ojos cerrados y los labios apretados, y de forma apenas perceptible, comenzó a cabecear, afirmando.

—Naturalmente, tendrías que comprar su silencio a buen precio —advirtió el eunuco.

Maryam sintió un nudo de aprensión cuando Talal, después de anunciar su presencia con tres suaves golpes, empujó la puerta de la cámara y el rostro de la partera apareció iluminado por el tenue resplandor de las lámparas.

—Es la matrona de la que te hablé —anunció de forma innecesaria, al tiempo que lanzaba una mirada furtiva a la galería por la que había llegado.

La *qabila* hizo un gesto de saludo excesivo, pero su rostro no abandonó la inexpresiva firmeza de una mujer segura de sí misma, acostumbrada a asumir delicadas responsabilidades. Era una mujer fuerte, que con creces sobrepasaba los cuarenta años, cuya mirada experta se centró inmediatamente en la abultada túnica de seda azul que ocultaba el vientre de la favorita.

—Mi nombre es Nayat, mi señora —anunció mientras se acercaba—, y me siento honrada de recibir tu llamada. No son exageradas las voces que alaban tu belleza, tu dulzura y tu elegante refinamiento. ¿Me permites?

La *qabila* alzó la túnica y colocó su mano sobre el vientre de Maryam, palpó sus

pechos y descendió hacia su sexo.

—¿Treinta semanas? ¿Treinta y una? —aventuró.

Maryam abrió los ojos asombrada.

—El viernes se cumplirán treinta y una.

—¿Tan segura estás?

—El emir reclamó mi compañía a su regreso de una visita a la *kūra* de Yayyān. Lo hizo en viernes, con el tiempo justo para la oración en la mezquita, y esa misma noche me poseyó. Solo unos días después faltó el menstruo. No tengo dudas. Las náuseas me acompañan desde los primeros días.

—Excelente, no es habitual trabajar con tal seguridad respecto a las fechas. Eso facilita mi trabajo. ¿Qué ventaja te lleva tu rival?

De nuevo la sorpresa se reflejó en el rostro de Maryam.

—Está al tanto de todo —aclaró el eunuco—. Pero soy yo quien mejor puede responder a esa pregunta: si no se adelanta, el parto debe producirse en dos semanas, tres a lo sumo.

—En ese caso no tenemos tiempo que perder, aunque debo advertirte de los riegos que corres. Tu hijo será sietemesino, puede nacer débil, morir incluso… También tu vida corre peligro —advirtió con crudeza—. ¿Eres consciente de ello?

Maryam retrocedió hasta tomar asiento en un escabel de madera y cuero. Su mente se debatía.

—No he llegado hasta donde estoy sin asumir riesgos —dijo al fin, con la voz quebrada por la emoción—. Si no doy este paso, mi hijo no será nada. Pero si nace antes que el hijo de Fátima… puede llegar a ser el emir de Al Ándalus.

Talal acercó su voluminoso cuerpo al de Maryam.

—Eres una muchacha valiente. Tu decisión se verá coronada por el éxito, lo presiento.

Maryam tomó la mano del eunuco y la oprimió con cariño.

—Me siento tan sola, Talal… —se confió, sujetando sus dedos.

—No lo estás, muchacha. Hay muchos a quienes no ves, pero que están pendientes de tu decisión… De hecho, tengo para ti un regalo de una de esas personas.

Maryam alzó sus ojos hacia él, con aire de interrogación.

—Se trata de Badr. Quiere regalarte un nombre para tu hijo.

Talal sonrió al ver el rostro de Maryam.

—Supo por mí mismo que Fátima piensa llamar al suyo como su padre, el emir Al Mundhir. Una elección inteligente, sin duda. Pero él te sugiere un nombre que quizá legitime en el futuro su ascenso al trono, si es que nace a tiempo para ocupar el lugar del enfermizo Hisham. Tras el primer Abd al Rahman, el refundador de la dinastía omeya en la diáspora, llegó al trono el emir Hisham I… pero reinó poco.

¿Conoces el nombre de su sucesor?

—Al Hakam…

—Así es. Y conoces la importancia que pueden tener las analogías con sucesos exitosos ocurridos en el pasado… sobre todo si alguien se encarga de dar difusión a tan buenos auspicios.

—Al Hakam —repitió Maryam, bajando la vista hacia su vientre, en el que había apoyado su mano de nuevo—. Vamos a traerte al mundo antes de lo que te corresponde… pero solo así se cumplirá tu destino.

La partera, que se había mantenido al margen de forma discreta, se enderezó cuando las miradas de ambos se dirigieron hacia ella.

—¿Cómo lo harás? —dijo Talal.

—Hay plantas que desde antiguo se han utilizado para provocar el parto. Yo te las proporcionaré.

—¿Habré de tragar las mismas ponzoñas malolientes que los eunucos obligan a tomar a las esclavas que quedan preñadas? —interrumpió Maryam, con gesto asqueado.

La mujer pareció no escuchar la objeción.

—Empezaremos preparando tu cuerpo con cocimientos de poleo, salvia y madreselva. Después te administraré medidas cada vez mayores de pociones en las que tengo plena confianza: raíz de laurel alejandrino, semillas de dauco y hojas pulverizadas de altramuz hediondo, todo ello disuelto en vino dulce. Si después de esto aún no se ha producido el parto, utilizaré dos potentes raíces, centaurea mayor y bakkaharis, que introduciré en ralladura junto a tu matriz.

—¿Siempre surten el efecto deseado?

—Sí, si se aplican del modo correcto y en las dosis adecuadas. Algunas de las que he citado, en manos inexpertas, pueden causar la muerte del feto… incluso la de la madre. Pero no debes preocuparte.

La partera se sacó un atadijo del fondillo de la túnica y deshizo sus nudos con parsimonia. Apareció primero un rosario de piedrecillas perforadas por el centro y ensartadas en un delgado cordón de cuero.

—Es jaspe, un amuleto que te ceñirás al muslo —explicó al tiempo que lo depositaba en la mano de Maryam—. Y esto es un collar de piedras de Samos, que llevarás al cuello. Los antiguos griegos tenían enorme confianza en su poder. Falta un colgante hecho con las hojas del altramuz hediondo, las mismas que te administraré en mis pociones. Pero deberás quitártelo del cuello en el mismo instante del parto y tirarlo lejos.

—Tú misma tendrás ocasión de hacerlo —intervino Talal—. Eres viuda, y nadie te espera. Permanecerás entre estos muros hasta que el príncipe Al Hakam esté entre nosotros. Recibirás a cambio un generoso estipendio.

—Renunciaré con gusto a gratificación alguna a cambio de obtener el favor de la futura *As Sayyida al-kubra*[10], cuando tenga entre mis manos al que ha de ser el heredero del trono de Qurtuba.

—¿Acaso entre tus habilidades se encuentra también la de leer el futuro? —Maryam sonrió.

La partera se limitó a devolverle la sonrisa y caminó hacia la salida.

—Lo olvidaba —dijo, volviéndose hacia Talal antes de llegar a la puerta—. Ayudará a nuestros propósitos depositar sobre tu vientre, cuando se inicien los signos del parto, el corazón de una gallina recién sacrificada. Procura tener una dispuesta.

La matrona abandonó la estancia, y el eunuco la siguió. Antes de cerrar la puerta, giró la cabeza hacia Maryam.

—Quizá no recordé decírtelo… pero Nayat goza de más fama como adivina que como partera —susurró con gesto cómplice.

Año 915, 302 de la Hégira

23

Qurtuba

El rostro de Maryam resplandecía en medio del círculo de esclavas y concubinas que la rodeaban, solícitas, en aquella tarde primaveral. Hacía tan solo dos días que había terminado el mes de Ramadán, y todas se deleitaban con las golosinas cubiertas de almendras y miel que los eunucos habían dispuesto en pequeñas mesas bajas, entre las docenas de cojines que se amontonaban contra la pared. Habían elegido para pasar la tarde uno de los rincones favoritos de Maryam en aquella época del año, una hermosa galería cubierta, flanqueada por bellos arcos de herradura policromados y sostenidos por esbeltas columnas. Tres surtidores diminutos vertían agua en el estanque que ocupaba el centro del patio, y las delicadas colgaduras de seda colocadas entre las arcadas permitían el paso de los tibios rayos de sol de la tarde, al tiempo que bloqueaban las escasas corrientes de aire. Junto a la favorita del emir, en una pequeña cuna protegida con dosel, gorjeaba el pequeño Al Hakam, venido al mundo tan solo tres meses antes.

Los médicos habían temido por la vida del pequeño. Cuando el emir tuvo noticia de la aparición prematura de los dolores del parto, envió a su médico de confianza, el judío Yahya ibn Ishaq, quien asistió a Maryam junto a las parteras. El alumbramiento se produjo sin dificultad, pues el tamaño de un feto que apenas sobrepasaba los siete meses no exigía complicadas maniobras, pero la escasa vitalidad del pequeño en los primeros días hizo temer un fatal desenlace. Sin embargo, desde el primer momento, Maryam había tomado con insistencia el diminuto cuerpo de su hijo para acercárselo al pecho. Las lágrimas habían corrido por su rostro al comprobar que no obtenía respuesta de aquel ser demasiado débil incluso para alimentarse, pero la angustia se había tornado en alborozo cuando su boquita por fin se abrió y rodeó con los labios el pezón que le ofrecía. Desde entonces, y con la ayuda de las amas de cría, el pequeño no había dejado de ganar peso y vitalidad. Y es que los presagios no podían haber sido más favorables, porque el nacimiento había tenido lugar el viernes, en el momento de la llamada a la oración, cuando el *imām* comenzaba su sermón.

También Maryam se recuperaba tras aquellas semanas en que la felicidad por el nacimiento del que ya era el segundo hijo de Abd al Rahman se tornaba en zozobra al comprender que todo aquel esfuerzo habría sido vano si su arriesgada decisión hubiera terminado con la muerte del pequeño. Pero había vivido, y los poemas

escritos en su honor daban cuenta de su buena estrella. En las largas horas de espera, contemplando la lucha por sobrevivir de aquel diminuto cuerpecillo, había leído una y mil veces algunos de ellos, hasta aprenderlos de memoria.

Es un creciente criado por el plenilunio y escogido por la aurora,
recibido por el sol cuando las estrellas aún brillaban.
Lleva en el rostro señales de nobleza y excelencia;
con él brillan esperanzas y se regocija la poesía.
De estirpe de caballeros, descendiente de califas,
cuyas manos son un mar y sus dones piélago,
a la plegaria del mediodía se ha mostrado un noble astro
rodeado de excelencia y cobijado en gloria:
a la excelencia la engendra el mejor soberano,
por quien el mundo se enorgullece y el alcázar se gloria[11].

Al Mundhir, el segundo hijo que Fátima daba al emir, había nacido solo una semana después, también de forma un tanto prematura. Talal, el eunuco, estaba convencido de que el parto de la primera esposa se había precipitado a causa de los arrebatos de cólera que se habían apoderado de ella al enterarse del alumbramiento de Maryam y comprender la maniobra de que había sido víctima. Había sido Talal, que conocía bien hasta dónde podían llevar las intrigas y las venganzas dentro de las paredes del *harém*, quien había asignado a Maryam una guardia permanente de cuatro eunucos fuertemente armados, que ahora protegían las entradas del patio del alcázar en que se encontraban.

Aquellos rayos del sol que salvaban los tejados situados al frente se proyectaban sobre el grupo de mujeres abstraídas en su animada conversación. Los laúdes descansaban apoyados de forma descuidada en los divanes, después de acompañar el canto de alguna de las concubinas. La lectura de poemas había sido otro de los entretenimientos con los que habían llenado las horas posteriores al almuerzo y, como era habitual, al final de la tarde, los cuentos y los relatos, algunos subidos de tono, habían provocado el alborozo de las muchachas y la sonrisa cómplice de los eunucos, que los escuchaban ajenos a los sentimientos y pulsiones que describían.

Todavía se oían los ecos apagados de las últimas risas cuando todas las miradas convergieron en uno de los extremos de la galería y se hizo el silencio. Fátima avanzaba hacia el grupo acompañada por dos sirvientas y dos enormes eunucos nubios. Una de las niñeras llevaba en brazos al pequeño Al Mundhir envuelto en sedas y brocados, mientras que Hisham, su hermano mayor, avanzaba asido por la mano de la otra. El porte y el modo de caminar de la joven seguían siendo elegantes y aristocráticos, y su rostro pretendía mostrar una diplomática sonrisa, pero era incapaz de ocultar por completo el rictus que a cada instante pugnaba por asomar. Saludó con amabilidad y avanzó hacia el grupo, mientras los guardias armados de Talal retenían

discretamente a los dos eunucos que la acompañaban.

—Mi querida Maryam… en estos meses no hemos tenido ocasión de darnos los parabienes por nuestra reciente maternidad. Es hora de que pongamos fin a ese enojoso error, ¿no crees?

Sin esperar a recibir respuesta se adelantó hasta el borde de la cuna.

—¡Por Allah Todopoderoso! —exclamó, llevándose las delicadas manos a las mejillas—. ¡Es tan pequeño! ¡Y parece tan indefenso…! Gracias al cielo, ha sobrevivido a pesar de lo prematuro de su nacimiento.

Maryam trató de mantener la compostura.

—Tampoco yo comprendo el porqué de nuestro aparente desencuentro, admirable Fátima. El hecho de que hayas perdido el favor del emir no debería enturbiar la relación entre sus esposas.

—Ah, sí —suspiró—. El deseo de los hombres es voluble, y sus enojos, pasajeros. Pero la nobleza de mi origen llevará a Abd al Rahman a recapacitar, estoy convencida de ello, pues sabe bien que la legitimidad dinástica de su heredero está en juego.

Maryam esbozó una sonrisa a todas luces forzada y se volvió hacia las criadas.

—¡El pequeño Hisham! Apenas se le ve en el *harém*. ¿Cómo siguen sus problemas de salud?

Fátima desvió la mirada hacia el niño, que, pálido y macilento, apenas era capaz de tenerse en pie sin la ayuda de su niñera. Sus miembros eran débiles, y su respiración trabajosa, hasta el punto de que Maryam sintió la necesidad de inspirar hondo para evitar su propia sensación de ahogo.

—Fijaos en el pequeño Al Mundhir. Es un bebé precioso, ¿no os parece? —dijo mientras lo tomaba entre sus brazos para mostrarlo, en un intento de desviar la atención.

Algunas de las concubinas que acompañaban a Maryam se incorporaron para satisfacer su curiosidad, y Fátima aprovechó la ocasión para entregarles a su hijo.

—¡Ah! —suspiró, tomando asiento en uno de los divanes que habían quedado libres—, en los últimos tiempos he echado en falta vuestra compañía, el sonido de estos laúdes y la belleza de un poema bien recitado. Este atardecer está resultando magnífico, ¿no creéis? ¿Quién de vosotras se anima con uno de esos relatos que tanto nos complacían?

Las muchachas se miraban unas a otras, incapaces de imaginar los motivos de aquella actitud. Todas comprendían que aquellas palabras afectadas carecían de sinceridad, pero cuando miraban a Maryam no veían el deseo de terminar con aquella situación.

—¿Nadie recuerda ninguno? —insistió, sin recibir más que vagos gestos de indecisión.

—Justo cuando has llegado, terminábamos el último de los relatos —explicó una de ellas.

—En ese caso, ¿permitiréis que sea yo la que os cuente uno? Es uno de esos cuentos sufíes, de los que tantas enseñanzas se pueden extraer.

Sin esperar la respuesta, se recostó en el diván y comenzó:

Esta es la historia de un ratón que se paseaba a lo largo de un arroyo y se hizo amigo de una rana. Se reunían ambos todos los días, a una hora fija, en el lugar de su primer encuentro con el fin de contarse historias y divertirse, ¡como nosotras hacemos ahora!

Un día, el ratón dijo a la rana: «¡Oh, tú, el más noble de los animales! Desde hace mucho tiempo, deseo confiarte un secreto. Vienes del agua y a ella vuelves. Y yo, cuando te llamo desde la orilla del arroyo, no obtengo respuesta porque tú no me oyes. Mi corazón no se satisface con nuestros encuentros diarios. Me siento extraviado cuando no veo tu rostro. Para mí, eres la luz del día y la paz de la noche. Mi corazón desea estar contigo en todo instante. Pero tú ignoras todo de mi estado. ¡Oh, hermana mía! Yo vengo de la tierra y tú vienes del agua. Me es imposible sumergirme en el agua. Es preciso que encontremos un medio para que te lleguen mis llamadas.»

Y propuso esta solución: «Vamos a tomar un hilo muy largo, y cada uno de nosotros atará una pata a uno de sus extremos. Así, cuando quiera verte, me bastará con tirar del hilo.»

Esta solución no gustó mucho a la rana, que se negó, pero el ratón insistió tanto que acabó por ceder. Se ataron, pues, por medio de un largo hilo y, cada vez que el ratón tiraba de él, la rana subía del fondo del agua para conversar con su amigo.

Ahora bien, un día, un enorme cuervo atrapó al ratón y alzó el vuelo. Arrastró al ratón y a la rana tras él, el ratón en su pico y la rana al extremo del hilo. La gente que vio este espectáculo decía: «¡Qué cosa tan asombrosa! ¡Una rana, criatura acuática, cazada por un cuervo!»

Y la rana, por su parte, se decía: «¡Quien se hace amigo de una criatura que no es de su clase merece ciertamente el castigo que yo sufro!»

—Inteligente fábula, ¿no creéis? —dijo al concluir, con una sonrisa en los labios—. Pero no veo que la celebréis… aunque acaso estáis todavía pensando en su significado.

—Todas hemos comprendido bien la lección que encierra, querida Fátima —respondió Maryam, superando en amplitud la sonrisa de su rival—. Y no quiero faltar a las reglas de la hospitalidad sin regalarte otro cuento similar, quizá más breve. Escuchad, dice así:

Un pavo real estaba arrancándose las plumas. Acertó a pasar por allí un sabio, que le dijo: «¡Oh, pavo real! ¿Por qué pretendes afearte? Es una lástima arrancar tan

hermosas plumas. ¿Cómo tienes valor para estropear ese maravilloso atavío? Tus plumas son universalmente apreciadas, los nobles se hacen abanicos con ellas, los sabios se hacen marcadores de páginas para el Corán. ¡Qué ingratitud la tuya! ¿Has pensado alguna vez en El que ha creado esas plumas o es que lo haces adrede? Nunca podrás reponerlas en su sitio. No te laceres el cuerpo por pesar, pues eso no es más que blasfemia.»

Al oír estos consejos, el pavo real se echó a llorar, y sus lágrimas emocionaron a toda la concurrencia. El sabio continuó: «He cometido un error. No he hecho más que aumentar tu pena.»

El pavo real siguió regando el suelo con sus lágrimas, y su llanto era como centenares de respuestas. Dejando al fin de llorar, dijo al sabio: «Tú ves los colores y percibes los olores. Por esa razón no comprendes la multitud de tormentos que me cuestan estas plumas. ¡Oh, cuántos cazadores han lanzado flechas contra mí para apoderarse de ellas! Ya no tengo fuerza para resistir esta caza perpetua. Solo me queda el recurso de separarme de mis atractivos y refugiarme en el desierto o en la montaña. ¡Cuando pienso que hubo un tiempo en el que estas plumas eran mi orgullo!»

Y es que cada instante de orgullo es una maldición y un peligro para los vanidosos.

—¡Cuántos pavos conservarían su plumaje de no haber andado por el campo haciendo ostentación de él! —bromeó una de las concubinas.

El pequeño Hisham parecía respirar cada vez con mayor dificultad, pero su madre hizo un gesto a la criada que se encargaba de él, y esta lo tomó en brazos para retirarse con él al rincón más apartado del patio.

—Anochece ya —observó Fátima, ocultando su enfado—. Pero quizás haya tiempo para una última fábula…

Un día, un hombre cayó desvanecido en medio del mercado de perfumes. Ya no tenía fuerza en las piernas y le daba vueltas la cabeza, por lo molesto que se sentía a causa del incienso que quemaban los comerciantes.

La gente se reunió a su alrededor para ayudarle. Algunos le frotaban el pecho, y otros, los brazos. Otros incluso le vertían agua de rosas en el rostro, ignorando que aquella misma agua era la que lo había puesto en ese estado.

Otros intentaban quitarle sus vestiduras para permitirle respirar. Otros le tomaban el pulso. Los había que diagnosticaban un abuso de bebida, otros, un abuso de hachís. Nadie, en definitiva, encontró el remedio.

Pues bien, el hermano de este hombre era curtidor. Tan pronto como supo lo que le sucedía, corrió al mercado, recogiendo en su camino todos los excrementos de perro que pudo encontrar. Llegado al lugar del drama, apartó a la multitud diciendo: «¡Yo conozco la causa de su mal!»

La causa de todas las enfermedades es la ruptura de los hábitos. Y el remedio consiste en recobrar esas costumbres. Por eso existe el versículo que dice: «¡La suciedad ha sido creada para los sucios!»

Así pues, el curtidor, ocultando bien su medicamento, llegó hasta su hermano e, inclinándose hacia él como para contarle un secreto al oído, le puso la mano en la nariz. Al respirar el olor de esa mano, el hombre recobró enseguida el conocimiento y las gentes alrededor, sospechando algún truco de magia, se dijeron: «Este hombre tiene un aliento poderoso, pues ha logrado despertar a un muerto.»

La enseñanza que podemos extraer de este cuento es clara: un gusano nacido en los excrementos no cambiará de naturaleza al caer en el ámbar[12].

Fátima había pronunciado las últimas palabras remarcando cada una de ellas, pero apenas tuvo tiempo de observar la reacción de sus antiguas compañeras del *harém*. La muchacha que atendía al pequeño Hisham corría hacia ella, gritando descompuesta.

—¡Mi señora! ¡Es tu hijo, se ahoga, mi señora!

Incluso Maryam se levantó con las demás.

—¡Llamad a los médicos! —gritó a los eunucos, a la vez que se inclinaba sobre los cojines donde habían depositado al niño.

Fátima hurgaba con manos temblorosas en las ropitas, dejando al descubierto un pecho escuálido y azulado.

—¡No, no, no…! —repetía una y otra vez, mientras las lágrimas caían sobre la piel del pequeño—. ¡Allah Todopoderoso, no lo permitas!

El niño boqueaba con los ojos dilatados por el sufrimiento. En un intento desesperado por llevar aire a su pecho, Fátima acercó su boca a los labios amoratados, pero, mientras le insuflaba su aliento, pudo ver cómo los ojos del pequeño se apagaban y su cuerpecito quedaba flácido entre sus dedos. Durante unos instantes que se hicieron eternos, la desesperada madre siguió intentándolo, hasta que muy lentamente, se separó de él. De rodillas, apoyada sobre los talones, Fátima alzó la cabeza al cielo y lanzó un grito desgarrador, mientras las criadas lloraban abrazadas junto a ella.

El patio se llenó inmediatamente de médicos, sirvientes y eunucos, que tomaron a Fátima, abrazada al cadáver de su hijo, para llevarla casi en volandas hacia sus aposentos. Un repentino silencio se hizo entonces en el lugar, y Maryam fue consciente de que su propio hijo también estaba llorando. Se acercó a la cuna, lo tomó en sus brazos y lo apretó contra su pecho. Al oír el arrullo de su voz y sentir el contacto con la piel cálida y acogedora de su madre, el llanto se convirtió en un gorjeo de satisfacción. Maryam, aún sobrecogida por la terrible escena que acababa de vivir, contempló el rostro de su hijo a la luz tenue del atardecer. Mil pensamientos cruzaron por su mente, pero por encima de todos ellos flotaba una sensación de

plenitud y de agradecimiento. Alzó sin esfuerzo el diminuto cuerpecillo, rozó con los labios la piel casi transparente de su mejilla y en voz muy baja, apenas audible, se lo dijo:

—Mi querido Al Hakam… ahora eres el más pequeño, pero te prometo que, sin tardar, te convertirás en el más grande.

Año 915, 303 de la Hégira

24

Tutila

El caballo de Mutarrif parecía cabalgar desbocado. Pocos de los soldados y oficiales que habían partido de Arnit junto a él antes del amanecer habían sido capaces de seguir su ritmo frenético. La estela de polvo que dejaban tras de sí apenas tenía tiempo de posarse sobre el camino antes de que caballos y jinetes desaparecieran tras la siguiente loma. Tiró levemente de las riendas al embocar la puerta de Qalahurra, la más occidental de Tutila, y atravesó la muralla como una exhalación para perderse en las estrechas callejuelas de la *madina*, camino de la loma sobre la que se alzaba la sólida *alqasába*.

Saltó al enlosado del patio sin frenar su montura, que por un momento siguió trotando hasta toparse con el tapial de las caballerizas. Prácticamente sin reparar en los dos guardias armados que todavía custodiaban el acceso al edificio central de la fortaleza, irrumpió en el amplio zaguán y comenzó a subir de dos en dos las escaleras que conducían a la planta más noble. Solo alzó la vista de los escalones cuando oyó pronunciar su nombre desde lo alto.

—¡Mutarrif! ¡Al fin!

Para Mūsa había supuesto un doloroso ejercicio de autodisciplina esperar en la alcazaba la llegada de su tío, pero sabía que era lo correcto. Solo una reducida guarnición mantenía a salvo la plaza, después de que el grueso de las fuerzas acantonadas partieran precipitadamente hacia el norte dos jornadas atrás, y sabía que su lugar estaba allí, a pesar de que la desesperación le había llevado a ensillar su caballo en dos ocasiones. No había descansado ni un solo instante desde que su padre abandonara la *madina* para afrontar el nuevo peligro que se cernía sobre ella.

—¡Mūsa, muchacho! —saludó Mutarrif, con tono grave, al alcanzar el rellano—. ¿Qué noticias tienes?

—¡No ha muerto, como supusimos al principio! —exclamó, casi exultante—. Al menos tres soldados coinciden en afirmar que fue capturado con vida por los hombres de Sancho. Uno de ellos asegura que pudo verlo sobre la grupa de un mulo, cargado de cadenas.

—Al menos está vivo…

—Desde la mañana de ayer no habíamos tenido nuevas de su paradero. No se encontraba entre las tropas que regresaban tras el enfrentamiento, y solo al amanecer

han llegado hasta aquí las noticias sobre su cautiverio.

—¡Pobre muchacho! ¿Y Hana? ¿Y tu abuela? —se interesó.

Mūsa bajó la mirada, moviendo la cabeza a un lado y al otro al recordar la última vez que las había visto. Había dejado a su madre sumida en llanto en brazos de Sahra, que buscaba alivio a su desconsuelo con ella.

—¡Por Allah Todopoderoso! —estalló, golpeando con el puño cerrado la pared más cercana—. ¡Maldita sea! ¿Es que no ha de tener fin tanta desdicha?

Mutarrif inició un agitado ir y venir entre la pared de la galería y la balaustrada en la que se apoyaba su sobrino. De la sala principal salieron dos de los oficiales al cargo de la guarnición.

—Ponedme al corriente de lo que sepáis —rogó al fin.

—El aviso llegó hace tres días —se adelantó Mūsa—. Sancho, al frente de un numeroso ejército, avanzaba en esta dirección, siguiendo el cauce del Ūadi Aragūn, desde la fortaleza de Baskunsa. De forma apresurada, mi padre trató de reunir a las tropas, todas las que fue posible en tan corto espacio de tiempo. Y ayer mismo, al amanecer, partió al encuentro de los infieles.

—¿Por qué no se encastilló? —inquirió su tío, con un tono que denotaba cierta exasperación—. Tutila es un bastión seguro, esta colina y sus murallas la hacen inexpugnable.

—Supongo que no deseaba dar tanta ventaja al enemigo, permitirle alcanzar de nuevo el curso del Ūadi Ibrū —intervino un oficial—. Las cosechas de cereal permanecen sin recoger y…

—Y dejar a Sancho campar por nuestras tierras es condenar a nuestra gente a pasar hambre durante el invierno —atajó Mutarrif, asintiendo.

—Además… nadie sabe dónde pensaba atacar —corroboró Mūsa—. Y mi hermano Muhammad se encontraba en Balterra, al frente de una pequeña guarnición.

—Así que salió a su encuentro…

—Ayer mismo, y el enfrentamiento se produjo en el Yabal al Bardi, los montes que se extienden entre Balterra y Al Qastil.

—¿Bajas? —preguntó Mutarrif, lacónico.

—Centenares —respondió el segundo oficial, sinceramente dolido.

Mutarrif cerró los ojos con fuerza.

—¿Y Sancho? —preguntó al fin, con el temor pintado en el rostro.

—Allah ha guiado sus pasos lejos de nosotros. Viaja de regreso hacia Baskunsa.

—No es de extrañar. Se ha cobrazo la pieza más valiosa que podía pretender. ¿Dónde se encuentra ahora tu hermano? —dijo, volviéndose de nuevo hacia Mūsa—. Es necesario que me entreviste con él, sin pérdida de tiempo.

—Ha regresado a Balterra, al menos esas son las últimas noticias.

—En ese caso, haz que preparen monturas de refresco para mí y para mis

hombres. Parto hacia allí de inmediato.

El tono de Mutarrif sonó demasiado autoritario en los oídos del joven Mūsa, pero aun así supo que debía obedecer.

—¿Puedo acompañarte?

Mutarrif pareció valorar su deseo.

—Quizá sea mejor que alguien de nuestra familia permanezca en Tutila… aunque seas tan solo un muchacho —respondió—. Y tu abuela Sahra sin duda agradecerá tu presencia. Trata de excusarme ante ella.

Muhammad contemplaba sin ver la estela de polvo que parecía surgir por sí sola desde el camino, para quedar suspendida en el aire del atardecer de aquel día aciago. Había pasado la jornada sumido en cavilaciones que le impedían pensar con claridad. Dos días antes era un orgulloso muchacho de veintiún años cuyo padre delegaba en él la responsabilidad de gobernar, al frente de una nutrida guarnición, una *alqasába* como la de Balterra, que protegía la entrada al valle en el que se alzaba la *madinat* Tutila. Ahora se enfrentaba a graves decisiones que nunca habían estado en sus manos, y lo hacía sometido al peor chantaje que pudiera imaginar. Había conseguido salir con vida del enfrentamiento del día anterior, en el que su propio padre fue capturado, y no podía librarse de la sensación de no haber hecho lo suficiente para evitarlo. Ni siquiera había sido testigo del momento en que su padre, herido al parecer, se había visto rodeado por una decena de caballeros cristianos en medio de la espesura del Yabal al Bardi, con el propio rey de los infieles al frente. La noticia de su apresamiento había provocado la desbandada en sus filas, y poco después Sancho había ordenado el regreso hasta las seguras riberas del Ūadi Aragūn. Sin embargo, poco había tardado el caudillo vascón en trazar su estrategia ante la nueva oportunidad que se le presentaba, y aquella misma mañana había llegado a la alcazaba el jinete que portaba las condiciones para la liberación de Abd Allah.

Una insoportable incertidumbre se había adueñado del joven. Su primera decisión había sido enviar mensajeros a todas las ciudades del territorio, para concertar en Balterra la reunión del Consejo, formado en gran parte por sus gobernadores. Desconocía cuántos continuaban con vida, lo único que sabía era que ninguno de ellos había llegado a la *alqasába*. ¿Acaso iban a ignorar su llamamiento? Era consciente de que era demasiado pronto, y posiblemente su llegada se produciría de forma gradual a lo largo de la siguiente jornada, pero no podía evitar una desagradable sensación de inquietud. En ausencia de su padre, el clan estaba descabezado, en ningún momento se había contemplado su reemplazo, y sabía que la juventud jugaba en su contra.

Reconoció a su tío Mutarrif desde la distancia y, por un instante, sintió que se aliviaba el peso que sentía sobre sus hombros. Recordaba que tras la muerte de Lubb, cuando él no era más que un muchacho, la sucesión se había producido de forma

natural en la figura de Abd Allah, hermano del finado, si bien era cierto que entonces los hijos de Lubb eran solo niños. Ahora tenía una edad a la que algunos de sus antepasados ya hacía años que ejercían el poder, pero, volviendo la vista atrás, nunca había sentido tal ambición, tal vez ni siquiera hubiera pensado en ello. Pese a que resultaba patente la aversión que sentía hacia el hombre que estaba a punto de alcanzar los muros de la fortaleza, no era hora de enfrentamientos, sino de luchar juntos para conseguir el regreso inmediato de su padre.

Al parecer, la reunión del Consejo iba a resultar concurrida, después de todo. Se acercaba el mediodía, y la llamada del muecín había coincidido con la llegada de los últimos notables procedentes de la cercana Tutila, aunque se evidenciaba la ausencia de los representantes de las ciudades más alejadas. Los rostros reflejaban la dramática situación que las fortalezas de los Banū Qasī habían vivido durante las últimas jornadas. La ausencia de los *‘ummāl* de Al Burj, Tahust y Siya, caídos en la batalla, dejaba el sector oriental de los dominios del clan en condiciones más que precarias, pero sus muertes representaban tan solo una pequeña parte de las tragedias que aquellos días funestos estaban viviendo cientos de familias en todo el valle.

Muhammad, a pesar de ejercer como anfitrión, decidió dejar que fuera su tío quien abriera el Consejo, una vez que sus miembros se hubieron acomodado en el estrecho salón central de la *alqasába*, poco adecuado para reunir a un grupo tan numeroso. El calor, que volvía a hacerse sentir, era solo uno más de los motivos que aumentaban su desazón.

—Allah, El que todo lo puede, tiene sin duda poderosas razones para reunir aquí a este Consejo —empezó Mutarrif, que se levantó para llamar la atención de los presentes—. Ninguno de nosotros sospechaba hace tan solo cuatro días que Su voluntad nos deparaba esta dura prueba, pero, a pesar de todo, debemos conservar la mansedumbre y dar gracias por cuantos dones nos ofrece. Nuestro caudillo, mi hermano, el buen Abd Allah, se encuentra cautivo en manos de infieles, quién sabe si malherido. Y nosotros, obligados por nuestro deber, nos reunimos en este momento crítico para tomar las decisiones que más convengan a nuestro pueblo, convocados por mi joven sobrino Muhammad, recientemente nombrado por su padre *‘amil* de esta pequeña fortaleza que nos acoge.

Tras remarcar las últimas palabras, hizo una pausa breve y siguió hablando con una voz potente que sin duda trataba de transmitir confianza.

—Desde los tiempos del *qumis* Casio, quien dio nombre a nuestra tribu, nuestro clan siempre ha sido liderado por un único caudillo, y ello nos ha llevado a dominar una vasta tierra que ha proporcionado a los nuestros largas épocas de prosperidad. Solo cuando, en tiempos de nuestros abuelos, la discordia hizo su aparición, tuvieron nuestros contrarios la oportunidad de causarnos daño. Cuando el buen Lubb cayó ante nuestro mayor enemigo, mi hermano ocupó su lugar, pero ahora es él quien se

encuentra en poder de Sancho. Nunca nos habíamos enfrentado a una situación parecida, pero lo único cierto es que Abd Allah se encuentra impedido para conducir a su pueblo, y se impone la necesidad de designar a un nuevo caudillo que ocupe su lugar… hasta su regreso.

Muhammad podía sentir cómo la sangre se le agolpaba en el rostro y sus sienes comenzaban a palpitar. No podía ser tan miserable… Hizo un esfuerzo para evitar alzarse e interrumpir su discurso.

—Como en su momento sucedió con Abd Allah, soy yo, el hermano menor del ausente, quien os ofrece su experiencia en el gobierno que, como bien sabéis, ejercí con éxito durante años en la capital de la Marca Media, y después, a mi regreso, en Arnit, la cuna de los Banū Qasī. Fue allí precisamente donde hace solo un año, con la ayuda de muchos de vosotros y también la de Abd Allah, conseguí rechazar con éxito el ataque de Sancho. Y no solo conseguimos retener el dominio de Arnit, sino recuperar el de Qalahurra.

—¿Qué necesidad hay…? —estalló Muhammad, al tiempo que se incorporaba del escabel que ocupaba para apoyar los dos puños cerrados sobre la mesa.

—Cálmate, muchacho —le cortó su tío—. Todos entendemos tu situación. Quizás habías albergado la esperanza de ocupar el lugar de tu padre, pero en estas circunstancias tu entendimiento está nublado por el odio y el resentimiento, que podrían llevarte a tomar decisiones equivocadas. Sé que te culpas por no haber sido capaz de evitar la desgracia que nos ha reunido aquí, tú mismo me lo confesaste anoche, a mi llegada. Pero los hechos se han consumado, y tratar de enmendar tu error de inmediato puede conducirnos a situaciones aún más comprometidas. En estas circunstancias se impone la templanza que proporciona la madurez, frente al ímpetu desbocado de la excesiva juventud.

—¡Infame! —escupió Muhammad, fuera de sí.

Durante la alocución de su tío, había permanecido en tensión, con la incredulidad pintada en el rostro, y sintiendo que la indignación se apoderaba de él. Ahora trataba de deshacerse de las manos que lo sujetaban de los brazos y de la ligera túnica de lino, que amenazaba con desgarrarse.

—Tu reacción no hace sino sumar razón a mis palabras —continuó Mutarrif, asegurándose de traslucir un tono de desprecio—. Es evidente que el odio te ciega, y no estás en condiciones de asumir la jefatura de los Banū Qasī.

—¡Basta ya, Muhammad! —dijo el joven *‘amil* de Kabbarusho, poniéndose en pie—. No hemos venido hasta aquí para asistir a un enfrentamiento entre vosotros. La situación es lo bastante grave como para dejar a un lado vuestras rencillas, que por otra parte son evidentes desde hace demasiado tiempo.

—Me alegro de que seas tú quien trate de imponer la cordura. De ninguna forma esperaba que esta cuestión previa resultase espinosa, y es cierto que lo más

trascendente ahora es debatir si abrimos o no las puertas de tu *madina* a los vascones.

El rostro del *'amil* perdió el color.

—¡Cómo! ¿Acaso Muhammad no te ha contado las condiciones que Sancho impone para la liberación de Abd Allah?

Todas las miradas se dirigieron de nuevo hacia el muchacho.

—¡No ha sido posible! ¡Ha llegado entre los últimos, junto a otros muchos! Tampoco el *'amil* de Fala'san está al corriente, por lo mismo —se explicó, mirando a un hombre de mediana edad que ocupaba una silla en el extremo—. Era un asunto que debía tratarse en este Consejo.

—¿De qué debo estar al corriente? —dijo alarmado el aludido.

—Ayer por la mañana —se apresuró a intervenir Mutarrif—, cuando Sancho todavía no estaba lejos, envió a esta misma *alqasába* un mensajero con las condiciones que nos exige para la liberación de Abd Allah. Entre ellas se encuentra la entrega de ambas fortalezas.

En la sala se hizo el silencio.

—¿Entregar a los infieles Kabbarusho y Fala'san? —exclamó el *'amil* de Qalahurra—. ¡Eso me deja de nuevo a merced de sus ataques!

—Nos enfrentamos a un enemigo decidido y poderoso, que conoce bien las ventajas que el control de ambos baluartes le proporcionaría —recalcó Mutarrif—. Kabbarusho protege el curso bajo del Ūadi Aragūn, y Fala'san cumple la misma función en el Ūadi Arūad.

—¡Y ninguna de ellas dista de aquí más de quince millas! —recordó uno de los notables—. Con las tropas cristianas encastilladas en ambas fortalezas, la siguiente es Balterra, y el asedio a Tutila es cuestión de tiempo.

Muhammad había terminado por sentarse, y escuchaba cabizbajo, reconociendo por la voz a quienes tomaban la palabra.

—Recurramos al emir —propuso uno de los ancianos notables de Tutila—. Todo lo que poseemos está en peligro, nuestra situación nunca había sido tan crítica.

—Incluso esa posibilidad nos está vetada —objetó Mutarrif—. El ejército de Qurtuba se halla empeñado en el control de las revueltas en el sur. Y para empeorar las cosas, no hace ni una semana que llegaron noticias del ataque del rey Urdūn a la *madinat* Mārida. El emir tiene demasiados frentes abiertos como para atender las necesidades de la Frontera Superior.

—Tarde o temprano tendrá que reconocer que Sancho se ha convertido en un enemigo poderoso —razonó el anciano—. Hasta ahora nosotros, los Banū Qasī, hemos actuado como un escudo para defender sus intereses, pero el precio que en los últimos tiempos se nos está exigiendo es demasiado alto. Si el emir Abd al Rahman no actúa, pronto tendrá a los infieles a las puertas de Tulaytula, su antigua capital, y el Ūadi Ibrū al completo estará de nuevo en su poder.

—Es evidente que de momento tendremos que fiarlo todo en nuestras propias fuerzas —insistió Mutarrif—. Y la entrega de esas fortalezas nos pondría en situación de franca inferioridad.

—¿Estás diciendo que propones sacrificar la vida de mi padre, tu propio hermano, a cambio de conservar dos castillos en tu poder? —pareció escupir Muhammad, de nuevo en pie, deteniéndose en cada una de las palabras que pronunciaba.

—Se trata de ganar tiempo, solamente. Quizá con Abd Allah en poder de Sancho consigamos convencer al emir de lo urgente de su ayuda.

De nuevo el silencio se abatió sobre la sala, y Muhammad recorrió de una ojeada los rostros cabizbajos de la mayor parte de los asistentes.

—¿Acaso todos compartís la opinión de Mutarrif? —casi gritó.

El *‘amil* de Kabbarusho alzó la cabeza y enfrentó la mirada del muchacho.

—Yo no —dijo con firmeza—. Hace un año luché junto a Abd Allah en Arnit, y también en Qalahurra. Y hace solo tres días lo hice de nuevo en el Yabal al Bardi. Tan solo la fortuna o el favor del Todopoderoso han querido que no sea yo, o cualquiera de vosotros, quien ocupe el lugar del que aún es nuestro caudillo. Evacuaré Kabbarusho si eso sirve para tener a Abd Allah de nuevo entre nosotros.

—Esa decisión no depende de ti —atajó Mutarrif—. Será este Consejo el que resuelva.

—En ese caso sometamos ambas propuestas a la valoración de los presentes. La mía es ceder a Sancho, con las debidas garantías, el control de las dos fortalezas a cambio de la libertad de Abd Allah. Al mismo tiempo enviaríamos una delegación a Qurtuba que dé cuenta al emir de lo apurado de nuestra situación y solicite su intervención inmediata a fin de recuperar ambos castillos y todos los que se nos han arrebatado en los últimos tiempos a lo largo del Ūadi Aragūn. Hasta entonces, yo mismo me pondré a las órdenes de Abd Allah para reunir el mayor ejército que haya hollado la *musara* de Tutila, y nos prepararemos para hacer frente a la amenaza de los vascones.

Muhammad cerró los ojos y sintió que le inundaba una oleada de agradecimiento hacia aquel hombre, que, por un momento, había hecho renacer la esperanza en él.

—Yo te apoyo —se oyó desde el extremo de la mesa—. Abriré las puertas de Fala’san y a continuación, si no tenéis inconveniente, partiré hacia Qurtuba como uno de los integrantes de la misión que ha de tratar con el emir.

—Todos debéis manifestaros, es lo que establecen las reglas de funcionamiento del Consejo —recordó el joven *‘amil*—. Quien apoye mi proposición puede ponerse en pie.

Muhammad supo que volvería a ver a su padre cuando las miradas que poco antes le eran negadas empezaban a buscar sus ojos, mientras los miembros del Consejo se alzaban, uno tras otro.

El canje había tenido lugar a las puertas de Kabbarusho una semana más tarde, al amanecer tras una de las noches más tórridas del verano[13]. Su propio *‘amil* había propuesto la manera de realizarlo y, tras un intercambio de mensajeros, ambas partes se mostraron de acuerdo. Se evacuaron las dos aldeas fortificadas, y solo la reducida guarnición encargada de efectuar la entrega había permanecido tras sus muros. Después de constatar que Abd Allah se encontraba vivo y en buen estado, se había exigido la entrega de rehenes por parte de Banbaluna para garantizar su liberación. La propuesta del rey vascón había sido sorprendente, pues era el propio abad de Leyre quien se ofrecía como garante de la transacción. Durante la espera, el *‘amil* tuvo la oportunidad de mantener con el monje una breve conversación en árabe, para su sorpresa, lengua que el monje, aun con alguna dificultad, dominaba.

La comitiva lo vio ascender erguido sobre su caballo desde el vado del río. Avanzaba solo, dejándose llevar por el ritmo que marcaba la cabalgadura, a la que en ningún momento hizo nada por azuzar. Fue Mūsa el primero en espolear su montura para ponerse a la altura de su padre, y tras detenerse, sin apearse, los dos se fundieron en un prolongado abrazo.

—Te hemos echado de menos, padre —fue lo único que se le ocurrió.

Abd Allah se limitó a asentir, con la gratitud reflejada en el rostro, antes de volverse hacia Muhammad, que llegaba en ese momento a su lado. Descendieron de sus cabalgaduras, y los dos jóvenes flanquearon a su padre para salvar la escasa distancia que los separaba del grupo. Dos mujeres habían dado un paso al frente entre los oficiales y notables que habían acudido a recibir a su caudillo, y el rostro de Abd Allah quedó demudado al reconocerlas. El rostro de Hana, enmarcado por el velo, rebosaba dicha cuando corrió hacia su esposo por delante de Sahra, quien, con caminar vacilante y apresurado, siguió sus pasos. Mūsa y Muhammad dejaron que su padre avanzara solo al encuentro de ambas. Las lágrimas bañaban el rostro de Hana cuando se retiró para permitir que Sahra abrazara a su hijo.

El *‘amil* de Kabbarusho se acercó después de permitir que el grupo familiar intercambiara los primeros saludos. Abrazó también a su caudillo, al tiempo que le daba la bienvenida.

—Bienvenido a casa —dijo mientras le palmeaba la espalda.

—Me temo que esta ya no es nuestra casa —respondió, y dirigió la mirada hacia lo alto de la fortaleza en la que ondeaban ya los estandartes de la dinastía Ximena—. Mis captores se han encargado de que supiera cuál ha sido el precio pagado por mi liberación.

—Estoy seguro de que la bandera verde de los Banū Qasī volverá a ondear allá arriba.

Abd Allah asintió sin demasiado convencimiento.

—No veo a mi hermano entre vosotros…

—Tu hermano regresó a Arnit hace unos días, para hacerse cargo de los asuntos de la ciudad. Sin embargo, debes saber que en tu ausencia se ha producido un serio enfrentamiento entre él y Muhammad. Aunque será mejor que sea tu hijo quien te ponga al corriente.

Con un gesto de hastío Abd Allah pidió que le acercaran el caballo y volvió la vista atrás para contemplar el reflejo dorado del primer sol de la mañana en el cauce serpenteante del Ūadi Aragūn. La añoranza, la resignación y el desánimo asomaban a sus ojos cuando se alzó sobre su montura para enfilar el camino que debía devolverle a Tutila.

Fue Hana la que advirtió a sus hijos que algo iba mal. Desde su regreso, dos semanas atrás, Abd Allah no había vuelto a ser el mismo hombre activo y resuelto que todos conocían, pero a nadie se le ocurrió achacar el cambio a nada que no fuera la pesadumbre por la derrota, la cesión de parte del territorio y el conocimiento de la actitud de su hermano durante su ausencia. Sin embargo, de forma gradual Hana había captado la aparición de temblores en sus manos, que él en un principio había tratado de ocultar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó intranquila.

Se encontraban sentados en una de las veredas de la *almúnya*, frente al río que poco más adelante desembocaba en el caudaloso Ūadi Ibrū, y Abd Allah había hecho un gesto inusual, apoyando los brazos sobre el banco de piedra, a ambos lados del cuerpo, como si tratara de mantener el equilibrio.

—¿Sientes mareo? —insistió.

Abd Allah se inclinó hacia ella, que, alarmada, trató de tenderlo sobre la superficie del banco. Sus fuerzas apenas bastaron para evitar que se golpeara la cabeza contra la piedra. Los ojos de su esposo estaban cerrados, sus labios, torcidos en un rictus extraño, y el color había abandonado su rostro.

—Haz que llamen a los médicos —acertó a pedir, con un hilo de voz.

Durante el tiempo que los soldados de la guardia tardaron en localizarlos, Hana permaneció junto a su esposo. Cuando llegaron, había vomitado violentamente y gemía aquejado de fuertes dolores de cabeza. Tras una somera exploración, en la que no hallaron explicación al origen de su mal, se limitaron a prescribir un simple cocimiento a base de corteza de sauce y camomila para aliviar su malestar.

Su estado empeoró durante la noche. Con voz entrecortada advirtió a Hana que su visión se nublaba y apenas veía las lamparillas que iluminaban la estancia. Poco después del amanecer, Mūsa y Muhammad se encontraban junto a su madre en el interior de la alcoba, donde los médicos, en pie ante el lecho, seguían con la exploración. Abd Allah tomó a uno de ellos por el brazo y le obligó a acercarse. Durante un instante habló con él en un tono de voz que nadie más pudo oír, y a continuación el médico se dirigió hacia los demás con la expresión de quien ha

hallado una respuesta.

—Vuestro padre, tu esposo… recuerda que en los días previos a su liberación se negó a probar bocado, a causa de un extraño sabor en la bazofia que le proporcionaban, el mismo sabor que advirtió en el agua.

—¿Quieres decir…? —empezó Muhammad, demudado.

—Sin lugar a dudas, vuestro padre es víctima de algún tipo de ponzoña.

Año 916, 303 de la Hégira

25

Burbaster

Umar ibn Hafsún llegó a la *alqasába* que coronaba el monte de Burbaster, se apeó del caballo y, tras entregar las riendas a uno de los mozos que rondaba el portón de la fortaleza, salvó a pie la escasa distancia que lo separaba del borde del precipicio. Olfateó el aire de la mañana con la esperanza de percibir un rastro de humedad, aquel bendito olor a tierra mojada que anunciaba la llegada de la lluvia, pero su capa se vio agitada de nuevo por aquel viento seco y persistente que venía agostando sus tierras y las de toda Al Ándalus durante los dos últimos años. Ni siquiera las habituales lluvias de otoño habían dejado su rastro vivificador, y lo que en la primavera anterior era una situación tan solo preocupante se había convertido ya en una sequía dramática, cuyas consecuencias se acusaban incluso al otro lado del mar. Los pastos se habían agostado, el grano no había germinado, el ganado moría de inanición, y la escasez y la hambruna habían acabado por abatirse sobre las coras.

En los siete lustros que habían pasado desde que se estableciera junto a sus hombres en lo alto de aquellos riscos, jamás había visto desaparecer ante sus ojos la cinta plateada del Ūadi al Jurs, que discurría a sus pies entre profundas gargantas. Ahora tan solo se advertía un cauce pedregoso en cuyas orillas crecía la única vegetación del contorno. Se hacía necesario excavar en el cauce para dar de beber al ganado y a las cabalgaduras, cuando el olor nauseabundo de los peces muertos no lo impedía. Por fortuna, las gentes de Burbaster y de las fortalezas cercanas habían tenido la previsión de guardar en salazón cientos de arrobas de aquellos mismos peces, capturados en las últimas pozas del río antes de que el agua desapareciera.

Umar paseó la vista por las cumbres que se alzaban ante él. En algunas de ellas se divisaban las fortalezas que componían el cinturón defensivo en torno a su refugio, aquel nido de águilas que cuatro emires sucesivos de la poderosa Qurtuba no habían logrado hollar. Al fondo, perdida entre la bruma de la costa, se encontraba Mālaqa, la nueva capital de la *kūra*, ahora en manos del emir, como el control del mar entre Al Jazirat y Bayāna desde que diera orden a su flota de vigilar el desembarco de naves enemigas en el litoral.

Las continuas rachas de viento silbaban en sus oídos y sacudían con fuerza los bordes de su capa y de su túnica, por lo que se sobresaltó cuando alguien le puso la mano en el hombro.

—¡Sulaymán! —exclamó al tiempo que se volvía—, ¡eres tú!

—Excúsame si te he asustado, padre —contestó el joven con una media sonrisa—. He visto que te dirigías hacia aquí, al parecer somos los primeros.

—Nadie demuestra prisa cuando se trata de abordar asuntos espinosos.

—No es la primera vez que la situación se complica —respondió al captar el sentido de sus palabras—. Debemos mantener la calma.

—También yo lo creo —dijo con la mirada de nuevo perdida en la lejanía—, pero el obispo ha desplegado toda su capacidad de influencia para atraer a su partido a los cristianos más convencidos. Empiezo a preguntarme si no tendrá razón al plantear de forma tan cruda sus deseos.

—¿Quieres decir…?

Umar negó vigorosamente con la cabeza.

—Olvídalo, en un momento tendremos ocasión de discutir sobre todo ello. ¿Cómo está la pequeña Argentea? —preguntó, al tiempo que se acercaba al borde del abismo, en un intento demasiado burdo de desviar la conversación.

—Está preciosa, es una bendición para su madre y para mí.

—Lo sé, hace unos días la encontré jugueteando con uno de sus cachorros —recordó—. Quiera Dios darme vida para ver crecer a todos mis nietos.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —Sulaymán rio, volviéndose hacia su padre—. Conservas la fuerza de un toro.

—Eso quisiera —repuso, negando con la cabeza—. Demasiadas cicatrices, demasiadas noches al raso en el suelo duro y frío, demasiados reveses fuera y dentro del campo de batalla, sobre todo en los últimos años.

—Esa es la clase de vida que fortalece a un hombre… siempre nos lo has dicho.

Umar asintió con la cabeza, mirando el joven rostro de su hijo con cierta nostalgia.

—Será mejor que regresemos —sugirió al fin con tono cansado, mientras se ponía en marcha—. El anfitrión no puede ser el último en presentarse.

Sulaymán entró tras su padre en la espaciosa sala de la alcazaba, y su mirada se topó una vez más con los ostentosos tapices que colgaban de sus paredes, más propios del palacio de un príncipe que del refugio en lo alto de una montaña del más conspicuo rebelde de Al Ándalus. De los fastuosos regalos enviados por Al Mahdi, el califa de Ifriqiya, tan solo estos seguían en su sitio. Muchas de las joyas, las armas engastadas con piedras preciosas, los perfumes y las sedas habían sido vendidos al mejor postor en la *alqaysaríyya* de Mālaqa, y el oro obtenido se había empleado en pagar las soldadas a los mercenarios y voluntarios que habían colaborado en favor de su causa en las últimas campañas.

La facción liderada por Ibn Maqsim se había dispuesto a la entrada. Junto al obispo habían tomado asiento Ibn Nabíl y Wadinás, dos de los principales capitanes

cristianos, y en torno a ellos conversaban algunos de los ancianos que habían tomado partido por él. El abad del monasterio permanecía sentado en actitud contemplativa, como si esperara a que ocurriera algo digno de atención para cortar su comunicación con Dios. A la derecha de la entrada, Sulaymán vio a sus tres hermanos. Ya'far, el mayor, y Hafs se hallaban en pie ante el fuego que trataba de caldear el recinto, y Abd al Rahman, el más joven, se dirigía en aquel momento hacia ellos. Entre ambos grupos se sentaba Rudmir, el líder de una poderosa facción de nativos cristianos no siempre alineados con las tesis de su obispo. El resto del espacio estaba ocupado por los lugartenientes y hombres de confianza de Umar, notables muladíes y alcaides de las fortalezas más cercanas. Todos adoptaron sus posiciones en torno a la estancia y, de forma gradual, se fue imponiendo el silencio. Sin embargo, nadie hizo ademán de tomar la palabra hasta que su caudillo lo hizo. Su gesto era grave, y tras un breve saludo se centró en el asunto que les había reunido.

—El obispo Ibn Maqsim me ha trasladado su inquietud acerca de nuestra situación, y ha solicitado de mí la adopción de medidas que no me corresponde tomar en solitario. Deseo someter sus argumentos a la valoración de la asamblea y escuchar vuestro parecer antes de decidir. Es el momento… —dijo, tendiendo la mano hacia él.

Ya'far ibn Maqsim era un hombre todavía joven, apuesto y fornido, que se había ganado su prestigio entre los rebeldes cristianos no solo por la elocuencia de sus homilías, sino por su arrojo en la batalla, empuñando la misma espada que ahora lucía al cinto. Hijo de Máximo, uno de los primeros líderes mozárabes que se habían unido al movimiento de Ibn Hafsún, pronto había destacado como líder indiscutible de la comunidad cristiana, cuyo centro espiritual se encontraba en el monasterio ubicado dentro del mismo recinto amurallado que ahora les acogía. Tras la conversión al cristianismo de Ibn Hafsún, el número de fieles no había dejado de crecer, y ello indujo al metropolitano de Qurtuba a nombrar a un nuevo obispo que se encargara de conducir a la comunidad cristiana en Burbaster y en las coras circundantes. Nadie había tenido dudas respecto al hombre que habría de asumir la dignidad episcopal que, como era de esperar, había reforzado su influencia, hasta el punto de convertirlo en una autoridad capaz de hacer frente al propio caudillo de la revuelta.

Desde el primer momento Umar ibn Hafsún había sido consciente del problema, pero ya era tarde para oponerse a un hombre que aunaba en su persona la autoridad ganada en el campo de batalla y la influencia religiosa ejercida sobre una audiencia atenta y entregada en las homilías dominicales. Pronto las diferencias de criterio se habían convertido en enfrentamientos abiertos que menoscababan su autoridad como caudillo, lo que había desembocado en el intento de Umar de relevarlo de su cargo. Sin embargo, los monjes del monasterio, con el abad al frente, se habían puesto de inmediato de parte del obispo, e inmediatamente surgieron las amenazas por parte de

las ciudades y fortalezas dominadas por los mozárabes. Ibn Hafsún estaba seguro de que, de no haber reconsiderado su decisión, el obispo no habría dudado en encabezar una revuelta interna contra el poder de su familia. Había sido repuesto en un cargo que ni siquiera había llegado a abandonar, y su posición se había visto fortalecida con ello. Ahora, de nuevo, trataba de utilizar su cargo para forzar una decisión que escapaba en todo a su responsabilidad como eclesiástico y entraba de lleno en el campo de la política. Y lo peor era que, a punto de escuchar unos argumentos que ya conocía, Umar era consciente de que en el fondo los compartía.

Cuando el obispo se levantaba para tomar la palabra, se apoderó de él una angustia inexplicable, pero tomó asiento antes de que nadie apreciara su desazón. Pese a que solo unos meses antes él hubiera tomado la delantera para plantear la cuestión, ahora se veía abocado a rechazar unos argumentos sin duda sensatos, si no quería que su acuerdo fuera tomado por debilidad frente a su rival. Estaba perdiendo los reflejos que le habían llevado hasta allí. Y una nueva punzada en el costado le recordó por qué. Contuvo la respiración y contrajo todos los músculos para tratar de ocultar el agudo dolor que le aquejaba, como había hecho en las últimas semanas. Nadie se fijó en el rictus que desfiguraba su rostro, porque todas las miradas estaban centradas en el obispo, cuya voz potente llenaba ya el recinto.

—Nuestro admirado Umar habla del asunto que le he trasladado… pero yo soy tan solo un vehículo que presenta ante la asamblea las inquietudes de muchos de vosotros y de gran parte de nuestro pueblo. No es necesario que los alcaides de nuestras fortalezas y los sacerdotes de nuestras iglesias me hagan llegar la zozobra que se vive en las tierras que dominamos, porque tampoco Burbaster se libra de la sequía y la hambruna que se abaten sobre Al Ándalus. La enfermedad azota a los más débiles, y pocas son ya las familias que no han perdido a alguno de sus miembros. Buscar el sustento diario se ha convertido en el único afán, y pedir a los hombres otra clase de esfuerzos, recaudar tributos para seguir armando ejércitos cuando entre los nuestros los niños enferman y mueren porque no hay un mendrugo de pan con que alimentarlos… sería cometer el más grave pecado contra Dios.

»Nos consta que la situación en Qurtuba es todavía peor. La hambruna se ha cebado con una población demasiado numerosa que ahora se encuentra desabastecida, la escasez de trigo se ha extendido, y llegan noticias de que han llegado a pagarse tres dinares de oro por un *qafíz* de trigo. Ni el Tesoro del emir sirve para mitigar la situación, porque la escasez es general y afecta incluso a las tierras del Maghrib, el granero que tradicionalmente abastecía los almacenes del emirato en estos trances. Por ello, el emir se ha visto obligado a suspender cualquier tipo de expedición, y nuestros hombres en Qurtuba nos informan de que se suceden las peticiones de *amán* de algunas ciudades próximas a la capital que se mantenían en rebeldía. Al parecer, el emir las ha aceptado sin establecer onerosas contrapartidas,

deseoso de apagar fuegos a su alrededor.

—¿Adónde quieres llegar? —le interrumpió Sulaymán, impaciente.

—He propuesto a tu padre que negocie un tratado de paz con el emir.

—¿Precisamente ahora? Es cierto que el nuevo emir en estos últimos años ha dedicado todos sus esfuerzos a combatirnos, que hemos sufrido duros reveses, pero la situación ha cambiado. Los cristianos de la frontera parecen haber despertado de su letargo, y eso ha de llevarle tarde o temprano a darles respuesta. No puede dejar que el rey Ordoño se adentre en sus tierras cada verano, como pasó en Évora, y ahora en Mārida. Ni que el rey vascón ataque las tierras del Ūadi Ibrū, donde sus aliados, los Banū Qasī, se ven incapaces de hacer frente a sus acometidas. Con el ejército de Qurtuba en campaña por las tierras del norte, donde, al parecer, la sequía no es tan acusada, tendremos la oportunidad de recuperar lo que hemos perdido en los últimos años.

—El orgullo herido y la ambición hablan por tu boca, Sulaymán —sentenció el obispo—. Cualidades ambas poco gratas a los ojos de Dios.

Sulaymán abrió los ojos desmesuradamente ante el ataque inesperado, y el color encendió sus mejillas.

—¿Te atreves a hablar de orgullo y ambición? —le espetó.

Un tenso silencio se cernió sobre la sala, hasta que el abad del monasterio se puso en pie.

—Dejemos a un lado los enfrentamientos personales y hablemos de la conveniencia o no de aceptar la propuesta de nuestro obispo.

—Una propuesta que sin duda tú apoyas… —sugirió Hafs.

La mirada del abad viajó de Hafs a su padre, y de él al obispo. Parecía incómodo ante la exigencia de definir su postura.

—El sufrimiento entre los nuestros es ya lo bastante grande. Dios no desea el mal a ninguna de sus criaturas, y nuestro deber es sortearlo si no resulta inevitable.

Pareció que eso iba a ser todo, incluso hizo ademán de tomar asiento, pero se enderezó de nuevo y continuó:

—Además, la actitud del nuevo emir hacia quienes no profesan la fe en Allah parece haber cambiado desde su nombramiento. Llegan noticias de señales positivas al respecto: algunos destacados cristianos gozan de la confianza del emir, incluso el médico personal de Abd al Rahman, Yahya ibn Ishaq, es judío. Es algo que no sucedía con su abuelo.

Sulaymán se puso en pie.

—Miles de los nuestros han caído en los últimos años bajo el filo de las espadas de Qurtuba, cientos de las fortalezas que antes dominábamos están ahora en manos de gobernadores del emir, se nos ha cortado en gran parte el suministro por mar… y ahora que nuestro enemigo se encuentra en situación comprometida, que es atacado

por nuestros correligionarios desde el norte, que la hambruna le impide armar un ejército, vosotros proponéis enviarle el mejor regalo que puede recibir, una propuesta de *amán* de sus mayores adversarios. ¿Es que no tenéis sangre en las venas?

El volumen de su voz había ido incrementándose hasta gritar, su rostro había adquirido un tono encarnado, y dos regueros de sudor resbalaban por sus sienes cuando terminó. Se echó hacia atrás con violencia, de modo que el escabel que ocupaba rodó por el suelo, e inició un ir y venir frenético entre las paredes del fondo de la sala.

—Hijo…

Sulaymán se volvió hacia su padre, y con él todos los presentes.

—¿Cómo aprovecharemos la ventaja que la situación nos ofrece? También los nuestros están siendo diezmados por el hambre y la enfermedad. ¿Cómo realizaremos las levas? Si obligamos a los hombres en condiciones de luchar a abandonar ahora a sus familias, las condenaremos. Corremos el riesgo de enfrentarnos a deserciones masivas, incluso a una revuelta…

—¿También tú? —Sulaymán escupió las palabras—. Pero ¿es que no comprendes que Abd al Rahman ha jurado no tener la más mínima conmiseración con sus enemigos y en particular con Burbaster? ¿Acaso crees que va a olvidar el primer objetivo de su reinado, aplastar nuestra insurrección, destruir nuestras fortalezas hasta no dejar piedra sobre piedra?

—Tu padre aún puede cobrarse una vieja deuda que el emir tiene contraída con él —intervino Ibn Maqsim—. Tú eras muy joven, pero yo recuerdo con claridad la presencia en esta misma *alqasába* del que entonces era el heredero de Qurtuba, el príncipe Muhammad ibn Abd Allah. Tu padre lo acogió ante la persecución de que era objeto por parte de sus enemigos en la corte y, lo más importante, le permitió regresar a tiempo para asistir al nacimiento de quien ahora ocupa el trono de Al Ándalus. En aquel momento, la decisión de tu padre no fue bien aceptada, y su liberación despertó críticas encendidas: con el heredero como rehén, quizá se hubieran alcanzado algunos de los objetivos de nuestro movimiento. Quizás incluso se hubiera evitado el primer gran desastre de nuestros ejércitos, en Bulāy.

Sulaymán soltó una carcajada sonora y forzada.

—¿De verdad crees que el emir va a atender vuestra petición de clemencia en agradecimiento por algo que ocurrió antes de su nacimiento?

—Me consta que conoce aquellos sucesos, y también su *hāchib*, Badr.

Era Ibn Mastana, uno de los antiguos lugartenientes de Umar, quien hablaba.

—Dejadme que os cuente algo que he callado durante mucho tiempo. Hace quince años, como muchos de vosotros sabéis, permanecí varios meses en Qurtuba como rehén. Fui entregado contra mi voluntad, junto a otros, a cambio del *amán* para una de nuestras fortalezas capturadas —explicó, dirigiendo sus palabras a Umar—.

Durante mi estancia allí, incluso ordenaste un ataque contra la misma campiña cordobesa, que supuso la ejecución de dos de mis compañeros de cautiverio. Si yo no fui decapitado y ahora puedo contarlo es solo por la intervención de un joven Badr, que sugirió al emir Abd Allah la posibilidad de liberarme, sin duda con la esperanza de que ejecutara mi venganza, dándote muerte a mi regreso. Debo confesar que durante meses, en verdad despechado al saber en qué poco valorabas la vida del que había sido tu mejor amigo, busqué el momento y la manera de acabar contigo. Y no me habría temblado la mano de haber encontrado la oportunidad en aquellas primeras semanas. Pero algo debías de sospechar, porque en todo ese tiempo no te expusiste en una sola ocasión al filo de mi espada. Poco a poco, se fue apaciguando la rabia que sentía, pues mi vida estaba aquí, y a ningún otro sitio podía acudir en caso de tener que huir. Los años han pasado y, pese a que el resentimiento sigue presente, hace tiempo que renuncié a la venganza.

»Pero, perdonad, me aparto del tema… Durante mi cautiverio, el joven Badr, que entonces era solo el preceptor del pequeño príncipe, buscó a menudo mi compañía, sin duda para ganarse mi confianza y poder conocer así detalles de la vida en Burbaster y de nuestra organización. Mantuvimos largas conversaciones, es cierto, y por ello sé que la estancia del entonces heredero en Burbaster es conocida por ambos. Con seguridad sería Muzna, la esposa de Muhammad, quien les pusiera al corriente, pero sabed que la liberación del príncipe sin ningún tipo de contrapartida fue entonces motivo de comentario. Y si mi intuición no yerra, el *hāchib* Badr sería en la corte el más receptivo a firmar un tratado de paz.

A juzgar por su expresión, Sulaymán no daba crédito a lo que estaba oyendo. Ninguno de sus argumentos parecía calar entre los presentes, que en su mayor parte murmuraban y asentían ante la posibilidad de pedir el *amán*. Miró a los más cercanos, y solo su hermano Hafs le sostuvo la mirada, junto con tres o cuatro de los lugartenientes más aguerridos, precisamente aquellos con los que mantenía una relación estrecha. También Rudmir, el cabecilla cristiano más alejado de las tesis del obispo, firme partidario de la confrontación con Qurtuba, mostraba su asentimiento. Sin embargo, la postura de Ya’far y de su padre ya era evidente, y supo que estaba derrotado. Con un gesto de desdén, sin decir una palabra más, se encaminó hacia la puerta y abandonó el salón de la fortaleza.

Año 916, 303 de la Hégira

26

Tutila

Mientras trepaba por el tronco de aquella higuera, a los veintidós años Muhammad sintió que retrocedía hasta aquellos días en que, siendo solo un muchacho divertido y despreocupado, se había subido a aquellas mismas ramas, tratando de ocultarse de sus amigos. Las circunstancias ahora eran bien distintas, y por eso había escogido una noche en que las nubes, arrastradas por el viento del sur, ocultaban por completo la luz de la luna. Aquella enorme higuera había crecido sola en la parte exterior del muro, y seguramente se habría ganado el indulto con sus primeros frutos, de una dulzura y sabor excepcionales. Avanzó a horcajadas por una de las ramas más gruesas, la que se introducía en la finca salvando la tapia de adobe, y se descolgó hasta la hierba con sigilo.

Conocía la *almúnya* como la palma de su mano, y no hubiera necesitado ni la tenue claridad a la que ya se habían adaptado sus ojos para recorrer aquellas veredas en dirección a la construcción principal, situada entre el muro que acababa de saltar y el cauce del Ūadi Qalash. Avanzó tan rápido como pudo, con las pisadas amortiguadas por el ruido de las hojas de los árboles, que, agitadas por las ráfagas de viento, producían un sonido acariciante que parecía ir y venir en oleadas. Solo se detuvo cuando la sombra del edificio acaparó su campo de visión, y se dirigió a la parte trasera. La leña destinada a alimentar el pequeño *hammam* de la finca se encontraba apilada contra el muro, a ambos lados de la trampilla a través de la cual se arrojaba al interior. Retiró el pasador que la obturaba por fuera y asió uno de los agarraderos. La hoja de madera giró sobre sus goznes y le sobresaltó un agudo chirrido. Durante un instante permaneció paralizado, con los músculos en tensión y el oído atento, pero nada pareció suceder. Con más cuidado esta vez, alzó la segunda hoja y descendió los primeros escalones.

El tenue resplandor procedente de las rendijas del horno, en el que gruesos troncos se consumían lentamente durante la noche, proporcionaba cierta claridad. Recordó con un poso de nostalgia aquel lugar en el que, de niños, gustaban de refugiarse para entrar en calor en los gélidos días del invierno, por lo que sus madres les reconvenían cuando salían de allí cubiertos de hollín y cenizas. Ahora el calor le pareció demasiado intenso y atravesó el recinto con rapidez. Ascendió la estrecha escalinata que conducía a la sala superior y empujó la puerta de madera, que no

cedió. Casi contaba con ello, así que descendió de nuevo y tanteó la pared, rogando al cielo que el viejo esclavo encargado de mantener el horno siguiera con sus viejas costumbres. Sus dedos tropezaron con el entrante de la pared y palparon la llave de madera que tantas veces había utilizado.

Cuando atravesó la puerta, accedió a un oscuro rincón apenas visible desde el *hammam*, aunque pudo aspirar el cálido y agradable aroma de este. Cruzó las tres pequeñas salas de aquellos baños utilitarios y sin pretensiones y, tras inspirar hondo, se dispuso a asomar la cabeza al patio central de la vivienda. Solo dos pequeños candiles de aceite iluminaban el lugar, y el único sonido era el del pequeño surtidor que proveía sin descanso la alberca central. A aquella hora de la madrugada nadie parecía levantado, y avanzó sobre el empedrado al abrigo de la arcada que sostenía la galería superior hasta que alcanzó la escalera que conducía a ella. Tomó uno de los candiles de la alcayata e inició el ascenso maldiciendo los crujidos de los escalones de madera.

Sabía que al llegar al corredor se exponía a las miradas de cualquiera que permaneciera despierto, y por eso salvó con rápidas zancadas la distancia que lo separaba de la alcoba. Alzó el pestillo con infinito cuidado hasta entreabrir una fina rendija, aplicó la oreja y al momento oyó una respiración sonora y acompasada que reconoció de inmediato. Abrió la puerta lo justo para deslizarse en el interior y volvió a encajarla en su lugar. El corazón le latía desbocado. Un grito a destiempo sería desastroso. Cruzó la habitación con sigilo y, sin perder un momento, alzó con la mano izquierda el candil a la altura de su cara, y con la derecha cubrió la boca y la nariz de su madre.

Hana abrió los ojos de forma desmesurada, pero fue incapaz de emitir ningún sonido más allá de un gemido ahogado. Muhammad sabía que la llama del candil debía de darle un aspecto fantasmal, y lamentaba el momento de angustia que le estaba produciendo, pero tras el primer instante de desconcierto su madre empezó a dar muestras de haberlo reconocido.

—Soy yo, madre, tranquilízate —susurró—. Ahora voy a retirar la mano, pero no debes decir nada… ¿lo entiendes?

A pesar de la presión, ella asintió con el gesto, y su hijo retiró la mano. Hana se incorporó sobre los codos, pero el temor volvió a su rostro.

—¡Hijo mío! ¿Cómo has entrado? —musitó con voz apenas audible—. La *almúnya* está custodiada, ¡esperan a que regreses para capturarte!

—Lo sé, madre. Por eso me he visto obligado a despertarte así, un simple grito me hubiera delatado.

Hana se sentó en el borde del lecho, y tomó un ligero chal, que se echó sobre los hombros.

—¡Temía por ti, hijo mío! ¡Me alegro tanto de verte! —dijo, tomándole la mano

—. ¿Dónde has estado estas últimas semanas?

—En lugar seguro, madre, y pienso volver a él… aunque no por mucho tiempo. ¿Cómo estás tú? —preguntó.

Hana negó con la cabeza al tiempo que bajaba la mirada, y Muhammad vio el brillo que la luz del candil arrancaba a sus lágrimas. Sabía que la muerte de Abd Allah, víctima del veneno que sin duda le habían administrado antes de su liberación, había constituido para ella un golpe difícil de superar. El alivio momentáneo que había supuesto su liberación hizo todavía más dura la realidad de su muerte, y el único consuelo al que Hana había podido aferrarse era que su esposo había expirado entre sus brazos y rodeado por sus hijos.

—¿Y Mūsa? —preguntó Muhammad al recordar a su hermano.

Hana volvió a sacudir la cabeza, incapaz ahora de ahogar el llanto. Cuando se creyó en condiciones de hablar, respondió con voz entrecortada por los sollozos:

—Ya sabes cómo estaba durante el entierro de vuestro padre… Nunca lo había visto tan fuera de sí, clamando venganza contra los vascones de aquella manera. Pero los vascones están lejos, y un muchacho nada podría hacer, así que cuando tuviste que huir de Tutila y, además de su padre, vio cómo también perdía a su hermano… volcó toda su rabia contra vuestro tío.

Muhammad recordaba perfectamente los días posteriores a la muerte de Abd Allah. Mutarrif había permanecido en Arnit desde la liberación y, si había conocido la enfermedad de su hermano, no había tenido a bien acercarse hasta Tutila para interesarse por él. Ahora bien, no había pasado una jornada desde su muerte cuando, advertido de alguna manera, atravesó la puerta occidental de la *madina* al frente de un numeroso grupo de soldados y se dirigió a la *alqasába*, donde aún se encontraba el cadáver amortajado. Hasta el momento del entierro, su tío se había comportado como un hermano apenado y contrito, recibió las demostraciones de duelo y participó en los ritos funerarios, pero sus movimientos entre los notables de la ciudad y los oficiales de la guarnición no pasaron desapercibidos.

En la mañana del tercer día, el cuerpo de su padre había sido enterrado en el cementerio situado en el exterior de la muralla meridional, junto al camino de Tarasuna, en medio del dolor de Hana, de Sahra, de Mūsa y del suyo propio. También Mutarrif había participado en la ceremonia, e incluso había ayudado a introducir el cuerpo de su hermano en la sepultura. Pero al regresar a la ciudad, la guardia había sido sustituida, y Muhammad observó la presencia de soldados en algunos puntos del recorrido del cortejo. El joven acompañó a su madre y a su abuela hasta la vieja *almúnya*, hizo aparejar un caballo y se dirigió a buen paso a la *alqasába*.

La sospecha se convirtió en certeza cuando fue detenido en la puerta del recinto interior. Se le obligó a desmontar, desarmado, y solo se le permitió el acceso al recinto flanqueado por un grupo de guardias que lo condujeron al edificio principal,

donde su tío lo esperaba en compañía de un grupo de oficiales. El enfrentamiento había sido inevitable, desabrido, virulento. Mutarrif dejó claro que había asumido el mando de la *madina* y del clan, y le invitaba a abandonar la ciudad con destino a Balterra, donde debería permanecer confinado bajo sus órdenes.

Muhammad evocó la cólera acumulada que había ascendido en oleadas hasta hacerlo estallar. Había escupido las palabras, encendido, echándole en cara que el fingido dolor por su hermano no era más que el velo que camuflaba la satisfacción por su muerte, llevado por una ambición desmedida. Le recordó su negativa al canje para la liberación de su padre y se preguntó en voz alta de qué manera habría celebrado la noticia de su envenenamiento. Solo las manos que lo sujetaron habían impedido que se abalanzara sobre él, desarmado incluso.

Había abandonado la alcazaba inflamado por el odio hacia aquel hombre sin escrúpulos que sin embargo era su tío, recorrió las estrechas callejas al galope, ajeno a las imprecaciones de quienes tenían que echarse a un lado para no ser arrollados, y golpeó las puertas de la casa familiar hasta que un acobardado sirviente le franqueó el paso al zaguán. Había recorrido el desierto patio interior una y mil veces, a grandes zancadas, tratando de calmarse, porque la rabia y la aversión superaban entonces su dolor, y no era capaz de pensar con claridad. Sin embargo, la inquietud había ido en aumento, un temor sordo se fue abriendo paso en él, y se sorprendió atento a los sonidos procedentes del exterior.

Poco después de la llamada del muecín, unos golpes sordos y apresurados en el portón acabaron de ponerle en guardia. Uno de los mozos de cuadra de la alcazaba, enviado sin duda por algún oficial afecto a su padre, se esforzaba por recuperar el aliento para avisarle de que una unidad de la guardia se dirigía hacia allí con la orden de prenderlo.

Recordaba con claridad el momento en que cruzó al galope la Bab al Saraqusta, la puerta más próxima a la casa, con la angustia de una huida sin destino seguro, sin despedidas, sin posibilidad de tranquilizar a su propia madre revelándole su paradero. Precisamente era aquella angustia la que le había conducido allí de vuelta, a sabiendas de que Mutarrif le esperaba y de que la *almúnya* en la que se hallaban los suyos estaría vigilada.

—¿Está en su alcoba? —preguntó de nuevo.

—¿Quién? —respondió su madre con aire ausente.

—Mūsa. Me gustaría verlo antes de marchar, hablar con él.

Hana negó con la cabeza, repentinamente alterada.

—No lo hagas, es peligroso, podrían descubrirte —repuso—. Yo le hablaré por la mañana de tu visita.

—Jamás me lo perdonaría —insistió Muhammad.

Se incorporó con la intención de tomar de nuevo el candil, pero la mano de su

madre lo detuvo.

—Mūsa no está en la casa —reveló Hana, sollozando.

Muhammad clavó la mirada en aquel rostro angustiado.

—¿Qué me ocultas, madre? —preguntó con el temor reflejado en la voz.

—Cuando tu hermano descubrió el motivo de tu ausencia acudió a la *alqasába* para exigir explicaciones a Mutarrif, se enfrentó a él. Ahora está allí, tu tío lo mantiene vigilado y no le permite abandonar el recinto.

Muhammad abandonó la *almúnya* antes del amanecer por el mismo camino que había utilizado para entrar. Caminó entre la espesura, alejándose de la ciudad, hasta donde había ocultado su yegua. El ruido de sus pisadas había inquietado a la bestia, que piafaba nerviosa, y al llegar a su lado se entretuvo en acariciarle el cuello hasta que consiguió tranquilizarla. Según el plan que se había trazado, debía partir inmediatamente para estar lejos de Tutila cuando el sol asomara tras los montes del levante y evitar así encuentros inoportunos en los caminos. Sin embargo, tomó la manta que llevaba doblada detrás de la silla, la tiró sobre la hierba y se sentó con la espalda apoyada en el tronco de un viejo olmo. Sabía que aquel cambio de planes rompía la promesa que su madre acababa de arrancar de sus labios, pero su decisión estaba tomada, y en aquel momento esa era la menor de sus preocupaciones. Esperó hasta que oyó el lejano canto del muecín, que llamaba a los fieles desde el alminar de la vieja mezquita para la primera oración del día, e imaginó a los centinelas abriendo en aquel momento las cuatro puertas del recinto fortificado de la *madina*. Entonces se levantó, sujetó la manta en la grupa y se subió al animal, que pareció desperezarse, agradecido.

Sabía que, si Mutarrif había dispuesto vigilancia en los accesos a la ciudad, esta se concentraría en la Bab al Qantara y la Bab al Saraqusta, las dos puertas más cercanas al río y a la vieja residencia de la familia. Vadeó por tanto el Ūadi Qalash y se dirigió al camino de Tarasuna, que atravesó también con las primeras luces del día sin encontrar a nadie. Al rodear la ciudad, el perfil de la fortaleza quedó recortado contra la claridad del sol que se filtraba entre las nubes todavía abundantes, y una punzada de inquietud le atenazó el estómago.

Llegó al camino de Qalahurra a media milla de distancia de la robusta muralla y enfiló hacia la ciudad. Imprimió a su fiel montura un ritmo ligero, un trote cómodo que le permitió encomendar su suerte al Todopoderoso, antes de lanzarse al galope cuando tuvo a la vista las hojas abiertas del portón. Cruzó la Bab al Qalahurra sin prestar atención a los avisos de los guardias, que no tuvieron más opción que apartarse de su camino, so pena de resultar aplastados por los cascos del animal. Aquel era el acceso más cercano a la *alqasába*, e inició el ascenso por la serpenteante vereda, atajando a monte través donde la pendiente lo permitía. Cuando alcanzó la puerta del recinto principal, los guardias, que habían observado su ascenso, se

encontraban en sus puestos y con las armas preparadas. La sorpresa se reflejó en sus rostros al reconocer al recién llegado, pero las lanzas se cruzaron ante él.

—¡Abrid paso! ¡Vengo a ver a Mutarrif!

No conocía a ninguno de ellos, ni siquiera al oficial que parecía al mando. Sin duda, su tío se había encargado de relegar de cualquier puesto relevante a los soldados y oficiales más allegados a su padre para sustituirlos por hombres de su confianza. Por eso no sintió ningún remordimiento cuando picó espuelas y cargó contra ellos sable en mano. Descargó el primer golpe sobre el hombro del soldado que le salió al paso, y su cabalgadura arrolló al que se aproximaba por el lado opuesto. Cuando el oficial quiso reaccionar, Muhammad había atravesado el portón y galopaba por la desierta explanada interior, en dirección al edificio central.

—¡Mutarrif! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Mutarrif!

El sonido reverberó en las sólidas paredes de piedra de las construcciones que componían la fortaleza. Con un rápido vistazo, comprobó que el oficial de la guardia y el soldado que no había resultado herido corrían hacia él, y que de las dependencias que albergaban a la guarnición empezaban a salir los primeros hombres, ajustándose aún los correajes.

—¡Mutarrif! —aulló de nuevo, mientras la yegua alzaba ambas patas en el aire—. ¡Soy tu sobrino, Muhammad! ¡Sal de ahí!

Los guardias llegaban empuñando sus espadas, y los miembros de la guarnición formaban ya un numeroso grupo en torno al patio de armas. Muhammad tiró de las riendas para volverse hacia el oficial que lo amenazaba.

—¡No tengo nada contra ti! —advirtió—. Solo busco ver a mi tío cara a cara, hay un asunto que debemos resolver.

El soldado hizo caso omiso de sus palabras y afianzó las piernas mientras sujetaba la espada con ambas manos, dispuesto a atacar. Muhammad, desde la ventaja que le daba su posición, rechazó el primer golpe con el hierro. El oficial, sin duda impulsado por su fracaso al tratar de cortarle el paso en la puerta, se empeñaba ahora en enmendar su error, despreciando la superioridad de su oponente. Ya en el segundo golpe pagó su temeridad, porque el filo de Muhammad hizo presa en el brazo con el que sujetaba la espada, que cayó al suelo con estrépito.

—Solo busco a Mutarrif —repitió con la determinación pintada en el rostro, al ver que el segundo soldado se disponía a ocupar el lugar de su superior.

—Aquí me tienes —oyó a su espalda.

Muhammad giró su montura. Su tío se hallaba bajo el dintel de la puerta principal de la *alqasába*, con los brazos en jarras, las piernas bien afirmadas en el suelo y la mano derecha sujetando el pomo de su sable. Alrededor de ellos se iba formando un amplio círculo de hombres de rostro grave; soldados, oficiales y funcionarios de la administración, ahora mezclados sin orden, con toda la atención puesta en los

movimientos, las palabras y los gestos de ambos. Algunos empuñaban sus armas, preparados para intervenir, pero en la expresión de la mayoría se adivinaba desconcierto, indecisión, cuando no expectación o esperanza.

Mutarrif, con un simple movimiento de cabeza, hizo que el soldado depusiera el arma y se apartara hacia el borde del círculo. El joven se apeó de la yegua con movimientos medidos y palmeó su grupa para alejarla en dirección a las caballerizas. El entrechocar de los cascos contra el suelo era el único sonido que se oía en aquel momento en el patio de armas.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó con un tono circunspecto del que se desprendía una amenaza.

El estado de excitación de Muhammad le hacía extremadamente atento a cualquier señal, y quizá por eso captó un instante de vacilación en su tío. Cuando de forma furtiva el interrogado paseó la mirada en torno, un atisbo de esperanza se abrió camino: tal vez no estuviera recluido, sino que simplemente se le hubiera prohibido abandonar la fortaleza.

—¿Ese gallito? —respondió con sarcasmo—. He tenido que cerrar las puertas de la casa, para evitar que se lastime.

—Haz que lo traigan —exigió—. ¡Ahora!

Una risa estentórea inundó el patio.

—La última vez que nos vimos te di la oportunidad de quedarte en Balterra, pero al parecer incluso eso era demasiado para ti. Has preferido permanecer escondido, solo Allah sabe en qué clase de agujero. ¿Quién crees que eres para presentarte aquí con tales exigencias?

—Soy el hijo de mi padre, Abd Allah, que murió por presentar batalla a nuestro enemigo más poderoso. Tu actitud mezquina y traidora durante su cautiverio te hace indigno de ocupar su puesto, algo que, por vez primera desde hace generaciones, has hecho sin el beneplácito del Consejo. Vengo a reclamar mi derecho, a oponer mi pretensión a la tuya, y exijo una reunión de la Asamblea para que se pronuncie.

De nuevo la risa fue la respuesta a las serias palabras de Muhammad.

—Nada tiene que decir ya la Asamblea. Todo está decidido. Como Abd Allah sucedió a Lubb, yo sucederé a Abd Allah. Me avala mi experiencia como gobernante, frente a la impericia y la bisoñez de un muchacho como tú.

Muhammad sintió de nuevo que la sangre se le agolpaba en las sienes.

—En ese caso… hablarán las armas —dijo, y escupió a sus pies.

Era un desafío público del que Mutarrif no podía escabullirse, pero la expresión que esbozó su cara demostraba que no tenía ninguna intención de hacerlo. El rictus satisfecho de sus labios más bien parecía indicar que había estado esperando aquel momento. Su experiencia en el combate cuerpo a cuerpo era infinitamente mayor que la de Muhammad, algo que no podían compensar la agilidad y la juventud del

muchacho.

Cuando los sables cruzaron los primeros golpes, un vocerío surgió entre los centenares de hombres que ocupaban ya toda la explanada, los muros de los aljibes y los abrevaderos, incluso los tejados bajos de los barracones y los adarves de la muralla. No eran infrecuentes aquel tipo de enfrentamientos, habitualmente por cuestiones de honor, pero todos sabían que lo que sucedía en la *alqasába* aquella mañana era algo excepcional. Empuñaban las armas los dos hombres que se disputaban la jefatura del clan, los herederos de quienes habían dominado aquellas tierras en los dos últimos siglos y, pasara lo que pasase, la semilla de la división y el desencuentro entre facciones estaba sembrada. Así las cosas, el único beneficiado era el causante último de aquella situación, el rey de los vascones, Sancho Garcés.

El odio larvado durante los últimos años parecía dar fuerza a los brazos de aquellos dos hombres. Las embestidas de Muhammad, acompañadas de gemidos que resonaban entre los muros, habrían atravesado de parte a parte a su oponente si este no hubiera mostrado unos reflejos y una vivacidad poco habituales para su edad. Los golpes de sable de Mutarrif chocaban una y otra vez con el hierro sostenido por el brazo poderoso de su sobrino, y durante un instante los cuerpos permanecían unidos por el impulso, hasta que las espadas se separaban de nuevo, como impelidas por un resorte, para comenzar de nuevo el tanteo, con los contendientes moviéndose en círculo, prestos a asestar el siguiente golpe. El polvo se pegaba ya al rostro cubierto de sudor de los dos contendientes, el cabello y las barbas blanqueaban, y las bocas se abrían tratando de capturar el aire.

El combate era demasiado igualado para terminar pronto, y los dos parecían conscientes de que solo el agotamiento permitiría una estocada definitiva. Los movimientos se hacían cada vez más pesados, y a los dos contendientes empezaba a resultarles difícil retirarse a tiempo para evitar el filo del sable, de modo que la sangre acabó tiñendo los brazos y las túnicas de ambos. Resultaba evidente que la experiencia de Mutarrif le había llevado a dosificar mejor el esfuerzo, y el ímpetu y la fuerza inicial de Muhammad parecían estar pasando ya factura. Se sucedieron una serie de ataques trabados, cada vez más espaciados para recuperar el aliento, que acabaron cuando el sable de Mutarrif laceró el brazo izquierdo de su sobrino. Muhammad miró las gruesas gotas de sangre que caían al suelo, y sus ojos se entornaron con una expresión de inquina y determinación. Con un bramido que no parecía humano se abalanzó sobre su tío, que lo recibió a contrapié sin poder preparar la defensa, pero el propio desequilibrio de su cuerpo le apartó de la trayectoria del hierro. Fue Muhammad quien, debido al impulso y sin obstáculo que lo detuviera, cayó de bruces hacia delante y paró el impacto con sus dos antebrazos. A costa de desollarse los puños consiguió mantener asido el pomo del sable, pero cuando se giró para intentar ponerse en pie de un salto, la espada de Mutarrif se cernía ya sobre él.

Con un movimiento instintivo, cruzó la suya alzando los dos brazos para evitar el golpe, pero en ese momento una sombra entró en su campo de visión e impactó sobre su tío, que salió despedido tambaleándose, aunque sin llegar a caer. Era Mūsa quien, desarmado, con la única fuerza de sus manos, se había lanzado sobre su tío al ver en peligro a Muhammad.

Todo sucedió muy rápido. Mutarrif, encolerizado, se lanzó sobre el muchacho indefenso, y Muhammad vio desde el suelo cómo, a pesar del movimiento para tratar de zafarse, el filo del sable penetraba bajo la axila de su hermano. Mūsa cayó desplomado por la violencia del golpe, mientras él se levantaba de nuevo.

—¡Mutarrif! —bramó.

Su tío se volvió, resollando, aunque dispuesto a continuar el combate. Muhammad desvió la vista un segundo hacia Mūsa, que trataba de cubrirse con la mano ensangrentada la herida que el hierro le había producido entre el brazo y el costado. Después, clavó la mirada inyectada por el odio en los ojos de Mutarrif, alzó la espada y arrancó hacia él con un grito gutural. Esta vez no embistió de frente. Herido su hermano, poco le importaba ya lo que pudiera suceder y, antes de llegar a su altura, giró todo su cuerpo en un movimiento inverosímil, con el sable extendido, prolongando la longitud de su brazo. Sintió el impacto sobre el cuello de Mutarrif en el preciso instante en que el lacerante filo de la espada de su tío hacía mella en su propio costado. Se llevó la mano izquierda a la herida de forma instintiva, pero inmediatamente después se había arrojado sobre Mūsa. Quizá si hubiera desviado la mirada hacia su tío habría visto la muerte en su rostro desencajado, mientras la sangre manaba incontenible de la herida en su cuello. Pero solo tenía ojos para su hermano. El alivio que sintió al comprobar que estaba consciente, que su herida no parecía grave, compensó el dolor hiriente de su propio cuerpo, y solo entonces cedió a la irresistible necesidad de apoyar la cabeza, cerrar los ojos y abandonarse al sueño que le invadía en oleadas.

27

Burbaster

… por Allah, que no hay otro, el que pide y triunfa, juro, obligado por todos los compromisos de mi jura, firmes pactos y grandes garantías, que no faltaré a nada de lo que reúne este escrito, alterando ni menguando, ni lo permitiré en público ni en secreto, ya que me obligan cuantas estipulaciones y condiciones contiene, de lo que es Allah testigo. Escribimos estas letras de nuestra mano y lo ponemos a Él por nuestro testigo, con el cual basta, en tanto en cuanto Umar ibn Hafsún cumpla correctamente este pacto, si Allah lo quiere, pues a Él se pide ayuda.[14]

Umar terminó de releer la carta que Abd al Rahman había enviado a Burbaster hacía ya seis meses, escrita de su puño y letra. El tratado de paz había llegado a buen puerto con la intervención del *hāchib* Badr, hombre sin duda temible como enemigo, pero al que había que reconocer la inteligencia y la ecuanimidad necesarias para saber cuándo convenía a todos firmar la paz. El enviado de Qurtuba había sido el médico personal del emir, el judío Yahya ibn Ishaq, que había negociado las condiciones del pacto con Umar en persona, con el obispo Maqsim y con sus dos principales apoyos entre los capitanes cristianos de la revuelta, Ibn Nabíl y Wadinás.

Las discusiones se habían prolongado durante semanas, pero Umar era muy consciente de la necesidad del emir de terminar con el conflicto que había llevado a las tierras del sur de Al Ándalus al borde de la guerra civil, y conocía el motivo. Los reyes cristianos del norte habían comprendido que la debilidad del emirato era su oportunidad, y los ataques devastadores de Ordoño contra Évora y contra Mārida, en pleno corazón de su territorio, y el avance decidido del rey vascón Sancho Garcés sobre las tierras de la Frontera Superior dominadas por los Banū Qasī obligaban a una respuesta militar decidida y contundente por parte del nuevo emir. Y dicha respuesta no era posible con el frente del sur aún abierto, a pesar del castigo al que se les había sometido desde que Abd al Rahman ocupara el trono. También él precisaba de esa tregua a causa de la hambruna y las epidemias, que habían diezmado a sus partidarios y menguado sus recursos, pero los negociadores cordobeses desconocían hasta qué punto la situación era insostenible en Burbaster y en el resto del territorio rebelde.

Durante la estancia en su refugio, Yahya ibn Ishaq y su séquito habían sido agasajados con fingida largueza, se les habían mostrado graneros repletos de sacos pretendidamente llenos de trigo, cuando lo que en realidad contenían era arena del

río, y se les había hecho creer que la situación permitiría mantener la lucha sin escasez. De hecho, el judío había regresado a Qurtuba acompañado de regalos fastuosos, los que quedaban de los últimos envíos del califa Al Mahdi. Umar rio para sus adentros: ¿qué pensaría el soberano fatimí si supiera que las joyas y pequeños tesoros que le enviaba con el fin de combatir a los omeyas habían servido en cambio para agasajarlos? No sabía si era aquel engaño lo que había surtido efecto, pero estaba contento con el resultado de la negociación, pues, a cambio de cesar en los ataques, habían obtenido el *amán* para ciento sesenta y dos de sus fortalezas, que permanecían ahora bajo su control.

La carta que sostenía en su mano, en la que el emir accedía a la petición de paz, le había sido entregada en persona por el propio Badr, quien se había trasladado hasta su refugio con ese propósito, acompañando a Yahya ibn Ishaq en el viaje que culminaba su embajada. Aún recordaba la expresión de asombro del *hāchib* al escalar a lomos de su caballo las laderas de Burbaster, al atravesar la primera muralla y visitar la vieja iglesia rupestre, antes de seguir ascendiendo por las calles de la *madina* hasta la *alqasába* que coronaba la meseta, para contemplar desde allí el vasto panorama que se extendía ante sus ojos. Habían llegado, correspondiendo con creces a los regalos recibidos en Qurtuba, con sus mulas cargadas de excelentes telas, brocados del *tiraz*, delicadas sedas procedentes de Persia y espadas enjoyadas, amén de excelentes monturas procedentes de las caballerizas reales. También las mulas formaban parte del regalo, y la comitiva regresó aligerada, pero con un trofeo que debía garantizar el cumplimiento del pacto. Abd al Rahman, y Badr en su nombre, exigían un rehén, y el elegido fue Ibn Nabíl, uno de los capitanes más cercanos al obispo Maqsim.

No cabía duda de que el interés de aquel hombre inteligente y práctico por pacificar las coras meridionales era grande, y solo más tarde había sabido que, mientras Badr le entregaba en las dependencias de la *alqasába* la carta de *amán* que ahora sostenía entre sus manos, y hacía mostrar los regalos con los que rubricaba el pacto, desde Qurtuba partía una fuerte expedición contra territorio cristiano, al mando del prestigioso general Abí Abda, el mismo que años antes se había empleado con saña en combatir a sus hombres en las cercanías de Burbaster, liberado ahora de tales empeños.

Umar oyó el alegre tañer de las campanas en la nueva iglesia recién construida junto a la fortaleza, en lo más alto de la montaña, y salió al exterior. Atravesó el patio y saludó al único guardia que protegía el acceso al recinto, ubicado en un lugar ya de por sí inexpugnable. Una brisa agradable empezaba a aliviar el calor de las primeras horas de la tarde en aquellos días previos al verano, y decidió desentumecer los músculos caminando a lo largo de la loma, en dirección al barranco del Lobo, por el que esta se desplomaba hasta el río que discurría a sus pies. Sin embargo, no había avanzado seis pasos cuando oyó tras él la voz poderosa y conocida de Maqsim. Se

detuvo para esperarle.

—¡Hermosa tarde! —saludó el obispo.

Umar asintió con la cabeza, todavía lejos de él.

—Me disponía a dar un paseo —explicó cuando Maqsim llegó a su lado y se saludaron.

—¡Excelente, te acompaño! Dispongo de tiempo antes de la celebración de los oficios. Quizás así pueda averiguar el motivo de esa expresión —dijo risueño—. Te conozco bien, y sé cuándo te preocupa algo.

La relación con Maqsim había mejorado desde el momento en que había accedido a solicitar el *amán*, tal como él y sus partidarios deseaban, aun a costa de enfrentarse al desacuerdo de sus propios hijos Sulaymán y Hafs. La situación había resultado incómoda, hasta que decidió otorgar a ambos el control de dos de las fortalezas contempladas en el acuerdo de paz: Hafs se había hecho cargo de Turrus, y Sulaymán tomó posesión como *alqáyid* de Astīban[15].

Umar no se molestó en negar lo que Maqsim había advertido.

—Imagino en cuántas iglesias del norte, quizá más allá del Ūadi Duwiro, campanas parecidas a estas habrán tocado a rebato en los últimos tiempos, advirtiendo de la llegada de los ejércitos de Abí Abda. Siento en lo más hondo que nuestra petición de *amán* esté sirviendo para que el emir lance ahora a sus ejércitos contra nuestros hermanos en la fe. Quizá Sulaymán tenga razón al persistir en su actitud…

El obispo lo miró, sorprendido.

—¿Y eso lo dice quien ha consagrado los últimos treinta y cinco años de su vida a oponerse a las injusticias del régimen de los omeyas? ¿Lo dice un hombre que es considerado maldito y el más grande enemigo de los *qurtubíes*? No cargues sobre tus espaldas responsabilidades que no te corresponden.

—Si accedí a solicitar el *amán* fue por la situación de penuria extrema en la que se encontraban nuestras gentes —siguió Umar para sí—. No podía exigirles más sacrificios…

—En cualquier caso, otros aprovecharon la ausencia de los ejércitos de Abd al Rahman para revelarse contra Qurtuba.

—¿Te refieres a las coras de Balansiya y Tudmir? —Rio—. De poco les sirvió; la nueva política del emir le permitió reunir y enviar contra ellos un segundo ejército. Su revuelta terminó en el más absoluto de los fracasos, se les humilló en un paseo militar, se les obligó a pagar elevados tributos y perdieron la *madina* de Uriyuwala, que hasta ahora gozaba de fama como fortaleza inexpugnable.

—Otros se alzarán con mayor fortuna… También los rebeldes de Niebla lo han intentado y han obligado al mismo chambelán Badr a partir en expedición hacia el suroeste.

—Según las últimas noticias, Badr ya está de regreso, Maqsim. Los insurrectos ya no ocupan las atalayas de Niebla, sino las mazmorras del alcázar, y la ciudad tiene un nuevo gobernador nombrado por Qurtuba.

Maqsim suspiró.

—Desengáñate, Umar. Tal vez la pretendida debilidad del emirato no fuera sino un espejismo, en el que todos nos empeñamos en creer.

Umar negó con la cabeza.

—No, Maqsim. Estuvimos muy cerca, y quizá si Abd Allah hubiera vivido unos años más las cosas serían ahora muy distintas. Antes de su muerte, el emirato se descomponía, desangrado por las revueltas que nosotros mismos alentábamos, y por aquellas que simplemente seguían nuestro ejemplo. La ayuda del califa Al Mahdi nos hizo albergar nuevas esperanzas y tuvimos razones fundadas para creer que veríamos la caída del gobierno omeya.

—¿Y qué ha cambiado desde entonces? ¿Acaso un solo hombre puede…?

—Un hombre —le interrumpió Umar, con una expresión en la que se mezclaban el desengaño y la admiración— que llega al trono rodeado de expectativas, capaz de suscitar entusiasmo. Un hombre sin duda excepcional, de inteligencia despierta, cultivado, con el empuje de la juventud, que ha sabido rodearse de los mejores, aconsejado sin duda por su mano derecha, el *hāchib* Badr.

—Pareciera que hablas de alguien a quien admiras…

Umar esbozó una sonrisa triste.

—Jamás mostraría admiración por un representante de la tiranía omeya. Pero veo en él algunos de los rasgos del Umar de los inicios, el mismo empuje y la misma determinación, cualidades que yo he perdido. Estoy cansado, Maqsim —confesó.

Habían recorrido la meseta en toda su longitud y se asomaban ahora al borde septentrional. A sus pies, a lo largo de la vaguada que ascendía desde las gargantas del Ūadi al Jurs hasta las puertas exteriores de Burbaster, se adivinaba el trasiego de las diminutas figuras de los arrieros, campesinos y hombres de armas a caballo. Durante un momento, contemplaron en silencio los picos que rodeaban la *madina*, que acababan de componer un paisaje asombroso y sobrecogedor.

—Quizá sea hora de dar paso a Ya’far —concluyó de forma casual.

Maqsim volvió la cabeza con lentitud y contempló el rostro de Umar, que seguía con la mirada perdida en los farallones de roca desnuda que se desplomaban hasta el río.

—Esa es una decisión grave, Umar. Y más en esta situación, con Ya’far y Sulaymán enfrentados; tú eres su padre y lo sabes mejor que nadie. Tu autoridad es lo único que proporciona estabilidad. De no ser por tu actuación decidida frente a la revuelta de Sulaymán, el pacto con el emir estaría roto.

Umar entornó los ojos y asintió con el gesto. Había confiado en que el tiempo

hiciera recapacitar y diluyera la ira de su hijo, y esa esperanza se acrecentó cuando consiguió que aceptara el cargo de *alqáyid* en la fortaleza de Astīban, poco después de firmar el pacto con Qurtuba. Pero no había pasado un mes cuando llegaron desde Ilbīra noticias inquietantes: Sulaymán había atacado la cercana fortaleza de Ubbada, ayudado al parecer por un grupo de cristianos que le abrieron las puertas de madrugada. La *madina*, que hasta aquel día había estado en manos de Bastán, gobernador musulmán nombrado por Qurtuba y fiel al emir, sufrió el saqueo de los hombres de Sulaymán. El jinete que llevó hasta Burbaster las nuevas del suceso se detuvo en pormenores sobre una singular espada que el tal Bastán poseía, al parecer motivo de admiración por su factura y por ser regalo del propio soberano, y no omitió el detalle de que le había sido arrebatada por Sulaymán, que con ella le había dado muerte.

Cuando el emir se enteró de lo sucedido, creyendo ser víctima de una nueva traición de los hafsuníes, envió de inmediato al médico Yahya ibn Ishaq a Burbaster para pedir explicaciones en su nombre. La única manera que Umar había tenido de demostrar que era inocente de aquella grave transgresión del pacto había sido salir de inmediato contra Sulaymán. Sin embargo, el emir había tomado la precaución de enviar a Ubbada a uno de sus generales, que lo esperaba a las puertas de la fortaleza. Con las tropas de Qurtuba presentes, la única salida de Umar había sido cercar la *alqasába* y obligar a su hijo a rendirse. Había tenido grandes dificultades para convencer al general de que sería él quien se hiciera cargo de Sulaymán. Este solo accedió cuando vio al joven encima de una mula, indefenso y cargado de cadenas, listo para regresar a Burbaster bajo el juramento de su padre. El enviado del emir se limitó a nombrar a un nuevo *alqáyid*, esta vez un cristiano local de nombre Ibn Bizant, lo que daba muestra de la nueva política de apertura practicada en los últimos tiempos, al nombrar a cristianos y judíos para determinados puestos de responsabilidad cuando las circunstancias lo aconsejaban.

El castigo a Sulaymán no había sido demasiado severo, pues corría el riesgo de provocar una fractura definitiva en el clan. Se le retiraron las cadenas en cuanto el general cordobés se perdió de vista, entre las risas de los hombres que le acompañaban en aquel forzado regreso, y las interminables jornadas que les acercaban de nuevo hasta Burbaster sirvieron a Umar para mantener largas conversaciones con su hijo. Trató de hacerle entrar en razón, de que comprendiera los motivos de las decisiones que había tomado en los últimos tiempos, pero el carácter de Sulaymán era demasiado parecido al suyo en sus días de juventud. No comprendía la necesidad del pacto, aseguraba que solo el sufrimiento de los suyos habría de conducirles a la liberación definitiva del yugo omeya y suponía en sus seguidores la misma determinación, el mismo desprecio por el valor de una vida sometida que el mostrado por él cada vez que debía exponer la suya.

El regreso de Sulaymán a Burbaster reprodujo los enfrentamientos que Umar había pretendido evitar. Ya'far había tenido ocasión de ver de cerca la valiosa espada de Bastán cuando reprochó en público a su hermano lo inútil de su revuelta, que bien podía haber acabado en un nuevo baño de sangre. Solo la intervención de los compañeros de armas de ambos había evitado el enfrentamiento, pero la verdadera respuesta de Sulaymán a su reproche se produjo tan solo unas semanas después, cuando llegó a Burbaster un nuevo emisario de Qurtuba para reclamar el relevo de Ibn Nabíl como rehén.

Abd al Rahman necesitaba más garantías, y esta vez no había elección: el enviado debía ser el nieto mayor de Umar ibn Hafsún… el hijo primogénito de Ya'far. Los dos hermanos estaban presentes cuando se dio a conocer la exigencia de Qurtuba, y la entrega de aquel muchacho de tan solo dieciséis años supuso un duro golpe para su padre. Pero las únicas palabras que escuchó de Sulaymán, pronunciadas con sarcasmo y evidente despecho, se referían a las tristes consecuencias de aquel pacto cuya firma Ya'far mismo había apoyado. Poco faltó para que de nuevo hablaran las armas.

Aquellos días habían sido dolorosos para Umar. Ya'far no parecía decidido a entregar a su hijo, pues acusaba a su hermano de ser el causante de las nuevas exigencias del emir y, sin bien con escasa convicción, llegó a proponer que fuera Argentea, la única hija de Sulaymán, de tan solo cuatro años, la que fuera enviada en su lugar. El obispo Maqsim, sin embargo, había empeñado de nuevo toda su influencia, hasta que consiguió que el emisario regresara a Qurtuba con el muchacho, aun a costa de ganarse un nuevo adversario en la persona de Ya'far.

Una vez más, el tañido de la campana reverberaba en los cortados y su sonido regresaba multiplicado hasta el extremo de la meseta, donde Umar y Maqsim continuaban su conversación en una de las rocas diseminadas por el contorno, que hacía las veces de asiento.

—Tus fieles te echarán de menos —dijo Umar, señalando el nuevo campanario.

—Sobran sacerdotes deseosos de celebrar el oficio. Lo hacen siempre que me ausento.

Umar comprendió que había sido su revelación lo que retenía al obispo y guardó silencio, seguro de que Maqsim retomaría el asunto.

—Sulaymán es demasiado orgulloso e impulsivo para aceptar de forma pacífica el nombramiento de Ya'far como caudillo —aseguró tras un instante de silencio—. No es buen momento para ceder tu autoridad.

Umar sonrió de forma imperceptible, pero su expresión se hizo grave de nuevo.

—Sin embargo, tarde o temprano habré de hacerlo…

Esta vez Maqsim interrogó con la mirada, extrañado por el tono empleado por Umar.

—Estoy enfermo, Maqsim —explicó, al tiempo que se llevaba la mano derecha al

pecho—. Algo no va bien aquí adentro, y siento que no ha de tardar el día en que…

—¡Solo Dios sabe el día en que ha de llamarnos a su lado! Te conozco bien, y sé que estás cansado, después de más de treinta años de lucha… Eso es todo.

Umar volvió a sonreír. En su expresión había escepticismo y un atisbo de resignación.

—En cualquier caso, estoy de acuerdo en la conveniencia de alejar a Sulaymán.

—Es lo que dicta la prudencia. —El obispo asintió—. Quizás una fortaleza de cierta importancia, para apaciguar su ego, pero apartada de cualquier punto de conflicto.

—En varias ocasiones se le ha oído decir que desea regresar a Astīban. Quizá se sorprenda al saber que estoy dispuesto a satisfacer su pretensión.

28

Qurtuba

El *hāchib* observó a Abd al Rahman, que se encontraba reclinado sobre el pretil del puente, fascinado por la belleza de las bestias que se movían bajo sus pies. Había ordenado construirles aquel refugio en el barranco que discurría por detrás del palacio, y ni un solo día había dejado de acudir para contemplarlas absorto hasta que algún asunto urgente reclamaba su atención.

Ciertamente Abū Yazīd, el caudillo de la tribu *zeneta*[16] con el que tan buenas relaciones mantenían en los últimos tiempos, se había excedido con los valiosos presentes que habían llegado a Qurtuba desde el Mahgrib a principios de aquel mismo mes. Su interés por conseguir el apoyo material de los omeyas en su lucha contra Al Mahdi era indudablemente grande, pero tal vez ignorara que tales regalos resultaban innecesarios, porque el emirato tenía un interés mayor en que los bereberes *zenetas* plantaran cara con todos los medios posibles a sus grandes enemigos, los fatimíes.

Badr recordaba que la entrada de la comitiva en el alcázar había sido motivo de admiración y comentario, pues semejaba al propio ejército del emir de regreso de una provechosa expedición cargado de botín. Abrían la marcha diez dromedarios capones de sorprendente complexión, con sus sillas, ronzales, gualdrapas, púrpuras y arzones, que llevaban colgadas diez preciosas adargas de ante. Tras ellos, veinte camellas preñadas, algunas ya de diez meses, como se supo después, con su excelente semental y su pastor, un esclavo negro experto en el cuidado de camellos, y todos sus aparejos. Les siguieron dieciocho corceles, uno leonado con crin negra y cola recortada, otro bayo de ojos azules y cola negra, otro alazán de cinco palmos con lucero y calzado, y otro ceniciento con rosetas en las orejas, a los que no podía quitarse ojo, superiores a todas las monturas del emir en hermosura y constitución, hasta el punto de que no existía nada similar en sus pobladas caballerizas. Llamaron la atención cuatro avestruces, hermosos y elegantes animales poco vistos en Al Ándalus, pero Abd al Rahman pareció olvidar todo lo anterior cuando contempló los seis fieros leones que cerraban la marcha con sus leoneros. Se trataba de dos machos y cuatro hembras, los mismos que ahora reclamaban hambrientos y a sus pies su ración diaria.

También Badr se asomó a la vaguada por encima del pretil de piedra y contempló cómo las poderosas fauces desgarraban la carne, haciéndola jirones. Sabía, porque así

se lo había confiado, que el emir se recreaba pensando en el efecto que aquel espectáculo tendría entre los prisioneros a quienes quisiera amedrentar. Sin duda sus corazones se estremecerían de terror al oír los rugidos de advertencia que atronaban el recinto. Quizá la sonrisa ensimismada que el emir exhibía cuando se acercó hasta él respondía a aquel pensamiento, pero en aquel instante los leones eran la última de las preocupaciones de Badr. Tuvo que carraspear para llamar la atención del soberano.

—¡Ah, mi querido Badr, eres tú! —exclamó, risueño.

El *hāchib* saludó intentando ocultar la zozobra por las noticias que portaba, una inquietud exacerbada por la incertidumbre ante la reacción del emir. En los últimos tiempos el carácter de Abd al Rahman había cambiado. Seguía siendo el mismo hombre despierto, metódico y disciplinado, con determinación en sus propósitos, pero cinco años de ejercicio de un poder omnímodo, la carga de la inmensa responsabilidad sobre unos hombros quizá demasiado jóvenes y los duros reveses sufridos habían hecho aflorar algunas actitudes que comenzaban a preocuparle. Al principio no eran más que reacciones airadas ante respuestas inadecuadas o ante los errores de los funcionarios del *dīwān* o de los centenares de sirvientes, esclavos y eunucos que cada día tenían trato con él. Pero con el paso de los años habían surgido, cuando los contratiempos hacían mella en su ánimo, frecuentes episodios de ira descontrolada. Eran sus más directos colaboradores quienes sufrían las consecuencias, y solo Allah había querido que él mismo se hallara por el momento al margen de tales reacciones.

—Hermosos animales, *sahib* —empezó.

—¡Y temibles! No dudarían en devorar a su leonero al más mínimo descuido. Fíjate en aquella hembra, llegó preñada y hace solo dos días que parió a sus dos crías. Solo deja acercarse a ella a uno de los machos, ya ves cómo permanece el otro retirado.

—Me temo, mi señor, que las noticias que traigo van a apartar tu atención de estas bestias —anunció con tacto—. Han llegado mensajeros de la Marca, donde nuestro ejército lucha contra los infieles.

El emir se incorporó, alerta.

—Las últimas noticias eran excelentes. Abí Abda ha conseguido reunir un numeroso ejército, sumando a los contingentes regulares y voluntarios que partieron de Qurtuba a otros muchos reclutados a lo largo de la ruta y en la región donde se desarrolla la lucha.

—Así es, y con ellos penetró en Al Qila, que Allah destruya, campando en su territorio y arrasando sus aldeas y castillos. Los guerreros cristianos se dieron cita en la fortaleza de Castro Muros[17], y contra ellos presentaron los nuestros recia batalla, hasta que la victoria estuvo a su alcance.

—Los últimos correos informaban de ello —cortó el emir, impaciente—. ¿Acaso se ha torcido algo?

—*Sahib*, al parecer la cristiandad se ha movilizado en todas partes, el rey Urdūn se ha unido al infame Sancho de Banbaluna, y juntos han acudido en auxilio de los infieles que resistían, dando batalla a los nuestros.

—¿Derrotados? ¿Han sido derrotados? —gritó Abd al Rahman.

—Nos superaron en número, pero el motivo del descalabro fue la defección de los musulmanes de la frontera, gentes de religión fingida. Al parecer sus caudillos dieron la voz de sálvese quien pueda y huyeron, dejando a nuestro *qa'id* Abí Abda al frente de un grupo aún numeroso de esforzados guerreros que trataron de dar la vuelta a la situación. Todo sucedió el día catorce de este mes de Rabī.

La mano temblorosa que el emir apoyaba sobre el pretil se cerró con fuerza, hasta el punto de que sus nudillos se volvieron blanquecinos.

—¿Qué ha sido de mi mejor general? —espetó, marcando cada una de sus palabras.

—Allah ha concedido a Abí Abda, y a todos los que con él se negaron a huir y a dar la espalda a los infieles, el honor del martirio —respondió Badr, cabizbajo—. Que Él se haya compadecido de ellos.

Los ojos intensamente azules del emir parecían centellear.

—¿Y el resto? —preguntó con expresión iracunda.

—Después del desastre, aquellos que pudieron reagruparse emprendieron el regreso, abandonando en tierras cristianas botín y bagaje. Los emisarios se han adelantado con las desalentadoras noticias.

Abd al Rahman dio la espalda a Badr y apoyó ambos codos en el pretil. Juntó las manos con fuerza y se mordisqueó un pulgar, mientras su mirada parecía fijarse en el movimiento de las bestias que, satisfechas, buscaban un lugar donde reposar del festín.

Badr se colocó a su lado, en silencio.

—Tenía grandes esperanzas puestas en esta aceifa —dijo el emir al fin, con rabia.

Tenía los labios entreabiertos y los dientes apretados.

—Todos las teníamos, *sahib*. Era la primera expedición digna de tal nombre que habíamos podido enviar a tierras cristianas —se lamentó—. Grave es la derrota, pero me preocupan más lo que puedan haber aprendido los reyes cristianos. Temo que a partir de esta victoria la colaboración entre ambos se haga habitual.

—Los infieles unen sus fuerzas, mientras los creyentes desperdiciamos las nuestras tratando de destruirnos unos a otros —se quejó el emir—. Sin la sangría que suponen los recursos que enviamos al Maghrib para apoyar a las tribus bereberes contra los fatimíes, nuestros ejércitos no tendrían rival.

En ese instante un enorme revuelo hizo que ambos se incorporaran. Una nube de

polvo se alzaba en el lugar donde reposaban los leones, y potentes rugidos hendían el aire, junto a los gritos y los latigazos de los leoneros. La confusión impedía dilucidar qué estaba sucediendo, pero al fin uno de los machos huyó del grupo, y el emir no pudo contener un gemido cuando vio que de sus fauces colgaba el cuerpo inerte de una cría.

Abd al Rahman pasó aquella tarde en uno de los jardines del alcázar. Solo uno de sus esclavos y dos eunucos de la mayor confianza habían tenido acceso al lugar, y la orden de no ser molestado por nadie había sido tajante, sin duda para evitar la presencia incómoda de testigos de su impiedad. Porque si era cierto que había dedicado su tiempo a la reflexión, lo había hecho libando sin cesar de las finas copas de vidrio que el esclavo reponía una y otra vez. Los pensamientos oscuros que habían acaparado su mente en las primeras horas habían ido perdiendo toda su relevancia a medida que la bebida hacía efecto y, al atardecer, solo pensaba en cuál de las concubinas con las que había compartido el lecho en las últimas semanas iba a aliviar el deseo que ascendía en oleadas al pensar en ellas. No sería hoy su esposa Maryam la elegida, pues no deseaba que lo viera en aquel estado, y por otra parte no había pasado el tiempo suficiente después del nacimiento de su segundo hijo, Abu Marwán. Ninguno de los rostros que guardaba en la memoria le satisfizo y optó por una solución sencilla a su indecisión.

—¡Eunuco! —gritó.

Al instante, el corpulento sirviente apareció junto a su amo.

—Deseo ver a las cuatro últimas muchachas que hayan ingresado en el *harém*. Hazlas venir de inmediato.

—Se hará como ordenas —musitó, al tiempo que se apoyaba ambas manos en el vientre para esbozar una inclinación de cabeza.

Cuando las cuatro concubinas aparecieron en el pequeño jardín tratando de ocultar su temor tras unos rostros expresivos y amables, el emir dormitaba recostado en el diván. Abrió los ojos al oír el murmullo de sus pasos y se incorporó interesado por lo que veía, a la luz de los velones que ardían ya en varios pebeteros distribuidos por el jardín. Examinó a las muchachas con ojos expertos, y una mueca de agrado se dibujó en su rostro.

—¡Eunuco! —Se volvió—. ¿Por qué no me habías advertido de que estas bellezas esperaban en el *harém* a que su amo las reclamara?

El aludido balbuceó algo a modo de respuesta, pero el emir ya había perdido el interés por él. Se sentó con la espalda recta e hizo un gesto a las muchachas para que se acercaran. Tanto en su voz como en sus ademanes se adivinaba el efecto del *alkúhl*, de modo que las cuatro se aproximaron un tanto cohibidas. Solo una, de rostro claro, cabello moreno y grandes ojos almendrados, que a pesar de sobrepasar en poco la veintena era la mayor del grupo, mostraba un gesto más altivo y decidido que

llamó la atención del emir.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó, dirigiéndose hacia ella.

—Me llamo Amina, mi señor, y nací en la ciudad santa de Medina. Allí aprendí las artes del canto y la poesía junto a las más celebradas cantantes del lugar.

—Esta noche no deseo vuestras canciones. —Rio, ebrio—. Acercaos más, ¡vamos!

Abd al Rahman tomó a la más próxima de la muñeca y la atrajo hacia sí. Los vaporosos pliegues de sus sedas cubrieron el rostro del soberano, que aspiró el aroma profundamente.

—Oléis como los jardines de este palacio en primavera —dijo, poco consciente de su fracaso al tratar de sonar poético.

Sus manos ciñeron la cintura de la muchacha y, con los ojos entornados, inspirando todavía el intenso aroma que desprendía, ascendió por sus costados hasta tropezar con unos senos firmes que intentó abarcar con ambas manos. El abultamiento que empezaba a evidenciarse bajo su túnica daba cuenta de la creciente excitación que sentía, y solo apartó su rostro de aquel vientre cubierto de sedas para indicar al esclavo y a los eunucos, con un gesto brusco y expresivo, que debían abandonar el lugar. Aprovechó el momento para atraer hacia sí con la mano que tenía libre a la más joven de las esclavas, una hermosa criatura de rostro sonrosado y cabellos rubios, quizá procedente de los países del norte, quizá de tierras eslavas. Esta vez alzó la vaporosa túnica e introdujo con suavidad los dedos bajo sus pliegues. La muchacha, sin duda bien aleccionada, no solo dejó hacer al que sabía su dueño, sino que tomó la iniciativa para introducir su delicada mano a través del cuello de sus vestiduras, hasta alcanzar su pecho. Abd al Rahman emitió un suave gemido, y sus manos comenzaron a explorar con avidez cada rincón de aquel cuerpo que nadie había mancillado aún. La tercera fue la encargada de despojarlo de sus vestiduras, delicadamente, administrando con maestría sus caricias hasta acabar de encender su pasión. Cuando terminó su tarea, dejó caer la rica túnica sobre el enlosado y, sin apartar la mirada de sus ojos, introdujo la mano entre sus piernas al tiempo que acercaba los labios hacia su miembro, lentamente, sin llegar a rozarlo apenas, dejando que el emir de Al Ándalus se consumiera de deseo.

Ni él mismo recordaba a cuál de ellas había poseído en primer lugar, pues los efectos del vino se mezclaban con la embriaguez de sus apetitos, pero entre los vapores del *alkúhl* se había abierto paso una única fijación, que era culminar su tarea con cada una de aquellas muchachas.

—Acércate. Amina… ese era tu nombre, ¿no es cierto? —dijo con la voz pastosa, antes de llevarse la copa de nuevo a los labios.

Atrajo a la muchacha hacia sí, y la hizo reclinarse sobre el diván. Abd al Rahman soltó la copa y se colocó a su lado, tratando de explorar su sexo con dedos torpes,

mientras con la otra mano sujetaba su rostro, casi con violencia, para tratar de besarla. La acariciaba con rudeza, con el único deseo de conseguir una nueva erección que le permitiera poseerla para abandonarse después al descanso. El resto de las muchachas se habían cubierto de cualquier manera, y se encontraban sentadas, una junto a otra, sobre los numerosos cojines y almohadones que cubrían el suelo, sujetando las piernas entre sus brazos y contemplando la escena con temor. El emir cubrió con su cuerpo a la joven cantante, y sus movimientos se hicieron espasmódicos, pero sus gemidos, cada vez más intensos, ya no eran de placer, sino de rabia. Su rostro descendió sobre los pechos de la muchacha, y un grito de dolor brotó de la garganta de esta cuando sintió el mordisco. De forma instintiva, apoyó las manos sobre los hombros del emir y trató de retirarlo.

Solo cuando sus ojos y los de Abd al Rahman se encontraron pareció cobrar conciencia de su error.

—Lo lamento, mi señor —intentó excusarse—. Vuelve conmigo, ha sido tan solo un reflejo. Ven a mí de nuevo, poséeme, te lo ruego…

Las lágrimas asomaron a sus ojos cuando vio la cólera reflejada en los de su amo. Abd al Rahman se levantó completamente desnudo, ebrio, desmadejado, pero su mirada seguía infundiendo pavor. Se apartó del diván, tambaleándose.

—¡Eunucos! —aulló—. ¡Eunucos!

Los dos sirvientes tardaron en entrar el tiempo prudencial para evitar delatar que habían estado observando la escena más cerca de lo necesario.

—¡Nadie! ¿Me oyes? ¡Nadie humilla al emir sin sufrir las consecuencias! —bramó—. ¡Sujetadla!

Los dos corpulentos eunucos levantaron en el aire el ligero cuerpo de la muchacha, que temblaba violentamente y apenas era capaz de articular palabras de disculpa. Contemplaron al emir dirigirse hacia uno de los pebeteros, del que tomó un velón con la mano derecha. Los dos sirvientes parecieron comprender. Sujetaron los brazos de la muchacha a la espalda, y uno de ellos le rodeó la frente con el brazo y atrajo la cabeza contra su pecho. El otro colocó una manaza sobre su boca para impedir que los gritos se oyeran en todo el palacio. Cuando Abd al Rahman se acercó con la vela encendida, las pupilas de la muchacha se dilataron por el terror. Las otras tres concubinas lloraban abrazadas en un rincón, cubriéndose los ojos con las manos para no ser testigos de lo que estaba a punto de suceder.

A los gritos de pavor, ahogados por la zarpa del eunuco, siguieron otros producidos por un dolor insoportable cuando la llama comenzó a acariciar las mejillas, los pómulos y la frente de la muchacha. Su cuerpo se convulsionaba, tratando de zafarse del tormento, pero sus intentos eran inútiles entre aquellos brazos poderosos. En un acto reflejo, cerró los párpados para evitar quedar cegada por el fuego. Después, el Todopoderoso se apiadó de ella y, en su clemencia, hizo que su

resistencia cediera al perder el sentido. Los eunucos la dejaron caer exánime sobre el enlosado, mientras el penetrante olor de las pestañas y los cabellos chamuscados inundaba el aire en aquel recóndito jardín del alcázar.

Año 917, 305 de la Hégira

29

Burbaster

Umar y sus hombres habían tenido que cabalgar de nuevo en dirección a Ubbada, la fortaleza cristiana que Sulaymán había atacado por segunda vez en el transcurso de unos meses por alguna razón que ni su padre alcanzaba a comprender. Hizo el trayecto cabizbajo, desalentado y dolorido, a la espera de recibir a su llegada alguna explicación a su actitud levantisca y temeraria.

Una vez más, el emir le había acusado de deslealtad, y en su correo figuraba la amenaza expresa de lanzar de nuevo sus tropas contra las tierras que ocupaban si Sulaymán persistía en su actitud. Umar se había apresurado a establecer comunicación con Qurtuba, para asegurar que la rebelión de su hijo le era ajena, y que se disponía a salir contra él por segunda vez, a pesar de que su salud no pasaba por sus mejores momentos.

A su llegada, sin embargo, había encontrado a un Sulaymán que no atendía a razones. Encastillado con sus hombres en el recinto fortificado, insistía en su derecho a ocupar la plaza, de la que había desalojado a Ibn Bizant, el *alqáyid* cristiano nombrado por el emir. De nada sirvieron los argumentos ni las amenazas, y la disputa con su hijo terminó de la peor manera, pues Sulaymán había alzado contra él aquella maldita espada de Bastán. La herida fue superficial en su carne, pero no lo fue en su ánimo. Aunque ante sus lugartenientes se declaró orgulloso de que al menos uno de sus hijos mantuviera el espíritu de lucha, bravura y arrojo que a él mismo le había distinguido en su juventud, cuando el filo de aquella espada atravesó su piel, algo se rompió en su interior, quizá lo único que lo mantenía en pie a pesar del mal que lo consumía.

Con dolor, se dirigió por carta al emir, declarando su incapacidad para hacer entrar a su hijo en razón y afirmándose, a pesar de ello, en las condiciones del pacto que habían rubricado. Lo animó a la firmeza, a enviar contra Ubbada un ejército con el que asediarlo hasta hacerlo claudicar, y le anunció su intención de iniciar la construcción de una fortaleza desde la que dirigir el cerco. Por último, le describió la enfermedad que le impedía permanecer allí por más tiempo y le obligaba a regresar a su refugio de Burbaster.

La tarde era soleada, y la temperatura en las cimas de Burbaster hacía olvidar que se encontraban en los meses más duros del invierno. Sin embargo, ningún fuego era

suficiente para evitar los violentos temblores de Umar ibn Hafsún, que yacía aletargado por los fuertes bebedizos que cada poco tiempo le administraban para calmar los dolores que lo afligían. Ya'far sabía que aquel era el lecho de muerte de su padre, y el mismo Umar lo sabía. Días atrás le había dado su beneplácito como heredero, haciéndole jurar que defendería hasta el fin de sus días los intereses de sus partidarios, tanto cristianos como musulmanes, que defendería el pacto con sus enemigos si era lo mejor para su pueblo, y que no dudaría en alzar las armas de nuevo si las circunstancias así lo requerían. Sus hermanos Hafs y Abd al Rahman lo habían atestiguado, y ambos habían jurado asimismo que respetarían la autoridad de Ya'far como caudillo.

Dos monjes del cercano monasterio se ocupaban del cuidado de Umar, pero aquella tarde, como muchas otras en los últimos días, Ya'far había querido estar presente en aquella alcoba de la alcazaba para tratar de aliviar en lo posible el sufrimiento de su padre o simplemente confortarlo con su presencia. Desde la muerte de Ayyub, el primogénito, y antes incluso, había sido el favorito de Umar, y él había correspondido con el respeto y la fidelidad propios de un buen hijo. También en los últimos años, cuando las cuestiones políticas habían sido motivo de disensión entre las distintas facciones de la revuelta, su posición había sido siempre cercana a la de su padre.

Ya'far se preguntaba ahora cómo serían las cosas en su ausencia. Aquel hombre que agonizaba a su lado había sido capaz de concitar en torno a él la voluntad de decenas de miles de hombres y mujeres que durante cuarenta años habían seguido sus consignas en el enfrentamiento a muerte contra el poder tiránico del emirato cordobés. A partir de entonces sería él quien tomara las riendas, en un momento en que las discrepancias entre las distintas facciones, a causa del *amán*, amenazaban con echar por tierra la relativa avenencia que había existido en vida de Umar. Sabía que las horas posteriores a la muerte de Umar serían críticas, y su mente no dejaba de dar vueltas a las distintas posibilidades que se abrían ante él a la hora de tomar las riendas.

Una tos profunda e inacabable sacudió el pecho de su padre, y uno de los monjes se apresuró hasta la cabecera para recoger en un recipiente el repulsivo esputo rojizo que amenazaba con ahogarle. Su expresión denotaba dolor, pero cuando recuperó el aliento y el religioso intentó incorporarlo para ofrecerle un sorbo de aquella infusión sin duda a base de opio, Umar apartó el cuenco con la mano y dirigió sus ojos hacia Ya'far. Cuando sus miradas se encontraron, movió la cabeza negando con resignación y sus dedos se deslizaron por encima de las mantas, hasta que dieron con la muñeca de su hijo.

—Hay algo que quiero decirte antes de… —dijo con voz débil, y dejó la frase sin acabar.

Ya’far asintió, acercando el rostro hacia su padre, pero este volvió a negar con la cabeza. El joven comprendió al instante y se dirigió a los dos monjes que permanecían en la estancia.

—Por favor, hermanos, dejadnos solos por un momento.

Umar trató de incorporarse sobre las almohadas, aspiró una bocanada de aire y empezó a hablar con voz apenas audible.

—Cuando yo muera… deberás cuidarte de Maqsim y de los suyos. Aún hay quien me quiere bien entre los cristianos, y entre los musulmanes de Burbaster, y he recibido confidencias…

—Estoy al tanto, padre. —Sonrió apesadumbrado—. También yo tengo los oídos alerta, y quien te ha prestado ese servicio se ha encargado de que esas confidencias lleguen hasta ellos.

—Pretende aprovechar mi muerte para hacerse con el poder, Ya’far. ¡Debes impedirlo! —exclamó, repentinamente alterado, y le apretó el brazo con fuerza.

—Cálmate, padre —repuso con tono sosegado—. No deseaba intranquilizarte con este tipo de asuntos, pero estoy al tanto, y he tomado medidas. Pese a que Maqsim es el cabecilla espiritual de los cristianos, su posición favorable y sin reservas al pacto con el emir le ha restado apoyos. Rudmir, sin embargo, es también cristiano nativo, y sabes de su influencia sobre la facción más poderosa de los fieles de Burbaster. Para tu tranquilidad… ha comprometido su ayuda a nuestra causa.

Umar cerró los ojos y pareció asentir, aunque su rostro se desfiguró en una mueca de sufrimiento. Apretó los dientes en un esfuerzo por ahogar un gemido, pero, lejos de desvanecerse, la oleada de dolor pareció ir en aumento, hasta que hizo brotar de sus labios un lamento de desesperación. Ya’far se apresuró a tomar el cuenco con el bebedizo de opio, se lo llevó a los labios, y esta vez su padre tragó con avidez.

Solo los más próximos estaban presentes cuando Umar expiró, aquel mismo atardecer. Desde su última conversación, su estado había empeorado con rapidez, perdió la conciencia y su pulso se fue haciendo más y más débil hasta que acabó por detenerse.

Ya’far era consciente de que no había tiempo para el duelo. Dejó a sus hermanos y a las mujeres de la familia junto al cadáver, y comenzó a poner en marcha las medidas que había venido pergeñando desde que cobró conciencia de la gravedad del estado de su padre. Mandó recado al monasterio para que se diera aviso solo a los sacerdotes y monjes leales, ordenó cerrar las puertas de la *alqasába*, vedó el paso a cualquiera que no contara con su autorización personal y amenazó con el más duro castigo a quien hiciera correr la noticia antes del amanecer. Durante la noche se veló y amortajó el cadáver, ante la dirección de los sacerdotes, y se preparó la sepultura en el interior de la fortaleza, justo en la esquina nororiental, allí donde la ladera comenzaba su declive antes de desplomarse hacia el abismo. Aquel era el lugar en el

que, según el mismo Umar les había contado desde la infancia, había contemplado por vez primera aquel asombroso panorama al llegar, casi cuarenta años atrás, al frente de un puñado de hombres, huyendo de la persecución de los gobernadores de la *kūra*.

La ceremonia se celebró a primera hora del día siguiente, martes, transcurridos ya catorce días del mes de *Saban*.18 Fue forzosamente breve e íntima, solo los allegados y los hombres más leales, aquellos a quienes se había permitido el acceso a la fortaleza, se encontraban junto al sepulcro en aquel amanecer invernal. Umar fue depositado en la tumba por sus hijos con arreglo al rito cristiano de sus mayores, boca arriba, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro vuelto hacia oriente. La emoción nubló la vista de Ya'far cuando las primeras paladas de tierra cayeron sobre el cuerpo, pero no esperó a que el túmulo quedara cubierto. Junto a sus lugartenientes más fieles, entre los que se encontraba el cristiano Rudmir, pasó revista a las tropas que de manera poco marcial formaban en el interior del patio y rodeaban la muralla desde el adarve. También en el exterior se dispusieron fuerzas al mando de capitanes cuya lealtad era incuestionable, y solo entonces las campanas de la iglesia nueva comenzaron a tañer con un cadencioso toque de difuntos. Ya'far dio orden de abrir las puertas de la *alqasába* de par en par y, cuando los primeros rayos de sol atravesaban los ventanales del muro oriental, ocupó el sitial en el que el nuevo caudillo de Burbaster habría de recibir los pésames por la muerte de su padre.

A medida que la noticia corría de puerta en puerta, los habitantes de la que en los últimos tiempos se había convertido en una auténtica *madina*, al acoger entre sus muros a todos aquellos rebeldes desalojados de fortalezas más o menos cercanas por las fuerzas del emir, comenzaron a acudir en tropel. La muchedumbre era conducida al interior del salón entre dos filas de soldados, y solo cuando un grupo regresaba al exterior se permitía la entrada del siguiente. Ya'far observó que todos, hombres de armas, labriegos y pastores, pero también notables y gente principal, parecían admitir su nuevo liderazgo como algo natural, indiscutible y consumado.

La guardia tenía conocimiento de lo que sucedería a continuación, y por ello se advirtió a Ya'far cuando Maqsim hizo su aparición, abriéndose paso a caballo entre el gentío acompañado por un nutrido grupo de hombres armados, entre los que se encontraban Ibn Nabíl y Wadinás, los más próximos a él. Cuando Ya'far salió por el soberbio arco de herradura que enmarcaba la puerta principal, se encontró con el rostro indignado del obispo, al que rodeaba ya una unidad completa de infantes provistos de lanzas y espadas cortas, que empuñaban con expresión alerta.

—¿Qué significa todo esto, Ya'far? ¿Es cierto que tu padre ha muerto?

—Así es, para desgracia de todos, eminencia.

—¿Por qué no se me ha dado aviso?

Ya'far no respondió. Comunicó algo a uno de los guardias, que se acercó al

obispo, le ayudó a desmontar y le condujo hasta él, mientras un cordón de soldados abría un espacio a su alrededor. Tanto Ibn Nabíl como Wadinás hicieron ademán de desmontar para arropar a Maqsim, pero los dos fueron retenidos sin miramientos.

—No es bueno que nuestro pueblo asista al desencuentro a voces entre quienes debían ser sus guías —le dijo Ya’far en voz apenas audible—. Si no se ha dado aviso ni a los cristianos principales ni a los musulmanes notables, ha sido por simple prudencia. He preferido celebrar la ceremonia en la intimidad, pues no habría estado a salvo de altercados de haber abierto inmediatamente la alcazaba al «populacho», como a ti te gusta llamar a nuestra gente.

El obispo abrió los ojos de forma desmesurada.

—¿Quieres decir…? —balbuceó—, ¿quieres decir que ya has dado sepultura a tu padre?

—Mi padre descansa en la tierra que lo acogió hace cuarenta años, y desde el amanecer el pueblo manifiesta el pésame a su hijo, el nuevo caudillo.

Era evidente que Maqsim trataba de contener la rabia que lo invadía.

—Tu padre merecía unas exequias acordes a su rango, no un entierro a escondidas y sin honores.

—Siempre he sido un hijo respetuoso con mi padre, y en esto he seguido también su última voluntad. Fue él quien me advirtió en el lecho de muerte sobre determinadas intrigas de las que debía protegerme.

El tono sarcástico de Ya’far no dejaba lugar a dudas sobre su intención.

—¿De qué me estás acusando, maldito? —espetó el obispo sin alzar la voz, al tiempo que lo sujetaba por el pecho.

Ya’far mantuvo la compostura y permaneció impasible, mirando a los ojos de su contrincante mientras este aflojaba la presión del puño. Solo respondió cuando el obispo dejó caer de nuevo los dos brazos a los costados de su túnica.

—No has sabido medir bien las lealtades de los que te rodean quizá tan solo por un motivo de autoridad. Es cierto que un buen cristiano debe respetar y obedecer a quien cuenta con la bendición de la Iglesia de Roma, pero en ocasiones existen pulsiones más poderosas, como la gratitud y la admiración.

Maqsim trataba de digerir aquel discurso en silencio y, por el temor que de forma gradual se iba reflejando en su rostro, parecía adivinar adónde quería llegar Ya’far. Lanzó una ojeada rápida a su alrededor.

—Habla de una vez, ¿de qué acusas a tu obispo?

—Dispongo de pruebas contra ti, hombres de fe están dispuestos a prestar testimonio acerca de las intrigas y las maquinaciones que tus hombres y tú lleváis meses pergeñando —contestó con firmeza, desviando la vista hacia Ibn Nabíl y Wadinás.

—¡Calumnias! ¡Infundios movidos por la envidia y la ambición!

—Tendrás ocasión de escucharlos de sus propias bocas, y la posibilidad de defenderte. Mañana mismo, quizá —dijo—. Pero has de saber que después me propongo impugnar tu nombramiento para deponerte del episcopado. Serás expulsado de esta capital y confinado en uno de los monasterios cercanos.

Observó que el rostro del obispo aparecía congestionado, y que sus labios temblaban movidos por la rabia cuando el círculo de soldados se cerró en torno a él. Entonces posó la mirada en los hombres de Maqsim, que de nuevo forcejeaban con la guardia, y se detuvo.

—En cuanto a vosotros —anunció—, de momento no acompañaréis a vuestro obispo. Tú, Ibn Nabíl, permaneciste en Qurtuba en calidad de rehén, y los dos entablasteis relación con los enviados del emir para negociar el *amán*. Os necesito a ambos en la embajada que me dispongo a enviar en busca de mi confirmación como sucesor al frente de Burbaster y, sobre todo, de la liberación de mi primogénito.

Los dos interpelados se volvieron hacia Maqsim a un tiempo, y ninguno de ellos respondió al requerimiento que se les hacía.

—A no ser… —siguió con cierta sorna en la voz— que tengáis algo que objetar.

Tampoco esta vez obtuvo respuesta.

—Sabed que solo se os perdonará vuestra traición si tenéis éxito en esa embajada —concluyó, al tiempo que se volvía para cruzar el portón.

Año 918, 306 de la Hégira

30

Qurtuba

Jamás pensó que algún día contemplaría la imagen que ahora se dibujaba ante sus ojos. Qurtuba era para Sulaymán el lugar de donde procedían todos los males que aquejaban a su pueblo, el nido de las víboras que durante generaciones habían extendido su ponzoña por los caminos de Al Ándalus. Desde niño había aprendido a odiar a aquella casta de tiranos de origen árabe, sirios y yemeníes en su mayor parte, extranjeros al fin, que habían sometido bajo su yugo a los hispanos desde su llegada dos siglos atrás. Recordaba decenas de noches bajo las estrellas en las que, reunidos los vecinos de Burbaster en grupos alrededor de un fuego, escuchaba embelesado las historias de abusos, crímenes e injusticias cometidos por los hombres del emir. Él mismo había tenido ocasión de comprobar con sus propios ojos, siendo tan solo un muchacho, las consecuencias que para una aldea, poblada por cristianos pero también por musulmanes conversos, podía tener un retraso en el pago de los tributos. Aquellas impresiones habían quedado grabadas a fuego, y no tenía más que cerrar los ojos para evocar el olor pestilente de las reses abrasadas, cuando no el de los cadáveres cubiertos de moscas de los aldeanos que habían tenido la osadía de enfrentarse a los recaudadores enviados por el gobernador de la *kūra*.

La aversión contra los causantes de tanto dolor había ido calando en él hasta volverse enfermizo, casi insoportable. Solo otro sentimiento tan intenso como aquel había tenido cabida en su corazón, y era el desmedido orgullo que siempre había sentido al comprobar la devoción que su padre despertaba entre aquel pueblo oprimido. Contaba apenas dieciséis años cuando sobrevino el desastre de Bulāy, en el que las tropas comandadas por Umar sufrieron la mayor de sus derrotas. Fue la única vez en su vida en que había visto a su padre vencido, aplastado por el peso de la responsabilidad. Habían muerto entonces miles de sus mejores hombres, pero, para asombro de todos, otros llegaron hasta Burbaster para sustituirlos, hermanos, hijos, padres incluso de los caídos. Y todos acudían en busca del caudillo, en quien confiaban para encauzar su desesperación. Él mismo había sido testigo de la forma en que su padre había hecho resurgir la revuelta, hasta llevar de nuevo al emirato al borde del precipicio. En aquellos años había permanecido a su lado y había cobrado conciencia de la dificultad de la tarea que solo un hombre de valía excepcional como él podía llevar a cabo. La revuelta se había expandido, y Umar había adoptado los

modos de un hombre de Estado, estableciendo pactos con los enemigos de su enemigo, cruzando el mar para entablar relaciones con el califa fatimí, el gran rival de los omeyas. Ocho años atrás, la posibilidad de acabar con el emirato de Qurtuba había dejado de ser un ensueño, habían acariciado la idea de terminar con un gobierno tiránico en el que la *jassa* árabe sometía a su voluntad a la mayoría de hispanos muladíes y, sobre todo, a los judíos y mozárabes, a quienes mantenía sojuzgados.

Por eso no había comprendido la decisión de pactar. El odio acumulado, el profundo convencimiento forjado por los años en que la oposición a Qurtuba era el único camino, se había situado por encima de la admiración que sentía por su padre como caudillo y del respeto que le debía como hijo. La situación especialmente precaria e injusta en que se encontraban los cristianos de Ubbada le había proporcionado la excusa para revelarse contra ese pacto. Y lo había hecho dos veces, provocando la intervención de su padre, cuyos verdaderos motivos había empezado a sospechar al saber de su muerte.

En los últimos meses había tenido ocasión de reflexionar, y ahora sabía que había cometido tremendos errores que ya no podía enmendar. Su padre estaba enfermo, probablemente lo había estado durante los últimos años, y sabía que su fin se encontraba cerca. Con seguridad, dudaba de que la continuidad de la revuelta fuera factible en su ausencia, y por ello había aceptado la propuesta de *amán*, a la espera de que se produjera una sucesión pacífica y ordenada. Ahora comprendía que al confiarle el gobierno de la fortaleza de Astīban solo trataba de alejarlo de Burbaster para evitar el enfrentamiento. Adivinaba ahora la contrariedad que su padre habría sentido al enterarse de sus revueltas en Ubbada: le habían obligado a acudir hasta allí dos veces, enfermo y sin duda afligido por una actitud que amenazaba con arruinar sus planes. Sulaymán no había admitido el diálogo en ninguna de las dos ocasiones, y la situación se había deteriorado hasta llegar al enfrentamiento. Una sensación de angustia le oprimía la garganta al evocar cómo la espada que ahora llevaba al cinto había mordido las carnes de su padre y, desde que había recibido la noticia de su muerte, no podía evitar la sensación de que su actitud había precipitado el final del hombre a quien más había admirado.

Únicamente después de su triste final encontró sentido a las palabras de Umar en Ubbada, a las que entonces no había prestado oídos. Intentaba decirle que él era el elegido para sucederle, que solo su obstinación en tratar de romper el pacto con Qurtuba impedía su nombramiento. Ahora su hermano Ya'far ocupaba una jefatura en la que Umar no le había confirmado hasta los últimos días de su vida. Imaginaba la tribulación en sus últimos momentos, obligado a entregar el poder al hijo al que todos consideraban, lo sabía bien, el más necio, débil y pusilánime.

Tras su enfrentamiento con Ya'far habían llegado a sus oídos las palabras de su

padre, en las que se mostraba satisfecho y orgulloso de que al menos uno de sus hijos mantuviera el espíritu de lucha y pundonor que a él le había caracterizado en su propia juventud. Las había tomado como la reacción de un hombre humillado, palabras con las que buscaba el bálsamo para el peor desgarro que un padre puede sufrir, el producido por la mano del propio hijo. Solo ahora sabía que habían sido sinceras. Pero ya era tarde y ahora, perdida toda esperanza de suceder a su padre al frente de la revuelta, no le quedaban más que el lamento y la enemistad con su hermano.

Cuatro jornadas habían empleado en el viaje desde Ubbada hasta Qurtuba, y el ritmo cansino de las cabalgaduras, el embozo dentro de la capa para protegerse de los últimos fríos del invierno y sus escasos deseos de hablar habían resultado propicios para sus cavilaciones. Recordaba los sucesos que siguieron al regreso de su padre a Burbaster, ahora reconocía que para morir en el lugar que había sido su refugio durante dos tercios de su vida. Ibn Tumlus, el general enviado por Qurtuba para proseguir el asedio de Ubbada, se había empleado con denuedo en su tarea. Había ordenado construir un poderoso baluarte contra la fortaleza, desde el cual dominaba cualquier movimiento en su entorno. Pero él no se había arredrado ni siquiera en aquella situación desesperada. Eligió uno de los días más fríos y desapacibles del invierno, en el que la nieve y la ventisca hacían casi imposible ver, para sacar a sus aguerridos seguidores de la *alqasába* con la intención de aprovechar la sorpresa y tratar de romper el cerco. Pero no había contado con el celo y la experiencia de Ibn Tumlus: sus hombres se toparon con un muro de soldados cordobeses poco dispuestos a dejar pasar la ocasión de aniquilar a quienes les mantenían expuestos a la intemperie en lo más crudo de la estación. Había conseguido regresar a la seguridad de los muros acompañado por un reducido grupo de supervivientes, muchos de ellos heridos, pero aun así consiguieron contener los ataques que se sucedieron en las jornadas siguientes. Al tercer día un hombre a caballo se aproximó a la base de la muralla. Sin duda había obtenido el permiso de Ibn Tumlus para hacerlo, y Sulaymán, después de reconocer en él a uno de los jinetes de Burbaster, le franqueó el acceso a la fortaleza. Fue él quien le transmitió la noticia de la muerte de su padre y los pormenores de los sucesos que habían tenido lugar en los días siguientes.

Pasó aquella noche solo, sentado delante del fuego, quemando los últimos restos de leña que quedaban en la *alqasába*. No habría una noche más en aquel lugar. Aun en el caso improbable de que consiguieran burlar el cerco, quizás amparados por la oscuridad de la noche, sabía que no sería bien recibido en Burbaster. La única opción suponía conducir al martirio al centenar de hombres que resistían con él, igual que había condenado a muerte a aquellos cuyos cadáveres cubiertos por la escarcha salpicaban aún las lomas situadas frente al castillo.

Se sujetaba el rostro entre ambas manos, con la mirada perdida en el hipnótico

baile de las llamas que lamían los troncos. Pensaba en su padre, y por primera vez sintió una punzada de angustia producida por su definitiva ausencia, la conciencia de hallarse solo frente a un mundo duro e injusto que no alcanzaba a comprender. La sensación de añoranza y melancolía se acentuó al pensar en su esposa y en su pequeña y única hija, Argentea, a quienes había abandonado meses atrás en la fortaleza de Astīban. Mientras dejaba caer un nuevo leño y las pavesas ascendían hacia lo alto, se esforzó por adivinar qué habría hecho su padre en una situación similar, e hizo un repaso de los relatos que había escuchado en torno a fuegos tan parecidos y en situaciones a la vez tan diferentes de aquella. Al hacerlo, una tercera opción se fue abriendo paso, proyectando una tenue luz en la oscuridad de sus pensamientos. Al amanecer, el fuego había consumido los últimos leños, pero había tomado la decisión que habría de comunicar a sus hombres.

Sabía, porque así se lo había confirmado Yahya ibn Ishaq, que aquel día de mediados de Sawal en que debían avistar la ciudad de Qurtuba se cumplían dos meses de la muerte de Umar, cuyos pasos seguía ahora al aceptar la incorporación en el ejército regular como uno de sus capitanes. Había tardado una semana en recibir respuesta a la solicitud de *amán* que había hecho llegar al general Ibn Tumlus, y lo hizo de mano de la persona en la que el soberano más parecía confiar en los últimos tiempos, al menos para ejercer como intermediario y negociador con los enemigos del emirato. Yahya, el médico personal de Abd al Rahman, a quien ya conocía por su reciente presencia en Burbaster, entró en la fortaleza con la única compañía de dos escribientes y del funcionario que habría de actuar como notario. Sabía que Yahya era un hombre pragmático que no habría de recrearse en reproches ni exigencias vacuas, y por ello no se sorprendió cuando planteó sin ambages las condiciones del emir. En realidad era una tan solo, pero no admitía discusión: debía acudir a Qurtuba junto a sus fieles para solicitar en persona el *amán* ante el emir e incorporarse a las tropas regulares bajo las órdenes de uno de sus generales.

Sulaymán era consciente de la expresión de asombro que había mostrado en cuanto el bosque de minaretes de la capital se recortó en la lejanía, más allá de la línea sinuosa y plateada del Ūadi al Kabir. El mismo Yahya, que cabalgaba a su lado, había alzado entonces la mano para detener la comitiva con una sonrisa en los labios. Pero era ahora, al atravesar las calles estrechas de lo que parecían tan solo los arrabales, cuando empezaba a tomar conciencia del tamaño y la magnificencia de aquella urbe. La multitud se congregaba a su paso, vociferaba, lanzaba imprecaciones y vítores, y comprendió que los centenares de rostros de aquellos desconocidos, los ojos de todas aquellas mujeres que se escondían detrás de velos multicolores, solo lo buscaban a él. Yahya aproximó su montura y se inclinó hacia él para hacerse oír.

—No debes extrañarte —explicó, sonriendo de nuevo—. Eres el hijo del hombre al que los cordobeses han aprendido a odiar durante más de una generación. Para

todos ellos, vuestra familia es la imagen del mal, de la apostasía y de la abominación.

—Y esto es lo que tú y el emir buscabais al hacerme entrar así en Qurtuba —respondió Sulaymán, alzando la voz por encima del griterío.

—Yo no soy sino un enviado que trata de que se cumplan los deseos de su señor. Pero será mejor que comprendas cuanto antes que la muerte de tu padre se celebró en Qurtuba con fastos que no se conocían desde la entronización del emir, y la noticia se dio a conocer en todas las mezquitas como un feliz presagio divino.

—Y lo que está sucediendo hoy no es sino el segundo acto de aquella representación… —añadió con cierto pesar cuando desembocaron en la explanada que daba paso al puente sobre el río.

Ante la torre que protegía el acceso a la ciudad formaban varias unidades de jinetes ataviados con ropajes que a Sulaymán se le antojaron propios de príncipes, pero lo que hacía difícil apartar la vista de ellos eran sus magníficas cabalgaduras, la mitad de la capa blanca, la mitad negra, todas ellas como gotas de agua, guarnecidas con gualdrapas y penachos en los que se alternaban los colores con perfecta simetría. Ante ellos, se disponían en la primera parte del puente, para abrir la marcha, un centenar de soldados más altos y espigados de lo que jamás hubiera imaginado, tan parecidos entre sí como las cabalgaduras. Al igual que estas, la mitad de aquellos hombres eran de piel clara y cabellos rubios, y vestían magníficas túnicas negras con brocado de oro. El resto eran sudaneses de tez negra y cabello ensortijado, que lucían túnicas, también guarnecidas con oro, de un blanco inmaculado. Sulaymán pensó que habrían conseguido impresionarle si esa hubiera sido su intención, pero sabía que no era él el destinatario de aquella parafernalia, sino los millares de cordobeses que se habían echado a la calle para congregarse en torno a la entrada principal de la ciudad, y cuyo bullicio se oía desde el otro lado del río.

Un jinete solitario cruzaba ahora el viejo puente romano, y Yahya se acercó de nuevo a Sulaymán para informarle acerca de su identidad. Un paje, tan ricamente ataviado como el resto de los soldados, tomó las riendas de su montura y lo llevó a su encuentro. El *hāchib* Badr se detuvo cuando los belfos de los caballos estaban a punto de rozarse y permaneció erguido, con la mirada clavada en sus ojos, quizás a la espera de una reacción que no se produjo.

—Sulaymán ibn Umar —dijo al fin—, sé bienvenido a la capital del emirato. Hoy es un día grande, que ha de figurar con letras de oro en las crónicas de esta corte.

—No me atrevo a ser tan categórico en lo que a mí y a mis hombres respecta, solo el tiempo dirá si el paso que estoy dando es el adecuado, pero mi decisión es firme, y agradezco tus palabras.

—El emir se congratula de esa decisión y os espera en persona a las puertas del alcázar. Ha sido su deseo convocar al pueblo de Qurtuba para que te sientas tan bien acogido como merece un hombre de tu talla, cuyos anhelos discurren ahora por la

misma senda que los nuestros.

Sulaymán no pudo dejar de sonreír, con la suspicacia reflejada en la mueca de sus labios.

—Soy hombre de armas, y nunca he sido dado a la diplomacia y a los juegos verbales. Creo más bien que lo que pretendes con todo esto —recorrió la explanada con un vistazo— es dar realce a lo que quieres hacer pasar como un nuevo triunfo de tu emir.

Badr encajó el golpe sin mudar el gesto.

—No se engañan quienes hablan de ti como un hombre audaz, imprudente en ocasiones…

—Soy un hombre libre, no debo obediencia a nadie.

—Todavía no, es cierto —concedió el *hāchib*—, aunque si tu intención es acatar las condiciones que Yahya te ha hecho llegar, la disciplina y la docilidad serán virtudes que tendrás que empezar a cultivar. Yo soy tu principal valedor ante el emir a la hora de sellar este pacto y por ello me siento en la obligación de advertirte: en los últimos tiempos, respuestas ante el emir mucho más comedidas que la que acabo de escuchar han servido para dar trabajo al verdugo de palacio. Es cierto que se ha comprometido a agasajarte, a tratar a los tuyos con largueza, a darte la oportunidad de que te conviertas en uno de sus capitanes, con pingüe paga incluso. Pero ándate con cuidado, pues Abd al Rahman se ha convertido en un hombre que protege con celo sus prerrogativas como soberano.

—Agradezco tu interés por mi integridad —respondió al tiempo que se llevaba la mano al cuello.

—Deberías empezar practicando el tratamiento adecuado a la hora de conversar con el primer ministro de Qurtuba —intervino Yahya.

—Más que nada por si te sirve a la hora de dar con las fórmulas apropiadas para dirigirte a nuestro emir Abd al Rahman —ironizó Badr—. ¿Aún estás dispuesto a cruzar ese puente?

—No he arrastrado hasta aquí a mis hombres durante cuatro jornadas para echarme atrás ahora. ¿Cuál es nuestro puesto en este desfile triunfal que nos habéis organizado?

Bard se limitó a alzar la mano y, al instante, una música estridente y turbadora, procedente de decenas de timbales, chirimías, trompas e instrumentos que Sulaymán jamás había escuchado, colmó el aire de orilla a orilla del gran río. Cuando la comitiva se puso en marcha, con la guardia de *al jurs* a la cabeza, el grupo que había acompañado a Yahya ibn Ishaq se incorporó al desfile, antes de que el entrechocar de los cascos de la engalanada unidad de caballería contra en el empedrado resonara en toda la explanada. A lomos de su caballo, con las botas apoyadas en los estribos y el cuerpo tan enhiesto como le permitía el movimiento del animal, Sulaymán atravesó

por primera vez el puente que daba acceso a la ciudad. A su izquierda avanzaba el médico del emir, y a la derecha lo hacía su *hāchib*. Una multitud se apelotonaba en el espacio comprendido entre el paseo que bordeaba el río y la Bab al Qantara y, enardecida por la música y por aquel espectáculo tan inusual como hermoso, lanzaba alabanzas al Todopoderoso y loas al soberano y a su primer ministro, que a punto estaban de terminar con los hafsuníes, la mayor amenaza a la que Qurtuba se había visto expuesta en los últimos cuarenta años.

Año 918, 306 de la Hégira

31

Frontera Superior

Sancho tiró de las riendas para frenar su montura. El rey Ordoño le esperaba en pie a la puerta de su tienda rodeado por una numerosa comitiva, y no era su deseo ofender su dignidad acercándose hasta él a lomos de su caballo. Intercambió una mirada con su hermano Ximeno y con el obispo Basilio, y los tres se detuvieron. De inmediato, tres muchachos menudos y vivarachos surgieron entre las cabalgaduras y asieron con decisión las riendas para permitir que los señores desmontaran con facilidad. El rey de Pampilona se atusó la túnica y reajustó el tahalí en el que llevaba la espada, alzó la mirada al frente y echó a andar en dirección al que, además de hermano en la fe de Cristo, era ahora su aliado.

Ambos frisaban la cincuentena, y el vascón compensaba sus sienes canas con un carácter arrojado y vital, lo cual unido a una corpulencia poco habitual hacía de él un hombre singular, que desde el inicio de su reinado, y antes incluso, había despertado la admiración de sus súbditos. Ordoño, en cambio, mostraba un temple contenido y circunspecto, y su mirada firme y penetrante reflejaba la frialdad y la determinación con que llevaba adelante sus propósitos. Ahora, en cambio, mientras Sancho se acercaba a él, sus ojos evidenciaban una sincera alegría. Aunque las embajadas habían ido y venido entre León y Pampilona, no habían tenido ocasión de conocerse hasta un año antes, durante la campaña que había terminado en Castro Muros con la aplastante derrota de los sarracenos, victoria que había terminado de convencerles a ambos de la necesidad de unir sus fuerzas para luchar contra el enemigo común. El encuentro que estaba a punto de producirse era el primer resultado de aquel empeño.

Ordoño lanzó una sonora carcajada al tiempo que abrazaba a Sancho.

—¡Mi buen amigo Sancho! —Rio—. ¡Ha llegado al fin el día del esperado reencuentro!

—Tal como convinimos hace menos de un año —respondió afable—. Nuestra amistad es agradable a los ojos de Nuestro Señor, a juzgar por los frutos que ha dado.

—¡Ah, bendito sea Dios! Lo vivido en Castro Muros ha alimentado mi espíritu cada uno de los días que han transcurrido desde entonces. La imagen de los campos cubiertos de cadáveres sarracenos, desde las orillas del Duero hasta el castillo de Atienza, tantos que su número parecía exceder el cómputo de los astros…

—Y la cabeza de su general, ensartada por orden tuya en las almenas de Castro,

¡junto a la de un jabalí! —recordó Sancho con entusiasmo.

—Quiera Dios refrescar nuestra memoria un año después, poniendo ante nuestros ojos escenas como aquellas.

—¡Quiera Dios! —Sancho rio y se volvió para iniciar las presentaciones.

Empezó por el obispo de Pampilona, que ofreció su anillo al soberano. Después le tocó el turno a Ximeno, mientras el prelado se dirigía a abrazar a su homólogo leonés. Siguieron los condes y notables de ambos reinos, en una confusión de voces y abrazos a la que Sancho puso fin con autoridad.

—Mi esposa Toda te envía sus saludos, y hace votos por un pronto encuentro —explicó, cuando se encontró de nuevo ante Ordoño.

—También Elvira te saluda y te traslada el deseo de conocer a tu esposa, de quien tanto y tan bien se habla en la corte. No dudes de que ambos nos congratulamos al conocer el nacimiento de vuestro primer hijo varón.

Sancho asintió complacido.

—¡Seis hembras! Seis hijas ha tenido que parir antes de darme a García, cuando ya desesperaba… Es otro de los motivos que me llevan a pensar que nuestra alianza está bendecida por el Altísimo. Quiera ahora darme vida para verlo crecer antes de que tenga que sucederme en el trono.

—Es de envidiar un rey con un solo heredero.

Sancho rio de buena gana al captar la alusión velada a la accidentada sucesión de su padre Alfonso.

—No ha de acabar este año sin que demos satisfacción a los deseos de la reina Elvira. También Toda desea conocer a tu familia —respondió con diplomacia.

—Antes de separarnos, hablaremos de ello, pero ahora nos esperan semanas difíciles. ¿Me honrarías con tu presencia en mi tienda? Podemos hablar en ella mientras tus hombres disponen vuestro campamento. ¿O quizá prefieres buscar acomodo en el monasterio?

—No, como tú no deseo perturbar la paz de su clausura. Bastante tienen que soportar con dos ejércitos acampados a sus puertas.

—Este año poco han de recibir en concepto de diezmo si permanecemos aquí mucho más, agotando los recursos de los campesinos. Entremos.

La tienda real era un amplio recinto rectangular sostenido en su eje central por una hilera de robustos mástiles cuidadosamente pintados con los colores del reino de León. La cubierta a dos aguas descendía en ligera pendiente hacia ambos lados, para cubrir los faldones laterales, que apenas sobrepasaban la altura de un hombre. El ornato interior era austero, aunque sí colgaban de las traviesas laterales los pendones que identificaban a los reinos de León y de Galicia, ambos en manos de Ordoño desde la muerte cuatro años antes de su hermano García. Destacaba al fondo, sobre un pequeño túmulo a modo de altar y rodeada por siete cirios, una admirable talla de

la Virgen. Ante ella se había dispuesto una enorme mesa de madera pulida, que Sancho habría juzgado de una pieza de no ser porque comprendía la imposibilidad de trasladar en campaña una pieza semejante. Se acercó a ella, y al pasar la mano descubrió que la pulcritud de su factura hacía casi imperceptibles las uniones entre los tableros que la componían.

—¿No asistirán a este encuentro los condes de Álava y de Castilla? —se extrañó Sancho.

—Lo harán —repuso Ordoño, sonriendo—. Pero, si no tienes inconveniente, los he emplazado para esta noche. Deseo en primer lugar departir a solas contigo.

Ofreció una silla a su ilustre huésped, y tomó asiento cerca de él, a la cabecera de la mesa.

—¿Continúan las desavenencias? —se interesó Sancho.

Ordoño no lo negó.

—Ambos juzgan que nuestro pacto supone una renuncia al territorio que los condes castellanos y alaveses han defendido durante años en la frontera oriental del reino leonés. Una renuncia a tu favor. Por otra parte, creen que volcar mi esfuerzo en estas tierras del Ebro, en la lucha contra tus antiguos parientes, los Banū Qasī, debilita las defensas en la zona occidental del Duero.

Sancho no parecía extrañado y asentía de forma pausada.

—Quizá no les falte algo de razón —concedió—. Pero me temo que, si llevamos a cabo las acciones que hemos concertado en nuestras embajadas, la respuesta de Abd al Rahman no se hará esperar, y no precisamente en la frontera occidental, sino en el mismo valle del Ebro.

—La inesperada muerte de Umar ibn Hafsún libera al emir de las ataduras que retenían a sus ejércitos en el sur de Al Ándalus.

—Confiemos en que sus hijos sean capaces de mantener viva la revuelta…

—Por las noticias que nos han llegado a lo largo de los años sobre sus hazañas, no será fácil que aparezca un caudillo de su valía —dudó Ordoño.

—Sin embargo, en los últimos años de su vida, mantuvo el pacto que había firmado con Qurtuba.

—Cierto, pero un pacto movido por la hambruna que asoló Al Ándalus y, que Dios me perdone si peco de falta de humildad, por los ataques que yo mismo dirigí contra Évora y contra Mérida, en el corazón de su territorio. Aquellas circunstancias ya no existen, el emir está siendo capaz de recomponer un ejército que parecía incapaz de hacer frente a sus muchos enemigos, y no sería de extrañar que, una vez muerto Ibn Hafsún, decidiera acabar con su semilla de una vez por todas.

—Una victoria de Abd al Rahman sobre los hafsuníes supondría para Qurtuba un éxito sin precedentes que sin duda tanto él como ese ministro que no se separa de su lado sabrían utilizar.

—En cualquier caso, nada de eso contradice la necesidad de cruzar el Ebro y asegurar para la cristiandad el control de las tierras que ahora domina Muhammad en nombre de los Banū Qasī.

—Para eso estamos aquí… —recordó Ordoño.

Sancho asintió, y cuando siguió hablando lo hizo con un tono evocador.

—Cada día que pasa soy más consciente de que la conquista de Deio supuso un hito fundamental para mi reinado. La donación de las tierras recuperadas a los nuevos monasterios las ha revalorizado, y la repoblación que han emprendido atrayendo a familias a los fundos monacales consolida las conquistas. Es fundamental que prosigamos con la misma política, aprovechando que la Providencia nos favorece con la momentánea debilidad de los Banū Qasī.

Ordoño no pudo contener una carcajada.

—Que esto no llegue a oídos de los obispos —dijo, lanzando una mirada al exterior a través de la entrada, que permanecía abierta—, pero… acabaste con Lubb ibn Muhammad, acabaste con su hermano Abd Allah y, de forma indirecta, provocaste el enfrentamiento que llevó a la muerte a Mutarrif… ¿y achacas la debilidad de los Banū Qasī a la Divina Providencia?

—Tengo entendido que los conociste a todos en tu infancia… —dejó caer Sancho a modo de respuesta.

Ordoño se levantó de la silla que ocupaba, tomó la jarra que había sobre la mesa, y en silencio escanció su contenido en dos copas. Ofreció una a Sancho, pero dejó la suya sin tocar para acercarse a uno de los laterales de la tienda. Tomó un arco que colgaba de una atadura y regresó con él en la mano.

—Este arco perteneció a Lubb ibn Muhammad. Hubo un tiempo en que mi padre y el suyo mantenían buenas relaciones, hasta el punto de que fui enviado a Saraqusta para completar mi formación entre musulmanes. Yo no era más que un niño, Lubb tenía mi edad, y entre nosotros también surgió la amistad. Llegó a arriesgar su vida por mí, y si estoy aquí es gracias a este arco, que después me regaló. Lo conservo desde entonces y me acompaña en todas mis expediciones, a modo de amuleto.

Sancho lo miró, sorprendido. Dejó la copa encima de la mesa, tomó el arco entre sus manos y pasó las yemas de los dedos por las estrías de la madera.

—Aquellos tiempos pasaron. También los vascones mantuvieron una estrecha relación con los Banū Qasī, basada en los lazos de sangre, lucharon juntos contra los francos y contra Qurtuba, pero pronto se impuso la realidad. Han transcurrido ya tres generaciones, y de aquello no queda nada. Fue la diferencia de credo la que llevó al distanciamiento, y más tarde a la lucha. Con Muhammad, su actual caudillo, solo nos unen el odio y la inquina, y el deseo de acabar el uno con el otro.

—Me sumo a ese deseo y brindo por nuestro éxito —contestó Ordoño al tiempo que alzaba la copa.

Sancho dejó el arco a un lado, tomó la suya y la apuró de un trago. Después la depositó sobre la mesa con un golpe seco y se recostó en la silla.

—Hablemos de nuestros planes más próximos —dijo, zanjando la conversación anterior—. ¿Nájera, tal como convinimos?

Ordoño asintió.

—Espera, trazaremos nuestros planes sobre los dibujos de los topógrafos.

Se levantó y tomó un pesado rollo de piel que desplegó encima de la mesa. Por la forma y las dimensiones, Sancho supuso que había pertenecido a un gamo de gran tamaño, quizás a una hembra de ciervo. En el envés, perfectamente curtido y afinado, alguien había grabado una maraña de trazos, entre los que destacaba una línea gruesa y ondulada que cruzaba la piel de un extremo al otro.

—Este es el río Ebro —señaló Ordoño—. Y estos, sus afluentes. Una tierra que tú conoces bien, porque la has hollado casi por completo, en un momento u otro.

Sancho asintió, tratando de identificar los puntos que señalaban las fortalezas y las ciudades más importantes. Descubrió que algún calígrafo había grabado las primeras letras junto a ellas.

—Nájera es la más occidental de las posesiones musulmanas —dijo Ordoño, y Sancho juzgó innecesaria aquella explicación—. Se encuentra relativamente aislada y, aunque está bien fortificada y su guarnición se ha reforzado, no puede esperarse ninguna resistencia ante la fuerza de nuestros ejércitos. Nuestro Señor bendecirá con la victoria la unión de las tropas cristianas de Pampilona, León, Álava y Castilla.

—A estas alturas Muhammad estará al corriente de nuestra presencia aquí —dijo Sancho—, aunque ninguno de mis informadores ha alertado sobre movimientos de tropas desde su feudo de Tutila.

—Tampoco los míos lo han hecho. Muhammad es joven y arrojado, pero tampoco carece de inteligencia y astucia. Debe de saber que, con sus fuerzas, presentar batalla en campo abierto sería una temeridad.

—Lo mismo piensan mis capitanes, y yo mismo. Su estrategia consistirá en reforzar las guarniciones de sus fortalezas más poderosas, y abandonar las aldeas y las ciudades con menores posibilidades de defensa.

—Siguiendo el curso del río —dijo Ordoño, recorriendo con el dedo el trazo sinuoso—, a continuación se encuentra el bastión de Viguera.

—Inaccesible —sentenció Sancho—. Un terreno quebrado, áspero, en las gargantas del río Iregua. Ni siquiera el asedio es aconsejable. Quizás… hay una vieja fortaleza cercana que podría reconstruirse para hostigar a sus habitantes desde allí y cortar las vías de suministro.

Ordoño asintió.

—Dejaremos pues Viguera a nuestras espaldas, para seguir por la vieja calzada romana que discurre por la margen derecha.

—Y nos encontraremos ante Calahorra… y Arnedo.

—El lugar donde mi hermano García encontró la muerte hace cuatro años —evocó Ordoño, con expresión inescrutable.

—Esta vez será distinto —respondió Sancho con firmeza, incapaz de saber si el tono del rey reflejaba algún dolor o se limitaba a rememorar el lance de guerra que lo había aupado al trono de León.

—En cualquier caso, a partir de ahí todo dependerá del desarrollo de los acontecimientos. La propia Tutila es la siguiente etapa…

Sancho contemplaba en la distancia la silueta poderosa de la alcazaba de Tutila, recortada contra el cielo azul en aquel caluroso día de junio, y sabía que, en lo más alto de sus murallas, Muhammad estaría pendiente de todos sus movimientos. Era impensable atacar aquella ciudad, asentada al abrigo del monte sobre el que se alzaba la fortaleza, rodeada por una triple muralla y sin arrabales desprotegidos, de forma que Ordoño y él mismo habían decidido dar por concluida la razia. Nájera, Arnedo, Calahorra y Al Hamma estaban ya en manos cristianas, y arrastraban el cuantioso botín de las últimas jornadas, en las que su ejército había devastado los alrededores de Alfaro, Tarazona y la vega del río que desembocaba en el Ebro junto a Tudela.

Aquella misma mañana, poco después del amanecer, los dos ejércitos se habían concentrado en una enorme explanada a la orilla del río para asistir a la solemne misa de acción de gracias concelebrada por los dos obispos y por la treintena de sacerdotes y presbíteros que los acompañaban. La emoción había aflorado entre las filas cristianas al recordar a las decenas de mártires caídos en la lucha contra los islamitas, pero había acabado imponiéndose el sentimiento de euforia que les acompañaba desde que se les había informado del inminente regreso.

También Sancho y Ordoño se habían separado de forma emotiva, en medio de promesas de un próximo encuentro que satisficiera el deseo de las dos reinas. Era el segundo año consecutivo que se producía entre ambos una despedida en medio de la embriaguez de la victoria y, aunque en esta ocasión las bajas enemigas no habían sido excesivas, habían conseguido una gesta que figuraría en los anales, al tomar tres plazas fundamentales en la margen meridional del Ebro, tierras que habían permanecido en poder de los Banū Qasī durante los últimos doscientos años.

Los ejércitos se habían separado cuando el sol comenzaba a elevarse, y Sancho encabezó la marcha que conduciría a sus tropas hasta el río, que habrían de vadear antes de continuar su camino en dirección a Pampilona. Resultaba impensable utilizar el puente que cruzaba el río en Tutila, pues los accesos hasta él se hallaban al alcance de los defensores, pero los exploradores habían regresado con la noticia de la existencia de un vado que el estío hacía practicable, unas millas aguas abajo de la ciudad. En aquel punto el cauce era especialmente ancho, pero estaba dividido por tres bandas de tierra paralelas y cubiertas de vegetación en sus orillas, que reservaban

una última sorpresa.

Cuando la avanzadilla vadeó el primer tramo y sus hombres alcanzaron el primer islote, los gritos de entusiasmo captaron su atención. Sancho se acercó a la orilla y vio que uno de ellos se desvestía para regresar a nado e informar a su rey. Las islas eran el lugar que los habitantes de Tutila utilizaban como lugar de cría para su yeguada, y en ellas se concentraban centenares de ejemplares de caballos árabes, aquellos que tanta admiración despertaban entre los jinetes de toda la Península. Poco después del mediodía, con todo el ejército a salvo ya en la margen izquierda, su única preocupación era encontrar cuerdas y esparto suficiente para los ronzales que permitieran conducir a un número de animales tan grande.

Invirtieron el resto de la tarde en cubrir parte de la distancia que los separaba de Balterra, la última fortaleza de importancia en poder musulmán antes de pisar territorio cristiano. Acamparon en medio de la inmensa vega fertilizada por las periódicas inundaciones del río, y aquella noche se vieron asaltados por un ejército de mosquitos, dañino y molesto, que atacaba en nubes densas y esquivas. Solo el humo denso de las hogueras alimentadas con tamarices verdes conseguía mantenerlos a raya, y el amanecer sorprendió a muchos de los hombres despiertos, con la piel y los ojos enrojecidos, la primera por las picaduras, y los segundos por el humo y el sueño.

Alcanzaron las inmediaciones de Balterra bajo un sol abrasador. La inexpugnable alcazaba se alzaba en lo alto de un cortado de color terroso e imposible acceso al menos desde aquella cara, pero a sus pies, en la parte más cercana a las huertas de las que se abastecía, se extendía un populoso arrabal rodeado tan solo por un muro de adobe. Sancho se detuvo a lomos de su caballo, y toda su comitiva lo imitó. Solo el obispo arreó a su montura hasta colocarla a la altura del rey.

—Mi señor Sancho…

—Mi venerado Basilio… —respondió Sancho, esperando a que continuara.

—Mi señor —repitió el religioso—, si mis ojos no me engañan, el edificio que se alza en el centro de ese arrabal no puede ser otra cosa que una de esas mezquitas donde los infieles rezan a su falso dios y ensalzan a su falso profeta. Y no es pequeña, a juzgar por la envergadura de su alminar.

—Sin duda, no te engañas.

—Alabado sea el Señor, que pone a tu alcance la posibilidad de culminar tu empresa destruyendo uno de esos focos de proselitismo.

Sancho miró atrás antes de adentrarse en el estrecho que le haría perder de vista el extenso valle del Ebro. A sus pies, a una milla de distancia, una densa columna de humo se alzaba hacia el cielo sin que la más mínima brisa la desviara. Del arrabal de Balterra apenas quedaban ruinas, ascuas y cenizas, pero del soberbio edificio de la mezquita aún surgían llamaradas que lamían los costados del alminar. Tiró de las riendas y giró su montura, y lo mismo hicieron todos sus acompañantes, su hermano

menor, Ximeno, entre ellos. Contempló la inmensidad de aquel paisaje, cerrado en la lejanía por montañas que azuleaban bajo el círculo anaranjado del sol, que a punto estaba de ocultarse tras ellas. Algún día, no muy lejano, esperaba ser el señor de aquellas tierras, que jamás debieron caer en manos musulmanas. Rogó a Dios que le fuera propicio en aquella aspiración, que no era ambición personal, y para terminar de demostrarse a sí mismo que no eran los pecados de avaricia ni de soberbia los que anidaban en su corazón hizo la firme promesa de donar al monasterio más cercano todas las tierras conquistadas a los moros, con sus rentas y sus frutos, en la extensión que abarcaba la vista desde aquel mismo lugar.

Un resplandor atrajo su atención, y dirigió la vista hacia la fortaleza de Balterra. La base del alminar había cedido, y la torre, envuelta en llamas, se había precipitado en el interior del recinto en medio de una nube de pavesas. Indudablemente aquel espectáculo sería agradable a los ojos de Dios.

32

Qurtuba

Diario de la campaña emprendida por el emir Abd al Rahman III en el mes de Dul Qa’da del año 306 de la Hégira

Viernes, a diez días para el final de Dul Qa’da
(23 de abril de 919)

En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso, yo, Abd al Rahman, el tercero de los soberanos de Al Ándalus de tal nombre, al final de esta jornada de oración y júbilo, doy inicio a la crónica de la campaña que me dispongo a encabezar contra los apóstatas que porfían en su extravío, tal como Él me ha inspirado.

Seis largos años han transcurrido desde que iniciara esta práctica, ya consolidada, de registrar los hechos de mi reinado, y hoy, después de compartir en la mezquita aljama las alabanzas al Todopoderoso con alfaquíes, ulemas y con lo más granado de la *jassa qurtubí*; después de asistir al frente de mis mejores generales al magnífico *al’ard* en la explanada de la *musara*; después de reunir a mis ministros con el fin de sancionar los decretos que liberarán los fondos para la campaña y que permitirán en las próximas semanas la movilización y la dotación del ejército con bagajes y pertrechos, doy inicio al dictado de esta crónica.

Largas han sido las deliberaciones que nos han traído hasta aquí, dispares las opiniones de mis visires y escasas las señales del cielo que nos hagan estar seguros del acierto en nuestras disposiciones. Por eso he decidido revestir con el manto de la inspiración divina lo que no es sino una decisión personal de continuar con los planes trazados al comienzo de mi reinado. Hablo de una decisión personal, pero no aclarar el término sería engañar a quienes en el futuro tengan esta crónica entre sus manos, pues de nuevo han intervenido dos voluntades. O no, quizá tal explicación resulte innecesaria, si tenemos en cuenta que la voluntad del *hāchib* Badr y la mía funcionan como una sola desde hace ya muchos años.

A la influencia de Badr, a sus consejos, e intuyo que también a sus intrigas, debo el lugar que ocupo desde hace siete años. Se ha convertido en el pilar cuyo fuste sustenta mi reinado, el hombre a quien confío las más importantes empresas. Él fue, en calidad de *qa’id* de mis ejércitos, quien sustituyó al general Abí Abda en la

campaña que el último verano plantó cara a las tropas cristianas en Mitonia, y proporcionó a Qurtuba la victoria que necesitaba ante la arrogancia de Sancho y Ordoño. Los malditos venían campando por las tierras de la Frontera Superior, tomando nuestros castillos y atreviéndose a quemar nuestras mezquitas, como sucedió en el arrabal de Balterra, en las tierras que yo mismo había confiado al gobierno de los Banū Qasī. Pero la pericia militar de Badr les hizo morder el polvo, bien es cierto que ayudado por el joven caudillo de Tutila, Muhammad ibn Abd Allah, así como por los tuchibíes afincados en Qal’at Ayub.

Sin embargo, las batallas victoriosas pronto quedan atrás cuando no se ha conseguido terminar con la guerra, y la lucha de Qurtuba tiene aún abiertos demasiados frentes. El peligro fatimí no solo no está siendo conjurado en el Maghrib, sino que nuestros coaligados, los idrisíes, los miqnasa, y el resto de las tribus bereberes con las que tenemos establecidas nuestras alianzas, retroceden. Y el hijo de Ibn Hafsún, el voluble Ya’far, ha roto el pacto que su padre había mantenido hasta el día de su muerte. No le ha bastado ser confirmado en el gobierno de sus dominios, ni le ha servido el gesto de buena voluntad que supuso la liberación de su propio hijo, que permanecía en Qurtuba como rehén. Sin duda lo ha hecho empujado por la facción de los cristianos más indomables y montaraces que lo apoya, aunque pronto tendrá ocasión de comprender hasta qué punto su debilidad y su perfidia van a marcar su destino. Las razones del pacto alcanzado con su padre han caducado, pasaron la sequía y la hambruna, Allah sea alabado, y únicamente la sumisión a nuestros designios podía mantener el compromiso.

Algunos de mis visires, algunos de los ulemas de Qurtuba y el propio *imām* de la mezquita aljama opinan que se impone una gran *‘saifa* contra los reyes infieles, tal como era en tiempos de mis antepasados, antes de la *fitna*. No perdonan la muerte de los valientes creyentes que defienden la frontera y no perdonan la profanación de nuestras mezquitas. Tampoco yo lo hago, ni lo haré nunca. Pero he de terminar lo que empecé, y no permitiré que los cachorros de Ibn Hafsún sigan poniendo en jaque la autoridad del emir en las tierras de Al Ándalus. Mi decisión es firme, y hoy es el día en que se anuncia a los cuatro vientos, para que acudan a la capital desde todas las coras los hombres que han de acabar de una vez y para siempre con todos los malditos que persisten en la rebeldía. A Allah juro, por mi pueblo, y así lo dicto para que la posteridad me juzgue, que no cejaré en mi empeño hasta arrasar Burbaster, el refugio de la perdición.

Martes, mediado el mes de Dhul Hiyah
(18 de mayo de 919)

Veintiséis días han transcurrido desde la revista y la movilización de las tropas en vistoso alarde, y en este tiempo no hemos cejado en el empeño de reunir el más

nutrido ejército ni hemos escatimado los fondos para pertrecharlo. En la mañana de hoy, he dado la orden de partir, y los cordobeses han podido ver a su emir a la cabeza de la vanguardia, flanqueado por el primero de sus ministros, el victorioso *hāchib* Badr. Queda en palacio mi primogénito, Al Hakam, al que recientemente he nombrado heredero, asistido por mi allegado el visir Mūsa ibn Muhammad ibn Hudayr.

Si estaba escrito que este año había de producirse un incendio pavoroso en el zoco de Qurtuba, Allah el Misericordioso ha querido que se iniciara en los días de más afluencia, con miles de mercenarios, soldados de leva y voluntarios de la *yihād* paseando ociosos por las calles. Únicamente esos miles de brazos fueron capaces de vaciar el río para llevar hasta las tiendas de los torneros y fabricantes de peines, las más afectadas por el fuego, barreños suficientes para sofocar las llamas y dominar lo que podía haberse convertido en un terrible desastre para la ciudad. Es solo el primer servicio que estos hombres valerosos y arrojados han de ofrecer a Qurtuba.

Jueves, primer día de Muharram, año 307 de la Hégira
(3 de junio de 919)

En el día de hoy celebramos con gozo la llegada del nuevo año, que mis augures han anticipado como venturoso y propicio. Quiera el Todopoderoso que lo sea tanto como el que dejamos atrás, que ha traído en sus últimos días la muerte y la destrucción para los malvados en las campas de Balda, lugar cuyo nombre habría de aparecer escrito con letras de oro en esta crónica.

Llegamos allí cuando las mieses estaban casi en sazón, pero no habían madurado del todo, por lo que di la orden de que permanecieran en el lugar algunos caídes con un grupo de mercenarios para segarlas, mientras se fortificaba la peña de Ūdān, que domina el llano. Mi intención, y la de mis generales, era cerrar el cerco sobre la *alqasába* de Balda sumando Ūdān a las fortalezas de Isām y Banū Basír, para acabar de estrangular así a su población. Una vez establecido el asedio con tropas numerosas, seguimos avanzando con el resto hasta la vega de Antaqīra, donde nos constaba que las mieses sí estaban listas para la cosecha. Tomamos el grano que nos plació y destruimos el resto, mientras el *hāchib* Badr salía contra la fortaleza de Dus Amantis, la más fuerte de la región. Su gente, al ver aproximarse a la caballería, salió al arrabal para trabar batalla con los mercenarios, pero nada pudieron hacer contra una tropa más numerosa y mejor armada. Se refugiaron en las dos altas alcazabas que dan nombre al lugar, mientras el ejército se entregaba al incendio del arrabal y de las iglesias que allí tenían. Badr hostigó luego a los malvados en lo alto de las peñas, fatigándolos día y noche, sin permitirles respiro, hasta que se dispersaron derrotados, dejando las alcazabas con sus pertrechos. El *hāchib* se apoderó de ambas el viernes, cinco días antes del fin de año.

Regresamos después a Balda, donde Badr recibió la orden de combatir a los sitiados de la misma manera, y así lo hizo, atacando con tesón y sin descanso. Las disensiones debieron de surgir entre ellos al ver la aterradora fuerza que los rodeaba, porque los musulmanes del lugar acordaron rendirse a mi persona, con garantía de sus vidas y las de sus familias, a lo que accedí hasta el punto de acogerlos en nuestro campamento. Los infieles, entre los que se encontraban hombres principales e importantes caídes de Ya'far ibn Umar, se mantuvieron firmes en su decisión de luchar y, aunque demostraron constancia y arrojo, Allah los hizo flaquear hasta ser derrotados. Los mercenarios irrumpieron en la fortaleza y recorrieron el solar, alcanzaron a su gente por encima y por debajo, y los mataron de los peores modos en patios y casas[19]. Escogieron como prisioneros a algunos jefes y notables, que fueron atados en las inmediaciones de la *haymah* real.

Pero no es esta una campaña en la que busquemos capturar enemigos, ni llenar nuestras mazmorras de rehenes con los que obtener un botín, sino acabar de una vez por todas con los enemigos que asolan nuestras tierras y que impiden que la paz reine en el corazón de Al Ándalus. No me tembló la mano cuando ordené decapitarlos en cuanto los tuve delante, y en mi presencia fueron exterminados, tras lo cual se reunieron junto al pabellón ciento setenta cabezas de jefes y caballeros, sin contar a los reclutas sin nombre. La cosecha de grano de Balda llenó nuestras alforjas y alimenta a nuestros soldados, y ver cómo ahora la cizaña que anidaba entre la mies se pudre al sol no hace sino alimentar su ánimo y su moral de victoria.

Ignoro si ha llegado a oídos de Ya'far la noticia de esta pérdida, pero sé que ha de hacer mella en su ánimo, pues la región, sometida ahora a los designios de Qurtuba, se convierte en su pesadilla tras haberle servido de apoyo y refugio. Aunque más habrá de temer cuando sepa que el causante de su desgracia se dirige ahora hacia los confines de su refugio.

Viernes, segundo día de Muharram, año 307 de la Hégira
(4 de junio de 919)

Henchido el ánimo ante el espectáculo que contemplo, he decidido llamar al escribano antes de que la imagen se desvanezca de mis ojos y las sombras de la noche se abatan sobre el campamento. Hoy ha aparecido por fin ante mis ojos el monte que llaman de Burbaster, donde la apostasía ha encontrado refugio desde los tiempos de mi bisabuelo Muhammad. Durante un tiempo que no he sabido medir, he permanecido quieto, a lomos de mi montura, contemplando las cimas que tantas veces había intentado sin éxito, ahora lo sé, vislumbrar en mi imaginación. Por un momento la nostalgia ha hecho su aparición, al recordar que mi propio padre, fugitivo, recorrió un día estas veredas en busca de refugio, pocos meses antes de encontrar su propia muerte. Pero mientras la ensoñación se apoderaba de mi ánimo,

mi *hāchib* Badr no perdía el tiempo, y buscaba entre los hombres a aquellos más valerosos y capaces. Dispuesto a que cayeran de una vez por todas, los ha enviado contra los enriscados castilletes de Sant Awlaliya y Sant Mariyya, que circundan y protegen Burbaster, pues dominan desde sus alturas la vaguada que desciende hasta el Ūadi al Jurs[20]. En previsión de un asedio prolongado, nuestros hombres han sido dotados de abundantes pertrechos, incluso de cabezas de ganado, pero todo ha sido innecesario. Como ayer aventuraba al dictar esta crónica, Allah ha infundido el pavor en los corazones de los rebeldes, y tan pronto como los nuestros han atacado sus posiciones, han cedido. Veo en la lejanía, desde la posición que ocupo, cómo los hafsuníes se dispersan por doquier y aquellos que no encuentran otra salida que la de enfrentarse a los hombres de Badr prefieren despeñarse con sus cabalgaduras desde los riscos. No menos de medio centenar han caído o se han arrojado al vacío hasta este momento en que las sombras se ciernen sobre Burbaster. Las cabezas de los infieles que ayer se amontonaban en el campamento de Balda abren ahora el paso a los nuestros y ahorran muchas de sus vidas.

Jueves, sexto día de Muharram, año 307 de la Hégira
(9 de junio de 919)

Después del espectáculo que presenciamos el día de nuestra llegada a las inmediaciones de Burbaster, en que quedó claro que los infieles prefieren presentarse ante su Dios con los huesos quebrados a hacerlo con la cabeza separada del cuerpo, el ejército marchó a la fortaleza de Al Lura, notable por lo inexpugnable de sus muros. Acampamos allí, seguros de que Ya’far la guarnecería y procuraría defenderla con sus mejores hombres. Sin embargo, al parecer no le habían quedado arrestos, porque nuestros caídes la hallaron abandonada, lo que agradecimos al Todopoderoso y fue presagio de victoria sobre el maldito y sus facciones.

Avanzamos entonces por el cauce del Ūadi al Jurs, de regreso a Burbaster, con la intención de que Badr se hiciera con el control de la fortaleza de Talyayra, que se alza sobre el río, a los pies del nido de los prevaricadores y a la vista desde sus almenas. Los mercenarios se hicieron con la mayor parte de sus murallas, que los arqueros limpiaban con sus continuos tiros por más aguante que los de la fortaleza mostraran. El combate duró dos días, al cabo de los cuales los rebeldes, atacados desde todas direcciones, salieron a una para dispersarse entre la espesura, tratando de escapar, presa de las espadas. Muchos procuraron escalar los escarpes que ascendían hacia Burbaster, a través del que llaman la cañada del Lobo, donde se recogieron con incontables bajas. Abandonada Talyayra llena de pertrechos y bagajes, los caídes escogieron vituallas para el ejército y permitieron a los hombres saquear el resto, lo que sin duda pudo el rebelde Ya’far contemplar con sus propios ojos desde lo más alto de su atalaya.

Hoy la caballería ha ascendido la cañada del Lobo, donde los rebeldes habían construido a lo largo de los años admirables mansiones en extensas terrazas, horadadas en la roca o cerradas con sillares, todas ellas amparadas por las ásperas escabrosidades que las hacían inaccesibles. Pero la esforzada caballería ha conseguido penetrar sus explanadas y apoderarse de sus ocupantes, que han sido exterminados por las espadas. Todo ha sido incendiado y derruido, convertido en desolación, como si no hubiera sido próspero ayer.

Jueves, a siete días el fin de Muharram, año 307 de la Hégira
(24 de junio de 919)

Mañana viernes, tras la oración en la que este emir será el primero en postrarse ante el Todopoderoso para dar gracias por su protección, mis ejércitos iniciarán el retorno a la capital. Desde la última anotación en estos pergaminos han transcurrido tres semanas, durante las cuales hemos asolado la región y hemos obtenido los frutos que veníamos a recoger.

Badr lanzó caballería e infantes hacia las partes altas de las laderas de Burbaster, rodeándola como collar al cuello. Los rebeldes les salieron al paso cual bestias azuzadas por su amo y trabaron combate por algún tiempo entre las puertas de Burtiqát y Talyayra, mas pronto los prevaricadores se encerraron tras las murallas, rehuyendo a los mercenarios y abandonando la lid. Entonces fueron por doquier talados los árboles y arrancadas las viñas, sin que se salvara nada.

En los días posteriores, se pasó a la fortaleza de Al Lura para acabar de guarnecerla, y de allí a Qasr Bunayra y a Fardālis, donde se destruyó cuanto había, para regresar, completado el círculo, a la humillada pero todavía inaccesible Burbaster. Dos días hace que asentamos los reales cerca de la puerta de Burtiqát, y allá donde uno mira ve soldados de Qurtuba que festonean las cumbres recortados contra el horizonte. Solo el inexpugnable recinto fortificado de la cumbre de Burbaster sigue acogiendo a los rebeldes, en tan gran número que malamente podrán algunos encontrar una sombra que los proteja del sol abrasador. Peor que todo lo anterior ha debido ser esta acampada para el hereje Ya’far, pues hoy, con las primeras luces, ha hecho salir de las murallas a un mensajero que en su nombre se ha dirigido a mi persona, reconociendo su falta, rogando disculpa, pidiendo la paz y ofreciendo sumisión. Tras deliberar con mis generales, y entendiendo que conquistar el reducto no es posible sin gran pérdida de vidas, nos damos por satisfechos con la destrucción infligida. No ha mucho que el enviado ha cruzado de nuevo la puerta de Burtiqát con las condiciones impuestas, que, a juzgar por la tardanza de la respuesta, no son fáciles de asimilar.

Viernes, a seis días el fin de Muharram, año 307 de la Hégira

(25 de junio de 919)

Con cierto asombro hemos comprobado en la jornada de hoy que la capacidad de mando de Ya'far entre los suyos no era tan limitada como aventurábamos. Difícil de aceptar para sus caudillos ha debido de resultar la entrega de todos los rehenes enemigos que quedaran dentro de la fortaleza, y el compromiso de gobernar los castillos y territorios dependientes de Burbaster con lealtad y sumisión a Qurtuba, lo que incluye la puntual entrega de los tributos a nuestros recaudadores. Pero si algo demuestra que Ya'far aún conserva su autoridad, nadie sabe si impuesta por la razón o por la fuerza de las armas, es la entrega como rehenes, tal como se le exigía, de todos sus sobrinos varones y otros parientes escogidos. Quede recogido para muestra de la sagacidad de mi *hāchib* que no se le ha exigido la entrega de su propio hijo, cosa que es de suponer que habrá aumentado la disensión y el enfrentamiento entre los parientes de Ya'far, tal como se pretendía.

En viernes, hace dos meses ya, tuvo lugar el alarde con el que dio comienzo esta campaña victoriosa, y en viernes, día de oración y de alabanzas al Todopoderoso, doy la orden de levantar el campamento para regresar a Qurtuba, cargados con un gran botín y acompañados por los rehenes que han de garantizar que Burbaster no se convierta de nuevo en espina en nuestras fauces. Allah sea loado.

Año 920, 307 de la Hégira

33

Pampilona

Mediada la mañana, la nieve había comenzado a caer con fuerza sobre el palacio fortaleza que albergaba la corte del reino de Pampilona, y ahora, en plena tarde, la reina Toda observaba desde los ventanales el trasiego de los mílites y sus caballerías por el patio de armas. Sus pensamientos vagaban sin rumbo, abstraída por el hecho curioso y banal de que los cascos de las monturas se hundieran en la capa blanca sin que llegara a sus oídos el característico golpeteo contra el enlosado, lo que producía una sensación irreal. Las voces de la milicia se entremezclaban con los gritos de los pocos muchachos que habitaban la fortaleza, quienes jugaban despreocupados con la nieve. Sus propias hijas habían disfrutado de ella después del mediodía, bien abrigadas en sus capas de piel de marta, aunque poco antes había enviado a una doncella para hacerlas recogerse, con la intención de que se prepararan para los oficios religiosos de la tarde.

Durante un buen rato, Toda había gozado contemplándolas jugar bajo aquella misma ventana. Sancha, de diecinueve años, arropaba a la joven Orbita, once años menor que ella. Desde su nacimiento la pequeña se había convertido en su juguete predilecto, y todavía seguía tratándola como tal. Onneca y Urraca, de dieciséis y catorce, eran las más parecidas en cuanto a cualidades y carácter, y era habitual verlas juntas entregadas a las más variadas actividades. La música, la poesía, los bordados y la lectura de las Escrituras ocupaban la mayor parte de su tiempo, y eso las había convertido en las preferidas de su abuela Onneca, que se había volcado en ellas a la hora de transmitir todas las habilidades que en estos campos había adquirido en su juventud durante su estancia en la lejana Qurtuba. Belasquita y Munia, por fin, contaban doce y diez años respectivamente, y eran las más indómitas de las seis. Quizá por oposición a sus hermanas mayores, se habían mostrado más inclinadas a las actividades al aire libre y compartían una desmedida pasión por los caballos.

No hacía mucho, la visión de sus seis hijas juntas le habría resultado insufrible. Aunque había intentado ocultarlo, y siempre procuró comportarse como una madre solícita, durante años no había podido evitar cierta aversión al contemplar aquella colección de mujercitas que había traído al mundo. A partir del tercero, había esperado sus partos con una mezcla de esperanza y temor, pero todos habían terminado en llanto, desengaño y cólera, al comprobar que lo que salía de sus

entrañas no era sino una hembra más. Había llegado a cometer el nefando pecado de rechazar a las más pequeñas, y con las tres se buscó a un ama de cría que las alimentara. Mil veces, contrita y asustada, había confesado su falta en aquellos largos años de angustia y desesperación en los que no había sido capaz de dar un heredero a su esposo y al reino. Llegó a pensar que la negativa del Altísimo a bendecir su matrimonio con el nacimiento de un varón era el castigo a su pecado. Se volcó entonces en sus hijas, llegó a mortificar sus carnes cuando un pensamiento impropio acudía a su mente, pero los años pasaron, y su vientre pareció haberse secado.

Quizá tuvo que ver en ello el hecho de que cohabitar con su esposo se le hizo insufrible, incapaz de afrontar la posibilidad de dar a luz una hembra más, de modo que sus ausencias, en las cada vez más frecuentes campañas contra los infieles, tenían para ella algo de liberación. En aquellos años, Sancho acabó renunciando a su derecho conyugal, dejó de reclamar su presencia en el lecho, y ella no preguntó de qué manera satisfacía sus instintos de varón. Llegó a asumir su desgracia, y entonces pasó a dedicar todos sus esfuerzos a urdir la manera de dar continuidad a la estirpe de Sancho a través de sus hijas. A medida que estas crecían, las cábalas sobre futuros enlaces, las pesquisas sobre los pretendientes más adecuados, llegaron a hacerse obsesivas.

Fue tras la campaña de Castro Muros cuando ocurrió. Sancho regresó a Pampilona pletórico, después de que el Altísimo bendijera a sus ejércitos, por vez primera coaligados con los del rey Ordoño, con la mayor victoria sobre los sarracenos. Se sucedieron las celebraciones, y la segunda noche Sancho irrumpió en la alcoba ebrio y henchido de deseo para poseerla de forma apasionada y brutal. En las semanas siguientes, el sordo temor que sentía se convirtió en pánico con la primera falta. A medida que su vientre se hinchaba, una angustia insuperable se apoderaba de su espíritu. Llegó a pensar en terminar con aquello, pero topó con su fuerte convicción religiosa y con el temor al repudio si Sancho llegaba a sospechar algo.

Los meses transcurrieron de manera inexorable, sin que la náusea la abandonara un solo instante, de día y de noche, y sin que los remedios que se le administraban surtieran el menor efecto. Cuando el día del parto, destrozada por el dolor, sus entrañas se abrieron en medio de un grito desgarrador para dejar salir el fruto de su vientre, la vida de Toda cambió para siempre.

El niño fue bautizado con el nombre de García y, durante los primeros meses de su vida, solo dos fueron las ocupaciones de su madre. La primera, desde el instante en que la partera lo puso entre sus brazos, alimentarlo de su pecho. El resto de su tiempo lo pasó postrada frente al altar de Santa María, rogando perdón para sus culpas y pidiendo larga vida para un esposo que hacía tres años había alcanzado la cincuentena y que solo con la intervención de la Virgen y de las santas Nunila y Alodia podría

contemplar el momento en que el futuro García Sánchez estuviera en disposición de asumir las obligaciones de la Corona.

La nieve había empezado a caer con más fuerza, y su mirada se detuvo en el embozado jinete que acababa de cruzar la puerta de la fortaleza. Su barba espesa aparecía tan blanca como la capa engrasada que le protegía de la intemperie, y el vaho que salía tanto de su boca como de los ollares de su montura revelaba la respiración acelerada producida por el esfuerzo. Descabalgó con movimientos lentos y una vez en el suelo se estiró tratando de desentumecer los miembros, mientras un mozo de cuadra se hacía cargo del animal. El oficial de la guardia le indicó con el brazo el camino hacia la puerta principal del palacio, y hacia ella se dirigió.

En la caldeada cámara, las seis muchachas permanecían en pie, en fila, con la vista baja en señal de respeto. Sancho se acercó a la primera de sus hijas y depositó un beso en su mejilla, mientras ella le daba las buenas noches con una sonrisa. Repitió el gesto con Onneca y con Urraca, con Munia y con Belasquita, hasta terminar en la pequeña Orbita, que tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar el rostro de su progenitor. Por fin, tomó al pequeño García de los brazos de su aya y lo alzó ante sí, lo que provocó la risa del pequeño.

—Ahora a dormir —dijo sin dirigirse a ninguno de ellos en concreto—. Y no olvidéis dar gracias a Dios en vuestras oraciones por permitiros ocupar vuestras confortables alcobas mientras fuera azota la ventisca.

Devolvió el pequeño a su niñera mientras sus hijas desfilaban por delante de Toda y de la abuela Onneca repitiendo las despedidas, hasta que la puerta se cerró tras la última de ellas. Sancho se volvió entonces y contempló los rostros de su esposa y de su suegra, en los que se reflejaba la preocupación.

—Disculpad mi tardanza, pero mis obligaciones me han retenido hasta ahora. El interés y el entusiasmo del obispo Basilio por los asuntos terrenales resultan a veces excesivos. Me han avisado de la llegada de un emisario de Qurtuba… ¿Muzna de nuevo, tu nuera? —le preguntó a Onneca.

La anciana asintió con la cabeza. En su rostro cubierto de profundas arrugas destacaban dos ojos pequeños, lechosos y enrojecidos, que, unidos a un cuerpo menudo y consumido por la edad, le proporcionaban un aspecto frágil e indefenso que despertaba en su yerno un extraño sentimiento de afecto.

—¿Malas noticias? A juzgar por vuestro semblante…

Toda tomó el pergamino que todavía descansaba en la repisa de la ventana, cubierta ahora por espesos cortinajes.

—¿Deseas que te lea lo que…?

—Dime tan solo qué es lo que tanto os aflige, y si afecta al reino —cortó Sancho.

Podía comprender los sentimientos de Onneca, al fin y al cabo el emir de Qurtuba era su nieto, y la correspondencia con Muzna mantenía viva la relación, algo que no

acababa de entender, pero que no estaba dispuesto a impedir por el bien de la relación con su esposa. Además esas cartas periódicas, si bien no lo pretendían, proporcionaban a menudo información valiosa.

—Ya sabes que mi nieto consiguió la rendición de los rebeldes de Burbaster —se adelantó Onneca—. Aunque no lograra hacerse con la fortaleza, obtuvo la rendición de Ya'far, el sucesor de Umar ibn Hafsún, y la entrega de rehenes. Al parecer otro de los hermanos, Abd al Rahman, enfrentado con Ya'far, ha capitulado siguiendo los pasos de Sulaymán y Qurtuba lo ha acogido con los mayores honores.

—Tu nieto demuestra gran inteligencia acogiendo y colmando de dádivas a quienes en otro tiempo le han combatido —opinó Toda.

—¿Y eso es lo que tanto os aflige? —dijo Sancho con impaciencia.

—No, no es eso, sino las consecuencias que trae —trató de explicar Toda—. Muzna nos cuenta que su hijo encabezó en persona la aceifa contra los rebeldes, y su victoria ha despertado en Qurtuba y en todo Al Ándalus un renovado entusiasmo hacia su persona. Libre ya de la amenaza procedente del sur, piensa volcar todo su empeño contra los cristianos de la frontera.

—¡Esta vez desea ser él en persona quien encabece la aceifa! —exclamó Onneca con la voz quebrada.

—¿Qué importancia puede tener quién esté al frente de la expedición? —respondió Sancho, que comenzaba a exasperarse con las dos mujeres—. El peligro no es mayor que si fuera cualquiera de sus generales quien encabezara el ataque.

—Si pudieras ver dentro de mi corazón, no alzarías la voz contra la mujer que te ama más que una madre… —se lamentó Onneca, al borde del llanto—. Desde que mi nieto subió al trono de Qurtuba, he temido el momento en que tuvierais que enfrentaros.

Sancho se acercó a su suegra y la tomó por el brazo.

—No debes preocuparte por ello. Aun en caso de que nuestros ejércitos se encuentren, el enfrentamiento con él es improbable. Esa no es la forma de luchar de los sarracenos. Tu nieto y sus caídes se limitarán a contemplar la batalla desde lo alto de un cerro, a las puertas de su pabellón, rodeados de comodidades y bien protegidos por varios cordones de los más aguerridos soldados. Ahora bien, aquí te digo que, si estuviera en mis manos, ni un instante dudaría en atravesar a Abd al Rahman con mi espada. ¿Acaso crees que él lo haría?

—¡Sé que ninguno de los dos vacilaría! —respondió Onneca, volviéndose para clavar sus ojos encendidos en los de Sancho.

Esta vez fue Toda la que se acercó para tomarla por los hombros.

—Cálmate, madre —dijo con tono afligido—, en manos de Dios está lo que haya de suceder.

—¿En manos de Dios, dices? —gritó la anciana, deshaciéndose del abrazo—.

¿Acaso crees que si Abd al Rahman llega a las puertas de Pampilona voy a quedarme de brazos cruzados mientras observo cómo su pueblo y el mío se aniquilan? ¡Jamás he tenido ocasión de conocer a mi nieto, y no habrá manos que me sujeten e impidan que me arroje a los pies de su caballo para pedir que vuelva a reinar la paz entre los de mi sangre!

—¡Tranquilízate! —repitió Toda, preocupada por la precaria salud de su madre, al tiempo que hacía un gesto significativo a su esposo.

Sancho observaba la escena con una mezcla de lástima e incomprensión reflejadas en el semblante.

—¿Hay algo en esa carta que haga pensar que el ataque es inminente?

Toda asintió.

—Muzna dice que se ha dado orden a los caídes y a los gobernadores de sus provincias de iniciar una movilización masiva de efectivos. Cuenta que circula una larga epístola que ha llegado a hacerse famosa y que pretende enardecer a los sarracenos, incitándolos a la guerra santa. Está escrita por el hijo del chambelán Badr, que al parecer sigue los pasos de su padre. También a él se le ha encargado un panfleto con el que se arenga a los cordobeses en las mezquitas y se les incita a movilizarse contra los cristianos. Son ya varios los viernes en que se ha repetido su lectura, y el ambiente en Qurtuba, según Muzna, parece inflamarse por momentos. Sospecha que esta vez la respuesta de los voluntarios puede ser masiva.

Sancho había iniciado un breve y repetitivo paseo de un extremo a otro de la estancia con la cabeza gacha y las manos a la espalda, y escuchaba cabeceando.

—Atacará en primavera —concluyó en voz alta.

—El correo que trajo esta carta regresará en los próximos días. Utilízalo para enviar a Abd al Rahman una propuesta de tregua. O mejor, haz que le acompañe una embajada —rogó Onneca.

Sancho sonrió, escéptico.

—¿Y a quién envío en esa embajada? ¿Al obispo Basilio o a cualquier otro representante de la Iglesia, que cada día me recuerdan la necesidad de recuperar para la cristiandad las tierras conquistadas por los moros? ¿O a alguno de mis caballeros, que me auparon al trono movidos únicamente por mi prestigio, ganado en el campo de batalla? ¿Explico a los doce *seniores* del Consejo que estoy dispuesto a renunciar a nuestro exitoso avance hacia el sur porque el hijo de tu hijo gobierna ahora en Qurtuba? ¡Por Dios, Onneca! ¡Ni siquiera lo conoces! ¡Y tampoco conoces a esa mujer con la que mantienes correspondencia! Abd al Rahman nació diez años después de que tú abandonaras Qurtuba, y tu hijo murió a los pocos días… Nadie que te haya conocido ha podido hablarle de ti, salvo el que fue tu esposo, el emir Abd Allah. ¿Qué crees que le habrá contado a su nieto de una esposa a la que repudió y expulsó de Qurtuba para no tener que cortarle la cabeza?

—¡Basta! —gritó Toda, enojada—. ¿Qué necesidad hay de ser cruel?

Sancho calló y se limitó a lanzar un resoplido con aire de hastío. Onneca lloraba ahora abiertamente y buscó con el brazo extendido un escabel en el que sentarse. Durante un tiempo ninguno habló. Solo los sollozos contenidos de Onneca y el chasquido ocasional de las brasas en la chimenea rompían el silencio. Sancho se acercó a la gran chimenea y cogió el atizador para reunir en el centro los extremos de los leños que permanecían sin arder.

—Lo lamento —se excusó por fin, sin volverse—. No era mi intención herirte, bien lo sabes. Pero, cuanto antes comprendas que el destino es inexorable, menor será tu sufrimiento. Aunque quisiera, enviar una embajada a Qurtuba en un invierno como este sería un acto suicida, y si esperáramos a que el tiempo mejore no haría sino topar con la aceifa ya en camino. Sabes que el próximo verano las armas volverán a hablar, y la única diferencia con las ocasiones anteriores es que Abd al Rahman estará en la vanguardia del ejército cordobés. Esta batalla lleva años gestándose, desde el momento en que tomé la decisión de reconquistar Deio, desde que rescaté ese pedazo de nuestro solar de la dominación musulmana. Si una obra mía ha de ser digna de recuerdo, será esa, y ese es el origen de nuestro enfrentamiento con Qurtuba. Ruega tan solo a Dios para que su derrota sea tan contundente que no le queden arrestos para regresar jamás a la frontera. Te juro que yo voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que así sea.

—Empezando por dar aviso al rey Ordoño y a los condes de Castilla, supongo… —aventuró Toda.

—Esos serán los únicos jinetes que partan de Pampilona, y otros más con destino a Aragón y Pallars, para advertir a nuestros parientes.

Año 920, 308 de la Hégira

34

Diario de la campaña contra los infieles emprendida por el emir Abd al Rahman III en el mes de Muharram del año 308 de la Hégira

Jueves, 12 de Muharram del año 308
(3 de junio de 920)

Pudiera parecer que ocho años no son nada, tan solo el escaso tiempo transcurrido desde que, por vez primera, tomé asiento en el trono de Qurtuba. A veces cierro los ojos y pienso que fue ayer. Pero pocos saben que he contado los meses, las semanas, los días que han tenido que sucederse hasta alcanzar este lugar, este momento en que siento que realmente comienza mi reinado. Todo lo anterior no ha sido más que el preludio, los preparativos para la campaña que ha de determinar el éxito o el fracaso de mi política. La pacificación de Al Ándalus, el aseguramiento de las rutas comerciales, la repoblación de tierras, la recaudación pacífica de los tributos, el refuerzo de la flota, el fortalecimiento del ejército, no son sino los hitos del camino que nos conducirá, Allah lo quiera, a la meta que entonces me fijé.

El momento ha llegado. La audacia de Ordoño y la insolencia de Sancho van a recibir por fin la respuesta de la que han carecido hasta ahora. Prestos para partir, esta será la ‘*saifa* más multitudinaria desde los tiempos de mi bisabuelo, el emir Muhammad. Jamás Qurtuba había visto una afluencia semejante de mercenarios y de voluntarios de la *yihād*, procedentes de todos los rincones de Al Ándalus y aun de ultramar. Las coras se han volcado a la hora de proporcionar efectivos y pertrechos, y hoy, treinta días después del alarde, la ciudad bulle con los últimos preparativos. La explanada de la *musara* se ha quedado pequeña, y los improvisados campamentos se extienden a lo largo de las riberas del río, a la espera de la orden de partir. Es mi *hāchib* quien, lúcido como acostumbra y poco sospechoso de abusar del halago, ha creído hallar la explicación para esta reacción que nos asombra. Así como en los peores momentos de la *fitna*, con el emirato en peligro de desintegración, las deserciones y la traición eran el problema que minaba nuestros ejércitos, la llamada de un ejército recompuesto y poderoso atrae ahora a los hombres, ávidos por participar en una campaña que suponen exitosa, ávidos del botín que les espera. También las soldadas han crecido, porque unas arcas saneadas nos permiten tal dispendio. Y el llamamiento a la guerra santa, proclamado en todas las mezquitas de Al Ándalus, del Maghrib, de Tahert, hasta donde alcanza la mano de nuestra cancillería y nuestra diplomacia, ha traído hasta Qurtuba a bereberes y miembros de

cien tribus, en tan gran número que sus unidades eclipsan a las de los musulmanes de la Península.

Será al amanecer, después de que los banderines y estandartes se hayan bendecido en la mezquita aljama, cuando los timbales y los tambores anuncien el inicio de la marcha. No he reparado en medios, me acompañan mis mejores generales al mando del más valioso de mis ministros, y en la ruta se sumarán a la columna los gobernadores de las coras que atravesemos, al frente de sus propios efectivos. Debo hacer mención, por el significado que tiene su presencia entre nuestras filas, de la participación en esta *‘saifa* del que hasta hace poco era uno de nuestros enemigos más encarnizados, Sulaymán, el hijo del maldito Ibn Hafsún. En ella tendrá ocasión de demostrar, como uno de mis generales más destacados, la autenticidad de sus sentimientos al mando de los hombres que llegaron con él a Qurtuba. Queda en el alcázar mi hijo mayor y heredero, Al Hakam, a quien asiste el *wazīr* Mūsa ibn Muhammad ibn Hudayr.

El tiempo de la cosecha ha llegado, las lluvias de la primavera auguran abundancia en los campos, y no habrá de faltar el trigo con que alimentar al sinnúmero de hombres que, ansiosos, esperan ver a su soberano encabezando la marcha que les conducirá a tierra de infieles.

Miércoles, 18 de Muharram
(9 de junio de 920)

Cuatro días después de nuestra partida, en los que hemos remontado el Gran Río, nos encontramos acampados en Majādat al-Fath[21], el mismo lugar que hace dos siglos atravesó Tāriq en su camino imparable hacia Tulaytula, la capital del caduco reino godo. Si este caluroso atardecer he convocado a mi escribano es para dejar constancia de las excelentes nuevas que nos han llegado procedentes de la Madinat al Faray, en una exultante epístola de puño y letra de su gobernador. Nunca es tan agradable el baño que nos quita el polvo del camino como cuando el agua tibia y el rudo masaje se acompañan de relatos como el que el *hāchib* Badr ha leído en alta voz y de la visión de las cabezas cortadas a los enemigos de Allah.

Según cuenta el gobernador, los infieles de Yilliqiya atacaron días atrás en gran número, capturaron ganados y acémilas en los campos y marcharon contra la fortaleza de Al Qulaiya para sitiarla. Toda la población de la zona, sin embargo, se levantó en armas, y caballeros e infantes, ya pertrechados para unirse a la *‘saifa* procedente de Qurtuba que en pocas semanas habría de acampar en el lugar, presentaron batalla con arrojo. Allah puso a los enemigos en sus manos, mataron y cautivaron a muchos, y los persiguieron desde el principio hasta final del día, diezmándolos con el sable. Las mulas cargadas de cabezas son la prueba de la victoria, y el mejor de los augurios para lo que resta de campaña. Una vez más, este

vado donde acampamos quedará asociado a las victorias de los creyentes.

Lunes, 12 de Safar
(3 de julio de 920)

Magnífica sería la visión de la Madinat Selim si la guerra no hubiera hecho mella en sus altos muros, ahora arruinados. En mis treinta años de vida, nunca había encabezado una expedición que me llevara tan lejos de Qurtuba, y no puedo sino manifestar mi admiración por las tierras y los paisajes que cada día se extienden ante nuestros ojos, salpicados de aldeas y alquerías, atalayas, fortalezas y ciudades como esta. Cuatro semanas se cumplen desde nuestra partida, y aún debemos salvar un tercio de la distancia que nos separaba de la frontera. Cierto es que los asuntos de gobierno nos han retenido, tanto en la capital de la Marca Media como en Madinat al Faray, pero empiezo a tomar la medida de la obra que aún me resta por hacer.

Al acampar junto al Ūadi Tadjo frente a Tulaytula, la ciudad siempre al borde de la rebeldía, se unió a nosotros su señor, Lubb ibn Tarbīsa, manifestando un acatamiento que mis informes desmentían, pues el deseo de desobediencia anida en su alma. Pero las hordas sin número que allí se sumaron al ejército nos hicieron olvidar afrentas aún por venir y seguimos realizando etapas hasta acampar en Madinat al Faray, cuya población es leal, y de buena fe llegó a mí con quejas acerca de los Banū Selim, la familia sobre la que hasta ahora recaía el mando de la plaza. Acabar con situaciones de mal gobierno es misión de esta aceifa y, después de escuchar a unos y a otros, he optado por nombrar como nuevo gobernador a uno de mis caídes de mayor confianza, Sa'id ibn al Mundhir al Quraysí, a quien en el mismo acto promoví al rango de *wazīr*. Mas sus cualidades militares lo hacen necesario en la campaña, por lo que Sa'id dejó como suplente a su propio yerno para seguir comandando las tropas que tiene asignadas, hasta el regreso. Los Banū Selim, con el grueso de los hombres de la ciudad, partieron con nosotros a la guerra santa, de forma que el ejército que hace cuatro días dejaba Madinat al Faray rebosaba los caminos, por anchos que fueran.

Nos disponemos a salir, y he hecho circular el rumor de que lo haremos en dirección a Saraqusta, siguiendo el Ūadi Salūn. Y hacia allí se encaminará la vanguardia, pero no el grueso de las tropas, que lo harán a marchas forzadas en dirección al Ūadi Duwiro. Los que tres años atrás acabaron en Castro Muros con la vida del mejor general cordobés, Abí Abda, tendrán ocasión de ver ahora el rostro de su soberano.

Sábado, a cinco noches del fin de Safar
(15 de julio de 929)

Tranquilos y confiados se hallaban los cristianos de Osma, a pesar de la repentina aparición en sus confines del mayor ejército jamás visto. Y es que el bárbaro que los sojuzgaba se había adelantado a nuestra llegada para tratar de esquivar el peligro a cambio de ciertas promesas, que fingí atender. Bien sabía que era uno de los que participaron en la matanza de Castro Muros, y apenas había abandonado el campamento cuando envié en pos de sus tierras al recién nombrado *wazīr*, Sa'id ibn al Mundhir al Quraysí. El ataque cogió a los suyos desprevenidos, y Allah quiso hacerles grave daño, pues sus ganados y acémilas estaban sueltos y desatendidos, y a la vista, las cosechas recién segadas. Sa'id regresó al caer la tarde, a salvo, victorioso y arrastrando consigo un cuantioso botín. Fue al día siguiente, viernes, cuando la caballería, en perfecta disposición, cayó sobre su fortaleza, que llaman Uakhshama. La hallaron desierta, y el fuego acabó con sus muros después de que pasaran a su abrigo la noche del sábado.

De allí se dio la orden de partir hacia nuestro verdadero objetivo, la fortaleza de Castro Muros, nido de infieles y capital de su marca. Estos, al ver la resolución de los fieles de Allah, se descorazonaron y abandonaron la protección de sus murallas, fugitivos y despavoridos. Aún colgaba, clavada en una pica y a la vista de la canalla, la cabeza de mi buen general, al lado de un inmundo jabalí. Los dientes apretados en su boca descarnada reflejaban una expresión risueña, y con sus cuencas vacías parecía mirar con asombro a quien de forma harto tardía acudía en su rescate. En medio del respeto de quienes le conocieron en vida, se le dio sepultura, y allí mismo, sobre el túmulo, se encendieron las teas que prendieron fuego a la fortaleza.

Desde allí nos trasladamos a una de las ciudades de cristianos más antiguas e importantes, de nombre Quluniya, sin hallar ejército a nuestro paso, sino cuidadas alquerías y dilatados cultivos, que nuestras tropas saquearon y arrasaron, al tiempo que mataban a los pobladores a los que atrapaban en sus algaras, hasta llegar a la ciudad, que hallaron vacía, pues sus habitantes se habían dispersado para huir a las altas montañas vecinas.

Varios días nos hemos demorado con la destrucción a las fortalezas, las moradas y las iglesias de la zona, capturando un sustancioso botín y dando a las tropas el descanso y la satisfacción que merecen. Pero Allah nos señala el camino, pues hoy nos llega nueva de la frontera de Tutila donde nuestro cliente, el esforzado Muhammad ibn Abd Allah, de los Banū Qasī, resiste con denuedo el asedio con el que el maldito Sancho, señor de Banbaluna, aprieta la *madina*.

Era mi intención cruzar las abruptas montañas y los desfiladeros escarpados que conducen a Baqira, sometida también al cerco de Sancho desde la inmediata fortaleza de Cantabria. Liberado el bastión, nuestro destino final era la montaña de Deio, la primera y más significada conquista del rey de Banbaluna, por cuanto es la cuña que aprieta la entrada de su reino. Pretendo arrebatarla de sus manos para devolverla a los

musulmanes que la alzaron frente a sus enemigos, en tiempos de Mūsa ibn Mūsa. Sin embargo, la visión de las tierras de la Marca desde sus alturas habrá de esperar, pues se impone acudir en ayuda de los descendientes del gran Mūsa, que durante demasiado tiempo han defendido en solitario la frontera ante el empuje de los infieles.

Año 920, 308 de la Hégira

35

Marca Superior

—¡Muhammad, te estaba buscando! —gritó Mūsa desde el zaguán de la *alqasába* al ver a su hermano en lo alto de la escalinata—. ¡Baja, ven conmigo, tienes que ver esto!

Apenas podía contener su impaciencia, y entraba y salía ante los dos guardias armados que custodiaban el acceso al edificio principal de la fortaleza.

—¿De qué se trata? —intentó averiguar Muhammad—. ¡Apenas ha amanecido!

—¡Ven y lo verás!

El joven atravesó el patio de armas mirando hacia atrás para comprobar que su hermano lo seguía, ascendió los escalones que llevaban a lo alto de la muralla y se apoyó sobre el muro almenado. Solo el ligero resplandor del alba ascendía tras los montes situados hacia el oriente, pero bastaba para adivinar los perfiles del paisaje que rodeaba la *madinat* Tutila. Muhammad alcanzó el adarve y observó a derecha e izquierda, con gesto de incredulidad.

—¡No están! ¡Nadie, ni una sola de sus tiendas! ¡Han debido de aprovechar la noche para levantar el campamento!

Por un momento Muhammad siguió oteando el horizonte, en busca de alguna señal del ejército de Sancho, pero ni siquiera en los caminos más alejados se divisaba el menor rastro del polvo de las caballerías. Al final, de su boca surgió un profundo suspiro de alivio, y se volvió hacia su hermano menor con el esbozo de una sonrisa.

—Allah es misericordioso con quienes le son fieles y mantienen la confianza en Él, Mūsa —aseguró satisfecho, pasándole el brazo por los hombros.

—Lo que no comprendo es cómo los centinelas no han dado aviso hasta el amanecer —se extrañó Mūsa.

—Ha sido una noche oscura, sin luna. Pero lo que importa es que el asedio ha terminado. La llegada del ejército del emir cuando más desesperada era nuestra situación ha resultado… providencial.

Mūsa sabía que las palabras de su hermano estaban cargadas de sinceridad. El ataque de Sancho se había producido por sorpresa, y los Banū Qasī no habían tenido tiempo de reaccionar. Unos días más tarde, los cristianos se habrían encontrado con las tropas ya movilizadas, a la espera de la anunciada llegada del ejército de Abd al Rahman, al que habrían de unirse, pero no había sido así, y sus huestes se hallaba aún

diseminadas a lo largo y ancho del territorio. Con Qalahurra y Arnit en manos cristianas, las vías de comunicación desde las fortalezas occidentales estaban cortadas y, aunque Muhammad había enviado emisarios en busca de refuerzos procedentes de Al Burj, Siya y Tarasuna, estos habían acudido por separado. El escaso número de tropas y la falta de un único caudillo que pusiera orden en el ataque les habían impedido hasta el momento romper el cerco establecido sobre la *madinat* Tutila, y solo la presencia de los cordobeses en las tierras altas de la meseta, a ese lado del Ūadi Duwiro, les había permitido solicitar el auxilio que ahora se aproximaba.

La llamada del muecín se extendió sobre la ciudad y sorprendió a centenares de sus habitantes en las murallas, atraídos por la noticia que corría ya de boca en boca. También gran parte de la guarnición de la *alqasába* se había encaramado al adarve y contemplaba la vasta llanura que se extendía más allá del río, en la que únicamente la vegetación aplastada por las caballerías y las botas de los soldados y los cercos ennegrecidos de las hogueras daban fe de la reciente presencia de un ejército poderoso.

Los dos hermanos se abrieron paso entre decenas de rostros alborozados en los que aún se advertían las señales del sueño e iniciaron el descenso hasta el patio de armas.

—Convoca a los caídes y a todos los oficiales. Deben acudir de inmediato a la sala del Consejo —ordenó Muhammad mientras cruzaban la explanada—. Y dispón emisarios para los *'ummāl* del resto de las ciudades. Quiero que las huestes de los Banū Qasī estén reunidas en la *musara* antes de la llegada del emir.

Aunque tratara de ocultarlo, Mūsa adivinaba en los gestos de su hermano la inquietud que le producía el encuentro que estaba a punto de producirse. Acababan de atravesar la Bab al Tarasuna y enfilaban la calzada que remontaba el cauce del Ūadi Qalash, en dirección al inmenso campamento que las tropas de Qurtuba habían emplazado junto al río, al sur de la ciudad. Eran escasas las ocasiones en que Mūsa utilizaba aquella salida de la ciudad, precisamente para evitar pasar por el cementerio que ahora se extendía a ambos lados del camino.

En sus veintidós años de vida había visto triplicar su superficie, ante la necesidad de acoger los cuerpos de centenares de hombres, jóvenes en su mayor parte, que habían dado su vida en los cada vez más frecuentes enfrentamientos con los cristianos. Uno de ellos era su propio padre, Abd Allah, muerto cinco años atrás por el veneno de aquel maldito rey de Banbaluna y, al pasar ante la estela que señalaba su sepultura, tuvo un recuerdo para él. Cada uno de aquellos túmulos, que ahora se extendían a lo largo de cientos de codos, representaba el drama de una familia, y aquellos no eran más que los afortunados que, heridos, habían podido regresar a Tutila para morir en brazos de los suyos. El resto, los muertos en el campo de batalla, habrían sido pasto de las alimañas, si es que sus esforzados parientes no habían tenido

la oportunidad o los arrestos de acudir al lugar del combate para buscar entre los despojos malolientes y cubiertos de moscas, y eso cuando los cuerpos conservaban la cabeza y permitían identificar al padre, al hijo o al hermano.

Consciente de que, como temía, se había dejado llevar por aquellos negros pensamientos al atravesar el lugar, Mūsa decidió desterrarlos de su mente. Al menos en aquella ocasión, la llegada de Abd al Rahman había evitado que el cementerio siguiera creciendo, y la entrevista con el soberano más poderoso de la Península debía acaparar todos sus pensamientos, pues Muhammad le había rogado que lo acompañara como miembro de la comitiva. Junto a ambos cabalgaban el *qādī* de la ciudad, tres representantes de las familias más notables de la *madina*, el *imām* de la mezquita aljama y los recién llegados gobernadores de Al Burj, Siya, Tahust, Tarasuna y Balterra, hasta sumar los doce componentes de la delegación que el enviado del emir había considerado como el número más adecuado al concertar el encuentro.

La vanguardia del ejército había alcanzado el lugar en la tarde del día anterior[22] y ahora, poco después del amanecer, centenares de columnas de humo se alzaban ante ellos en el aire límpido de la mañana. Mūsa se separó del grupo para escalar el pequeño promontorio que se alzaba al borde del camino y, al llegar a lo alto, tiró de las riendas para detener su montura, atónito y sobrecogido.

—¡Subid a ver esto! —gritó.

Ante él, a ambos lados de la ribera del río, se extendía hasta donde la vista alcanzaba un mar pardo de tiendas que multiplicaba por diez, por veinte quizás, el tamaño de la propia *madinat* Tutila y, entre los espacios que estas dejaban, pululaba una multitud cuyo número no hubiera sido capaz de calcular. Aguas abajo del campamento, para evitar que el río quedara emponzoñado, se habían levantado improvisados cercados que albergaban miles de caballerías. A lo lejos, tres mulos giraban en círculo, accionando lo que parecían otros tantos molinos de trigo y, junto a ellos, Mūsa divisó varias estructuras de las que se elevaba un abundante humo grisáceo y que identificó como hornos de pan. Pero lo que más llamaba la atención en la distancia era un círculo de tiendas sostenidas con enormes postes, en medio del cual se alzaba majestuosa la *haymah* más imponente que jamás había contemplado. Se hallaba coronada por un *yamur*, cuyas esferas doradas en tamaño decreciente reflejaban los rayos del sol de la mañana en todas las direcciones, una enorme media luna también bañada en oro y el inconfundible estandarte blanco que identificaba a la dinastía de los omeyas.

Mūsa volvió la vista hacia el resto del grupo, que ya había alcanzado el promontorio, y contempló a once hombres incapaces de apartar la mirada del valle a sus pies.

—¿Acaso me engañan mis ojos o la retaguardia parece extenderse hasta las

proximidades de Askaniya? —balbuceó el joven *‘amil* de Siya.

—¡Eso no son menos de cinco millas! —remarcó el *qādī*—. Quizá sea una ilusión.

Muhammad alzó la vista hacia el disco del sol, que se elevaba ya sobre el horizonte, y apremió al grupo.

—Sigamos, no podemos hacer esperar al emir.

Descendieron con el ánimo conmovido y regresaron a la calzada, que los conduciría al primer puesto de guardia que habrían de atravesar aquella mañana, antes de aproximarse a la *qubba* real. Mūsa era consciente de su insignificancia mientras el grupo avanzaba hacia el centro del campamento. Había escuchado historias acerca del poderoso ejército cordobés en boca de comerciantes y mercenarios, pero lo que veían sus ojos sobrepasaba cualquier expectativa. Fue entonces cuando asimiló que aquellas decenas de miles de hombres habían atravesado la Península solo para prestarles su apoyo frente a un enemigo crecido y perseverante que unos días antes se le antojaba imparable. Ahora entendía de forma cabal los motivos que habían llevado a Sancho Garcés a levantar el campamento en medio de la oscuridad de la noche y abandonar el cerco de Tutila sin dejar rastro de su presencia.

Fueron recibidos de manera cordial por el hombre que la tarde anterior había actuado como enviado, que ahora parecía hacer las veces de chambelán. Después de entregar los presentes que portaban, cedieron las riendas de sus caballos a los pajes, que, con la cabeza gacha y sin pronunciar palabra, pero ataviados como príncipes, acudieron en gran número. Sorprendidos, comprobaron cómo un escribano tomaba nota de sus nombres y títulos antes de disponerse ante la puerta de la *qubba*. Los dos hombres más altos que Mūsa jamás hubiera visto, de piel tan negra como la brea y ataviados con los más espléndidos ornamentos, hacían guardia ante la entrada, con el extremo de dos lanzas, que sin duda eran de oro, cruzado por encima de sus turbantes.

El interior de la *haymah* era, sin embargo, austero. Las alfombras cubrían la totalidad del suelo, y los tapices colgaban de las traviesas que unían los soportes. Persistía el olor de las lámparas, apagadas recientemente, aunque varios pebeteros desprendían aroma en aquel recinto acogedor, cuya luz, procedente ahora del exterior, tamizaban las lonas del techo. En el centro, en torno a mesas bajas repletas de bandejas con dátiles, pasas, frutos secos, dulces, pastelillos y las más variadas y apetitosas viandas, varios divanes formaban un rectángulo, abierto únicamente por el lado en el que se hallaba dispuesto el sitial destinado al emir.

Aguardaron en pie, sin moverse, hasta que el chambelán anunció la presencia del emir. Mūsa sintió un estremecimiento de expectación: a apenas unos pasos, tras los cortinajes que los separaban de sus aposentos privados, estaba a punto de aparecer el

hombre más poderoso de Al Ándalus. Ni su hermano ni él estaban seguros del recibimiento que se les dispensaría, después de los acontecimientos de los últimos años y en especial las semanas anteriores, que habían hecho alterar los planes del soberano en aquella aceifa. Hasta Tutila habían llegado los ecos de escabrosos relatos en los que se detallaba la crueldad que Abd al Rahman podía exhibir cuando se sentía importunado, en especial si los vapores del *alkúhl* le nublaban los sentidos. Lo primero que llamó la atención de Mūsa fue la escasa talla del hombre que, con prisa, se dirigió el sitial para tomar asiento. En el momento en que lo hizo, Mūsa comprendió que eran sus piernas, demasiado cortas para un tronco fuerte y bien formado, lo que marcaba la discordancia en su figura. Pero fue el contraste entre su cabello, demasiado negro para no advertir que estaba teñido con *alhínna*, y sus ojos, de un intenso azul, lo que atrajo su mirada cuando alzó el rostro hacia los recién llegados.

Otro hombre, tan suntuosamente vestido como el propio emir, avanzó tras él y se situó en un lateral del estrado, junto a una hilera de sillas de respaldo alto. Entonces el chambelán pronunció en voz alta el nombre de Muhammad, y este se adelantó unos pasos. Delante de la tarima cubierta por la misma alfombra roja sobre la que se encontraba el trono, se inclinó en una profunda reverencia y, solo cuando se incorporó, se dirigió al emir, con la vista fija aún en sus pies.

—En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso, por quien te has convertido en emir de los creyentes, yo te saludo, Abd al Rahman.

—También yo te saludo, Muhammad, hijo de Abd Allah, nieto de Muhammad, buenos servidores de nuestra dinastía desde hace generaciones.

Su hermano parecía a punto de responder cuando su propio nombre resonó en la voz del chambelán. Mūsa no esperaba en absoluto figurar en segundo lugar en aquel estricto protocolo, de modo que no avanzó hasta que recibió un discreto empujón en la espalda. Su hermano se retiraba ya, para situarse delante de los divanes, cuando él ocupó su lugar.

—*Sahib* —improvisó—, acepta este saludo como muestra de respeto del más humilde de tus *mawali*.

—Lo acepto, y me congratulo al comprobar que la juventud no es obstáculo para que mis aliados sigan respetando los pactos sellados por sus mayores.

Mūsa se alzó después de la inclinación y siguió los pasos de su hermano, mientras continuaban las presentaciones. Cuando el último *‘amil* se reunió con ellos, el emir señaló al personaje que había entrado con él.

—Os presento al *hāchib* y también *qa’id* de mi ejército, Badr ibn Ahmad, el más fiel y apreciado entre mis ministros y generales.

El aludido esbozó un gesto de asentimiento e inclinó la cabeza con la naturalidad de la costumbre. Tomó asiento y, con un ademán, les indicó que hicieran lo mismo.

—Agradezco vuestros presentes, son pieles de excelente factura. Esas bestias debieron de ser magníficas. Me alegra comprobar que somos bien recibidos y que nuestra presencia aquí os ha resultado útil para deshaceros de una situación que, al parecer, comenzaba a resultar embarazosa…

—Créenos, *sahib*, si te decimos que en los últimos tiempos nuestra posición se había hecho insostenible —respondió Muhammad—. El esfuerzo que se le ha pedido a nuestro pueblo lo ha privado de sus mejores hombres, que llenan ahora cementerios como el que hemos atravesado para llegar ante ti. No hay renuevo para nuestras guarniciones, y hasta los lisiados y los ancianos han tenido que empuñar las armas.

—¿Qué hay de la colaboración con los tuchibíes? Se encuentran en Saraqusta, a dos jornadas, y sus fuerzas son numerosas —recordó Abd al Rahman.

—Señor, sabes bien de la rivalidad entre nuestras familias, que viene de antiguo, y…

—¡Y eso es algo que tiene que acabar! —terminó el *hāchib* desde su posición, sorprendiendo al propio emir, que volvió la cabeza molesto.

—Con el debido respeto, excelencia… Al Anqar mató a mi abuelo Muhammad.

—Es cierto… —pareció conceder—, pero eso sucedió después de siete años de un brutal cerco a Saraqusta en el que perecieron no pocos de sus habitantes, tuchibíes en gran parte.

—En cualquier caso, no son tiempos de rivalidad entre creyentes —terció el emir —. Has de saber que Al Anqar ha sido convocado junto a sus tropas, y compartirá con nosotros lo que resta de esta *‘saifa*. Ambos fuisteis confirmados en el puesto por Qurtuba, y de ambos espero que dejéis a un lado viejas disputas, pues de lo contrario me vería obligado a tomar partido por uno u otro.

Muhammad, serio, tragó saliva antes de esbozar un gesto de acatamiento, consciente de la amenaza velada que latía bajo aquellas palabras.

—Tenemos poco tiempo que perder —cortó de nuevo Badr—. Nuestros agentes nos informan de que las tropas de Sancho se encuentran encastilladas en Qarqar. Hacia allí se dirigirá la vanguardia del ejército, y hemos decidido que tú, Muhammad, seas su comandante.

Mūsa giró la cabeza para observar el rostro de su hermano al mismo tiempo que el emir, y se encontró con una expresión de aturdimiento.

—¿Cuál es tu edad, Muhammad? —preguntó.

—Veintiséis años, mi señor.

—Yo dirigí mi primera *‘saifa* contra Ibn Hafsún a los veintidós, y ahora está muerto, Burbaster paga tributos a Qurtuba, Ya’far ha entregado rehenes, Abd al Rahman trabaja como copista en el alcázar y Sulaymán me acompaña en esta expedición en calidad de capitán. Nadie podrá decir que nuestro principal empeño no ha sido coronado por el éxito. Ahora serás tú quien tenga ocasión de mostrar su valor

y destreza en el campo de batalla, aunque, si te confío el mando de mis tropas de vanguardia por encima de mis generales, es porque ya he tenido noticias de tus méritos. Y no pesa menos en nuestra decisión el perfecto conocimiento del terreno que posees.

—Partirás al amanecer con aquellos de tus hombres que elijas para acompañarte, todos a caballo —intervino Badr, detallando una misión que a todas luces habían convenido con anterioridad—, y nuestras tropas servirán para completar un total de cinco batallones, de mil hombres cada uno. El resto del ejército avanzará tras vuestros pasos en dirección a Deio, nuestro objetivo inicial.

Una vez desaparecido el temor a quedar relegado en los planes del emir, Mūsa observó un brillo conocido en los ojos de su hermano. Pero ahora era él mismo quien se preguntaba por su papel, y sintió un escalofrío que le hizo ponerse alerta cuando de nuevo escuchó hablar a Muhammad.

—¿Seré yo quien nombre a mis caídes? —preguntó con un tono que más parecía de afirmación.

—Solo te impondré a uno de ellos… un hombre valeroso, ávido por mostrar sus cualidades a las órdenes de su emir —repuso Abd al Rahman con un atisbo de ironía —. Te acompañará en la vanguardia Sulaymán ibn Umar, el más bravo de los hijos de Ibn Hafsún.

Mūsa apenas era consciente de lo que oía, porque su mente se afanaba en encontrar la manera de intervenir para conseguir el que ahora era su único objetivo, y en el momento de silencio que siguió a las palabras del emir vio su ocasión.

—También yo me propongo para encabezar uno de los batallones —dijo con voz decidida, dando un paso al frente.

Todas las miradas se dirigieron hacia él, pero fue el *hāchib* quien respondió tajante:

—Demasiado joven.

—Con todos mis respetos, *hāchib*… tengo veintidós años, los mismos que nuestro emir cuando emprendió su primera *‘saifa* —declaró.

Había dirigido su respuesta a Badr, pero su mirada se había clavado en los ojos azules de Abd al Rahman.

—No imagino mejor ocasión para dejar que nuestros cachorros se fogueen frente al enemigo. Sea como pides… si tu comandante no tiene inconveniente —añadió, mirando a Muhammad con una leve sonrisa.

Mūsa vio desconcierto y contrariedad en el semblante de su hermano. Ante la misma petición, en privado habría reaccionado con una contundente negativa, pero oponerse ahora era mostrarse en contra del criterio expresado por el propio emir.

—Mucho han cambiado las cosas para nosotros en los últimos tiempos —dijo al fin—. Supongo que es de necios oponerse a los designios del Todopoderoso. Solo Él

dirá si estoy equivocado al aceptar.

Mūsa apretó los puños con los brazos extendidos en los costados.

—Solo te queda designar a tres hombres más entre tus oficiales —concluyó el emir.

—Todos se encuentran presentes, *sahib* —declaró Muhammad—. Son los *‘ummāl* de Al Burj, de Tahust y de Tarasuna quienes me acompañarán.

—En ese caso, ultimad los detalles con mi *hāchib*. Tratad de concretar las rutas con los topógrafos y los estrategas, y el abastecimiento con los intendentes. Esta tarde las tropas seleccionadas deben estar acampadas en la *musara* de Tutila, listas para partir al amanecer —indicó mientras se alzaba del sitial—. Lamento exhibir esta falta de cortesía, pero la campaña debe seguir adelante, y son demasiados los asuntos pendientes.

—Se hará como deseas, *sahib*. Y respecto a la hospitalidad, soy yo quien lamenta no disponer de más tiempo para acogerte en mi casa y dispensarte así el trato que tu rango y tu persona merecen.

El emir respondió con un asentimiento apenas perceptible a las inclinaciones de cabeza de todos los presentes, de nuevo en pie, dio la espalda al grupo y atravesó los cortinajes de vuelta a sus dependencias privadas.

3

Diario de la campaña contra los infieles emprendida por el emir Abd al Rahman III en el mes de Muharram del año 308 de la Hégira

Martes, 6 de Rabí del año 308
(25 de julio de 920)

No nos equivocamos al designar a nuestros clientes muladíes para dirigir la vanguardia del ejército, pues el arrojo de sus hombres, deseosos sin duda de obtener nuestro favor, ha arrastrado en las últimas jornadas a los cordobeses. El mismo día de su partida desde Tutila alcanzaron la fortaleza de Qarqar, que el maldito había convertido en ariete contra nuestra gente, pero poco tuvieron que esforzarse, pues los infieles habían huido y solo hubo lugar para el saqueo. Los siguió Muhammad hasta Qalahurra, la *madina* despojada por Sancho, en la que gustaba de residir. Pero apenas atravesado el vado de Balma, cuando los primeros jinetes habían salvado ya las dos millas escasas que separan el río de la *alqasába*, llegó la noticia de una nueva desbandada. El bárbaro corrió a encastillarse a la *madinat* Arnit. Prudente, Muhammad envió recado solicitando órdenes, pero no permaneció ocioso mientras aguardaba respuesta, pues en dos días destruyó el solar, haciendo desaparecer del horizonte aquella ciudad perversa, antes foco de atracción para los creyentes y ahora entregada a los infieles, como si no hubiera sido próspera el día anterior.

De nuevo el genio de Badr alteró el devenir de la *'saifa*, pues nos señaló la conveniencia de ignorar la presencia de Sancho en Arnit, dejarlo allí encastillado, con todas sus fuerzas preparando el que creería inminente ataque, para volver a cruzar el Ūadi Ibrū con nuestras huestes e internar a la vanguardia en el corazón de su reino. Así lo hizo Muhammad hace tan solo dos días, al frente de sus cinco batallones, adelantándose de nuevo al grueso del ejército. Sin duda, Sancho salió de Arnit a marchas forzadas, consciente del engaño, y se dirigió al encuentro de nuestra avanzada, a la que dio alcance ayer en el paraje de Dixarra[23], próximo a Deio, nuestro destino. Hasta el día de hoy no hemos comprendido de forma cabal la razón por la que se arremetió contra nuestra vanguardia, sin dar descanso a sus tropas siquiera. Pero lo cierto es que, ante un ataque tan inesperado, lejos de desmayar y sucumbir, los nuestros se lanzaron contra ellos con la rapidez de la flecha, y los infieles volvieron las espaldas derrotados y se vieron perseguidos por nuestra caballería, que mataba y hería, hasta que se ocultaron en los montes y se refugiaron

en las quebradas. Muhammad les cortó las cabezas y, con ellas clavadas en picas, salió al encuentro de su emir cuando alcanzamos el lugar, cosa que sucedió en la tarde de ayer.

La euforia de la victoria es propicia para celebraciones, pero fue necesario poner coto a cualquier exceso, porque nada está aún decidido. Quizá fue el Todopoderoso quien nos inspiró prudencia, pues las noticias que hoy nos han llegado han hecho mudar los semblantes. Todos mis generales, también Muhammad, se han mostrado de acuerdo en que el ataque de Sancho de la víspera, precipitado sin duda, obedecía al deseo de parar nuestro avance hacia Deio cuando el grueso del ejército no había alcanzado aún la zona, pues contaba con un número de hombres cercano al de nuestra vanguardia. Por eso, cuando hoy al amanecer los informadores han comunicado que esta noche los pamploneses han enfilado el camino del norte, en dirección a la cadena de montañas que corta su paso hacia la capital vascona, nadie ha dudado de la conveniencia de seguir sus pasos hasta alcanzarlos en ese valle cerrado y entablar allí la batalla definitiva.

A mediodía, tras nueve millas de marcha, nos encontrábamos rodeados de montes altos e inaccesibles, y desde sus cimas los vascones ululaban y emitían extraños sonidos con la intención de acobardar a los nuestros. Pronto, al llegar a Muish, ha resultado evidente que las huestes que asomaban en las crestas de las montañas no podían ser solo las de Sancho, y las tropas de reconocimiento no han tardado en confirmar nuestra sospecha. El rey de Liyūn ha alcanzado el lugar por alguna ruta procedente del norte, y ahora son dos los reyes cristianos que se disponen a tomar parte en la lucha que se aproxima.

Si Allah lo quiere así, no seré yo quien rehúya el enfrentamiento, y por ello he dado orden de asentar el campamento en este mismo lugar y disponer las tropas en línea de combate prestando especial atención a los flancos, pues nos encontramos rodeados de colinas desde las que, en cualquier momento, se puede descolgar el enemigo. Mañana, séptimo día de Rabī, ha de ser la jornada que las crónicas reflejen como la de la batalla definitiva, y dicto estas líneas elevando mis ruegos al Todopoderoso, convencido sin embargo de que hará caer la victoria del lado de sus fieles.

Sábado, 10 de Rabí del año 308
(29 de julio de 920)

Es mi escribano quien me empuja a dictar los hechos acaecidos en los últimos cuatro días, en los que se ha consumado el castigo de los infieles, y lo hago aunque mi espíritu solo busque la soledad y el duelo. Yo mismo tomo hoy el cálamo para tratar de expresar los sentimientos contradictorios que embargan mi corazón. Desde mis años de infancia el Todopoderoso me ha enfrentado a la muerte, a la que he

aprendido a mirar a los ojos. La fuerza del poder me ha permitido domesticarla, utilizarla en beneficio del emirato, hasta hacer de ella instrumento de dominación. Aún percibo en este instante los vapores de la sangre, pues no han pasado sino horas desde que presté para sus fines mi brazo ejecutor, enviándola hasta nuestros enemigos en el filo de los alfanjes que hoy, aquí, en el castillo de Muish, han segado sus cabezas atendiendo a mis órdenes.

Sin embargo, la muerte no conoce dueño, gusta de servir a distintos señores y se revuelve incluso contra la mano que más satisface sus instintos. Aquí, junto a mí, rodeado de los mejores médicos de mi ejército, yace el cuerpo inerte de Badr ibn Ahmad, a quien he amado más que al padre que nunca conocí. En mi mano sostengo la saeta que lo ha dejado mudo, sordo, inconsciente, incapaz de celebrar, ni siquiera de comprender, la magnitud de la victoria de la que en gran parte es artífice. Resulta extraño pensar que este pequeño pedazo de metal y madera pueda acabar con un hombre como él, que ha tenido en sus manos el destino de pueblos enteros y que ha determinado el devenir de Al Ándalus. ¿Ha sido la voluntad de Allah la que ha conducido la punta de esta flecha hasta el pecho de mi *hāchib*? ¿Acaso ha sido el destino el que ha unido a ambos en un instante y un lugar para cambiar el discurrir de la historia? ¿O tan solo la fatalidad?

Pero nada gano registrando hueros pensamientos, si ello aparta mi atención de los hechos que realmente deben figurar aquí, escritos con trazo firme, para que la posteridad conozca y valore el sufrimiento de miles de hombres, fieles y esforzados que han atendido el llamamiento a la *yihād* y han ofrecido sus vidas por Allah.

Al amanecer del séptimo día de Rabí, de nuevo fue nuestro aguerrido cliente, Muhammad ibn Abd Allah, quien, al mando de la caballería, cruzó el menguado arroyo que separaba sus fuerzas de las tropas de los infieles, que descendían ya de las alturas a través de las angosturas del valle que se abría ante ellos. Mientras el caudillo de los Banū Qasī avanzaba al son de adufes y tambores, Badr se mantuvo al frente del grueso de las tropas, a la espera de comprobar la evolución de la lucha[24], y yo, entretanto, recorría en persona los escuadrones recordando a los hombres sus victorias pasadas y avivando el fervor en sus corazones.

Los primeros en trabar batalla fueron los hombres del rey de Liyūn, más numerosos, pero no asomaba aún el sol sobre las cumbres cuando se hizo evidente el error de sus estrategas al aceptar la refriega en campo abierto. Fueron los primeros esfuerzos de una batalla sin reglas, en las que la retirada no tenía cabida en el ánimo de ninguno de los bandos. Pronto los cristianos fueron conscientes del descalabro al que estaban abocados y concibieron la prematura entrada en el combate del rey de Banbaluna, acompañado, a juzgar por las enseñas, de las gentes de Pallars, que al parecer se les habían unido durante la noche.

Desde mi atalaya asistí a una lucha que se llevó a cabo con denuedo, en la que

también centenares de los nuestros tiñeron la tierra con su sangre, en medio de una lluvia de saetas, del chasquido de las hondas, de los alaridos de los que caían, de las órdenes de los caídes y el entrechocar de las espadas, los sables y los alfanjes contra las adargas y los escudos. Pero rápido supimos que el ejército cristiano sucumbía. Aquellos que caían ante el empuje de nuestros lanceros eran degollados al instante, hasta que ya no se pisaba sino en tierra encharcada de sangre de infieles.

También los reyes cristianos, viendo cómo morían sus hombres, debieron de comprender que la victoria era una meta inalcanzable y tomaron la decisión de abandonar el campo de batalla. Al poco, los cristianos vencidos huían por las laderas, tan atropelladamente que no acertaban a volver a su campamento y se desperdigaban indefensos ante las espadas de los jinetes, que los acosaban hasta darles caza. Hasta bien entrada la tarde duró la persecución, millares de cabezas se amontonaron en el centro del valle, y escasos fueron los prisioneros.

De nada de ello pude disfrutar después de conocer la desgracia de mi *hāchib*. Trajeron a Badr, aún consciente, a mi *qubba* al filo del mediodía, sobre unas angarillas manchadas con la abundante sangre que perdía. A partir de aquel instante, decidido el curso de la batalla, únicamente tuve oídos para las noticias que los médicos me daban a medida que progresaban en sus manejos, extraían la saeta, detenían la hemorragia, calmaban su dolor y aplicaban remedios, emplastos y bebedizos.

Antes de terminar la jornada, según se me informó, quinientos fugitivos se habían acogido a la seguridad aparente del castillo de Muish, donde esperaban poder resistir a pesar de que la exigua fortaleza se hallaba desabastecida. Solo ha sido preciso esperar estos tres días, mientras nuestro ejército se recomponía, se saqueaban los alrededores y se recogían los bagajes de los vencidos, para que los sitiados, hostigados por los cuatro costados durante todas las horas del día para hacerles perder cualquier esperanza, se rindieran por la sed y por la desesperación.

Había muchos principales entre ellos, caballeros y nobles de Liyūn, de Al Qastil, de Banbaluna, dos obispos incluso. Todos han sido traídos a mi presencia en la mañana de hoy, con el temor en el semblante, pero también con el alivio de seguir con vida reflejado en sus miradas cansadas. He dado la orden de que, cargados de cadenas, fueran dispuestos en filas, y entre ellas he paseado, mirando a los ojos a esos hombres que hubieran vendido su alma por portar mi cabeza atravesada en su pica. He visto odio, temor sordo, miedo franco, curiosidad y esperanza en sus miradas, sentimientos humanos todos, comunes a creyentes e infieles, a árabes, hispanos y vascones, a humildes y a poderosos. Solo el primero compartía con ellos; quizá también, por qué negarlo, una pizca de curiosidad, que me ha llevado a entablar breves conversaciones con algunos. Dulcidio y Hermogio, esos son los nombres de los dos obispos capturados. El primero se ha apresurado a recordar su prolongada

estancia en Qurtuba como enviado por el rey Alfuns en busca de las reliquias del también obispo Eulogio. Se ha deshecho en alabanzas hacia nuestra civilización, hacia el esplendor de nuestra capital, pero no ha sabido responder por qué apoya la lucha contra algo que tanto admira.

No ha habido piedad entre los sentimientos que afloraban en mí tras la batalla. La imagen de mi fiel Badr postrado y agonizante lo impedía. Tampoco he venido a tierras cristianas a hacer prisioneros, y no me ha temblado la voz al ordenar que todos fueran ejecutados de manera inmediata en mi presencia. De sus cuerpos atravesados por la espada procede el olor a sangre que aún empapa mis vestiduras, y a los esfínteres relajados por el terror y la cercanía de la muerte se debe el hedor que desde el mediodía corrompe el aire del campamento.

Solo los dos obispos y cuatro condes de Liyūn nos acompañarán a Qurtuba, a la espera de un sustancioso rescate. Mil trescientos caballos, cuatrocientos mulos y decenas de carretas se han sumado a nuestra expedición. El hallazgo de un excepcional yacimiento de sal en las proximidades[25], a solo tres millas, nos ha permitido conservar los miles de cabezas que se cortaron el día de la batalla, pues he dado orden de que sean trasladadas a Qurtuba sobre esos mismos carros y mulas aprehendidos. Solo así los cordobeses, al ver las cabezas ensartadas en picas a lo largo del Rasif, comprenderán la magnitud de esta victoria, y sus corazones se inclinarán hacia su soberano.

Nos advierten nuestros informadores de que el rey Urdūn, sano y salvo a pesar de todo, ha partido de regreso a su país, con un ejército demediado y el peso de la derrota a sus espaldas. Sancho sigue vigilando nuestros movimientos, temeroso, pendiente de la dirección que tome nuestra vanguardia, pues Banbaluna se encuentra a una jornada, media a marchas forzadas. Mas me doy por satisfecho con la destrucción que he sembrado en el país de los vascones con la ayuda de Allah y me dispongo a volver grupas en dirección a Baqira, fortaleza estratégica en manos de nuestros aliados, pero sometida desde hace tiempo al hostigamiento desde la cercana posición de Cantabria, que se alza sobre el gran río que baña estas tierras. Pretendo desbaratar ese nido de infieles y abastecer nuestra *alqasába* antes de seguir camino hacia occidente con el ánimo de arruinar cuantas fortalezas encuentre a mi paso, antes de volver a Qurtuba. Pero será mañana cuando iniciemos los preparativos para la marcha. Dejo ahora el cálamo, tras comprobar que mis esclavos ya han dispuesto lo necesario para el baño. El arroyo que hace tres días se vio teñido de carmesí discurre de nuevo con agua fresca y clara, y será su frescor el que limpie el sudor de mi piel, y este olor nauseabundo de la sangre y de la muerte que ni el guante de crin más áspera parece capaz de arrancar.

37

Qurtuba

A pesar de la intensa cortina de lluvia que se precipitaba sobre la *madina*, el recién llegado desmontó en el centro del puente, asió el ronzal de su inquieta montura y se inclinó por encima del pretil para contemplar la naturaleza desatada. Era como si un mar situado en lo alto hubiera roto sus diques para precipitarse desbocado por el cauce del gran río. El agua embarrada golpeaba los pilares y hacía vibrar los cimientos, de modo que el jinete sentía bajo sus pies la fuerza arrolladora de la descomunal avenida. Llevaba tres días enteros sufriendo las inclemencias de un tiempo infernal, lo cual había hecho del final de su viaje a Qurtuba una odisea difícil de explicar si alguien le reprochaba el retraso. Nada deseaba más que encontrar un buen *hammam* en el que despojarse de las ropas empapadas, tumbarse sobre el alabastro caliente y dejarse vencer por el sueño y el agotamiento. Sin embargo, aún no podía permitírselo, si no quería que esa nueva demora arruinara de forma definitiva la cita que le había conducido hasta la capital.

Tiró del ronzal y se dirigió hacia la Bab as-Sudda. Un penetrante y desagradable olor le inundó la nariz inmediatamente, miró a su izquierda y comprobó que, a la vista de cuantos entraban en la *madina*, un bosque de picas exhibían en alto millares de cabezas, que habían empezado a secarse al sol, pero que la lluvia había empapado de nuevo, haciendo que un caldo pútrido y maloliente se deslizara hasta el suelo. Por la entrada principal a la ciudad se precipitaba un pequeño torrente que, procedente del interior de las murallas, buscaba su salida hacia el río. Quizás en un día soleado la capucha que le cubría la cabeza y gran parte de su rostro habría despertado la desconfianza de los guardias, pero en aquel momento ninguno de ellos se molestó en abandonar la exigua garita que ocupaban para indagar en los negocios que le llevaban a la ciudad. Una vez superado el escollo, continuó caminando bajo el aguacero, chapoteando por las calles semidesiertas en dirección a la parte nororiental de la *madina*, en busca del arrabal de Al Sarqiyya. Siguiendo las precisas indicaciones que había recibido, pronto vislumbró, en medio de la cortina de agua, la torre desmochada de San Zoilo, y hacia ella dirigió sus pasos. Ató la caballería en una de las argollas que sobresalían de la pared y se resguardó en el reducido atrio. No se retiró, sin embargo, el capuz que le cubría, sino que, todavía embozado, golpeó el sólido portón de madera con la palma abierta. Al poco oyó el chirrido de los cerrojos, el giro de la

falleba y, por fin, el golpe seco del pestillo al alzarse, justo antes de que una cabeza tonsurada de rostro regordete se asomara por el hueco.

—¿Quién va? —preguntó.

—Soy Rudmir, hermano. Vengo comisionado por los cristianos de Burbaster, supongo que estás al corriente…

El clérigo sacó la cabeza por completo, miró al recién llegado de arriba abajo, echó un vistazo a los alrededores y asintió antes de abrirle la puerta.

—Haré que un acólito se encargue de tu cabalgadura. Pero el hombre al que buscas no se encuentra aquí —advirtió—. Ha dejado dicho que regresará al atardecer, como ha hecho los dos últimos días.

—Ha sido este tiempo infernal el que me ha impedido llegar en la fecha señalada —trató de explicarse.

—No es conmigo con quien has de justificarte —respondió el presbítero—. Yo no soy más que un intermediario del templo del Señor, cuya custodia se me ha confiado, a disposición de dos buenos creyentes. Pero entra, te conduciré hasta las dependencias de la parroquia; has de despojarte de esas ropas empapadas o una calentura acabará contigo.

Rudmir asintió y traspasó el umbral de la iglesia. Aunque sus ojos aún no se habían acostumbrado a la penumbra, sus facciones reflejaban extrañeza.

—Los templos mozárabes de Qurtuba han de permanecer desnudos de todo ornamento —explicó el clérigo—, y mudas las campanas. Normalmente los enviados de palacio se limitaban a descolgarlas, pero en el caso de San Zoilo se ordenó derruir el campanario completo.

—Ignoraba que vuestra situación en la capital fuese tan precaria —observó, mientras seguía a su anfitrión a través de una puerta lateral.

—Se tolera el culto mozárabe, siempre que se haga sin ninguna ostentación. Es así desde los tiempos del emir Muhammad, aunque en los últimos años Abd al Rahman parece estar dando algunas muestras de tolerancia.

Se encontraban en la galería porticada de lo que parecía un antiguo claustro, a salvo del aguacero que, sin embargo, salpicaba el enlosado.

—¿Es numerosa la comunidad monástica? —preguntó Rudmir mientras era conducido por uno de los laterales.

—¿Numerosa, dices? ¡Apenas queda una decena de ancianos inválidos! Todos tuvieron que huir en busca de pequeños eremitorios perdidos en las montañas, donde nadie los importunara. En los peores momentos, el enfrentamiento llegó a ser muy duro: dos de nuestros monjes encontraron el martirio junto al obispo Eulogio.

—¡Pero desde aquello han pasado… sesenta años!

—El momento del regreso aún no ha llegado. Las comunidades fundadas entonces han prosperado, y el ambiente alejado del bullicio de la *madina* es más

apropiado para la vida monacal. De ello vas a obtener beneficio, pues podrás recobrar fuerzas en una de las muchas celdas vacías, aunque eso será después de quitarte esas ropas y hacer una visita al refectorio.

Por un momento Rudmir tuvo dificultades para recordar dónde se encontraba. Pese a que los repetidos golpes en la puerta de la celda parecían haberse incorporado a sus sueños, al fin se levantó sobresaltado. Los postigos estaban abiertos, pero por la escasa luz que entraba por la reducida ventana enrejada apenas bastaba para distinguir los escasos objetos del aposento. En la penumbra se adecentó el rostro con el agua fría del aguamanil, se puso el viejo y tosco hábito marrón que el presbítero le había facilitado mientras sus propias ropas se secaban, y salió al exiguo pasillo que recorría la planta superior del claustro. Allí le aguardaba su anfitrión.

—Ha llegado —anunció, ya en marcha con un viejo y renegrido candil en la mano—. Sígueme, te espera en el lugar más seguro del recinto.

Tras descender, avanzaron por la galería dejando atrás la sala de capítulos y doblaron una esquina y el sacerdote se detuvo ante una sólida puerta bien remachada.

—Esta es la entrada de la cilla, como puedes comprobar. —Señaló el grano que se acumulaba en las juntas del enlosado—. Y esta, la puerta de la bodega.

Se sacó del hábito una llave de madera que encajó con soltura en el mecanismo, y los goznes giraron a pesar del óxido. Un soplo húmedo con el aroma inconfundible del vino inundó la galería. La luz era apenas suficiente para iluminar unos cuantos codos por delante de ellos, pero el presbítero parecía conocer bien aquellos rincones. Con aplomo, descendió tres tramos consecutivos de escalones que desembocaban en una amplia sala abovedada, donde solo unos pequeños lucernarios en la parte más elevada proporcionaban algo de ventilación. Rudmir siguió la luz del candil a través de la estancia, flanqueados en todo momento por filas de toneles que nadie parecía haber tocado durante años, a juzgar por las telas de araña que los cubrían en su mayor parte. El propio clérigo utilizaba la manga del hábito para separar las que encontraba a su paso, hasta que alcanzaron el fondo de la bodega. Allí no había nadie, y únicamente un pequeño hueco cerrado con una puerta rompía la uniformidad de las paredes de piedra.

—La bodega comunica con la cripta de la iglesia —explicó el presbítero—. En tiempos de persecución esta puerta ha salvado la vida de muchos de nuestros hermanos. Es ahí donde espera el hombre con el que te has citado.

De nuevo la cerradura, esta vez metálica y herrumbrosa, chirrió cuando el clérigo giró la llave con las dos manos. Un haz de luz más intensa se proyectó en la bodega, y ambos tuvieron que agacharse para salvar el dintel, que no sobrepasaba la altura de sus hombros. Se incorporaron en el lado opuesto del hueco. Varios cirios proporcionaban claridad al lugar y, en uno de los extremos, junto a un pequeño altar, se encontraba en pie aquel hombre al que Rudmir tan bien conocía, pero al que hacía

años que no había visto.

—¡La paz del Señor sea contigo, Sulaymán! —saludó con vehemencia.

—Y contigo, Ramiro.

Los dos hombres se abrazaron, y así permanecieron un momento; luego se separaron tomándose aún de los hombros, sin dejar de mirarse cara a cara.

—Aquí podéis hablar con tranquilidad el tiempo que os plazca —aseguró el presbítero—. Para mayor seguridad, os entrego la llave. Cerrad desde el interior durante vuestra entrevista y entregádmela de nuevo cuando hayáis terminado. Que las reliquias de Eulogio y Leocricia alumbren vuestro entendimiento, por el bien de la cristiandad.

Los tres se volvieron hacia dos de los sepulcros que flanqueaban las paredes de la cripta, pero fue Rudmir quien habló.

—¿Acaso sus restos no fueron trasladados a Oviedo a petición del buen rey Alfonso?

—Así fue, cierto es —confirmó con una enigmática sonrisa—, fue el obispo Dulcidio quien encabezó aquella embajada. Pero digamos… digamos que unos huesos se parecen mucho a otros huesos.

—¿Quieres decir que enviasteis al rey Alfonso unas reliquias totalmente falsas?

—No, no es así, al menos no del todo. Con Dulcidio partieron algunos de los huesos de Eulogio, pero la mayoría pertenecían a un hombre de su misma estatura y conformación, fallecido en la misma época. El cráneo, los pies, las manos… la mayor parte de su esqueleto, permanecen aún aquí, bajo esta losa.

—Tendrás suerte si Dulcidio no decide visitar la cripta donde descansó el cuerpo de su venerado beato.

—¿Cómo habría de…?

—¿Acaso desconoces que Dulcidio, junto al obispo Hermogio, fue aprehendido este mismo verano, en la batalla de Muish, y traído a Qurtuba como rehén? —explicó Sulaymán.

—Pero… ¿cómo puedes estar seguro de eso? —casi balbuceó el presbítero.

—Yo mismo presencié su captura, formaba parte de la vanguardia del ejército, al mando de uno de sus batallones.

—En ese caso… os ruego que guardéis este pequeño secreto. La Santa Iglesia, que a todos nos ampara y por cuyo bien de todo somos capaces, sabrá recompensar vuestra discreción de alguna forma.

—Descuida —intervino Sulaymán tratando de tranquilizarlo—, no será fácil que el emir permita a su rehén acudir a Al Sarqiyya.

—Yo no estaría tan seguro de ello —contradijo el clérigo—. El propio rey de Banbaluna, en su estancia como rehén en Qurtuba, era un asiduo visitante de San Zoilo, a veces incluso junto a su hija, la esposa repudiada por el príncipe Abd Allah.

Esta vez fueron los dos capitanes los sorprendidos.

—En ese caso alecciona bien a tus acólitos y no permitas que el obispo entable conversación con ninguno de tus fieles —bromeó Sulaymán—. La verdad sale a la superficie como aceite en el agua.

—Lo tendré en cuenta —respondió mientras caminaba hacia la salida—. Mientras tanto, que la Gracia de Dios os acompañe en vuestras deliberaciones, por el bien de todos los cristianos de Hispania.

Sulaymán se volvió hacia Rudmir cuando quedaron solos y lo invitó a tomar asiento en uno de los sitiales situados tras el altar.

—Han pasado tres años desde que dejé Burbaster —evocó—, poco antes de la muerte de mi padre. Nunca podré perdonarme la actitud que mantuve hacia él en los últimos tiempos.

—Tu actitud era la única correcta —respondió Rudmir, categórico.

Sulaymán lo miró con cierta sorpresa.

—Eres el primero que manifiesta de forma tan tajante su apoyo a mi revuelta. Aun así, su muerte pesa sobre mi conciencia.

—Nadie estaba al corriente de su estado, él mismo se encargó de ocultarlo hasta que fue incapaz de mantener la apariencia de normalidad por más tiempo. Por eso, por tu arrojo y tu carácter, algunos pensamos entonces que eras el más indicado para suceder a tu padre. Muchos más lo piensan ahora.

—Me temo que es demasiado tarde para volver atrás…

—Sulaymán, no nos hemos citado aquí para intercambiar saludos. Traigo un mensaje claro de los mozárabes de Burbaster. Queremos que regreses, y que asumas de nuevo el mando de la revuelta.

Sulaymán soltó una breve carcajada.

—Eso supondría reconocer que las motivaciones que han conducido mi vida en los últimos tres años se basan en la falsedad.

—¿Acaso tu participación en el ejército de Abd al Rahman se basa en el convencimiento de que haces lo que debes? Creo conocerte bien, Sulaymán, y si respondes de manera afirmativa sabré que me estás engañando. O lo que es peor, que te estás engañando a ti mismo.

Sulaymán no contestó enseguida. Dejó pasar un tiempo, sin apartar la vista de su interlocutor, con el ceño fruncido. Al final, lanzó lo que pretendía ser una risa, aunque se quedó en un pequeño y breve soplido por la nariz.

—Rudmir, nos conocemos hace tiempo y tienes mi respeto, pero… ¿cómo puedes citarme aquí y espetarme sin más que estoy equivocado y que mis tres últimos años de vida se fundamentan en el engaño?

—Solo te he pedido que te hagas a ti mismo esa pregunta, y que trates de responderla con la mayor franqueza de que seas capaz.

—Y aun en el caso de que llegara a la conclusión que tú apuntas… ¿Qué te hace pensar que no hay razones poderosas para que siga manteniendo la misma actitud? ¿Qué te hace pensar que voy a dejar un puesto en el ejército, donde se me respeta y se me aprecia, para arrojarme de nuevo al monte? ¿Crees que voy a presentarme en Burbaster para alzar la espada contra Ya'far y arrebatarle el puesto que mi padre le entregó a él?

Rudmir no pareció amilanarse, y actuó como si hubiera esperado esa respuesta.

—Vayamos por partes, Sulaymán. No me consideres presuntuoso, pero tengo razones para pensar que no estás siendo sincero. Tampoco estás obligado a serlo, y si quisieras ahora podrías levantarte y dar por terminada esta entrevista. Sin embargo, creo que vas a escuchar lo que tengo que decirte.

Sulaymán guardó silencio, y se limitó a cambiar de postura en el asiento.

—Tengo información sobre lo sucedido durante la última *'saifa* —dejó caer—. Algunos de los que parecen luchar con más denuedo no son sino mercenarios que buscan acabar con el enemigo únicamente porque la derrota abre las puertas del pillaje y el saqueo en busca de botín. Y alguno de ellos, una vez llenas las alforjas, han regresado a sus lugares de origen, a veces bien cerca de Burbaster. Sé cómo te batiste junto al señor de la frontera, sé cuántos cuellos cristianos ha segado esa valiosa espada tuya, la espada de Bastán. Pero también sé cómo te han pagado el esfuerzo la mayor parte de los generales sirios y árabes que controlan la jerarquía del ejército de Abd al Rahman. ¿Acaso te han aceptado en su círculo durante la campaña? ¿Has podido visitar la *haymah* en la que cada noche, en el viaje de regreso, se reunían para celebrar una victoria que en gran parte era tuya y de ese muladí de la Marca? ¿Has sido invitado, una vez en Qurtuba, a alguna de las lujosas almunias donde la *jassa* se congrega en esas escandalosas zambras para libar y satisfacer sus apetitos, en compañía de cantantes y exóticas bailarinas?

—No pertenezco a su círculo, es todo. Soy el único general del ejército de origen cristiano.

—Sin embargo, sé que te has quejado amargamente de tu situación. ¿Quizá cuando el vino te soltaba la lengua? En ese caso, puede que no recuerdes nada… Sé que te duelen los continuos desprecios de que eres objeto, pues todos esos generales creen que no eres más que un traidor a los tuyos. Y te duelen porque, en lo más hondo de tu corazón, sabes que es cierto. Siempre ha sido así, cada vez que un rebelde ha recibido el *amán* y se ha integrado en las filas del emir, se ha topado con el mismo desprecio, que es tan solo la antesala de la traición. Tu mismo padre lo sufrió hace treinta años y, como él, otros muchos. Ningún hombre con algo de pundonor ha soportado esa situación por mucho tiempo, y me consta que tú tampoco lo vas a hacer.

La ira asomaba ahora a los ojos de Sulaymán, que parecía dispuesto a responder,

pero, cada vez que abría los labios, algo parecía contener sus palabras. Al fin se levantó airado y recorrió el lugar con grandes zancadas.

—¿Cómo podría volver ahora a Burbaster? Ha sido Ya'far quien ha llevado estos años el peso de la revuelta, a pesar de todo.

—No te engañes, Sulaymán. Si lo ha hecho ha sido porque se ha visto forzado por la necesidad, y a cambio del apoyo de nuestra facción para mantenerse en el poder, no por convicción. Cuando murió vuestro padre, el obispo Maqsim había preparado un golpe de mano contra él que, de haberse visto coronado por el éxito, habría conducido sin duda a la entrega de Burbaster a las fuerzas de Abd al Rahman. Buscar el apoyo de quienes deseábamos mantener la resistencia fue la única salida que encontró Ya'far. Pero tu hermano poco se parece a Umar, y poco se parece a ti, que llegaste a alzar la espada contra tu propio padre para defender aquello en lo que creías. Sé que no te descubro nada que no sepas si te digo que tu hermano es un hombre pusilánime, indeciso y carente por completo de las virtudes que debe poseer un caudillo digno de tal nombre. Se ha visto empujado a la batalla, es cierto, pero solo porque el emir ha ido a buscarlo a su puerta. Se acobardó en la primera ocasión y consiguió convencer a los suyos para firmar un nuevo pacto, entregando como rehenes a decenas de capitanes, a todos sus sobrinos… pero no a su hijo. Da gracias a que trajiste contigo a tu esposa y a tu hija Argentea…

—No disputaré la jefatura a mi hermano.

—No tendrías que hacerlo. Somos muchos en Burbaster los que creemos que tú eres el mejor caudillo posible para hacer frente a Abd al Rahman, y más ahora que has conocido las entrañas de su ejército. Si alguien puede mantener en alto la espada que alzó tu padre —dijo con vehemencia, al tiempo que dirigía su mirada hacia el hermoso sable que colgaba al cinto de Sulaymán—, ese eres tú. Nosotros nos encargaremos de retener a Ya'far, nosotros le haremos saber que es en ti en quien confiamos, y puedo decirte algo más: o mucho me equivoco o la deposición será para él una liberación.

Sulaymán se volvió con la desazón reflejada en el rostro.

—¿Por qué has tenido que venir? —dijo, negando con la cabeza, a la vez que las comisuras de sus labios parecían desplomarse hasta la barbilla—. ¿Por qué las avenidas no han arrastrado los puentes para hacerte comprender que Dios no quiere esto?

Rudmir se levantó, se acercó a Sulaymán y le apoyó la mano en el hombro.

—Quizás esté en los planes de Dios que seas tú quien conduzca a los creyentes hacia una nueva victoria. Quizá lo que planteas sea una señal.

Sulaymán desechó la idea con un gesto de la mano derecha, pero a continuación se llevó la izquierda a la barba, para estrujar la punta una y otra vez, y alzó el rostro con los ojos cerrados. Rudmir permaneció inmóvil mientras su interlocutor pasaba

tras uno de los reclinatorios dispuestos ante el altar, apoyaba la mano en él y finalmente clavaba las rodillas en la madera desnuda. Durante un tiempo, Sulaymán se limitó a esconder el rostro tras las palmas abiertas. Después alzó los ojos, húmedos, en los que se reflejaba el destello de los cirios encendidos, hacia la imagen del Cristo crucificado que presidía la cripta y habló sin volver el rostro.

—Déjame solo, Rudmir. Espérame fuera.

Año 920, 308 de la Hégira

38

Burbaster

Habían partido de Qurtuba el viernes, poco antes de la llamada a la oración, el momento más propicio para pasar desapercibidos en medio del bullicio que se concentraba en torno al *alqásr* y a las mezquitas que salpicaban el centro de la ciudad. Lo habían hecho en grupos pequeños, utilizando varias de las puertas ubicadas en la zona meridional de la muralla, aunque todos habían tenido que recorrer el Rasif en una u otra dirección para atravesar el puente sobre el Ūadi al Qabir. Habían tardado dos días enteros en alcanzar las estribaciones de los montes en los que se alzaba la *madinat* Burbaster, y el corazón de Sulaymán parecía hervir de nuevo ante la proximidad del lugar donde había pasado la mayor parte de su vida. En los tres últimos años había visitado lugares cuyos nombres solo conocía por los relatos de los viajeros: la vieja Tulaytula, bellísima, asomada a las gargantas del Ūadi Tadjo; Madinat Selim, encaramada a peñas inaccesibles; Madinat Tutila, agazapada sobre el puente que salvaba el majestuoso Ūadi Ibrū; cientos de fortalezas, alcazabas y ciudades de Al Ándalus cuya lejanía no imaginaba hasta que llegó a ellas tras muchas semanas de camino. Pero en ninguna de ellas había sentido lo que ahora, a punto de acampar para pasar la última noche, embargaba su ánimo.

Conocía bien aquellos parajes cercanos al Ūadi al Jurs y la cortada donde se abría la amplia cavidad que habría de proporcionar cobijo al nutrido grupo que lo acompañaba. Próximo ya el anochecer, la niebla del otoño se aferraba a las cumbres a pesar del viento frío que pugnaba por arrastrar las nubes, y Sulaymán anhelaba el momento de sentarse alrededor de un buen fuego con unas cuantas piezas de caza asándose sobre las brasas. Uno de sus primos liberados, Abú Nasr, era sin duda el mejor arquero de Burbaster, y se preciaba de no perder ni uno de los proyectiles que lanzaba. En las últimas campañas había sido el azote del ejército de Qurtuba, y si el emir hubiera sospechado siquiera de su identidad, su cabeza colgaría ya reseca en la Bab as-Sudda. En aquellas dos jornadas, su proverbial puntería había servido para alentar el buen humor de los expedicionarios y para proveer de aves y de conejos el espetón.

Cuando dos semanas atrás, en el claustro de San Zoilo, había respondido al ofrecimiento de Rudmir, no se le pasó por la cabeza que las cosas pudieran discurrir de manera tan favorable. Había sido una respuesta condicionada, pues no cabía en su

mente la posibilidad de retomar la revuelta con una veintena de sus parientes retenidos en la Dar al Rahn, dejándolos a merced de la ira de su captor. En los días siguientes, había buscado la proximidad del emir y, de forma aparentemente casual, lo había encontrado en el lugar al que sabía que tarde o temprano habría de acudir, la casa que el *hāchib* Badr compartía con su familia.

Desde su regreso de la campaña de Muish donde había resultado herido, las más altas personalidades del Estado visitaban al ministro, y a nadie extrañó que también lo hiciera uno de los generales que había luchado bajo su mando y que más se había destacado en aquella *'saifa*. A pesar de su estado, el *hāchib* insistía en mantenerse al tanto de cuanto sucedía en la milicia y se había mostrado especialmente interesado, siempre con sutileza, por los detalles de la vida en Burbaster, los personajes que encabezaban las distintas facciones entre los rebeldes y las fuentes de aprovisionamiento. Con voz apagada por la fatiga, el *hāchib* parecía esforzarse por llevar una conversación cortés y banal con su visitante, pero Sulaymán sabía que registraba cada una de sus respuestas. Se empleó dosificando informaciones en las que se mezclaban detalles irrelevantes con auténticas falsedades, hasta que su esfuerzo se vio recompensado con la llegada del propio emir.

Antes de ordenar el desalojo de la estancia, el soberano tuvo la deferencia de entablar conversación con aquel general que tanto se había distinguido en la frontera, y Sulaymán no dejó pasar la ocasión. No había terminado de oír los halagos a su actuación cuando planteó al emir su demanda. Lo hizo utilizando la palabrería que tanto parecía gustar en aquella corte y, entre fórmulas huecas, mencionó sus tres años de servicio, la obediencia mostrada por su hermano menor, Abd al Rahman, desde su llegada a Qurtuba y el respeto a las condiciones del *amán* firmado por Ya'far en Burbaster. Lo único que solicitaba era la liberación de sus parientes retenidos en Qurtuba, y aquella gestión, que tan difícil de realizar con éxito le había parecido unos momentos antes, se resolvió con un simple gesto de afirmación.

Las dos únicas mujeres que componían el grupo, su esposa, Columba, y la pequeña Argentea, de apenas siete años, dormían al fondo, en el lugar más abrigado de la cueva, separado del resto por una espesa cortina. Sulaymán compartía la vigilia con los demás, quienes desconocían por completo el motivo de su viaje. Solo sabían que la causa de la subrepticia salida de Qurtuba era la deserción de Sulaymán, a quien no dejaban de agradecer sus gestiones para liberarlos, y el hecho de que hubiera esperado para regresar a Burbaster, evitando así las más que seguras represalias.

Escuchando las animadas conversaciones junto al fuego, Sulaymán se asombraba de que todo transcurriera tal y como había planeado. A aquellas horas del domingo, si todo había ido según lo pactado con Rudmir, Ya'far ya se hallaría retenido en la alcazaba, después de ser capturado a la salida de la misa mayor. El grupo llegaría a Burbaster a media mañana, se encontraría con la insurrección en marcha y con un

aparente vacío de poder al que Rudmir habría de poner fin proponiendo al recién llegado Sulaymán como caudillo. Lo providencial de su llegada debería alimentar el fervor de los habitantes de Burbaster, un fervor que Rudmir y los suyos ya se habrían ocupado de alentar presentándole como el candidato ideal para regir el destino de la revuelta. Por otra parte, tenía asegurado el fundamental apoyo de aquella veintena de parientes que lo acompañaban.

Despertó aterido al amanecer, y salió de su cobija para recoger unos pequeños palos con los que avivar las llamas. El ruido acabó por poner en pie a todo el grupo, ansioso sin duda por llegar cuanto antes a Burbaster después de más de un año de cautiverio, de manera que bastó con un ligero refrigerio para ponerse en marcha. A todos les resultaban ya familiares los picos que iban dejando atrás, muchos de ellos coronados por atalayas y pequeñas fortalezas en las que se advertía la presencia de sus defensores. Pronto iniciaron el descenso prolongado que llevaba a la entrada del valle de Burbaster, con el *hisn* del Gaytán alzándose majestuoso a su izquierda y, al frente, los desfiladeros que se precipitaban en el cauce del Ūadi al Jurs. Doblaron a la derecha antes de llegar a la ermita de Villaverde para seguir el cauce del riachuelo que abastecía de agua la *madina*.

La última vez que habían pasado por allí, camino de Qurtuba, los troncos de los árboles humeaban todavía, los campos habían sido arrasados, las viñas arrancadas, y las cabezas de ganado que sus captores no podían acarrear yacían hinchadas y cubiertas de moscas al borde de las veredas que serpenteaban por la ladera. Ahora, sin embargo, nuevos cultivos cubrían los bancales, las parideras se habían reconstruido con las mismas piedras, y los primeros pobladores de Burbaster alzaban sus cabezas, sin identificar aún a los componentes de la comitiva. Un grupo de muchachos bajaba por la senda principal que, entre encinas y pinares, discurría a media altura por la hondonada, y en uno de los recodos se toparon frente a frente. Tras un instante de desconcierto, algunos parientes se reconocieron, y allí mismo empezaron los saludos. Sin embargo, para Sulaymán no pasaron desapercibidas las miradas recelosas que algunos de aquellos muchachos le dedicaban, aunque al instante apartaran la vista. Cuando se disponía a dirigirse a ellos, estos se despidieron de forma apresurada, antes de emprender una alocada carrera ladera abajo.

Un tanto desconcertado, dio orden de continuar la marcha hacia las murallas, que ya se divisaban en lo alto. A medida que se aproximaban a la *madina*, grupos de campesinos, pastores y curiosos se acercaban al grupo, hasta que una pequeña multitud vociferante comenzó a seguirlos a modo de improvisada escolta. La puerta de Burtiqát les recibió imponente pese a las marcas del asedio sufrido años anteriores. Fueron reconocidos de inmediato por los hombres armados que montaban guardia junto a la entrada, y Sulaymán no tuvo duda de que formaban parte del círculo de Rudmir. Actuó con naturalidad, disfrutando sinceramente de las expresiones de

asombro y alegría de los habitantes de Burbaster que acudían en tropel, advertidos ya de la llegada de los rehenes desde Qurtuba. Un monje vestido con un tosco hábito de lana apareció por la vereda que conducía al pequeño monasterio, y Sulaymán reconoció en él al viejo abad que tanto se había significado en su apoyo al obispo Maqsim.

—¡Dios sea loado! —exclamó al verlo, llevándose ambas manos a las sienes—. ¡Alabado sea el Señor, que protege a sus criaturas! ¡Nuestras plegarias han sido escuchadas! Solo Él quita y pone reyes y caudillos. Ni un solo día ha transcurrido con Burbaster sumido en el desgobierno…

Todas las miradas se dirigían al rostro de Sulaymán, que trataba de aparentar el más absoluto de los desconciertos.

—¿De qué desgobierno hablas, abad? —preguntó, deseoso de escuchar por su boca el relato del relevo de su hermano.

—Temíamos la guerra civil, Sulaymán. El enfrentamiento entre facciones parecía inevitable después de la desaparición de tu hermano Ya’far. Pero has llegado, y ahora…

—¿Dónde se encuentra mi hermano? —preguntó.

—En la iglesia nueva, junto a la alcazaba. Pero… ¿es que acaso nadie te ha hablado aún de lo sucedido? —balbuceó el abad, sin color en el rostro.

Sulaymán negó, repentinamente inquieto. Lo lógico era que Ya’far estuviera retenido en la *alqasába*, y no en el interior de una iglesia.

—Tu hermano… tu hermano ha muerto —dijo el abad con un hilo de voz.

La sangre pareció abandonar el rostro de Sulaymán, para regresar al instante como un torrente que le encendió los pómulos, le inyectó los ojos e hinchó las venas de sus sienes. Por un momento atravesó con la mirada al monje y consideró apearse del caballo para agarrarlo del hábito y sonsacarle hasta el último detalle de lo sucedido. Pero sabía bien que aquel no era el hombre a quien tenía que exigir explicaciones. Levantó la vista, y el disco del sol, que asomaba por la cumbre, lo deslumbró. Allí, sin embargo, oculta por los árboles, se alzaba la fortaleza de Burbaster, donde se encontraba el responsable de aquello. Aflojó las riendas, clavó las espuelas y apretó las rodillas, y su montura alzó las patas antes de lanzarse hacia delante, a punto de arrollar a cuantos se interponían en su trayectoria.

—¡Rudmir! —aulló—. ¡Rudmir!

Su grito reverberó ante los muros de la fortaleza y, al cabo de un instante, también en las paredes que se alzaban al otro lado de los desfiladeros, hasta que su voz repetida cien veces llenó todos los rincones de Burbaster. La figura formidable de Sulaymán, con los brazos extendidos a los costados, las palmas de las manos abiertas, los dedos crispados, y las piernas abiertas y afianzadas en el suelo, eclipsaba a todos aquellos que formaban un círculo en torno a él a la puerta de la *alqasába*. Cuando se

apagó el eco de la llamada, el silencio era absoluto. Solo se oía el susurro de las ramas agitadas por las ráfagas de viento, que alzaban los bordes de las capas.

En el interior se adivinaba actividad por las sombras que de tanto en tanto tapaban los huecos de las aspilleras. Sulaymán sabía que lo observaban a través de ellas, y estaba seguro de que las puertas no tardarían en abrirse: se encontraba solo, sin guardia que lo protegiera, y Rudmir, en cambio, contaba con la salvaguarda de una guarnición completa. Oyó chirriar los goznes como tres años atrás, antes de la muerte de su padre. Varios guardias armados con lanzas y espadas cortas ocuparon de inmediato el hueco que dejaban las sólidas hojas de madera y, al fondo, en el centro, apareció avanzando hacia él la figura de Rudmir. Cruzó el dintel con la mano apoyada en el pomo de su espada y la mirada clavada en los ojos de Sulaymán, y se detuvo a cuatro pasos de distancia. Por un instante ninguno de los dos habló.

—Has matado a Ya'far… —dijo al fin, con el desprecio pintado en el rostro.

Rudmir pareció estremecerse.

—Te aseguro que no era mi propósito, pero se resistió. Se abalanzó sobre mí cuando le comuniqué su detención.

—¿La reacción previsible de un solo hombre frente a toda tu guardia te intimidó hasta el punto de que fuera necesario darle muerte?

—Te aseguro que así fue, Sulaymán. No veas maldad en lo que no fue más que el desdichado desenlace de una situación que se nos fue de las manos. La prueba es que estás aquí, y que yo estoy dispuesto a cederte en este momento el gobierno de Burbaster. Si hubiera ansiado el cargo para mí, tu cuerpo yacería ahora en cualquier barranco cercano, acribillado.

—Has arriesgado mucho al no tomar esa precaución.

—Sulaymán, hay cosas que no sabes acerca de tu hermano. En los últimos tiempos, parecía haber abandonado su fe en Cristo para abrazar de nuevo la religión de Muhammad. Tengo razones para pensar que conspiraba contra su pueblo, contra la inmensa mayoría cristiana de Burbaster, enviando mensajeros a Qurtuba, quizá para entregar este fortín a su ejército.

—¿Qué pruebas tienes de lo que dices? —escupió Sulaymán.

—Te las presentaré cuando nos serenemos y seamos capaces de hablar sin echar mano a las espadas. Hay testigos a los que conoces que te convencerán. Lo único que podemos hacer ahora por Ya'far es darle sepultura cristiana junto a vuestro padre y elevar nuestras oraciones por su alma. Si estás aquí es porque antepones el bien de nuestro pueblo a cualquier otra cosa, y lo has demostrado ya, abandonando un cargo gratificante y provechoso para regresar. Solo un hombre puede en este momento establecer la concordia entre las distintas facciones que conviven en Burbaster, y ese hombre eres tú.

—No creo lo que dices… pero el cuerpo de mi hermano yace sobre una losa, y

deseo darle sepultura. Considera mi marcha un aplazamiento de las cuentas que has de rendir.

—Te muestras sensato, y haces bien. Atiende a su viuda, trata de ganarte a tu sobrino y permite que los míos participen en la celebración de las exequias. Hago votos porque las aguas vuelvan a su cauce, de forma que cuanto antes… —hizo una pausa para extraer de su túnica un pequeño objeto que mostró entre sus dedos— puedas recibir este anillo de plata que llevaba tu hermano y que llevó tu padre antes, el que identifica al señor de Burbaster.

La mañana del martes una niebla espesa cubría la cumbre en la que se erigía la *alqasába*. Sulaymán había convocado allí a todos los lugartenientes de su hermano, a los capitanes que durante años se habían distinguido en la lucha contra Qurtuba, a los caídes de las fortalezas más próximas, a la mayor parte de sus parientes, al abad del monasterio y a algunos ancianos que ya no podían empuñar las armas, pero cuya hoja de servicios les otorgaba la autoridad necesaria para participar en las decisiones que debían tomarse. Y aquella mañana de martes, la decimotercera de Yumada al Taniya, la decisión era especialmente trascendental.

La tarde anterior, después de dar sepultura a Ya'far, Sulaymán había convocado de nuevo a Rudmir, pero esta vez en la intimidad de las dependencias de la fortaleza, lejos de los oídos de nadie que pudiera sospechar siquiera un asomo de connivencia entre los dos caudillos. Solo unos cuantos hombres de confianza habían oído los gritos que salpicaron el enfrentamiento, que terminó cuando Sulaymán, de nuevo airado, abandonó el lugar. Con la excusa de saludar a viejos conocidos después de años de ausencia, mantuvo varias entrevistas al atardecer, visitó el eremitorio y algunas de las casas de las terrazas de Burbaster. Ya de madrugada, su mente había terminado de procesar toda la información recibida en las horas previas, y una decisión firme empezó a tomar forma en su interior.

La luz que se filtraba a través de los ventanales cubiertos de alabastro era pobre, pero las alegres llamas que ardían en las chimeneas y en las lámparas que colgaban de sus soportes contribuían a solventar el inconveniente. Todos los convocados habían ido sentándose alrededor de la vasta estancia, y solo Rudmir y Sulaymán permanecían en pie en el único extremo libre de asientos, el más cercano a los fuegos.

Sulaymán había decidido dejar que Rudmir asumiera el protagonismo, y fue el capitán cristiano quien se dirigió al medio centenar de hombres que, expectantes, tenían los ojos clavados en ambos.

—Que Dios os bendiga —dijo en voz alta, con lo que se extinguieron las últimas voces en la sala—. Hoy es un día muy importante para todos nosotros, pues de aquí ha de salir, investido como caudillo, el hombre que en los próximos tiempos encabezará nuestro movimiento.

Hizo una breve pausa para comprobar la reacción a sus palabras, y de inmediato

continuó.

—Solo un nombre tenéis en vuestras mentes, pues a nadie se le oculta que él parece ser el señalado por el Todopoderoso. El mismo día en que el Señor decidió llamar a Ya'far de entre nosotros, Sulaymán se dirigía hacia Burbaster para retomar junto a su hermano el camino de la revuelta. Solo la Providencia Divina puede explicar un hecho tan extraordinario, y por ello podemos estar seguros de nuestro acierto al proponer a Sulaymán como caudillo. Debe ser él quien se dirija a vosotros solicitando el asentimiento, y, cuando se produzca, yo mismo colocaré en su mano el anillo que en adelante le identificará como señor de Burbaster.

Rudmir había pronunciado las últimas palabras con el rostro vuelto hacia él, y a él dirigió las que siguieron.

—Será un honor, si lo deseas, permanecer junto a ti en este nuevo tiempo en que la revuelta de Burbaster ha de resurgir.

Sulaymán permaneció inmóvil, con la mirada perdida en el vacío. Su semblante no mostró ni el más tenue esbozo de una sonrisa mientras sus ojos recorrían la sala, deteniéndose un instante en el rostro de cada uno de aquellos hombres, sin ser consciente al parecer del silencio, que se prolongaba ya de forma incómoda. Solo cuando Rudmir carraspeó a su lado, alzó la cara, respiró hondo y comenzó a hablar.

—Es cierto que comienza un tiempo nuevo, y que he venido a pedir vuestro apoyo para ocupar el lugar de mi padre. Pero no voy a consentir que vuestra decisión se base en las mentiras que acabáis de escuchar.

Un murmullo de sorpresa se extendió por la sala en el silencio que siguió.

—No es cierto que la casualidad haya guiado mis pasos hasta aquí, y tampoco lo ha hecho la Providencia Divina. Rudmir no viajó a Qurtuba para informarse sobre la situación de los mozárabes en la capital, como os ha hecho creer. Acudió allí con el único propósito de trasladarme vuestro descontento y plantearme la posibilidad de regresar. Y no para retomar el camino de la revuelta junto a mi hermano, sino para sustituirlo, después de que él mismo lo depusiera.

Sulaymán hizo una nueva pausa, y trató de acallar con un gesto de las manos las voces que se levantaban.

—Sí —dijo cabeceando—, mi llegada a Burbaster ayer había sido convenida, tras el golpe de mano que tuvo lugar el domingo. Un golpe de mano que debía ser incruento, con el único propósito de apartar a Ya'far del mando. Nunca he ocultado las diferencias que me separaban de él, pues jamás confié en su capacidad para encabezar la revuelta. El hecho de que ocupara el puesto de mi padre, con el apoyo en aquel momento de Rudmir, fue uno de los motivos que me convencieron hace tres años de la necesidad de no regresar a Burbaster. Decidí no sacrificar a mis hombres y aceptar el *amán* del emir en espera de épocas mejores, y durante este tiempo he puesto esta espada al servicio del Estado al que combatíamos, consciente de que mi

regreso a Burbaster solo traería el enfrentamiento y la división.

Mientras hablaba había extraído su espada, y ahora deslizaba la hoja de metal bruñido sobre la palma de su mano izquierda.

—Esta soberbia espada ha segado decenas de vidas de los enemigos de Abd al Rahman, cristianos como nosotros, y eso es algo que muchos de vosotros me habréis censurado. También para mí ha supuesto durante este tiempo un conflicto interior, que solo he podido acallar al mirar los rostros de mis hombres, a quienes mi decisión había salvado la vida. Pero cuando Rudmir se presentó ante mí, supe que había llegado el momento de acabar con aquella situación para regresar. No ignoraba que el descontento con Ya'far era real, pero la coexistencia de dos caudillos no era posible, y acepté los planes que Rudmir me presentaba. Alargamos los plazos para tratar de conseguir del emir la libertad de los rehenes, y la presencia de algunos de ellos entre vosotros da cuenta del éxito de aquel empeño.

Sulaymán se volvió hacia Rudmir.

—Lo que no podía imaginar era que en tus planes hubiera lugar para el asesinato de mi hermano.

La sorpresa se reflejó en el rostro del interpelado, que tardó en encontrar las palabras para responder.

—Fue… fue necesario. Era su vida o la mía, se revolvió, dispuesto a acabar conmigo…

—No es eso lo que he oído a algunos de nuestros lugartenientes…

La voz de uno de ellos surgió entonces del fondo de la sala.

—Yo declaro públicamente que tu intención era desde el principio asesinar a Ya'far, y así lo comunicaste a quienes considerabas tus incondicionales.

—No es el único dispuesto a afirmarlo, Rudmir. Mis conversaciones en la tarde de ayer fueron enormemente provechosas y reveladoras. Aupaste a Ya'far al poder cuando sirvió a tus intereses, opuestos a los de Maqsim. Cuando dejó de hacerlo tras la última *'saifa* y se mostró dispuesto a aceptar la rendición, decidiste deshacerte de él. Necesitabas a otro Banū Umar, sabías que tú jamás serías aceptado pacíficamente como señor de Burbaster y recurriste al engaño para atraerme, con la intención de continuar aupado en el poder, como acabas de demostrar. Pero en Burbaster, desde los tiempos de mi padre, el destino de los traidores ha sido siempre uno…

Sulaymán hizo un gesto, y uno de los hombres armados que custodiaban la puerta de acceso abrió una de las hojas, para dar paso a varios guardias que sin duda esperaban una orden para intervenir. Rudmir abrió los ojos de forma desmesurada, en una expresión de asombro que de inmediato dejó paso al resentimiento y al odio, y de forma instintiva echó mano al pomo de su sable. Sulaymán, sin embargo, ya empuñaba la espada de Bastán. Sintió que la cólera acumulada desde el día anterior se apoderaba de él y no puso obstáculo al impulso que le llevó a alzar el arma. Giró

su cuerpo a la izquierda con la mano aferrada a la empuñadura y, a continuación, como un resorte que se dispara, proyectó el brazo extendido en un movimiento circular. Con un siniestro chasquido, el filo segó limpiamente el cuello de Rudmir, cuyo cuerpo se derrumbó al instante. Del tajo salieron dos palpitantes chorros que cubrieron de sangre el enlosado, mientras la cabeza seccionada rodaba hasta el borde de la chimenea.

Año 921, 309 de la Hégira

39

Qurtuba

Abd al Rahman se hallaba recostado sobre almohadones, en un diván tapizado con sedas. Completamente desnudo, se acariciaba el miembro mientras contemplaba la escena que tenía lugar ante él. Una muchacha de cabellos rubios y delicada piel sonrosada compartía el lecho con otra, tan hermosa como ella, aunque el contraste entre ambas no podía ser mayor. La piel aceitunada y los cabellos negros de la segunda brillaban bajo la luz de los cientos de lamparillas que colgaban del techo, y dos jóvenes y robustos esclavos, tan desnudos y excitados como su señor, acariciaban cada rincón del cuerpo de las concubinas.

—Poseedlas —ordenó el emir con una voz dominada por el deseo—. Como sabéis.

Los dos efebos se miraron y sonrieron. Descendieron del lecho y tendieron la mano hacia sus compañeras de juegos, que les imitaron sin dejar de acariciar sus cuerpos, lanzando miradas lascivas con los ojos entornados. Las dos se arrodillaron sobre la magnífica alfombra situada entre el tálamo y el diván que ocupaba el soberano, frente a frente, y los jóvenes se dispusieron tras ellas, dispuestos a cumplir la orden de su amo.

Talal observaba la escena detrás de los gruesos cortinajes que daban acceso a aquellos aposentos, sin experimentar ninguna sensación más allá de la curiosidad, y también esta se había ido atemperando después de ser testigo durante años, en su calidad de eunuco, de las sesiones con las que el emir trataba de apartar de su mente las preocupaciones cotidianas de su cargo. También, en parte, era alivio lo que sentía, pues él había sido el encargado de seleccionar a los cuatro jóvenes según las indicaciones del monarca, y tal responsabilidad había demostrado ser una pesada carga cuando los elegidos no resultaban ser de su agrado. No era aquel el caso, a juzgar por el semblante de Abd al Rahman, pero descubrió que en aquel momento nada le importaba la satisfacción de su señor, pues otra grave inquietud alteraba su ánimo.

Esperaba con impaciencia el final de todo aquello, ya que el aviso que portaba no admitía demora, y había considerado la posibilidad de interrumpir la escena, pero la memoria de las consecuencias que algo así podía traer le convenció de la necesidad de hacer tiempo. Los movimientos de los esclavos y los gemidos de las muchachas

adquirían una cadencia sincronizada que anunciaba el pronto final, y decidió retirarse durante un instante a la estancia contigua. Se sentó en uno de los divanes y apoyó la cabeza entre ambas manos, sintiendo que la angustia volvía a surgir con fuerza al recordar a Muzna, quien, con el rostro cubierto de lágrimas, acababa de enviarlo en busca de su hijo.

Cuando de nuevo apartó la cortina, los cuatro jóvenes habían desaparecido. El emir se encontraba en pie, sin cubrir aún, dándole la espalda junto a un discreto lavamanos. Corrió el cortinaje de forma que el roce le advirtiera de su presencia para evitar un sobresalto, y entonces se dirigió a él.

—*Sahib*, ¿mi elección ha sido de vuestro agrado? —preguntó, haciendo uso de una confianza que no se le permitía a nadie más en su entorno.

El emir respondió sin volverse, mientras accionaba un delicado grifo dorado para cortar el paso del agua corriente y tomaba una toalla de lino. Las últimas gotas se perdieron por la tubería de cerámica con un sonido hueco.

—No habría sabido por cuál de ellas decidirme. Me resulta enormemente excitante el exotismo de la eslava, pero la belleza de las bereberes no tiene igual.

—Me alegro de que hayáis disfrutado con ellas. Aunque me temo que el encargo que me trae ahora aquí va a turbar lo que os queda de velada.

Abd al Rahman se volvió, preparado para escuchar la inoportuna llamada de alguno de sus visires, tan incapaces como siempre de asumir sus responsabilidades sin solicitar su concurso.

—Se trata de vuestro *hāchib*, Badr. Desea veros, con urgencia.

—¿Acaso ha empeorado en su estado? —preguntó, repentinamente alterado.

—Me temo que así es, *sahib*. Vuestra madre lo acompaña, es ella quien os envía recado.

—¿Y has permitido que dos estúpidas concubinas retrasen el momento de reunirme con él? —le espetó, mientras se cubría con la túnica de forma airada—. ¡Te has comportado como un necio, eunuco!

Abd al Rahman irrumpió en la estancia de forma precipitada, y las dos mujeres que aguardaban sentadas junto al lecho se pusieron en pie al mismo tiempo.

—Madre —saludó, tomando a Muzna por los brazos, no sin cierto tono de culpa.

La mujer esbozó una sonrisa forzada, pero él se dirigía ya hacia la esposa de su *hāchib*.

—¿Cómo está, Nora?

Esta, con los ojos enrojecidos, negó con la cabeza.

—Ahora descansa, pero desea hablar con vos. Ha dejado dicho que se le despertara cuando llegarais.

—¿A qué se debe este empeoramiento? ¿Es que ni los mejores médicos de Al Ándalus pueden hacer nada por él? —se preguntó, irritado e impotente.

—Nada tengo que reprocharles, *sahib*. Han conseguido mantenerlo con vida desde su regreso de la *‘saifa* de Muish, se desviven por él, hace solo un momento les he obligado a abandonar la estancia… ¿De qué nos sirven agotados? No dan con el mal, que parece haberse reproducido, ha regresado la calentura, y se consume ante nuestros ojos —dijo con la voz entrecortada.

—Hablaré con Yahya, Nora. Lo cubriré de oro si tu esposo se recupera —añadió, conmovido—. Ahora os ruego que me dejéis a solas con él.

Las dos mujeres asintieron y caminaron del brazo hacia la puerta. Abd al Rahman tomó asiento en el lugar que había ocupado su madre, apoyó los brazos en el borde del lecho y se detuvo a contemplar el rostro de aquel hombre que lo había sido todo para él. En ocasiones había llegado a pensar, antes de rechazar una idea tan descabellada y blasfema, que el Todopoderoso se había equivocado al permitir la muerte de su padre y que la llegada de Badr al alcázar había sido su manera de reparar tal error. Sabía que estaba en la esencia de Allah la imposibilidad de equivocarse, y jamás podría poner voz a tal pensamiento, pero solo así se explicaba que aquel muchacho harapiento que un día se coló bajo los infranqueables muros del alcázar se revelara con el paso de los años como el más capaz de los ministros que jamás hubiera tenido un emir en Al Ándalus.

Observó los rasgos de aquel rostro otrora intimidante, cuya expresión, aun en ausencia de palabras, había bastado para que cualquier interlocutor agachara aturdido la mirada al suelo. Ahora aparecía demacrado, escuálido, vulnerable, vencido por los miasmas que entraron en su cuerpo con aquella maldita flecha cristiana y que aún no había sido capaz de expulsar. La piel de sus pómulos colgaba pálida, macilenta y arrugada, sin carne apenas que cubrir. ¡Qué satisfacción obtendría el perverso Sancho si supiera que, al fin, había causado a su enemigo el mayor mal que pudiera imaginar! Qué lejos quedaban ya aquellos años de juventud, en que las victorias le habían hecho sentirse invencible. Ahora, con su viejo preceptor, consejero, ministro y amigo postrado en aquel lecho, era consciente, más que nunca, de su extrema vulnerabilidad.

A su mente volvieron las imágenes de su infancia, cuando el joven Badr, que antes se había desvivido por adquirir los conocimientos que estuvieran a su alcance, dedicaba todos sus esfuerzos a volcar en él aquellas enseñanzas. Podía revivir sin dificultad las interminables jornadas en las bibliotecas del palacio, a la luz del sol de la mañana o bajo la tenue claridad de las lámparas. Recordaba la emoción de los primeros años de su formación militar, ¡su primera aceifa!, siempre bajo la atención de Badr, en quien su abuelo Abd Allah sin duda había confiado. Un nudo le atenazó la garganta cuando comprendió que podía perder para siempre a aquel hombre cuya débil respiración agitaba sin fuerza las sábanas que lo cubrían. Tragó saliva y se incorporó, tratando de sobreponerse, de armarse de valor para la conversación que iba

a tener lugar a continuación. Deslizó la mano hasta el brazo del *hāchib*, que descansaba inerte sobre el lecho, y con suavidad le oprimió la muñeca.

Los ojos de Badr se entreabrieron para revelar una mirada opaca e indolente. Pareció que, con extrema lentitud, la realidad se abría paso a través de ella, hasta que, al fin, una tenue sonrisa se dibujó en su semblante.

—¡Eres tú, Abd al Rahman! —musitó con una mueca de alivio.

—Así es, mi fiel Badr. He venido en cuanto he recibido tu llamada.

—Gracias al cielo —dijo sin fuerza, arrastrando las palabras—, por un momento he temido que…

—Nada debes temer, estás en manos de los médicos más competentes de la corte, y del emirato.

Badr sonrió de nuevo.

—Ya no me son necesarios, Abd al Rahman —respondió, intentando alzar la mano para ser él el que tocara el brazo del emir—. El mal que consume mis entrañas está a punto de vencer en esta guerra, y no te voy a decir que no lo lamento. Me duele por Nora, por mis hijos, Abd al Rahman y Adur, por Muzna… por ti. Pero me voy satisfecho, porque los planes que hace ocho años trazamos para tu reinado… están a punto de hacerse realidad, a pesar de todo.

—Los verás cumplidos, Badr.

El *hāchib* cerró los ojos y asintió con la cabeza, aunque la expresión negaba aquel gesto.

—De ello quería hablarte, Abd al Rahman. Ya puedes decir que en tu reinado el emirato ha superado la crisis que lo mantenía al borde del abismo desde hacía años, pero queda mucho por hacer. Una tarea todavía ingente… —Su voz se apagó, agotado por el esfuerzo.

—Lo sé, Badr. Hemos hablado sobre ello en multitud de ocasiones.

—A pesar de la nueva defección de Sulaymán, no debes cejar en el empeño de combatir a los hafsuníes. El día que la bandera blanca de los omeyas ondee en la cumbre de Burbaster, habrá cambiado la historia de tu reinado. Ese debe ser tu principal objetivo, y para alcanzarlo solo tienes que perseverar en la política que juntos trazamos en tiempos mucho más comprometidos. Las arcas del Estado comienzan a recibir, en forma de tributos, los beneficios de tu política de pacificación. Juntos hemos recuperado el control de las capitales de las coras, hemos asegurado castillos, fortalezas y alquerías, y hemos restablecido la seguridad en los caminos para permitir la actividad de los mercaderes. El oro que recaudamos nos permite ya reclutar un ejército poderoso, y con él has de continuar asegurando el control de las fronteras.

—Haré lo que dices, Badr, pero quizá te convenga descansar…

El *hāchib* negó débilmente con la cabeza.

—Quizá sea nuestra última conversación, mis fuerzas cada vez son más escasas. Toma lo que te voy a decir como la última… sugerencia del que un día fue tu preceptor, pues lecciones ya no puedo dar a quien ha demostrado sobradamente tener más capacidad y criterio que yo.

—Te escucho, *hāchib*…

—Presta tu apoyo a Muhammad ibn Abd Allah en la Marca Superior. En Muish se distinguió como un guerrero excepcional, pero afronta los mayores riesgos en solitario. Ni siquiera los tuchibíes de Saraqusta le asisten como debieran. Juntos debéis repetir aquella *‘saifa*, si no quieres que Sancho y Ordoño asesten golpes definitivos hasta adelantar sus líneas al Ūadi Ibrū y el Ūadi Duwiro. La presencia de Muhammad y de los Banū Qasī al norte del río es una garantía para el emirato, y en ningún caso debes permitir que se pierda esa posición.

Abd al Rahman asentía pensativo.

—Y respecto al tercer pilar de tu política…

—El Maghrib, Ifriqiya…

—Los idrisíes atraviesan por una situación complicada, como bien sabes. Al Mahdi y los fatimíes están a punto de hacerse con el control de Fās, su capital, y ni siquiera nuestro apoyo a través de la tribu *zeneta* parece suficiente. La caída de Fās resultaría nefasta para nuestros intereses en el continente, y no debes reparar en esfuerzos para evitarlo, enviando tropas si es preciso. No tendrás problemas para hacerlo, la política de construcción naval emprendida hace ocho años está dando sus frutos, y por vez primera nuestra flota podría hacer frente a la marina fatimí.

Badr había pronunciado las últimas palabras con esfuerzo, las pausas para tomar aliento eran cada vez más frecuentes, y el emir hizo un gesto elocuente con las manos que le hizo callar.

—Descansa, mi querido Badr…

—Lo que me queda por decir… es lo más importante —insistió, superando el resuello que parecía ahogarlo—. Nunca antes te había hablado de ello, y no podré… no podré descansar en paz hasta que lo haga. Se trata de los fatimíes, precisamente. Debes escuchar con atención, lo que tengo que decirte es fundamental para el futuro de tu reinado.

Abd al Rahman se inclinó hacia delante para evitar que se viera forzado a alzar la voz, pero solo pudo comprobar que su rostro enrojecía por la congestión y de inmediato la piel antes blanquecina adquiría un aspecto amoratado.

—¡Médicos! —gritó, al tiempo que se incorporaba y con grandes zancadas salvaba la distancia que lo separaba de la puerta.

La primera en entrar fue Nora. Se lanzó hacia el lecho con el temor reflejado en el semblante y, con la mano abierta a modo de abanico, trató desesperadamente de dar aire a Badr, quien con expresión de dolor y la mano derecha sobre el pecho intentaba

dar bocanadas.

—¡Que alguien avise a mis hijos! —gritó deshecha en lágrimas antes de volverse de nuevo hacia su esposo—. ¡Apiádate de él, Allah Todopoderoso, no me lo quites ahora…!

Muzna se colocó tras ella y se limitó a sujetarle los hombros con ternura, retirando las manos solo el tiempo necesario para apartarse sus propias lágrimas de la cara. Sin embargo, la respiración de Badr dejó de ser jadeante, y de forma gradual un asomo de color regresó a sus mejillas. Sus ojos, un instante antes abiertos por la angustia, se cerraron ahora mientras el aire llenaba de nuevo su pecho de forma rítmica.

—¡Abd al Rahman! —llamó cuando fue capaz de balbucear de nuevo—. Acércate, Abd al Rahman.

El emir regresó al lugar que había ocupado junto al lecho, y Nora, sollozando aún, con la mano abierta cubriéndose la boca, dio un paso atrás.

—Acércate —pidió Badr.

El soberano se arrodilló junto a él, acercó el oído a sus labios, y entonces el enfermo, con voz apenas audible, comenzó a hablar.

Varios médicos y los dos hijos del *hāchib* se encontraban ya presentes en la estancia cuando el soberano se levantó y, con un brillo especial en los ojos, enfrentó las miradas de todos. Caminó hacia la ventana más alejada y dio la espalda a la familia de Badr, que de nuevo rodeó al enfermo. Durante un tiempo que no podría calcular, contempló las ramas de los árboles que se agitaban en el exterior, mientras todos sus pensamientos se centraban en las palabras que acababa de escuchar. Solo cuando un gemido desesperado inundó la sala supo que acababa de perder el mayor apoyo de su reinado, y de su vida.

Muzna, tratando de respetar la intimidad de la familia de Badr, se refugió en el pecho de su hijo para dejarse llevar por el dolor. Abd al Rahman la rodeó con sus brazos, y permanecieron así hasta que las lágrimas parecieron secarse, escuchando los lamentos de Nora y de sus hijos. Cuando uno de los chambelanes del alcázar se atrevió a asomar el cuerpo a través de la puerta entreabierta, el emir asintió con la cabeza, con lo que daba su autorización para comenzar los preparativos de las funciones fúnebres. Se prometió a sí mismo que no tendrían nada que envidiar a las que se celebraron con ocasión de la muerte del último emir, su abuelo. Haría que toda Qurtuba rindiera un homenaje póstumo al hombre que había sacado a la ciudad de la postración en que se hallaba.

La voz de su madre lo sorprendió abstraído en tales reflexiones.

—Sin duda era importante lo que Badr tenía que decir…

—Más de lo que puedas imaginar, madre. Pero solo cuando llegue el momento habré de revelar sus palabras, y entonces Qurtuba conocerá su legado. Occidente lo

conocerá, todo Dar al Islam lo hará… y sabrá del genio de Badr ibn Ahmad, el más grande *hāchib* que ha conocido Al Ándalus.

Año 923, 311 de la Hégira

40

Puente la Reina

—Comportaos según las instrucciones que habéis recibido —rogó la reina con gesto de preocupación—. Sobre todo tú, Sancha. Tienes veintidós años, para ti ya no habrá muchas más oportunidades. He tenido que forzar la voluntad de vuestro padre para concertar este encuentro, pero puede resultar providencial si sabemos aprovecharlo.

El carruaje traqueteaba por el suelo irregular del camino, y aún quedaba lo peor. Habían partido de Pampilona poco después del amanecer, y solo se habían detenido con el sol en lo más alto para dar descanso a las tropas, a las que acompañaban en su camino hacia el sur, después de atravesar la cadena montañosa que las separaba de su destino. Toda compartía asiento con Sancha y, en el extremo, una joven y frágil dama de compañía trataba de sujetarse para no salir despedida. Enfrente, otras dos damas escoltaban a Onneca, que aprovechaba la corpulencia de ambas para embutirse entre sus carnes, pues no era calor lo que sobraba en el interior del habitáculo.

—¡Cuánto mejor hubiera sido viajar a lomos de nuestras mulas! —protestó, mientras se llevaba una mano a la espalda con gesto de dolor.

—Es cierto, y así lo haremos a nuestro regreso —aseguró Toda—. Pero dos princesas de Pampilona no pueden presentarse ante un posible pretendiente montadas en uno de esos sucios animales, como si de molineras se tratara. Quiera Dios que lleguen con bien las vajillas y los enseres que viajan en el resto de los carromatos.

—¡Mientras no tengamos que remangarnos las enaguas para atravesar el Arga!

—¡Onneca! —protestó Toda, exasperada, tratando de ignorar las risas apagadas de las doncellas.

Se inclinó hacia delante y miró por uno de los ventanucos para comprobar que se acercaban ya al principal obstáculo de su camino.

—Llegamos al vado, hijas mías. Al otro lado ya se divisan las tiendas de los leoneses.

—¡Válgame el cielo! —exclamó una de las doncellas, lo que atrajo sobre ella una furibunda mirada de Toda.

—No debes mostrarte inquieta, querida Sancha —dijo, volviéndose hacia ella—. Me consta que, antes de morir, su esposa Elvira lo amaba de veras. No perdía la ocasión de alabar el cariño y la ternura que Ordoño le mostraba, las atenciones con

que la regalaba… Ahora es un hombre viudo, y sin duda echa en falta el amor y la dedicación de una esposa.

—Lo sé, madre. Pero enviudó con cincuenta años. No sé si… —respondió, sin atreverse al parecer a terminar la frase—. ¡Me lleva treinta!

—¿Qué importa la edad cuando de amor, ternura y cariño se trata? —atajó Toda con un gesto de la mano—. Además…

El carruaje se detuvo con brusquedad, y la reina tuvo que sujetarse para no caer, dando gracias por la interrupción. El sonido de los cascos de varias cabalgaduras se aproximó antes de que la portezuela se abriera.

—¡Sancho! —exclamó.

—Tengo una sorpresa para vosotras. El barón de estas tierras —se volvió para señalar a uno de los hombres que lo acompañaban— ha tenido a bien ordenar la construcción de un sólido puente sobre el río para dar paso a nuestro ejército sin necesidad de vadear el cauce.

—Así es, señora —dijo el otro hombre, con una profunda reverencia—. Y enterados de vuestra presencia en esta campaña, nada nos satisfaría más que fuerais vos, nuestra reina, acompañada por las hijas de nuestro señor, la primera en atravesar este puente.

—¿Es seguro lo que proponéis, señor mío? —respondió Toda, temerosa, mirando al frente.

Una imponente construcción alzada sobre robustas vigas de madera entrecruzadas se extendía ante ella. Desde aquel lugar se observaba la tablazón bien ensamblada que constituía la calzada por la que habrían de pisar.

—Se ha probado con carruajes repletos de rocas pesadas, mi reina. Os puedo asegurar que ni un crujido se ha oído, ni se ha sentido el más mínimo temblor. Comprobadlo vos misma, si lo deseáis, a pie.

—No será necesario, barón. Si nuestros hombres van a arriesgar su vida en el campo de batalla, no será su reina la que se arredre ante la posibilidad de un chapuzón —respondió—. ¡Ordenad al postillón que azuce a las mulas!

Toda tuvo el tiempo justo para tomar asiento antes de que los animales arrancaran. El carruaje se dirigió al inicio del puente y escaló con un empellón el peldaño que separaba la tierra del camino de la primera traviesa. Ninguna de ellas pudo evitar un estremecimiento al oír el sonido de la madera hueca bajo las ruedas, pero todas asomaron la cabeza para contemplar el avance sobre las aguas azules y tranquilas del caudaloso río. Alguna de las doncellas exhaló un profundo suspiro cuando volvieron a sentir la tierra por debajo de ellas. De nuevo se abrió la portezuela.

—Os felicito —dijo Toda, dirigiéndose al barón, que en esta ocasión no se había apeado del caballo.

—Estamos orgullosos del resultado de nuestro esfuerzo, y como en el futuro de alguna forma habrá que bautizar este puente situado en medio del descampado, no se nos ocurre mejor manera que llamarlo el Puente de la Reina… si la señora está de acuerdo en que así sea.

—Me place, barón.

—En ese caso, así será conocido de ahora en adelante.

A petición de Toda, el encuentro con el rey Ordoño se pospuso hasta la mañana siguiente. No estaba dispuesta a hacer comparecer a sus hijas ante el rey de León de aquella guisa, con vestiduras solo apropiadas para el viaje, y Sancho no supo encontrar argumentos para oponerse a su deseo. Ante sus ojos, los de sus hijas y los de las damas que las acompañaban, nada habituadas a tales despliegues, fue tomando forma un extenso campamento cuya actividad parecía caótica. Las mulas que viajaban en la retaguardia eran conducidas al lugar donde debían ser despojadas de su carga, para continuar después hacia los improvisados rediles, levantados con estacas y gruesas cuerdas de esparto, en la orilla del río. A la espera de que alzaran su propia tienda, las hijas del rey y sus damas descendieron del carruaje ansiosas por estirar las piernas, pero permanecieron recogidas junto a él, fuera de la vista de la soldadesca, en un recinto delimitado con prisa con telas opacas sujetas a los árboles circundantes y al propio carromato.

Toda esperaba con ellas, aunque se alojaría junto a su esposo en el pabellón real. Había sido ella quien había conseguido convencer a Sancho de la conveniencia de acompañar al ejército en la campaña que se avecinaba, a pesar de sus reticencias y las de Galindo, el nuevo obispo de Pampilona. Habían dejado pasar demasiado tiempo, y la necesidad de tomar decisiones acerca del futuro de sus hijas se volvía apremiante. Recordaba cómo el verano en que se produjo el desastre de Muez los acontecimientos se habían precipitado de tal manera que el encuentro con Ordoño y con la reina Elvira se había tornado imposible.

Había estado a punto de comprometer a Sancha con uno de los jóvenes caballeros que luchaban junto a su esposo, hijo de conde, con posesiones y abolengo más que suficientes para pretenderla, pero el desgraciado fue uno de los ajusticiados por el emir después de la batalla. Pensó que Dios la perdonaría si daba gracias por ello, porque al poco tiempo llegó la noticia de la muerte de Elvira: había fallecido durante una de las campañas de su esposo, y Ordoño, al regresar, tan solo encontró su nombre labrado en una lápida del panteón real. Toda llevaba esperando aquel momento desde entonces. Su empeño por emparentar las casas reales de Pampilona y León se había convertido en una obsesión, y ante ella se presentaba ahora la oportunidad de hacerlo a través del propio rey viudo. La entrevista que habría de tener lugar en unas horas, antes de que ambos reyes partieran juntos, resultaría pues trascendental.

Aún no había levantado la niebla que surgía del río cuando Toda penetró airada en

el pabellón del rey. Sin atender a las formas, se dejó caer en el primer escabel y enfrentó su mirada a la de Sancho, que la seguía con gesto de contrariedad.

—¿Cómo ha sido posible algo así? —exclamó, enfurecida—. Jamás me había sentido tan ridícula. ¿Es que nadie ha podido advertirte de un acontecimiento de tal importancia?

—Nuestra correspondencia en los últimos meses se ha limitado a los asuntos de la guerra contra los infieles. Únicamente hemos convenido en la necesidad de unir de nuevo nuestras fuerzas, hemos tratado los detalles del encuentro entre nuestros ejércitos, a la espera de esta entrevista. Y solo cara a cara con Ordoño ha surgido este…

—¡Este mazazo a nuestras aspiraciones! —cortó—. ¡Aragonta! ¡Nombre vulgar donde los haya para una reina! Hija de un magnate de Galicia…

—Tranquilízate, Toda. Estamos de acuerdo en la conveniencia de establecer lazos matrimoniales entre nuestros reinos, pero en este momento tenemos asuntos más acuciantes que atender. Quizá no has llegado a escuchar las últimas informaciones… los Banū Qasī, ese maldito Muhammad ibn Abd Allah, han negociado la paz con los Banū Sabrīt de Huesca, con quienes mantenían diferencias, para tener las manos libres. Han buscado la alianza con un clan de bereberes, los Banū Di-l-Nun, que dominan el distrito de Santaver, y juntos se disponen a lanzar un nuevo ataque contra nuestras líneas.

La irritación de Toda pareció ceder, y su ceño se relajó, pero la expresión airada se vio sustituida por un gesto de preocupación.

—¿Acaso piensa en repetir la victoria de Muez? Esta vez no le asiste el ejército de Qurtuba.

—Y Ordoño se encuentra aquí, preparado para presentar batalla junto a mí desde el principio.

Toda miró a su esposo y tendió las manos hacia él. Sancho se aproximó y las tomó entre las suyas.

—Perdóname, Sancho, sé que no me he comportado con corrección, pero has de comprender que ha sido un golpe duro en extremo. Ahora solo me preocupa lo que pueda suceder en la lucha que se aproxima…

—Dios nos protegerá cuando llegue el momento. Pero pienso que quizá tu viaje hasta aquí no haya sido en vano…

—¿Qué quieres decir?

—¿Te has fijado en la forma en que se miraban Onneca y Alfonso, el primogénito de Ordoño?

Toda esbozó una sonrisa y asintió.

—Sin embargo, no sería justo. Sancha estaba dispuesta a aceptar como esposo a un hombre treinta años mayor que ella. Si esa posibilidad se revela imposible, ¿no

debería ser ella quien…?

—¿Acaso somos quiénes para jugar a alterar la voluntad de Dios? Quizá manifiesta esa voluntad a través de los deseos de sus criaturas. En todo caso, es prematuro e inapropiado plantear tal posibilidad cuando estamos a punto de partir para combatir a los infieles.

Toda pareció reflexionar, aunque no respondió.

—¿Cuándo habéis previsto salir?

—Debemos ultimar los detalles a lo largo del día, pero posiblemente lo hagamos al amanecer. Ni Ordoño ni yo queremos permitir que ese malnacido pariente nuestro penetre de nuevo en el corazón del reino. Pretendemos sorprenderlo en su territorio, cruzando el Ebro, quizás en las proximidades de Viguera. ¿Qué harás tú?

—Si Dios bendice a nuestros ejércitos con la victoria, será señal de que vuestra alianza cuenta con el favor divino. Quizás ese sea el momento de tratar de aquello que me ha traído hasta aquí —dijo con expresión esperanzada.

—En ese caso… ¿no regresas a Pampilona?

—Creo que os acompañaré en vuestro camino hasta el Ega. Permaneceré esperando vuestro regreso en el monasterio que fundaste en Irache tras la conquista de Monjardín. Tus hijas y yo rezaremos allí cada día por vuestra victoria… y pediré a Dios que sea propicio a mis anhelos por su porvenir.

41

Ribera del Ūadi Eyroqa

Mūsa se encontraba al límite de su resistencia. Ni siquiera la fortaleza que le caracterizaba a sus veinticinco años bastaba para acarrear durante horas el peso muerto de su hermano con el fin de alejarlo del campo de batalla y de la posibilidad de que lo capturaran. Respiró profunda y afanosamente, para poder seguir avanzando un trecho más, hasta alcanzar la siguiente terraza en su avance oblicuo por la ladera del valle, en dirección a las gargantas de Baqira. A pesar de la llovizna que había comenzado a caer, sudaba de forma copiosa y sentía el flagelo de la sed. La brecha de la pierna le había sangrado de manera profusa, lo que sin duda había contribuido a su debilidad, pero no era su propia herida, limpia y poco profunda, lo que preocupaba al muchacho, sino lo que fuera a encontrar bajo el vendaje empapado en sangre que envolvía el brazo izquierdo de Muhammad.

Habían combatido hombro con hombro y, con la desesperación de no poder hacer nada salvo proferir un inútil grito de aviso, vio caer sobre su hermano la salvaje estocada que había terminado por derribarlo. Aun herido, había seguido lanzando mandobles sin descanso, hasta que la debilidad pudo más y pareció nublársele la vista, pero solo detuvo su espada un instante antes de precipitarse al suelo. Angustiado, Mūsa había saltado de su montura para socorrerlo, aunque bien poco podía hacer en medio de aquel infierno de hombres y bestias, aparte de tomarlo por los brazos y, agachado o reptando, sintiendo a cada instante la cercanía del golpe que acabaría con su vida, arrastrarlo hasta los árboles que marcaban el límite del campo de batalla.

Sin duda el Todopoderoso se había servido de la espesura para proteger su huida, pero Muhammad gemía de dolor en medio de un estado de duermevela, y un reguero de sangre marcaba el camino que habían seguido. Mūsa miró alrededor y encontró unos juncos que crecían junto a un regacho. Arrancó tres, rodeó el brazo con ellos por debajo del hombro e hizo un nudo con fuerza. Luego se rasgó la túnica y se disponía a envolver el brazo lacerado cuando emitió un gemido de impotencia al descubrir, entre la carne sanguinolenta, los pedazos blanquecinos del hueso, destrozado por encima del codo.

Al atardecer la niebla, que ascendía a jirones desde el río, había sustituido a la lluvia, y ahora le impedía distinguir con claridad la sombra oscura que se alzaba ante

ellos, aunque debía tratarse de una alquería en medio del monte. Sintiendo la lengua acartonada y reseca dentro de la boca, acomodó a su hermano entre la maleza, extrajo la espada de su funda y echó a andar. Quizá tuviera suerte y algún mulo, un burro al menos, quedara en la cuadra.

—¿Quién vive? —llamó al llegar, aunque no obtuvo respuesta.

Caminó alrededor del establo repitiendo la llamada, pero parecía desierto. Sin duda los aldeanos habían huido precipitadamente ante la proximidad de la batalla. Por un instante creyó oír ruidos en el interior. Aguzó el oído y los sonidos se reprodujeron, como si algo se arrastrara sobre la paja. Alzó la espada y empujó la puerta con ella. Dos cabras miraban con curiosidad hacia la entrada, protegiendo con su cuerpo a dos pequeños cabritos que no levantaban dos palmos del suelo. Mūsa cerró la puerta tras de sí, dejó la espada a un lado y se acercó con cuidado, hablando a los animales con voz amable. Las cabras balaron buscando inquietas una salida, pero el joven consiguió arrinconar a una de ellas. Sus ubres estaban turgentes, y sin dejar de sujetar al animal descolgó de una alcayata el cuenco de madera que se usaba durante el ordeño. Con pericia, agarró los pezones de manera alternativa, y la leche caliente comenzó a fluir hacia el recipiente. El primer trago, tomado con avidez, se convirtió en su boca en el más delicioso manjar que jamás hubiera probado.

Solo cuando hubo calmado la sed llenó de nuevo la escudilla y regresó al lugar donde permanecía Muhammad. Le levantó su cabeza, le llevó el cuenco a los labios y lo inclinó. Su hermano trató de beber instintivamente, pero un violento acceso de tos le hizo expulsar el líquido tibio. Mūsa insistió con paciencia, hasta que la túnica bajo la cota de malla quedó empapada. Después, con un nuevo esfuerzo, trasladó a su hermano a la alquería, amontonó toda la paja de la cuadra en una de las esquinas y lo acomodó sobre ella. Recorrió el lugar en busca de ropa de abrigo y la encontró en la estancia principal. Aunque las mantas habían conocido mejores tiempos y las pulgas saltaban al suelo al sacudirlas, serían suficiente para aquella noche. De nuevo dejó solo a Muhammad para salir al exterior con las últimas luces. Buscó por ribazos y regatillos, pero apenas encontró plantas conocidas que pudiera utilizar para un emplasto, tan solo llantén y verbena, y dos especies más que creía recordar útiles, aunque desconocía sus nombres. Entró en la vivienda y no tuvo que rebuscar demasiado para hallar un pellejo con restos de vino, en el que comenzó a machacar las hierbas para preparar el emplasto. Cuando el sol se puso, Muhammad había sucumbido al agotamiento, ajeno al riesgo. Sin embargo, a juzgar por lo agitado de su descanso, ni siquiera el sueño podía impedir que reviviera el que había sido uno de los días más aciagos de su vida.

Nada había salido conforme a los planes. Muhammad había creído que tenía fuerza suficiente para enfrentarse de nuevo al rey pamplonés, esta vez sin la ayuda del poderoso ejército de Qurtuba. Los bereberes de Santabariyya, los Bānu Di-l-Nun,

habían comprometido su ayuda, y era cierto que habían cumplido con su palabra, pues días atrás se habían presentado en la Marca acompañados por un numeroso ejército. Después de la derrota de Muish, Sancho parecía haber comprendido el mensaje del emir Abd al Rahman y había dirigido sus esfuerzos de conquista hacia las tierras de Aragūn, mientras que el rey Urdūn centraba los suyos en la ribera del Ūadi Duwiro, en ambos casos lejos de los dominios de los Bānu Qasī. Muhammad, entonces, había albergado la esperanza de poder atacar los enclaves conquistados por Sancho en sus últimos años de avance, tras el asesinato de su padre, Abd Allah.

Mūsa sabía que en aquella vieja afrenta había que buscar las verdaderas razones de la actitud de su hermano. Durante la *‘saifa* de Muish, Muhammad se había distinguido por su arrojo contra los cristianos, pero, a pesar de la victoria y de la muerte de muchos de sus barones y caballeros, la huida de Sancho había sido una decepción para él, casi una derrota. Desde entonces había tratado de buscar la manera de completar la venganza, si bien los enfrentamientos con los Bānu Sabrīt de Ūasqa lo habían impedido hasta un año antes. A partir de ahí se había gestado la alianza con Mutarrif ibn Di-l-Nun, que había culminado con la llegada, tan solo unos días atrás, de un ejército de bereberes, hombres espigados y de piel oscura, tocados con sus llamativos turbantes. Se disponían a vadear el Ūadi Ibrū en su ruta hacia la fortaleza de Deio, enclave simbólico del poder de Sancho, cuando les informaron de la sorprendente proximidad del ejército cristiano. En los primeros momentos, las noticias fueron confusas, aunque no tardaron en confirmarse los temores: de nuevo los leoneses, con el rey Urdūn al frente, habían acudido en ayuda del rey de Pampilona.

Mūsa había tratado de disuadir a su hermano, de hacerle ver la necesidad de encastillarse y lanzar, en todo caso, ataques rápidos y por sorpresa si Sancho y Urdūn se arrojaran de nuevo a la conquista de las fortalezas de la zona. Pero eso era lo que Muhammad se había propuesto impedir a toda costa, y logró convencer a los Bānu Di-l-Nun de la necesidad de hacer frente a los cristianos en una batalla campal. En las primeras horas de aquel día, se había revelado lo errado del empeño. Antes de que Muhammad cayera herido, se había iniciado la desbandada musulmana, que la altura y los llamativos colores de los turbantes bereberes habían hecho ostensible. El grupo más numeroso retrocedía por el cauce del Ūadi Eyroqa, sin duda en busca de refugio en los cortados que rodeaban la fortaleza amiga de Baqira. Pero nadie había tenido la prudencia de aprovisionar la *alqasába* y, en caso de asedio, las posibilidades de resistencia era limitadas.

Mūsa pasó la noche pendiente de su hermano, inquieto, tratando de permanecer atento en medio de la oscuridad a cualquier señal de una presencia que pudiera comprometer su ya de por sí precaria situación. Por eso se sorprendió cuando abrió los ojos y descubrió que la claridad del amanecer entraba ya a través de las rendijas.

Se maldecía por su falta cuando oyó el ruido que lo puso en guardia. Con tanto sigilo como pudo, retiró la manta mugrienta, se deslizó hasta colocarse tras el quicio de la puerta y extrajo su daga en el preciso momento en que alguien empujaba desde fuera. La propia puerta impedía a Mūsa ver al desconocido, pero estaba seguro de que este ya había advertido el cuerpo inconsciente de su hermano. En ese instante empujó con toda la fuerza de que fue capaz, y el campo de visión de abrió ante él. Un muchacho no mayor de doce años trataba de sobreponerse a la sorpresa, tumbado boca arriba en el suelo de tierra, y hacía palanca con las piernas para alejarse de su agresor. Mūsa dio dos pasos rápidos hacia él, y los ojos del chico se abrieron con una expresión de terror.

—¡Piedad! —gimió—. ¡Por la misericordia de Allah, no me hagas daño!

Mūsa se detuvo ante él con la daga en la mano. Una mancha negra del tamaño de una avellana cubría gran parte de su labio superior.

—¿Eres musulmán? —preguntó, seguro ya de la respuesta.

El muchacho asintió.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Es mi casa, *sahib*.

—¿Y tu familia?

—Padre y mis dos hermanos mayores luchan con el ejército de Muhammad. Desde ayer no sabemos de ellos.

—¿Y tu madre? —preguntó a la vez que le tendía la mano para ayudarlo a ponerse en pie.

El chico calló.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó Mūsa con voz cordial.

—Yahya, *sahib* —respondió sin dudar.

—Está bien, Yahya. Este hombre que ves ahí es mi hermano, ayer resultó gravemente herido y necesitamos ayuda.

—¿Qué puedo hacer yo? —respondió, aún huraño y desconfiado.

—¿Conoces algún curandero en los alrededores? ¿Una partera…?

El muchacho pareció detenerse a pensar.

—Hay un monasterio cerca de aquí. El hermano herbolario sabe de plantas y remedios, ejerce de barbero y también hace de *albáytar*. Salvador es su nombre. Es bueno herrando las cabalgaduras y sajando las heridas.

—Es lo que mi hermano necesita. ¿Tú podrías conducirme hasta allí?

Yahya negó con la cabeza.

—Sois musulmanes, quizás os entreguen a las tropas de Sancho. Además, mi hermana mayor ha parido, pero no tiene para alimentar a su criatura. Mi madre me ha enviado en busca de la leche de estas cabras, y debo regresar.

—Por eso están escondidas, ¿no es así? Seguramente en alguna cueva de las que

salpican los cortados. Puedo acompañarte hasta allí y después, si tu madre no tiene inconveniente, tú puedes conducirme hasta el monasterio.

El muchacho no pareció convencido, y Mūsa comprendió que para él no suponían más que una amenaza añadida. Podía buscar el monasterio por sí mismo, pero la niebla aún cubría el valle, y perderse podía resultar nefasto.

—¿Para quién dices que luchan tu padre y tus hermanos?

—Padre siempre dice que luchan para defender lo que es nuestro, pero lo hacen bajo las órdenes de Muhammad ibn Abd Allah, nuestro caudillo.

—¿Has tenido oportunidad de conocerlo?

El chico negó con la cabeza.

—Aún soy muy joven.

—Sin embargo, ahora tienes la oportunidad de salvar su vida, Yahya. Ese hombre que ves ahí, malherido, es Muhammad. Y yo soy su hermano, Mūsa.

El muchacho abrió de nuevo los ojos de forma desmesurada.

—Entonces… —balbuceó—, entonces, ¿estabais en la batalla?

Mūsa asintió.

—¿Qué ocurrió, *sahib*? Mi padre, mis hermanos…

—Tranquilízate, muchacho. Si conocen el terreno, no se les enviaría a primera línea. Con seguridad se les asignó a las unidades de reconocimiento, al menos así lo hubiera hecho yo. Lo más probable es que a estas horas estén en el grupo que retrocedió hacia la *alqasába* de Baqira.

—¿Hubo orden de retirada?

—Lo ignoro, Yahya. Si la hubo, no fue Muhammad quien la dio, no tuvo posibilidad… —explicó con la mirada puesta en su hermano.

—Siento lo sucedido.

—Lo sé, Yahya. Y ahora… ¿crees que podrás ayudarnos?

Esta vez el muchacho asintió con la cabeza.

—Pero antes tengo que ordeñar esas cabras, *sahib*.

Había despojado a Muhammad de su excelente cota de malla y de cualquier signo que pudiera delatar su identidad antes de abandonar el improvisado refugio. El traqueteo del camino, arrastrado sobre unas parihuelas, lo había despertado y gemía, incapaz de soportar el dolor en completo silencio, aunque el joven novicio encargado de conducir la mula no parecía reparar en sus quejidos sordos. Mūsa caminaba junto a él cuando por fin llegaron a un muro de adobe en el que se abría una sólida puerta de madera tan amplia como tosca.

El monasterio ocupaba una terraza que se extendía al abrigo de un cortado rocoso, y su muro, de forma irregular, rodeaba el recinto en su totalidad, salvo en la zona en que los edificios se abrazaban a la montaña. La parte edificada por los monjes parecía el resultado de sucesivas ampliaciones, partiendo de lo que habría sido el núcleo

original, bajo una enorme lasca inclinada donde quizás hubiera hallado refugio el primer grupo de eremitas que habitaron el lugar. La iglesia, separada del resto, se encontraba en la parte más alejada del conjunto, y su torre tenía más aspecto de atalaya que de campanario, por mucho que en uno de sus vanos pendiera una escuálida campana.

Mūsa se adelantó con gesto de preocupación cuando el hermano herbolario salió a su encuentro.

—Agradezco vuestra hospitalidad, hermano Salvador —le dijo, tomando su antebrazo con las dos manos—. Solo la desesperación me ha hecho acudir aquí, ignorando el peligro de que nos entreguéis. Sé los riesgos que corréis vosotros al acogernos entre estos muros. Transmite mi gratitud al superior de vuestra congregación.

—Estás ante él —explicó el monje—. Por desgracia, no somos una comunidad numerosa, y nuestras responsabilidades se multiplican. Respecto a nuestra supuesta hospitalidad… todos somos criaturas del Señor, y no está en nuestra mano rechazar el amparo a uno de nuestros hermanos por el hecho de no profesar nuestra fe. Así que, cuanto antes, vamos a llevar a tu hermano a la enfermería y veremos en qué podemos ayudar a Dios.

El novicio había soltado las ataduras que sujetaban las parihuelas a los costados de la mula, y ahora Muhammad descansaba en el suelo. Lo alzaron entre los dos, mientras el monje les conducía hacia la única estancia separada del resto, en el extremo septentrional del monasterio. A ambos lados se extendía una zona de huerta que no era tal, pues lo único que Mūsa pudo distinguir allí eran plantas de uso medicinal. Depositaron a Muhammad sobre una sólida plataforma de madera cubierta por una estera en el centro de la estancia. El monje se desentendió de él y se dirigió al fuego que ardía en uno de los rincones. Lo avivó con el atizador y después se acercó a una de las alacenas repletas de cuencos, frascos y redomas. Tomó uno de los recipientes de barro y retiró el tapón de cera tirando del cordón que lo atravesaba. Vertió una porción de su contenido en un pequeño vaso y regresó junto a Muhammad.

—Es licor de adormidera —explicó—. Le irá bien mientras limpiamos la herida.

Mūsa trató de incorporar a su hermano colocándole un brazo detrás de la cabeza, al tiempo que el monje volcaba aquel bebedizo entre sus labios. Muhammad torció el gesto, pero, aunque parte se le deslizó por las comisuras de la boca, acabó tragando. El herbolario no perdió el tiempo mientras el brebaje hacía efecto: preparó paños, calentó agua, desenvolvió un tapete de fieltro que contenía afilados estiletes y pinzas, y vació dentro de un cuenco el líquido transparente de una botella.

—¿Qué es? —se interesó Mūsa.

—Es el resultado de destilar nuestro mejor vino. Evita que las heridas se

emponzoñen.

Mūsa esperaba ansioso el momento en que el monje destapara el brazo de su hermano y, cuando lo hizo, se descubrió pendiente de su expresión. Contempló cómo la curiosidad daba paso al estupor, y este a la pesadumbre. Vio una mirada furtiva dirigida a él, y enseguida advirtió que el herbolario enrojecía. Durante un buen rato, lo vio hurgar en la herida, pero por su semblante supo que se esforzaba en buscar palabras para suavizar una mala noticia. Se lo confirmó la manera de carraspear antes de hablar.

—Me temo… me temo que no vamos a poder salvar este brazo —balbuceó, con voz apenas audible.

Mūsa sintió como si una maza volteada con fuerza se hubiera estrellado contra su rostro y no pudo evitar un gemido de desesperación.

—Si queremos salvarle la vida sería necesario amputar… cuanto antes. Pero… pero me temo que no tengo la experiencia necesaria —trató de excusarse—, jamás he tenido que hacer algo así en el monasterio.

A la angustia de Mūsa se sumó ahora el miedo a que el monje se echara atrás, condenando a su hermano a una prolongada agonía.

—Haz lo que debas, su vida está en las manos de Allah… su vida está en tus manos —se corrigió al advertir lo inconveniente de sus palabras.

—Hay un riesgo, Mūsa. Tu hermano es joven, es fuerte… pero ha perdido mucha sangre, y perderá mucha más —dijo sin atreverse a mirar a sus ojos—. Si no hubiera sido por tu torniquete y tu apósito, no habría llegado hasta aquí. Además, no tengo experiencia en el manejo de drogas tan potentes como las que necesitará para soportar el dolor.

—Haz lo que esté en tu mano, hermano Salvador. Tu Dios o el mío te guiará, y si está escrito que ha de vivir, vivirá.

El monje ahora alzó la vista hacia él y, lentamente, movió la cabeza en señal de asentimiento.

—En ese caso, no hay tiempo que perder —dijo de improviso con decisión.

Mūsa tomó al herbolario por el brazo, se lo oprimió con fuerza y habló con los ojos arrasados.

—Si sale con vida de esta, nunca lo olvidaré. Te ruego tan solo una cosa…

—Tú dirás…

—Evita que sufra, por lo que más quieras —pidió con vehemencia, a punto de perder el control.

El monje se quedó pensativo, y al cabo de un instante caminó hacia una alacena desvencijada, que a simple vista parecía fuera de uso. Escarbó tras frascos, damajuanas y envoltorios, sacó un saquete de tela y desató el nudo que lo mantenía cerrado. Extrajo de su interior un bulbo negruzco y bifurcado, de aspecto

desagradable, y lo sujetó entre los dedos.

—Es raíz de mandrágora hembra —explicó en voz baja—. Contiene una potente droga que evita el dolor, aunque una dosis excesiva puede matar.

—¿Por qué bajas la voz?

El fraile comprobó que el novicio no prestaba atención y se acercó al oído de Mūsa para hablar con voz más queda aún.

—Es una planta prohibida por la Santa Madre Iglesia. Se dice que es utilizada por brujas y magos para sus rituales, pues las raíces adoptan formas humanas. Hay quien asegura que —se cubrió la boca con la mano— grita cuando se la arranca de la tierra, y quien oye su grito enloquece. Sin embargo, quien me la proporcionó asegura que es el remedio más eficaz contra el dolor, más que la adormidera o que el beleño cuando es preciso cortar las carnes. Prepararé una decocción en vino.

—Necesitarás ayuda…

—Cierto, pero no serás tú quien me la preste —contestó, tomándolo por el hombro—. Retírate, descansa, reza a tu Dios… y yo acudiré a darte noticias cuando no pueda hacer más por tu hermano.

El canto monocorde que había acompañado su despertar en las tres últimas jornadas se extendía de nuevo entre los muros del pequeño monasterio. Al abrigo de las cálidas mantas de lana, escuchaba el ulular del viento que desde la víspera barría las nubes y la niebla que les habían acompañado los últimos días. Por un momento pensó si la vida retirada y calma que llevaban aquellos monjes no era lo que, en el fondo de su alma, deseaba para sí. A sus veinticinco años no había conocido más que muerte, guerra, hambre, exilio y la zozobra que caracterizaba la vida en la frontera. Había visto morir a su padre delante de sus ojos, antes a su tío Lubb, y después a Mutarrif, a manos de su propio hermano. Desde niño había conocido la crueldad de los enfrentamientos entre clanes, contaba solo diez años cuando se vio separado de su primo Muhammad, su mejor amigo y, aunque tenía cumplida cuenta de sus andanzas por tierras de Munt Sun y Ūasqa, apenas había vuelto a verlo.

Envidiaba la paz espiritual de aquel grupo de hombres, atentos tan solo a tomar de la naturaleza los alimentos y los remedios que los mantenían vivos, a establecer relación con el Dios en el que creían y a volcarse en hacer bien a todo aquel que, como ellos, se aproximara a su cenobio. Jamás podría olvidar lo que habían hecho por Muhammad. Le habían amputado el brazo y había aparecido la temible calentura, pero ni por un instante había permanecido sin cuidados. El propio hermano Salvador, alguno de sus monjes y uno de los novicios se habían turnado para aplicarle compresas frías en la frente, administrarle los cocimientos de adormidera y de corteza de sauce, alimentarlo con infinita paciencia con miel abundante que, según había descubierto en boca del herbolario, además de reponer sus fuerzas ayudaba a combatir la calentura.

Se disponía a abandonar el calor del lecho para acudir junto a su hermano cuando unos apremiantes golpes en la puerta de su celda rompieron el silencio. Se levantó y comenzó a ponerse sus ropas, pero la llamada resonó de nuevo en el vacío de la reducida estancia.

—¡Mūsa! ¡Abre, por Dios!

Tal como se encontraba, retiró la aldaba, y el rostro atemorizado del herbolario apareció en el vano.

—Acaba de vestirte, coge tus cosas y sígueme —dijo, echando un vistazo al interior antes de apartarse—. Se acerca un grupo numeroso de jinetes. ¡Apresúrate!

—Salvador, no huiré de tu monasterio sin mi hermano.

—Tu hermano no correrá peligro. Para eso afeitamos su barba el primer día y ocultamos sus vestiduras. Está inconsciente, y pasará por uno de nuestros novicios al que una mala caída ha hecho perder el brazo. Tú simplemente debes esconderte fuera de estos muros y esperar a que haya pasado el peligro. ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Mūsa, de mala gana, siguió al monje mientras terminaba de ajustarse los correajes. El herbolario lo condujo por los estrechos corredores del monasterio, algunos de ellos excavados en la roca, hasta una pequeña pero sólida puerta de madera.

—No hay tiempo para buscar una tea, tendrás que avanzar en la oscuridad. Saldrás a la parte alta de la ladera, entre la espesura. Escóndete allí, observa los movimientos de los visitantes y cuando se hayan marchado deja pasar un tiempo prudencial antes de regresar.

Mūsa esbozó un gesto de agradecimiento.

—Lamento causaros tantas molestias, hermano Salvador —dijo, tomándolo por las mangas del hábito—. Si tengo ocasión de recompensaros, sabré hacerlo.

—No hay nada que recompensar, Mūsa ibn Abd Allah. Sé quiénes sois, desde el primer momento. Conocí a tu hermano en una de mis visitas a la comunidad mozárabe de Tutila, y sé de vuestra actitud para con ellos.

—¿Quieres decir que…?

—Rápido, he de regresar —le cortó—. Hablaremos de ello esta noche.

Mūsa se introdujo en el estrecho pasadizo, y la oscuridad lo envolvió cuando la pesada puerta se cerró tras de sí.

La estela de polvo de las cabalgaduras se desvanecía ya cuando apartó las últimas ramas que lo ocultaban de la vista desde el campanario del monasterio. Con cautela, atento a cualquier presencia extraña a la comunidad, bordeó el muro exterior en dirección a la puerta que una semana atrás había atravesado por primera vez. El tañido repentino de la campana lo sobresaltó, y un toque repetido aunque excesivamente pausado lo acompañó hasta la entrada. Sabía que antaño, en los

primeros tiempos del emir Muhammad, aún se consentía en Tutila la llamada a los fieles de la comunidad mozárabe, pero un decreto de Qurtuba había obligado a destruir, o al menos descolgar, las campanas de todas las ciudades de Al Ándalus. Quizá solo hubieran persistido en eremitorios aislados y escondidos como aquel. En cualquier caso, aquel sonido cadencioso le resultaba extraño, cuando no triste e inquietante.

Alzó el picaporte de la portezuela y lo dejó caer con fuerza. Tuvo que golpear varias veces antes de que se abriera un pequeño ventanuco que al instante volvió a cerrarse. Después oyó voces apagadas y, cuando estaba a punto de golpear de nuevo, el chirrido del pasador en el interior. La parte superior de la cogulla cubría por completo el rostro del monje que, en silencio, había abierto la puerta, pero una respiración entrecortada por el hipo agitaba el hábito. En aquel momento Mūsa supo que algo iba mal. Lanzó una mirada al monje, pero este mantenía la vista clavada en el suelo, y supo que no tenía intención de dar explicaciones. Sin saber por qué, se encontró corriendo a grandes zancadas hacia el extremo septentrional del patio, en dirección a la enfermería.

La comunidad al completo se encontraba arremolinada en aquel lugar, los capuces cubrían todos los rostros, pero esta vez eran varios los que ya no ocultaban el llanto. Cuando se aproximó, el grupo pareció dividirse en dos para permitirle el paso, y en aquel momento lo vio. Al principio no reconoció el cuerpo menudo y cubierto de marcas cárdenas que yacía parcialmente oculto entre los caballones cubiertos de *alhabáqa*. Solo cuando rodeó el cadáver descubrió el profundo corte en el cuello que le había causado la muerte. Su boca abierta y llena de tierra parecía besar el suelo, y sobre su labio superior descubrió la mancha negra que le había llamado la atención en el momento en que conoció al pequeño Yahya. Lanzó un gemido ahogado al agacharse sobre el muchacho y levantó la mirada para encontrar fijas en él las de toda la comunidad. En sus semblantes se reflejaban el horror y la lástima. Supo que debía seguir avanzando, y solo tuvo que ponerse en pie para descubrir, bajo el dintel de la puerta de su enfermería, al hermano Salvador. El herbolario parecía bloquear la entrada con los brazos extendidos. Yacía boca arriba, con el cuerpo doblado hacia atrás sobre las rodillas flexionadas, y la mancha de sangre que empapaba su hábito pardo se encontraba a la altura del costado. Se agachó junto a él y tomó su mano derecha, la misma que con pericia había salvado la vida de su hermano. Aún estaba caliente. Apretó los dientes y sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta para poder levantarse de nuevo. Cuando alzaba el pie derecho para salvar el cuerpo, sintió que le tiraban de la manga. Se volvió para descubrir, negando con la cabeza, al mismo novicio que lo había acompañado al monasterio.

—Tu hermano ha muerto, Mūsa. No entres ahí.

Mūsa cerró los ojos con fuerza, y su rostro se contrajo en un rictus de dolor. Se cubrió la cara con la mano derecha, y durante un instante permaneció inmóvil. Notó que el novicio le rodeaba los hombros tratando de apartarlo de la puerta. Lentamente alzó la cabeza, y sus miradas se encontraron.

—Tengo que hacerlo —dijo con determinación, al tiempo que se deshacía del abrazo.

La luz, tan necesaria para el trabajo del herbolario, entraba a través de dos amplias ventanas y de la puerta abierta, y no dejaba apenas un rincón de sombra. La mesa sobre la que había yacido su hermano la primera vez que entró en aquel lugar se encontraba vacía, salvo por los restos de frascos y recipientes hechos añicos que lo cubrían todo. El ambiente, una mezcla indescifrable de olores, era casi irrespirable, y Mūsa tuvo que llevarse la mano a la cara para protegerse. Avanzó sorteando los fragmentos hasta el fondo, donde se hallaban los cubículos aislados para el cuidado de los convalecientes, y descubrió un reguero de sangre que marcaba el camino. Lo primero que vio fueron sus piernas, su cintura, su tronco poderoso y el hueco que debía ocupar su brazo izquierdo. Quería mirarle a la cara, contemplar por última vez el rostro de su admirado hermano mayor, conservar aquella imagen en su memoria hasta el día de su muerte, y con un paso decidido se situó bajo el dintel. Un alarido de desesperación surgió de su garganta cuando, en medio del charco que empapaba el jergón, descubrió el cuello seccionado de Muhammad. Bajo sus pies discurría el rastro de sangre que había dejado la cabeza cuando su asesinó la cortó.

Año 923, 311 de la Hégira

42

Nájera

—¡Allí, allí, al otro lado del río! ¡Ya llegamos, hijas mías!

La alegría de Toda no podía ser más sincera. Había pasado días de zozobra rezando y haciendo penitencia en el monasterio de Irache ante las imágenes del Salvador y de la Virgen María, postrada durante horas sobre el frío y duro suelo de la iglesia. En una ocasión, acompañada por el joven abad, por sus hijas, por las damas y los soldados de la guardia que su esposo había dejado para su custodia, habían cubierto la distancia que les separaba de Deio para encaramarse al castillo, desde el cual, en los días claros, se divisaban las cumbres al otro lado del río Iberus, a cuyos pies guerreaba Sancho. Con aquellas montañas azuleando ante sus ojos y con su esposo en el pensamiento, había caído de nuevo de rodillas allí, en las alturas, pensando que sus oraciones sin duda alcanzarían antes los oídos del Todopoderoso.

Solo tres días después, el sonido de las campanas lanzadas al vuelo en las ermitas y en las pequeñas iglesias del valle al paso de los primeros mensajeros que regresaban había anunciado la buena nueva al monasterio. Los agarenos habían sido derrotados por completo; los que de forma precipitada se habían refugiado en el castillo de Viguera, sin aprovisionar, se hallaban muertos o cautivos, incluido el caudillo de los Banū Di-l-Nun, y también se daba por muerto al jefe de los Banū Qasī, Muhammad ibn Abd Allah, a quien habían visto herido de gravedad y cuyo rastro se había perdido el mismo día de la batalla.

Llegaban ahora al campamento del ejército de Pampilona, levantado a orillas del río Eyroqa, donde Sancho las había citado. Lo hacían a lomos de mulas, pues el carro había quedado en Irache a la espera de su regreso y, si por ellas fuera, para siempre.

—¡Fijaos! ¡Fijaos todas! —advirtió Onneca.

—¡No miréis! —ordenó Toda.

Decenas de hombres, algunos apenas muchachos, se amontonaban entre los árboles de la ribera, antes de llegar a la entrada de una pequeña aldea junto a la cual se había establecido el campamento cristiano. Yacían en el suelo, mugrientos, algunos medio desnudos, atados con sogas o cubiertos de cadenas y grilletes.

—¡Son los prisioneros! —exclamó Sancha, señalando a uno de los bereberes de los Banū Di-l-Nun—. Fijaos en aquellos, nunca había visto a hombres tan espigados ni de piel tan morena.

—¡He dicho que no miréis! ¡Habéis de condenaros! —insistió mientras azuzaba a la mula—. No es espectáculo para damas.

Sancho salió a recibirlas con una sonrisa que se extendía a todo su rostro. Las dos muchachas se apearon y corrieron hacia él, para arrojarse a sus brazos entre risas. Después le tocó el turno a Toda, quien, más contenida, aceptó el abrazo de su esposo sin poder contener las lágrimas.

—El Señor ha escuchado mis plegarias —dijo entre sollozos—. ¡Cuánto he temido por ti!

—Todo ha terminado, esposa mía, y de la mejor manera —respondió, separándose de ella para enfrentarse a las tres emocionadas mujeres—. Desde el día de la batalla he esperado el momento de compartir con vosotras el triunfo. Pero decidme, ¿qué sabéis de vuestras hermanas y del pequeño García?

—Se encuentran bien, según las últimas noticias que llegaron a Irache. —Toda sonrió al comprobar una vez más la preocupación que Sancho sentía por su heredero.

El rey alzó la vista hacia los montes que se alzaban en la lejanía.

—¿Te das cuenta, querida Toda? —dijo adoptando un tono solemne—. Viguera, el bastión que nos parecía inexpugnable, se encuentra ahora en nuestras manos, y el ejército sarraceno, derrotado y disperso. Ordoño partió hacia Nájera y la ha recuperado sin dificultad para la cristiandad. De nuevo en el valle del río Iberus se alzarán oraciones al verdadero Dios.

—De nuevo vuestra alianza se ha visto bendecida por el Todopoderoso.

—Quizás esto sea solo el principio, Toda. Con los Banū Qasī derrotados, el resto del valle se abre ante nosotros, hasta Tutila —explicó, exultante, mientras se internaban en el campamento en dirección a la tienda de Sancho.

Un revuelo en el camino que discurría junto al río hizo que volvieran sus cabezas. A lo lejos, la polvareda producida por un grupo de jinetes empezaba a elevarse por encima de los árboles. Debían de galopar picando espuelas, porque en un instante se habían presentado en las inmediaciones, dando voces en busca del rey.

Sancho reconoció al frente del grupo a uno de los barones que más se había distinguido en la batalla al mando de su unidad. Tenía el brazo derecho, desnudo, ensangrentado, pero no daba muestras de estar herido. Cuando se encontraba a veinte pasos de distancia, antes incluso de que el caballo frenara, saltó de su montura y se detuvo solo lo necesario para liberar de sus ataduras un saco negruzco que el animal portaba en la grupa. Con la boca del fardo sujeta con su mano izquierda avanzó hacia el rey mientras soltaba el nudo que cerraba la embocadura. Cuando llegó a su altura, hurgaba en su interior.

—Mi señor —dijo respirando todavía afanosamente—, la casualidad o la Providencia me han permitido hacerte este último servicio.

Toda lanzó un grito.

—Cubríos los ojos, no debéis ver esto —ordenó, mientras empujaba sin contemplaciones a sus hijas en dirección a la tienda.

El soldado extrajo el brazo del saco con su presa bien sujeta.

—Aquí tienes a tu enemigo, mi señor —declaró, dejando caer a sus pies la cabeza de Muhammad ibn Abd Allah.

Yo, Sancho Garcés, el más humilde y último de los siervos de Dios, y con todo por unción de su gracia rey de Pampilona, junto a mi esposa la reina Toda, el obispo Galindo, a ti, el abad don Pedro y a los demás hermanos que contigo juntamente moran…

Toda apartó la vista de su esposo, que había comenzado con tono solemne la lectura del documento fundacional del monasterio que habría de alzarse alrededor del primitivo eremitorio donde Dios había dado muerte a aquel infiel, Muhammad, uno de los mayores enemigos de la cristiandad. Barrió el lugar con la mirada, para contemplar la expresión de los asistentes. El abad Pedro y el obispo Galindo acompañaban al rey en el ábside del pequeño templo, y frente a ellos, en pie, se encontraban sus hijas, algunos de los *seniores* pamploneses y también Enneco y Ximeno, los hermanos de Sancho, que habían acudido para la ocasión. Tras ellos, barones y eclesiásticos completaban el aforo, mientras los miembros de la nueva congregación se recogían en las naves laterales del transepto. Satisfecha con las expresiones que veía, volvió a centrar la atención en su esposo.

… estando la tierra de nuestros antepasados aún poseída por los cristianos, y sus castillos y ciudades, pueblos y campos, bien poblados de ellos y de las iglesias, y floreciendo en todos ellos la religión cristiana, pero declinando después nuestros padres y nosotros con gran continuación en pecados, y apartándonos con quiebras cada día de sus preceptos y obras, el Justísimo Árbitro del mundo, según nuestros méritos y para enmienda nuestra, echó sobre nosotros gente bárbara, de suerte que por la infestación y persecución rabiosa de la gente pagana, esta tierra estaba ya casi despoblada de cristianos. Hasta que mirando desde lo alto el Señor la aflicción y la miseria de su pueblo, reprimió su impía audacia. Y ahora en nuestros tiempos, se ha dignado darnos a nosotros, aunque indignos, victoria de los mismos enemigos…

Sancho hizo una pausa y levantó la vista del pergamino, en medio de un silencio reverencial. Toda fue la única que pudo percibir las aletas de su nariz dilatadas, y supo que su esposo, bajo aquella apariencia de solemnidad, estaba exultante.

… y por tanto, en honor y acción de gracias de nuestro Creador Jesucristo, en alabanza de su Santo Nombre y memoria del triunfo poco ha obtenido sobre la plaza de Viguera, hemos elegido un lugar a propósito para alabar al Señor y para los que se dedican a servirle, para que desde ahora en adelante se edifique monasterio y congregación de hermanos que alaben a Dios y continuamente le rueguen por nuestras ofensas. El cual lugar en la lengua caldea de aquellos infieles llaman

Albayda, y nosotros en el idioma latino llamamos Albelda, y está sito en la ribera del río Eyroqa, en el arrabal de la sobredicha ciudad de Viguera.

Consagramos este monasterio a San Martín de Tours, y donamos para su sustento las tierras y lugares que paso a relacionar…[26]

Bien conocía Toda la lista de aldeas, castillos y fundos que venía a continuación, pues ella misma había insistido a su esposo en la necesidad de ser en extremo generosos con las donaciones al nuevo cenobio. De nuevo su pensamiento se perdió en los detalles de aquel humilde templo, en los eremitas que lo habían edificado, ahora relegados a las labores más bajas como castigo por la ayuda prestada a los infieles. El silencio de Sancho y el murmullo de los asistentes la devolvieron a la realidad, para observar el momento en que su esposo estampaba su firma en el pergamino que acababa de leer. A ella misma correspondió el turno entonces y después al obispo. Firmaron por fin como testigos sus hijas y los hermanos de Sancho, y el abad don Pedro como depositario de la alta misión encomendada.

Sancho abandonó en compañía de Toda el recinto del monasterio que por su voluntad había de convertirse en el núcleo de la repoblación de aquel valle ganado para la cristiandad. Se detuvo a admirar el panorama que se extendía ante sus ojos, y alzó la vista hacia el monte que daba abrigo al cenobio.

—¿En qué piensas, esposo mío? —preguntó Toda, aprovechando un momento en que quedaron solos.

Sancho sacudió la cabeza, saliendo de su abstracción.

—Este lugar fue antaño una de las principales fortalezas de nuestros enemigos, por empeño de Mūsa ibn Mūsa.

—Ha pasado mucho tiempo, tanto que entonces las relaciones entre los Banū Qasī y los Arista aún eran estrechas.

—Hasta que el primer Ordoño, el abuelo del actual rey, le arrebató la plaza y arrasó el solar —evocó Sancho—. Es curioso que sea ahora su nieto el que renueve esa alianza con Pampilona para recuperar el valle.

—Una alianza que aún no está lo bastante reforzada, esposo mío, a pesar de hallarse bendecida por el cielo —insistió Toda por enésima vez—. No veo el momento de reunirme con Ordoño para plantear sin ambages la necesidad de unir en matrimonio a nuestros hijos.

—Quizá tengas la oportunidad antes de lo que piensas.

El rostro de Toda se iluminó.

—¿Vas a entrevistarte con él?

Sancho asintió, sabiendo que con su respuesta daba una satisfacción a su esposa.

—Ordoño se encuentra en Nájera, donde se ha detenido, como nosotros, para donar las tierras conquistadas a un nuevo monasterio, el de Santa Coloma. La intención inicial era que aquellos fundos quedaran bajo el dominio de León, pero

desde la campaña de Muez las diferencias de Ordoño con los condes de Castilla se mantienen. Dada la fortaleza de nuestra alianza, ambos creemos conveniente que Nájera pase a formar parte del reino de Pampilona, y allí nos dirigiremos, para tomar posesión en persona de las nuevas tierras.

—Mi esposa ha insistido en estar presente —pareció excusarse Sancho.

Ordoño sonrió afable, mientras les invitaba a tomar asiento. Con un movimiento de la mano, despidió a todos los cortesanos que aún remoloneaban en el interior de la amplia tienda en la que se alojaba y en la que atendía los asuntos del reino.

—Supongo que no puede ser de otra manera, dado el carácter de los asuntos que vamos a tratar. La reina Elvira habría actuado de igual forma —añadió, repentinamente sombrío.

—Siempre he lamentado no haberla conocido, a pesar del propósito de concertar un encuentro —se lamentó Toda.

—Estoy seguro de que habríais congeniado —aseguró el rey, afligido.

—Tu nueva esposa, Aragonta… —aventuró Sancho—, quizá si supiera de la presencia de Toda querría…

—Aragonta se encuentra… indispuesta. En cualquier caso, yo mismo me ocupo de los asuntos que atañen a los hijos de Elvira.

—¿Convienes entonces con nosotros en la necesidad de fortalecer nuestra alianza mediante lazos matrimoniales?

—Sabéis que es así. Y mi hijo Alfonso se muestra dispuesto a tomar por esposa a vuestra hija Onneca.

—Es de agradecer tu franqueza… —respondió Toda satisfecha, pero la duda se reflejaba en su voz—, aunque quizá no hemos valorado la posibilidad que sea la primogénita, Sancha, quien…

—No es esa una posibilidad que pueda contemplarse, y existen dos razones de peso para ello. Aunque sin duda la principal es que mi hijo Alfonso manifiesta una poderosa debilidad por la joven Onneca. Si el sentimiento es mutuo, y no dudo que lo sea, esa debería ser nuestra opción, si no queremos llevar la infelicidad al corazón de nuestros hijos.

—Alfonso es un joven apuesto, y me consta que Onneca siente gran aprecio por él… —respondió Toda.

—No se hable más, en ese caso —cortó Sancho—. Cuando esta alianza tome forma, Qurtuba sabrá que se enfrenta a un enemigo poderoso y decidido a unir sus fuerzas hasta las últimas consecuencias.

—Será necesario concretar las condiciones de los esponsales…

—Una vez que la decisión ha sido tomada, dejemos que sean los juristas y los eclesiásticos de ambas cortes quienes se ocupen de dotes, capitulaciones y asuntos canónicos —respondió Ordoño.

Toda percibió en el rey cierto interés por dejar atrás el asunto, quizá para abordar algún otro de mayor interés, pero insistió en algo que la preocupaba.

—Me gustará, como comprenderéis, ocuparme personalmente de los detalles de la ceremonia. Quizás Aragonta…

—En tus manos queda —zanjó de nuevo.

Toda percibió cierta intranquilidad en la actitud de su futuro consuegro.

—¿Hay algo que te inquiete en este acuerdo?

—En absoluto, apreciada Toda. Pero hace un momento he hablado de dos razones por las que no era posible el matrimonio de Alfonso con Sancha. No habéis oído más que la primera…

—Habla —pidió Sancho, intrigado por el tono de Ordoño.

—Ayer mismo, al tener conocimiento de vuestra llegada, decidí dar un paso que llevo meses meditando. Me confié a mi obispo y confesor, y él ha arrojado luz en un asunto que… me atormentaba.

Ordoño, dubitativo, parecía tener dificultad para elegir las palabras.

—¿Un asunto que nos atañe a nosotros? —preguntó Sancho, también incómodo.

—A vosotros corresponde decidir si os atañe o no. Escuchadme. Sabéis que amaba a Elvira, la madre de mis hijos, y que su muerte fue un golpe cruel, que afectó a mi ánimo más de lo que muchos pueden imaginar, a pesar de que la responsabilidad inherente a mi cargo me obligara a guardar las formas, a pesar de que los asuntos del reino me empujaran a dejar a un lado las cuitas de mi alma. No obstante, el peso de la soledad era grande y, en una decisión poco meditada, decidí contraer matrimonio con una mujer a la que no amaba, a la que apenas conocía. Estos meses de convivencia han demostrado que aquello fue un error, Aragonta no es mujer que pueda cubrir el hueco de mi amada esposa. Sin embargo, el Señor no cierra todas las puertas y, con el beneplácito del obispo y de la Iglesia, he decidido repudiarla.

El rostro de Toda había pasado de la curiosidad a la sorpresa y ahora, quizá sin ser consciente de ello, su expresión, su cuerpo adelantado y sus manos crispadas daban cuenta de la súbita expectación que sentía.

—Sé que a mis cincuenta y dos años es un atrevimiento lo que voy a decir; pero si ella acepta, si vosotros estáis dispuestos a consentirlo… desearía convertir a vuestra hija Sancha en la próxima reina de León.

Año 923, 311 de la Hégira

43

Tutila

Mūsa había dado sepultura al cadáver mutilado de su hermano en un lugar que ahora temía no recordar, antes de echar a andar hacia el noreste, buscando la salida del valle. Caminó durante días por las estribaciones de las grandes montañas que bordeaban el Ūadi Ibrū, cuyo cauce, flanqueado siempre por una frondosa vegetación, se adivinaba serpenteante en la distancia. Aunque hambriento, trató de evitar cualquier encuentro, se alimentó exclusivamente de bayas y de las escasas almendras de la cosecha anterior que habían quedado bajo los árboles. Aunque los días eran ya largos y cálidos, vestía un viejo hábito de lana que los monjes le habían proporcionado, en previsión de que su capuz pudiera serle de utilidad en caso de toparse con alguien. Tuvo ocasión de rumiar su desdicha mientras, cabizbajo, contemplaba las puntas de sus botas devorando sin pausa la distancia que lo separaba de Tutila. Sabía que debía llegar allí, pero recelaba del momento de hacerlo. Si hubiera forzado el paso, quizás aquella misma tarde habría avistado los muros de la ciudad, pero no dudó en desviarse un trecho al divisar los primeros frutos de una higuera que crecía cerca de una alquería.

Con la espalda apoyada en el tronco, tratando de hallar algún sabor en aquella breva todavía insípida, dejó vagar sus pensamientos. Su madre, su abuela Sahra, todos en la *madina* habrían tenido ya noticias del desastre. Desde el momento de la batalla, los grupos de supervivientes habrían ido regresando, como siempre ocurría, en un goteo de esperanza y zozobra para los suyos, que habrían salido de las murallas al advertir su llegada. Imaginaba las escenas al borde del camino, la alegría de los reencuentros, la desesperación al no hallar entre quienes regresaban al hijo, al padre o al esposo. También Hana habría aguardado en vano por sus dos hijos, de los que nadie habría sabido dar cuenta. O quizá sí. La noticia de la muerte de Muhammad, el cabecilla de los Banū Qasī, era de tal trascendencia que se habría extendido de inmediato por todas las ciudades de la *kūra*.

¿Qué estaría ocurriendo en ese caso en Tutila? Quizá se hubiera convocado al Consejo, quizá los representantes de cada *madina* se hubieran reunido para nombrar un nuevo caudillo. Los veía ya, junto al resto de los notables, en el gran salón de la *alqasába*, valorando la dramática situación del clan, tratando de asimilar la desaparición de Muhammad, en quien todas las esperanzas se habían depositado. Y

entonces cayó en la cuenta: él sería, y no otro, el candidato natural para suceder a su hermano. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda, y se incorporó de un salto, inquieto y abrumado por la posibilidad de que a alguien se le hubiera ocurrido la misma idea. Siguió su camino hasta el ocaso y buscó refugio en el recodo horadado de una cárcava, casi oculto por la vegetación. Antes de que la oscuridad impidiera ver nada, cubrió la boca del abrigo con ramas de tamariz, se acurrucó en su hábito e intentó dormir.

Seguro ya de que no habrían de producirse indeseados encuentros con destacamentos cristianos, desde el amanecer buscó la calzada que conducía a la ciudad y, con el sol ya alto, remontó la loma tras la cual sabía que aparecería la *alqasába*. Se detuvo un instante a contemplar, recortada contra el cielo, la imagen de la *madina* que había abandonado solo dos semanas atrás, con Muhammad al frente de un nutrido ejército, y con la embriaguez de la campaña en ciernes, sin poder pensar siquiera en la posibilidad de un regreso como aquel. Dejó atrás la calzada que desembocaba en la puerta de Qalahurra y se dirigió al camino de Tarasuna, que habría de llevarle a la entrada más meridional después de atravesar el cementerio de la ciudad.

Sin saber bien por qué, se cubrió la cabeza antes de alcanzar la cada vez más amplia extensión cubierta de lápidas, entre las que aparecían desperdigadas varias mujeres cubiertas con sus velos. Un grupo de mozalbetes pasó a su lado sin reconocerlo, y quedó frente a la entrada abierta en la muralla, custodiada como era habitual por un destacamento de la guarnición. De nuevo lo invadió una profunda desazón, y sintió la necesidad de concederse un momento más antes de presentarse ante la guardia. Desvió sus pasos hacia la derecha, salvó el murete que separaba las estelas funerarias del camino y avanzó hacia el lugar que ocupaban los miembros de la familia.

Reparó entonces en la mujer que permanecía arrodillada sobre una pequeña estera frente a una de las tumbas, la más reciente de todas, a juzgar por la altura del túmulo de tierra oscura desprovista de vegetación. El crujido de las botas sobre el suelo hizo que la mujer girara la cabeza, observó por un instante al recién llegado y volvió a recogerse en su actitud de duelo.

Una lágrima se deslizó incontenible por la mejilla de Mūsa cuando se acercó a ella y, a apenas dos pasos, se retiró con un movimiento pausado el capuz que le cubría las facciones.

—Madre… —llamó entonces.

Hana se volvió de nuevo hacia el desconocido que se dirigía a ella. Por un instante en su rostro se reflejó el estupor, después su semblante se deformó con una mueca casi grotesca y, con los ojos abiertos por completo, apoyó las dos manos en el suelo para incorporarse. Las piernas parecieron incapaces de sostenerla y, sin dejar de

mirar a su hijo, volvió a caer de rodillas. Mūsa se adelantó para sostenerla, y ella alzó los brazos para agarrar con fuerza las manos de su hijo, mientras sus ojos comenzaban a inundarse de lágrimas.

—¡Hijo! —gritó casi, aferrándose a él—. ¡Mūsa…! ¿De verdad eres tú? —acertó a preguntar con la voz entrecortada, incrédula, sin apartar la mirada de él.

—Lo soy, madre —respondió, incapaz de contener un sollozo.

Hana se derrumbó de nuevo entre temblores, se aferró a sus piernas y comenzó a besar sus botas, envuelta en llanto. Mūsa se inclinó hacia ella y la obligó a levantarse. Solo habló de nuevo cuando tuvo ante él sus ojos enrojecidos.

—Madre, Muhammad ha… —trató de explicar.

—Lo sé… —repuso con la voz aguda, rota—. ¿Dónde está…?

—Yo mismo le di sepultura, madre.

—¿A lo que quedó de su cuerpo mutilado…? —alcanzó a decir, desgarrada por el llanto—. Dijeron que su cabeza fue…

—¡Falsedades! Yo lo cubrí de tierra —mintió—. Si ultrajaron una cabeza no era la de Muhammad, madre.

—¡Allah sea loado! Allí acudiré si me quedan fuerzas, para alzar mis oraciones. ¡Oh, Mūsa! —exclamó entre sollozos, abrazando de nuevo a su hijo con fuerza—, he perdido a un hijo, pero Él ha escuchado mis plegarias y te ha devuelto a mí… no podía ser tan cruel.

La mirada de Mūsa se desvió por encima del hombro de su madre para detenerse en la tumba a sus pies. Con delicadeza, se separó de Hana y señaló hacia la tierra removida, interrogando con el gesto. El dolor volvió a poseer el semblante de la mujer.

—No pudo soportarlo… Cuando llegó la noticia de la suerte que había corrido tu hermano, cuando supo que su cabeza había sido colgada en una pica en el campamento de los infieles… la abuela Sahra no fue capaz de asimilar que su nieto hubiera corrido la misma muerte que su esposo.

Mūsa apretó los labios y cerró los ojos con fuerza, tratando en vano de mostrar entereza.

—Se encerró en su alcoba, se negó a comer, y habría muerto de pena… pero no fue la pena lo que la mató. Fue su llegada…

—¿La llegada de quién, madre?

—No, no —negó Hana con vehemencia—. No es el momento. El Todopoderoso te ha devuelto a mí, y ahora debemos regresar. Tiempo habrá de que sepas…

Mūsa atravesó el patio de la *alqasába* en medio de las miradas de hombres a los que jamás había visto. En un esfuerzo por mostrar la mayor dignidad, avanzó con paso firme y gesto grave hasta la entrada del edificio central, como siempre custodiada por una pareja de guardias, ahora desconocidos. Se dejó desarmar sin

oponer resistencia antes de que se retiraran las lanzas que bloqueaban el acceso, pues sin duda alguien había advertido de su presencia y se le esperaba. Experimentó una sensación de irrealidad y angustia al ascender de nuevo, sintiéndose como un extraño, aquellos escalones que dos semanas atrás había subido y bajado mil veces en busca de su hermano, durante los preparativos para la campaña.

La pesada puerta de madera de la sala principal se hallaba entreabierta y, a través de ella, se filtraba un haz de luz que mitigaba las crecientes sombras del atardecer. Se detuvo sobre la misma losa en la que tantas veces, desde su infancia, había esperado el permiso para entrar, primero en vida de su padre y después durante el gobierno de Muhammad. Conocía cada uno de sus irregulares relieves y allí estaba aún el borde en que la punta de su espada y de otras muchas había hecho saltar la amalgama que las mantenía unidas. Pero esta vez no tenía espada con la que hurgar en el surco. Golpeó dos veces la madera con la palma de la mano. Oyó voces, y la puerta terminó de abrirse.

Ante él, apoyado sobre la mesa central, un hombre casi anciano, de rasgos inequívocamente árabes, moreno y enjuto, lo observaba con curiosidad. Llevaba la parte derecha de la cara cubierta con un parche oscuro, pero su ojo izquierdo compensaba la ausencia con una mirada vivaz y expresiva. Delante de él, un hombre de menor edad, quizá mediada la treintena, y extremadamente delgado, se volvió hacia él hasta quedarse plantado con las piernas separadas.

—El joven Mūsa ibn Abd Allah, supongo —dijo el mayor de ellos.

Mūsa asintió con gesto grave.

—Mujahid al Tuchibí, según se me ha informado.

—Estoy seguro de que habrás oído hablar más a menudo de mí como Al Anqar —respondió señalando el parche con el índice.

—Desde que tengo memoria, el nombre del asesino de mi abuelo solo se ha pronunciado entre estas paredes cuando ha resultado imprescindible.

—Las afrentas entre tu familia y la mía se remontan a mi juventud, cuando tú no habías nacido, y yo aún veía por los dos ojos —respondió con sorna, aunque sin asomo de sonrisa—. Tu abuelo Muhammad y tu tío Lubb después causaron un sufrimiento sin fin a nuestra gente. Quince años de asedio dejan huellas perdurables, te lo aseguro.

—Yo no era más que un niño, ni siquiera recuerdo…

—Este es Hāsim, el mayor de mis hijos. Cuenta ahora… treinta y cuatro años, ¿no es así? —preguntó, volviéndose hacia él—. Pues bien, era un recién nacido cuando se inició el asedio, y hasta los dieciocho no pudo abandonar los muros de Saraqusta, al menos sin exponerse a caer abatido por las flechas de los Banū Qasī. Fue afortunado al sobrevivir en aquellas condiciones, otros muchos no lo hicieron.

—Tengo entendido que te apoderaste de Saraqusta por la fuerza, asesinando al

gobernador nombrado por el emir. Ese fue el origen del asedio, ¿no es así?

Al Anqar rio al tiempo que negaba con la cabeza.

—Tomé el gobierno de Saraqusta por la fuerza, es cierto, pero obedeciendo el encargo del propio emir Abd Allah, que desconfiaba del gobernador. Los confidentes habían informado a la cancillería de que se proponía iniciar una revuelta contra Qurtuba. La prueba de ello es que, quince años después, tras la liberación de la *madina*, el mismo emir Abd Allah me confirmó en el cargo de gobernador. Y Abd al Rahman ha renovado su confianza en mí, ratificando mi nombramiento.

—En ese caso, no entiendo a qué se debe tu presencia aquí —objetó Mūsa—. El propio Abd al Rahman designó a mi hermano como *uālī* de Tutila tras la campaña de Muish, en la que tuvo… tuvimos una participación destacada.

—Tu hermano ha muerto, Mūsa. Y acepta mis condolencias por ello. Se trata de una situación de emergencia para los musulmanes de la Marca, y por eso estoy aquí. Solo Allah sabe qué habría ocurrido de no haber ocupado la ciudad en vuestra ausencia, quizás ahora estaríamos lamentándonos de la pérdida de una nueva *madina*.

—¿Por eso has impedido la reunión del Consejo de los Banū Qasī? Son ellos quienes han de decidir el nombre del sucesor de Muhammad.

Al Anqar rio con sorna.

—Me temo que el tiempo de los Banū Qasī toca a su fin, mi joven amigo. Tras la debacle de Baqira, no disponéis de fuerzas sobre las que sustentar vuestro poder, y es por eso que, como gobernador de Saraqusta, me he visto obligado a intervenir.

—¿Acaso crees que el emir va a aceptar de forma pacífica una usurpación del poder en Tutila? Sabe que eso podría acarrear el inicio de una nueva guerra entre clanes, algo que no se puede permitir en estos momentos de tribulación. Tan solo Sancho podría salir beneficiado.

Al Anqar no perdía la sonrisa.

—No sé qué te habrán contado sobre mí, pero no soy tan estúpido como pareces creer. No pretendo asumir el poder por la fuerza ni en contra de la voluntad de Abd al Rahman. Por eso he enviado una embajada a Qurtuba dando cuenta de la situación. Solo solicito apoyo militar para hacer frente a los ejércitos de Sancho y de Ordoño, que vuestra imprudencia y torpeza han colocado en situación de superioridad. En apenas tres años habéis dilapidado los logros que el propio emir obtuvo en la campaña de Muish, y las fortalezas que entonces se recuperaron han vuelto a manos de infieles.

—¿Cómo puedes…? —masculló Mūsa, apretando los puños—. Abd al Rahman reconocerá nuestro sacrificio.

—Mira, muchacho —intervino Hāsim, condescendiente—, tras este descalabro, ni siquiera la unión de nuestras fuerzas basta para contener a los infieles, y la única manera de conservar la Marca en nuestras manos es mediante una nueva intervención

de Qurtuba, una nueva *‘saifa* que haga morder el polvo a Sancho y a ese reyezuelo de Liyūn. Eso es lo que mi padre ha solicitado al emir Abd al Rahman.

—Sin embargo —apuntó Al Anqar—, han llegado informaciones que hablan de nuevos problemas con los hijos de Ibn Hafsún, con ese diablo de Sulaymán. Suponemos que, si tal cosa es cierta, el ejército de Qurtuba no podrá emprender una campaña este año, pero quizá sí les sea posible enviar a uno de sus generales al frente de un contingente que pueda ir engrosando en las coras del camino.

—Hostigaremos mientras tanto a Sancho para demostrarle que Tutila no ha quedado indefensa con vuestra derrota —explicó Hāsim, haciendo hincapié en las últimas palabras— y, cuando llegue el enviado del emir, mi padre pondrá la *madina* en sus manos, sana y salva a pesar de todo.

Antes de hablar, Al Anqar contempló a aquel joven cansado, de mirada apagada y rostro hundido por las privaciones.

—No tienes más alternativa que aceptar la realidad —aseguró—. La fuerza en la que os apoyabais no existe. Tu futuro y el de los Banū Qasī están ahora en manos del emir.

Año 923, 311 de la Hégira

44

Burbaster

—Debes excusarme —dijo el recién llegado al tiempo que guardaba su espada—, pero no esperaba encontrar al obispo de Burbaster armado y con el aspecto de un ermitaño harapiento.

—No ha sido mi indumentaria la mayor de mis preocupaciones en los últimos tiempos —aseguró Ibn Maqsim—. Ni lo es ahora.

—En ese caso, dime por qué me has citado aquí. No es el lugar más seguro para ninguno de nosotros.

—Mi querido Ibn Rudmir… —sonrió—, dame tiempo, no es sencillo. Tú y yo tenemos mucho en común, a pesar de las diferencias que en el pasado mantuve con tu padre. Y, en estos tiempos de tribulación, los cristianos debemos aunar fuerzas si queremos sobrevivir.

—¿Qué quieres de mí? —respondió el joven oficial, desconfiado.

—Quiero ofrecerte algo, pero debes escucharme… —dijo con tono conciliador—. Sabes bien que hace años fui depuesto de mi dignidad de obispo y expulsado de Burbaster por los hijos de Ibn Hafsún, y desde entonces he vivido recluido en un sucio eremitorio, a pocas jornadas de aquí. Llegué a creer que ese era el destino que Dios me tenía guardado y lo acepté, con lo que durante todo este tiempo me he entregado a una vida de trabajo y oración. Pero Él ha terminado por mostrarme un nuevo camino, y ahora estoy seguro de que desea que transite por él.

—Maqsim, ahórrate ese lenguaje para el púlpito —le espetó el joven, mientras con inquietud observaba la ladera que conducía a la vieja ermita abandonada—. Si los hombres de Sulaymán nos sorprendieran aquí…

—Tranquilízate, muchacho. Si atiendes a mis palabras, quizá dentro de poco sea Sulaymán quien deba cuidarse de ti.

Ibn Rudmir se volvió hacia el obispo con mirada interrogante.

—En la reciente campaña de Abd al Rahman, no solo se han arrasado las fortalezas de la *kūra* y los alrededores de Burbaster. También las alquerías, los monasterios y los eremitorios más pequeños han sufrido la ira del emir. Cuando le llegó el turno al nuestro, tan solo pudimos encomendarnos al Señor y prepararnos para morir refugiados en torno a la talla del Salvador. Milagrosamente, sin embargo, los filos de los sables no se cebaron en nuestros cuellos. Ignoro de qué manera el emir

había sabido de mi existencia y paradero, pero lo cierto es que, cuando se nos hizo salir al exterior, allí estaba, en persona, a lomos de su caballo y rodeado por su guardia, sus visires y algunos de sus generales.

—¿Era a ti a quien buscaba?

Ibn Maqsim asintió.

—Para mi sorpresa, el emir demostró estar al corriente de todos los acontecimientos ocurridos en el interior de Burbaster en los últimos tiempos. Sabía de mi posición favorable al pacto con Qurtuba, de mi enfrentamiento con los hijos de Ibn Hafsún… de la muerte de tu padre a manos de Sulaymán —explicó, con especial énfasis en las últimas palabras.

El rostro de Ibn Rudmir se ensombreció.

—¿Cuál era el propósito del emir? Fuiste el obispo de Burbaster, pero de eso hace ya ocho años.

—El emir desea que vuelva a serlo.

—Pero… en todo este tiempo, Burbaster se ha poblado con cientos de nuevas familias, todas ellas procedentes de los numerosos castillos que han ido cayendo en manos de Qurtuba. La mayor parte de los habitantes de la *madina* ni siquiera te recordarían.

—No es mi intención presentarme en Burbaster solicitando ser investido de nuevo. —Ibn Maqsim rio.

—Tendrás que ser más explícito… —dijo molesto.

—Sulaymán no cuenta con el apoyo unánime de todos los cristianos de Burbaster en su lucha sin tregua contra Qurtuba. La última campaña del emir ha hecho sentir a sus habitantes la inminencia de una derrota, y quizá más de uno se ha palpado el cuello presintiendo el filo del cuchillo, pues es el degüello lo que espera a quienes persistan en la rebeldía. Y si no temen la espada en sus propias carnes, sí que lo hacen cuando piensan en sus hijos y en sus esposas.

—Me consta que es así. Las disensiones en los últimos tiempos han sido constantes —coincidió Ibn Rudmir—. Y los muladíes se han unido a la causa de los cristianos más moderados.

—Confirmas con tus palabras que Sulaymán se apoya en un grupo reducido de firmes y fieles partidarios, que aun así mantienen el poder…

—Sulaymán hasta ahora ha sabido ganarse la voluntad de sus súbditos. La figura de su padre pesa todavía demasiado en el recuerdo de los habitantes de Burbaster, y con sus mismos argumentos consigue enardecer a las masas cuando la ocasión lo requiere.

—¿Y tú? ¿De qué parte estás?

Ibn Rudmir abrió mucho los ojos, sorprendido.

—Sulaymán asesinó a mi padre… —acertó a responder—. Su memoria me

obliga.

Ibn Maqsim asintió despacio.

—¿Y respecto a la resistencia de Burbaster?

—También debo ser fiel a la postura que mi padre sostuvo en vida, él siempre fue partidario de mantener la revuelta, hasta el final. Sin embargo… —pareció dudar— después de las últimas campañas empiezo a preguntarme si ese final no está ya aquí, si es necesario sacrificar la vida de los millares de ocupantes de Burbaster en un empeño estéril.

—Abd al Rahman deja abierta una salida, y por eso te he convocado. Se trata de concitar las voluntades de todos aquellos en el interior de Burbaster que se oponen al poder de Sulaymán para deponerlo. Y el emir ha pensado en ti como el hombre adecuado para llevar a cabo esa tarea.

Esta vez los ojos de Ibn Rudmir se abrieron de forma desmesurada.

—El emir… ¿te ha hablado de mí? —acertó a preguntar.

—El emir conoce y sabe interpretar la naturaleza humana, y advierte que tienes una deuda pendiente con Sulaymán. Por otra parte, parece estar al tanto de tus aptitudes en la lucha y al frente de tus hombres.

El joven oficial vaciló, inquieto.

—¿Qué espera de mí el emir de Qurtuba?

—Desea que acabes con Sulaymán, que te hagas con el control de Burbaster y que rindas la *madina* en la campaña que una vez más piensa emprender, este mismo verano. Eso es lo que el emir espera de ti, de nosotros. Porque también yo regresaré a Burbaster.

—¿Tú? ¿En Burbaster?

—Me presentaré con la aparente intención de apoyar a Sulaymán. No olvides que el emir ha arrasado la mayor parte de los monasterios de la zona, ha masacrado a muchos de sus monjes, y un antiguo obispo tendría sobradas razones para haber cambiado su actitud hacia Qurtuba. Contarías con mi apoyo desde el interior a la hora de captar adeptos a tu causa.

Ibn Rudmir inició un ir y venir nervioso entre las ruinas de la ermita, rumiando la propuesta. Cuando de nuevo se detuvo ante el obispo, alzó la mirada hacia él y habló.

—No me siento capaz de hacerlo. Y no por falta de deseos de acabar con Sulaymán. Tengo dudas sobre el destino que espera a los nuestros en caso de acceder a los deseos del emir.

Ibn Maqsim asintió, paciente.

—Hasta ahora te he hablado de lo que el emir espera de nosotros. Te falta escuchar lo que nos ofrece. Con Burbaster rendido a Qurtuba, el emir permitiría que se estableciera aquí de forma permanente la comunidad cristiana dispersa en toda la *kūra*, sometida al dictado de un nuevo gobernador. Puedes imaginar que ese

gobernador serás tú. Y yo, de nuevo, el obispo de la mayor comunidad cristiana de Al Ándalus.

Sulaymán sabía que si estaba vivo y a punto de cumplir cuarenta años era gracias a la desconfianza que lo mantenía atento a cualquier detalle que para otros pudiera pasar desapercibido. Cuando Ibn Maqsim regresó a Burbaster conmocionado y cubierto de harapos, después de sobrevivir al ataque del ejército cordobés al eremitorio en que, desterrado, había purgado sus culpas, ordenó que se le diera alojamiento y sustento. El antiguo obispo se había mostrado agradecido y conciliador después de una experiencia al parecer traumática, en la que todos los hermanos que con él compartían el monasterio habían sentido el filo de la espada en sus cuellos. Si él había sobrevivido era, según había referido, por la Providencia Divina, pues se encontraba ausente del cenobio, perdido en la espesura, en uno de los retiros que todos los hermanos, por turno, se imponían para experimentar la soledad más absoluta y el contacto con la naturaleza, en busca de la comunión con el Creador. Sin embargo, a su regreso había encontrado, según contaba, un montón de ruinas humeantes y los cuerpos sin vida de aquellos con quienes había compartido los últimos ocho años de su destierro.

Durante los primeros días, Ibn Maqsim apenas había abandonado los muros del monasterio rupestre, pero pronto empezó a caminar por la *madina*, donde se detenía a hablar con unos y otros, a frecuentar los corros de oficiales bajo las sombras de los entoldados y a recibir en sus aposentos a los primeros cabecillas de la comunidad cristiana. A Sulaymán le comunicaron que uno de aquellos hombres era el hijo de Rudmir, cuyas andanzas también había ordenado vigilar con discreción desde la muerte de su padre. Precisamente había regresado a Burbaster solo unas horas antes de la llegada del obispo, tras una jornada de ausencia en la que nadie de su entorno supo dar detalle de su paradero.

Aquella tarde se le había informado de un cambio en la guardia, durante el turno que debía proteger la *alqasába* en la primera mitad de la noche. Prefirió no indagar en los motivos del oficial para tomar aquella decisión, pero, cuando se retiraron los lugartenientes con los que habitualmente compartía las veladas, no se dirigió al lecho. Afortunadamente, Columba y su hija Argentea se encontraban aún en Aryidūna, donde la última *‘saifa* de Abd al Rahman las había sorprendido de visita a uno de sus parientes. No le resultó difícil deslizarse hacia uno de los edificios más apartados del recinto fortificado, a continuación penetró en una de las caballerizas y comprobó que la vía de escape bajo la muralla exterior que en secreto había ordenado construir se encontraba expedita. Se acomodó sobre la paja nueva y perfumada de la reciente cosecha, colocó su magnífica espada al alcance de la mano y trató de conciliar el sueño.

Cuando, sobresaltado, despertó en medio de la noche, los gritos procedentes de la

alcazaba acompañaban la luz de varias antorchas que proyectaban su halo tembloroso sobre la pared encalada de las caballerizas a través de las rendijas. Asomó la cabeza con prudencia y observó que al menos medio centenar de hombres habían asaltado el recinto. La voz que los dirigía era la de un hombre joven, y Sulaymán no tuvo duda sobre su identidad. Con calma, pero con desaliento, retiró la paja que cubría la trampilla, tiró de la argolla y la levantó. Era su poder lo que buscaban, y no tenía intención de enfrentar a los habitantes de Burbaster entre sí, no cubriría aquellas cimas de cadáveres para conservarlo. Pero tampoco se dejaría atrapar. Descendió los toscos escalones excavados en la tierra y cerró la trampilla, que antes había cubierto con paja abundante. Recorrió una breve galería reforzada con arcos de mampostería hasta que volvió a sentir el aire fresco del exterior entre los arbustos que ocultaban la salida. Ante él, iluminado únicamente por el brillo tenue de la luna creciente, contempló el barranco del Lobo y, al fondo, la cinta plateada del Ūadi al Jurs.

Sulaymán tardó dos días en tener noticia de los acontecimientos que se producían en Burbaster, cuando consiguió alcanzar a un grupo de mujeres, ancianos y niños que, junto a varias mulas, abandonaban la ciudad. Lo que con su marcha había tratado de evitar había sucedido finalmente. Lejos de rendir la *madina* y aceptar de forma pacífica la sustitución de su caudillo, los lugartenientes y los seguidores más fieles de los Ibn Hasfún se habían organizado para presentar batalla a los hombres de Ibn Rudmir. Durante una jornada completa la lucha entre las dos facciones se extendió en el interior de las murallas y, por vez primera en cuarenta años, las calles de Burbaster se cubrieron de cadáveres.

Los hombres de Ibn Rudmir se habían hecho fuertes en la *alqasába*, y el obispo Maqsim lideraba otra facción acantonada dentro de los muros del monasterio rupestre, en la ladera occidental, cuyo principal cometido era mantener bajo control la puerta principal de la *madina*. El resto del recinto se hallaba en manos de los partidarios de Sulaymán. Sin embargo, gran parte de los nuevos habitantes de Burbaster se había asentado en el arrabal, fuera de las murallas, el único lugar capaz de albergar al aluvión de rebeldes que habían huido en busca de refugio, después de la sistemática destrucción por parte del emir de todos los asentamientos en decenas de millas a la redonda. Sulaymán sabía que ese grupo de recién llegados estaba compuesto por los mas indómitos enemigos de Qurtuba, aquellos que habían resistido en sus fortalezas hasta el final, viendo en muchos casos morir a los suyos bajo las espadas del ejército, cuando no de hambre y sed en asedios atroces.

Dos jornadas esperó antes de emprender de nuevo el ascenso por la única ladera que llevaba a las puertas de Burbaster y, al hacerlo, ignoraba si llegaría a contemplar el ocaso de aquel nuevo día. El enfrentamiento dentro de la ciudad, no obstante, le hizo cobrar conciencia del error que había cometido, y no estaba dispuesto a dejar que el emir ganara su última batalla sin necesidad de cruzar su espada con quienes

durante décadas habían puesto en jaque su poder. Levantó la vista y observó las columnas de humo que se alzaban por encima de la cumbre y se recortaban contra el cielo azul. Con el corazón angustiado, siguió con paso decidido la vereda que conducía al arrabal, hasta que las primeras construcciones, toscas y de nueva factura, empezaron a rodearlo. Si bien se encontraban desiertas, un lejano vocerío orientó sus pasos hacia el centro del asentamiento.

La última curva que trazaba el sendero para salvar el desnivel lo llevó frente a un numeroso grupo de hombres armados que discutían de forma airada, sin orden, y sin que ninguno de ellos pareciera capaz de imponer su autoridad. Estimó que sobrepasaban con creces el millar. Avanzó sin detenerse hasta llegar a la altura del anillo exterior, y quizá la decisión de sus movimientos hizo que los hombres, al volver la cara a su paso, se apartaran de forma gradual dejando expedito el camino hacia el centro. Sulaymán empezó a oír su nombre, primero susurrado con asombro, después repetido mil veces para advertir de su presencia. Cuando llegó al lugar donde los más airados habían mantenido su discusión un momento antes, todos se habían vuelto hacia él, callados de repente.

—¡Sulaymán! —exclamó uno de ellos.

—¡El Señor sea alabado! —gritó otro, antes de que el rumor se extendiera entre la multitud hasta hacerse de nuevo ensordecedor.

Sulaymán no se permitió un atisbo de sonrisa siquiera. Con el rostro grave, se dirigió a quienes parecían llevar el peso de la discusión.

—Me gustaría hablar con estos hombres —dijo, con una mirada que abarcaba al grupo entero, al tiempo que trataba de encontrar un punto elevado desde el que ser escuchado.

—¡Un caballo! ¡Traed un caballo! —ordenó uno de ellos.

—Las puertas están cerradas, entrar en la *madina* es imposible —explicó otro.

—¿Y para qué habríais de entrar?

—Se rumoreaba que el hijo de Rudmir e Ibn Maqsim habían acabado contigo.

—De momento no lo han conseguido, aunque no dudo de que esa fuera su intención. ¿Qué más sabéis?

—Se lucha desde hace dos días, y al parecer las bajas son numerosas, sobre todo entre tus partidarios —dijo con tono contrito el que había adoptado el papel de portavoz.

—Entiendo que lo lamentáis…

—Estamos contigo, Sulaymán. Se dice que Ibn Maqsim pretende mantener la ciudad bajo su control hasta que el emir acuda para tomar posesión de ella.

—¡No hemos llegado hasta aquí, abandonando cuanto poseíamos, para rendir la ciudad sin lucha! —exclamó otro de los congregados.

Un mozo con un caballo cogido de las riendas se había abierto paso hasta ellos.

Sulaymán apoyó el pie en el estribo y se alzó sobre él.

—¡Es cierto lo que sabéis! —gritó—. En el interior de Burbaster luchan los fieles a la revuelta contra los traidores que pretenden entregar la *madina* al emir, a cambio seguro de una sustanciosa recompensa.

Un bramido unánime surgió de todas aquellas gargantas.

—¡Todavía podemos impedirlo! ¡Con vuestra ayuda!

—¿Cómo entraremos en la *madina*? Ni los asedios de tres emires lo han conseguido.

—Rodearemos la muralla hasta el sector meridional, el más elevado, antes de llegar a los tajos. Aquella zona, si no me equivoco, está en poder de mis partidarios. Con su ayuda podremos salvar el muro, lo derribaremos si es preciso. Una vez dentro, vuestro número inclinará la balanza a nuestro favor. ¿Estáis conmigo?

En respuesta, se produjo un nuevo rugido.

—Preparad pues vuestras armas. Y mazas, palas, sogas… Esperaremos al atardecer y rodearemos la ciudad cuando anochezca. A nuestra fuerza añadiremos la sorpresa, y si es posible entraremos en la ciudad antes del alba.

—Y una vez dentro… ¿cómo nos haremos con la *alqasába*?

—Basta con que un pequeño grupo pueda introducirse en ella, reducir a los guardias en un golpe rápido y abrir las puertas desde el interior. Yo sé cómo hacerlo.

Ibn Rudmir, cargado de cadenas, miraba a Sulaymán con el odio dibujado en el semblante. Junto a él, el obispo Ibn Maqsim permanecía arrodillado, con los ojos entornados y los labios en continuo movimiento mientras murmuraba sus oraciones. Bajo el sol del mediodía, ambos habían sido conducidos al extremo meridional del tajo que bordeaba la fortaleza, junto a una veintena de oficiales que se habían unido a su causa.

—La muerte será para vosotros poco castigo, pues habéis cometido el mayor pecado: acabar con la vida de cientos de nuestros hermanos en la fe, cuando más necesarios nos eran para defendernos de nuestros enemigos. Pero Dios os juzgará, y recibiréis vuestra condena.

La multitud se agolpaba para contemplar el espectáculo, encaramada a los muros de la *alqasába*, en las laderas que se inclinaban hacia el abismo y al borde mismo de este, despreciando el peligro y el vértigo.

—Tú serás el primero —declaró Sulaymán, impasible, al tiempo que hacía un gesto dirigido a Ibn Rudmir.

Uno de los soldados se acercó a él y lo liberó de las cadenas. Con los brazos libres colgando a los lados del cuerpo y los hombros encorvados, apareció como un joven indefenso y desvalido. De inmediato, cuatro lanzas apuntaron a su espalda y lo obligaron a avanzar hacia el borde.

—¡Sulaymán!

Un anciano con los ojos enrojecidos se adelantó unos pasos desde la multitud que poco antes lo arropaba.

—Mis tres hijos… —balbuceó—. Mis tres hijos han muerto en esta revuelta. No podrán descansar en paz si no soy yo quien vengue su muerte.

Sulaymán contempló al hombre consumido por el dolor. Luego miró a uno de los soldados que sostenían las lanzas y asintió. El anciano ocupó su lugar y se adelantó al resto. La punta del arma mordió la espalda de Ibn Rudmir, que gimió, dio el último paso hacia delante y las puntas de sus botas se asomaron al vacío. Cerró los ojos con tanta fuerza que se le deformó el rostro, a la vez que apretaba los puños hasta que sus nudillos perdieron el color. El anciano afianzó sus piernas temblorosas y tomó impulso. Solo el viento y los graznidos de las rapaces que sobrevolaban los cortados impedían que el silencio fuera absoluto.

—¡Muere, maldito! —gritó mientras cargaba todo su peso sobre la lanza.

Ibn Rudmir se precipitó al vacío. De nuevo reinó el silencio, y solo los más cercanos al abismo oyeron el golpe sordo que ascendió desde el fondo del cortado. Después, el eco lo reprodujo y lo extendió por todo el valle.

—¡Obispo! —llamó entonces Sulaymán, y su voz reverberó de nuevo entre los cortados—. Es tu turno. Ha llegado la hora de que rindas cuentas al Todopoderoso.

Año 924, 312 de la Hégira

45

Pampilona

—¿No lo veis? ¡Es un castigo de Nuestro Señor! —gimió la reina, derrotada y fuera de sí, ante el alféizar de la ventana—. ¿De qué otra manera pueden entenderse estas nuevas? ¡Ni un año siquiera ha durado la felicidad de nuestra hija Sancha!

El rey se colocó tras ella, y las llorosas doncellas se retiraron con prudencia hacia un rincón.

—Tranquilízate, esposa mía, nada ganaremos dejándonos llevar por la desesperación.

—¡Un castigo a nuestra soberbia, eso es! —continuó, ignorando a su esposo—. Cuando los reyes se creen dioses y disponen a su antojo de las vidas de las criaturas del Señor, solo la ira divina puede esperarse.

—Destierra de tu mente tales pensamientos —dijo Sancho, sujetando con firmeza los brazos de su esposa desde atrás—. Todos nuestros pasos están guiados por el afán de servir al Todopoderoso, las tierras conquistadas se han puesto bajo el dominio de los monasterios que hemos fundado o dotado, para gloria del Señor. Me consta que Ordoño aprovechó su última visita a tierras de la Galicia para hacer nuevas donaciones a la catedral de Santiago…

—¿Por qué entonces nuestra hija ya no es reina de León? —interrumpió Toda, deshaciéndose del abrazo de su esposo—. ¿Por qué Dios la ha dejado viuda a los veintitrés años, sin haber cumplido uno de matrimonio… y sin dar al rey nueva descendencia?

—Cuando la casamos con Ordoño, sabíamos que no tomaba un esposo joven. Por otra parte, de poco le hubiera servido a nuestra hija estar encinta siendo viuda.

—¡Y Alfonso, tan bello como pusilánime! ¿Cómo ha podido dejarse arrebatar el trono de su padre por Fruela, ese leproso? ¡A él correspondía, por derecho, y Onneca sería la nueva reina de León!

Sancho se acercó al ventanal, por el que penetraba ya una luz intensa que anticipaba otro caluroso día de verano. Aún conservaba en su mano el pergamino que contenía la noticia de la muerte de su yerno y a la vez consuegro.

—También Ordoño sucedió en el trono a su hermano García. El mismo derecho habrá aducido Fruela para hacerse coronar.

—Temo por Alfonso… y por Onneca —dijo Toda, mirando la figura de su

esposo, recortada contra el haz de luz.

—Quizá debería acompañar a Sancha en su regreso… —aventuró el rey.

Cuando Toda respondió, parecía haber desterrado la ira y la frustración para retomar su habitual pensamiento frío y calculador.

—No, a pesar del riesgo… Onneca debe permanecer junto a Alfonso. Ese y no otro es el lugar de una esposa. No desespero de la posibilidad de que nuestro yerno acabe ocupando el trono de León.

—Sin embargo, Fruela es ahora el rey, y con él habré de negociar el compromiso que antes me unía a Ordoño. No tardará en llegar el momento en que tenga que acudir en nuestra ayuda, junto a los condes de Álava y Castilla. Con todos ellos habré de entrevistarme.

—Hasta ahora nuestras tropas han bastado para mantener a raya a los musulmanes de Tutila.

—Ese general enviado por Córdoba parecía venir con la única misión de reforzar el contingente de los Banū Qasī, diezmado por nuestras fuerzas el pasado año. Su hostigamiento a las fortalezas de la frontera es tan solo una estrategia para evitar un nuevo ataque en las tierras del río Iberus. Solo Dios sabe cuánto durará esta situación. Pero esta noticia —dijo levantando el pergamino— retrasa también nuestros propósitos de avanzar hacia el sur por tierra de moros.

—¿Partirás entonces a León?

—No veo la manera de evitarlo.

—Yo te acompañaré. Anhelo encontrarme con Sancha, cuanto antes, en estos momentos agradecerá tener a su madre a su lado.

—Si es tu deseo… pero no olvides que Sancha y Onneca conviven en la corte de León. Se tienen la una a la otra.

—¡Pobre Sancha! La imagino al recibir la noticia, pobre hija mía, y ahora cubierta de luto. ¿Dice ese pergamino cómo sucedió?

—Al parecer se sintió enfermo en Zamora y se hizo llevar a León, pero los médicos nada pudieron hacer por salvar su vida. Al redactar este escrito aún no se le había dado sepultura; dice que ha de construirse un panteón en la girola de la catedral, tras el altar mayor.

—El viaje de regreso será largo, y deseo que Sancha lo haga acompañada. Además, si has de entrevistarte con los condes que son tus aliados… será bueno que Sancha esté presente.

El rey pareció desconcertado.

—¿Por qué piensas que retrasaré hasta la vuelta ese encuentro?

—Porque te conviene…

—¿En quién piensas, Toda?

—En Álvaro Herrameliz, el conde de Álava… —dijo sin perder la gravedad del

gesto.

—¿Qué pasa con él?

—El pasado año, en aquel campamento donde se concentraron vuestras tropas antes de la campaña… un emisario del conde me hizo saber de forma discreta del interés del conde por nuestra hija. Si Ordoño no hubiera aceptado…

—¡Por Dios, Toda! Tu hija habrá de vestir luto una larga temporada.

—Al final de la cual puede esperarle un nuevo casamiento que otra vez la haga feliz, y que a un tiempo refuerce tus alianzas. Tú mismo has dicho que conviene contar con esos condes, los de Álava y los de Castilla.

Sancho miró a su esposa con una mezcla de admiración y recelo.

—A veces pienso que serías mejor rey que yo.

—No puedo aspirar a empuñar la lanza ni la espada, pero no son esas las únicas armas de un rey.

El pequeño García sostenía la espada roma que su padre le había entregado con ocasión de su sexto cumpleaños. Era la única de metal entre todas las espadas de madera que portaban los muchachos de su edad presentes aquella tarde en el patio del palacio real. Dos jóvenes oficiales trataban de poner orden en medio de aquella algarabía de gritos y golpes descontrolados, bajo la mirada atenta de las ayas encargadas de la custodia del muchacho, que aún buscaban la sombra cada vez más alargada de la muralla.

La puerta de la entrada a la fortaleza se encontraba abierta y protegida por una unidad de la guardia. En el patio penetró el sonido inconfundible de los cascos de un caballo, cuyo galope refrenó la voz potente del jinete. El recién llegado se detuvo lo justo para intercambiar unas palabras con el oficial de guardia, antes de que este le franqueara el paso al recinto. Los muchachos dejaron caer sus espadas para centrar todas las miradas en el hombre cubierto de polvo y sudor que, con mirada vehemente, descabalgaba junto a las ayas.

—¡La reina! ¡Avisad a vuestra reina! —exclamó con sobrealiento, y se sujetó de las riendas para evitar que se le doblaran las piernas, entumecidas—. Si el rey está de caza como se me informa, debe ser a ella a quien traslade mi mensaje.

Las ayas miraron al soldado con aprensión, y una de ellas se alzó la túnica para cruzar el patio.

—Yo misma le daré aviso, a esta hora estará preparándose para su paseo vespertino —explicó solícita—. Pero podéis seguirme, si vuestro recado es tan urgente como parece. Esperad en la antecocina, donde podréis beber y reponer fuerzas, a fe que os es preciso.

Cuando el mensajero fue introducido en la cámara que ocupaba la reina, había conseguido recuperar el aliento, pero la expresión de preocupación no había abandonado su rostro cuando inclinó la cabeza en señal de respeto hacia los

presentes. Junto a Toda se hallaban varios hombres que por sus vestiduras debían de ocupar cargos importantes en la corte.

—Habla, te lo ruego.

—Mi señora, señores… vengo desde Tutila, adonde fui enviado por nuestro rey con el encargo de ser sus oídos allí, en tierra de moros. La ciudad se encuentra desde hace dos días en pie de guerra. Al parecer hacia la Marca se dirige un gran ejército procedente de Qurtuba, al mando del propio emir, Abd al Rahman.

—¿Con qué propósito? —inquirió Toda, repentinamente seria.

—He retrasado mi partida unas horas para recoger toda la información posible, en corros, en cantinas, en la misma mezquita y entre los hermanos mozárabes que me han acogido. Y lamento decirlo, mi señora, pero las noticias no pueden ser más inquietantes. El emir se dirige a Pampilona.

—Toma asiento, te lo ruego, y danos todos los detalles.

El jinete rehusó el ofrecimiento y continuó hablando.

—Como sabéis, tras la muerte de Muhammad ibn Abd Allah, los tuchibíes se hicieron con el control de la ciudad. Enviaron una embajada a Qurtuba para confirmar que ponían la *kūra* bajo la autoridad del emir y para solicitar fuerzas de apoyo que impidieran nuestro avance definitivo hasta conquistar Tutila, su *madina* más emblemática y también su capital. Qurtuba envió el pasado otoño esos efectivos al mando de uno de sus generales, Ibn Basíl. Ahora sabemos que su misión se limitaba a contener nuestras fuerzas, en tanto Abd al Rahman terminaba con su hostigamiento contra los rebeldes cristianos del sur, los hijos de Ibn Hafsún. Al parecer, esta primavera los cordobeses han reunido sus huestes y se dirigen…

—¡Deteneos! ¡Ya se oyen los perros! —exclamó Toda, cortando la explicación—. Mi esposo está aquí.

Sancho entró sudoroso, con las ropas y los cabellos manchados de sangre, y un intenso olor a tomillo y a romero inundó la estancia. Lo acompañaban el obispo Galindo y sus hermanos, Ximeno y Enneco, tan desastrados como él.

—Esposo mío, las nuevas que temíamos han llegado antes de lo que pensábamos —se adelantó Toda, que señaló al emisario.

—¿Una aceifa?

—Así es, mi señor. Los infieles de toda la frontera se disponen a la leva de tropas para sumarse a los efectivos procedentes de Qurtuba y del resto de las Marcas. Al parecer los preparativos se iniciaron en la capital durante el invierno, mucho antes de lo habitual, lo que da idea de la importancia que nuestros enemigos conceden a esta campaña. Por lo que he averiguado, la partida se produjo a finales de abril, y…

—¡Pero en ese caso habrían llegado hace semanas! —se alarmó Sancho.

—Sí, si no se hubieran dirigido en primer lugar a las coras de Tudmir y del Levante, donde han pasado más de un mes reduciendo a los cabecillas rebeldes de

Murcia, de Valencia y en fechas más recientes a los de Tortosa. Remontando el río Iberus parecen dirigirse a Alcañiz, y desde allí a Saraqusta, donde sin duda se les unirán los contingentes que pueda aportar Al Anqar.

Sancho lanzó un suspiro desde lo más hondo. Toda la fatiga acumulada durante la jornada de caza pareció manifestarse en aquel instante, de modo que tomó asiento en un escabel.

—Esto trastoca nuestros planes por completo. Nuestro viaje a León queda suspendido, pero deben salir emisarios de inmediato en busca de Fruela. Esta misma noche.

—No hay luna, mi señor —advirtió uno de los cortesanos.

—Al amanecer, entonces. Con caballos de refresco. También hacia Pallars, hacia Aragón, a Castilla… Aquitania si es preciso. Ocupaos de ello. Tiempo habrá de concertar el lugar del encuentro, según la dirección que tome Abd al Rahman.

—Me temo, mi señor, que los emisarios ya pueden señalar el destino a las tropas de tus aliados sin temor a equivocarse. El ejército de Qurtuba se dirige contra esta ciudad.

Sancho levantó la cabeza con lentitud, y las comisuras de sus labios se curvaron hacia el suelo.

—¿Estás seguro de eso, soldado?

—Es lo que se asegura entre las tropas musulmanas de Tutila, mi señor.

—¡No! ¡Eso no puede ser!

Todas las miradas se volvieron hacia la anciana que acababa de entrar en la estancia sin que nadie reparase en ella.

—¡Madre! —exclamó Toda.

—¡No! ¡Mi nieto no alzará las armas contra la ciudad de sus antepasados! —gritó con una voz vieja, rota y temblorosa—. ¡Yo soy su abuela!

Toda se apresuró hacia la anciana, que, con dificultad, trataba de avanzar hacia su yerno.

—Si mi nieto se aproxima a la ciudad, yo misma saldré a recibirle, a parlamentar con él. No levantará la mano contra la madre de su padre. ¡Oh, Dios Todopoderoso! —se lamentó con amargura, con las manos en las sienes, y miró a lo alto—, lo que siempre he temido está a punto de ocurrir. Pero si no me has llevado antes es porque has escuchado mis oraciones, ¡bendito seas!

—Tienes que calmarte —susurró Toda mientras tomaba a su madre por los hombros.

—¿Es que no lo ves, hija mía? ¿No lo veis todos? Dios ha escuchado mis plegarias. Conocer al hijo de Muhammad es el anhelo que me ha mantenido viva. Y ahora, cuando mis ojos no han de tardar en cerrarse para siempre, puede que tenga la dicha de ver en su rostro los rasgos del hijo que abandoné en Qurtuba hace cuarenta y

cuatro años. ¿Habéis oído bien? —recalcó con las primeras lágrimas resbalando por su rostro arrugado y enjuto—, ¡cuarenta y cuatro años! Y dos meses, y seis días.

Onneca rompió a llorar mientras Toda acariciaba los cabellos plateados de la anciana contra su pecho. Sin embargo, con un nuevo impulso, esta se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano, se separó de Toda y se postró de rodillas ante el rey.

—Mi buen Sancho, mi yerno… y mi rey. Di aquí, delante de todos, de tus hermanos, de tu esposa, ¡del obispo Galindo!, que no me negarás, si Dios quiere que mi nieto llegue a las puertas de Pampilona, la posibilidad de reconocer su rostro y de interceder ante él por nuestra ciudad.

La mirada de Onneca mientras hablaba era la de una anciana trastornada. El obispo, con pudor y un punto de lástima en el semblante, bajó la vista al suelo. Sancho, con un gesto, pidió a Toda que ayudara a su madre a incorporarse. Con todo el cariño que era capaz de mostrar, la sujetó bajo los brazos y, casi en volandas, la levantó.

—Dímelo, Sancho —insistió gimiendo, con los brazos tendidos hacia él—. No niegues a esta vieja lo que lleva toda la vida esperando.

El rey le tomó de la mano y, con delicadeza, se la llevó a los labios.

—Si en mi mano está —dijo con voz serena y grave—, el emir de los infieles no hollará con los cascos de su caballo la tierra de nuestros antepasados. Con la ayuda del Salvador, en quien depositamos nuestras esperanzas, así será. Y ahora retírate, madre, y descansa.

3

Diario de la aceifa emprendida por el emir Abd al Rahman III en el mes de Muharram del año 312 de la Hégira

Jueves, primer día de Rabí II del año 312
(7 de julio de 924)

Debo a mi escribano, mi fiel servidor, la constancia y la paciencia necesarias para continuar con estas crónicas que desde hace años ambos venimos redactando durante nuestras campañas. Su presencia a la puerta de la *qubba* al final de cada jornada se ha hecho ya tan habitual como la de mis eunucos, visires y chambelanes, y no es infrecuente que sea él quien soporte los accesos de ira que todos ellos me provocan. Hoy, de nuevo ante los muros de Tutila, a punto de atravesar el Ūadi Ibrū para penetrar en el país de los infieles, deseo que quede reflejado sobre el pergamino el nombre de este cabal y discreto funcionario, responsable de que tú, lector interesado en los hechos que aquí se describen, sabe Allah en qué tiempo por venir, tengas testimonio de primera mano de tales sucesos, que han de marcar el devenir de nuestra Historia.

La discreción y humildad de mi escribano me obligan a tomar el cálamo con mi mano para consignar que es Abu Marwán Hayyan ibn Jalaf ibn Hayyan[27] quien, con sorprendente agilidad y esmerada grafía, se ha encargado y se encargará de fijar sobre la vitela los sucesos de su época.

Más de dos meses han tenido que pasar desde nuestra salida de Qurtuba para llegar a la orilla del Ūadi Ibrū, a esta *madina* fortificada de manera soberbia que los Banū Qasī han sabido convertir en espina ante las fauces del enemigo. Poco queda sin embargo, tras la muerte de mi fiel Muhammad ibn Abd Allah, de este linaje de muladíes que durante las últimas generaciones ha dominado estas tierras tan privilegiadas por la naturaleza como castigadas por los hombres. Tan solo el joven Mūsa ibn Abd Allah, hermano del finado, estaba presente en la simbólica entrega de las llaves de la *madina* que ayer se produjo tras nuestra llegada. Pero no fue uno de los Banū Qasī quien puso la ciudad bajo la potestad de Qurtuba. Lo hicieron un ya anciano Al Anqar, de los tuchibíes de Qala’t Ayub, y su hijo Hāsim, quienes la habían tomado bajo su mando cuando el clan de los muladíes de Tutila resultó descabezado por Sancho, el rey de los malditos, para después entregarla a mi general, Ibn Basíl.

Por el propio Mūsa, a quien concedí audiencia, conocí las circunstancias de la

muerte de su hermano, Muhammad, quien tan bien me había servido durante mi anterior paso por estas tierras. Tiene mi juramento de que en esta campaña haré pagar con creces la afrenta de quienes ultrajaron su cadáver. Él mismo ha solicitado unirse a nuestro ejército en calidad de oficial, al frente de una unidad de sus más fieles soldados y, aunque su bisoñez no lo convierte en la pieza más sólida del engranaje, prefiero mantenerlo cerca antes que hacer de él un disidente despechado. Tiempo habrá a nuestro regreso de tomar las decisiones oportunas respecto al gobierno de Tutila.

He decidido dar tiempo a mis intendentes y por ello he anunciado dos días de descanso antes de penetrar en el país de los infieles. Mis generales aprovecharán este tiempo precioso para reorganizar las tropas después de la incorporación de las fuerzas de la Marca, de forma que, bien pertrechadas y con el ánimo renovado, acometan con firme empeño la tarea que Allah les tiene encomendada.

Viernes, 10 de Rabí II del año 312
(16 de julio de 924)

Las preces del viernes se han alzado hacia el Todopoderoso en Qarqastil, cuando tenemos a la vista el desfiladero de los *baskunish*[28]. Será al amanecer cuando nuestros guías conduzcan a la vanguardia, bien protegidos los flancos, a través de los pasos que nos han de llevar hasta las tierras que vieron nacer a la ralea de los enemigos de Qurtuba.

Que el lector de esta crónica no crea que el corazón de un hombre, por más alta que sea su dignidad, no se estremece cuando pisa la tierra donde nacieron sus antepasados, pues los más avisados sabrán que la sangre vascona corre por mis venas. Muzna, mi madre, no dejó de hablarme antes de partir acerca de mi abuela Onneca, con quien sé que sigue intercambiando misivas a mis espaldas. Sé bien que habita la fortaleza que me propongo destruir y tan solo confío en que Sancho tenga el entendimiento necesario para apartarla de mi camino, a ella y a sus hijos, a todos aquellos cuyas vidas pretenda preservar. Porque es mi intención penetrar hasta el corazón de su país, hacerle probar el sabor a hiel de la derrota, de manera que durante generaciones recuerden que quien ofende a mis *mawali* a mí me ofende, que la *yihād* es la respuesta contra quien profana las mezquitas de Bilad al Ándalus, y que tierra quemada es todo lo que verán sus ojos cada vez que la espada se alce contra nuestro pueblo. De nada han de valer componendas ni embajadas, pues de nada valieron hace un año cuando nos vimos despojados de nuestras posesiones, después de pasar a cuchillo a sus defensores.

La aldea de Baskunsa, de donde se me dice que es oriundo el bárbaro Sancho, es nuestro destino en la jornada de mañana, y la luz de los fuegos que han de consumirla será la que ilumine nuestro campamento.

Viernes, 17 de Rabí II del año 312
(23 de julio de 924)

Resulta engañosa la quietud del atardecer en el campamento, junto al castillo de Leguín, al que he ascendido con mi escribano y con los guías que orientan nuestra marcha. Si dirijo la vista hacia occidente, puedo divisar la última cadena de cerros que, a menos de cinco millas, nos separa de Banbaluna. Si la vuelvo hacia oriente, el resplandor de los fuegos y las columnas de humo que surgen de las aldeas arrasadas a nuestro paso. Al norte, ya en la distancia, se alzan cimas que igualan en altura y magnificencia las más altas cumbres de los montes de Al Ándalus, en la *kūra* de Ilvira.

Ni el agua clara que desciende desde ellas por ríos impetuosos, ni los más delicados perfumes, ni el incienso por arrobas pueden arrancar de nuestra piel y nuestras vestiduras el olor penetrante de la guerra, del fuego que todo lo destruye y purifica a nuestro paso. No quedó piedra sobre piedra de la fortaleza de Baskunsa, y sé que en la distancia Sancho contemplaba nuestra obra, pues aquel día aparecieron sobre las cumbres los primeros adelantados de las tropas vasconas, que salían a nuestro encuentro. Sé ahora también que la afrenta hirió su orgullo, y así pueden explicarse los sucesos que acontecieron en las siguientes jornadas.

Penetramos en tierras de infieles hasta lugares que nadie antes había alcanzado, los cascos de nuestras cabalgaduras hollaron los valles que hasta ahora les habían servido de refugio, cubiertos por interminables praderas, pastos inagotables, rodeados por montañas inaccesibles. En todo momento los vascones vigilaban nuestro avance desde las alturas, pero durante dos días Sancho hubo de limitarse a contemplar cómo ardían las aldeas, las iglesias y los puentes; cómo se cargaban las cosechas de aquellos valles feraces sobre sus propias mulas para engrosar una retaguardia cargada de botín y de pertrechos; cómo se degollaban y dispersaban los ganados, a excepción de las reses que servían de sustento a un ejército tan numeroso como voraz.

Fue en la tarde del miércoles, mediado el mes, cuando sobre las cumbres aparecieron nuevas unidades de caballería, con pendones que no se habían visto hasta aquel día. Sancho, sin duda, había recibido refuerzos, y con su llegada creyó que podría combatir a los musulmanes.

Ordené que nuestras tropas avanzaran en filas prietas en todo momento, en alerta constante, dispuestas a entablar la batalla que ya parecían anhelar. Cuando, al amanecer del día siguiente, se internaba el ejército en medio de aquellas angosturas, junto a un río que llaman Esca, descendió de aquellos montes contra la vanguardia la primera partida de caballería, más solo se trató de una breve refriega. Ordené parar a mis generales, montar los pabellones y disponerse para el combate. Como aguerridos leones, los siervos de Allah se arrojaron contra el enemigo, cruzaron el río y en masas compactas ascendieron aquellas laderas hasta desalojarlos de sus refugios y hacerlos

pasto de lanzas y espadas. Retrocedieron los infieles hasta las abruptas alturas de un monte, que los musulmanes escalaron en su persecución, tras lo cual mataron a muchos de ellos con la ayuda de Allah, tapizando los pastizales con sus cuerpos. Continuó la caballería la algara por el llano, capturando botín y rehenes, y cuando el sol alcanzó su cénit regresaron mis fieles a salvo, sin más baja que Ya'qūb ibn Abí, uno de mis mejores paladines, con un pequeño grupo de mercenarios, que cayeron mártires en una emboscada, otorgándoles así Allah un feliz final.

Muchas cabezas de infieles se reunieron en el campamento y allí quedaron, para que cada cual recogiera a nuestra marcha la de sus parientes, pues ni la distancia ni la oportunidad aconsejaban en esta ocasión su envío a Qurtuba. La prudencia, sin embargo, convenció a mis generales de la necesidad de abandonar cuanto antes aquellas angosturas, y en la jornada de ayer, después de un día de marcha a través de montes y collados, establecimos el campamento junto al río que atraviesa la aldea de Lumbier, que sus habitantes habían abandonado precipitadamente.

Debo consignar en este punto un episodio que tuvo lugar poco después de plantar la *qubba* real y que no puedo calificar como sorprendente o inesperado, pues contemplaba la posibilidad de que ocurriera desde el momento en que pisamos el país de los vascones. Un clérigo cubierto sin más vestiduras que el hábito de su orden se presentó solo y desarmado ante la guardia a lomos de su caballo. Portaba un pergamino que, tozudo, se negó a soltar, jurando que solo lo pondría en manos de quien le pudiera garantizar su entrega inmediata al emir. Fue mi chambelán quien se apresuró a hacerlo llegar a la *qubba* cuando comprendió la relevancia de su contenido. Procedía de Banbaluna, y lo rubricaba la misma reina Toda.

Debo reconocer que aquí, a tan solo unas millas de la ciudad donde habitan mis antepasados, mi corazón no es insensible a los argumentos que la reina desgrana en su carta, fechada dos días atrás y en ausencia, por tanto, de su esposo el rey. No es la carta de una mujer escasa de inteligencia, aunque tampoco es la obra de un diplomático sutil, pues comienza dirigiéndose al emir de Qurtuba como a su sobrino. Dice haber tomado la decisión de interceder en favor de su pueblo, alegando para ello los lazos de sangre que nos unen. Habla de mi abuela Onneca, y del supuesto anhelo de conocer al que es su nieto y también el caudillo que dirige a las tropas que amenazan con arrasar su corte. Y termina sugiriendo la posibilidad de un encuentro que debería tener lugar en la jornada de mañana, a las puertas de Banbaluna.

Hace una semana quedó reflejado en esta misma crónica mi pensamiento al respecto, y los hechos acaecidos desde entonces no me inducen a reconsiderar mi decisión. Las ofensas han sido muchas, y el argumento del parentesco no parece haber detenido a Sancho a la hora de atacar las tierras de Al Ándalus. Tampoco servirá ahora para frenar la destrucción de Banbaluna. Es la determinación con la que partimos de Qurtuba hace tres meses la que ha hecho movilizar a millares de

musulmanes en defensa de los suyos.

Esta misma mañana, antes del amanecer, ha salido un mensajero hacia la ciudad con mi respuesta. Hace doce años tomé asiento en el trono de los omeyas, y juré ante el Todopoderoso defender la fe verdadera y a la comunidad de creyentes. Todos los súbditos de Al Ándalus y, sobre todo, los súbditos de quienes se enfrentan a mí han de saber que el emir de Qurtuba, el tercer Abd al Rahman, se mantiene firme en sus juramentos. Un solo ruego por mi parte contenía la misiva: que la reina misma, su madre, todos sus parientes y allegados a quienes quieran proteger abandonen antes del alba la capital que mañana me propongo destruir.

Hemos de descender ahora hasta el campamento, pues negras nubes de tormenta se aproximan, el resplandor del relámpago es visible desde lo alto y pronto la lluvia embarrará los caminos. Sé que a estas horas el éxodo habrá comenzado ya en Banbaluna. Será su noche más aciaga. El estallido del rayo será para los infieles tan solo el presagio de la tempestad con que la furia de Allah ha de devastar el solar en que un día levantaron su capital.

Año 924, 312 de la Hégira

47

Pampilona

Solo la luz tenue y vacilante de las lamparillas que ardían ante su reclinatorio daba vida al rostro extrañamente sereno de Onneca. Como siempre desde su lejano regreso de Qurtuba, experimentaba una intensa sensación de seguridad en aquel lugar protegido por sólidos muros de piedra, donde la imagen de la Virgen tallada en madera que la contemplaba desde el altar había sido su compañía en momentos de zozobra. Ahora, sin embargo, solo se veía un pedestal vacío junto al lugar que había ocupado el sagrario, pero ardía allí aún un cirio grueso, y en su llama titilante había fijado la mirada durante las horas de aquella larga noche, dedicadas a la oración.

Próximo ya el amanecer, pocos eran los sonidos procedentes del exterior aparte de los gritos ocasionales de la soldadesca. El grueso de los habitantes de Pampilona había abandonado la ciudad a lo largo de la tarde, y solo a los más rezagados había sorprendido aún dentro de las murallas la intensa tempestad que había descargado sobre el valle. La corte de Sancho al completo había partido la mañana anterior en compañía de la reina y de sus hijos en busca de la protección de los profundos valles excavados entre montañas que se abrían al norte. También a ella la habían acomodado en una de las carretas que componían la comitiva, junto a Urraca, Belasquita y Munia, las mayores de sus nietas presentes en la fortaleza. Había alegado para descender que sus hermanas menores, sin duda aterrorizadas por la inminente llegada de los sarracenos, necesitarían más de su compañía en la carreta que las seguía. Las muchachas habían comprendido su deseo sin poner ninguna objeción. Se apeó cuando ya se oían las voces de la partida y, en medio del tumulto y la confusión del momento, se ajustó una apretada pañoleta sobre los cabellos blancos para caminar entre la multitud en dirección a la catedral, recién evacuada, implorando al cielo que su ausencia pasara desapercibida.

Y sus ruegos habían sido atendidos. El templo se había despojado de cuantos objetos de valor pudiera albergar en su interior, y todos los eclesiásticos que se ocupaban del culto en la catedral, así como sus sirvientes, acompañaban a la corte en su marcha. Oculta entre las sombras, prestó atención a los sonidos, que poco a poco se fueron apagando, contempló cómo se extinguía la última luz del atardecer que entraba a través de los vanos, escasos y estrechos, y escuchó sobrecogida, mientras recitaba sin cesar sus oraciones, la furia de la tormenta que se desataba en el exterior.

Amanecía ya, y se sentía serena y confortada. La decisión que había tomado colmaba sus anhelos, y su corazón no albergaba ninguna duda. Necesitó toda la fuerza de sus brazos para apoyarse en el reclinatorio y alzar su cuerpo entumecido. Aun así tuvo que tomar asiento y frotarse las piernas, paralizadas por los calambres, antes de dar los primeros pasos hacia el exterior. Alcanzó el atrio y de nuevo se ajustó la pañoleta de forma que le enmarcaba el rostro. Vestía una sencilla túnica apropiada para el viaje que debía haber emprendido y unas simples sandalias que no delatarían su condición. Cuando se asomó al exterior, grupos de soldados atravesaban la gran explanada encharcada del recinto fortificado, en dirección a las murallas meridionales, el único lugar vulnerable de la ciudad, por donde sin duda llegaría el ataque.

Dos habían sido los golpes sucesivos que habían terminado con las últimas esperanzas de los habitantes de Pampilona. Sancho había salido de la ciudad en dirección a Baskunsa en cuanto tuvo noticia de la presencia de los sarracenos en el valle del río Aragón. Ni siquiera esperó a las tropas de Fruela ni a los condes castellanos, que se sumaron a los pamploneses dos jornadas más tarde. Tres días hacía que los emisarios del frente habían regresado voceando el fracaso de los defensores cristianos en su intento por detener a Abd al Rahman lejos de la capital. Onneca recordaba cómo el pánico se había extendido entre los habitantes de Pamplona, pero la reina tomó la iniciativa en espera del regreso de su esposo. Juntas redactaron, utilizando la lengua árabe, la carta que el abad de Leyre en persona se encargó de llevar al campamento del emir.

Regresó Sancho al frente de su ejército y apenas había descabalgado cuando un mensajero de Abd al Rahman entró en la fortaleza con la respuesta firmada por su mano. Onneca había observado la escena desde una de las galerías del piso superior. Fue la reina quien se adelantó a leer el pergamino bajo la mirada interrogante de su esposo. Cuando terminó, cerró los ojos con fuerza, entregó a Sancho la misiva, alzó la túnica y corrió hacia el palacio para perderse en sus galerías. Al poco la sostenía entre sus brazos, tratando de calmar los sollozos que la sacudían.

Una breve reunión del *Consilium* bastó para determinar la evacuación de la ciudad. Tan solo habría de permanecer en ella una guarnición de voluntarios que acometerían un último intento de defensa, dejándola a merced del ejército sarraceno si el ataque se producía.

Onneca abandonó el recinto fortificado en medio de la indiferencia de los soldados que se cruzaban en su camino. No eran pocos los ancianos que se habían negado a abandonar sus casas, depositando en Dios todas sus esperanzas, confiando en que las tropas que habían permanecido al amparo de las murallas bastaran para disuadir al emir de tomar la ciudad al asalto. Ya había ocurrido antaño, en Pampilona y en otros lugares. Quizás esta vez también el ejército sarraceno se contentara con

arrasar los fundos que alimentaban la capital, talar sus árboles, acabar con las cosechas y con los ganados para seguir adelante con la aceifa.

En el exterior de la fortaleza el suelo, empapado y pisoteado por hombres y monturas, se había convertido en un lodazal. Onneca avanzó con dificultad en dirección a las murallas, pegada a los muros de las viviendas, que ahora se hallaban desiertas y con las puertas abiertas para proporcionar abrigo a los últimos defensores frente a las flechas de los atacantes. A medida que avanzaba, la presencia de hombres armados se hacía más numerosa y, cuando la estrecha callejuela por la que transitaba se abrió a la puerta meridional de la ciudad, ante sus ojos apareció el adarve de la muralla repleto de soldados dispuestos ya para la defensa.

Todos los hombres le daban la espalda y mantenían la vista fija en algún punto del horizonte. Algunos señalaban con el brazo extendido en la misma dirección. Los primeros rayos de sol, matizados por la neblina del amanecer, envolvían la escena con un halo irreal y bañaban el lado izquierdo de los cascos, de las corazas y las lorigas. Las cotas de malla y los extremos de las lanzas enhiestas lanzaban destellos que llegaban a deslumbrar.

Aquellos centenares de hombres parecieron callar a un tiempo, pero el murmullo de las voces no se vio sustituido por el silencio, sino por el eco lejano de los timbales y las trompas musulmanas que comenzaban a atronar en el valle con ritmo sincopado. Onneca se aproximó a la escalinata que ascendía a la muralla y, con esfuerzo, comenzó a trepar por ella. Sintió que alguien tiraba con violencia de su túnica.

—¡Aparta, anciana! —ordenó un oficial al tiempo que, sin contemplaciones, la tomaba en volandas para hacerla descender.

El soldado se deshizo de ella sin mirarla, pues tenía la vista puesta en lo alto de las escaleras, que ascendió de dos en dos. Onneca perdió el equilibrio y cayó al suelo embarrado. Trató de levantarse con rapidez para evitar que sus ropas se empaparan, pero resbaló de nuevo. Cuando al fin logró ponerse en pie, examinó su aspecto con resignación al tiempo que sacudía disgustada las manos cubiertas de légamo. Decidió que aquel contratiempo podía favorecer su deseo de pasar desapercibida, y aún se pasó por la frente el dorso de la mano, cubierto de barro. Se aseguró de que esta vez la escalinata estuviera despejada y comenzó a ascender con precaución.

Cuando alcanzó el estrecho pasillo que discurría a lo largo del muro en su parte más alta, alzó la mirada y se le encogió el corazón. Ante ella, en un frente que se perdía de la vista por ambos flancos, se disponían para el ataque millares de infantes, arqueros y jinetes en formación. Los estandartes blancos de los omeyas se mezclaban con los de decenas de clanes que sin duda se habían sumado al ejército cordobés durante la expedición, hasta hacer de la campiña un mar multicolor de telas que ondeaban al viento. Desde allí, el sonido de los tambores sarracenos se apreciaba con nitidez, y Onneca pensó que, si la intención era infundir el temor en los enemigos,

cumplían su misión a la perfección. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando comprendió que aquella visión acababa con la última esperanza de que Pampilona se librara de la destrucción. Se cubrió los ojos con la mano para protegerse del sol y trató de escrutar el frente musulmán. Buscaba algún signo de la presencia del emir, pero, si se encontraba entre los jinetes formados frente a la ciudad, no mostraba ninguna señal que lo distinguiera de sus generales, cuyas cabalgaduras sí que aparecían especialmente guarnecidas, enjaezadas y cubiertas con gualdrapas.

Se sobresaltó al oír a su lado la voz de un oficial que daba la señal a los arqueros para tomar posiciones y preparar sus armas, y recorrió el adarve con la vista en busca de un lugar seguro desde el que poder seguir el desarrollo de la lucha. Lo encontró en el rincón donde una de las torres albarranas que protegían la puerta se unía a la muralla. Allí estaría a salvo de los proyectiles musulmanes y al tiempo fuera de la vista de sus propios soldados, que de otra forma no tardarían en expulsarla de allí. Se preguntó en qué lugar de la muralla se encontraría el rey y halló respuesta al alzar la vista hacia el lado opuesto de la puerta. El morrión emplumado de Sancho destacaba sobre el grupo de caballeros que lo rodeaban, entre los cuales sin duda se contaban sus propios hermanos y también el obispo Galindo, a juzgar por sus inconfundibles vestiduras. Su yerno contemplaba el panorama protegido por un sólido escudo en el que el emblema de los Ximeno solo se adivinaba entre reflejos, y en su diestra sostenía, a media altura, la espada que se disponía a alzar para dar a los arqueros la orden de disparo en el momento en que las tropas sarracenas iniciaran su avance.

Onneca sabía que los defensores no tenían ninguna posibilidad de detener el ataque. Quizá la idea de Sancho era causar el mayor número posible de bajas con sus arqueros antes de ordenar la retirada definitiva hacia el río. Solo la solidez de los refuerzos en la puerta retrasaría la entrada de la soldadesca y permitiría la evacuación antes de que los arietes cumplieran su función. Y en medio de todo se encontraría ella, en un empeño que ahora, a la vista de las huestes de Abd al Rahman, se le empezaba a antojar descabellado. Ignoraba cómo actuaría a partir de aquel momento, un impulso más allá de lo racional la había conducido hasta allí, dejándose llevar por el deseo insatisfecho que durante años la había atormentado hasta el punto de arriesgar la propia vida para cumplirlo. Recordó en ese momento a su hija, a sus nietos… y comprendió el sufrimiento que su ausencia les estaría causando. Realmente lo que pretendía era absurdo, quizás Abd al Rahman jamás pusiera sus pies en Pampilona, quizá se limitara a enviar a sus mercenarios a tomar botín y reducir la ciudad a cenizas. Vio con absoluta claridad la estupidez que estaba a punto de cometer y decidió regresar de inmediato para tomar una cabalgadura y partir en busca de aquellos a quienes nunca debía haber abandonado.

En ese momento se intensificó el redoble de los atabales, su ritmo se hizo frenético, hasta desembocar en un estallido final que fue la señal para la primera

oleada de proyectiles. Onneca no pudo evitar que un grito agudo escapara de su garganta cuando los soldados del adarve, como impelidos por un resorte, levantaron a un tiempo los escudos sobre las cabezas. Comprobó sorprendida que eran los soldados de a pie quienes portaban dos escudos, mientras los arqueros tensaban ya las cuerdas bajo la protección que sus camaradas les brindaban. Los proyectiles silbaron y golpearon la piedra del muro, las adargas y los tejados de paja de las viviendas más próximas. En ese momento los escudos fueron retirados, los arqueros dirigieron sus saetas hacia las primeras filas del ejército musulmán y dispararon. Una y otra vez se repitió la secuencia, y Onneca no encontraba valor para abandonar el rincón que la protegía. Llegó un momento en que los disparos de ambos bandos se confundieron superponiéndose, y tanto infantes como tiradores comenzaron a sufrir las primeras bajas.

Un extraño resplandor le llamó la atención un instante antes de que los primeros proyectiles incendiarios salvaran la muralla para precipitarse sobre la techumbre de los edificios. Tardaron en prender, quizá por la humedad que todavía conservaba la paja, pero la nafta con que se habían impregnado las flechas finalmente consiguió que las volutas de humo blanco acabaran impregnando el aire. Contemplaba las primeras llamas cuando oyó un impacto seco seguido de un gemido sordo. Cuando volvió la cabeza, uno de los arqueros más próximos se desplomaba sobre el adarve. Al chocar contra el suelo, el casco se le desprendió de la cabeza, y Onneca comprobó que el infortunado era un muchacho de apenas veinte años. De forma alterna, con los ojos desorbitados, apartaba la vista del extremo del proyectil que sobresalía de su pecho para implorar su ayuda con la mirada. Onneca salvó la distancia que la separaba de él, se arrodilló a su lado y le colocó la mano bajo la nuca, musitando palabras sin sentido, con la única intención de que sirvieran de consuelo. El joven trató de hablar, pero solo un hilo de sangre asomó por la comisura de los labios. Las lágrimas acudieron a los ojos de la mujer cuando los esfuerzos del muchacho por respirar dieron paso a un último estertor y sintió cómo su cuerpo se relajaba entre sus brazos.

Entonces sintió un violento golpe en el lado derecho de la espalda que a punto estuvo de lanzarla contra el suelo. Creyó que alguno de sus soldados la había golpeado de forma accidental con la espada, pero todos se afanaban junto al muro tratando de disparar sin ser alcanzados. Un agudo dolor se extendió por su costado derecho y ascendió por su cuello hasta dejarla sin respiración. Con esfuerzo, alzó el brazo izquierdo por encima del hombro, y las yemas de sus dedos tocaron algo sólido. Giró entonces la cabeza tratando de aguantar el dolor lacerante, y con el rabillo del ojo vio el asta astillada del proyectil que la había alcanzado. Sintió que las fuerzas la abandonaban mientras se arrastraba de regreso al rincón que le había servido de refugio, se aovilló con las piernas encogidas y, apretando con fuerza los dientes, como si el gesto fuera a calmar su dolor, se encomendó a Dios, esperando su

momento.

Solo algunos de los soldados que seguían las órdenes del rey y se precipitaban ya hacia la escalinata en su retirada perdieron un instante en posar su mirada sobre aquella pobre anciana cubierta de barro que había sucumbido bajo una de las flechas sarracenas. Uno de ellos, un clérigo quizá, llegó a esbozar una señal de la cruz antes de iniciar el descenso hacia el infierno irrespirable en que se habían convertido las calles de Pampilona. Los gritos imperiosos de los oficiales, quizá también los del rey, conminaban a los soldados a ponerse a salvo una vez cumplida la única misión que les había sido encomendada. A los oídos de Onneca llegaban las voces cada vez más distantes, que acabaron por diluirse en un inesperado silencio, roto tan solo por el crepitar de las llamas y por el todavía lejano redoble de los tambores.

Dio las gracias a Dios por mantenerla con lucidez en aquellos momentos y trató de concentrarse en un sincero acto de contrición que preparara su alma para el encuentro con el Señor. Sin embargo, la angustia colmaba su corazón. No solo había privado a quienes más quería de la posibilidad de una última despedida, sino que desfallecía cuando tenía al alcance de la mano la meta que tanto había anhelado. Sintió un flujo cálido que se deslizaba por su espalda, un dolor lacerante que parecía palpitar al ritmo de sus latidos y, a pesar de todo, todavía no había perdido la conciencia. De nuevo se llevó el brazo izquierdo hacia la espalda, y esta vez pudo sentir el asta entre sus dedos. Comprendió que se había partido al chocar contra uno de sus huesos, y eso quizás hubiera impedido que penetrara más. Asió el extremo con el puño y, en un impulso que no se detuvo a meditar, tiró con toda la fuerza que fue capaz de reunir. Un grito profundo y prolongado salió de su garganta, y tuvo que apoyar en el suelo la mano que todavía sujetaba el fragmento de madera para evitar caer desplomada. Intentó respirar hondo, expulsando el aire por la boca, como recordaba haber hecho durante sus partos, pero sintió que la vista se le nublaba de nuevo y se recostó sobre las losas con la cabeza apoyada en el brazo.

Quizás había permanecido inconsciente, quizá simplemente se había dormido, desfallecida después de días de vigilia, pero abrió los ojos sobresaltada cuando unos golpes contundentes y rítmicos, que hacían temblar los sillares, atronaron el aire. Una algarabía de voces de ánimo procedente del exterior precedía cada impacto, y se convertía en gritos de júbilo después de los mismos. El ejército musulmán trataba de echar abajo la puerta de la ciudad, y se sorprendió al darse cuenta de que entendía a la perfección la mayor parte de aquellas voces pronunciadas en lengua árabe. Alzó la cabeza y miró a su alrededor. De los defensores de la ciudad no quedaba ya el menor rastro, y las llamas seguían devorando la mayor parte de las viviendas, cuyos muros a duras penas se mantenían en pie. Por fortuna, el aire de la mañana estaba en calma, y las columnas de humo ascendían al cielo sin desviarse un ápice de su trayectoria.

Aun así sentía un fuerte escozor en los ojos a causa de las cenizas. Trató de

ponerse en pie agarrándose a las paredes de piedra, pero sus piernas se negaron a sostenerla. Decidió arrastrarse hasta la escalinata y, una vez en el borde, utilizando tan solo el brazo izquierdo, fue dejándose caer peldaño a peldaño hasta la calle, todavía cubierta de barro. Se sirvió de los mismos escalones para apoyar la mano e incorporarse muy poco a poco, haciendo una prolongada pausa en cada uno, hasta que reunía la seguridad necesaria para pasar al siguiente. Cuando tuvo la espalda erguida por completo, comenzó a dar pasos cortos apoyada en la muralla, en dirección a una puerta que, a cada golpe, empezaba a soltar una lluvia de polvo y astillas.

Buscaba un lugar seguro en el que ocultarse, pero que además le permitiera contemplar lo que más deseaba. Los golpes se sucedían con creciente ímpetu. Onneca era consciente de que en cualquier momento la puerta cedería y una caterva de mercenarios ansiosos de botín penetraría por el hueco sable en mano, dispuestos a acabar con todo aquel que se interpusiera en su camino. Vislumbró junto al portón la garita de la guardia y hacia allí se dirigió, con el temor constante de que las fuerzas acabaran por abandonarla. Cuando le restaba una veintena de pasos para alcanzar el lugar, la traviesa que anclaba las dos sólidas hojas de madera acabó por ceder. Otro golpe más, y la puerta se abrió de par en par, dejando paso a los gritos de júbilo procedentes del exterior. Onneca se quedó paralizada, pegada a la muralla. Sin embargo, nadie se precipitó al interior como había temido. Varios soldados a los que apenas veía retiraron los fragmentos más grandes de madera, y un silencio sepulcral se hizo en torno a la entrada.

El corazón de Onneca le dio un vuelco en el pecho. El hecho de que la ciudad no fuera tomada al asalto en el primer instante solo podía significar una cosa: quizás el propio emir se proponía tomar posesión de ella antes de entregarla al expolio de sus hombres. La voz de un oficial precedió el sonido rítmico producido por una unidad del ejército desfilando al paso. Onneca contuvo la respiración cuando ante sus ojos apareció una compañía de la guardia personal del emir formada por un centenar de los hombres más altos y corpulentos del ejército de Qurtuba. Sin duda serían los encargados de despejar el trayecto de Abd al Rahman de cualquier amenaza. Tras el grupo de soldados entró el oficial, quien barrió el entorno con mirada experta, hasta que sus ojos se clavaron en Onneca. Con largas zancadas se encaminó hacia ella, la tomó del brazo y la arrojó al suelo. Con energía desenvainó el sable y, tomándolo con las dos manos, se dispuso a descargar el golpe mortal sobre aquella vieja cubierta de barro.

—Allah te bendiga, soldado —acertó a decir Onneca en lengua árabe, con el último chorro de voz que salió de su garganta.

El oficial se detuvo y miró a la anciana a los ojos. Lentamente, devolvió el sable a su cintura y, componiendo un gesto de desprecio, regresó hacia la unidad.

—No parece una infiel —oyó decir.

De nuevo exhibió su voz marcial para dar la orden de romper las filas y cubrir los dos flancos del camino que el emir había de cubrir.

Cuando el camino quedó expedito se oyó el golpeteo rítmico de los cascos de varias cabalgaduras. Ante los ojos de Onneca, derribada en el suelo junto a la muralla, apareció la figura de un hombre corpulento de espaldas cuyas piernas, sin embargo, se apoyaban en unos estribos exageradamente cortos. El soberano detuvo su cabalgadura en medio del recinto que flanqueaba la entrada a la ciudad y escrutó con la mirada cuanto le rodeaba. Aunque hubiera tenido la intención de dirigirse a él, ni las menguadas fuerzas ni la opresión que sentía en su pecho le habrían permitido alzar la voz. Se limitó a recrearse en aquel momento que llevaba treinta años esperando, desde el día en que tuvo noticia del nacimiento póstumo del primogénito de su hijo. En sus vestiduras, tan características del *tiraz* cordobés, vio al que durante más de quince años había sido su esposo, el emir Abd Allah. Pero cuando el hombre giró la cabeza hacia la derecha, su perfil quedó recortado ante los ojos de Onneca. Y entonces volvió a ver con toda claridad el rostro de Muhammad, que el paso del tiempo había terminado por difuminar en su memoria.

La reina Toda abría la comitiva, por delante incluso de Ximeno, el hermano del rey, que la acompañaba en ausencia de su esposo. A los ojos de los pamploneses, que se apelotonaban apesadumbrados en torno a su puerta, aquel era un gesto de amor hacia la ciudad donde los soberanos habían asentado la capital del reino. Ni una jornada se habían demorado los musulmanes saqueando Pampilona, ávidos por continuar su razia en busca de un nuevo botín antes de emprender el regreso. Sin embargo, los ojos de la reina se anegaron de lágrimas cuando su cabalgadura se situó bajo el dintel de la muralla. Ante ellos se extendía un erial salpicado de trozos de muro humeantes, ninguno más alto que una cabalgadura, lo que permitía contemplar desde allí la totalidad del recinto amurallado. En la parte más elevada, lo único que permanecía a la vista eran los restos de la fortaleza que dos jornadas atrás había alojado la corte. También parte de su muralla se había desplomado al arder el portón de acceso, y a través de ella se vislumbraba lo que la reina jamás habría creído ver. Las paredes de la catedral no eran más que paños de muro calcinados, el familiar perfil de la torre había desaparecido del horizonte y la techumbre no existía, a juzgar por las columnas de humo que todavía se elevaban desde el interior.

Pero si algo angustiaba su ánimo era aquello que le había impedido conciliar el sueño, probar un solo bocado o incluso pensar con un mínimo de claridad en las dos jornadas anteriores. Su estómago se contraía en violentas arcadas cada vez que recordaba la ausencia de su madre. Había reconstruido con sus hijas el momento de su desaparición y la conocía demasiado bien como para no estar segura de cuáles habían sido sus pasos. Y esa misma seguridad era la que acababa con sus esperanzas.

Quizás en su desvarío su madre se hubiera sentido capaz de llegar ante el emir, sin comprender que habría cien espadas dispuestas a segar su cuello antes de que accediera a su campamento siquiera. Había convencido a Sancho para que se enviaran patrullas que recorrieran el entorno en su busca, habían hollado el lugar donde el emir asentó sus tiendas, el espacio que se extendía ante las murallas donde la mañana anterior había tenido lugar el único choque con los infieles, pero todo había resultado infructuoso. Y la sobrecogedora imagen que ahora contemplaba le hizo comprender que ninguna de sus oraciones había sido atendida. Se lamentó por los desdichados ancianos que habían confiado en la Providencia para salvar sus vidas: en medio de aquella destrucción, nadie podía haber sobrevivido. Todas sus esperanzas, todas las oraciones que mientras cabalgaba seguía elevando al Señor, se centraban ahora en encontrar al menos el cuerpo sin vida de su madre. Removería las ruinas de la ciudad piedra a piedra, con sus propias manos si era preciso.

Franqueó el dintel y guio a su caballo al centro del espacio que se abría junto a la entrada. Más allá solo había montañas de escombros que impedían avanzar a caballo. Un denso humo blanco surgía aún entre las piedras, lo que hacía difícil respirar, y una gruesa capa de ceniza parda lo cubría todo. Toda se apeó del caballo con ayuda de un soldado y volvió la mirada hacia Ximeno, quien parecía incapaz de apartar la vista de lo que hasta la jornada anterior había sido el palacio real. Decidió no importunarlo, y avanzó hacia la única escalinata que permitía el acceso a lo alto de la muralla. Salvando los cascotes de los edificios cercanos que habían acabado por derrumbarse, puso el pie en los primeros escalones y se las arregló para subir hasta lo más alto. A su izquierda, el astil de un proyectil sobresalía del cuerpo sin vida de un joven soldado. Otro cadáver se distinguía en una porción más alejada de la muralla, pero ninguno de ellos era el de una anciana. Evitó alzar la vista, segura de que el panorama que se abriría ante sus ojos habría de helarle el corazón. Sentía vértigo, en aquel adarve que carecía de cualquier protección que evitara una caída hacia el interior. ¿Y si algo así había ocurrido con su madre? ¿Y si había tratado de encaramarse a la muralla y había caído al vacío?

Caminó en dirección a la torre albarrana, venciendo su temor para mirar hacia abajo, justo al borde del muro. Y allí, bajo la capa de ceniza que todo lo uniformaba, percibió un ligero movimiento que la obligó a prestar atención.

—¡Ahí! —gritó—. ¡Bajo mis pies! ¡Ayuda!

Corrió por el borde del adarve, alzó su túnica y descendió tan rápido como le permitían sus pies. Saltó sobre los escombros, tropezó y se volvió a levantar, hasta que llegó al cuerpo en el mismo instante en que lo hacía Ximeno. Su cuñado introdujo la mano por debajo del cuello de la mujer mientras Toda apartaba con las manos la ceniza que le cubría el rostro. Con dedos temblorosos soltó el nudo de la pañoleta que ceñía su cabello y entonces rompió a llorar.

—¡Agua, por Dios! —pidió Toda.

—¡Traed un pellejo de agua! —ordenó el hermano de Sancho.

—¡Madre! ¿Puedes oírme, madre?

Onneca no se movía. Su cabeza colgaba flácida sobre el brazo de Ximeno, y en su pecho apenas se percibía la respiración. Cuando llegó el soldado con el pellejo, trató de incorporarla para mojarle los labios y al apoyarle la mano en la espalda oyó un leve gemido. Cuando la retiró estaba cubierta de sangre.

—¡Está herida! —exclamó Toda.

De forma apresurada vertió agua sobre su palma y lavó el rostro de la anciana. Después Ximeno apoyó el borde del pellejo sobre sus labios y lo inclinó con suavidad. Onneca abrió los labios, y parte del líquido se introdujo en su boca, haciéndola toser.

—¡Despacio! —pidió la reina.

El agua fría sobre su rostro pareció surtir efecto, y por fin los ojos de Onneca se abrieron.

—¡Loado sea el Señor! —exclamó Toda entre lágrimas, aunque lo que asomaba a su rostro era una sonrisa nerviosa.

La anciana abrió la boca, y sacó una lengua reseca y blanquecina.

—¡Más agua! Pide más agua —advirtió Ximeno.

Toda se encargó en esta ocasión, y su madre tragó varios sorbos con avidez.

—¡Hijos míos! —dijo Onneca con voz débil al reconocerlos.

—¡Madre! ¿Qué te han hecho? —gimió Toda.

—No es nada —mintió—. No es nada…

Onneca alzó la mano izquierda y sujetó con fuerza la muñeca de su hija.

—¡Toda! —llamó—. Acércate. Escúchame. Lo he visto. ¿Me oyes? ¡Lo he visto! Era él, mi hijo, Muhammad.

48

Tutila

Mūsa apoyó el pie en el estribo y se alzó sobre el caballo mientras uno de los jóvenes sirvientes de la familia sujetaba el ronzal. Agachó la cabeza para salvar el dintel del zaguán de la vieja residencia que su familia había ocupado durante generaciones. Ignoraba el motivo, pero, en el último año, desde la muerte de su hermano, en muchas ocasiones venía a su mente el recuerdo de su padre, Abd Allah, de su tío Lubb, incluso de su abuelo Muhammad, el patriarca, a quien no había llegado a conocer por su prematura muerte en Saraqusta. Y conocía el motivo. Se preguntaba cómo habrían actuado ellos en su lugar. ¿Habrían aceptado sin más la usurpación del poder en Tutila por parte de Al Anqar? También conocía la respuesta, pero aun así no se sentía capaz de arrostrar las consecuencias de una revuelta contra los tuchibíes.

Con su hermano vivo, en él recaía la representación del clan de los Banū Qasī, y bien que la supo ejercer, a pesar de su juventud. Pero habían sido las circunstancias de su muerte las que le habían atado las manos a su regreso de Albayda. Y tenía que reconocer que Al Anqar había actuado de manera inteligente. Había sabido revestir la toma del poder en Tutila con el manto de la virtud, y en realidad era cierto que sin su intervención quizás una plaza tan importante como la capital de la *kūra* se hubiera perdido en poder de los infieles. Sin embargo, no se había quedado ahí: puso la *madina* en manos del emir al solicitar la ayuda de Qurtuba, que llegó con el general Ibn Basíl. Y veinte días atrás había acabado uniéndose con todas sus huestes a la *‘saifa* que ahora los traía de regreso desde las tierras de Sancho.

Al arrear al caballo sabía que se dirigía al lugar donde se decidiría su futuro. Pero no era eso lo que le importaba: en la *qubba* de Abd al Rahman, en el transcurso de las horas siguientes, se iba a decretar el destino de los Banū Qasī, y el de la propia *madinat* Tutila. Y Mūsa ibn Abd Allah, el último representante del clan, ni siquiera estaba invitado a tomar la palabra.

Las cosas, sin embargo, no habían ido tan mal para su primo Muhammad, de quien llevaba separado quince años. Desde la muerte de Al Tawil en Ūasqa, las plazas del entorno habían ido cayendo en sus manos, con lo que ya dominaba desde el *hisn* de Munt Sūn las plazas de Barbastar y Balaga, y según las últimas noticias había conseguido hacerse con el poder en la *madinat* Lārida. Tras la reciente muerte de su hermano, Mūsa había considerado la posibilidad de recurrir a su primo para

recuperar el dominio arrebatado por Al Anqar, pero la llegada del general Ibn Basíl lo convenció de que eso solo serviría para atraer sobre los Banū Qasī las iras de Qurtuba, provocando en la frontera una nueva guerra civil entre clanes árabes y muladíes.

Se encaminó hacia el inmenso campamento que se había instalado de nuevo en la *musara*, la gran explanada situada en el ángulo oriental de la desembocadura del Ūadi Qalash, a ambos lados del camino hacia la capital de la Marca. Tuvo dificultades para atravesar la puerta de Saraqusta, pues allí se concentraba todo el flujo de hombres que entraban y salían de la ciudad. Si grande era la atracción que un ejército como aquel desplegaba entre los comerciantes, artesanos y campesinos, en cualquiera que tuviera algo que vender o que ofrecer, la locura se desataba cuando las tropas estaban de regreso, con las soldadas recién cobradas y su parte del botín en las alforjas.

Hasta allí habían acudido mercaderes de todo el entorno, incluso de la capital, por donde no estaba previsto el paso de la expedición, pues su destino era la *kūra* de Santaver, donde el emir sin duda pretendía pedir explicaciones a los Banū Di-l-Nun por su deslealtad al negarse a acudir a la guerra santa contra los vascones. La ciudad se encontraba atestada, las mezquitas repletas a cualquier hora del día y de la noche, y cien cantinas no habrían bastado para acoger a miles de hombres dispuestos a celebrar que estaban vivos, con las bolsas llenas y lejos aún de sus esposas. El calor propio de la fecha[29] volvía la atmósfera irrespirable, los olores, insoportables, y la mayor parte de la tropa había pasado el día en las orillas del Ūadi Ibrū, no solo en busca del frescor de sus aguas, sino para lavar sus ropas y secarlas al sol. Era ahora, al atardecer, cuando comenzaban a regresar al campamento y a la ciudad en busca de diversión, vino y mujeres.

Mūsa condujo su cabalgadura en contra de la marea que se agolpaba para entrar, atravesó el puente y giró a la izquierda para seguir la vereda que bordeaba la corriente. Pasó por delante de la alhóndiga, en cuyas dependencias habían encontrado acomodo algunos afortunados comerciantes, y se acercó a la orilla donde se encontraban amarrados varios de sus barcos. Descendió por el camino de ribera hasta el lugar elegido por los intendentes del ejército para plantar la magnífica *haymah* del emir oyendo las voces de los rezagados que aún chapoteaban en el río, bajo la sombra de la espesa vegetación. Cuando se topó con las primeras unidades armadas que protegían el recinto, dejó su caballo en manos del sirviente y, ya a pie, atravesó con paciencia los controles sucesivos hasta llegar a la proximidad de las tiendas más llamativas del campamento, donde eran los *saqaliba* de Abd al Rahman quienes montaban guardia. Desde allí, dos gruesas cadenas de hierro enmarcaban el camino bajo la arboleda. Sus soportes no eran sino pebeteros de hierro donde ardían pequeñas teas que impregnaban el aire de un aroma extraño. Por la vereda avanzaban ya otros asistentes a la recepción con la que pretendía celebrarse el éxito de la *'saifa* y el

pronto regreso a Qurtuba. La mayoría de ellos eran desconocidos para Mūsa, que empezaba a sentir el peso de su forzada soledad. Solo los miembros más próximos del clan habían mantenido la relación con la familia, pero ninguno de ellos se encontraba entre los llamados aquella noche. El resto, la mayor parte de los notables de Tutila, parecían no albergar dudas sobre la dirección hacia la que habían de orientar su fidelidad. En el último año, los caudillos muladíes de las ciudades gobernadas por los Banū Qasī habían sido sustituidos por hombres de Ibn Basíl, cuando no por miembros destacados del clan de los tuchibíes, todos ellos de origen árabe.

Trató de buscar algún rostro conocido en la multitud que ya se agrupaba a la entrada de la *qubba* real, y los encontró entre un grupo de oficiales con quienes había compartido el mando de las tropas en la reciente campaña. Con ellos accedió al interior de la asombrosa estancia que cuatro años antes había tenido ocasión de visitar. Los mismos divanes que recordaba se alineaban ahora en torno a largas mesas bajas dispuestas en fila y repletas de los más variados manjares. Los cientos de lamparillas que colgaban de sus soportes proporcionaban una luz suficiente, cálida y acogedora, que compensaba la creciente penumbra del exterior. Reparó en el penetrante olor cítrico que se expandía desde los pebeteros, lo que quizás explicara la ausencia de los irritantes mosquitos que, a orillas del río, solían hacerse notar en aquellas horas del anochecer. Un animado murmullo de voces surgía de los corrillos que salpicaban el recinto, y se entretuvo intentando localizar al grupo de músicos que tañía sus instrumentos en algún lugar cerca del estrado. Después atendió la llamada de uno de los oficiales que lo acompañaban para unirse a la conversación.

Los laúdes dejaron de sonar un instante antes de que la voz imperiosa de un chambelán anunciara la entrada del emir. La figura corpulenta pero menuda de Abd al Rahman cruzó el estrado desde los cortinajes que ocultaban el fondo de la *qubba* y se detuvo delante para recibir el saludo respetuoso de todos los presentes. También Mūsa inclinó la cabeza cuando los demás lo hicieron, aunque no dejó de observar a los hombres que, engalanados con sus mejores vestiduras, acompañaban al soberano sobre la plataforma alfombrada. Allí estaba Mūsa ibn Muhammad ibn Sa’id, el nuevo *hāchib* que parecía haber sustituido en las preferencias del emir al desaparecido Badr ibn Ahmad. Junto a él, dos de los generales que habían comandado las operaciones militares de la *‘saifa* y el propio Ibn Basíl completaban el flanco derecho del estrado. Todos ellos se mantenían dos pasos por detrás del soberano, de modo que no resultaba sencillo observar sus rostros. Sin embargo, no pudo evitar una punzada de rencor cuando descubrió en el lado opuesto el parche oscuro sobre el ojo mutilado de Al Anqar. El anciano se sostenía con la mayor dignidad de que era capaz sobre un ligero bastón, pero en su rostro se leía una satisfacción sin límite.

El emir permaneció de pie y se dispuso a hablar en medio del respetuoso silencio

que se había impuesto sobre el bullicio anterior.

—¡Allah es grande! —empezó—. ¡Nuestras alabanzas al Todopoderoso, que ha atendido las plegarias de su fiel y esforzada comunidad!

Un murmullo unánime salió de las gargantas de todos los presentes, repitiendo las loas de su soberano.

—Allah está satisfecho con vosotros —enfatizó con voz poderosa— y ha recompensado vuestro sacrificio otorgándonos la victoria. Tres veces hemos hecho morder el polvo a nuestro enemigo y probar el sabor de la derrota: en los valles más recónditos, encajonados entre montañas; en la capital de su reino, ahora reducida a cenizas, y en Deio, el lugar más querido por el rey de los vascones, hace tan solo tres días. Han de pasar lustros antes de que los infieles olviden el destino que espera a quienes ofenden a Allah.

Un rumor de aprobación acogió las palabras del emir, que continuó satisfecho:

—De muchos es el mérito de esta singular victoria, de la que nuestro fiel escribano —desvió la mirada hacia el aludido— ha dejado constancia sobre el pergamino, para conocimiento de las generaciones que nos sucedan. Algunos de vosotros regresaréis conmigo al sur, al frente de vuestras huestes. Otros, en cambio, permaneceréis en este territorio de frontera o partiréis por caminos divergentes, siguiendo el curso del río. Es hora pues de rendir cuentas, y es hora de manifestar nuestro agradecimiento antes de que llegue el momento de las despedidas.

El emir se giró hacia su izquierda y posó la mirada sobre Al Anqar.

—Mujahid al Tuchibí —llamó.

El anciano, no sin cierto sobresalto, se apoyó en el bastón para dar un paso hacia delante. Una vez en el borde del estrado, se volvió hacia Abd al Rahman y dobló la espalda en una marcada reverencia.

—Estimado Mujahid, me has servido bien. Dejaste la seguridad del palacio del gobernador en Saraqusta cuando la *kūra* de Tutila se vio en peligro, pero no cediste a la tentación de tomar en beneficio propio lo que habías asegurado con tu acción. Antes bien, preferiste enviar mensajeros buscando que la autoridad de Qurtuba extendiera su brazo hasta estos confines. Habría querido que esta campaña hubiera tenido lugar un año antes, pero las revueltas incesantes en la *kūra* de Rayya, feudo de los malditos hafsuníes, lo hicieron imposible. Envié, sin embargo, a Ibn Basíl, uno de mis más fieles generales, al frente de un nutrido grupo de voluntarios de la *yihād*, que fueron bien acogidos y tomaron el poder sin contratiempos. No obstante, Ibn Basíl regresará a Qurtuba con el resto de mis generales, y me veo en la necesidad de firmar el nombramiento de un nuevo *‘amil* para la *madina* y la *kūra* de Tutila. Deseo que seas tú, Mujahid, el que proponga el nombre de quien consideres más apropiado para el cargo.

Un gesto elocuente del emir invitó a Al Anqar a tomar la palabra. Con un ligero

temblor en los labios comenzó a hablar.

—*Sahib*, hacéis de mí con vuestras palabras el hombre más dichoso sobre la tierra. Durante quince años de mi vida, hube de soportar el asedio a la ciudad que había tomado en nombre de tu abuelo. Solo la fidelidad a los omeyas hizo que me mantuviera firme en aquellos duros momentos de tribulación, viendo cómo una ciudad antes próspera sufría el más triste de los destinos, soportando la imagen de mis súbditos, de mis propios hijos, alimentándose de las raíces que arrancaban en las riberas del río. Todo lo doy aquí y ahora por bien empleado, el escuchar las palabras de mi emir. Yo soy ya un anciano, y solo puedo esperar que Allah, en su misericordia, se acuerde pronto de mí. Sin embargo, los hijos con los que Él me ha bendecido, los mismos que soportaron aquellas privaciones que los hicieron a la postre fuertes y avispados, son desde hace tiempo mi fuerza y mi apoyo. Uno de ellos, Hāsim, mi primogénito, me acompaña desde el día en que pusimos el pie en Tutila, y no puedo pensar en un hombre más conveniente para tus propósitos. Si tienes a bien permitirlo, deseo que sea él mismo quien, aprovechando sus conocidas dotes como orador y como poeta, exprese en su discurso el agradecimiento que todos los Banū Tuchib sentimos hacia nuestro soberano…

El emir hizo un gesto de asentimiento, mientras se recogía la magnífica túnica de brocado y se retiraba para tomar asiento. Sus acompañantes en el estrado siguieron su ejemplo, y pronto quedaron ocupados todos los divanes de la *qubba*.

Hāsim subió al estrado e imitó la inclinación de su padre, que fue correspondida por un leve movimiento de cabeza de Abd al Rahman. Si alguno de los presentes había creído que aquella intervención era improvisada, sin duda dejó de hacerlo cuando el hijo de Al Anqar desenrolló el pergamino que portaba y empezó, cierto que con notable naturalidad, a declamar su contenido.

—¡Alabanza al Todopoderoso, el Clemente, el Misericordioso! El que vela la luz de su grandeza a las miradas humanas, mas revela su existencia en las maravillas que ha creado y en los senderos que ha dispuesto para ser transitados por sus enviados —dijo alzando la vista hacia el emir—. Damos testimonio de que no hay más Dios que él, proclamamos su divinidad y acatamos su señorío. Y atestiguamos que escogió a su siervo Muhammad, del más noble linaje, de la mejor casa, favoreciéndole con las más deslumbrantes aleyas, al que luego llevó consigo, prefiriendo que tuviera su gloria: sobre él sean las plegarias y la salvación. Y luego Allah, cuyos nombres sean benditos, dispuso la sucesión entre sus descendientes, entre los que hubo imanes rectos que juzgaron en derecho, haciendo Él a nuestro emir, nuestro señor, heredero de lo que legaron, constructor de lo que fundaron y tutor de lo que guardaron, hasta reinar por él la tranquilidad en Al Ándalus y la seguridad en los caminos, pues en él reposa el temeroso y reposa el contumaz, por la gracia que Allah ha hecho a quienes le temen.

»Aquí está el siervo del emir, a quien Allah fortifique, criado en su gracia y ebrio de su cariño, atraído por señales que me llevaron del brazo y levantaron mi vista caída, llenándome del reconocimiento de su gloria. ¿Qué he de decir en tu loa? Acerca de ti he compuesto unas palabras, honradas con tu mención y adornadas con el brillo de tu gloria. Dígnate, pues, generoso, a escucharlas de mis labios.

Rey por quien se pavonean los aceros índicos
cuando brillan entre almófares y cotas,
cuyo valor se precipita a mortales ocasiones
que al ánimo de los héroes espanta emprender;
a quien Allah en su gracia otorgó el emirato,
favor superior a toda evaluación.
Despuntas sobre el mundo disipando sus tinieblas
cual calígine deshecha por luna de buen augurio.
Eres imam de rectitud que aumenta a los árabes su brillo
revestido de luz como tu recamada túnica:
si el linaje de Marwan hiciera collar de su gloria,
tú ocuparías el centro del añazme.
Básteme ante ti como mediación
el vínculo yemení en inclinación y fiel afecto,
pues confirma la nobleza que proclama
con la valentía de su padre, tu siervo aunque noble caballero,
un varón tal que, cuando se esgrimen lanzas
y caballos se lanzan con sus héroes contra caballos,
es un fiero león que corre a la lucha,
o incluso tal vez más bravo:
concédeme pues, oh, mejor de los dadivosos,
prueba de ennoblecimiento y nombramiento.
No des a mis enemigos el gozo de verme
buscar al rey del mundo y fallar en mi demanda,
pues toda gracia puede el imam del beneplácito
y a mí tocará agradecer lo que conceda:
seas en este mundo feliz y próspero
y alcances en el empíreo el eterno paraíso[30].

El rostro de Abd al Rahman se había ido iluminando con una sonrisa a medida que Hāsim declamaba sus versos. El descaro de la última estrofa le había hecho esperar el final con las manos abiertas, dispuestas para el aplauso. Las palmas se juntaron una vez, luego otra, arrancando lentamente una ovación que se extendió a toda la *haymah*. El emir se alzó de nuevo y habló sin moverse de su sitio.

—Ciertamente son grandes tus dotes para la lírica, y agradezco tus medidas

palabras. Me consta que también has mostrado aptitudes en la administración de mis intereses, de forma que accedo al deseo de tu padre y el que tú mismo acabas de desgranar en tus versos… Tú serás el nuevo *‘amil* de la *kūra* de Tutila.

Mūsa esperó con prudencia a la finalización de los discursos y, en el preciso momento en que los músicos reanudaban el tañido de sus instrumentos, mientras todos se ponían en pie para acercarse hacia las copas y los platos de viandas, quedó discretamente rezagado y emprendió el camino hacia la salida. Dos pasos antes de que alcanzara la lonas que hacían de puerta, recogidas por magníficos cordones dorados, el chambelán salió a su encuentro.

—¿Te retiras ya, Mūsa ibn Abd Allah?

—Esa era mi intención —respondió, sin molestarse en ofrecer una explicación.

—Es deseo del emir, nuestro señor, mantener esta noche una conversación contigo.

Mūsa alzó la vista hacia los corrillos en los que los invitados de Abd al Rahman charlaban animadamente.

—No me obligues a sostener por más tiempo las miradas de quienes me contemplan con conmiseración, cuando no con desprecio.

—No será necesario. Sígueme.

El chambelán atravesó el lateral izquierdo de la *qubba* y se encaminó hacia una abertura custodiada por uno de los guardias del emir. Alzó la lona y cedió el paso a Mūsa. Se encontraron en una nueva dependencia de tamaño reducido, amueblada únicamente con un par de divanes en torno a una mesa central, amén de una mesa más amplia en el lado opuesto, en la que se habían preparado de forma ordenada todos los útiles necesarios para la labor de un secretario o un escribiente. Sin embargo, la dependencia, destinada sin duda a recepciones privadas, se hallaba vacía. Hasta ella llegaban el murmullo apagado de las conversaciones y, de forma más nítida, las notas de los laúdes que sonaban al otro lado.

—Ten la amabilidad de esperar aquí —pidió el chambelán, mientras abandonaba la estancia por la salida opuesta.

Regresó al cabo de un instante, y apenas tuvo tiempo de anunciar a quien le seguía con paso decidido. El emir entró en la sala sin detenerse, avanzó hasta el lugar que ocupaba Mūsa y, haciendo caso omiso de su gesto turbado, abrió los brazos invitando al saludo.

—Has de excusarme por lo que sin duda ha sido una falta de consideración hacia tu persona. No deberías haber presenciado lo que acaba de acontecer en la sala antes de haber mantenido esta conversación.

—*Sahib* —respondió Mūsa sin ocultar un dejo de amargura en la voz—, me encuentro a vuestra disposición para escuchar lo que tengáis que decir.

El emir señaló hacia uno de los divanes, al tiempo que se dirigía al opuesto. Se

remangó la llamativa túnica con habilidad, tomó asiento y esperó a que Mūsa le imitara antes de empezar a hablar.

—Imagino cómo te sientes en este momento, y supongo que no es agradecimiento y adhesión lo que te inspira el nombramiento que acabas de atestiguar. Sin embargo, como soberano, debo adoptar medidas que favorecen a unos, pero que a veces llevan aparejada una carga de injusticia para otros. Creo que así sucede en este caso. Tu familia, los Banū Qasī, me ha servido bien desde que ocupo el trono, doce años ya. Lo hizo tu padre, que sufrió las consecuencias de su enfrentamiento con el tirano vascón, que Allah confunda. Y lo hizo tu hermano Muhammad, a quien tuve la oportunidad de conocer mejor durante la campaña de Muish. Lamenté su muerte, créelo, y a su cabeza mutilada deben los vascones la destrucción de su capital. Sé del sufrimiento y del desgaste que ha supuesto para vuestro clan la defensa de la Marca frente al empuje creciente de los infieles. En lo más duro de la *fitna*, en tiempos del emir Abd Allah, cuando el propio emirato estaba al borde del colapso y era impensable acudir en vuestra ayuda, los Banū Qasī os las arreglasteis para mantener el control de la frontera. Y habéis rubricado esa tarea con la sangre de los mejores entre vosotros, hasta quedar exhaustos.

»Sé bien que los tuchibíes han actuado de forma oportunista. Fue precisamente el enfrentamiento entre los dos clanes lo que los tuvo apartados de las luchas que a vosotros os desangraban, luchas en las que ellos no participaron. Han esperado a veros débiles para intervenir, en beneficio de Qurtuba, pero también en el suyo propio. No creas que tu emir es ciego y sordo, en modo alguno se me escapa la realidad. Pero las decisiones que como emir debo tomar han de basarse en el pragmatismo y, en la situación actual, solo los tuchibíes me aseguran un control efectivo de la frontera. Lamento lo que de injusto tiene mi decisión, pero he tenido que tomar partido.

El emir hizo una pausa, quizás esperando un comentario por parte de Mūsa que no llegó.

—Un rey debe pensar en el bien de su país y, créeme, las presiones a las que se ve sometido no son pocas. En Qurtuba hay clanes diversos y poderosos, y en el juego de la política es necesario que mantenga inestables equilibrios si lo que quiero es disponer de capacidad de maniobra que, a la postre, me permita alcanzar los objetivos marcados en mi reinado. Los tuchibíes son árabes, como se ha encargado de recordar Hāsim en su panegírico, y árabes son la mayor parte de los miembros de la *jassa* cordobesa que me mantiene en el poder. Árabes son la mayor parte de mis visires, de mis generales, de los alfaquíes, los ulemas y los qadíes, que desde los púlpitos o en sus sentencias pueden predisponer a la comunidad en mi favor o contra mí. Vosotros, en cambio, sois muladíes, como muladíes son los rebeldes que durante dos generaciones han amenazado la prosperidad de Qurtuba. Desde el inicio de mi

reinado, he tratado de limar las diferencias, de integrar a los hispanomusulmanes, incluso a los mozárabes y a los judíos, dándoles cargos de relevancia. Mi proyecto necesita sumar, y no dividir, pues la división genera conflicto, del que estamos sobrados. Pero la pérdida de privilegios genera resistencias, y la tarea ha de ser gradual, evitando tensar en exceso una cuerda que podría romperse. Por eso mi decisión no puede ser otra. Nadie entendería que apartara ahora a un clan árabe del poder de la Marca, como nadie entendería dividir de nuevo el poder entre familias que se han combatido desde hace lustros.

Mūsa escuchaba asintiendo de forma apenas perceptible, con un gesto grave en el que se apreciaba una cierta resignación.

—Sin embargo, me siento en la obligación de recompensar vuestro sacrificio —continuó el emir—. No puedo permitir que los caudillos que hasta hace poco han defendido nuestras ciudades queden relegados, quizás excluidos, por pertenecer a un clan distinto. No creas que no soy consciente de vuestra situación. He pensado en lo que puede ser mejor para ti y para los tuyos, y por eso te ofrezco la posibilidad de que me acompañes a Qurtuba.

Esta vez Mūsa alzó la cabeza con sorpresa, y las miradas de los dos se encontraron.

—Te ofrezco una carrera junto a mí, en la corte. Los tuyos pueden integrarse de forma ventajosa en mi ejército, bajo tus órdenes como oficial de alto rango, si ese es tu deseo.

Mūsa abandonó la ciudad por la puerta de Tarasuna, con la cabeza gacha para protegerse los ojos del sol del atardecer, y pronto se halló frente a los primeros túmulos del cementerio. Partía al amanecer, y quizá no tuviera otra oportunidad de contemplar el lugar donde descansaban sus antepasados. Caminó entre las veredas que separaban las tumbas hasta que llegó a la zona que mejor conocía. Sintió la primera punzada de angustia al recordar que allí no estaba, ni estaría jamás, la tumba de su hermano Muhammad. ¿Para qué había servido, pues, su sacrificio? Trató de consolarse pensando que él mismo había dado sepultura a sus restos, y su recuerdo permanecería con él mientras viviera. El más reciente de los túmulos, el único que aún destacaba sobre la tierra apelmazada que cubría los demás, era el de la abuela Sahra. Al principio su mente y luego su cuerpo se habían negado a seguir soportando tanto dolor: primero su esposo Muhammad, luego Lubb, el primogénito, Abd Allah, Mutarrif, y por fin su nieto Muhammad. Siempre había sido una mujer inteligente, y quizá por eso se había dejado llevar… ¿Acaso no era mejor descansar bajo aquella lápida, libre para siempre de sufrimiento?

Pasó la mano por la tierra que cubría el túmulo de su padre. Grabada a cincel sobre el alabastro aparecía la fecha de su muerte, el año 302 y, con rapidez, hizo la sencilla resta. Intentó recordar lo que pasaba por su mente en aquel momento, cuando

era tan solo un muchacho de… dieciséis años. ¡Qué ingenuos eran los hombres tratando de adivinar lo que la vida les deparaba! Jamás habría podido imaginar entonces que diez años después estaría allí, a punto de abandonarlo todo para cruzar la Península en dirección a un destino desconocido. De nuevo sintió la opresión del nudo en el estómago, y una vez más se preguntó si su decisión era la correcta.

Fijó la vista en otros nombres: Lubb. La muerte de su tío había marcado su infancia, no tanto por la desaparición misma del que entonces era el patriarca de la familia, sino por lo que sobrevino a continuación, la huida de su esposa Sayida llevándose consigo a Muhammad, el primo y mejor amigo de Mūsa. Miró un poco más allá, y leyó el nombre del abuelo Muhammad, a quien no había llegado a conocer. Acarició el canto superior de la estela mientras sus ojos se desviaban ya a los enterramientos más próximos al terraplén que cerraba el cementerio, los más antiguos, a juzgar por el musgo que crecía sobre ellos y los bordes desgastados de las inscripciones. En medio de lápidas cuyos nombres no reconocía descubrió aquella ante la cual su padre, poco antes de morir, le había hablado acerca de sus antepasados. Allí descansaban los restos del gran Mūsa ibn Mūsa, el hombre que llevó a los Banū Qasī a lo más alto de su prestigio e influencia. De repente se sintió pequeño, miserable, como si aquel nombre grabado en la piedra, el que él compartía, lanzara su silenciosa acusación contra él. Su padre le había revelado que Mūsa el grande viajó a Qurtuba en dos ocasiones, y fue en la segunda cuando el emir, también de nombre Abd al Rahman, le planteó la posibilidad de permanecer en la corte, junto a él. Aquel Mūsa no había tenido dudas acerca de la respuesta que debía dar al soberano.

La angustia que sentía era cada vez mayor, subía en oleadas hasta oprimirle el pecho, y pugnaba por escapar a través del llanto que con todas sus fuerzas trataba de contener. Cayó de rodillas y se cubrió el rostro con ambas manos, sumido en negros pensamientos. Sentía sobre sus hombros el reproche de todos aquellos seres que habían dado su vida por defender al clan, el mismo que ahora él se disponía a abandonar a su suerte. Sintió la necesidad de liberar aquella tensión, abrió los brazos, alzó la mirada al cielo y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Lo sé! ¡Os he fallado! ¡Traiciono vuestra memoria!

De nuevo se encogió, rodeándose las rodillas con ambos brazos, y estalló en sollozos silenciosos.

—¡Perdonadme! Perdonad mi traición… —musitó— pero no tengo otra salida.

49

Inmediaciones de Astīban[31]

—Y decid… ¿está satisfecho el emir con la decisión de su esposa? —preguntó Maryam, zalamera, desde la tina de bronce donde tres solícitas esclavas la ayudaban con el baño.

Abd al Rahman, inclinado de espaldas a ella sobre un pergamino en el que no había dejado de trabajar a pesar de lo notorio de su presencia, volvió la cabeza, todavía absorto en sus pensamientos.

—Nada puedo objetar… por vez primera he querido llamar al joven Al Hakam para que me acompañe en una de nuestras campañas, por primera vez sale de palacio. Cuenta tan solo diez años. Quizá no sea malo que su madre esté cerca de él.

—Sin embargo, ¿noto cierta prevención en tus palabras?

El emir depositó el cálamo junto al tintero al tiempo que soplaba los últimos trazos.

—¿No temes acaso por el resto de tus hijos? Sabes que no es fácil garantizar su seguridad ni la ausencia de intrigas, y más a cinco jornadas de distancia.

—Confío en el eunuco Talal, jamás ha dejado de responder a la confianza que he depositado en él. Ubayd Allah y Abd al Aziz estarán bien bajo sus cuidados, sé que dará su vida antes que permitir que sufran el más mínimo rasguño.

Abd al Rahman asintió, pero, mientras contemplaba los cabellos mojados de su esposa, pareció recordar algo. De nuevo giró sobre sí y volvió a tomar la pluma. Maryam decidió que el baño había llegado a su fin. El calor del día había cedido ya, una ligera brisa procedente de la sierra cercana que se colaba entre las lonas entreabiertas de la *qubba* hacía especialmente agradable el atardecer, y la luna menguante acababa de surgir por encima del perfil de la *alqasába*, que se recortaba contra el cielo rojizo. Dos de las esclavas extendieron una gran pieza de lino y la *As Sayyida* se recogió en ella. Se dirigió hacia la abertura para contemplar el espectáculo, y las huellas de sus pies húmedos quedaron marcadas en la mullida alfombra que cubría la estancia. Durante un instante su rostro absorto quedó teñido con la luz púrpura del ocaso hasta que, pensativa, se volvió.

—Y dime, esposo mío… ¿cuál es tu propósito al traer hasta aquí a nuestro pequeño hijo?

—A su edad debe ir conociendo lo que se espera de él en el futuro. Le resultará

más útil que las absurdas enseñanzas que recibe por parte de algunos de sus preceptores.

—Tú mismo te ocupaste de que tuviera los mejores maestros, hombres sabios que le dieran a conocer la *sunna*, la literatura, las ciencias…

—Hablo tan solo de algunas enseñanzas absurdas, y ninguna de las que citas lo son. Pretendo que empiece a interesarse por las tácticas que mis generales están empleando en la lucha contra los rebeldes, quiero que sea él quien muestre interés, que pregunte el porqué de nuestras acciones; por qué, por ejemplo, mostramos tanto empeño en destruir fortalezas como la de Astīban y obligamos a las gentes a bajar al llano.

—Empieza por contármelo a mí.

El emir no pudo contener una sonrisa.

—Las alcazabas en manos de nuestros enemigos son solo el refugio de la disidencia. Se encastillan en ellas cuando sus caudillos se rebelan contra la autoridad de Qurtuba, pero incluso en tiempos de paz permanecen dentro de sus muros, sin ocuparse de otras tareas que no sean la obtención de lo imprescindible para subsistir, roturando tan solo las tierras más próximas o las más productivas, o recurriendo incluso al pillaje. Al obligarles, en cambio, a vivir en los valles, ponen en cultivo extensiones mucho más amplias, obtienen excedentes en sus cosechas, que venden o intercambian, favoreciendo así el comercio. Las coras se enriquecen, y los recaudadores pueden ejercer su labor, para hacer llegar a Qurtuba los tributos.

—Demasiado complejo para un niño de diez años.

—No si lo ve con sus propios ojos, por eso he dado la orden de hacerlo venir.

—¿Por qué, entonces, tal estrategia no parece posible en el caso de Burbaster?

—Burbaster no se puede medir con la misma vara. Allí se han reunido los disidentes más recalcitrantes, los partidarios más firmes del enfrentamiento con Qurtuba. Su ubicación hace casi impracticable un asalto, los asedios son infructuosos, pues disponen de arroyos y tierras que roturar en su interior, y es poco menos que imposible romper la resistencia de sus habitantes, que saben que tarde o temprano el sitio se levantará. Por grandes que sean el sufrimiento y las carencias, su voluntad no se doblega. Hasta ahora, además, disponían del apoyo de multitud de fortalezas vecinas, desde donde se podía hostigar a nuestras tropas y donde sus guerrilleros encontraban refugio.

Maryam dirigió la mirada hacia el interior y comprobó que el emir hablaba con el cuerpo aún inclinado sobre el pergamino.

—Quizá yo te pueda ayudar a doblegar a esos rebeldes —dejó caer, con una voz insinuante.

Un gesto de su mano izquierda sirvió para despedir a las esclavas, que salieron haciendo tintinear los aros de plata que adornaban sus tobillos. La cálida luz de las

lamparillas comenzaba a destacar en medio de la creciente oscuridad y arrancaba destellos en el recubrimiento dorado del dosel que resguardaba el lecho real. A sus pies, una mesa circular sostenía recipientes repletos de deliciosos bocados: dátiles, pastelillos y frutas compartían el espacio con una jarra de vidrio llena de aguamiel, y dos delicadas copas. Maryam se adelantó hacia la mesa, examinó su contenido y se arrodilló ante ella. Al hacerlo, dejó caer desde sus hombros, con estudiado descuido, el paño de lino que la cubría, de forma que sus pechos quedaron al descubierto. Se aseguró de que, esta vez sí, Abd al Rahman hubiera fijado la vista en ella, y comenzó a entonar entre dientes una hermosa canción de desamor, al tiempo que estiraba el brazo, cubierto de brazaletes, para alcanzar uno de los cuencos. Tomó una cereza carmesí por el rabillo y la introdujo en un recipiente repleto de miel. Al alzarla, un pequeño chorro dorado cayó sobre la superficie dibujando pequeñas volutas. Volvió a sumergirla, avanzó sobre la mesita y, esta vez con voluptuosidad, dejó que el hililllo se precipitara sobre uno de sus pechos desnudos. Las pequeñas gotas doradas se deslizaron hasta alcanzar el pezón y se detuvieron a su alrededor. Repitió la operación en el lado derecho, y cuando la última gota se desprendió del fruto, introdujo la cereza entre sus labios, pintados del mismo color carmesí. Con delectación jugó con ella, la empujó de un lado a otro de la boca con una lengua que asomaba de forma sensual, hasta que los dientes hicieron presa en la pulpa y un caldo del color del rubí se deslizó hacia la barbilla.

Abd al Rahman apartó sin contemplaciones los útiles para la escritura. Maryam posó los ojos a la altura de su cintura y sonrió con satisfacción al comprobar el efecto de sus insinuaciones. Con una mirada encendida que la joven conocía bien se acercó hacia ella, pero Maryam dio un paso atrás, sonriendo. El emir avanzó otro paso, aunque solo sirvió para mantener la distancia, porque su esposa seguía retrocediendo, al tiempo que incrementaba su deseo con expresión provocadora. Rio de manera abierta al señalar el pliegue que se dibujaba en la túnica de su esposo, a la altura de la entrepierna, pero continuó apartándose de él.

Los labios fruncidos y el ceño de Abd al Rahman dejaban ver que comenzaba a impacientarse con el juego.

—Ven conmigo, esposa mía. Sigues siendo la preferida entre todas las mujeres de mi *harém*.

Maryam se detuvo solo el tiempo preciso para que los labios de ambos se rozaran. Después se alejó a grandes zancadas hasta el extremo opuesto de la estancia, mientras el emir se pasaba la lengua por el jugo encarnado y dulce que había quedado en sus labios.

—Ven al lecho y satisfáceme —ordenó mientras se despojaba de su túnica.

Como única respuesta, Maryam hizo lo mismo con el paño de lino, que aún cubría parte de su cuerpo y en un instante quedó arrugado a sus pies, permitiendo

contemplar su figura en todo su esplendor. Sin embargo, no se movió de su sitio. Con la mano derecha tomó su seno desde abajo, se pasó el pulgar sobre el pezón, aún cubierto de miel, y, lentamente, se lo llevó a la boca con los ojos entornados.

—¿Qué estaría mi esposo dispuesto a dar en este momento para satisfacer el deseo, tras semanas de separación? —dijo, aún desde la distancia—. ¿Quizás aquel añazme de perlas que perteneció a tu abuela?

—No es preciso que recibáis nada; sois mía, y en un instante has de satisfacer mi apetito.

Maryam, entonces, untó sus dedos en la miel del pecho izquierdo, y deslizó la mano despacio hasta que sus yemas se perdieron bajo el vello de su pubis.

—Nada de lo que aquí se esconde será tuyo hasta que me des una respuesta. ¿Serás capaz de renunciar a aquello que en más estima tienes por poseer lo que ahora anhelas?

—¿Qué es un añazme para mí? Haz que te lo entreguen si ese es tu deseo —respondió enfurecido—. Pero no me prives por más tiempo de lo que muestras y no pones a mi alcance. No hay tortura mayor…

Maryam pisó por encima del lino arrugado sobre el suelo y caminó hacia el lecho con movimientos sugerentes. Cuando llegó a la altura de su esposo, apoyó las dos manos en sus hombros y lo obligó a sentarse en el borde del lecho. Siguió empujando su torso desnudo hasta que el emir se tumbó boca arriba sobre las sedas. Entonces Maryam se dejó caer de rodillas sobre la alfombra y buscó con los labios el miembro de Abd al Rahman.

—No deseo ningún otro collar, esposo mío. Poseo más alhajas de las que cualquier mujer puede desear.

Ambos reposaban exhaustos en el lecho, con las miradas puestas en el dosel que lo cubría.

—Pensé que esa era la condición que habías puesto para permitir que tu esposo encontrara solaz en tu cuerpo… —repuso él con resentimiento.

Maryam rio con ganas.

—Jamás se me ocurriría poner precio a una noche de placer contigo… Aún tengo muy presente el destino de quien pretendió hacerlo en el pasado.

—Lo que has hecho se le parece mucho…

Maryam se incorporó sobre el costado.

—Te he dicho que pretendía ayudarte a encontrar la clave para doblegar a los rebeldes de Burbaster. Haz con ellos lo que yo acabo de hacer contigo.

Abd al Rahman la miró sorprendido y abrió los ojos de forma desmesurada, lo que provocó la carcajada de Maryam.

—¡No, no! —Rio—. ¡No me has entendido!

Durante un rato una risa contagiosa la impidió hablar.

—No me refería a… —trató de explicar, de forma entrecortada, y de nuevo un acceso de risa la obligó a interrumpirse.

Las lágrimas corrían por su rostro cuando por fin se sintió capaz de seguir hablando.

—Lo que quería decir… es que debes poner la miel en sus labios, como yo he hecho contigo. Tengo entendido que junto a Burbaster, en el cauce del río, existe una alcazaba visible desde el refugio de esos sediciosos, ¿no es así?

El emir asintió.

—Talyayra. En este momento está prácticamente deshabitada, precisamente por esa cercanía a Burbaster.

—Construye allí una ciudad fortificada, puéblala y haz de ella un lugar próspero, en cuyo *suq* se comercie con toda clase de mercancías. Permite que se organicen en ella grandes fiestas, de manera que el humo de las hogueras, el tañido de los laúdes y el olor de la carne asada ascienda hasta los rebeldes. Somete al tiempo a Burbaster al cerco más apretado de que seas capaz, de forma que sus habitantes deseen salir de allí aunque sea en dirección al fuego del infierno.

—¿Eso es lo que querías ilustrar con el juego al que me has sometido?

—Si para algo me han servido los años pasados en el *harém* ha sido para conocer la naturaleza humana. Pon ante los ojos de un hombre o de una mujer algo que puedan desear con vehemencia, haz que lo deseen… y los tendrás comiendo de tu mano. El deseo de poseer lo que los demás poseen mueve a los hombres. Cuando consigues aprender eso, eres capaz de dominarlos.

—No es de extrañar pues que fueras tú, entre todas mis esclavas y concubinas, la que llegara a convertirse en *As Sayyida al Kubra*.

—Pon la abundancia al alcance de los sitiados, muestra en las veredas recuas de mulas cargadas de vituallas, llena sus praderas de ganado, permite que las campanas llamen a la oración a los mozárabes que allí vivan… y despertarás la disensión entre los rebeldes, harás surgir facciones que cuestionen la autoridad de Sulaymán, los dividirás entre partidarios de la rendición y la resistencia. Con fortuna triunfará el primer bando y, si no es así, se habrán matado entre ellos.

Abd al Rahman se apoyó sobre el codo derecho delante de Maryam y con los dedos de la mano izquierda le acarició la mejilla.

—No puedes hacerlo en la sala del Consejo como uno de mis asesores… pero guarda para el lecho consejos como el que me acabas de dar.

La mano del emir se deslizó entre los pechos firmes de Maryam y de nuevo deseó tener en sus labios el sabor dulce de la miel.

Año 925, 313 de la Hégira

50

Burbaster

Un viento frío procedente del norte barría las cumbres de Burbaster y silbaba entre las ramas de los árboles cuando la comitiva abandonó el camposanto. La *madina* al completo se encontraba allí, pero tan solo dos centenares de elegidos habían podido atravesar la cerca de adobe que rodeaba el nuevo cementerio. Sulaymán había envuelto los hombros de Argentea con el extremo de su capa, no tanto para protegerla del viento como para ofrecerle el calor y la compañía que a partir de aquel día iban a serle tan necesarios.

La muerte de Columba no había sido una sorpresa: ambos la habían visto apagarse como se extingue la llama de un madero desde que enfermara en los días más duros del invierno anterior. Sulaymán sabía que nadie está preparado para la muerte de una madre, menos que nadie una niña de apenas trece años, y, sin embargo, se había asombrado ante la entereza de su hija en los últimos días. Ella misma lo había confortado en el trance de la muerte, demostrando una fe ciega, transmitiéndole la convicción de que pronto habrían de reencontrarse en una vida mejor, alejada de las zozobras de este mundo que tan cruel se mostraba con sus criaturas. Ambos habían compartido esa esperanza y, en los últimos meses, las únicas actividades de su hija fuera de los muros de la vivienda que ocupaban dentro de la alcazaba se centraban en el viejo monasterio, donde compartía con los monjes y un pequeño grupo de muchachas de su edad una vida dedicada a la oración y a la ayuda a todo aquel que la precisara en la *madina*.

Caminaron abrazados a lo largo de la abarrotada vereda que conducía a la alcazaba, atendiendo a las palabras y los gestos de condolencia de los centenares de habitantes de Burbaster que se arracimaban a su paso. Sulaymán aprovechó algunas de aquellas breves conversaciones para lanzar miradas subrepticias hacia el rostro de la muchacha, y de nuevo admiró su fortaleza. Tan solo unas lágrimas habían resbalado por su mejilla en el momento en que él mismo lanzaba las primeras paladas de tierra dentro de la tumba que había acogido el cuerpo de Columba. Sin embargo, la señal de la cruz dibujada con mano temblorosa sobre su rostro, y sobre su pecho después, pareció un conjuro que había acabado con sus muestras de dolor. Fue Argentea la que, al volverse, enjugó incluso las lágrimas de una de sus jóvenes amigas, rota por el llanto.

Al penetrar en la fortaleza, Sulaymán sustrajo a su hija de la compañía del resto de las mujeres que la pretendían para acompañarla durante el duelo.

—Es momento de que mantengamos una conversación —dijo, tratando de reflejar una ternura con la que no estaba familiarizado y que resultó extraña a sus propios oídos.

—Como usted diga, padre —respondió la muchacha, con la vista en el suelo.

Penetraron en las dependencias de la *alqasába*, atravesaron los cordones de la guardia, reforzados en los últimos tiempos, y desembocaron en la sala central, donde un fuego acogedor ardía en la amplia chimenea. Sulaymán tomó asiento en uno de los bancos cercanos al hogar e indicó a Argentea el situado frente a él. A la luz titilante de las llamas, el rostro de la muchacha, aún sonrosado por el viento, ni siquiera llegaba a aparentar los trece años que contaba, pero su mirada parecía revelar ahora una inquietud que hasta entonces no había advertido. Ambos permanecieron unos instantes con la mirada perdida en los colores rojos y azulados de los maderos, hasta que Sulaymán se inclinó hacia delante, extendió los brazos y tomó las manos de su hija entre las suyas.

—Hija mía —comenzó titubeante, con la cabeza gacha—, hasta hoy ha sido tu madre quien se encargaba del gobierno de nuestra casa, incluso de la hacienda de la familia, pues mis ausencias constantes así lo aconsejaban. Sin embargo, ella no está ya entre nosotros, y es preciso que ahora, a pesar de tu juventud, seas tú quien asuma sus responsabilidades. Se acercan tiempos difíciles, y no siempre voy a estar a tu lado.

El rostro de Argentea pareció adoptar un color más encendido.

—No me asusta, padre, la tarea que me encomiendas. Madre llevaba tiempo poniéndome al corriente, y sé que estoy capacitada para llevarla a cabo, con ayuda de nuestros parientes y del servicio, que, a Dios gracias, nos ayuda en las labores más arduas e ingratas. Sin embargo…

Argentea vaciló.

—¿Qué hay, hija mía? ¿Qué pretendes decirme? —terció Sulaymán—. Quizá no sea nada que yo no sepa.

—Padre… sabes que en los últimos tiempos la llamada del Señor se manifiesta en mí con creciente fuerza, hasta el punto de hacerse irresistible. Tan solo Su cercanía llena mi alma. Nada he revelado durante la enfermedad de madre, pues su atención y su cuidado han sido para mí la única ocupación. Pero llega la hora de organizar de nuevo tu casa, y esta conversación es el momento propicio para plantear el anhelo que colmaría todas mis aspiraciones.

Sulaymán cerró los ojos y asintió, animando a su hija a continuar.

—Deseo profesar como novicia, padre, en algún cenobio próximo quizás, y dedicar el resto de mi vida a Dios.

Sulaymán apretó los labios y alzó los ojos hasta que sus miradas se encontraron.

—Sabía que no tardarías en plantearme un ruego semejante. Sin embargo, sabes que en esta situación no existe posibilidad de satisfacer tu deseo. El emir continúa con su estrategia de arrasar el entorno de Burbaster. Muchas de las fortalezas y monasterios en decenas de millas a la redonda han sido destruidos o tomados por las fuerzas de Qurtuba, y otros muchos seguirán el mismo camino, si Dios no lo impide. Los caminos son impracticables, y si alguien puede aventurarse por ellos son las cuadrillas de hombres armados que no teman el enfrentamiento y que tengan en poca estima sus vidas.

—Podría profesar en algún cenobio más alejado, en tierras a las que no llega el ruido de las armas. Según dicen, en la propia Qurtuba y sus alrededores existen monasterios aislados que son tolerados por el emir…

—Profesar en un cenobio cerca de Qurtuba sería ponerte en manos de nuestros enemigos, quienes no dudarían un instante en utilizarte como rehén. No olvides que para los *qurtubíes* me he convertido de nuevo en el hombre que batir, mi cabeza tiene precio, y cualquier método para obtenerla es válido.

—Lo sé, padre. Lo sé bien —reconoció—. He tenido tiempo de reflexionar acerca de los inconvenientes que planteas. Yo misma he pensado en ellos, y también en la manera de sortearlos.

—Mucho tiempo has de llevar madurando esto que me propones —supuso Sulaymán, que se levantó del asiento sin ocultar su turbación y se alejó unos pasos.

—Lo último que deseo es hacer daño a mi padre —aseguró con voz temblorosa.

Sulaymán se giró despacio, y el cabello de su hija, recogido bajo el velo del luto, se recortó frente a las llamas. Sin poder evitarlo, la imagen se volvió vidriosa.

—Habla con libertad… Sé que tu voluntad es firme y poco puedo hacer para cambiarla.

—Hay tres muchachas en la comunidad, dos de ellas hijas de algunos de tus capitanes, dispuestas también a profesar. La noticia del martirio de Pelayo en Qurtuba ha inflamado sus corazones, y están dispuestas a seguir sus pasos sin dudarlo. Cuatro novicias son suficientes para fundar un eremitorio aquí mismo, dentro incluso de los muros de Burbaster. Existen lugares apartados en algunas de las terrazas menos accesibles, donde podemos gozar de la tranquilidad de espíritu necesaria para la contemplación del Señor. Solo tienes que dar una orden y sus muros pueden alzarse en unas semanas, nosotras ayudaremos con nuestras propias manos. Contaríamos con el auxilio espiritual del abad del monasterio rupestre, y me tendrías cerca. Con eso evitarías la zozobra que la distancia y la ausencia de noticias podrían hacerte sentir. En cuanto a ti, más te conviene poner al frente de la administración de tu casa a un mayordomo, a un pariente en quien confíes.

Sulaymán parecía debatirse entre sentimientos contradictorios y recorrió la sala

con las manos a la espalda, hasta detenerse frente a uno de los ventanales, desde el que se contemplaba el imponente paisaje que rodeaba las cimas de Burbaster.

—Nada puedo objetar a tu deseo, y te construiré ese eremitorio, si es lo que me pides. Sin embargo, hay algo en tus palabras que me inquieta… ¿quién es ese Pelayo al que te has referido? ¿Y quién os ha hablado de él?

—Es una larga historia, fue el abad quien la dio a conocer a la comunidad, tras la llegada de un nuevo miembro procedente de Qurtuba.

—Me inquieta oír hablar de martirios cristianos. Hace años, antes de que tú y yo hubiéramos nacido, se produjeron en la capital decenas de ejecuciones calificadas como martirios y que, a los ojos de muchos, cristianos incluso, no fueron sino el resultado de la contumaz provocación de hermanos que llevaron su devoción más allá de lo razonable. Cuestionar las supuestas verdades que sostienen el islam, renegar en público su religión y ofender a sus creyentes obligó a sus jueces a dictar sentencias de muerte. Si aquello fueron martirios, fueron martirios voluntarios, provocados, y tengo entendido que el propio obispo metropolitano de Qurtuba tuvo que prohibirlos, amenazando incluso con la excomunión a quien los buscara.

—Se han producido nuevos martirios en Qurtuba, como el de la devota Dulce…

—¿Hablas de Dulce? Durante mi estancia en Qurtuba llegó a mis oídos su historia: fue condenada a la hoguera, pero por proferir en público insultos contra el profeta Muhammad, queriendo así entrar rápidamente en el paraíso. Tal cosa, más que a un martirio, podría equipararse a un suicidio, algo expresamente condenado por nuestros mandamientos. Temo, Argentea, que en vuestra cabeza podáis albergar ideas semejantes. A veces me asombra tu madurez, pero eres tan solo una niña, y tu mente está abierta a ideas que pueden ser muy perjudiciales para ti. Si es así, olvida mi ofrecimiento. Te dedicarás al gobierno de la casa, bajo mi vigilancia, hasta que tomes esposo.

—No temas, padre —trató de tranquilizarlo Argentea—. No me refería al caso de Dulce, ni al de Eugenia, que murió de igual manera hace tan solo dos años, sino al de Pelayo. ¿Quieres escuchar su historia?

—Me estremece escuchar de tu boca noticias de martirios…

—Es tan solo una historia ejemplar; además tiene relación con una de las batallas en las que participaste cuando servías en el ejército del emir. Tú mismo me has hablado de Muish, en las lejanas tierras del reino de Pampilona.

Sulaymán frunció el entrecejo, extrañado.

—¿Qué tiene que ver Pelayo con una batalla que se produjo a cientos de millas de aquí, hace cinco años?

—Tengo entendido que entonces fueron apresados dos obispos, quizá lo recuerdes.

—Los recuerdo bien. —Asintió—. Hermogio de Oporto y Dulcidio de Zamora, si

la memoria no me traiciona.

—Sí, esos eran los nombres que utilizó el abad al relatar la historia. Ambos fueron liberados hace dos años, después de que sus respectivos obispados, y quizás el rey de Liyūn, consiguieran reunir parte del rescate exigido por ellos. Al parecer, la cantidad era astronómica, y Qurtuba aceptó, como rehén y garante del pago, a un sobrino de Hermogio de tan solo trece años, el Pelayo del que te hablaba. Según se dice, era un muchacho inteligente y vivaz, de gran cultura para su edad.

—No es de extrañar, si era sobrino de un obispo, tal vez estuviera destinado a sucederle en la cátedra.

—Al llegar a Qurtuba tardó poco en hacerse entender en la lengua árabe, si es que no la conocía ya, y llamó la atención de sus carceleros, que pronto hablaron de él al emir. Quisieron incorporarlo a su servicio, como uno de sus pajes, para que Abd al Rahman admirara su elocuencia. Siguiendo los usos de la corte, lo vistieron con ropas de seda y lo adornaron con ajorcas como a cualquier *fityán*. El día en que fue introducido ante la corte, en una de las zambras en las que los más duchos en recitar poemas, tañer instrumentos o entonar canciones tenían su oportunidad, el emir se acercó a él y puso la mano sobre su hombro, dispuesto a saludarle. Pelayo se revolvió, apartó la mano del emir con un gesto de desprecio y le espetó a la cara palabras parecidas a estas: «Perro, ¿acaso te crees que soy uno de esos pajes afeminados que pueblan tu corte?» La ira de Abd al Rahman ante la afrenta pública debió de ser grande y le recordó el castigo que esperaba a quien osaba desairar de aquella forma al emir de Qurtuba. Sin embargo, quizá ya bajo los efectos del vino, le ofreció la libertad, incluso regalos suficientes para proporcionarle una vida holgada, a cambio de que negara a Cristo. Pelayo, firme, respondió: «Soy cristiano, lo he sido y lo seré. Cristo, al que yo adoro, no tiene fin, porque tampoco tiene principio, ya que Él es quien con el Padre y el Espíritu Santo es un solo Dios.» Y añadió que el único profeta que reconocía era Cristo, y no otro.

—Es lo que te decía, Argentea. Palabras como esas son motivo más que suficiente para que cualquier *qādī* de Qurtuba condene a muerte al reo que las ha pronunciado, salvo retractación. Y no creo que Pelayo se retractara.

—No lo hizo, y Abd al Rahman ordenó que se le colgara de garruchas de hierro, tensándolas al máximo, elevándolo una y otra vez, para dejarlo en tierra solo cuando negara que Cristo es Dios o cuando exhalara su alma. Así lo hicieron los verdugos, pero Pelayo se mantuvo inquebrantable, a pesar de su juventud. El emir, viendo que no obtenía lo que era su deseo, mandó entonces descolgarlo para despedazar su cuerpo, y los verdugos, puñal en mano, se cebaron con él con saña inhumana. Uno le amputó una mano, otro le cercenó un pie, otro no dejó de herirle hasta en el cuello. El mártir, de cuyo cuerpo fluía sangre en vez de sudor, se mantenía firme, sin invocar a nadie excepto a Nuestro Señor Jesucristo. De nuevo los malvados cortaron con la

espada la mano que él tendía hacia Dios, rogando que lo librara de sus enemigos. Y cuando su espíritu partió de su cuerpo exangüe, fue arrojado a la corriente del río, sin sepultura, a merced de las alimañas. Pero los cristianos cordobeses esperaron a la noche y recogieron el cadáver para depositarlo en uno de sus cementerios, donde descansa desde entonces.

Sulaymán seguía mirando pensativo a través del vano de la ventana. Cuando comprendió que Argentea había terminado su relato, se volvió despacio.

—Ten cuidado, hija mía, al confiar el conocimiento de la verdad al interés de los mensajeros. Bien pudieron suceder así las cosas, pero bien pueden ser tales detalles fruto de la imaginación desbordada de quienes pretenden utilizar la muerte de ese muchacho en su propio beneficio. Lo que para algunos cristianos es un glorioso martirio, para los musulmanes puede no ser sino una muerte justa tras la sentencia de un juicio según su ley.

La muchacha bajó la cabeza, sin responder.

—En cualquier caso —continuó Sulaymán—, si accedo a tu petición, has de jurar que jamás seguirás los pasos de Dulce, de Eugenia, de Pelayo o de santa Columba, de quien tu madre tomó el nombre. Y lo vas a hacer tomando en tu mano algo que conoces bien, la alianza de nuestros esponsales, que ella me entregó en su lecho de muerte.

Argentea tomó el anillo entre sus dedos con una actitud casi reverencial. Durante un instante, lo sostuvo en la palma, después cerró el puño sobre él y alzó la vista hasta encontrar la mirada de su padre.

—Lo juro.

Sulaymán sonrió, tranquilizado al fin.

—En ese caso, mañana mismo recorreremos el recinto fortificado en busca del emplazamiento más adecuado. Tienes suerte, pues la campaña de Banbaluna nos ha proporcionado un tiempo de calma que tiene a los hombres ociosos. Muchos se alegrarán de contar con algo en que ocupar sus días. Tendrás un lugar adecuado donde recogerte con las compañeras de las que me hablas y desde el que alzar al cielo vuestras oraciones. No tardará en llegar el día en que todas las oraciones por la salvación de Burbaster sean necesarias.

Año 925, 313 de la Hégira

51

Monasterio de Leyre

Toda sentía en su rostro los tibios rayos del sol de mediodía, mientras el resplandor rojizo atravesaba sus párpados cerrados. Una densa niebla había cubierto el monasterio de San Salvador desde el amanecer, pero hacia la hora sexta las nubes se habían desvanecido, para dar paso a un día luminoso que había decidido aprovechar. Había ordenado disponer dos sillas acolchadas ante uno de los muros meridionales de la abadía, en el ángulo que formaba el transepto con la nave principal del templo y hasta allí había logrado conducir al rey.

—Disfruta, querido Sancho, de los dones con que el Altísimo nos bendice —dijo sin abrir los ojos—. ¿Acaso hay sensación más grata que la de este tibio sol invernal sobre el rostro?

—Cada día doy gracias al cielo por Sus bendiciones —respondió—. Mucho he rogado por mi salud en estos meses, en que la desesperación me ha llevado a peregrinar de monasterio en monasterio, de santuario en santuario, en busca de una curación para las fiebres que me aquejaban.

—Y nuestras plegarias han sido escuchadas —reconoció Toda, abriendo los párpados para observar el rostro del rey, envejecido pero de nuevo saludable.

—He pensado en donar el monasterio de San Pedro, donde hallé la curación, al obispo Galindo, para mayor gloria de Dios.

—Y harás bien, esposo mío. Y aún es escasa esa muestra de agradecimiento a tan grande bien como el que se nos ha concedido. No seas parco en tu generosidad, y añade a la donación la villa completa de Usún, donde se halla, y alguna de las tierras y viñas de las que allí dispones.

El rey asintió y dejó caer los brazos de forma lánguida a ambos lados de la silla.

—Llegué a temer por mi vida en los peores episodios de las fiebres que me tenían consumido.

—Duras pruebas nos ha enviado el Señor en el último año, pero todas las hemos superado sin flaquear en la fe —terció Toda.

—Estamos todavía lejos de superarlas por completo —observó Sancho—. La reconstrucción de Pampilona está aún en sus comienzos, y tendrá que pasar tiempo hasta que la corte pueda volver a instalarse entre sus muros.

—Cierto es… ha sido un duro castigo que hemos pagado con las vidas de muchos

de los nuestros —su rostro se ensombreció al recordar—, con la destrucción de muchas de nuestras ciudades, con el hambre que ha aquejado a nuestra gente durante el último invierno… pero haz balance. Abd al Rahman destruyó Calahorra, Peralta, Tafalla, Rocaforte y Pamplona… Sin embargo, ninguna de ellas nos ha sido arrebatada, ni una pequeña extensión de tierra cristiana ha pasado a manos de los infieles. Cuando termine la reconstrucción, la campaña que parecía anunciar el final de todo cuanto conocemos no pasará de ser un mal recuerdo y pervivirá tan solo en la memoria de los narradores, en las crónicas y anales de monasterios y palacios, y en las historias con que los ancianos atemoricen a sus nietos al calor de los hogares.

Sancho fijó la mirada en el rostro de su esposa, los rasgos de su semblante eran graves al hablar. Se apoyaba la barbilla en el puño, y sus ojos eran una línea horizontal entre los párpados entrecerrados.

—Eres una mujer admirable. Perdiste a tu madre tras la batalla, y sin embargo te has volcado en tus hijos, en mí mismo, en todos cuantos han sufrido a tu alrededor. Sin ti a mi lado en estos meses de enfermedad, quizás habría tenido que pensar en abdicar a favor de mi hermano…

—Has tenido a todo un reino rezando por ti: desde el obispo Galindo y el abad de este monasterio hasta el más humilde de tus súbditos. Y no solo ellos, también en León, en Galicia, en Asturias, en Roma, incluso… toda la cristiandad ha alzado sus plegarias por ti. Yo no he hecho sino cumplir lo mejor que he sabido con el papel que la Providencia me ha encomendado, como reina de Pampilona y esposa del mejor rey que este pueblo ha conocido. No es otro el motivo que lleva a reyes, príncipes y nobles a responder afirmativamente a nuestras demandas de alianza a través del matrimonio con nuestras hijas.

—¿Te refieres al conde de Álava?

—A él me refiero… Álvaro Herrameliz. Pronto llegará el día en que Sancha sea desposada de nuevo.

—¿Has tenido ocasión de hablar con ella sobre los esponsales?

—Está conforme. Conoció al que ahora ha de ser su esposo antes de casar con Ordoño, en aquel campamento cerca del Arga, dos años atrás. Es un hombre de alcurnia, no mal parecido, y Sancha sabe que una princesa viuda de veinticinco años no puede sentarse a esperar a que desfilen los pretendientes bajo su ventana.

—Y tú te has encargado de educar a todas nuestras hijas en la responsabilidad que asumen como vehículo de fructíferas alianzas… —Sancho sonrió.

—Una tarea truncada por la muerte de Ordoño, pero no pierdo la esperanza. Ramiro, el tercero de sus hijos, sería un candidato ideal para desposar a nuestra Urraca.

—¡Pero si está casado con una noble portuguesa! —exclamó Sancho.

Toda sonrió.

—¿Desde cuándo supone eso un problema, si existen causas de repudio? Adosinda, ese es su nombre, es prima hermana suya, y no se solicitó dispensa papal.

—Lástima que Sancho, su primogénito, siempre haya mostrado sus preferencias hacia Galicia, y haya desposado también a la gallega Goto Núñez. De otra manera, tú te las habrías arreglado para casar a nuestras tres hijas mayores con los tres hijos de Ordoño.

Toda no pareció tomar a broma el comentario.

—Hasta el momento, solo Alfonso, el segundo, ha desposado a Onneca. Y en cualquier caso, la ascensión al trono de Fruela, el hermano de Ordoño, en lugar de uno de sus hijos, ha desbaratado nuestras aspiraciones.

—No me sorprendería saber que ya tienes planes para el resto de nuestras hijas, a pesar de su juventud…

—No todavía. Pero será conveniente emparentar con la nobleza castellana, que desde su espantada de Muish mantiene una relación tirante con León y no oculta ya su deseo de autonomía. Pero, si esto es algo que habrá de concretarse en el futuro, no son tan lejanos los planes que afectan al pequeño García.

—¡Toda! ¡Apenas tiene siete años!

—Eso no impide concertar su matrimonio en este momento, de acuerdo con nuestros intereses.

Sancho se alzó sobre el escabel, mirando a su esposa de hito en hito.

—¿Y en quién has pensado esta vez?

—¿No lo supones?

—Sorpréndeme…

—Hace años, cuando tu hermana casó con el conde de Aragón, Galindo Aznar, llevó como dote las tierras del valle de Ansó. El compromiso era permitir que ese territorio quedara definitivamente incorporado a la jurisdicción de Galindo, a cambio de que él, en el futuro, te reconociese como rey de Aragón, conservando sus atribuciones condales.

—¿Y pretendes que…?

—Galindo y tu hermana han sido bendecidos con el nacimiento de una única hija, Andregoto. Ningún hijo varón, al menos legítimo.

—¡Es la hija de mi hermana! ¡Andregoto y García también son primos carnales!

—¿Desde cuándo tal cosa ha sido un impedimento para concertar un matrimonio? Dispones de los resortes necesarios para solicitar y obtener la dispensa del Papa, y hay tiempo más que suficiente para conseguirla.

—Pienso en las implicaciones que tal enlace podría tener…

—Sería tan solo rubricar con lazos de sangre el pacto firmado con Galindo. En el momento de formalizarse el matrimonio, Andregoto llevaría como dote la incorporación del condado de Aragón al reino de Pampilona.

Sancho cerró los ojos.

—¿Qué te hace suponer que Galindo aceptará unas capitulaciones como las que propones?

—Tu prestigio, ganado en veinte años de lucha frente a los infieles. La fortaleza de tu reino, que ha sabido soportar el envite del mayor ejército que pueda imaginarse. El apoyo de tu hermana Sancha, quizá…

—Pudiera parecer que esto es para ti una partida de ese extraño juego que tu madre se trajo de Qurtuba. Has trazado un plan, como si tú sola hubieras de mover las fichas en el tablero.

—Si las amenazas del resto de las piezas me lo permiten. Y para defendernos de las amenazas ya está mi esposo, el rey.

—Creo recordar que la reina tiene mayor amplitud de miras…

—Y la labor de proteger al rey. Hemos de repartirnos la tarea de llevar esta nave a buen puerto: para ti la espada… para mí el libro de matrimonios.

Sancho lanzó una sonora carcajada de la que pareció avergonzarse cuando oyó el sonido de pasos apresurados que se acercaban sobre la gravilla de la vereda. Un soldado de la guardia precedía a un joven que, a juzgar por su aspecto, era un jinete recién llegado al monasterio.

—Mi señor… este hombre dice venir de León y, según asegura, es portador de noticias para vos.

El rey asintió al tiempo que se alzaba.

—Hablad, os lo ruego…

El correo inclinó la cabeza de forma respetuosa y tendió al rey el pergamino que portaba en la diestra. Mientras Sancho rompía el lacre y trataba de soltar el nudo que protegía la carta, el mensajero comenzó a hablar invitado por un gesto de la reina.

—Señora, mi señor… me envía Alfonso, vuestro yerno, con un solo mensaje: el rey Fruela murió hace dos semanas en Asturias, a causa de su enfermedad.

Toda abrió los ojos sorprendida.

—Tras la confusión inicial y después de su funeral, su hijo primogénito, Alfonso Froilaz, fue coronado rey de Asturias, León y Galicia —explicó el mensajero—. Sin embargo, los tres hijos de Ordoño alegan mejor derecho y se han negado a reconocer a su primo. Todos ellos, Sancho, vuestro yerno Alfonso y Ramiro, han acudido a las armas, han movilizado a las fuerzas que les apoyan y se disponen al enfrentamiento con el recién proclamado rey. Si Dios Nuestro Señor no lo remedia, el reino se ve abocado al derramamiento de sangre.

—Y quién sabe si a la guerra civil —rubricó Sancho después de leer el pergamino.

—¡Alfonso! ¡Onneca! —exclamó Toda, visiblemente trastornada.

Sancho parecía mantener la calma.

—¿Con qué apoyos cuenta cada uno de ellos?

—Alfonso Froilaz, a pesar de ostentar la corona, juega en desventaja; sin duda ha heredado la falta de popularidad y el rechazo que despertaban su difunto padre. No será para él un asiento cómodo el trono que ahora ocupa.

—¿Y los hijos de Ordoño?

—Es de esperar que Sancho, casado con Goto Núñez, tenga a su favor a la mayor parte de la nobleza gallega. Ramiro, por su parte, emparentado con las principales familias del condado de Portugal a través de su matrimonio con Adosinda, contará con la valiosa ayuda de la nobleza portuguesa.

—¿Y nuestro yerno, Alfonso Ordoñez?

El correo vaciló.

—Nuestro yerno cuenta con el apoyo del rey de Pampilona —terció Toda, tajante—. Si el reino de León se divide en luchas sucesorias, Sancho Garcés se convertirá en el rey más poderoso de la cristiandad y armará de nuevo a su ejército para detener los enfrentamientos intestinos entre hermanos que ponen en juego todos los avances que durante décadas y con grandes sacrificios hemos llevado a cabo frente a los sarracenos. Contará con el apoyo castellano por su predisposición contra León, y también con el de nuestro futuro yerno, Álvaro Herrameliz, conde de Álava.

El jinete asintió con un gesto de la cabeza.

—Regresaré a León mañana, al amanecer. ¿Debo esperar respuesta?

—Sin duda —respondió Sancho—. La tendrás por escrito esta misma tarde, pero puedes transmitir a nuestra hija y a su esposo que, con la ayuda de Dios, el rey de León seguirá siendo Alfonso, pero no el hijo de Fruela, sino el de Ordoño. Ahora puedes retirarte, es hora de que repongas tus fuerzas.

Sancho y Toda se quedaron de nuevo solos.

—¡Cuán imprevisibles son los designios de Dios! —exclamó la reina.

—Podría parecer que te alegras del posible inicio de una guerra civil en el reino de León.

Toda se levantó y caminó hacia el borde del barranco que se precipitaba hasta el fondo del valle, por el que corrían las aguas cristalinas del río Aragón. Respondió con la mirada perdida en las montañas azuladas que se alzaban en la distancia.

—Nada me entristece más que la lucha entre buenos cristianos, sabes bien que soy partidaria de que hablen los embajadores y los cancilleres, antes que dejar hablar a las armas. Sin embargo, he aprendido que de los momentos de crisis se extraen frutos renovados que a menudo mejoran lo que antes existía.

—Partiremos pues hacia Pampilona —anunció Sancho—. ¿Quién puede negar que Dios me ha enviado la curación en el momento más oportuno?

—No cabe duda de que es una señal. También yo añoro el momento de dejar el monasterio para regresar. Deseo ser testigo de la reconstrucción de nuestra ciudad.

Ansío ver alzarse de nuevo los muros de Santa María, donde podré volver a venerar su imagen, la misma que hasta ahora nos ha protegido de los más graves peligros. Llevaré conmigo la contribución de los monasterios que hasta ahora hemos visitado en nuestro peregrinar. Permitirá la contratación de nueva mano de obra, y las murallas de Pampilona no tardarán en alzarse hacia el cielo, más altas y más poderosas que antaño.

—Esta nueva tarea que Dios me encomienda me será útil, necesitaba henchir mi pecho con energías renovadas.

—No es menguada esa tarea, ni escasa la motivación que debe moverte. Si el cielo nos bendice en esta ocasión, y tus esfuerzos se ven coronados por el éxito, otra de nuestras hijas se convertirá en reina de León.

Sancho se acercó a su esposa, la tomó por los hombros y la miró fijamente a los ojos. Luego se inclinó hacia ella y depositó un largo beso en sus labios.

—Para mí la espada… —repitió—. Para ti el libro de matrimonios.

52

Qurtuba

—Que se acerque el siguiente —ordenó el *qāḍī* sin alterar el tono de voz, a pesar de los lamentos del reo que acababa de ser entregado a los hombres del *sahib al surta*, tras escuchar su condena.

La pena de cuarenta latigazos por un delito de calumnias no parecía excesiva, teniendo en cuenta la gravedad de las acusaciones, vertidas además contra un destacado miembro de la *jassa* y ante numerosos testigos.

Mūsa ibn Qasī, como era conocido ya entre los ulemas, encontraba fascinantes aquellas sesiones. Desde su llegada a Qurtuba un año atrás procedente de la lejana Tutila, rara era la ocasión en que se encontraba ausente cuando el *qāḍī* se sentaba ante la puerta de la Sudda o en el interior de la mezquita aljama, como ahora. Lo escuchaba impartir justicia de forma directa y sumaria, despachando los casos de manera vertiginosa, sin prescindir por ello de las garantías para los acusados, pues se leían los testimonios escritos de los testigos y se daba la oportunidad a la defensa, bien a cargo de un abogado, bien del propio acusado. En caso de condena, el reo era entregado al *sahib al surta*, quien se encargaba de determinar el momento en que debía ejecutarse la sentencia.

Solo durante la campaña del último verano, en la que había participado como oficial, había dejado de presenciar la actuación del viejo *qāḍī* Aslam ibn Abdelaziz, un hombre al que admiraba por su rectitud y su claridad de juicio, fruto sin duda de una sólida formación. Se decía que había adquirido sus conocimientos jurídicos en las más prestigiosas escuelas orientales durante su juventud, época en la que había llevado a cabo además la peregrinación a La Meca. Y aquel tipo de vida era algo que en los últimos tiempos comenzaba a tentar a Mūsa más de lo que hubiera podido imaginar. El traslado a Qurtuba había supuesto un cambio drástico en su vida. Sus raíces habían quedado en Tutila, y durante los primeros meses creyó que jamás arraigaría en esa nueva tierra. Pocos habían sido los parientes y fieles súbditos de los Banū Qasī que habían hecho junto a él aquel viaje inacabable. La mayoría habían traído a sus familias, y o bien la vida en la milicia o bien la dedicación a sus oficios habían terminado por separarlo de ellos. Mūsa había tenido ocasión de comprobar que la sensación de soledad era posible también en la ciudad más populosa de Occidente, rodeado en cada momento por miles de hombres y mujeres, en el zoco, en

la mezquita y en el mismo palacio, donde el emir le había proporcionado alojamiento entre sus oficiales. Sin embargo, la casualidad, el destino quizás, había querido que el *qādī* Aslam se cruzara en su camino, y en sus enseñanzas había descubierto algo que bien podría ser el inicio de una vocación.

La rutina de la vida en la milicia no colmaba sus expectativas, y en la última campaña por tierras de Ilbīra, bajo montañas tan altas como las que habían atestiguado su enfrentamiento con los vascones, comenzó a sentir que la causa de todas las desgracias vividas era solo una: las armas que hasta entonces se había visto obligado a empuñar. Allí mismo, bajo la fortaleza de Astīban defendida por la pericia de sus excelentes arqueros, decidió seguir un camino distinto. No le había resultado difícil obtener la dispensa del emir, apelando a la promesa que había hecho en la lejana Tutila, en el momento de despojarle del poder en la Marca. Y desde entonces había comenzado a frecuentar a los ulemas, a escuchar sus lecciones y a asimilar sus consejos. Tan solo dos meses antes, el propio Aslam le había abordado después de una de las sesiones de juicios, ¡y le había propuesto que estuviera cerca de él, en calidad de asistente y aprendiz! Sin duda, la mano del emir estaba detrás, pero Mūsa vio en aquella oportunidad la señal de Allah, que a las claras le indicaba el camino.

Contempló una vez más el conocido protocolo tras la orden del juez, que esperaba sentado en su estera sobre una tarima de escasa altura junto al muro septentrional, flanqueado por los dos hombres que ejercían como asesores. Aslam vestía ropas sencillas, aunque se distinguían del resto por su tono azafranado y, sobre todo, por el turbante propio de su jurisdicción con el que cubría sus cabellos canos. El alguacil se puso en pie y llamó en voz alta y por su nombre al siguiente encausado. Un ujier entró en una de las capillas laterales de la mezquita y salió acompañado por un hombre orondo y de porte distinguido, ataviado más ostentosamente que el propio juez.

—Ishaq ibn Hunayn, fabricante de alfombras, con las que comercia en el zoco de Qurtuba. Se le acusa de estafa en una partida destinada a la nueva mezquita de Saqunda, en la que según su acusador, Ahmad ibn Rustah, aquí presente, se había comprometido de palabra a usar una mezcla por partes iguales de lana y seda. En la muestra que nos trae —extendió una de las alfombras antes de seguir leyendo el testimonio escrito—, cualquiera puede apreciar la práctica ausencia de seda en su trama, la lana es de mala calidad, y la factura deja mucho que desear, a pesar de que no era bajo el precio convenido.

—¿Quién hablará en tu defensa?

—Yo mismo lo haré.

—¿Qué tienes que aducir?

—Niego la acusación, pues nada se habló en nuestro trato de la calidad y la proporción de los materiales. Quien me acusa trata de aligerar el pago, que quizá no

supo calcular a tiempo. Tengo un testigo de alcurnia que podrá avalar mi testimonio, un *faquí* de cuyo testimonio nadie podrá dudar.

—Que lo traigan a mi presencia.

Uno de los alguaciles se acercó entonces al juez y le habló con voz apenas audible. Aslam asintió con gravedad y, sin mudar el gesto, hizo que el ujier se detuviera antes de penetrar con el testigo en el círculo central, cubierto por completo con alfombras y esteras. El alguacil regresó a su lugar, junto a Mūsa, y este le interrogó con la mirada. Para su sorpresa, el funcionario se inclinó hacia él y le reveló el contenido de las palabras que acababa de intercambiar con el *qādī*.

—Nos consta que el comerciante ha comprado el testimonio del *faquí* —susurró —. Dos magníficas alfombras de la mejor calidad han bastado para torcer su declaración.

Aslam miraba ahora fijamente al testigo, pero el tenso silencio se prolongaba más de lo habitual. Al final, alzó la mano y con un gesto le indicó que podía avanzar.

—Bienvenido seas, *faquí*, acércate a prestar tu declaración. Pero ten cuidado al hacerlo —dijo señalando al suelo— no sea que «las alfombras» te hagan tropezar.

El semblante del testigo mudó por completo, y el color desapareció de su rostro. Antes de empezar a hablar, sus manos temblaban visiblemente, y el brillo del sudor cubría su frente.

—Yo… —balbuceó— debe de haber alguna clase de malentendido. No es este el negocio en el que yo estuve presente… Excusadme, *sahib*, pero mi testimonio no tendría ningún valor.

El juez seguía atravesando al *faquí* con la mirada.

—Está bien, que alguien haga salir a este hombre de la mezquita —ordenó, mientras volvía a centrar su atención en el acusado.

—Ishaq ibn Hunayn, fabricante de alfombras… careces de testigos que avalen tu endeble defensa. El género que aquí se ha presentado es indigno de cubrir el suelo de una mezquita donde los fieles han de alabar al Todopoderoso, y el precio que aquí aparece —añadió agitando el testimonio escrito— es sin duda abusivo. Sin embargo, al parecer el trato fue de palabra, y la acusación carece de sus propios testigos, por lo que no veo posible una condena por el delito de estafa. A no ser que…

—¡Exijo juramento! —gritó el acusador.

—Estás en tu derecho, Ahmad ibn Rustah.

El juez se volvió de nuevo hacia el acusado.

—Tal como establece la doctrina del maestro Malik que nos sirve de guía, el acusador exige que se practique el tercer medio de prueba, una vez comprobado que ni la confesión del acusado ni la concurrencia de testigos nos conduce a una decisión firme. ¿Estás dispuesto a jurar solemnemente ante la asamblea, con la mano sobre el sagrado Qurān, que son falsas las acusaciones que Ahmad ibn Rustah presenta contra

ti? No es necesario que te recuerde cuál es la pena por perjurio…

El comerciante sudaba ahora de forma copiosa. Bajó la cabeza y cerró los ojos con fuerza. Al fin, se cubrió el rostro con ambas manos y, lentamente, comenzó a negar con la cabeza.

—El acusado se niega a prestar juramento. ¿Está dispuesto el acusador a prestarlo?

Ahmad ibn Rustah avanzó dos pasos con decisión.

—Juro ante la asamblea que las acusaciones que figuran en ese escrito son ciertas en todos sus extremos.

Aslam asintió, y conversó unos instantes con los asesores que lo flanqueaban en el estrado.

—Ishaq ibn Hunayn, te condenamos a restituir a su dueño las cantidades recibidas en concepto de adelanto por la mercancía que nos ocupa. Las alfombras que has entregado quedan confiscadas y serán entregadas a la caja de la comunidad de esta misma mezquita aljama, para su reparto entre los necesitados. La condición de tu familia y la ausencia de tachas anteriores te libran por el momento de la pena de azotes por un acreditado intento de compra de testigos. Sin embargo, esta condena figurará en tu historial y te obliga a mantener en el futuro una actitud del todo íntegra en tu negocio, si pretendes que tu espalda se vea libre de la comezón del látigo. Podéis marcharos.

Mūsa experimentó un intenso sentimiento de satisfacción. Por la inclinación de los rayos del sol que penetraban en la mezquita sabía que se aproximaba la hora de la *salat al zuhr*, y el muecín no tardaría en iniciar su llamada a los fieles. Quedaba un caso por ver, y decidió que completaría allí su jornada. Sin embargo, una necesidad imperiosa le recordó que llevaba muchas horas allí, y decidió aprovechar el receso para abandonar brevemente la mezquita. Salió al patio, donde los fieles seguían realizando sus abluciones antes de entrar en el *haram*, y abandonó el recinto por la puerta más cercana al alminar.

Regresó aliviado y penetró de nuevo en la penumbra de la sala de oraciones, para comprobar que el último acusado se encontraba ya ante el *qādī*. Con movimientos quedos y pasos cortos se aproximó a su sitio, sorprendido por las voces airadas del juez Aslam.

—¡Desdichado cristiano! ¿Quién te ha metido en la cabeza tal dislate? ¿Acaso crees que te puedes presentar aquí pidiendo tu propia muerte sin haber delinquido en nada? No eres el primero de tu fe que viene aquí ofreciendo su vida, cuando no hay nada semejante, digno de ser imitado, en la vida del profeta Jesús, hijo de María.

Un hombre vestido con harapos que, a pesar de su aspecto ajado, no parecía superar la cincuentena, se mantenía firme frente al estrado.

—Pero… ¿cree el juez que si me mata seré yo el muerto?

—¿Quién ha de ser, si no?

—El muerto será una semblanza mía que se ha metido en un cuerpo; esa semblanza es la que el juez matará. En cuanto a mí, yo subiré inmediatamente al cielo.

—Mira —dijo Aslam—, aquel a quien tú te encomiendas en estas cosas no está aquí conmigo, y a aquel que te podría informar bien, para desengañarte de esa falsedad, tampoco lo tienes delante de ti. Pero hay un medio para poner en evidencia lo que haya de cierto, y lo podremos certificar tú y yo.

—¿Cuál es ese medio? —dijo el cristiano.

El juez Aslam se volvió hacia los sayones.

—Traed el azote. ¡Desnudadlo!

Los hombres del *sahib al surta* cumplieron de inmediato la orden. Cuando el cristiano comenzó a sentir el efecto del látigo, empezó a agitarse y a gritar. Varias marcas de color carmesí cruzaban sus hombros cuando el *qādī* mandó parar.

—¿En qué espalda van cayendo los azotes? ¿En la tuya o en la de una semblanza de ti mismo?

—En mi espalda —repuso el cristiano con gesto de dolor, respirando de forma acelerada.

—Lo mismo ocurriría si cayera la espada sobre tu cuello. ¿Imaginas que podría ser de otra manera? Retírate y no vuelvas más o el látigo no parará tan pronto.

Aslam pidió ayuda para levantarse de la estera en la que había permanecido mientras los asistentes reían de buena gana. El grupo comenzó a disolverse en pequeños corrillos donde se comentaban las sentencias de la mañana, y Mūsa se incorporó a uno de ellos. Los rostros exhibían aún la expresión risueña provocada por la escena que acababan de presenciar cuando una inusual agitación procedente del exterior se abrió paso a través del bosque de columnas de la mezquita. El griterío parecía acercarse por momentos, y la curiosidad hizo que los más próximos a las puertas cruzaran bajo el dintel para asomarse al patio de las abluciones. También Mūsa lo hizo, justo a tiempo de ver cómo las puertas exteriores, bajo el alminar, eran atravesadas por una multitud en la que destacaban las llamativas vestiduras de un grupo de oficiales del ejército.

—¡Traen a un prisionero! —anunció alguien que se había aupado sobre el zócalo del portón.

La multitud seguía penetrando en el patio desde el exterior y, a medida que lo hacían, sus gritos cesaban como muestra de respeto al lugar sagrado en el que se encontraban. Cuando los cabecillas que lideraban el grupo alcanzaron la puerta de la mezquita, el patio de las abluciones se encontraba ya atestado.

—¡Buscamos al *qādī* Aslam! —anunció uno de los oficiales de mayor rango, a juzgar por su atuendo.

—¿Quién lo busca y cuál es el motivo? —respondió el juez, que había aparecido bajo el dintel.

—Mi nombre es Sa'id ibn Nabil, *naqib* en el ejército del emir. Regresamos de la recién conquistada Astīban, donde fui elegido por Allah para herir y apresar a este hombre, fiel a los hafsuníes y enemigo de Qurtuba, y responsable desde hace años de la muerte de centenares de nuestros hombres.

—¿De quién se trata?

—¡Es Abú Nasr, el infame arquero de Burbaster! —respondió con voz potente, asegurándose de que todos lo oyeran.

Un murmullo de asombro se extendió por el patio, surgieron los primeros gritos, y pronto el recinto se convirtió en un coro de voces que pedían la muerte del prisionero.

—¡Haced que guarden silencio u ordenaré desalojar la mezquita! —espetó el juez a los hombres del *sahib al surta*.

—Yo mismo le di caza —explicó el oficial cuando pudo hacerse oír—. El *wazīr* 'Isa ibn Ahmad, al mando del cerco, me concedió el honor de conducirlo a Qurtuba para presentarlo ante vuestra autoridad, en busca de justicia.

El *qādī* asintió, y su mirada recorrió la figura del reo, cargado de cadenas y sujeto en pie por dos soldados a varios pasos de distancia. Se trataba de un hombre robusto, barbado, de miembros largos y fibrosos, cubiertos ahora por la sangre reseca de las heridas que cubrían su cuerpo. Por un momento, Aslam pareció decidido a regresar al interior, pero al fin se volvió hacia el oficial con gesto todavía pensativo.

—Este hombre es una leyenda para los habitantes de Qurtuba, para muchos la misma imagen del demonio, temido y admirado por su habilidad con el arco, y su captura es una gran noticia que sin duda se ha extendido ya hasta el último rincón de la *madina* —reflexionó en voz alta—. Considero conveniente que tenga un juicio público, y que sea el propio emir Abd al Rahman quien, en calidad de juez supremo, dicte sentencia.

El oficial asintió, complacido, y bajó la cabeza en señal de respeto mientras escuchaba sus órdenes.

—Serás tú, Sa'id, quien lo conduzca al alcázar en compañía del *sahib al surta* —prosiguió, desviando la mirada hacia el jefe de la policía—. Yo te felicito por el servicio que has prestado a esta ciudad, por el que serás recordado. Y deseo que tú mismo pongas a este hombre en manos de la guardia personal del emir. Me encargaré de que lo hagas en presencia de nuestro soberano, de forma que seas recompensado inmediatamente.

La explanada del Rasif se encontraba atestada ya antes del amanecer, y el entorno del cadalso, donde se alzaba un único madero, era un hervidero de hombres y mujeres que se afanaban por ocupar su lugar en torno al cercado rectangular que lo protegía. La propia muralla de la ciudad y dos de sus torres albarranas contiguas delimitaban

tres de los lados, y el cuarto se hallaba protegido por un cordón de soldados de la guardia de palacio. Las antorchas en el muro, los candiles y las lámparas de aceite en medio de la noche daban a la escena un aspecto irreal, que se fue diluyendo a medida que las primeras luces del día encendían el cielo por la parte oriental de la ciudad.

Hacía tiempo que se había oído la llamada del muecín cuando las primeras señales de movimiento en el interior de la *madina* agitaron de nuevo a la multitud, que ya atestaba el espacio que se extendía entre la muralla y el río, hasta el molino de la Albolafia. También la parte más cercana del puente se encontraba abarrotada, y el acceso al recinto amurallado por la Bab al Qantara se había bloqueado por completo. Primero llegó el sonido de atabales y tambores, cuyo volumen fue subiendo hasta que las primeras unidades de la guardia palatina asomaron por la puerta. A duras penas conseguían avanzar, y solo el temor a los látigos y a los cascos de los caballos que abrían el cortejo conseguía apartar del camino a la muchedumbre.

Los músicos interpretaban una marcha rítmica que los cordobeses habían aprendido mucho tiempo atrás a asociar con las ejecuciones públicas, una marcha cuya cadencia e intensidad habría de aumentar de forma gradual al ritmo de los corazones de quienes se solazaban con el macabro espectáculo. Detrás avanzaba una veintena de arqueros reales, ataviados todos ellos con espléndidas y uniformes vestiduras cuyas corazas y lorigas reflejaban los primeros rayos de sol de la mañana. Y por fin, cuando el camino hasta el patíbulo se encontraba ya expedito, atravesó la arcada una unidad de la guardia de guerreros *saqaliba*, arropando con sus lanzas en el centro de un óvalo irregular el carro que transportaba al reo. Abú Nasr recibió con aparente indiferencia la lluvia de improperios que salían de las gargantas de la multitud enardecida. Algunos objetos se estrellaron contra su cuerpo y le obligaron a agachar la cabeza, el carro se cubrió de verduras podridas e incluso de excrementos, y muchos de aquellos improvisados proyectiles alcanzaron a los guardias, que poco podían hacer para evitar la furia de los cordobeses.

Mūsa contemplaba la escena desde lo alto de la muralla, donde centenares de oficiales y funcionarios de palacio habían encontrado acomodo, a la espera de la llegada del emir, a quien se había reservado un amplio estrado de madera cubierto por luminosas telas blancas, pocos codos por encima del madero reservado para el reo. Había tenido ocasión de escuchar las historias que circulaban de boca en boca sobre Abú Nasr y por ello comprendía las expresiones de odio, las lágrimas de rabia en los ojos de muchas de aquellas mujeres y la inusitada expectación que la ejecución había despertado en una ciudad tan acostumbrada a ellas. Al parecer, según se había extendido por los corrillos, el arquero iba a morir de la misma forma que había matado, y la disposición del patíbulo parecía confirmarlo. Cuando los soldados se dispusieron delante del madero con sus arcos, ya no tuvo ninguna duda. Otra unidad de arqueros ascendió a la torre que flanqueaba la Bab al Qantara, y de igual manera

se colocaron frente al cadalso, muy próximos al lugar que ocupaba Mūsa.

El reo se vio obligado a descender del carro y, a empujones, subió las escalinatas entre el creciente griterío que se mezclaba con el estruendo sincopado de los tambores. Pese a que le sujetaron las manos tras el madero, uno de los verdugos le pasó una soga más bajo las axilas y la ató en lo más alto, alzando a Abú Nasr hasta que sus pies apenas alcanzaron el suelo de madera. Mostraba el mismo aspecto que dos días atrás, cuando fue presentado ante el *qādī*. La misma sangre reseca cubría su piel, pero su gesto era de sufrimiento, de la boca abierta surgía una lengua hinchada y blanquecina, y Mūsa comprendió que a la tortura que suponía ser consciente de la propia muerte se había unido el suplicio de la sed.

Un nuevo murmullo, esta vez procedente del interior de la muralla, le hizo volver la cabeza, y vio que el emir, su *hāchib* y varios visires subían las escaleras que conducían al estrado. Solo desde su lugar de privilegio se observaban los dos lados del muro, y aguardó con expectación el momento en que Abd al Rahman mostrara su presencia a la multitud congregada en el exterior. El vello de los brazos se le erizó al oír el rugido que surgió de aquellos millares de gargantas al unísono. Al principio fue un sonido ininteligible, desarticulado e indefinido, pero, de manera gradual, una sola palabra fue tomando forma hasta que el nombre de Abd al Rahman fue coreado por la muchedumbre enfervorizada.

Solo el redoble frenético de los atabales consiguió ir acallando a los cordobeses, hasta que su sonido monocorde se impuso en el aire de la mañana. Desde su posición, Mūsa contempló la escena que se desarrollaba ante sus ojos: una ligera neblina surgía del río, matizando el reflejo del sol en su superficie, aguas arriba del puente, que ahora aparecía ocupado por una multitud que se apretaba por toda su superficie. Bajo sus pies, miles de cabezas se orientaban hacia el patíbulo, donde uno de los enemigos más temidos de Qurtuba estaba a punto de recibir su castigo. Y más arriba, en pie, con sus vestimentas recamadas en oro, la figura del soberano que había conducido a sus huestes en la campaña de Astīban hasta alcanzar el enésimo éxito de su reinado. Allí estaba, preparado para dar la orden de acabar con uno más de los hombres que, de manera cada vez más infructuosa, se oponían a sus propósitos. Un pinchazo de desazón recorrió el cuerpo de Mūsa al comprender que también su presencia allí era el resultado de uno de tales éxitos del emir, al terminar de forma casi definitiva con la primacía de su familia allá en el Ūadi Ibrū.

El brazo de Abd al Rahman se alzó sobre su cabeza. Los arqueros situados frente al reo tensaron las cuerdas, listos para cumplir la orden de su señor. El redoble era ahora continuo, y la voz del oficial cuando el emir dejó caer la mano, apenas se oyó más allá de la fila de soldados que contenían a la multitud. Una docena de flechas se clavaron en los hombros, las piernas, los brazos y los costados de Abú Nasr. Ninguna de ellas era mortal, pero un reguero de sangre comenzó a manar de las heridas y a

resbalar por sus miembros hasta el suelo. Mūsa observó la expresión de los habitantes de Qurtuba, que, con los ojos dilatados y los dientes apretados por la emoción y el odio, seguían fundiendo sus voces con el resto de los sonidos que atronaban en la explanada. La segunda tanda de proyectiles tardó en llegar lo suficiente para prolongar la agonía. De nuevo, ninguno de ellos afectó a órganos vitales, pues los arqueros parecían preferir que las saetas se estrellaran contra la pared del fondo a herir de forma definitiva al reo. Abú Nasr mantenía aún la cabeza enhiesta, y en ese momento el emir alzó la mano por última vez. Todos los arqueros, incluso los que ocupaban las torres, alzaron sus armas, tensaron, apuntaron y dejaron partir las flechas, para repetir el gesto una y otra vez. El cuerpo de Abú Nasr, ya exánime, quedó atravesado por centenares de astiles, y a la mente de Mūsa acudió la imagen de los erizos que poblaban las riberas del Ūadi Ibrū.

De nuevo todas las miradas se dirigieron hacia el emir. Los tambores habían callado, los rugidos de la multitud cesaron, y una vez más el nombre de Abd al Rahman comenzó a resonar en el Rasif de Qurtuba coreado por miles de gargantas.

Año 926, 314 de la Hégira

53

Resa

Sancho se sentía exultante. De regreso a Pampilona tras una breve y exitosa campaña invernal destinada a reforzar la situación de varias fortalezas en la margen izquierda del río Iberus frente a las embestidas musulmanas, disfrutaba de la compañía de sus hermanos Enneco y Ximeno mientras descendían por la ribera del río camino de su confluencia con el Arga. La mañana era fría, y una densa niebla que parecía surgir a jirones desde el río los acompañaba desde su partida de Cárcar, pero el ligero galope que habían imprimido a las cabalgaduras hacía entrar en calor a jinetes y monturas. Acababa de cumplir los sesenta y por vez primera en dos años, desde la infausta fecha de la destrucción de Pampilona, sentía que sus súbditos empezaban a cambiar la forma en que lo habían mirado desde entonces. Aquel golpe inesperado había resultado demasiado duro para los vascones, que desde los primeros años de su reinado se habían habituado a los progresivos avances de su ejército más allá incluso del río Iberus, hasta los confines de Castilla. Cerca del lugar por el que ahora avanzaban se habían ganado batallas decisivas, y se habían fundado monasterios que comenzaban a convertirse en el centro económico de las amplias comarcas que florecían a su alrededor. Todo parecía seguir los designios de Dios, de un Dios cansado ya del predominio que los infieles mahometanos habían mantenido durante doscientos años en las tierras regadas por el gran río. Y él, Sancho, había sido la mano elegida por el Todopoderoso para llevar a cabo su obra, junto con su hermano en la fe, Ordoño, a quien tanto añoraba tras su repentino óbito.

Sin embargo, la llegada de Abd al Rahman parecía haber torcido los planes divinos, y la fe ciega que los pamploneses habían demostrado en su rey se había quebrado sin remedio. No habían sido las bajas en la batalla, ni siquiera la propia derrota, lo que había hundido a su pueblo en la desesperación, sino el regreso a Pampilona, la visión de la ciudad arrasada y, ante todo, la imagen de la iglesia de Santa María arruinada hasta los cimientos. Muchos habían murmurado entonces, y en los entristecidos corros alrededor de la lumbre, único consuelo que había quedado a los pamploneses en aquel invierno duro y triste, se hablaba del castigo divino que el Señor había enviado a sus hijos, descontento quizá con la actitud de su rey. Pero dos años después el campanario se alzaba de nuevo en el mismo lugar, más poderoso que antaño. Todavía rodeado de andamios, era ya el símbolo de una reconstrucción que

avanzaba a grandes pasos, que se manifestaba en las nuevas murallas, en los conventos situados intramuros y, lo que era más importante, en la vida cotidiana de los pamploneses, en los cientos de viviendas reedificadas sobre las cenizas y los escombros.

Debía reconocer que Toda había tenido un papel fundamental en la recuperación de la confianza de su pueblo, pues su política de alianzas matrimoniales se había visto reforzada con dos nuevos éxitos, que colocaban a la familia real pamplonesa en una posición privilegiada con respecto a las demás casas reinantes en la cristiandad de la Península. Cierto que había sido la fuerza de las armas la que había inclinado la balanza en León en favor de Alfonso, su yerno, y su hija Onneca. Pero Sancho ni siquiera se habría planteado tal intervención militar si Toda no se hubiera empeñado en concertar aquel enlace. La única razón que había llevado a Sancho a intervenir en la guerra civil desatada en León era la participación de su yerno Alfonso en la pugna por el trono. Ni él ni sus hermanos, Sancho y Ramiro, aceptaron la investidura como rey de Alfonso Froilaz, su primo, el primogénito del monarca recién fallecido. No solo se negaron a reconocer su nombramiento, sino que recurrieron a las armas y recabaron la ayuda de cuantos estuvieran dispuestos a prestarla.

Y no eran pocos. Sancho recibió el apoyo de la mayor parte de la nobleza gallega, con la que mantenía relación de parentesco a través de su esposa, Goto Núñez. Otro apoyo importante procedía del condado de Portugal a través de Ramiro, emparentado con las principales familias de aquella tierra por su matrimonio con Adosinda. Pero, sin duda, el factor decisivo que inclinó el fiel de la balanza fue su propia presencia en tierras leonesas como suegro del tercer hermano, el segundo en orden de primogenitura. Ante enemigos tan poderosos, Alfonso Froilaz se retiró a las montañas asturianas, donde contaba con el apoyo de sus partidarios más decididos.

Sin embargo, quedaba por resolver la disputa entre los tres hermanos. Y ahí, la fuerza de sus armas había resultado determinante. Pese a que Sancho Ordóñez era el primogénito y, por derecho, el heredero natural al trono, tuvo que avenirse al pacto que se le proponía y conformarse con regir las tierras de Galicia. Quizá la buena acogida que decía disfrutar allí por parte de la nobleza gallega tuviera algo que ver en su decisión, pero lo cierto es que había accedido a renunciar al trono de León, y la primavera anterior había sido ungido como rey de Galicia por el obispo Hermenegildo en la basílica de Compostela. Ramiro, el menor, gobernaba asimismo con el título de rey los territorios situados al sur, hasta la ciudad de Coimbra. Sin embargo, era su yerno, el nuevo rey de León entronizado como Alfonso IV, quien, pese a la división pactada, ejercía la tutela y la autoridad sobre ambos estados.

Toda había sabido encargarse de que la noticia tuviera amplia difusión en las tierras del reino. Desde los púlpitos se explicó con claridad que Onneca, pamplonesa, era la nueva reina de León, y su esposo, Alfonso, debía la corona al rey de

Pampilona. A esto se unían el matrimonio de Urraca con el conde de Álava y las negociaciones en torno al compromiso entre el heredero García y la hija del conde de Aragón. El buen rey Sancho extendía ahora su mano sobre gran parte de los reinos de la cristiandad.

—¿Acaso el rey piensa matar a sus hermanos a base de privaciones? —bromeó Ximeno, después de azuzar su caballo hasta alcanzarlo.

Sancho alzó la vista hacia el sol, que, ya en lo alto, había conseguido deshacer los jirones de niebla.

—Lleváis razón. Solo pienso en el momento de poner pie en Pampilona y olvido las necesidades de mis hombres. ¡Ordenad hacer alto! Quizá queden millas antes de alcanzar la fortaleza de Resa.

—¿No piensas detenerte en Calahorra? —preguntó Ximeno—. Está a tiro de piedra.

—Pero al otro lado del Iberus. No, no será preciso, está bien guarnecida. No haré vadear el río a mil hombres para regresar de inmediato. ¿Alguien conoce el nombre de este sitio? —preguntó, alzando la voz.

—Es el soto de Resa —respondió uno de los jinetes más cercanos.

—Bello lugar —advirtió Ximeno—. Acerquémonos hasta la orilla mientras los encargados de la intendencia preparan nuestras viandas.

Los tres hermanos, seguidos con discreción por un grupo de caballeros bien armados que ejercían las funciones de custodia del rey, dirigieron sus monturas hacia el soto.

—Una vega feraz —observó Sancho—, rica en recursos. No sería este mal emplazamiento para un nuevo monasterio…

—Cierto —asintió Enneco—, no me importaría acabar mis días en un lugar como este. Y quizá descansar para siempre bajo la sombra de uno de estos olmos.

—Habré de tratar sobre ello con nuestro obispo, pero no es mi intención reposar aquí —repuso Sancho—. Hace tiempo que tengo decidido el lugar donde deseo ser enterrado.

—¿El monasterio de Leyre, quizá? —aventuró Enneco.

Sancho negó con la cabeza.

—El lugar que marcó el signo de mi reinado, el símbolo de las tierras conquistadas a los Banū Qasī.

—San Esteban de Deio —apuntó Ximeno—. ¡Pero no es momento de hablar de tales asuntos! ¡Huelo ya a carne asada!

Sancho y Enneco rieron de buena gana mientras tiraban de las riendas para girar sus monturas. Sin embargo, el sonido de ramas tronzadas les advirtió de la llegada de un nuevo jinete, que inmediatamente se dejó ver entre la maleza.

—¡Ah, mi señor! Por fin os encuentro —dijo el joven—. Vengo de Cárcar,

adonde llegó este correo al poco de partir vos. Viene de León, al parecer. Como buen conocedor de estas tierras, se me ha encargado que os haga entrega de él.

Sancho se mostró repentinamente interesado y tendió la mano hacia el pergamino.

—Has hecho buen servicio a tu rey, muchacho. Únete a mis hombres y repón tus fuerzas —le indicó mientras rompía el sello.

Ximeno y Enneco intercambiaron miradas intrigados al ver el semblante de satisfacción que se formaba en el rostro de su hermano a medida que leía.

—¡Soy abuelo! —anunció—. Onneca ha dado a su esposo Alfonso un heredero, un varón. Ordoño lo han llamado.

—¡Buenas noticias, vive Dios! —exclamó también Ximeno.

—¡Esperad a que Toda se entere de esto! —Rio con ganas, tirando de las riendas hasta que su cabalgadura alzó las patas.

En un arrebato de júbilo, Sancho picó espuelas y lanzó el caballo al galope a lo largo de la ribera del río.

—¡Hermanos, el Todopoderoso nos sonríe de nuevo! —gritó, volviendo la cabeza hacia ellos.

—¿Dónde va? —preguntó Enneco, riendo también con ganas mientras veía alejarse a Sancho.

—Comprendo su entusiasmo. En los últimos tiempos, pocos han sido los motivos de alegría. Su nieto es el nuevo heredero del trono de León.

Un grito apagado llegó hasta sus oídos, en el mismo instante en que Sancho y su cabalgadura se perdían de la vista. Ximeno y Enneco se miraron desconcertados y arrearon sus caballos en aquella dirección. Al galope, llegaron al borde del barranco por el que su hermano se había perdido de vista, y un gemido surgió al unísono de sus gargantas al descubrirlo inmóvil en el fondo del pedregoso talud por el que se había precipitado. El caballo, malherido, relinchaba aterrorizado, incapaz de ponerse en pie. Y bajo sus ancas, aplastado en parte por el peso de la bestia, yacía Sancho, con un reguero de sangre deslizándose desde su sien. Fue Enneco quien primero se lanzó por el terraplén, tomó el caballo por las riendas y tiró de él, pero fue incapaz de liberar al jinete. Solo en un segundo intento Ximeno arrastró a Sancho por las axilas y lo liberó del peso del animal. Ambos se arrojaron de rodillas ante el rostro de su hermano, llamándolo a gritos. Ximeno acercó la cara a su pecho, pero no estaba seguro de que lo que percibía no fuera el latido de sus propias sienes.

—¡Ayuda, por Dios! ¡Traed ayuda! —gritó con desesperación a los caballeros que ya se abalanzaban por el desnivel.

Enneco miró a Ximeno. De su boca salía un vaho blanco y denso. También de la suya. Y de los ollares de la bestia herida. Devolvió la mirada a Sancho y no vio nada.

Toda aparecía erguida e inmóvil, cubierta por completo con el luto en que la fatalidad la había sumido. Un velo negro le cubría la cabeza y se precipitaba más allá

de su cintura, agitado tan solo por las corrientes de aire que se colaban por las rendijas hasta el costado del altar de San Esteban, en Deio. Junto a ella, a su izquierda y con expresión atemorizada, seguía la ceremonia el pequeño García, convertido a los nueve años en el nuevo rey de Pampilona, tocado ya con la corona que le había sido impuesta dos días atrás por el obispo Galindo en el altar de Leyre, el lugar donde todos sus antecesores habían sido coronados. Con rostro grave, Ximeno lanzaba miradas de soslayo al joven rey, que se encontraba a su derecha, como si ya hubiera asumido la función de regente con la que había sido investido. Junto a Toda, compartían el lugar de privilegio ante el altar Alfonso, el rey de León, y su esposa, Onneca. Sancha y Álvaro y el resto de las hijas del rey muerto compartían las primeras bancadas con los doce *seniores* del Consejo, condes, caballeros y nobles reunidos para rendir homenaje al difunto monarca. La ceremonia era concelebrada por el obispo Galindo y por los titulares de las diócesis más cercanas, así como por los abades de los principales monasterios del reino.

La eucaristía que debía preceder a la inhumación tocaba ya a su fin. Galindo, revestido con mitra y casulla púrpuras, asperjó con agua bendita el féretro real, mientras el abad de Leyre agitaba a sus pies el espléndido incensario que durante la celebración había perfumado el aire helado del templo. Las voces de los monjes alzaban sus preces al cielo cuando las puertas del atrio quedaron abiertas, y el cortejo fúnebre se acercó al pórtico, donde esperaba ya el magnífico sepulcro labrado en la piedra que debía acoger el cuerpo del monarca. El joven rey ocupó el lugar central mientras el cadáver amortajado de su padre era depositado en el interior de la sepultura. Toda, apoyada en sus hijas Sancha y Onneca, permanecía tras él, observando a través del velo cómo la pesada losa la separaba para siempre de su esposo. Solo cuando movieron la lápida, que descansaba contra el lateral del sepulcro, quedó al descubierto el epitafio grabado en la piedra.

SANZIO GARSEANIS
PAMPILONENSIS REX 905-926
OPTIME IMPERATOR,
REGNAT CUM CHRISTO IN POLO[32]

Año 927, 315 de la Hégira

54

Burbaster

Como todos los días, Sulaymán descendió la pendiente que se precipitaba por la ladera oriental del monte de Burbaster. Clavaba con fuerza los talones para asegurar cada paso, sobre todo en los tramos de la senda que bordeaban el abismo. Bajo sus pies, en el fondo del valle, serpenteaba el Ūadi al Jurs, tan cercano como inalcanzable, y a sus oídos llegaban, a través del aire quieto de la mañana, los sonidos lejanos procedentes de la aldea de Talyayra. Se detuvo un instante para contemplarla en la distancia.

Durante un año el martilleo de los picapedreros había sido constante, y ante los ojos de los sorprendidos habitantes de Burbaster se alzaba ya una sólida fortaleza, convertida por el ejército de Abd al Rahman en el centro de todas las operaciones militares de la *kūra*. En torno a ella había surgido una *madina* populosa y floreciente, que no parecía acusar la angustiosa sequía que de nuevo asolaba Al Ándalus. Las norias construidas en el río elevaban el agua hasta las huertas, los ganados eran alimentados en cercados con el forraje que a diario llegaba en voluminosas carretas, y el canto de los gallos en sus corrales recordaba a los sitiados los días en que aún quedaban gallinas en los suyos. El humo de los hornos de la nueva ciudad parecía alzarse desde cada esquina, y cuando, muy a menudo, el viento soplaba desde la costa, arrastraba hasta aquellas cumbres aromas de pan recién cocido, de guisos y de carnes asadas, lo que para sus famélicos habitantes era un suplicio que los obligaba a encerrarse en las cuevas y en las casas, para rumiar sobre su situación desesperada.

Pero sin duda lo que más angustia provocaba era la amenaza de la sed. El arroyo que descendía hacia Burtiqát había sido invadido por las hierbas, que al final terminaron marchitas y resecas. Las reservas de agua en los aljibes, permanentemente custodiados por guardias armados, estaban a punto de agotarse. Hacía meses que había sido racionada y, con dolor, Sulaymán había prohibido su consumo para cualquier uso que no fuera beber. No quedaban animales a los que dar de beber, porque todos habían servido ya como última reserva de alimento, pero tampoco las huertas recibían ni la más pequeña cantidad que permitiera a los cultivos subsistir. La caza se había convertido en una de las últimas fuentes de carne, y las trampas proliferaban por doquier. Los muchachos se apostaban durante días enteros con sus arcos, a la espera de un ave que se pusiera a tiro, y la captura de una pieza era

celebrada con algarabía y con la envidia de quienes no habrían de probar su sabor. Los más jóvenes, sin embargo, se aventuraban más allá de las murallas. Abandonaban el cerco durante la noche, acompañados incluso por alguna de las pocas mulas que sobrevivían y, si regresaban, lo hacían al cabo de varias jornadas, también durante las horas de oscuridad. Las provisiones que traían eran requisadas de inmediato, a cambio, eso sí, de un buen precio, pues la plata no faltaba en las arcas de Burbaster, y no era cosa de desalentar a los más arrojados, cuya familia conservaba también una parte de la carga para su propio consumo.

La situación se había prolongado durante el último año, desde que en la primavera anterior el general Abd al Hamid ibn Basíl iniciara su cerco continuado e implacable, que había mantenido a pesar de la terrible sequía. La determinación de Qurtuba era firme, pues las enormes necesidades del ejército se suplían con suministros traídos de otras tierras, que los cercados veían llegar a Talyayra en enormes columnas de carros y mulas que se perdían en la distancia por la vega del Ūadi al Jurs. Recibían noticias sobre barcos de la flota emiral que regresaban del Maghrib y de otros puertos del Bahr Arrum cargados de grano, pues al parecer Abd al Rahman había decidido detraer para ese uso parte de las naves de la escuadra que seguía haciendo frente al poder naval de los fatimíes de Al Mahdiyya. Talyayra, pues, se había convertido en el centro de una actividad frenética donde nada parecía faltar, en un lugar donde se exhibía la abundancia ante los ojos doloridos de quienes, a una milla de distancia en línea recta, carecían de todo. Sulaymán sabía cuál era el propósito de aquella exhibición pergeñada sin duda por el emir, todos los habitantes de Burbaster lo sabían, pero ello no impedía que la estrategia estuviera haciendo mella en su moral.

Continuó el descenso hasta la terraza donde se había construido el humilde eremitorio que ocupaban Argentea y sus dos jóvenes amigas. Se trataba tan solo de una cueva natural prolongada hacia el frente con muros de adobe, con tres estancias separadas. La primera, la más profunda, era el oratorio, presidido por una imagen tallada en madera que quería representar a santa Eulalia, joven mártir a quien las tres muchachas profesaban gran devoción. Antes de penetrar en ella, había que atravesar una habitación ovalada que ejercía de zaguán, cocina y lugar de encuentro y de descanso, aunque estaba amueblada con asombrosa sobriedad, y solo tres sillas junto a una tosca mesa de madera recibían a los escasos visitantes. Un hueco cubierto por un simple trozo de tela daba acceso a la alcoba que compartían, ocupada en su mayor parte por tres jergones rellenos de esparto y hierbas secas. Ni rastro de un fuego que calentara el lugar en las largas noches del invierno ni de elemento alguno que no fuera estrictamente necesario.

—¡Argentea! —llamó.

—Es Samuel, tu padre… —oyó musitar desde el quicio de la puerta.

—Aquí estoy —respondió la joven, con una sonrisa luminosa y franca.

—¿Así soy conocido?

—¿Acaso no es Samuel tu nombre?

Sulaymán se limitó a asentir, alzando las cejas.

—Veo que no habéis probado los pocos higos secos que os dejé ayer.

—Hay quien los precisa más, padre. Devorar esa fuente sería pecado de gula.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó Sulaymán—. ¡Miraos! Las tres estáis pálidas y consumidas. Me inquieta vuestra salud.

—No debes preocuparte, Dios provee nuestro sustento y, por medio de la madre naturaleza, nos regala más alimentos de los que podemos consumir. ¿Acaso alguna de nosotras ha enfermado en el año que llevamos aquí, consagradas a la contemplación del Señor?

Sulaymán barrió el lugar con la mirada y no vio rastro de las viandas de las que su hija le hablaba.

—No debéis llevar vuestro deseo de mortificación más allá de lo razonable. De nada servirían a los propósitos de Nuestro Señor tres muchachas enfermas e incapaces de dar testimonio de su fe. O aun peor, tres muchachas de catorce años que resultaran una carga para el resto de la comunidad, en unos tiempos tan duros como los que se avecinan —dijo, tomando de nuevo el plato de higos—. Hacedlo por mí, solo así marcharé tranquilo.

Las tres se miraron de nuevo, y Argentea fue la primera en extender la mano. Comió dos frutos con avidez y miró de nuevo a su padre con una fugaz sonrisa, que pronto se trocó en gesto de preocupación.

—¿Cuándo acabará este cerco, padre? Rezamos sin cesar para que el Altísimo se lleve a esos hombres de aquí.

—Me temo, hijas mías, que esta vez no será tan fácil. Ibn Basíl, el general enviado por el emir, parece decidido a prolongar el asedio el tiempo que sea necesario hasta lograr nuestra rendición. Esta sequía infernal les ayuda en sus propósitos, y no van a dejar pasar la oportunidad. Pero quizá llueva esta primavera —aventuró Sulaymán—. Si tan solo pudiéramos recoger agua suficiente para llenar de nuevo los aljibes…

—Rezamos también para que llueva —informó la muchacha más menuda.

—Y por ti, Samuel —añadió la tercera—. Tú eres el hombre que debe llevar a los nuestros a la victoria frente a los infieles.

Sulaymán asintió, enternecido por la candidez de aquellas palabras.

—Gracias, Eugenia. No imaginas cuán necesarias van a ser esas oraciones. Tengo entendido que en los últimos tiempos abandonáis el eremitorio al atardecer para uniros a las preces de los monjes del monasterio.

—Así es, vamos allí con el objeto de ser escuchadas en confesión, y también para

asistir a las homilías de fray Aurelio, que enciende los corazones en el amor a Jesucristo, despertando en nosotras el deseo de servirlo hasta…

Un discreto codazo de Argentea hizo callar a la novicia.

—¿Fray Aurelio? —preguntó sin embargo Sulaymán—. Un monje que anda con la espada en el cíngulo, asiduo a las mortificaciones, y que predica la bondad del martirio…

—Un santo varón —respondió la muchacha—, que…

—También tú debes cuidarte, padre —atajó Argentea, con el evidente deseo de desviar la conversación—. Desde la muerte de madre, se te ve desmejorado.

—¿Y quién tiene buen aspecto en Burbaster en los tiempos que corren? —bromeó Sulaymán.

—¡Ah, sois vos, hermano Aurelio! —exclamó Argentea, respirando aliviada—. No estamos acostumbradas a recibir demasiadas visitas, y menos a hora tan temprana. Apenas ha amanecido.

—Sin embargo, la noche ha sido propicia. Siempre lo es para quienes dedican sus horas a alabar al Creador —respondió con una voz alegre en la que había una nota de emoción—. ¡Dios me ha hablado en sueños, mis queridas niñas!

—¿Es eso posible? —preguntó la más joven—. ¡Alabado sea!

—Pasad, pasad a nuestro humilde oratorio. Qué mejor lugar que este para que nos deis cuenta de tal milagro —dijo Argentea, mientras se retiraba para hacer sitio al monje.

—Tomad asiento, hermano Aurelio —ofreció la tercera, mientras acercaba una de las sillas.

Las tres se dispusieron en torno a él, de pie y con las manos resguardadas en las mangas. Apenas miraban al joven, pues sus ojos permanecían fijos en el suelo de tierra apisonada y las sandalias de cuero que asomaban bajo sus toscos hábitos. El monje se dirigió a Argentea en primer lugar.

—No hace mucho que viniste a mí al término de uno de los sermones para confiarme vuestro gran secreto, vuestro deseo de alcanzar la santidad a través del martirio. Rogaste que no dejase de pedir al Señor por ello, hasta alcanzar lo que tanto anheláis. Y mis preces se han alzado al cielo con mayor fuerza desde aquel día, acompañadas de las necesarias mortificaciones del cuerpo para dar más eficacia a la oración.

—Gran favor nos hacéis. Vuestra palabra es conocida por todos, no dudáis en empuñar la espada para defender la fe verdadera, y vuestra fama de santidad se ha extendido por toda la *kūra*. Si alguien puede llegar al Altísimo con sus plegarias, ese sois vos.

—Me considero el más humilde de sus siervos, pero Dios no ha querido prolongar más nuestra incertidumbre. Esta noche, tras las oraciones de maitines, Dios

se ha servido del sueño para responder con certeza a lo que deseábamos saber. Y yo ahora os traslado lo que se me ha ordenado por disposición divina. Poneos de rodillas y preparaos para escuchar lo que la Providencia tiene reservado para nosotros.

Las tres muchachas obedecieron al instante. Sus rostros, iluminados únicamente por la mortecina luz de un candil de sebo, reflejaban la emoción que el monje les trasladaba.

—Eres bienaventurada, Argentea, al igual que una de tus compañeras. Una de vosotras dos me ha de preceder en conseguir nuestro deseado premio, lo que la otra no alcanzará. Más tú, sin embargo, conseguirás la misma gracia, pasado un tiempo, y podrás al fin emular a nuestra venerada Eulalia[33].

—¿Cuál de nosotras os acompañará en vuestra dicha? —preguntó la más joven de las novicias, anhelante.

—No me ha sido revelado, mi querida Elvira… lo lamento. Pero vivid como si ambas fuerais las elegidas.

Las lágrimas asomaban a los ojos de Argentea cuando se tendió en el suelo cuan larga era para dar gracias a Dios, y las otras dos muchachas siguieron su ejemplo. También los ojos de fray Aurelio estaban arrasados por la emoción, y cayó de rodillas junto a ellas. Los cuatro mantuvieron un prolongado silencio mientras rezaban, hasta que el monje se levantó para tomar de nuevo la palabra.

—Ahora solo nos queda preparar nuestras almas, desprendernos del resto de las cosas materiales que nos rodean y esperar el momento, que, Dios sea alabado, no ha de tardar.

También las muchachas se incorporaron.

—Ahora debo regresar. Es mejor que esta revelación permanezca en el secreto de nuestros corazones —advirtió el fraile—. El pecado de soberbia puede hacer que Dios cambie sus planes. Nada deben saber vuestras familias…

Las tres asintieron con humildad, bajando de nuevo las miradas.

—… y Sulaymán, tu padre, menos que nadie —remarcó mientras se alejaba.

—¡Han partido! ¡Alabado sea el señor! ¡Han partido!

Uno de los monjes más jóvenes terminó de escalar la empinada senda que, a modo de atajo, unía el antiguo monasterio rupestre con la explanada superior donde se alzaba la *alqasába*. Se remangaba el hábito con ambas manos y jadeaba agotado, aunque daba la sensación de preferir caer muerto antes que perder la ocasión de contar a todos la buena nueva.

—¡*Sahib*! ¡Sulaymán! —vociferaba—. ¡He de ver a Sulaymán!

Atravesó sin dificultad la puerta de la fortaleza, pues era bien conocido, pero hubo de esperar a que alguien diera aviso al caudillo. La luz del día era aún escasa, y varias teas ardían en sus soportes, proporcionando cierta claridad a la galería, vigilada por guardias fuertemente armados. El monje recostó la espalda contra la piedra del

muro y luego apoyó ambos brazos sobre las rodillas para aliviar el cansancio. Lanzaba miradas furtivas hacia la entrada, esperando que en cualquier momento entraran los guardias de la puerta de Burtiqát para traer la primicia que él había descubierto ya antes del amanecer. El señor de Burbaster apareció en el umbral, somnoliento.

—¿Qué sucede, fraile?

—*Sahib*, Ibn Basíl y su ejército han desaparecido de las laderas de Burbaster durante la noche.

Sulaymán pareció despertar entonces.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Tan seguro como lo estoy de que Dios es nuestro Creador… Mortificaba mi cuerpo privándolo del descanso y del calor del lecho, al relente, cuando a la luz de la luna he observado movimientos entre las tropas de asedio que hasta esta noche nunca se habían producido. Aún he esperado hasta la hora prima, y las primeras luces han revelado el milagro de su partida. No hay tiendas, *sahib*, de los rescoldos aún se alzan columnas de humo, pero no hay rastro de los cordobeses al menos hasta donde alcanza la vista. Dios ha escuchado nuestras plegarias.

—¿Por qué eres tú y no la guardia quien me lo comunica?

—Habrán salido de la protección de la muralla a caballo, para confirmar sobre el terreno lo que os estoy transmitiendo. Yo he usado el atajo desde la trasera del monasterio.

—Está bien, monje. Enviaré partidas para comprobar hasta qué punto es cierto lo que supones. En cuanto a ti… harás mejor en utilizar las horas que la regla te concede para el descanso. Si, como habéis decidido, tienes intención de empuñar las armas contra nuestros enemigos, de nada nos servirán hombres somnolientos y agotados, además de famélicos —añadió, mirando la figura escuálida del fraile—. Hablaré con el abad sobre esto, pero ahora corre al monasterio y advierte al campanero, pues, si lo que dices es cierto, habrán de repicar las campanas.

—No hay rastro de Ibn Basíl, Sulaymán —explicó uno de sus lugartenientes—. A juzgar por las huellas en el polvo de los caminos, el ejército ha regresado por el camino de Qurtuba. Hemos alcanzado en el descenso la ermita de Villaverde y, Dios sea alabado, los monjes que la habitan siguen con bien después de este año de cerco. Se les ha permitido cultivar sus vides y nos han obsequiado… ¡con vino del año! ¿Puedes creerlo, Sulaymán?

—¿Y el acceso hasta el Ūadi al Jurs?

—¡Expedito, al parecer! —confirmó el soldado—. Al menos la avanzadilla que hemos enviado no se ha topado con un alma. En cualquier caso, en la ermita sigue brotando el manantial del que nos solíamos abastecer antaño.

—En ese caso, iremos hasta allí con las mulas que puedan hacer el camino,

cargadas con odres y cántaros. Una vez que beban agua abundante y repongan fuerzas con forraje fresco y algo de grano, quizá puedan regresar hasta aquí con la carga. En caso contrario, serán nuestros hombres quienes repongan el agua de los aljibes. ¡Disponedlo todo! ¡No hay tiempo que perder!

—No será necesario que tú abandones Burbaster, antes del anochecer estaremos de vuelta con agua abundante… y quizás algo de vino, si es que esos monjes no pecan de avaricia.

—Me conoces bien, y deberías saber que no envío a mis hombres a donde yo no puedo ir —respondió Sulaymán tajante—. Además, soy de los pocos que conservan aún su cabalgadura, y nos será útil para regresar con el agua.

Emprendieron el camino poco después del mediodía, con una avanzadilla de seis hombres a caballo, además del medio centenar que ocupaban recodos y promontorios del camino zigzagueante que descendía hasta la ermita. La amplia vaguada por la que avanzaban, la Cañada de Giñés, confluía al cabo de algo más de una milla con un nuevo valle transversal, angosto y profundo, encajonado entre grandes montañas y recorrido por el arroyo de las Viñas, que antes de aquella sequía se precipitaba hacia el este al encuentro del Ūadi al Jurs. A mitad de camino entre el punto de unión de los dos valles y el río, en un amplio recodo formado por el cauce del arroyo, se erigía la ermita de Villaverde, que acogía desde tiempo inmemorial a una pequeña comunidad de monjes, la misma que había conseguido sobrevivir a un año de presencia del ejército cordobés. Las señales de su reciente presencia jalonaban el camino, y recordaban a Sulaymán la angustia vivida en los últimos meses.

No se explicaba aún los motivos que habría tenido Ibn Basíl para regresar a Qurtuba, pero quizás estuvieran relacionados con la reciente revuelta en la *kūra* de Mārida, de la que incluso hasta Burbaster habían llegado noticias, y que sin duda el emir desearía atajar sin pérdida de tiempo. En cualquier caso, aquello había resultado providencial, y estaba tentado de creer las palabras serenas que su hija Argentea acababa de pronunciar antes de la partida, cuando se dirigió al eremitorio para darles cuenta de aquel pequeño milagro: sin dudar lo había atribuido a la voluntad divina conmovida por sus incesantes oraciones.

Sin novedad alcanzaron la confluencia de los dos valles, atravesaron el sencillo puente de piedra que salvaba el cauce seco del arroyo y enfilaron el descenso hacia la ermita. A su izquierda se alzaba ahora el imponente pico del Almorchón, en cuya cima se levantaba una de las fortalezas de vigilancia que su padre había mandado edificar en los primeros tiempos de la revuelta. A la derecha, había que alzar la vista al cielo para contemplar la meseta sobre la que se alzaban la *madina* y la *alqasába* de Burbaster. Contempló a los hombres que lo acompañaban, y en sus semblantes vio inquietud, pero también la emoción de recorrer por vez primera en un año aquel camino conocido, que los llevaba hacia el agua y hacia la esperanza.

El vigía apostado en el último recodo agitó el brazo a su paso, y los muros encalados de la ermita surgieron ante ellos. Los caballos se negaron a seguir cuando atravesaron el regatillo que desaguaba el manantial que brotaba unos codos más arriba, en la peña que servía de cobijo al pequeño monasterio. Descabalgaron cuando la reducida comunidad de monjes salió a su encuentro, y a todos les resultó difícil contener la emoción. Los abrazos se prolongaron, quizá para dar tiempo a ocultar las lágrimas que acudían a los ojos. El monje que encabezaba al grupo pareció darse cuenta de las miradas que aquellos hombres malolientes y desastrados lanzaban al aljibe de piedra que rebosaba de agua fresca y cristalina, y con un gesto dirigido a Sulaymán asintió. Los hombres comenzaron a despojarse de sus vestiduras de forma apresurada, como si librarse de la suciedad acumulada durante meses les fuera más preciso que calmar la sed. Algunos se conformaron con meter la cabeza y frotar con fruición la piel desnuda, hasta que los más decididos se lanzaron al interior del aljibe, entre expresiones de gozo. Sulaymán, decidido a conservar la compostura a la que su posición le obligaba, contemplaba el espectáculo con la más amplia de sus sonrisas.

Sa’id ibn Ya’la observaba la escena entumecido, después de pasar dos días apostado bajo una de las palmas que cubrían la ladera por completo. Se había alimentado a base de carne seca de oveja y unos mendrugos de pan, amén de un puñado de pasas con las que había endulzado la boca de tanto en tanto. No había pasado sed, pues cargaba a la espalda con un pellejo de agua, y solo el frío del amanecer y la obligada inmovilidad habían hecho aquellas dos jornadas difíciles de soportar. Era uno de los muchos soldados que el general Ibn Basíl había apostado en los alrededores de Burbaster antes de proceder a la pretendida retirada, pero la suerte parecía haberlo elegido a él, porque sin duda el hombre que desde hacía más de una hora permanecía en la ermita no era otro que Sulaymán ibn Umar. Un intenso escalofrío había recorrido todo su cuerpo cuando observó al grupo aparecer por el recodo del camino. Desde el punto que ocupaba en la ladera, no alcanzaba a ver los detalles, pero supo que procedían de Burbaster al observar su regocijo frente al agua, y supo también que aquel hombre que hablaba con los monjes mientras los demás alborotaban en la alberca no era un soldado cualquiera. Sabía que un error sería castigado con la muerte, y por eso alzó la banderola blanca con un nudo en la garganta. Inmediatamente, uno de los vigías apostados cerca de la cima del Almorchón agitó la suya. En un instante, tras las señales de dos o tres eslabones más en la cadena, Ibn Basíl sabría que su hombre estaba en la ermita de Villaverde.

Sa’id trató de escrutar en la distancia, pero, a pesar de disfrutar de una excelente vista, no reconocía sus rasgos. Sin embargo, el brillo del sable que portaba al cinto encajaba con las descripciones que tantas veces había escuchado de la afamada espada de Bastán, que en manos de aquel renegado parecía resultar temible. En más de una ocasión durante la tensa espera, observó a Sulaymán alzar la vista hacia lo

alto, pero se había asegurado de resultar invisible desde la ermita. Solo su cabeza asomaba entre las palmas, y estaba seguro de que su cabello castaño se confundía con el color de la agostada vegetación que cubría la ladera. No obstante, la tensión del momento le estaba provocando incontenibles temblores que no experimentaba desde el día de su primera batalla.

Intentó imaginar lo que sucedería a continuación, cuando aquellos hombres todavía desnudos que ahora lavaban sus ropas en el manantial antes de ponerlas a secar sobre los arbustos descubrieran la trampa en la que habían caído. Porque esa era la sensación que había experimentado al ver aparecer a Sulaymán por el recodo, la misma que cuando, siendo un muchacho, yacía tumbado en su jergón para dormir al calor de las brasas y veía asomar por el hueco entre los adobes a los diminutos ratoncillos que, confiados, se dirigían a la tosca ratonera que su madre había dispuesto en un rincón de la habitación que compartía con sus hermanos. Sulaymán y sus hombres no tenían salida. La caballería de Ibn Basíl cerraría los dos extremos del valle, seguramente ya lo habría hecho, y en aquel momento se dirigiría al encuentro del mayor enemigo del emirato, el hombre que en Qurtuba había alcanzado, como lo hiciera su padre, la categoría de leyenda, alimentada por las historias que se hacían circular sobre su invencible espada. También él la temía, allí podía reconocerlo, perdido en aquel bosquecillo de palmas, aunque nunca lo confesaría entre sus compañeros de armas.

Un inesperado movimiento atrajo su atención, y a punto estuvo de incorporarse, pero las rodillas yertas le fallaron al intentarlo, obligándole a apoyar las manos en las piernas. Un hombre, un muchacho apenas, acababa de aparecer por el recodo dando traspiés, tratando de correr más de lo que sus piernas le permitían. Con seguridad, se trataba de alguno de los vigías que también Sulaymán habría apostado en el camino, que había advertido la presencia de la caballería cordobesa. El polvo del camino que levantaba con sus pisadas marcó su trayectoria en el aire, y su voz enronquecida por el pánico advirtió a los hombres del peligro que les acechaba. En un instante, el desconcierto se instaló entre el escaso centenar de hombres que, desarmados y desnudos en su mayor parte, pugnaban por vestir de nuevo sus ropas empapadas, calzarse las botas y sujetarse las espadas al cinto, listos para defenderse. En aquel momento, a Sa’id le asaltó la duda: ¿debía empuñar el arma, descender la empinada ladera y sumarse a la lucha? La vacilación cesó cuando alzó la mirada en la distancia. Desde aquel punto se divisaban fragmentos del camino varios recodos más allá, en ambas direcciones, y lo que vio fue la enorme polvareda que levantaban varias unidades de caballería que, a paso tan ligero como les resultaba posible, se acercaban al lugar. Ya los hombres de Sulaymán montaban sus caballos, los menos se preparaban para luchar a pie, y los frailes habían corrido a refugiarse en el interior de la ermita. Su situación de inferioridad resultaba abrumadora desde aquella atalaya, y

Sa’id decidió que su ayuda no era en absoluto necesaria. Si acaso, permanecería a la espera y trataría de sumarse al tumulto cuando todo estuviera a punto de acabar. Se escupió en las manos, cubiertas de polvo y suciedad, se las pasó por el rostro y se dispuso a observar desde su privilegiado observatorio el desarrollo de la refriega.

Sulaymán y sus hombres parecían decididos a vender caras sus vidas. Pasado el primer momento de desconcierto, conscientes de que habían sido víctimas de una añagaza, los vio colocar sus cabalgaduras en forma de cuña, de forma que los muros del monasterio les guardaban las espaldas. Llegó en primer lugar la avanzadilla de la unidad de caballería que ascendía por el valle desde su acceso oriental, al frente de un alto oficial cuya identidad no acertó a distinguir. Poco después, el propio Ibn Basíl hizo su aparición desde poniente, por el mismo camino que solo una hora antes habían seguido los hombres de Sulaymán, ocupando incluso el lecho seco del río.

Sa’id se sorprendió al observar lo que sucedía ante sus ojos: de mano en mano pasaba entre los rebeldes un gran pellejo de vino, del que todos bebían con avidez derramándose parte del licor por las barbas, los petos y las túnicas. El último terminó de verter el contenido sobre su cara, a la vista de los musulmanes, que ocupaban ya por completo el recodo. Se trataba de una provocación, que continuó cuando uno de los monjes salió de la ermita con un segundo pellejo, más voluminoso que el primero, que de igual manera apuraron en un instante.

Durante un tiempo no sucedió nada, pero Ibn Basíl no parecía dispuesto a retrasar más tiempo el momento de su gran victoria, la que acabaría sin duda por catapultarle hacia el escalón más alto en la consideración del emir. Sa’id ignoraba cuáles serían las órdenes del general, hasta que una unidad de arqueros avanzó entre la primera línea de la caballería. No pudo evitar pensar que aquello iba a parecerse más a una ejecución en masa que a una batalla en buena lid, pero en aquel instante Sulaymán alzó la espada y, tras persignarse con la mano izquierda, se lanzó con sus hombres al frente, entre gritos desaforados. Solo unos cuantos arqueros tuvieron tiempo de colocarse en posición, tensar sus armas y lanzar los venablos, que alcanzaron a los primeros rebeldes y frenaron su acometida. El resto, sin embargo, se vio arrollado por los caballos, que se abalanzaron sobre la primera fila de jinetes enemigos. Sa’id no pudo contemplar más que los primeros lances del enfrentamiento, porque una espesa polvareda empezó a cubrir por completo el recodo sobre el que se alzaba el monasterio. Únicamente los sonidos de la desigual batalla llegaban hasta él con nitidez. Agazapado aún en su atalaya, reconoció las voces de hombres ebrios y desesperados cuyo único anhelo era ya acabar con el mayor número posible de enemigos antes de morir, oyó las órdenes de los oficiales, los relinchos aterrorizados de los caballos y los gritos agónicos de quienes resultaban heridos. De forma gradual, el entrechocar de espadas y sables se fue atenuando, hasta que solo las voces de los vencedores rompían el silencio en el valle. También los torbellinos de polvo

comenzaron a asentarse sobre la tierra y la vegetación reseca, y entonces se perfilaron las figuras de los soldados y mercenarios cordobeses entre los caballos de los oficiales y de su general. Ibn Basíl parecía interrogar a sus lugartenientes al tiempo que hacía caracolear a su montura, escrutando el escenario de la refriega, cubierto de cadáveres y hombres agonizantes. Sa'id comprendió que buscaban el cuerpo de Sulaymán, y a ello se pusieron todos a un tiempo. Muchos de aquellos hombres habían tenido la oportunidad de conocer en persona al caudillo de los rebeldes, después de su prolongada estancia en el ejército de Qurtuba, y no tendrían dificultades para identificarlo aun con el rostro desfigurado por la agonía. Anochecía ya, pero había luz suficiente para la tarea. Sin embargo, el tiempo pasaba, y el ansiado grito de júbilo no se alzaba. El general, inquieto, pareció dar la orden de remover de nuevo todos y cada uno de los cadáveres, y solo cuando terminaron con el último de ellos, volvió la mirada hacia el monasterio para lanzar un bramido estentóreo.

—¡Reducid a cenizas ese nido de ratas! ¡Hasta que salga de ahí la última de ellas o se abrase en el infierno!

Al ponerse el sol tras las montañas, las sombras se habían precipitado sobre el valle, y solo la luz lejana de las llamas que devoraban la vieja ermita arrojaba algo de luz. Sa'id comprendió que ese era un buen momento para incorporarse al grupo. Con las sombras de la noche, podría acercarse sin llamar la atención a los hombres que se ocupaban de amontonar los cadáveres. Si era sangre lo que faltaba en sus manos y en su rostro, allí tendría suficiente. Se incorporaba para iniciar el descenso cuando oyó el sonido familiar de unos roces contra las hojas de las palmas. Se quedó paralizado por el miedo. ¿Una bestia, quizás, esperando el momento de abalanzarse sobre la carroña, atraída por el olor de la sangre? De repente, los temores de su infancia se hicieron patentes. ¿Y si eran las almas de los muertos, que vagaban por los alrededores en busca de venganza? ¿Acaso no presumían aquellos adoradores de cruces de poder resucitar de entre los muertos, como había hecho su profeta? Permaneció inmóvil y lo oyó de nuevo. Allí, a unos cuantos codos de él, se movía alguien… o algo.

De repente, con un escalofrío que recorrió su cuerpo, una nueva posibilidad se abrió en su mente. Sulaymán había desaparecido, o al menos nadie parecía haber encontrado su cadáver. La imagen de su espada a escasos codos de distancia hizo que le flaquearan las rodillas. Con toda la lentitud y el cuidado que fue capaz de emplear, se dejó caer sobre el suelo apelmazado en las dos últimas jornadas. Se rodeó las rodillas con los brazos y permaneció tan inmóvil como pudo. Lo que Allah quisiera que fuera aquello se movía con frecuencia, y cada vez que lo hacía Sa'id sentía la amenaza sobre su cuello. La noche era cerrada ya, y se le antojaba imposible descender aquellos riscos sin hacer ruido. Desechó la idea de revelar su presencia y despertar así la reacción defensiva de lo que quiera que fuera aquello que respiraba a

escasos codos de él. Incapaz de actuar de otra forma, decidió afrontar agazapado e inmóvil la que sin duda iba a ser la noche más larga de su vida.

Sulaymán sintió el mordiente filo de la espada que cayó desde atrás sobre su hombro izquierdo, y apretó los dientes hasta hacerlos rechinar para soportar el lacerante dolor. La vista se le nubló al instante, perdió la noción del espacio y sintió que caía sin poder hacer nada para evitarlo. Lo siguiente fueron los golpes en la cara, el rostro desencajado de uno de sus lugartenientes pronunciando su nombre y el deseo insuperable de volver a cerrar los ojos.

—¡Sulaymán! ¡Por Dios, despierta! —susurraba uno de sus mejores capitanes—. Hazlo por Burbaster, ¡por tu hija Argentea!

Consiguió abrir los ojos y cobró conciencia de nuevo de la lucha que se desarrollaba a pocos pasos.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó el soldado—. ¡Debes huir, Sulaymán! Te buscan a ti. La muerte de los que te acompañamos será solo uno más de los golpes que hemos recibido, pero permitir que te den muerte y que se hagan con tu cadáver será el fin de Burbaster.

—Ya estoy muerto —consiguió balbucir.

—¡No, no lo estás! Y si has de morir… ¡oculta tu cuerpo a sus ojos! Aún no sé cómo he conseguido arrastrarte hasta aquí, de momento estás a salvo, pero no tardarán en buscarte. Trata de subir, lo más alto que puedas —dijo alzando la mirada hacia la ladera—, y si has de morir, déjate caer en el cortado más profundo e inaccesible que encuentres, que los montes de Burbaster sean tu sepultura. De lo contrario, tu cuerpo atado a un madero será objeto de escarnio y símbolo de nuestra derrota.

Sulaymán levantó la vista y cerró los ojos de nuevo. El dolor en el hombro le producía una náusea intensa y volvió la cabeza para vomitar de forma violenta el vino que acababa de beber. Sin embargo, aun incapaz de saber el tiempo que podría permanecer en pie, aceptó el brazo que tiraba de él para ponerse en pie y, con paso vacilante, se internó entre la maleza que rodeaba el monasterio.

Sa’id esperó a que las primeras señales del alba aparecieran a su izquierda, por encima del imponente monte que encerraba el Ūadi al Jurs en su lado oriental. Tras aquella noche de pesadilla que de nuevo había pasado sin moverse, temía no ser capaz de levantarse. No creía haber podido dormir, pero quizá lo hubiera hecho, porque el amanecer había llegado antes de lo que esperaba. Su mano derecha asía aún la espada, de la que no se había separado, pero desde que despertara no había vuelto a oír sonido alguno, y eso le infundió valor. O tal vez fuera que comenzaban a disiparse las sombras de la noche. Un halo rojizo teñía el cielo sobre el horizonte cuando se decidió a incorporarse. Lo hizo con lentitud, por temor a la amenaza que lo había obligado a permanecer en aquel lugar y también por la parálisis que experimentaban

sus miembros. Ya en pie, recorrió el entorno con la vista, el improvisado campamento cordobés empezaba a dar señales de vida a sus pies. Avanzó un paso, y luego otro, con prudencia y sujetándose la espada con ambas manos. Las botas asomaban bajo una palma, pero no se movían. Decidió rodearlo por la parte más alta, guardando una posición de ventaja, hasta que el rostro del desconocido apareció ante sus ojos. Y el corazón le dio un vuelco cuando confirmó la sospecha que lo había mantenido en vigilia durante horas. Allí estaba Sulaymán, tal vez dormido, herido y desfallecido, quizás. Allah Todopoderoso había traído por segunda vez el trofeo que todos buscaban a sus manos, y eso solo podía ser una señal. Descendió hasta el lugar donde el caudillo de los rebeldes había encontrado refugio, y su mirada quedó atrapada por la espada que, aun oculta en parte bajo los pliegues de sus vestiduras, mostraba una empuñadura deseable para cualquier rey. Cegado por el brillo de las gemas, no reparó en los ojos que lo miraban. Dio un paso atrás sobresaltado, pero al instante recuperó el aplomo. Aquella mirada no era la de un hombre que supusiera la menor amenaza, antes bien, parecía que, de haber sido capaz de hablar, habría pedido ayuda. Pero eso era algo que ni el general Ibn Basíl ni el propio emir sabrían jamás. Con la bota echó tierra sobre aquel rostro que hasta la víspera había infundido el terror en el corazón de los cordobeses y, libre ya de aquella mirada acusadora e inquietante, alzó su espada hasta lo más alto antes de descargar el golpe que habría de proporcionarle el reconocimiento y la gloria.

El pequeño Nicolás esperó a que amaneciera para llamar a la puerta del eremitorio. Lo había intentado el día anterior, pero la multitud que se había congregado allí se lo había impedido. Durante toda la tarde, desde el momento mismo en que la noticia se extendió con la velocidad del rayo por la *madina*, habían entrado y salido de allí centenares de hombres y mujeres que acudían para compartir el sufrimiento de Argentea, todos ellos sumidos en el dolor, deshechos en lágrimas algunos. El muchacho había esperado a que el último grupo de visitantes se perdiera por la pendiente que ascendía hasta la planicie de la *alqasába*, dejando solas de nuevo en su retiro a las tres novicias, pero ya era tarde para mostrarles lo que le había llevado hasta allí. Se deslizó en el hueco de lo que tiempo atrás había sido un gallinero, se aovilló e hizo un hueco en el que de inmediato se acomodó su inseparable perro. Durmió hasta que, al amanecer, como cada día, sintió la lengua áspera del animal en la mejilla. Desperezándose aún, se acercó al barranco y vació la vejiga antes de llamar.

Sabía que rezaban desde antes del amanecer, y no se sorprendió al oír la voz dulce de una de las novicias a través de la tosca puerta de madera. No respondió, nunca lo hacía. Hablar le costaba un tremendo esfuerzo, casi tanto como permanecer en compañía de otras personas. No había conocido a sus padres y había crecido solo, durmiendo en cualquier abrigo si nadie le prestaba un jergón donde hacerlo y

alimentándose de lo que recibía durante la jornada en su continuo deambular por la *madina*. Tenía ya ocho años, lo sabía porque Argentea le había enseñado a contar, y usaba ya todos los dedos de la mano izquierda y más de la mitad de la derecha. Temía el día en que los dedos no fueran suficientes.

Con ellas se encontraba a gusto, porque apenas le hablaban y a menudo le permitían quedarse con ellas mientras murmuraban sus interminables oraciones, limitándose a regalarle de tanto en tanto una sonrisa de afecto. Sabía que podían verlo a través de las rendijas de la puerta, y esta se abrió ante él. Una profunda tristeza inundaba el semblante de Elvira, y Nicolás se limitó a bajar la mirada al suelo.

—Pasa —susurró la muchacha.

Argentea se encontraba arrodillada frente al cirio que ardía ante la imagen de santa Eulalia. Avanzó unos pasos hasta colocarse a su lado y esperó. La muchacha pareció sentir su presencia, porque volvió el rostro hacia él. Nicolás pareció tentado de echar a correr, pero no lo hizo. Por el contrario, y las tres sabían el esfuerzo que ello le suponía, alzó los dos brazos y se inclinó para fundirse con ella en un fugaz abrazo. Las lágrimas asomaron a los ojos hinchados de Argentea, aunque se giró de nuevo para seguir ofreciendo su dolor al Creador. El muchacho permaneció de pie, con los brazos caídos a lo largo de los costados.

—Sé dónde está —dijo al cabo de un instante.

Argentea volvió la cabeza, sorprendida, y se levantó. Acercó una de las sillas y se la ofreció al muchacho, que aceptó la invitación. Ella rodeó la mesa para hacer lo mismo, y se sentó frente a él.

—Sabes dónde está… ¿quién? —preguntó con toda la dulzura de que fue capaz.

—El cuerpo de tu padre.

—¿Cómo es posible?

—Ven.

—Nicolás, yo te creo… pero no juegues con mi dolor. Si solo quieres despertar en mí una esperanza…

—Ven —se limitó a repetir el muchacho, al tiempo que se levantaba. En dos pasos cubrió la distancia que lo separaba de la puerta.

Las tres se miraron y asintieron. Se cubrieron los cabellos y los hombros con unas ajadas tocas de lino, y salieron. Siguieron al muchacho y a su perro por la empinada senda que conducía a lo alto, bordearon las abigarradas edificaciones caminando por la parte más cercana a los barrancos y alcanzaron el extremo septentrional de la meseta, delante de la cual se alzaba, a una milla quizás en línea recta, el pico del Almorchón. Entre ambos se abría una profunda brecha por la que discurría el arroyo de las Cañas, invisible desde allí por la tupida vegetación y la profundidad del abismo. Sin embargo, Nicolás parecía decidido a continuar y, cuando las tres muchachas se detuvieron ante la pendiente, les hizo una señal para que lo siguieran,

con el perro abriendo camino entre las ramas mientras movía la cola alegremente.

Descendían agarrándose a la maleza, con temor de que el paso siguiente los precipitara al vacío que en cualquier momento podía abrirse bajo sus pies. Argentea profirió una exclamación cuando el muchacho desapareció de su vista y tuvo que obligarse a seguir, encomendándose a Dios. Desembocaron entonces en una pequeña terraza desprovista de vegetación, y las tres quedaron boquiabiertas ante el paisaje. Una pared cortada a peso se desplomaba un paso más allá hasta el fondo del valle, cuya trayectoria se divisaba hasta su confluencia con el Ūadi al Jurs. Lo que atrajo la atención de todos, sin embargo, fueron los restos aún humeantes de la ermita de Villaverde. Argentea contempló el lugar donde su padre había perdido la vida, pero la voz del muchacho la sacó enseguida de su ensimismamiento.

—Está allí —dijo, alzando el brazo con el índice extendido—. En la ladera, entre aquellas palmas.

—¿Cómo sabes que es él, Nicolás? —preguntó con delicadeza.

—Lo vi todo.

—¿No han llevado su cuerpo a Qurtuba?

—Solo su cabeza.

Argentea acusó el golpe, cerró los ojos, y sus labios se contrajeron en una mueca de dolor. Se pasó las dos manos por el rostro y trató de recomponerse, antes de volverse hacia el chico.

—Nicolás… sé que lo que te voy a pedir te pone en peligro, pero ¡sería tan importante para mí…!

—Lo haré —respondió sin esperar a escuchar el ruego.

Esta vez Argentea no pudo contener las lágrimas y cayó de rodillas sobre las piedras, con el rostro enterrado entre las manos.

Habían aprovechado las últimas sombras del atardecer para aventurarse por la vereda que descendía a lo largo del valle, decididos a pasar la noche a la intemperie para recoger el cuerpo con las primeras luces y regresar sin pérdida de tiempo antes de que el sol se alzara sobre los montes. Elvira y Eugenia habían insistido en acompañar a su inseparable amiga en aquel trance, y Argentea había terminado por aceptar, temerosa de no poder cargar sola sobre la mula el cadáver de su padre.

En la penumbra, a los cuatro muchachos se les encogió el corazón al penetrar en el escenario de la batalla. Solo los cuerpos de los cordobeses caídos habían sido retirados, los combatientes de la *madina* permanecían allí, pues nadie había tenido el valor de aventurarse en busca de los suyos. El olor a quemado lo invadía todo, pero el hedor de los cadáveres empezaba a acusarse. Argentea sintió vergüenza y pensó en su tío Hafs, que la mañana anterior había sido elegido como el nuevo caudillo de Burbaster. Quizá la rabia que había manifestado por la muerte de Sulaymán y las promesas de venganza que había proferido podrían haber esperado a que sus

hermanos recibieran una sepultura digna. Espantó a pedradas y con gesto de asco a las decenas de aves carroñeras que comenzaban a acercarse, y siguió al pequeño Nicolás, quien se encaminaba ya hacia la ermita. Argentea se detuvo ante el cuerpo sin vida de un monje que yacía boca arriba y no tuvo reparo en hacer la señal de la cruz sobre las cuencas vacías de sus ojos. Dejaron a la mula al pie de la ladera, junto al manantial, e iniciaron la ascensión conducidos por el muchacho, que no mostraba la menor vacilación. La claridad era ya suficiente, y un rápido vistazo le bastó para conducirlas al lugar exacto que buscaba. Cuando las tres muchachas lo alcanzaron, Argentea apartó la vista con un gemido.

—No es tu padre —trató de razonar Eugenia, pasándole el brazo por encima de los hombros para atraerla hacia sí—. Son solo sus restos, que pronto se convertirán en polvo. Samuel está en el cielo, junto a Nuestro Señor.

—¿En verdad lo crees así? —inquirió con voz angustiada.

—Sin ninguna duda, hermana mía —la apoyó Elvira—. Es cierto que los nuestros han pecado contra las leyes de Dios, y también tu padre lo ha hecho. Pero estoy segura de que en el último trance habrá sabido encomendarse al Señor, como harían los hermanos del santuario que yacen abajo, y sus pecados le habrán sido perdonados.

—Solo nos queda recoger su cuerpo para darle sepultura cristiana, junto a su padre, como hubiera sido su deseo —concluyó Elvira mientras desataba el saquete con los lienzos destinados a envolver el cadáver.

—Pronunciemos nuestras oraciones antes de tocarlo —pidió Argentea con entereza.

El fardo parduzco colgaba a ambos costados de la mula, que ascendía con parsimonia por la vereda que días atrás había recorrido la caballería de Ibn Basíl camino de la ermita. Dos pellejos repletos de agua del manantial colgaban a su lado, lo que obligaba a la bestia a un esfuerzo que hacía la marcha demasiado lenta para el gusto de Argentea. Desde la retirada del ejército de Ibn Basíl, aquel angosto desfiladero se había convertido en tierra de nadie y, a Dios gracias, los dos bandos parecían temer las emboscadas. No obstante, sintió que el alivio la invadía al girar uno de los recodos y divisar la bifurcación entre los dos valles. Solo quedaba cruzar el angosto puente de madera que salvaba el arroyo para enfilar la vaguada que habría de conducirlos de vuelta a la seguridad de las murallas de la *madina*. Ya lo tenían a la vista cuando oyeron el relincho de un caballo, seguido de una imprecación, y Nicolás se detuvo en seco. Las voces llegaban desde el camino, y quienquiera que fuera estaba a punto de doblar la última curva hacia ellos. Sin duda era un grupo numeroso, a juzgar por los sonidos de hombres y bestias, que a cada instante llegaban con mayor claridad. Las muchachas estaban paralizadas.

—¡Rápido! ¡Bajo el puente! —ordenó Argentea tomando la iniciativa, al tiempo que tiraba con fuerza de la mula.

Una senda estrecha labrada por el paso de hombres y bestias bajaba hacia el cauce, sin duda para abrevar a los animales en tiempos de menor escasez. Descendieron tan rápido como el paso de la mula les permitía, a tiempo de sujetarla entre las matas, bajo la tablazón. Nicolás y las tres muchachas se agacharon entre las zarzas y se dispusieron a esperar. Argentea trató de transmitir calma con una sonrisa forzada a sus compañeras, que temblaban violentamente.

—Nada nos puede suceder que Dios no desee… —susurró con un tono apenas audible.

El volumen de las voces aumentó de forma repentina cuando el grupo dobló el último recodo.

—¡Ahí está el puente! —oyeron gritar.

Por el ruido de los cascos, Argentea calculó que la partida estaría compuesta por una decena de hombres a caballo. Nicolás también parecía asustado, pero trataba de ocultar su temor adoptando una actitud escrutadora. El polvo cayó sobre ellos a través de las rendijas cuando los primeros caballos pisaron las tablas. A todos les dio un vuelco el corazón cuando la mula se removió inquieta, pero por fortuna el ruido de los cascos pareció amortiguar el ruido.

—Media milla más y llegaremos al santuario.

—Aquello estará lleno de infieles podridos, apestará…

—Debimos prenderles fuego.

—Quizá lo hagamos.

—Que lo haga Ibn Basíl, cuando regrese para reanudar el cerco. No pasará nada si alimentan dos días más a otras alimañas. Bastante hemos de aguantar volviendo a ese lugar infecto en busca del cuerpo de ese renegado.

—¡Calla, imbécil! Decidiremos qué hacer cuando lleguemos, quizás alguien nos haya ahorrado el trabajo. Reemprended la marcha.

—¡Esperad! Voy a mear.

—¡Yo también!

El golpe de las botas contra la madera cubrió a los muchachos con una nueva ración de polvo, y la mula volvió a removerse inquieta, apretándose contra la maleza en busca de refugio. Una rama de espino rasgó uno de los odres, y el agua empezó a derramarse sobre el suelo. En el mismo instante, dos chorros de orina fluctuantes se estrellaron contra las piedras del cauce reseco.

—¡Por Allah, cómo suena! Parece que el agua vaya a empezar a correr de nuevo por el cauce.

—Será el vino que hemos trasegado de buena mañana. —Otro rio.

—¡Baja la voz! Los vicios deben permanecer en el secreto —bromeó el primero.

—¡Vaya vicio ese del que hablas! Otra clase de vicio desearía tener yo ahora a mano.

—Pues olvídalo. Las únicas hembras que tenemos cerca son las yeguas —respondió, y ambos estallaron en carcajadas mientras se sacudían las últimas gotas.

—¡Eh, esperad! —llamaron al unísono, y corrieron hacia los caballos.

Durante un tiempo ninguno de los cuatro pronunció palabra, aun después de que las voces se perdieran de nuevo tras el recodo. Respiraban profundamente, expulsando el aire por la boca, con alivio.

—Dios no desea que el cuerpo de mi padre cuelgue de un madero en Qurtuba.

—¡Alabado sea! —respondió la pequeña Elvira.

—¡Te lo dije! El Señor está satisfecho con nosotros, solo así se explica este pequeño milagro al que acabamos de asistir. Creía que había llegado el momento…

—Pues no es así —atajó Argentea, mientras se ponía en pie y, con determinación, tiraba del ronzal—. Pero no hay tiempo que perder, no quiero estar cerca cuando regresen.

Sa'id hincó la rodilla en la tierra y examinó las innumerables huellas dejadas en el polvo.

—¡Maldita sea! ¡Llegamos tarde! Era aquí, estoy seguro, pero se nos han adelantado. ¡Y eran solo niños!

—¡No podemos regresar sin el cuerpo! —exclamó uno de los que habían escalado la ladera con él.

Sa'id se puso en pie y contempló el lugar. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar los sucesos ocurridos dos días antes. Era muy poco tiempo, pero parecía haber transcurrido una eternidad. Se había transformado en un hombre distinto, y aún no había recibido sino las primeras migajas del banquete que le esperaba al llegar a la capital del emirato. El solo reconocimiento de Ibn Basíl había cambiado drásticamente su situación, y todavía debía recibir los parabienes reservados a quienes daban muerte a los enemigos de Qurtuba. De momento, era un hombre rico, pues la espada de Bastán era suya, y nadie se atrevería a disputarle su propiedad. Pero aspiraba a más, a mucho más, porque el general Ibn Basíl había determinado que fuera él mismo, en persona, quien entregara el cadáver de Sulaymán al soberano, aunque la exigencia de Abd al Rahman de recibir el cuerpo completo había supuesto un contratiempo que iba a retrasar su momento de gloria. Y no estaba dispuesto a echar por tierra su logro por el pequeño detalle de la desaparición de un cadáver sin cabeza.

—Si el emir quiere un cuerpo que mostrar al pueblo, lo tendrá —aseguró Sa'id, al tiempo que iniciaba el descenso.

»¡Colocad los cadáveres en fila, que yo pueda verlos! —ordenó al alcanzar la explanada de la ermita.

Los hombres se volvieron hacia él, incrédulos.

—¿Te has vuelto loco? —le espetó uno de ellos, con cara de asco—. Esos cuerpos

apestan, no pienso mancharme las manos.

Sa'id se acercó a él fulminándole con la mirada, sin pronunciar palabra. Echó mano a la espada y la desenvainó con velocidad, lo que provocó en el soldado una reacción instintiva de defensa.

—¿Sabes a quién perteneció esta espada?

El otro le sostuvo la mirada, sin responder.

—Una sola de estas piedras engastadas en la guarda bastarían para mi sustento hasta la vejez. Pero no son estas gemas lo que le dan verdadero valor. Soy dueño de esta espada porque conseguí acabar con la vida del mayor enemigo de Qurtuba, y eso es algo que me va a convertir en un hombre poderoso… muy poderoso. Cuando regrese allí lo haré como oficial de alto rango; quizás el emir, ¿quién sabe?, me quiera convertir en uno de sus generales. Así que puedes empezar a obedecer —alzó la voz —, ¡si no quieres que te ponga a vaciar letrinas por el resto de tu miserable existencia! ¡Y los demás! ¿Lo habéis oído? ¡Los quiero en fila, boca arriba!

Muchas cabezas se agacharon, mientras se ponían en marcha con desgana y sin poder disimular la aversión que la tarea les producía. Sa'id, mientras tanto, se dirigió hacia los caballos y remoloneó en torno a sus alforjas. Cuando volvió, sonrió satisfecho al ver desfilar a los hombres hacia la alberca. Recorrió la fila de cuerpos mutilados y se detuvo ante uno de ellos. Sin duda era uno de los lugartenientes de Sulaymán, a juzgar por sus vestiduras. También su complexión era similar, así que lo tomó de la bota y lo arrastró por el polvo hasta apartarlo del resto. Por segunda vez en pocos días, alzó la espada y segó el cuello del infortunado. Esta vez no hubo sangre que salpicara sus vestiduras, sino un caldo negruzco y maloliente que empapó la tierra sin fuerza. Tomó la cabeza por los cabellos y la lanzó al aire, hacia la maleza.

—El cadáver de Sulaymán está dispuesto para viajar a Qurtuba conmigo —anunció con una sonrisa de triunfo.

Los cuatro muchachos se presentaron a las puertas de Burbaster ante la sorpresa de la guardia.

—Llamad a mi tío Hafs —pidió Argentea, antes de sentarse en el suelo resollando aún tras la larga ascensión.

Elvira y Eugenia se acomodaron a su lado, mientras uno de los guardias montaba y partía en dirección a la *alqasába*. El pequeño Nicolás hizo lo mismo un tanto apartado, contra el tronco de uno de los árboles que crecían en la ladera. Los soldados les lanzaban miradas cargadas de curiosidad.

—¿Es… Sulaymán? —preguntó uno de ellos al fin.

Argentea se limitó a asentir, ante el gesto de admiración y extrañeza del miliciano, pero los cuatro aguardaron en silencio hasta que, al cabo de un buen rato, los cascos de los caballos anunciaron la llegada del nuevo caudillo.

—¡Argentea! —exclamó al verla, descabalgando casi de un salto.

La muchacha se levantó con diligencia.

—Pero… ¿qué habéis hecho, insensatos? —reconvino con un tono que solo reflejaba preocupación, no reproche, mientras tomaba el rostro de Argentea con las manos abiertas.

—Hemos ido a buscar a mi padre —respondió con sinceridad—. El pequeño Nicolás lo vio todo y nos ha conducido hasta él.

—Pero ¿por qué no vinisteis a mí? De haber sabido que el cuerpo de mi hermano permanecía allí…

—Ha sido mejor así —respondió la muchacha con una madurez poco habitual—. En cualquier caso, quedan en la ermita los restos de muchos de los nuestros. ¿Acaso pensáis dejarlos sin sepultura?

Hafs pareció indeciso.

—Tenemos noticias de que los cordobeses se disponen a cerrar de nuevo el cerco. La ermita puede convertirse en una ratonera si…

—Dos días —cortó Argentea—. Tardarán dos días en llegar.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó Hafs, sorprendido.

—Lo hemos oído de labios del jefe de una partida con la que nos hemos tropezado.

—¡Argentea! No me hubiera perdonado que…

—Dios ha velado por nosotros, tío Hafs. Pero te lo ruego, envía a tus hombres y trae a Burbaster esos cuerpos. Eran buenos cristianos, y ni ellos ni sus familias merecen un final así.

—Lo haré, muchacha… —concedió Hafs—. Haré que salgan de inmediato. Pero ahora déjame que me ocupe de las exequias de tu padre. ¡Encargaos de que doblen las campanas, que se convoque en torno al monasterio a todo el pueblo de Burbaster!

Argentea asintió, con el dolor y el cansancio reflejados en el semblante.

—Le daremos sepultura junto a mi madre.

—Así se hará, si ese es tu deseo.

—Era el deseo de Sulaymán —respondió, y entregó las riendas a uno de los soldados.

Año 927, 315 de la Hégira

55

Qurtuba

Mūsa se encontraba atrapado en un torbellino de sentimientos contradictorios. Había conocido a Sulaymán durante la campaña de Muish, había llegado a sostener su legendaria espada entre las manos, y de inmediato había surgido una corriente de simpatía entre el joven de poco más de veinte años que él era entonces y el experimentado oficial que casi le doblaba la edad y que era ya autor de hazañas renombradas contra el emirato. Compartían su origen muladí, y Mūsa no dejaba de admirar la lucha que, como su propio clan en ocasiones, había mantenido contra el afán de Qurtuba de someter la Península bajo el yugo de las familias de linaje árabe. Sin embargo, no podía comprender los motivos que les habían llevado a apostatar de la verdadera fe. Desde que tenía uso de razón, eran cristianos quienes cada cierto tiempo habían entrado en su vida para destrozar la relativa tranquilidad en que esta se desenvolvía.

Todavía recordaba de forma vívida a su tío Lubb. Contaba entonces solo nueve años, y su muerte había causado la primera gran herida a su corazón: la separación de su primo y mejor amigo, Muhammad. El mismo cristiano, el rey de los vascones, había usado las artimañas y el veneno para acabar con la vida de su padre Abd Allah cuando contaba diecisiete. Y un escalofrío de odio y angustia lo recorrió al evocar el momento en que dio sepultura al cuerpo decapitado de su hermano Muhammad. No, los cristianos habían llenado su vida de dolor, ellos eran sus únicos enemigos; había tomado partido, y los dos años pasados en Qurtuba le habían demostrado que su opción era la correcta. Gozaba de la consideración de Abd al Rahman, en su corte se le habían abierto nuevos horizontes, y aún no tenía treinta años, de modo que le quedaba media vida para alcanzarlos. Incluso el anhelado viaje a La Meca, siguiendo los pasos de su maestro, parecía al alcance de su mano, y era la cercanía a Abd al Rahman la que podía hacerlo realidad. Sí, había tomado partido, y no había razón para la desazón y el remordimiento.

Lo que ahora tenía ante él era el cuerpo decapitado de un cristiano, tan cristiano como Sancho Garcés, y no se avergonzaba del papel que había desempeñado para que el cadáver de Sulaymán se encontrara allí. Solo el círculo más cercano al emir había tenido conocimiento del ardid que el general Ibn Basíl pensaba poner en práctica para capturar a Sulaymán, y era por entonces cuando él empezaba a disfrutar

del acceso a aquel restringido entorno. Todavía se preguntaba qué habría visto el emir en él para distinguirlo con tal deferencia, habida cuenta de que cientos de cortesanos, con más méritos quizá, lo intentaban durante toda su vida sin conseguirlo. Resultaba ingenuo pensar que el soberano, un hombre que cada día nombraba y cesaba a jueces, gobernadores y hasta valíes, tratara de compensarlo por el desalojo del poder en su feudo, pero la opción alternativa era creer que se debía a sus propias cualidades, algo pretencioso y tal vez más ingenuo aún. Lo único cierto era que en dos ocasiones había sido llamado a compartir una de las reuniones a las que Abd al Rahman era tan aficionado, en compañía de algunos de los visires, parientes y miembros destacados de la *jassa* de Qurtuba, además de músicos y de poetas, que amenizaban la velada con su ingenio y su habilidad a la hora de regalar los oídos del soberano.

La segunda de aquellas citas se había celebrado en la Munyat al-na'úra, la finca de recreo situada a orillas del Ūadi al Kabir a la que el emir gustaba de acudir en los días templados de la primavera, cuando los amplios jardines, regados por una magnífica máquina hidráulica que subía el agua desde el río, se hallaban en todo su esplendor. Era uno de los pocos rincones de Al Ándalus en lo que la extrema sequía no se hacía notar. Al visitarla por primera vez, Mūsa había recordado con nostalgia la *almúnya* que su familia poseía en la lejana Tutila, a orillas del Ūadi Qalash, ocupada ahora por el clan de los tuchibíes que la gobernaban.

Aquel mismo día, al parecer, había llegado el parte de campaña del general Ibn Basíl, en el que daba cuenta de su intención de acabar con Sulaymán como único medio para terminar con la resistencia de Burbaster. El emir mencionó el asunto en el círculo que compartía, y a la memoria de Mūsa acudió la viva impresión que le había causado la reciente ejecución del arquero.

—Si Allah concede a vuestro general el éxito en la empresa que se propone emprender —había preguntado—, ¿habréis de ejecutar al reo como hicisteis con Nasr?

—Solo si es capturado con vida —respondió un general—. En caso contrario su cuerpo no será enviado, únicamente viajará a Qurtuba su cabeza para exponerla en la Bab as-Sudda. Siempre es así.

—Creo que Mūsa no comparte nuestra manera de hacer las cosas, a juzgar por su expresión… —dijo el emir con media sonrisa.

—Fui testigo privilegiado de la ejecución de Nasr, vi desde lo alto los rostros de tus súbditos, el fervor con que coreaban el nombre del soberano que había llevado ante ellos al causante de tantas muertes de cordobeses… Si conseguís capturar vivo a Sulaymán, su ejecución se convertirá en uno más de los momentos de gloria que os aguardan, *sahib*. Pero ¿por qué renunciar a él en caso de que muera? Haced traer su cuerpo y ejecutadlo de igual manera, con la misma ceremonia que tuve ocasión de observar.

El emir comenzó a cabecear, pensativo.

—¿Por qué no? —respondió al fin—. El resultado será el mismo, el mayor enemigo del emirato muerto sobre el madero. Necesito algo que haga olvidar a los habitantes de Qurtuba las penurias producidas por esta sequía que no cede.

—Sin embargo, puede que sea tarde, si Allah ha atendido a Ibn Basíl en sus deseos.

—Enviad mensajeros a Burbaster —ordenó Abd al Rahman—. Deseo que Sulaymán sea traído a Qurtuba entero. Vivo si es posible, o muerto en caso contrario, pero entero. Y ello si el Todopoderoso nos concede llevar a buen término nuestra estrategia, pues sería soberbia dar por seguro un éxito que solo de Él depende.

Por segunda vez en su vida, tomó entre sus manos la espada de Bastán, que esta vez le entregaba Sa'id, su nuevo propietario. Lo primero que le vino a la mente al asir aquella magnífica pieza, bien balanceada, con un pomo que parecía de oro macizo, fue el radical cambio que había sufrido su vida en aquellos siete años. Por un momento recordó la sonrisa admirada de su hermano Muhammad al tenderle a él la espada que Sulaymán les mostraba. Era una de aquellas imágenes que quedan grabadas en la mente, como sin duda habría de quedar guardada en su memoria la que ahora se desarrollaba ante él.

La cabeza del caudillo de Burbaster, antaño bella y poderosa, aparecía deforme, exangüe y blanquecina por el efecto de la sal con que se había conservado, la cual, sin embargo, no había conseguido preservarla por completo de la podredumbre. Eran los médicos que acompañaban al ejército los que trataban de cumplir la orden que de manera tajante había dado el emir, al enterarse de que el cuerpo de su enemigo había sido decapitado. Con cordones de cáñamo finamente trenzado se afanaban en una operación que quizá nunca se hubieran visto obligados a realizar. Habían afirmado ante el soberano que no habría problema a la hora de coser cabeza y cuerpo, pero no contaban con el estado de ambos. La aguja incidía en la piel y en los músculos del cuello, pero, al tensar el hilo, la carne tumefacta se desgarraba sin remedio. Para evitar un desastre en público, habían utilizado un punzón y un martillete con los que perforar el hueso, y a través de los orificios se habían introducido finos y flexibles hilos de metal que sujetaban las dos partes del esqueleto de manera firme. Después sí, las suturas, que ya no eran las encargadas de soportar el peso, habían hecho su papel y el tajo que rodeaba el cuello aparecía ahora unido por completo.

—¿Qué murmuráis? —preguntó Mūsa a los médicos, que contemplaban el resultado de su trabajo, mientras devolvía la espada a su legítimo dueño, el hombre que había acabado con la vida de Sulaymán.

—Es el cuello, *sahib*… parece desproporcionado. Como si la cabeza y el cuerpo pertenecieran a dos hombres distintos, y el tajo se hubiera dado a diferente altura.

Mūsa se acercó despacio. Con el asco reflejado en el semblante, alzó las mangas

de la túnica por encima de las muñecas y dejó al descubierto los brazos del cadáver. Habían sido unos brazos poderosos, como el resto del cadáver, pero casi lampiños. Escarbó en su memoria en busca del recuerdo de la conversación que habían mantenido Sulaymán y su hermano Muhammad tras la batalla de Muish mientras los tres, con los torsos desnudos, se limpiaban los brazos y los rostros de los restos de sangre de aquella carnicería. Y entonces una tremenda certeza se abrió paso en su mente.

—Nadie tiene que apreciarlo —respondió decidido, sin embargo—. Haced que traigan una gola, como la que usan nuestros infantes en la batalla. No resultará extraño en un guerrero que ha muerto en plena lid, y servirá para disimular la falta de proporción.

Mūsa hizo un gesto a Sa’id, y ambos abandonaron la estancia donde se preparaba el cuerpo del renegado para la ceremonia de ejecución que tendría lugar al amanecer del día siguiente. Despidió a esclavos y eunucos, hasta que quedaron solos.

—Bien, Sa’id, se aproxima tu hora. El emir no tardará en venir para ver una vez más el rostro de quien durante años ha sido su mayor enemigo, y tú estarás presente.

El rostro del soldado se iluminó con una mueca casi infantil.

—Recuerda las indicaciones que has recibido acerca del protocolo. Limítate a responder cuando el soberano se dirija a ti y ofrécele la espada de Bastán. Él la rechazará y dará su anuencia para que seas tú quien la conserve.

—¿Lo hará? —respondió con la duda reflejada en la voz.

Mūsa experimentó una vez más el mismo sentimiento de desprecio y rechazo que aquel hombre le había inspirado desde su llegada a Qurtuba. Su actitud prepotente rozaba el ridículo y la ofensa, y su patente falta de inteligencia le llevaba a mantenerla ante quienes, como él, no estaban obligados a soportarla.

—Lo hará —contestó, y pareció vacilar, para decidirse a hablar al final—. Y después habrás de entregármela a mí.

Sa’id se volvió con expresión perpleja.

—¿A ti? ¿Por qué habría de hacer tal cosa? —respondió desafiante.

Mūsa respiró hondo, y se preparó para el enfrentamiento.

—Porque no te considero digno de portar la espada con la que luchó un bravo guerrero como Sulaymán. Y porque acabo de comprobar algo que te compromete, algo que te interesa mantener en secreto.

—¿De qué demonios estás hablando? —aulló Sa’id, fuera de sí.

—Lo sabes bien. Has intentado engañar a tu soberano, presentándote ante él con un cuerpo que no corresponde a quien aseguras.

—¡Es Sulaymán! —vociferó—. Cualquiera podría reconocerlo.

—No dudo de que esa cabeza sea la de Sulaymán —dijo, sin alterar el tono de su voz—. Pero no lo es el cuerpo al que va cosida.

—¿Qué importancia puede tener eso? —escupió con rabia, separando las sílabas, y descubriéndose al hacerlo.

—Podría trascender, y el mayor de los triunfos para nuestro soberano a los ojos de su pueblo… pasaría a convertirse en el ridículo más estrepitoso. Su prestigio y su credibilidad quedarían comprometidos. Solo por exponer al emir a semejante riesgo, serías reo de muerte. No tengo más que llamar a los eunucos y…

—Si acepto y no me denuncias… te conviertes en cómplice del engaño.

Mūsa asintió con la cabeza.

—No te considero un estúpido —mintió—. Sé que callarás, porque en ese caso los dos correríamos la misma suerte.

—¡No tienes derecho! —estalló al verse sin salida.

—Has conseguido lo que anhelabas, por el simple hecho de acabar con la vida de un hombre al que, estoy seguro, mataste a traición o con malas artes. Jamás podrías haberle batido en buena lid. Aun así, el emir te ofrecerá un puesto de responsabilidad en el ejército, te convertirás en un oficial respetado, con una asignación que te permitirá vivir holgadamente.

Sa'id escupió a los pies de Mūsa.

—Eres un miserable ladrón.

Mūsa sonrió y compuso un gesto de desengaño.

—Lo sería si pretendiera quedarme esa espada.

Abd al Rahman aparecía eufórico tras una jornada que indudablemente pasaría a los anales de su reinado. Sabía que la exhibición del cadáver de Sulaymán ibn Umar ibn Hafsún habría de provocar por sí misma la aclamación de un pueblo esperanzado en que la amenaza que la revuelta de los hafsuníes había supuesto durante décadas terminase, y así había sido. Pero nadie en Qurtuba, y él menos, podía esperar el fausto suceso que se había producido a continuación. Todo había ocurrido como si se tratara de una ensayada representación teatral en la que el Todopoderoso manejara las cuerdas de la tramoya.

A pesar de que había dado la orden de extraer agua del río para humedecer la explanada que se extendía ante la Bab as-Sudda, y a ello había dedicado la noche un ejército de esclavos, el polvo arrastrado por la brisa cubría a la muchedumbre que se agolpaba a sus pies, ante la puerta del alcázar. Treinta y seis años contaba, y aún se estremecía cuando, al aparecer sobre el mirador, la multitud estallaba en una unánime aclamación. Cierto que el grado de entrega que reflejaban los rostros cercanos había cambiado a lo largo de los años, y las ovaciones cerradas pero faltas de entusiasmo en los tiempos de su abuelo Abd Allah habían dado paso a encendidas muestras de adhesión que, sin ninguna dificultad, podía apreciar ahora en el semblante de sus súbditos, una adhesión que tras los últimos éxitos de los ejércitos cordobeses comenzaba a transformarse, lo sentía, en auténtica devoción. Y no, no estaba aquel

sentimiento influido por las opiniones de cortesanos complacientes que solo pretendían regalarle los oídos: era una certeza que en mañanas como aquella penetraba en su conciencia a través de todos los sentidos.

Qurtuba había amanecido bajo un cielo cubierto de grandes nubes algodonosas que auguraban una jornada más de ausencia total de lluvia. Abd al Rahman había destituido al jefe de la oración, pues de nada parecían servir las rogativas que en función de su cargo se encargaba de organizar, y una semana atrás había nombrado en su puesto a Ahmad ibn Baqi. La tarde anterior este había presidido su primera rogativa, que había sacado de sus casas a la ciudad entera, pero una vez más el amanecer se empeñaba en destemplar las ilusiones de los desesperados cordobeses. La escasez y la carestía se acusaban desde el verano anterior, las enfermedades empezaban a cebarse con la población malnutrida, y las importaciones de grano que esquilmaban las arcas del Tesoro no eran del todo suficientes para acabar con las penurias, aunque cierto era que habían contribuido a aliviarlas.

La población culpaba al jefe de la oración de la falta de resultados, y su periódica destitución hacía renacer las esperanzas, calmaba su disgusto y servía como parapeto para evitar que el descontento alcanzara al soberano. Ya se encargaban los cortesanos de comparar la hambruna con la vivida en tiempos de Abd Allah, en los que el hambre y la enfermedad hicieron mella entre los *qurtubíes* hasta el extremo de diezmar su población. No sucedía lo mismo en esta ocasión, pues Abd al Rahman había sabido recuperar las arcas y, aunque el oro acumulado no alcanzara para vivir en la abundancia, permitía distribuir a diario raciones de subsistencia a la espera de la ansiada lluvia.

Sin embargo, nada de aquello parecía preocupar a los cordobeses aquella mañana, cuando el carro que transportaba al reo se abrió paso entre la multitud. Las nubes se unían entre sí y habían conseguido ocultar el sol, proyectando su sombra sobre la ciudad, cuando la imponente guardia del emir tomó posiciones ante el cadalso. Poco importaba que esta vez se tratara únicamente de un cadáver: era el cadáver del caudillo hafsuní, y eso bastaba para despertar la pasión de la multitud, que se agolpaba para lanzar imprecaciones a su paso, impidiendo el avance de la comitiva. Los *siqlab* que abrían el cortejo alcanzaron por fin el lugar señalado para la ejecución, y el cadáver fue colocado y atado sobre el madero. A nadie pareció sorprender que se sujetase la cabeza al leño por la frente con una fina pero resistente cinta de cuero.

En el momento en que Sulaymán era alzado, Abd al Rahman abrió los brazos de forma ceremoniosa, aunque el brillo del oro en el brocado de su túnica no habría de lucir, pues definitivamente las nubes arrastradas por la brisa de poniente habían ocultado el sol. Cerró los ojos para empapar su espíritu con las aclamaciones de su pueblo. En aquel momento le vino a la memoria el rostro del *hāchib* Badr, y una

sombra de nostalgia empañó el momento. Badr era sin duda el responsable del modo en que se habían desarrollado las cosas, sus consejos seguían guiando sus decisiones y el emir habría dado cualquier cosa por que pudiera estar presente en momentos como aquel.

Con los ojos aún cerrados, alzó el rostro, y entonces percibió el calor del sol en la piel y un resplandor rojizo que se filtraba a través de sus párpados. Por un momento, las aclamaciones cesaron para verse sustituidas por un murmullo de estupor. El brillo del sol le deslumbró cuando quiso mirar de nuevo y, solo cuando se acostumbró a aquella luz intensa, comprendió que el solitario rayo de luz que se filtraba a través de las nubes se proyectaba en el lienzo de la muralla que él ocupaba. Durante un instante, el reflejo sobre sus ropas atrajo las miradas que se habían centrado en el madero, y las bocas que un momento antes lo aclamaban enmudecieron ante el espectáculo. De nuevo las sombras cubrieron el lugar, pero ya los cordobeses, admirados, habían comenzado a corear su nombre hasta convertirlo en un grito unánime que parecía llenar cada rincón del cauce del gran río.

La aclamación parecía no tener fin, y Abd al Rahman se volvió para observar el rostro atónito de los visires, de los altos funcionarios de la cancillería y del resto de la administración, los alfaquíes, el *qādī* Aslam y el joven Mūsa, que se encontraba a su lado. Vio entonces al soldado que había dado muerte a Sulaymán y lo llamó con un gesto. Cuando, cohibido, este se acercó y apareció junto a él ante los *qurtubíes*, alzó su brazo en señal de victoria, y la multitud supo de quién se trataba. La ovación se reprodujo aún con más fuerza ante aquel gesto de generosidad de su soberano.

Entonces se oyó el primer trueno, y los árboles de la orilla del cauce se agitaron con un viento súbito y violento. Todas las cabezas se volvieron para ver las nubes negras que avanzaban río arriba, mientras repentinos remolinos arrastraban las hojas caídas y la tierra reseca, haciendo que los cordobeses se protegieran los rostros con los pliegues de las túnicas. En cualquier otra ocasión, habrían dirigido sus pasos hacia la ciudad, en busca de protección. Sin embargo, nadie se movió de su sitio. Las primeras gotas, gruesas y separadas, cayeron con fuerza arrastradas por el viento; poco a poco, en ráfagas, la lluvia fue arreciando, hasta que en un instante una cortina de agua que impedía ver la orilla opuesta del río cubrió la ciudad. La multitud alzaba las caras hacia lo alto, recibiendo con los ojos cerrados aquella agua salvadora, entre exclamaciones de júbilo.

El emir sabía que durante toda la jornada en Qurtuba no se había hablado de otra cosa. La repentina tormenta había acabado dando paso a un temporal que al atardecer, mientras se disponía a recibir a los invitados de la improvisada recepción organizada para celebrar el acontecimiento, seguía vertiendo agua sobre las sierras y la campiña de Qurtuba, hasta hacer que el Ūadi al Qabir bajara embarrado y turbulento.

Todo eran parabienes en la bulliciosa reunión que tenía lugar en una de las salas

del alcázar. Abd al Rahman había dispuesto que la puerta que la comunicaba con los jardines quedara abierta y había mandado colocar en el exterior la parte superior de una gran *haymah*, de forma que los asistentes pudieran salir a disfrutar del aroma de la tierra mojada y el sonido de la lluvia golpeando sobre la lona. Allí se habían deleitado con los deliciosos manjares preparados durante la tarde, la música de los laúdes y las voces de las mejores cantantes de Qurtuba. Era el turno de los poetas, que habían apurado las horas tratando de reflejar en sus versos los sucesos de aquel día señalado. Uno de ellos subió a la tarima a declamar su poema.

De las nubes fluye la lluvia pertinaz
y con ella a borbotones la sangre enemiga:
dos socorros son constantes de humedad,
el uno inmundo, el otro puro,
líquido uno, que ni el suelo acoge,
nutricio el otro, que corre y cala.
Aquel mancha el mundo,
este purifica lomo y entrañas de su inmundicia.

Abd al Rahman, recostado sobre un diván, inició los aplausos que celebraron el ritmo y la entonación del poema, compuesto en un árabe perfecto. Hizo acercarse al autor y lo felicitó en los términos más elogiosos. Cuando este regresó a su sitio, fue Mūsa ibn Abd Allah quien se acercó e intercambió unas palabras con él. El soberano asintió, y el joven se dirigió al lugar que un instante antes había ocupado el poeta. Se dio la vuelta para enfrentarse a los asistentes y carraspeó antes de empezar a hablar. Una gota de agua condensada en el envés de la lona se desprendió, cayó sobre su pómulo y le hizo dar un respingo que despertó las risas del auditorio. Mūsa miró a lo alto y sonrió.

—También a mí me corresponde una gota de agua de la marea con que el Todopoderoso ha bendecido hoy a su elegido —dijo, dirigiéndose al emir.

Un murmullo de aprobación se extendió entre los asistentes, que en corrillos, de pie o tumbados en los divanes, sostenían sus copas y degustaban los últimos bocados. Unos tímidos aplausos provocados por la rápida ocurrencia surgieron antes de que Mūsa los detuviese con el gesto.

—Nuestro emir, a quien Allah guarde, se ha dignado permitir que yo, el último de sus *mawali*, os dirija unas palabras. Y es que la alegría que hoy embarga los corazones de los cordobeses se multiplica en el mío, pues habéis colgado en lo alto del madero al mayor de nuestros enemigos, el que amenazaba al emirato desde el interior. Pero no han pasado muchas semanas desde que llegó a Qurtuba la noticia de la muerte de Sancho Garcés, el rey de los vascones, y quienes habéis luchado contra él sabéis que el Todopoderoso nos ha otorgado una gran bendición al llevárselo de este mundo. Era un rey poderoso y cruel, que puso en jaque la obra de mis

antepasados allá en la Marca Superior. Fue Sancho quien dio muerte al gran Lubb ibn Muhammad, mi tío. Sancho capturó a mi propio padre y lo liberó, después de onerosas cesiones, con el veneno que lo mató dentro de su cuerpo. Murió ante los ojos de su esposa y de sus hijos, los ojos de un muchacho de diecisiete años que juró tomar venganza de la afrenta y que no supo cumplir su juramento. Al contrario, aún habría de entregar la vida de mi hermano Muhammad ante sus huestes, que no tuvieron bastante con capturarlo con vida, sino que le segaron la cabeza para llevarla ante el vascón. Solo un hombre ha sido capaz de vencer por dos veces a Sancho Garcés, aun aliado con los cristianos de Liyūn, de Álava y de Al Qila, y ese hombre no es otro que nuestro emir, a quien eternamente estaré agradecido.

Mūsa se volvió hacia el soberano, que se había incorporado en el diván y escuchaba con atención.

—No supe cumplir mi juramento de juventud —siguió, con un dejo de amargura—, y por ello el Todopoderoso no me consideró digno de ocupar el lugar que había reservado a mis antepasados. Tres años han pasado desde que abandoné mi querida Tutila, desde que nuestro emir me acogió en esta corte, y debo decir que no lamento la decisión que tomé. Abd al Rahman, que obró siguiendo únicamente los designios de Allah, me ha acogido como *mawla* suyo, me ha abierto las puertas a sus círculos más íntimos y ha depositado en mis manos responsabilidades reservadas para sus súbditos más próximos. Tan solo quiero decir que ahora sé que sirvo al elegido de Allah. Después de los sucesos de esta jornada, todo Qurtuba lo sabe, y la Historia recordará días como el de hoy. Creo hablar en nombre de cada uno de los presentes al declarar aquí mi inquebrantable fidelidad a nuestro soberano, al hombre que sin duda está llamado a llevar el emirato omeya hasta las más altas cotas de prosperidad y esplendor. Como vosotros, me siento privilegiado al poder asistir en su proximidad a la irresistible ascensión de quien, sin lugar a la duda, será considerado como el más grande rey de Al Ándalus desde el Emigrado.

Mūsa hizo una pausa, descendió del estrado y cogió una copa. Regresó con ella en la mano derecha y la sujetó en alto frente a su auditorio.

—¡Alzad conmigo vuestras copas! —gritó—. ¡Que Allah guarde a nuestro soberano!

Incluso quienes habían escuchado desde sus divanes se pusieron en pie, y un clamor unánime reverberó entre los muros del alcázar. El emir se levantó entonces y caminó lentamente hacia el estrado. Mūsa, que se retiraba para incorporarse al grupo, percibió su mirada de reconocimiento. Abd al Rahman se giró y se acarició la barbilla entre en pulgar y el índice, pensativo y satisfecho a un tiempo. Mientras recorría con la mirada al auditorio reinó el silencio, luego comenzó a hablar.

—El día de hoy quedará guardado en mi memoria como uno de los más dichosos de mi reinado. Puedo sentir, es cierto, que Allah está satisfecho con este humilde

creyente, y los buenos augurios se suceden. Ha caído Sulaymán, lo que sin duda será un duro golpe para la moral de los rebeldes de Burbaster. Como el *qasí* nos ha recordado, solo la voluntad del Todopoderoso puede explicar el inesperado final del enemigo vascón, así como la discordia que ha hecho florecer en los corazones de los reyes cristianos de Liyūn, cuyos herederos se desangran en luchas internas por el trono. Llueve sobre Qurtuba, después de dos años de sequía, y por si todo fuera poco, esta misma tarde se ha recibido en el alcázar el parte del *amīr* de la flota, en que da cuenta de la conquista de la plaza de Milīla, en la costa del Maghrib. Las semillas que plantamos y que hemos regado sin desfallecer a pesar de que nada parecía hacerlas germinar han brotado de la tierra y es ahora cuando empiezan a dar sus frutos. Pero los hortelanos saben bien que también es cuando más cuidados requieren, pues al acercarse su sazón es cuando más atraídos se sienten quienes pueden privarnos de la cosecha.

»Por eso os anuncio hoy que, lejos de tumbarme a regodearme en nuestras victorias, me propongo emprender la campaña definitiva contra Burbaster, en apoyo del general Ibn Basíl. Esta misma semana tendrá lugar el alarde, y partiremos en cuanto el número de las tropas sea suficiente para mis propósitos. Yo mismo encabezaré la *‘saifa*, y he dispuesto que Al Hakam, mi heredero, me acompañe en la que será su primera campaña: cuenta doce años, y es ya momento de iniciar su formación militar fuera de los muros del alcázar.

»La flota omeya se ha convertido en estos años en un pilar fundamental en nuestra lucha contra los fatimíes y ha resultado providencial para paliar la escasez provocada por la sequía, transportando a través del Estrecho el grano y los ganados que nos han permitido superar la prueba. Una vez que la lluvia permita liberar las naves de tales tareas, saldrán de nuevo hacia las costas de Ifriqiya. Sin embargo, he aceptado la sugerencia y la invitación de nuestro almirante y, antes de que eso suceda, haremos un alto en Mālaqa, donde tendrá lugar, si Allah lo permite, un desfile naval que sirva de afirmación a las esforzadas tripulaciones. La lucha en el mar contra la flota fatimí ha de continuar, las dotaciones de marinos y las tropas a bordo deben reforzarse, y será un buen momento para enrolar nuevos efectivos. Ha sido un gran día, es cierto, y mis súbditos dormirán aliviados y satisfechos oyendo el golpeteo de la lluvia sobre sus techos. Sin embargo, no he de retirarme sin mostrar el oportuno reconocimiento al hombre que lo ha hecho posible.

Por indicación de uno de los chambelanes, Sa’id avanzó hacia el estrado. Portaba en su mano derecha la espada que había arrebatado a Sulaymán y, al llegar a los pies de Abd al Rahman, hincó la rodilla en las losas del pavimento y la alzó hacia él.

—Te entrego, *sahíb*, la espada de Bastán, la misma que durante años ha segado la vida de tus súbditos y que, con esfuerzo, conseguí arrebatar de las manos de tu enemigo. Tuya es.

Abd al Rahman la tomó en sus manos y admiró la calidad de su forja y la riqueza de sus adornos. Extendió el brazo y la blandió en el aire, sopesando su delicado equilibrio.

—Sa'id ibn Ya'la, por derecho te corresponde conservar la espada del hombre a quien has dado muerte. Un arma magnífica, digna de un rey. Úsala para defender al emirato de sus enemigos. Lo harás al frente de la unidad del ejército que tú mismo elijas, con el rango de *naqib*.

Sa'id, todavía rodilla en tierra, tendió ambas manos para recibir de nuevo la espada e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Levántate y disfruta del resto de la velada —añadió el emir, repentinamente afable.

Sus palabras fueron la señal para que los músicos reanudaran su tarea. Sa'id se convirtió en el centro de atención, pues nadie quería dejar pasar la ocasión de sostener en sus manos la renombrada espada de Sulaymán. Solo Mūsa se mantuvo apartado del grupo que lo rodeaba.

Año 927, 315 de la Hégira

3

Pampilona

Dios te bendiga, Muzna.

Cuatro años han pasado desde que tuvimos noticias tuyas por última vez, y debo confesar que había perdido la esperanza de recuperar una relación que creía rota para siempre tras la muerte de Onneca, nuestro único nexo con Qurtuba. Tu carta ha resultado ser una inesperada sorpresa, pese a que, como dices, hayas tenido que arreglártelas para enviarla por cauce distinto al oficial. Me ha sido entregada en persona por Abd al Malik, y con él viajará mi respuesta. Su viaje no termina aquí, ha de pasar vendiendo sus telas por la corte de Liyūn, y aun por la de Galicia y Coimbra antes de regresar a Qurtuba, mas, aunque tardes meses en leer lo que escribo, lo importante es haber reiniciado esta relación epistolar que no debimos interrumpir.

Sucedió lo que Onneca más temía: tu hijo y mi esposo lucharon para destruirse, y fue su afán por ver a Abd al Rahman lo que le costó la vida. Dios nos ha colocado en bandos opuestos, tenemos motivos sobrados para odiarnos y, sin embargo, son muchas las circunstancias que nos siguen uniendo. Tu hijo es el emir de Al Ándalus, y el mío, a pesar de su juventud, es rey de Pampilona. También la voluntad de Dios ha querido que mi hija Onneca se haya convertido en reina de León, y quizá mi nieto sea rey en el futuro. Pero si algo nos une ahora es el dolor por la muerte de nuestros respectivos esposos. Perdiste al tuyo hace más de treinta años, y tu herida quizás haya cicatrizado. Durante estos años tan solo podía imaginar la magnitud de tu pena, una pena que ahora lacera mis propias carnes y que me hace sentir más próxima a ti.

Cada día de mi vida, ruego a Dios que se apiade de nosotras y nunca más nos coloque en el trance de ver a nuestros hijos alzar las armas entre sí. Por tus venas corre sangre vascona, y sé que sufres por el destino de un pueblo que aún es el tuyo. Eres la reina madre, como yo, y quizás el Todopoderoso espera de nosotras que desempeñemos este cometido. Quiero pensar que las dos seremos capaces de influir en la voluntad de nuestros hijos, para que un día podamos vivir en paz. Desde la destrucción de Pampilona, y más desde la muerte de Sancho, han sido las pesadillas las que se han apoderado de la soledad de mis noches. Pero en el inquieto duermevela de algunas madrugadas me he visto también formando parte de la embajada que un día habrá de acudir a Qurtuba con el encargo de firmar el tratado de paz entre nuestros reinos. Te he visto en esos sueños, y nos hemos abrazado, conteniendo a

duras penas la emoción. Y era Onneca, la abuela de Abd al Rahman y de García, la que tomaba a sus dos nietos de la mano, magníficos ambos, daba un paso atrás y tiraba de ellos para propiciar un abrazo similar. Era una imagen vívida en extremo, que sin embargo siempre se diluía al despertar.

No sé a qué Dios diriges tus oraciones, pero estoy convencida de que si perseveramos seremos escuchadas, y quizás un día estos sueños que ahora comparto contigo se hagan realidad. Nada me complacería más que rodearte con mis brazos, contemplar tu rostro tan solo imaginado y recuperar cincuenta años de tiempo perdido, los mismos que pronto habrán transcurrido desde la marcha de Onneca de Qurtuba.

Abd al Malik espera ya esta carta para partir. Que sea él quien te hable de mí, de nuestra corte, de Pampilona y de esta tierra que aún es la tuya, como me ha hablado de vosotros y de la que, según él, que ha recorrido muchas, se ha convertido en la más fabulosa urbe del Occidente. No desisto en mi esperanza de conocerla algún día, de encontrarnos antes de que el Altísimo nos llame junto a Él.

Tu carta me ha proporcionado uno de los pocos momentos de felicidad que he podido vivir desde la muerte de mi esposo, y te bendigo por ello.

Que Dios te proteja, querida Muzna, y se apiade de todos nosotros.

Escrito en Pampilona, en el décimo día de junio, Era de DCCCCLXV[34]

TODA, reina

Año 928, 316 de la Hégira

57

Burbaster

Llevaba dos días lloviendo de forma torrencial sobre Burbaster. Las nubes bajas corrían desde los montes de poniente hasta los picos de oriente, dejando a su paso cortinas de agua blanquecina que azotaban a quienes se aventuraban fuera de sus refugios. Hafs se disponía a salir de la *alqasába* acompañado por el grupo de hombres que en los últimos tiempos le servían como escolta. Todos se cubrían la cabeza con las capas engrasadas que habrían de protegerlos de la intemperie aquella mañana, una de las más desapacibles del duro invierno que les estaba tocando soportar. El travesaño que bloqueaba el portón fue retirado entre dos hombres, y una corriente de aire helado golpeó el rostro del caudillo, mientras menudos copos de nieve que se mezclaban con el agua se colaban en el interior del zaguán. Cruzaron el patio desierto y la puerta exterior de la fortaleza para enfilar la vereda que descendía hacia el monasterio rupestre.

A pesar de que la sequía había dejado de ser un problema, la situación no había mejorado en Burbaster. Días después de la muerte de Sulaymán, el cerco se había cerrado de nuevo, y las fuerzas de Abd al Rahman se encontraban a la distancia justa para evitar los proyectiles lanzados desde las murallas. Nadie podía entrar en la *madina*, y nadie podía abandonarla sin ser apresado. De poco servía el agua para el riego si las tierras disponibles eran ahora campamento de infieles, y el hambre había comenzado a causar estragos entre los refugiados que pugnaban por resistir.

El sufrimiento rozaba lo insoportable en aquel refugio mientras llegaban los ecos del floreciente zoco de Talyayra, los sonidos de las fiestas continuas que el emir, que pasaba semanas enteras en la nueva *madina*, había ordenado celebrar con derroche sin cuento. Hafs estaba seguro de que habían aprovechado cada uno de los días en que el viento soplaba desde la costa para hacer llegar hasta allí los más deliciosos efluvios de la carne asada. Todas las fortalezas de los alrededores habían caído ya, ningún camino carecía de vigilancia, y el bloqueo del emir había acabado con cualquier esperanza que pudiera quedar de recibir ayuda desde el exterior. Los contactos diplomáticos que antaño se habían mantenido con los enemigos de los omeyas habían cesado de igual manera, y resultaba ya impensable una intervención del califa Al Walid ante un oponente reforzado y poderoso como Abd al Rahman. Desde la muerte de Sulaymán, debía reconocerlo, todo había ido de mal en peor. La

convivencia diaria les había ayudado a acostumbrarse a la imagen de los rostros demacrados, las figuras escuálidas y las articulaciones prominentes, y solo la fugaz visión de su propio semblante, casi irreconocible, reflejado en la superficie tersa de un aljibe le había revelado lo desesperado de la situación a la que se enfrentaban.

Descendieron en silencio los primeros tramos del camino. Se sujetaban las capas con ambas manos para tratar de mantener el calor y, con la mirada en el suelo embarrado, evitaban los resbalones a la vez que cortaban el viento con el vértice de las capuchas. Hafs no vio al hombre que se acercaba en sentido contrario hasta que estuvo a solo unos pasos. Alzó la vista y contempló la imagen de la desolación. Caminaba empapado por completo, vestido únicamente con una vieja túnica de lana que le dejaba los antebrazos al descubierto, y sus ojos enrojecidos daban cuenta de que no era solo la lluvia lo que humedecía su rostro. Reparó en el fardo que portaba en brazos para descubrir que se trataba de un niño pequeño, cuya cabeza colgaba flácida hacia el suelo.

—¡Hafs! —exclamó—. ¡Es a ti a quien busco!

Parecía a punto de desfallecer y depositó el fardo sobre una losa que en algún momento había servido de asiento.

—¡Es mi hijo, Hafs! —masculló mirando el bulto, con la voz quebrada ya por el llanto—. Lo único que me quedaba. Primero fueron mis dos pequeñas; luego mi esposa, rota por el dolor, se dejó llevar; y ahora el benjamín, mi único hijo varón. Míralo bien, Hafs.

El hombre se inclinó sobre el cuerpo y abrió las telas que lo cubrían. Apareció un cuerpo pálido y esquelético, en el que llamaba poderosamente la atención el vientre distendido, desproporcionado.

—Yo lo he matado, Hafs, empecinándome en acompañarte en esta locura. Hace veinte años que decidí seguir a Umar, tu padre; traje aquí a mi esposa, aquí nacieron mis hijos… y aquí los he enterrado. Y todo esto… ¿para qué ha servido? —se preguntó con un tono extrañamente agudo, alterado por los sollozos.

—Lo lamento, Ishaq —acertó a decir, usando el nombre de pila del viejo lugarteniente, que comenzó a tiritar con fuerza.

—No me queda nada por ofrecer, he dado todo cuanto tenía. Nada más me podéis pedir —dijo, de forma apenas inteligible.

Hafs alzó los brazos hacia él, e Ishaq se aferró a ellos presa de un llanto incontenible y violentos temblores. Durante un instante mantuvieron el abrazo, hasta que el soldado pareció recuperar la entereza y se apartó.

—Acaba con esto, Hafs —rogó, con la mirada clavada en sus ojos—. Que mi hijo sea la última víctima de esta insensatez. Te lo ruego por Dios, Nuestro Señor, por el sufrimiento que Él padeció, que ahora se me antoja una liberación comparado con los sacrificios que a mí me ha tocado soportar. Nada hay más duro que ver morir a tus

hijos sin poder hacer nada para evitarlo. Si queda algo de humanidad en tu corazón… rinde Burbaster.

Hafs permaneció serio, en silencio, con la mirada fija en el cuerpo de aquel muchacho al que meses antes había visto correr entre las casas de Burbaster.

—Acompañad a este hombre, haced que entre en calor y proporcionadle algo de alimento. Que alguien se ocupe de ayudarle después a dar sepultura a su hijo.

El caudillo se quedó quieto mientras los veía alejarse en dirección al monasterio, con Ishaq arrastrando los pies entre dos de sus hombres, uno de los cuales portaba el liviano cuerpo del muchacho. Dio media vuelta, se embozó en la capa y emprendió el camino de regreso a la *alqasába*.

Pasó el resto de la mañana a solas, limitándose a contemplar la lluvia desde el ventanal de la gran sala. La decisión que debía tomar no precisaba de compañía, sino de tiempo y soledad. Hacía mucho que la leña se había consumido, y la luz empezaba a escasear cuando dos golpes quedos sonaron en la puerta, que se abrió para dar paso a uno de sus hombres de confianza. Este musitó un saludo y entró.

—Hafs… —empezó, con gesto contrito.

—Dime, Ahmad, ¿sucede algo?

—Se trata de Ishaq, *sahib*.

—¿Acaso no se han cumplido mis órdenes?

—Se han cumplido, tal como has ordenado. Los monjes lo han confortado y lo han acompañado hasta el camposanto, donde ha dado sepultura a su hijo junto al resto de su familia.

—¿Entonces?

—Ishaq ha asistido a la ceremonia que los propios monjes han celebrado en la basílica rupestre, incluso ha participado y ha pedido ser oído en confesión. Ha sido al salir del cementerio, *sahib*. Se ha apartado un momento del grupo y se ha dirigido a una de las terrazas sobre el río. Lloraba de forma desconsolada, y todos hemos pensado que buscaba la soledad para ocultar lo que algunos podrían tomar por debilidad. Sin embargo, al llegar al borde del precipicio… —tragó saliva—, al llegar ha alzado la mirada al cielo, se ha persignado… y ha avanzado un último paso, hasta dejarse caer al vacío.

Año 928, 316 de la Hégira

58

Qurtuba

Carta del emir a las coras sobre la conquista de la fortaleza de Burbaster

En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso.

Alabanza a Allah, excelso vencedor, dueño poderoso, perfecto en sus designios, glorificador del islam, humillador y debelador de infidelidad, el que ha enviado a los profetas y revelado los Libros, confiriendo a Muhammad la calidad de Profeta y ennobleciéndolo con su misión, haciéndole mensajero de albricias y amonestador, lámpara resplandeciente con que ha iluminado lo cierto y guiado a la fe, poniendo con él sello a los profetas. Allah lo bendijo y lo salvó, santificó, engrandeció, ennobleció y honró, escogiendo para sucederle y eligiendo para presidir su religión a las más excelentes criaturas y sus mejores y más gratos siervos, gente de autoridad y confianza, cumplidores de tradición y eliminadores de sedición, con los que se mantuvo la continuidad de la fe, permaneció derecho el pilar del islam, su tabernáculo erecto y sólidas sus esquinas.

Loor a Allah, que hizo del islam salvación de quien a él se aferra y guía de su misericordia, e hizo del politeísmo oprobio de quien lo sigue, guiándole al tormento y mereciéndole castigo. Él hizo de la guerra santa contra sus gentes el mayor de los deberes y otorgó el favor supremo a los que la practican, prometiéndoles galardón en esta vida y en la venidera.

Nos, desde que Allah nos honró con el emirato y nos distinguió con la jefatura de sus siervos, no hemos cesado de procurar el objetivo supremo de combatir a sus enemigos, empeñándonos en el apoyo de sus amigos, sin que nos lo impidiera el hastío ni nos distrajera la dejadez, cuando la tierra estaba repleta de infidelidad y rebosante de politeísmo, consolidada la hipocresía y cundiendo el cisma, pues en cada inaccesible peñasco graznaba un cuervo y en cada alta cima desvariaba una cabra. Aquellos, fortalecidos por el largo abandono, iban rozagantes entre la humanidad disfrutando de ancho campo, hasta que Allah en su poder nos envió a apartarlos del error y desviarlos de aquella conducta: uno a uno los fuimos buscando y sometiendo, rindiéndolos de bastión en bastión, buscándolos de uno a otro lugar, empezando por los más próximos pero recorriendo los más alejados, hasta que Allah humilló su poder, calmó su

revuelta, debilitó sus ardides, los disgregó y conmovió, evacuando sus fortalezas y siendo uncidos a la obediencia, envilecidos por sus crímenes, tras haber segado la espada a culpables y perversos, y exterminado la muerte a sus auxiliares y partidarios, de modo que el país volvió a estar tranquilo y en calma, el temeroso, seguro, y el débil, fortificado, siendo reprimidos los malvados pertinaces, y sujetos los falsos y corruptos, para que no pudieran dañar injustamente a los débiles, sin que confiáramos la reparación de todo esto a segunda persona, ni admitiéramos otra cosa que nuestra observación, año tras año, aceifa tras aceifa, hasta que Allah en su poder propició nuestra esperanza, nos otorgó lo deseado y nos llevó al límite que queríamos, gracias a su ayuda y apoyo, y a sus favorables designios en todos nuestros asuntos, habiéndonos dado su paciencia y facilitado las dificultades: loor a Allah, generoso dador de favores y gran gracia.

Era la ciudad de Burbaster base de politeísmo, morada de infidelidad y mentira, gloria y refugio de la cristiandad que allí se acogía y descansaba, en el centro bien nutrido de sus regiones y sagrado, donde quien llegaba podía refugiarse, y quien se acogía estaba a salvo, y así durante el largo tiempo en que le duró la gracia, favorecida durante una época por una fortuna continua en su oposición a los emires, que, desde hace cincuenta años, guerreaban contra ella e ingeniaban ardides, mas la defendía el plazo escrito y se intensificaba en ella la sedición iniciada, sin que se la pudiese alcanzar ni poner en ella esperanza. Extendía su perjuicio a toda la población, llegaba su maldad a toda cora, se despoblaba toda ciudad, se perdía todo regocijo, y eran suyos los provechos que a los demás vedaba en su mayor parte, desde su eminente situación y sólida construcción, excelsa y alta por todas partes, sin igual ni similar, con viviendas amplias y edificios apiñados de puro populosa, a pesar de la holgura de espacio, donde el pequeño nacía para ser guerrero y al anciano no faltaba qué ordeñar, mientras su señor, confiado, esperanzado y provisto de guarnición, no barruntaba final ni merma de número, ni conmoción de su posesión, ni avatares contrarios de la fortuna que vinieran a alcanzarla.

Nuestro esfuerzo y atención a ella dedicados para posibilitar nuestra empresa, allanando dificultades y rindiendo a los principales hipócritas, fueron medio y estrategia para acabar en ella y entregarnos a su asedio, procurando arruinarla y debilitarla, sin parar mientes en el costo, pues nada nos parecía excesivo en el empeño, movidos por la esperanza de una resolución encaminada al más remoto objetivo, capaz del esfuerzo de recorrer elevados senderos. Cuando quedaron desiertas las fortalezas vecinas, se vio privada de los bastiones inmediatos, cortados sus vínculos, secos sus arroyos, acabadas sus comodidades, quedándose solo con las provisiones que podía guardar, nos fuimos a ella en

persona con nuestro empeño, levantando altas ciudades y elevadas fortalezas y emplazando caídes y fuerzas en abundante número y pertrechos mientras continuábamos el hostigamiento, cerco y vigilancia a sus moradores, impidiéndoles el aprovisionamiento en cualquier dirección, negando acogida a tránsfugas de cualquier clase, matando a cuantos entraban o salían de ella y cautivando, en su caso, a las mujeres y menores. Sufrieron esta inesperada conducta con la mayor constancia, pero los agotaban el sitio y la vigilancia continua, mientras muchos morían y otros eran hechos cautivos, hasta ver que no podían aguantar, ni mantenerse, ni acostumbrarse y que no tenían escape de su situación, y quisieron engañarnos ofreciendo sumisión para librarse de nuestro empeño, con la obediencia y la reintegración en la comunidad, sin otra intención que tener un respiro y aflojar el dogal, pero no escuchamos tales peticiones suyas ni aceptamos tal proceder, pues sabíamos que aquella facción infiel de corazones resentidos y aferrados al odio y el mal seguía enferma de su infección, inclinada a la sediciosa infidelidad, por lo que les negamos la permanencia en el nido de perdición y les permitimos salir rindiéndose y dispersándose, a lo que se apresuraron por necesidad, salvándose del asedio, para lo que les dimos amplio *amán*.

Encargamos al *wazīr* Ahmad ibn Muhammad ibn Hudayr que se adelantara a presenciar su salida y hacerse cargo de la rendición, cumpliéndoles el *amán* y protegiéndolos, como hizo, marchando a Talyayra, la ciudad construida contra Burbaster, dando orden de que partieran, lo que hicieron en bandadas, marchando precipitadamente y dispersándose por doquier, cada cual a su querencia, entrando en ciudades leales y haciéndose súbditos ordinarios. Quedó atrás su jefe, Hafs ibn Umar, tan trémulo y asustado que no quería salir ni calmaba el *amán* su inquietud, pues temía que cualquier mano lo prendiera y hasta a las ramas de los árboles que se le engancharan, estando a punto de morir de terror. Pero el *wazīr* Ahmad ibn Muhammad ibn Hudayr lo tranquilizó y calmó con la benignidad de nuestro otorgado *amán* hasta que, confiado y tranquilo, salió el último de los acogidos al salvoconducto, quedándose su ciudad, lugar de perdición, púlpito de disensión y veta de error, tras haber tenido tantas murallas, edificios y alcazabas y contener tantos vergeles y obras, vacía de pobladores y tan desierta como si no hubiera estado poblada el día anterior, pues «Allah los alcanzó por donde no pensaban y puso terror a sus corazones[35]» a causa de su culpa: en nada quedó todo el bienestar y gracia que allí habían gozado y cuanto el demonio les había dado para seducirlos, pues sus populosos, ricos y cuidados parajes quedaron más vacíos que el desierto y más desolados que una tumba. Así cumple Allah su propósito, aunque dé largo plazo a los infieles y sea paciente con los criminales: «Cuando pide cuentas a las

ciudades inicuas, son cuentas duras y dolorosas[36].»

Hemos ordenado la destrucción de Burbaster, la demolición de sus murallas y paredes y de cuantos palacios, casas, almacenes y edificios allí se alzan, dejándola nuevamente como monte pelado, como había sido en un principio en la antigüedad, para borrar la estancia de los injustos infieles y destruir el paradero de los engreídos politeístas, erradicando su morada y haciendo desaparecer las huellas de su falsedad, «y quedará como gavilla cortada[37]». Hicimos llegar al arrepentido Hafs a la seguridad, apoyo y perdón que nos habíamos dignado concederle, tratándolo con la conocida benevolencia que puso Allah entre nuestras cualidades y predomina en nuestras acciones, hasta el punto de tranquilizarlo y regocijarlo.

Ten esto sabido y obsérvalo; da muchas gracias a Allah y haz que se lea esta misiva que te dirijo a los musulmanes de tu cora, en las mezquitas de tu lugar, para que alaben a Allah por el gran favor que les ha concedido y le den gracias por el mal que les ha atajado, pues con sobreabundantes loores se mantiene su beneplácito y son atraídas nuevas gracias, si Allah quiere, pues en Él está la ayuda.

ABD AL RAHMAN, emir de Al Ándalus,
satisfecho con la sanción divina

Escrito en Qurtuba, el jueves 5 de Dhul Hiyah
del año 315 de la Hégira[38]

Año 928, 316 de la Hégira

59

Burbaster

—Nos acercamos a nuestra meta —dijo el emir cuando la mula castaña que montaba su esposa llegó a la altura de su magnífica cabalgadura, a la que retenía haciéndola caracolear y levantar las patas del camino.

—Unos parajes sobrecogedores —respondió Maryam, elevando la mirada hacia los picos que se alzaban ante ellos y que parecían colocados allí para impedir el avance de la comitiva.

—Parajes que por primera vez podemos recorrer sin riesgo. Hace dos meses apenas, nadie en su sano juicio hubiera osado transitar por estas gargantas.

—Tengo curiosidad por llegar a Burbaster. Si aquello es solo la mitad de lo que se cuenta… habrá merecido la pena acompañarte en este viaje.

El chillido de un águila reverberó entre los cortados, y Abd al Rahman sonrió.

—Acaso saludan a los nuevos señores de sus dominios —bromeó—. Por algo este lugar era conocido como el Nido de las Águilas.

—¡Buitres! ¡Buitres y cuervos bien negros es lo que albergaba! —exclamó Maryam.

Abd al Rahman rio con ganas. Desde que partieran de Qurtuba, se encontraba de un humor excelente, por vez primera emprendían una marcha sin el peso de las cotas y las lorigas, sin la incertidumbre de la inminente batalla. Bien podía decirse que aquello era una expedición de recreo. Había querido que lo acompañara Al Hakam, quien, ansioso por mostrar su conocimiento del lugar, cabalgaba en primera línea, acompañado por Mūsa, el muladí de la frontera que de forma gradual, y gracias a su noble carácter, había llegado a ocupar un lugar de privilegio en el seno de su familia. Tampoco había puesto reparos al deseo de Maryam de sumarse a la comitiva, ansiosa sin duda por contemplar con sus propios ojos el lugar que los *qurtubíes* habían acabado por convertir en una auténtica leyenda. Por ello, precisamente, había dado la orden de destruirlo hasta los cimientos, como había anunciado en su carta a las coras. Pero antes necesitaba hollar sus veredas, recrear la vista en las portentosas fortificaciones que ya nunca darían protección a sediciosos y poner los pies en la *alqasába* que los había albergado.

Trató por un momento de ponerse en la piel de su padre, Muhammad, que pocos días antes de que él naciera había recorrido aquellos caminos, desesperado hasta el

punto de ir a buscar refugio junto al mayor enemigo de Qurtuba. Había sido su madre, Muzna, quien le había referido la historia, su huida del alcázar a través de los pasadizos que daban al río, su parto inminente, la ausencia del esposo, perseguido por las falsas acusaciones de un hermano celoso de su título de heredero, y el regreso a tiempo para oír los primeros llantos del recién nacido. Sus primeros llantos. Y luego… la muerte, a manos de su propio hermano Mutarrif, la muerte que a él le había privado de conocer a su propio padre. Jamás permitiría que algo así le sucediera a su primogénito Al Hakam. Por mucho que sus madres, también Maryam, cuestionaran su decisión de expulsar del alcázar a todos sus hermanos, eso era algo que no iba a reconsiderar.

En sus planes de futuro para el emirato, Al Hakam era una pieza fundamental, e iba a moldearla según sus propósitos. Habían transcurrido quince años desde su nombramiento, un tiempo en que todas sus energías habían estado dedicadas a la pacificación de Al Ándalus. La caída de Burbaster, la destrucción de Pampilona y la muerte de Sancho, la muerte de Ordoño y la guerra civil que se había desatado en Liyūn por su sucesión… eran los hitos que marcaban el fin de una etapa. Se acercaba el momento de la gran transformación, según el plan pergeñado por la mente preclara del *hāchib* Badr, quien, en su lecho de muerte, le había revelado las intenciones que albergaba. Nunca lamentaría lo suficiente su ausencia, pero la promesa que en aquel momento le hizo había conducido cada uno de los pasos que había dado desde aquel día, siete años atrás. El emirato, tan duramente reconstruido sobre la base de las numerosas expediciones militares que él mismo había comandado en ocasiones, habría de perdurar tan solo si el soberano dejaba de ser un guerrero para convertirse en un rey sabio, de manera que la convicción pesase más que la coerción en la obediencia de sus súbditos. Y aquel era el destino que estaba preparando para su heredero, que cabalgaba ahora diez cuerpos por delante de ellos.

—Veo que observas a nuestro hijo.

Abd al Rahman volvió la cabeza, sorprendido, y asintió.

—Parece feliz con este viaje.

—Lo es. Cualquier cosa que le permita abandonar la reclusión entre los muros del alcázar le hace feliz.

—Lo sé, y por eso me hice acompañar por él en la ‘*saifa* del pasado año.

—Regresó transformado —recordó Maryam—. ¿Sabes qué fue lo que más le impresionó de aquella expedición?

—Lo sé, recuerdo bien su asombro ante el desfile de nuestra flota, encaramado en la *alqasába* de Mālaqa.

—¡Por Allah Todopoderoso, no había visto el mar en sus doce años de vida!

—Pues bien, ya lo conoce, y sabe que la flota es el instrumento que utilizamos para dominarlo y para mantener alejado al enemigo de Ifriqiya. De la misma manera

que he querido traerlo esta vez, para que vea con sus ojos cómo nuestro ejército destruye la morada del enemigo interior.

—Temo, sin embargo, que el aislamiento en que se le mantiene en palacio pueda perjudicarle. ¡Si al menos se le permitiera convivir con el resto de sus hermanos uterinos, mis hijos…!

Una mueca de contrariedad apareció en el semblante de Abd al Rahman.

—La senda por la que he decidido encaminarle conduce a lo más alto, pero es estrecha, y no permite el paso de dos jinetes a un tiempo. La compañía de sus preceptores es más que suficiente, y ellos han de ser quienes le guíen por el camino del saber.

Maryam agachó la cabeza, consciente de que no era prudente seguir insistiendo.

—Habla… —dijo Abd al Rahman al cabo de un momento.

Esta vez fue ella la sorprendida, y alzó las cejas en un gesto que hizo sonreír a su esposo.

—Cuando tienes algo que decir tus dedos te delatan… las yemas se rozan como si tuvieran vida propia.

Maryam se miró perpleja las manos, que sujetaban las riendas, y sonrió también. Sin embargo, su expresión pronto se hizo grave de nuevo.

—Es cierto —concedió—, hay otra cosa que me preocupa, pero te advierto que está relacionada con lo anterior.

—Adelante…

—Al Hakam ha despertado ya a la atracción de la carne…

—¡Excelente! ¿Y hay algo de malo en eso?

—A su edad, son las conversaciones con otros muchachos de su edad las que canalizan esa atracción natural, los relatos y confidencias sobre las primeras experiencias con mujeres… Es algo que a Al Hakam le ha sido vedado. Tampoco se relaciona con muchachas de su edad, y me temo que lo que está desarrollando es una atracción física… hacia otros varones.

Abd al Rahman se volvió hacia Maryam, y por un momento siguió cabalgando en silencio.

—Es algo con lo que no contaba —repuso al fin—, aunque tampoco es nada extraordinario. Que en el futuro guste de yacer con hombres no debe preocuparnos, pero ha de tener claro que parte de su semilla debe reservarse para regar con ella un vientre fértil. Me da igual con quien comparta su lecho si es diligente a la hora de tomar esposa… y juntos nos proporcionan el heredero que en el futuro necesitará el emirato. En caso contrario, su nombramiento como heredero quedará revocado.

—Me sorprende tu… pragmatismo.

—Me sorprende que te sorprenda… a ti, que conoces como nadie lo que sucede entre los muros del *harém*. En cualquier caso, no debes preocuparte… en cuanto

regresemos a Qurtuba, yo mismo me encargaré de que saboree las mieles más dulces de mi despensa.

Maryam rio con ganas, atrayendo la atención de los jinetes que cabalgaban junto a ellos.

—¿También tú has de esperar a regresar a Qurtuba para saborear esas mieles de las que hablas? —susurró.

—Hay mieles de las que jamás se puede prescindir una vez que se han probado. ¿Sabes? Desde que supe que me acompañarías en este viaje, hay una fantasía que no consigo apartar de mi cabeza…

—Ah, ¿sí? —respondió Maryam con picardía—. ¿Y me la vas a contar? ¿O quizá… no soy la protagonista?

—Sabes que lo eres… eres mi abeja reina. Bien te encargas tú de que no tenga la necesidad de buscar en otras colmenas. —Rio—. Deseo plantar la *qubba* en lo más alto del monte de Burbaster, y allí, al atardecer, poseerte, como la primera vez, hace quince años, cuando compraste a Fátima el derecho a pasar aquella noche conmigo.

Maryam sonrió, pero un atisbo de emoción apareció en su semblante.

—Te juro… que esta noche te sentirás el rey del mundo.

Abd al Rahman fue el primero en traspasar los muros de Burbaster, después de la larga ascensión que los había conducido hasta la puerta de Burtiqát. Tras él, Al Hakam, Maryam después y los visires encabezados por el *hāchib* Mūsa ibn Muhammad ibn Sa’id. El *wazīr* Ahmad ibn Muhammad ibn Hudayr, que había supervisado desde Talyayra la evacuación de la *madina*, se había incorporado a la comitiva en las cercanías de la ermita de Villaverde, donde había tenido ocasión de explicar a su soberano el enfrentamiento que terminara con la muerte de Sulaymán.

El emir descabalgó para cruzar el imponente dintel de piedra con el ánimo embargado por la emoción. Lo hizo con la mirada puesta en el suelo y, solo cuando hubo atravesado el sólido portón de madera, alzó el rostro y se dejó empapar por aquella imagen que, estaba seguro, no habría de olvidar mientras viviera. Su primer pensamiento al hacerlo fue para su abuelo Abd Allah y tras él, como una cascada, acudieron a su mente el *hāchib* Badr, quien tanto había hecho para que aquel día llegara, su padre, Muhammad, que había atravesado aquellos mismos muros casi cuarenta años atrás, y el propio Umar ibn Hafsún, quien, en uno de los desconcertantes gestos que habían caracterizado su inverosímil trayectoria, permitió el regreso a Qurtuba de quien podría haber sido el rehén más valioso en manos de un sedicioso. Permaneció en pie en medio del silencio, roto tan solo por el silbido del viento entre las ramas y los chillidos de las rapaces que sobrevolaban los cortados, hasta que volvió la mirada hacia su hijo y, con un gesto, le pidió que se acercara.

—Recuerda mientras vivas este momento, Al Hakam. El camino para llegar aquí está empapado con la sangre de decenas de miles de buenos creyentes. Cincuenta

años y el tesón de cuatro emires han sido necesarios para doblegar la resistencia de este nido de perdición. Cuando yo nací, el Estado omeya tal como tú lo has conocido, el mismo que tan inmutable te parece ahora, estaba a punto de claudicar bajo el empuje de los rebeldes que tenían en este lugar su refugio. Sabes, porque yo te lo he contado, que el caudillo que gobernaba en Burbaster llegó a poner fuego con sus proyectiles en la mezquita aljama de Qurtuba. Ha sido preciso el esfuerzo de muchos hombres para que tú y yo podamos hollar estas veredas. Abre bien los ojos y los oídos, porque las historias que vas a escuchar y lo que vas a vivir estos días son los cimientos sobre los que hemos de construir el futuro de nuestra dinastía. Hoy es el primer día, escúchame bien, de una nueva era para los omeyas. Un día que ha tardado en llegar, más de lo que jamás pudo suponer el responsable de todo esto.

—¿El viejo *hāchib* del que tanto me has hablado?

—Badr ibn Ahmad, sí. Él había pergeñado el plan que debía ponerse en marcha cuando sucediera lo que acaba de suceder, un plan que mantiene toda su vigencia y que me dispongo a llevar adelante. Pero antes he de culminar la tarea que me ha traído hasta aquí. ¿Cuál es el camino hacia ese célebre monasterio rupestre? —preguntó.

Fue el propio *wazīr* Ibn Hudayr quien se adelantó para indicar la dirección, y tanto el emir como Maryam y su hijo le siguieron a pie. Caminaron entre casas abigarradas, superpuestas unas a otras para aprovechar el escaso espacio que las laderas ofrecían. Entre ellas, en cualquier rincón, pequeños aljibes, terrazas imposibles en las que sin duda se habrían recogido cosechas, hornacinas en las que aún permanecían las imágenes que aquellos idólatras veneraban… Bordeando la muralla, llegaron a una impresionante mole de piedra que se alzaba decenas de codos sobre el suelo, junto a la cual, adosado a la roca, se había construido un recinto cerrado y techado que ocultaba su cara septentrional. Rodearon sus muros hasta alcanzar la única entrada visible a aquel lugar.

—El monasterio, *sahib* —anunció el *wazīr*—. Aunque es a través del patio por donde podremos acceder al interior de la iglesia.

Ibn Hudayr avanzaba abriendo camino en el recinto ahora privado de monjes y barrido por el viento. Señaló una estrecha puerta de madera y permitió que los tres miembros de la familia real entraran primero. El emir emitió una exclamación de asombro cuando su vista se acostumbró a la oscuridad del recinto abandonado. La mole de piedra, inaccesible desde el sur, se había horadado en la cara opuesta, hasta labrar en ella tres naves longitudinales, separadas entre sí por dos muros, a su vez perforados con grandes vanos, algunos en forma de arco de herradura. El ábside de la nave central tenía forma semicircular, a diferencia de los dos laterales, y los tres se hallaban separados del resto por un escalón destinado a dar la necesaria preeminencia al celebrante. Fue Maryam la que puso voz al pensamiento que la visión del lugar

sugería a todos los recién llegados.

—¡Por Allah Todopoderoso! ¡Esta es la obra de varias generaciones de monjes! Aunque el destino de Burbaster no sea otro que la destrucción, ¿quién sería capaz de echar por tierra un lugar como este, excavado en la roca viva? ¡Costaría el mismo esfuerzo que su construcción!

—Estás en lo cierto, no es posible derruir este lugar… pero sí cambiar su uso y convertirlo en mezquita. En cualquier caso, habría que construir una para la guarnición que se encargará de custodiar la *alqasába*, el único edificio que pretendo mantener en pie.

—No es esta la única iglesia de Burbaster. Hay otra en la meseta superior, de mucha mayor capacidad —informó Ibn Hudayr—. Enseguida tendréis oportunidad de verla. Y sigue en pie la vieja mezquita.

—¡Destruidla también! Sin duda fue en ella donde, durante años, se leyó el sermón del viernes en nombre de Al Mahdi, el falso califa fatimí. Es mi deseo que no quede rastro de su existencia, que cada una de sus piedras sea arrojada al fondo del río y que por todo Al Ándalus se haga correr la noticia de su desaparición. Nuestros súbditos deben saber que solo un califa omeya podría arrogarse la legitimidad de la sucesión del Profeta, y es reo de apostasía quien abrace la doctrina fatimí.

La comitiva se puso de nuevo en marcha. Mūsa ibn Abd Allah caminaba en medio del grupo de cortesanos, atónito ante lo que veía. Si la iglesia rupestre asombraba por la abrumadora tarea llevada a cabo para labrar la roca a mazo y cincel, el resto de las construcciones de la *madina* lo hacía por lo titánico del esfuerzo necesario para su construcción. Allí, en lo alto de aquel monte, había surgido una ciudad de la nada, y en cincuenta años había llegado a albergar a varios miles de refugiados, protegidos por murallas inexpugnables y alojados en millares de viviendas que ahora se alzaban apretadas a ambos lados de la vereda, a medida que ascendían en busca de la cima. Imaginó el lugar en sus momentos de esplendor, cuando parecía destinado a convertirse en la exótica capital del principado hafsuní, que extendía su territorio desde Niebla hasta Bayyana, desde Mālaqa hasta Yayyān. Y lo imaginó también dos meses antes, a punto de sucumbir al asedio, con sus habitantes atormentados por el hambre y las privaciones, y por un momento experimentó una corriente de simpatía hacia los hombres y mujeres que habían conseguido poner en jaque un sistema de gobierno que consideraban injusto, tiránico y arbitrario.

Le sorprendió comprobar que el *wazīr* Ibn Hudayr se retrasaba del grupo de cabeza hasta acompasar el paso al suyo propio.

—Mūsa… hay algo que debes saber —dijo con voz impersonal—. Han llegado noticias procedentes de la Marca Superior, acerca de Muhammad ibn Lubb, tu primo, si no estoy mal informado.

—¿Acaso le ha sucedido algo malo?

—Lo peor, Mūsa. Su cuñado, el *sahib* de Pallars, le había ofrecido refugio tras los últimos reveses sufridos frente a los tuchibíes en Lārida. Sin embargo, ha traicionado su palabra y ha acabado con su vida y la de los suyos.

Mūsa, herido, emitió un gemido de angustia. Incapaz de andar, se apartó del grupo y se apoyó en el quicio de una puerta.

—Tenía que decírtelo, sé que es importante para ti. Siento haberlo hecho de forma tan brusca, pero debo regresar junto al emir. Lo lamento, créeme, amigo mío.

Mūsa asintió antes de ver cómo el *wazīr* se incorporaba de nuevo al grupo. El rostro con el que recordaba a Muhammad era el de un niño de diez años, su mejor amigo además de su primo. No había tenido ocasión de coincidir con él desde entonces, y ahora sabía que lo había perdido para siempre. En su mente se abrió paso la evidencia, y comprendió con dolor lo que aquella noticia significaba: el último rastro de la presencia de los Banū Qasī en la Marca había desaparecido con Muhammad ibn Lubb.

El viento arreciaba con fuerza en la meseta en la que se alzaba la *alqasába*. Abd al Rahman detuvo sus pasos a un centenar de codos de la soberbia construcción y fijó su mirada en la bandera que se agitaba con violencia sobre el mástil. Su color blanco, inmaculado, era el símbolo de la nueva autoridad, la de los omeyas, que, ahora sí, extendía su dominio hasta el último rincón de Al Ándalus. En aquel instante fue consciente de la trascendencia del momento, y la oleada de sensaciones y de recuerdos que asaltaron su mente apretó el nudo que le ceñía la garganta desde que pusiera el pie en Burbaster.

El *wazīr* le indicó con un gesto la puerta de entrada a la fortaleza, pero el emir pareció no verlo. Permaneció de pie y en silencio, abstraído en sus pensamientos, y nadie se atrevió a romper aquel momento de intimidad hasta que, sin mediar palabra, comenzó a caminar en dirección al extremo meridional del muro que rodeaba la imponente construcción. Pese a que el *wazīr*, el *hāchib* y el resto de los cortesanos hicieron ademán de seguirle, un simple movimiento de su brazo extendido con la palma hacia atrás fue suficiente para detenerlos. La *alqasába* ocupaba el punto más elevado de la altiplanicie que dominaba la *madina*, en su extremo suroriental. Tres sólidos muros de piedra la rodeaban, excepto por el flanco en que se asomaba al abismo, donde la ladera se precipitaba hasta el fondo del valle, por el que serpenteaba el Ūadi al Jurs. Descendió afianzando cada uno de sus pasos por la suave pendiente que conducía al borde de la meseta y se detuvo en un saliente de roca desnuda que se proyectaba sobre el vacío.

Mūsa había hecho solo el resto del camino, rumiando las consecuencias de la noticia que acababa de recibir. Cuando llegó a lo alto, su corazón quedó sobrecogido por la escena que se desarrollaba ante él. Sobre el fondo de aquel asombroso paisaje,

en medio del cual cualquier hombre se sentía empequeñecer, se recortaba la silueta de la *alqasába* que durante cincuenta años había sido refugio de Ibn Hafsún y de los que le habían sucedido. Sin embargo, su mirada quedó atrapada por lo que sucedía a su derecha. Abd al Rahman, suspendido por encima del vacío en un saliente peligrosamente estrecho, había extendido los brazos frente a aquella inmensidad, y el viento agitaba con fuerza su túnica, produciendo un golpeteo rítmico que llegaba con nitidez hasta el lugar donde se encontraba. El sol, tras él, deslumbraba y arrancaba reflejos de la rica tela de brocado, proyectando un halo áureo en torno a la figura del soberano.

A pocos pasos de él, los hombres que componían la comitiva, un centenar quizá, permanecían clavados al suelo, contemplando la escena mudos y embelesados. También Mūsa perdió la noción del tiempo y no habría sabido decir cuánto había durado aquel momento. Tras la figura del emir, que atraía de forma irresistible la atención, se divisaba la cinta del río que serpenteaba en la distancia, hasta alcanzar lo que parecía ser una próspera *madina*, a juzgar por los incontables fuegos que lanzaban al aire columnas de humo que el viento arrastraba al instante. Supuso que aquella debía de ser la célebre Talyayra, la ciudad que Abd al Rahman había mandado edificar de la nada.

El emir seguía alzando la cara con los ojos cerrados, dejando que el viento lo azotara. Por un momento Mūsa fue capaz de ponerse en su lugar y, a pesar de los sentimientos encontrados que no dejaban de invadirle desde el relevo de los Banū Qasī, sintió una corriente de comprensión hacia aquel hombre que durante sus quince años de reinado no había hecho sino anhelar el momento que ahora saboreaba, el momento de la pacificación definitiva de Al Ándalus.

Abd al Rahman dejó caer los brazos con lentitud, agachó la cabeza y volvió la mirada hacia el auditorio, que permanecía estático y callado. Retrocedió con cuidado y emprendió el camino de regreso. El *wazīr* Ibn Hudayr le salió al paso.

—*Sahib*… ¿deseáis conocer el interior de la *alqasába*?

—Lo deseo. Deseo pisar el lugar en el que mi padre se entrevistó con Ibn Hafsún antes de que yo naciera.

Ibn Hudayr asintió, con un resto de emoción en el semblante.

—Después deseo ver la tumba donde descansa el maldito…

—Se encuentra a pocos pasos de aquí, *sahib*, en el interior de la fortaleza.

—Haz que desentierren sus restos… volverán con nosotros a Qurtuba para colgar ante la Bab as-Sudda junto a los de su hijo Sulaymán.

—¿No deseáis comprobar por vos mismo si es cierto lo que algunas lenguas afirman?

—¿A qué te refieres?

—Hay quien dice que su conversión al cristianismo no fue tal, sino una argucia

para ganar adeptos a su causa —afirmó el *wazīr*—. Muchos afirman que fue enterrado al modo musulmán.

El emir pareció reflexionar.

—No me interesa saber cómo fue enterrado. Es más, no deseo saberlo, no me informéis sobre ello cuando se haya cumplido mi orden. Umar ibn Hafsún es un renegado, y como tal se le tratará.

—Si no ordenáis nada más, entremos.

—Yo entraré, *wazīr*. Ocupaos de instalar el campamento y de preparar el regreso, mañana mismo. A ti te encomiendo la tarea de reforzar esta *alqasába* con las fuerzas de que dispones en Talyayra. Fue inexpugnable para los rebeldes y lo será para nosotros. Burbaster albergará la guarnición que se ocupe de garantizar la paz en la *kūra* de ahora en adelante. Sin embargo, deseo que la fortaleza sea lo único que se mantenga en pie. La fortaleza y la mezquita. El resto se arrasará por completo, hasta no dejar piedra sobre piedra, y quiero que hagas cumplir esta orden en el momento en que yo ponga el pie fuera de la *madina*.

—¿También las murallas, *sahib*? —preguntó el *wazīr*, compungido.

—Sobre todo las murallas… Jamás un rebelde tendrá oportunidad de hacerse de nuevo fuerte en Burbaster. Utilizad los sillares para reforzar el castillo, y el resto, despeñadlo por el precipicio.

Año 928, 316 de la Hégira

60

Qurtuba

Desde su llegada a Qurtuba, Mūsa había aprendido a disfrutar del bullicio de sus calles, donde solo el tedio parecía no tener hueco. El día en que por vez primera tuvo oportunidad de asomarse por el adarve de los muros del alcázar para contemplar a sus pies aquel hervidero humano que iba y venía alrededor de la mezquita aljama y del zoco, había venido a su mente el recuerdo de una de las distracciones de su infancia, allá en la lejana Tutila. Siempre había disfrutado contemplando la actividad frenética de los hormigueros, y era capaz de pasar horas embelesado, siguiendo la trayectoria de aquellos insectos, que, cargados con semillas más pesadas que ellos mismos, sorteaban cualquier obstáculo, incluso los que él mismo ponía a su paso, antes de penetrar en la tierra. Aquellos días en Qurtuba la multitud llegada de los alrededores se sumaba a la población de la capital para hacer de sus calles lo más parecido a aquel pasatiempo de su niñez. Y de la misma forma que entonces, Mūsa disfrutaba del sencillo placer de caminar entre la muchedumbre, con la bolsa bien sujeta, eso sí, para escuchar, observar y oler la ciudad que embriagaba todos sus sentidos.

Los consejeros del emir habían acertado al elegir el momento para proceder a la simbólica ejecución. Había tenido lugar la mañana del día anterior, miércoles, de manera que la estancia de los visitantes se prolongara hasta la jornada siguiente, día de mercado, para enlazar después con la celebración del viernes, con lo que el aumento de las transacciones y el consiguiente incremento en el cobro de la *alqabála* se prolongaban durante tres jornadas.

Debía reconocer que el espectáculo había resultado macabro, a la vez que sumamente eficaz a la hora despertar los más atávicos instintos y el entusiasmo de la población. Pero se había llevado por delante el puesto que, como *qādī* principal, había desempeñado durante años su maestro Aslam. Su negativa a sentenciar y condenar de manera póstuma al rebelde de Burbaster había desembocado en una destitución que se venía gestando desde hacía un año. Quien ahora ocupaba el cargo era el mismo que entonces había conseguido el nombramiento como director de las rogativas. Su éxito al atraer la lluvia justo en el momento de la ejecución de Sulaymán le había hecho alcanzar una popularidad que el emir necesitaba aprovechar. Solo el prestigio de Aslam y su autoridad moral habían hecho retrasar el cese, pero la negativa de este a condenar a un hombre que después de todo había muerto en la

obediencia al emir allanó el camino a Ahmad ibn Baqi, su sucesor.

Desde que se conoció la intención del emir de ejecutar junto al cadáver de Sulaymán a su padre Umar y a su hermano Ya’far, cuyas sepulturas se habían encontrado juntas en Burbaster, la expectación no había dejado de crecer. La popularidad del emir se encontraba en su apogeo, las penurias pasadas se relegaban al olvido, y todo parecía fluir de acuerdo con un plan divino que mostraba su predilección hacia aquel hombre por quien nadie habría apostado nada cuando llegó al trono, siendo tan solo un muchacho. La confianza parecía haberse instalado entre los *qurtubíes*, mercancías de todo tipo llegaban a la ciudad y salían de ella por caminos libres de salteadores, empezaba a abundar el trabajo bien remunerado, los negocios florecían, e incluso se había anunciado el inicio de la acuñación en la ceca de dinares de oro con la efigie de Abd al Rahman, y no solo *dirhem* de plata, como hasta entonces.

Desde la mañana anterior, el símbolo del triunfo de Abd al Rahman colgaba delante de la Bab as-Sudda, como recordatorio de aquella época de dificultades y revueltas que ya pertenecía al pasado. El esqueleto descarnado de Umar, suturado con pericia, había sido alzado entre los de sus hijos, que colgaban dos codos por debajo. Solo el cadáver de Sulaymán conservaba aún jirones de ropa, pero su calavera, expuesta a la intemperie y al inclemente sol de Qurtuba desde el año anterior, lucía un chocante color blanco que contrastaba con la pátina terrosa que impregnaba las otras dos.

El espectáculo había atraído la curiosidad de todos cuantos en aquellas fechas se encontraban en Qurtuba, y las inmediaciones del puente, la entrada principal de la ciudad junto a la mezquita mayor y el alcázar real eran el lugar elegido por quienes buscaban atención y negocio. Titiriteros, adivinos, malabaristas y prestidigitadores luchaban por atraer la curiosidad de la multitud, tratando de situarse en los lugares más visibles y transitados, cuando los hombres del *sahib al surta*, que intentaban facilitar el tránsito, se lo permitían.

Mūsa salió del *alqásr* por la puerta más próxima a la mezquita aljama, con la intención de recorrer el zoco y dejarse caer por la *alqaysaríyya*. Al pasar ante la entrada de la Dar al Rahn, el edificio que, mitad alojamiento y mitad prisión, albergaba a muchos de los rehenes que permanecían en Qurtuba, le llamó la atención la voz poderosa de un hombre que congregaba a su alrededor a un numeroso grupo de curiosos que parecía crecer por momentos. Apenas alcanzaba a oír sus palabras, pero algo le hizo detenerse y dirigirse luego hacia el centro del círculo.

—¡Estaba anunciado, cordobeses! ¿Cómo, si no, hemos de interpretar el sentido de las palabras que acabáis de escuchar?

—¡No hemos oído! —gritó un hombre a su lado—. ¡Repítelo!

—¡Lo haré, encantado, las veces que sea necesario! Se trata, como os decía, de un

poema de Muqaddam ibn Mu'afa, escrito cuando Umar estaba en el apogeo de su extravío y en la cima de su maldad:

¡… ya me parece ver a Ibn Hafsún
en un calvero entre dos postes
con sus dos cochinillos colocados
sobre la calzada a ambos lados!

—¡Sus dos cochinillos! —Rio—. Miradlos, al fondo, y decidme si no parecen tales. Mi afición por conservar las creaciones de nuestros poetas me ha permitido descubrir esta sorprendente profecía. ¡Los presagios se suceden, cordobeses! Se acerca un momento grande para Qurtuba, y todos lo sabemos. Si queréis escucharme, yo os hablaré de esas señales, ¡y comprenderéis que sois afortunados por vivir este momento!

Musa volvió la cabeza y comprendió que había llegado en el momento más oportuno. Hombres y mujeres se empujaban ya apretando el círculo, y nadie podría avanzar sin despertar las iras de los demás. Centró su atención en el rostro del hombre, que no le resultaba desconocido, quien continuó hablando en un esfuerzo por no perder la atención del auditorio.

—¿Deseáis oír ahora uno de los poemas que ayer se oyó en el alqásr, durante las celebraciones? ¡Del mismísimo Ahmad ar-Razi! El emir quedó satisfecho con su elocuencia y dio orden de hacerlo difundir… ¡y aquí está! —proclamó satisfecho—. Prestad atención.

A los ojos se muestra en visión corporificada,
levantado de la tumba, cumplida la falsa promesa:
apenas pudo descabezar un sueño,
pues lo despertaron cuando dormitaba.
Reposaba en tierra, ya cadáver,
mas le fue devuelto el cuerpo y suturado,
para subir al madero, al aire colgado,
como queriendo errar entre las estrellas.
Bendito sea quien lo mostró en alto a los hombres
y metió a su espíritu en el fondo del infierno.

El narrador había leído los dos últimos versos alzando los brazos al aire, con voz potente y enfática, y consiguió el efecto que buscaba. Apenas se había apagado su voz cuando un rugido de aprobación brotó de todas aquellas gargantas, haciendo sentir a Mūsa un escalofrío.

—¿Quién es ese hombre, cordobeses? ¿Quién nos muestra a los enemigos de Qurtuba colgados en lo alto de maderos? ¿Quién ha conseguido que nuestros caminos sean seguros? ¿Quién garantiza que los jueces dicten sentencias ajustadas a nuestra

ley? ¡El elegido, amigos! ¡El enviado para hacer cumplir las profecías! —gritó—. ¡Abd al Rahman!

De nuevo un clamor de aprobación se extendió por la explanada, que, de manera extraña, no era desalojada por el *sahib al surta*, cuyos hombres se limitaban a contemplar a los reunidos a pesar de que ya resultaba casi imposible entrar o salir de la ciudad.

—¡Háblanos de esas profecías! —gritó otro.

Mūsa giró la cabeza hacia quien había hablado. Conocía a aquel hombre, más de una vez se había cruzado con él en las dependencias del alcázar, y entonces estuvo seguro de que asistía a una representación, no solo consentida, sino concebida dentro de los muros del palacio.

—¡Ah, las profecías, los presagios…! Todo nos hace mirar en una única dirección —dijo, alzando la vista hacia los muros del *alqásr*—. Y yo os digo que no tardará en llegar el día en que se hagan realidad.

—¡Habla de ellos! —pidió una mujer, impaciente.

—Lo haré, pero si hay entre vosotros partidarios de ese falso califa de Ifriqiya, Al Mahdi, quizás harían mejor ausentándose, pues lo que van a escuchar no será de su agrado. El derecho que se arroga como descendiente directo del Profeta, a través de su hija Fátima, está basado en la falsedad y en la alteración de su genealogía. Solo la descendencia directa permite a un hombre reclamar para sí legitimidad heredada, y solo nuestro emir desciende de los últimos califas omeyas de Damasco, a través del primer Abd al Rahman, el Emigrado. El califa fatimí es un impostor, y los hechos lo demostraron, pues las profecías que anunciaban el regreso del Mesías en el año trescientos no se cumplieron. Sin embargo, todos sabéis en qué año ocupó el trono nuestro emir tras la muerte de Abd Allah…

—¡En el trescientos! —respondieron varias voces.

—Así es, en el preciso momento del cambio de siglo. Como si todo respondiera a un plan divino trazado por el Todopoderoso, para mostrar a los creyentes a su enviado. Pero no acaban aquí los prodigios… A nadie se le escapa el poder simbólico que en nuestra religión tiene el número siete, pues todo aquello que resulta trascendente se sucede en ciclos de siete, como los días de la semana. Catorce fueron los califas omeyas de Damasco, divididos en dos períodos de siete precisamente por el primer cambio de siglo de nuestra era, en el año cien. ¿Os habéis parado a pensar cuántos emires han gobernado en Al Ándalus? Contadlos conmigo, nombradlos en voz alta… Abd al Rahman —empezó, levantando la mano para desplegar los dedos a medida que los enumeraban—, Hisham, Al Hakam, el segundo Abd al Rahman, Muhammad, Al Mundhir, Abd Allah… ¡Siete! Y tras él, justo en al cambio de siglo, aparece el nuevo Abd al Rahman, el tercero, ¡destinado sin duda a abrir un nuevo ciclo de esplendor para la dinastía omeya!

Esta vez fue el murmullo de los comentarios asombrados lo que se extendió entre el gentío que se congregaba ya en torno al orador.

—Pero el título se transmite de padres a hijos. Abd al Rahman es nieto del anterior emir —objetó un anciano de poblada barba.

—¡Cierto, aunque siguiendo la línea de sucesión! Lo cual resulta aún más asombroso, pues Allah quiso saltar una generación para que fuera un tercer Abd al Rahman quien ocupara el trono en el cambio de siglo, dando así sentido a la profecía. ¿Y sabéis algo más? Tampoco el padre del primer Abd al Rahman llegó a reinar, pues el Todopoderoso se lo llevó de forma prematura. Fue su abuelo Hisham el último califa de Damasco.

—¿Es entonces nuestro soberano el elegido de Allah, el legítimo sucesor de los califas de Damasco? —preguntó un joven de aspecto distinguido.

—Muchas son las señales, todos habéis sido testigos de los prodigios que se han sucedido en Qurtuba en los últimos tiempos. Allah ha hecho morir a los rebeldes y envió la lluvia atendiendo los ruegos de nuestro emir ¿Quién puede albergar ya dudas? Somos afortunados porque nos ha tocado vivir un tiempo de acontecimientos excepcionales, y quizá pronto, si Allah lo quiere, podamos asistir al momento más trascendental de nuestras vidas, ese que habrán de recordar las generaciones venideras.

—¿Cuándo ha de llegar ese momento? —gritó una mujer.

—Solo el Todopoderoso lo sabe, suyo es el plan divino, y Él habrá de revelar la fecha más propicia a la asamblea de creyentes. Pero creedme cuando os digo que el día está cerca. Estad preparados, rezad cada día por él, y transmitid a vuestros amigos y a vuestras familias lo que acabáis de conocer. ¡Alabado sea el Todopoderoso!

—¡Alabado sea! —repitió un coro de voces con emoción.

Año 929, 317 de la Hégira

61

Qurtuba

Observando desde el fondo el Maylis kamil, Mūsa no podía imaginar una forma más apropiada de describir en una palabra aquel salón realmente perfecto. Las proporciones armoniosas, la luz que penetraba por sus ventanales y la decoración exquisita hacían de la estancia el escenario ideal donde celebrar la ceremonia que estaba a punto de iniciarse. En ningún otro lugar de Qurtuba, a excepción quizá del *mihrab* de la mezquita aljama, se concentraba tanta belleza. El nuevo trono que esperaba en el estrado refulgía bajo los rayos de sol que, tamizados por las sedas blancas que colgaban ante las ventanas, hendían el aire haciendo visibles millares de partículas que flotaban en él. No era aquel sitial el único elemento del salón donde el oro había sido utilizado con especial generosidad. El interior de la propia puerta que acababa de franquear lucía grandes planchas del metal precioso, labrado con maestría, sin duda por los orfebres a los que había visto trabajar en la *alqaysariyya*. Los candelabros, los pebeteros, los brazos y respaldos de las sillas, que se disponían en filas perfectas y simétricas, resplandecían mientras los invitados al singular acontecimiento conversaban aún en corrillos antes de ocupar los lugares que el estricto protocolo les había asignado.

Los preparativos se habían sucedido durante semanas en la ciudad, en el alcázar se habían suspendido las recepciones públicas del soberano y Qurtuba había vivido en un estado de expectación que, por fin, aquella mañana parecía a punto de terminar. Mūsa vio ante sí a prácticamente todos los jefes militares del ejército, a los jueces de la capital e incluso a algunos de las ciudades cercanas, al *hāchib* y todos los visires del gobierno. Sobre las espléndidas alfombras conversaban el tesorero real, el *imām* principal de la mezquita aljama, el *qādī* Ibn Baqi, el jefe del zoco y el de la policía, ulemas y alfaquíes, algunos de los más distinguidos representantes de la *jassa* cordobesa y varios secretarios del alcázar que levantarían testimonio escrito de cuanto allí fuera a suceder.

Los chambelanes, agitados, comenzaron a urgir a los asistentes, que abandonaron las conversaciones para ocupar sus asientos. Mūsa se alegró al comprobar que junto al lugar que le correspondía, en una de las últimas filas, se sentaba ya el viejo *qādī* Aslam. Aún en pie, lo tomó de ambas manos con un gesto afable que el juez correspondió con una sonrisa en la que se adivinaba un poso de amargura.

—Una jornada memorable —dijo, sin embargo.

Mūsa asintió mientras tomaba asiento.

—Para mí es un privilegio poder ser testigo de cuanto está sucediendo. Y en gran parte te lo debo a ti —añadió.

Aslam cabeceó ligeramente ante el reconocimiento del que seguía siendo su discípulo. Tras su sustitución como *qādī* principal de Qurtuba, había seguido ejerciendo como juez, pero la enemistad con Ibn Baqi no había dejado de crecer. A las intrigas de este para hacerse con el puesto, se sumaban ahora denuncias y acciones contra su propio patrimonio y el de sus allegados. El emir, sin embargo, continuaba recurriendo a su experiencia en busca de consejo ante el paso trascendental que se disponía a dar, pero el anciano se había negado a poner un pie en el alcázar mientras Ibn Baqi ocupara el cadiazgo. De forma indirecta, aquella situación había beneficiado a Mūsa, que se había convertido en intermediador entre el viejo juez y el soberano, estrechando aún más la relación que mantenía con ambos.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la aparición en el estrado de uno de los chambelanes de palacio. Como el resto de los invitados, vestía la indumentaria de las grandes ocasiones, y Mūsa, que no había asistido a ninguna de las grandes solemnidades del reinado de Abd al Rahman, comenzó a cobrar conciencia de la magnificencia que era capaz de desplegar la maquinaria que se había puesto en marcha.

—¡Autoridades y notables de Qurtuba! ¡Poneos en pie y mostrad vuestro respeto ante la presencia de nuestro soberano! —anunció con tono solemne.

Las dos hojas de la puerta que se abría a la cabecera del salón se habían separado, y un haz de luz natural la atravesaba. La figura de Abd al Rahman se recortó bajo el dintel y, con aquel halo rodeándolo, inició el avance de forma pausada hasta situarse delante del soberbio sitial. Todos los asistentes inclinaban la cabeza en aquel momento, aunque las miradas se alzaban hacia el frente. Sobre la túnica real, el emir vestía una magnífica capa ceremonial negra de brocado, en la que destacaban llamativos motivos entretejidos con hilo de oro entorchado. De seda negra y oro era también el turbante, sujeto por delante con una aguja rematada con un enorme rubí, como negra era la barba teñida con *alhínna*. Unas babuchas doradas que asomaban bajo la túnica y el cetro que portaba en la mano derecha completaban una indumentaria destinada a causar la más honda impresión y a resaltar los atributos de poder del soberano, que, de inmediato, tomó asiento sobre el trono.

Aslam murmuró algo para sí cuando el Ibn Baqi apareció en escena. El *qādī* se dirigió hacia el trono, hincó la rodilla en la mullida alfombra roja e inclinó la cabeza al tiempo que el emir alzaba la mano hacia él para permitirle besar el anillo real. Se incorporó y se desplazó hacia un costado para no impedir a ninguno de los presentes la visión de su soberano. Con un gesto pidió el permiso para iniciar su alocución y,

con voz firme, comenzó a hablar.

—Que Allah Todopoderoso esté con vosotros, ciudadanos de Qurtuba, miembros de la *shura*, autoridades… —Hizo una pausa y carraspeó ligeramente antes de continuar—. Hoy, viernes, primer día de Dhul Hiyah, trescientos dieciséis años tras la Hégira del Profeta, quedará marcado en los anales de la historia de Oriente y Occidente. Nos hemos reunido para sancionar la trascendental decisión tomada por la asamblea, según la cual nuestro soberano es hoy elevado, siguiendo los designios del Todopoderoso, a la dignidad de *khalífa*, el único vicario de Allah sobre la Tierra, Príncipe de los Creyentes.

»Yo, Ahmad ibn Baqi ibn Majlad, *qādī* mayor de Qurtuba, por la autoridad que me ha sido concedida, proclamo que desde este día el nombre conocido de Abd al Rahman ibn Muhammad ibn Abd Allah, tercer Abd al Rahman desde la restauración de la dinastía omeya, irá unido de manera indisoluble al que el Todopoderoso le ha otorgado por la gracia de su misión para con él, *Al-Násir li-Din Allah*[39].

Dio un paso atrás cuando el chambelán aparecía con un fardo blanco que sostuvo con ambos brazos. El *qādī* se acercó al trono y esperó a que Abd al Rahman se pusiera en pie para colocarse tras él. El propio soberano deshizo el nudo que sujetaba la capa ceremonial y, cuando estuvo libre de ataduras, el juez se la retiró de los hombros. El chambelán había desplegado la nueva capa y se la entregó a Ibn Baqi, que se dirigió hacia delante para mostrarla. La más blanca y pura seda recreaba el color que constituía el símbolo de la dinastía, el hilo de oro entretejido en magníficos motivos simbolizaba el poder que ostentaba el único hombre digno de portarla y, en el extremo, exquisitamente bordados con letras de oro, aparecían los caracteres árabes que componían el nombre y el nuevo apelativo del soberano. Los murmullos de fascinación llegaron hasta el lugar que ocupaba Mūsa antes de que el *qādī* volviera a situarse tras el califa para cubrir sus hombros con ella.

—Hoy —continuó Ibn Baqi—, durante la oración en la mezquita, reunidos allí los fieles de Qurtuba para alabar al Todopoderoso, el *imām* principal de la aljama hará lectura al texto del Qurān que corresponda después de recitar, por vez primera en la historia de Al Ándalus, la invocación a favor de nuestro *khalífa*, Al-Násir li-Din Allah. Proceded ahora a rendir juramento al Príncipe de los Creyentes.

Durante una hora, Abd al Rahman permaneció en el trono tendiendo el sello, escuchando los breves mensajes de adhesión de todos cuantos se acercaron, contestando en ocasiones o limitándose a corresponder con un gesto o con una leve inclinación de cabeza. La música de un cuarteto situado tras los cortinajes laterales contribuyó a dar realce al acto y, cuando el último de los asistentes descendió los pocos escalones que permitían bajar del estrado, el monarca, revestido ya de su nueva autoridad, se levantó y dirigió la palabra al auditorio.

—Allah me ha inspirado la necesidad de dar este paso, y acato su voluntad como

el más humilde de sus siervos. Desde hoy, solo el *khalífa* de Qurtuba es digno de tal denominación, que en realidad solo a él le corresponde, pues es plagiada y postiza en cualquier otro. Ni el califa abbasí de Bagdad, débil y derrotado al perder el favor del cielo, ni el usurpador califa fatimí, para quien no existe título ni carta de nacimiento que avale su pretensión, pueden hacer sombra a quien desde hoy reina en el más próspero rincón de Dar al Islam, desde donde extenderá, como las ondas de la piedra lanzada al centro del lago, su esplendor y su fama a todas las ciudades del orbe.

»Es mi voluntad que mañana mismo se envíe una carta a cada *madina* de Al Ándalus, con el texto que durante la larga vigilia de hoy hemos redactado. Escuchad, pues hasta el último de los creyentes debe conocer la voluntad de Allah.

Hizo un gesto con la cabeza, y uno de los escribientes se alzó con un pergamino que comenzó a leer en voz alta.

En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso. Bendiga Allah a nuestro honrado profeta Muhammad. Los más dignos de reivindicar enteramente su derecho y los más merecedores de completar su fortuna y de revestirse de las mercedes con que el Todopoderoso los ha revestido somos nosotros, por cuanto Allah altísimo nos ha favorecido con ello, ha mostrado su preferencia por nosotros, ha elevado nuestra autoridad hasta ese punto, nos ha permitido obtenerlo por nuestro esfuerzo, nos ha facilitado lograrlo con nuestro gobierno, ha extendido nuestra fama por el mundo, ha ensalzado nuestra autoridad por las tierras, ha hecho que la esperanza de los mundos estuviera pendiente de nosotros, ha dispuesto que los extraviados a nosotros volvieran y que nuestros súbditos se regocijaran por verse a la sombra de nuestro gobierno.

En consecuencia, hemos decidido que se nos llame con el título de Príncipe de los Creyentes, Al Násir li-Din Allah, y que en las cartas, tanto las que expidamos como las que recibamos, se nos dé dicho título, puesto que todo el que lo usa, fuera de nosotros, se lo apropia indebidamente, es un intruso en él y se arroga una denominación que no merece. Además, hemos comprendido que seguir sin usar ese título, que se nos debe, es hacer decaer un derecho que tenemos y perder una designación firme. Ordena, por tanto, al predicador de tu jurisdicción que emplee dicho título y úsalo tú de ahora en adelante cuando nos escribas. Si Allah quiere.

El secretario tomó un segundo pergamino e interrogó al califa con la mirada, pero este hizo un gesto apenas perceptible para detenerlo.

—Deseo asimismo que en las puertas de todas y cada una de las mezquitas de Qurtuba, de Al Ándalus, en cada edificio público y en cada entrada a las ciudades, sea colocado el bando que el secretario nos va a leer. Adelante, ahora sí —ordenó.

El escribiente desenrolló el pergamino y, sujetándolo con ambas manos a la altura de la cara, alzó la voz.

Nos, primer *khalífa* de Qurtuba por la gracia de Allah, asumo el mando de todos los ejércitos y el control de las relaciones de Al Ándalus con los territorios

extranjeros de las que se cuida la chancillería. Ordeno que la administración pública, la inversión en obras, la decisión de compras y gastos, la realización de eventos perdurables y la distribución de la riqueza del Estado sean sometidas a mi criterio exclusivo. Presidiré personalmente a partir de este día la oración solemne de los viernes, y nadie entre los jueces y alfaquíes podrá oponerse a considerar a nos como el jefe espiritual de Al Ándalus. Exijo la obediencia absoluta a mi persona de todo aquel que se halle en tierra andalusí y juro, para orgullo de Allah y de mi familia omeya, que convertiré Al Ándalus en imperio inmortal para la historia.

—Anuncio en esta hora —siguió diciendo el califa— que tan inusual acontecimiento como el que nos reúne aquí será motivo de grandes celebraciones en Qurtuba. Sabed que he ordenado preparativos para que en seis semanas tenga lugar una magna recepción en este alcázar real, a la cual serán invitados todos los miembros de la *jassa* de Al Ándalus, la clase política y militar, y los embajadores de las cortes extranjeras. Todos serán agasajados con sus familias y servidores por cuenta del nuevo *khalífa* y serán testigos de su magnificencia.

»Y, dado que es mi deseo que el pueblo llano también participe de la pompa y la apoteosis, los mismos días que duren los actos de festejo con la nobleza serán otorgados de fiesta y jolgorio para los cordobeses, se les ofrecerán víveres y tiempo de solaz y de divertimento con multitud de actos públicos donde los más sencillos podrán asimismo enorgullecerse de la grandeza de su señor. Se contratará a artistas, músicos, poetas y prestidigitadores por cientos, y se habilitarán templetes cubiertos alrededor de las dependencias de palacio para que los visires reciban en mi nombre juramento de lealtad y sumisión de la plebe, mientras nos lo recibimos en el interior del alcázar de todas y cada una de las familias de la nobleza llegadas a tal efecto.

»Por último, habrán de llegar a Qurtuba los mejores expertos y los más elegantes maestros de ceremonia de las cortes orientales, para instaurar en esta las reglas más puras del protocolo más estricto, que ordenaré acatar incluso a mis propios hijos, a mis esposas y concubinas, y a mis colaboradores más íntimos. Como mostraron los califas de Oriente, de quienes procede el derecho que hoy comenzamos a ejercer, el soberano habrá de apartarse de la plebe, aislarse de las malas voluntades ajenas y de las envidias de los hombres. El *khalífa* habrá de ser para los *qurtubíes* lo que la cabeza para el cuerpo; si la cabeza se encuentra bien, el cuerpo también. Así ha de ser en el futuro, y así será, si Allah lo quiere.

»Y ahora, id y contad al pueblo que el Príncipe de los Creyentes habita desde hoy entre los muros del alcázar de Qurtuba, la *madina* destinada a convertirse en el espejo en que habrán de mirarse todas las ciudades del orbe.

Si el Maylis kamil lo había sobrecogido por su perfección, la imagen del *haram* de la mezquita atestado de fieles, el bosque de columnas sobre el que parecía flotar la techumbre de madera, el *mimbar* desde el que el *imām* había recitado la primera

invocación en nombre del *khalífa* y, sobre todo, la belleza casi celestial de la cúpula del *mihrab* bajo la cual el mismo Al Nasir había presidido la oración, habían conseguido elevar su espíritu hasta alcanzar un estado que solo podía comparar con una especie de embriaguez. Quizás había influido en ello el hecho de que los acontecimientos vividos aquel día hubieran terminado por resolver las dudas que había albergado sobre su futuro en los últimos tiempos.

Con la determinación propia de quien conoce bien la senda que ha de transitar, Mūsa salió de la mezquita y declinó cuantas invitaciones se sucedieron para sumarse a las celebraciones que se extendían por la ciudad. Regresó al aposento que ocupaba dentro de los muros del alcázar, extrajo su daga del cinto y levantó la alfombra que cubría el frío enlosado. Con el extremo más afilado y cargado de paciencia, comenzó a profundizar en las juntas entre las losas. El rayo de luz de poniente que se proyectaba sobre ellas se había desplazado tres palmos cuando consiguió levantar la primera pieza. Las demás saltaron con mayor facilidad, dejando al descubierto, entre la arena que llenaba el hueco, un envoltorio de tela engrasada de casi tres codos de longitud. No tuvo que esperar demasiado hasta que el sol invernal declinó por completo, y solo entonces se decidió a salir, camino de la *alqaysariyya*.

Volvió al alcázar bien entrada la noche y regresó de nuevo al zoco a primera hora de la mañana. Una vez recuperado el envoltorio, enfiló la calle que lo conduciría hacia el extremo opuesto de la ciudad. La primera parte del trayecto, en las inmediaciones de la mezquita mayor y del alcázar, se encontraba atestada a aquella hora con los numerosos visitantes que aún permanecían en la capital, pero cuando se internó en la judería comenzó a caminar sin necesidad de esquivar los encontronazos. Avanzó por las sinuosas callejuelas cercanas a la muralla hasta alcanzar el extremo septentrional, giró hacia el este y trató entonces de orientarse. La vieja torre que había servido de campanario, recortada contra el sol de la mañana, le guio hasta el rincón que buscaba. Una puerta de madera tosca parecía ser el único acceso, situado un escalón por debajo del nivel de la calle. Golpeó tres veces con los nudillos. Cuando no obtuvo respuesta, repitió la llamada, con más fuerza esta vez. Estaba a punto de comprobar si acaso había otro acceso cuando un pequeño ventanuco se abrió en la puerta.

—¿Quién sois? ¿Qué buscáis? —interrogó una voz femenina cuya dueña se ocultaba entre las sombras.

—Mi nombre es Mūsa ibn Abd Allah, *mawla* del califa y discípulo del *qādī* Aslam. Busco a una muchacha llamada Argentea, hija de Sulaymán ibn Umar.

—¿Por qué pensáis que ha de encontrarse aquí?

—He hecho mis averiguaciones, y así se me ha informado.

—¿Y qué queréis de ella? —dijo tras un instante de duda.

—Tengo algo que le pertenece…

—Hablad más claro —respondió irritada—. No puedo perder mi tiempo.

—Se trata de un valioso objeto que perteneció a su padre. He de entregárselo en persona.

La voz anónima sonó risueña al contestar.

—*Sahib*, este es un convento de doncellas vírgenes. Está por llegar el día en que un hombre acceda solo a este recinto.

—He de entregarle ese objeto, es necesario…

La mujer permaneció en silencio durante un instante.

—Solo en compañía de un sacerdote se os permitirá acceder a este zaguán, y la entrevista tendrá que celebrarse en su presencia.

Esta vez fue Mūsa quien vaciló.

—Está bien. Haced llamar a ese sacerdote.

—Tendréis que avisarle, no vive lejos.

Regresó en compañía de un hombre ya anciano que en el camino no perdió la ocasión de criticar a la hermana que ejercía como superiora.

—En poco tiene la virtud de sus novicias, si no confía en que permanezcan a solas con un visitante, aunque este sea su hermano o su propio padre, o un hombre de ley como vos aparentáis.

Ambos se vieron obligados a esperar en el zaguán, de pie, hasta que una demacrada Argentea apareció con paso vacilante. Vestía un hábito de tela basta con caperuza que le cubría de la cabeza a los pies, calzados con unas simples sandalias a pesar de la estación. Sus manos, cruzadas sobre el pecho, se perdían en la manga del lado opuesto, y tan solo el óvalo de su cara aniñada quedaba al descubierto. Cerró la puerta tras de sí y saludó al sacerdote con un gesto de respeto, sin avanzar más. Permaneció en pie y en silencio, con la mirada clavada en el suelo, y fue Mūsa quien tuvo que hablar.

—Argentea… —supuso.

La muchacha asintió con la cabeza, sin alzar la vista.

—No te conozco —fue lo único que dijo.

—Lo sé. Mi identidad resulta indiferente para lo que he venido a hacer. Tan solo te diré que conocí a tu padre… y al hombre que acabó con su vida.

Esta vez la muchacha no pudo evitar un destello de interés. El sacerdote retrocedió dos pasos.

—Esperaré fuera, la mañana es apacible y soleada, pero la humedad de esta casa me mata.

Mūsa le dirigió una mirada de agradecimiento antes de que la puerta se cerrara tras él. Notó que la actitud de Argentea cambiaba en aquel mismo instante.

—Decidme… ¿Quién eres? ¿Cómo lo conociste? —preguntó con vehemencia.

—Coincidimos en la Frontera Superior, durante una de las aceifas de Abd al

Rahman. Entonces se había sometido a la obediencia del emir y luchaba a sus órdenes, pero de aquello hace ya mucho tiempo.

—¿Por qué vienes a verme? —inquirió, dejando traslucir una profunda tristeza.

—Como te digo, tuve ocasión de tratar con el hombre que acabó con su vida. Un hombre ruin, que no merecía el honor de poseer el objeto que todo el mundo asociaba con tu padre.

—¿Hablas de la espada de Bastán? —dijo con un repentino brillo en los ojos.

Mūsa asintió en silencio, mientras tendía hacia ella el envoltorio que hasta entonces había sujetado bajo el brazo. Argentea lo tomó en sus manos, y el brillo de las lágrimas asomó a sus ojos.

—¿Por qué haces esto? —preguntó alzando la mirada, mientras la depositaba en el suelo para desenvolverla.

—La espada perteneció a tu padre. He de confesarte que cuando me hice con ella no era mi propósito entregártela. Mi intención era hacérsela llegar a uno de mis primos, el último representante del clan al que pertenezco, en la Marca Superior. Sin embargo, mi primo ha muerto, y los Banū Qasī, como éramos conocidos, hemos dejado de desempeñar papel alguno en la frontera. Ya no tengo a quién enviar la espada. Por eso estoy aquí, a ti corresponde hacerte cargo de ella.

—Pero… esta espada es tremendamente valiosa. Podrías ser un hombre rico si…

—Lo sé —interrumpió—. Pero en la vida que me propongo emprender no voy a necesitar más riquezas de las indispensables para vivir con dignidad. Soy un hombre por fortuna bien situado en la corte, y nada más preciso. Sin embargo, me he tomado la libertad de desengastar una de las piedras que adornaban el pomo; eso me garantizará la tranquilidad necesaria, si Allah quiere que las cosas se tuerzan.

—¿Qué quieres a cambio?

Mūsa resopló al sonreír, al tiempo que negaba con la cabeza.

—No deseo nada, Argentea. Tan solo te pido que no utilices jamás esta espada en contra del *khalífa*.

La muchacha alzó la vista con un gesto casi cómico que revelaba su extrañeza.

—No, no me refiero a la posibilidad de que la empuñes —aclaró con otra media sonrisa—. Pero, como tú misma has dicho, esta espada es muy valiosa, puedes obtener mucho por ella… Te pido que uses el oro que consigas en la ayuda a tus iguales, alivia las miserias que cada día surgen a nuestro paso, pero no lo emplees en luchar contra nuestro soberano ni contra la religión que representa. Esto último es muy importante para mí… De otra forma lo que acabo de hacer se habrá convertido en un error que cargaré sobre mi conciencia.

Argentea se levantó con la espada en las manos. Las lágrimas se deslizaban ahora por sus mejillas sin que hiciera nada por evitarlo, y solo alzó el hombro para enjugarse el rostro con la tela basta del hábito.

—Se hará como dices, te lo juro por Dios Nuestro Señor —dijo, con vehemencia.

—No le hables de ella a tu tío Hafs. La tentación de arrebatártela sería muy grande. De hecho, no deberías hablar de ello con nadie, excepto con la superiora de este monasterio, si es que goza de tu confianza. En caso contrario, podría depositarla en casa de un prestamista de confianza, hasta que decidas hacer uso de ella.

—No será necesario… ¿Mūsa? —repuso, tratando de recordar el nombre que le había transmitido su superiora—. Aquí estará bien, y no tardaremos en hacer uso del tesoro que pones en nuestras manos.

Mūsa miró a la muchacha que tenía delante.

—En ese caso, puedo regresar. Pero empieza por ayudarte a ti misma o pronto no tendrás fuerzas para ocuparte de nadie más.

Argentea cerró los ojos un instante mientras asentía. Luego se agachó para depositar la espada sobre el envoltorio y, cuando se puso en pie, de nuevo había dolor en su mirada.

—Mūsa… acabas de decir que eres un hombre bien situado en la corte… —dijo, como si hablara a medida que la idea surgía en su mente—. Hay algo que me atormenta, que me impide concitar el sueño y que me roba el apetito…

Mūsa la animó a seguir con un gesto.

—Es mi padre… su cadáver, expuesto en la Bab as-Sudda para escarnio público, ¡desde hace un año! Y los cuerpos de mi abuelo Umar y de mi tío Ya’far. Siento que no podré descansar hasta que ellos lo hagan, sepultados de nuevo en terreno sagrado.

Mūsa cabeceó al comprender su angustia, pero negó inmediatamente con el gesto.

—Es voluntad del *khalífa* que los cuerpos permanezcan expuestos allí para escarmiento de quienes albergan veleidades revolucionarias… hasta que Allah lo quiera.

—¿Hasta que Allah lo quiera? ¿Cómo ha de saber cuándo quiere Allah que los huesos de mi padre sean descolgados del madero?

—Me temo que habrán de permanecer allí hasta que la próxima avenida del Ūadi al Qabir los arrastre. Esas fueron sus órdenes.

Año 929, 317 de la Hégira

62

Yabal al-Arus

—Y dime, Mūsa ¿cómo se encuentra Aslam? —preguntó el *khalífa*, apartándose del grupo que, a caballo, ascendía por las estribaciones de la sierra.

—*Sahib*, sabéis que su salud se ha deteriorado con rapidez, aunque su mente se mantiene lúcida.

—Habría sido de mi agrado que hoy me acompañara… entiendo que es solo su incapacidad lo que le ha impedido atender mi llamada.

—No debéis dudarlo, mi señor —mintió Mūsa, lanzando una mirada de soslayo al nuevo *qādī*—. Solo se echó atrás cuando se le advirtió que vuestro propósito era ascender a estas sierras. Apenas puede mantenerse ya sobre el caballo, *sahib*, y menos cabalgar las cinco millas que nos separan de Qurtuba al ritmo vivo al que lo hemos hecho.

Abd al Rahman pareció darse por satisfecho, y se alzó sobre los estribos para contemplar el paisaje por encima de las copas de las encinas que trepaban por la ladera. Se protegió los ojos del sol con la mano extendida, y su rostro pareció iluminarse. Azuzó a su montura y se detuvo en un pequeño promontorio desde el que se divisaba la campiña a sus pies. Amplias terrazas superpuestas escalaban la pendiente hasta el lugar en el que se encontraban, la larga cinta plateada del Ūadi al Qabir brillaba en el llano y, a lo lejos, hacia el sureste, las columnas de humo gris se elevaban desde los fuegos de la capital.

Mūsa aprovechó la conversación que acababan de mantener para pegarse a su grupa y penetró con él en el estrecho saliente. Hacía dos meses que esperaba una oportunidad como aquella, y no iba a desaprovecharla. Ni el *hāchib* ni el *qādī* ni ninguno de los visires que lo acompañaban pudieron hacer otra cosa que permanecer tras ellos, en la vereda, con cara de decepción. El soberano, en cambio, parecía ajeno a la pugna que se desarrollaba a su alrededor y seguía observando con gesto de fascinación el panorama que se extendía a sus pies.

—¡Por Allah Todopoderoso…! —exclamó con voz queda, absorto, antes de enmudecer de nuevo.

Mūsa no sabía cómo actuar, pero cuando hizo ademán de abrir la boca para hablar, un gesto del *khalífa* con la mano abierta lo detuvo. Su mirada recorría el paisaje de este a oeste, desde el horizonte más lejano a las peñas que se amontonaban

a sus pies entre la exuberante vegetación.

—¡Traed el libro! —ordenó, volviendo, ahora sí, la mirada atrás.

Uno de los esclavos rebuscó en la alforja de una de las mulas, extrajo un bulto y corrió con él hacia su soberano. Abd al Rahman fijó su atención entonces en Mūsa, que se encontraba a su lado, y con un gesto le indicó lo que deseaba. Este se apresuró a tomar el paquete, deshizo el nudo que sujetaba el atadijo y extrajo del envoltorio un volumen encuadernado en cuero y grabado en la más delicada vitela. Leyó la inscripción que figuraba en el lomo: *«Kitab wasf al-firdaws*[40].»

—Ábrelo por la marca —ordenó Abd al Rahman, con la premura que solo produce el deseo de comprobar algo de vital importancia.

Mūsa descubrió que entre las láminas de vitela sobresalían lo que parecían simples hojas de laurel. Se guio por la primera para abrir el libro. Al hacerlo, observó pequeñas señales de tinta en el lateral derecho, al inicio de varios párrafos.

—Lee en voz alta… ahí —señaló el soberano, mientras recorría de nuevo el paisaje con la mirada.

Mūsa se limitó a obedecer y leyó el primero de los pasajes marcados.

… El paraíso y todos sus jardines van a dar al abismo, que está por debajo del trono y detrás de los cielos. Entre el paraíso y el trono no hay otro cielo que el trono, ¿no es acaso lo que ha dicho Allah, Altísimo, y está escrito en el Qurān?: «En una sede de verdad, el paraíso, junto a un potentísimo monarca, al lado de Allah pues Él está sobre su trono.»

Cuando llegue el día de la Resurrección serán reemplazados los cielos y la tierra, tal como ha dicho Allah, quedando extendidos todos los jardines que hay allí, hasta quedar lleno el abismo; entre el trono y el paraíso no hay cielo, salvo el trono que es el cielo del paraíso. El Altísimo ha dicho: «El paraíso será acercado a los que hayan temido a Allah. El suelo será reemplazado por una tierra de plata, y sus grados más altos conducirán al trono, que será su cielo.»

Abd al Rahman asentía, excitado.

—Continúa, te lo ruego… —pidió.

El profeta ha dicho: en el paraíso hay un palacio al que solo entrará un profeta, un sincero, un mártir o un *imām* justo.

El califa sonreía abiertamente mientras Mūsa, sin entender lo que leía, buscaba la siguiente marca.

… en la otra vida habrá grados más elevados y una mayor distinción. Los que son creyentes de verdad gozarán de elevada categoría junto a su Señor, de perdón generoso y sustento. Los grados del paraíso indican el mérito y el rango mediante los que Allah considera superiores a otros en la medida en que hayan acatado sus leyes en este mundo. Con la distancia que hay entre un grado y otro quiero dar a entender la distancia que hay entre los méritos de unos y otros, que es la distancia que media

entre el cielo y la tierra.

—¿Eres capaz de comprender estas palabras, Mūsa? —preguntó, preso de una evidente agitación—. Allah me lo está explicando, me dice cómo desea que sea construido el palacio que me propongo levantar para mayor gloria suya. ¡Lo hace en su libro sagrado!, e Ibn Habib supo interpretar su voluntad.

El rostro de Mūsa debió de delatar su desconcierto, porque Abd al Rahman pareció verse obligado a seguir con su aclaración.

—La doctrina *shi'í* establece que Al Mahdi, el califa fatimí, posee los poderes carismáticos del Profeta, puede hacer milagros, es infalible y está dotado de un conocimiento sobrenatural. Es difícil para un *sunní* como yo, aunque para todos sea evidente que soy el único *khalífa* legítimo descendiente de los últimos califas de Damasco, intentar superar al que es mi rival, desde el punto de vista religioso. Por eso me propongo levantar un palacio… ¡no!, ¡una ciudad! Una ciudad palatina que todos puedan identificar con el paraíso, donde los jardines se extienden desde el cielo, donde está situado el trono de Allah, hacia abajo, a modo de gradas o terrazas. Y en la más elevada de esas terrazas, la más cercana al cielo, habitará el representante del Altísimo entre los hombres, su *khalífa*.

Mūsa comprendió de repente, y supo el motivo de aquella desacostumbrada salida del alcázar. También él recorrió con la mirada el panorama que se extendía ante sus ojos.

—¡Este es el lugar! —exclamó Abd al Rahman—. Puedo verlo si cierro los ojos. ¡Lo tenía tan cerca! ¿Sabes orientarte por la posición del sol?

Mūsa, extrañado, asintió.

—Señala la dirección en que se encuentra La Meca, el lugar hacia donde se orientará la *qibla* de las mezquitas que aquí han de levantarse.

Mūsa comprobó la posición del sol en el firmamento y alzó el brazo.

—Hacia allí, *sahib*.

—Ahora aguza la vista y dime qué encuentras en esa trayectoria, antes de alcanzar el horizonte.

—Se divisa el alminar de la mezquita aljama de Qurtuba, *sahib*.

El califa se limitó a mirar a Mūsa con expresión satisfecha.

—¡Allah nos señala el lugar donde quiere que su servidor levante la que será una representación del paraíso en la tierra! La tradición *sunní* quizá no me permita equipararme a Al Mahdi en cuanto a los poderes que se arroga como falso guía, pero sí que está en nuestra tradición el hecho de que el *khalífa* es quien asegura la salvación de los creyentes. Y si lo hace… ¿no es como si el paraíso existiese ya en este mundo, especialmente allí donde reside ese califa?

Mūsa comprendió el tiempo que Abd al Rahman debía de llevar elaborando aquella construcción teórica, quizá junto a sus ulemas, y comprendió la excitación

que lo embargaba en aquel momento, cuando creía haber encontrado el emplazamiento perfecto para levantar su gran proyecto, un proyecto digno del más poderoso soberano de Dar al Islam. Las siguientes palabras del califa confirmaron su suposición.

—Sé cómo habrá de ser, Mūsa. Está escrito en el Qurān, y en el libro que sostienes —dijo, inclinándose hacia él para señalar una de las separaciones—. Lee ahí, te lo ruego, luego alza la vista y dime si no ves lo que describe.

Mūsa encontró la marca que señalaba el lugar.

El jardín del paraíso está en un monte alto de donde brotan los ríos. En el paraíso no hay morada que no se encuentre cubierta de ramas, sus hojas cubren a todos con su sombra, y de sus tallos manan fuentes. Las ramas de los árboles del paraíso son de oro, las hojas de zafiros y berilos, cual las más hermosas túnicas que jamás haya visto nadie, las palmas son como aquellas, sus frutos más suaves que la mantequilla y más dulces que la miel. En cada uno de los árboles hay toda clase de frutos, cada uno con un sabor distinto. Cuando a alguien le apetece probar uno de ellos, las ramas donde se encuentran se inclinan hacia él, y lo coge con su propia mano. Si lo desea, solo ha de abrir su boca para que el fruto entre en ella, y cuando lo haya saboreado, Allah creará otro mejor que el anterior.

Pasó la página y continuó:

Anuncia la buena nueva a quienes creen y obran bien: tendrán jardines por cuyos bajos fluyen arroyos. Siempre que se les dé como sustento alguno de aquellos frutos, dirán que es igual al que se les ha dado antes, pero no será igual, sino tan solo parecido. Los temerosos de Allah morarán entre jardines y arroyos, en una sede de verdad, junto a un potísimo monarca.

Para quien haya temido comparecer ante su señor habrá dos jardines, con dos fuentes manando y dos variedades de cada fruta. Estarán reclinados en alfombras forradas de brocado, tendrán a su alcance la fruta de sus dos jardines, y estarán en ellos las de recatado mirar, no tocadas hasta entonces por hombre ni genio.

Además de estos dos, habrá otros dos jardines, verdinegros, con dos fuentes abundantes. En ambos habrá frutas, palmeras y granados, en ellos habrá buenas y bellas huríes retiradas en sus pabellones, y todos reposarán reclinados en cojines verdes y bellas alfombras.

Entrarán los elegidos y hallarán cojines alineados, puertas perfectamente dispuestas y tapices extendidos por doquier, y se quedarán mirando los cimientos de su construcción, pues he aquí que ha sido edificado sobre rocas de perla, con una amalgama de colores de oro, verde, rojo y blanco. Luego alzarán la vista hacia el techo y, si no fuera porque Allah los protege, la luz les arrebataría la vista, pues esta es como el relámpago.

El creyente que llegue al paraíso confundirá a los ángeles y otros servidores de

Allah, rodeados de esplendor y luz, con Allah mismo, por lo que se postrará de hinojos para adorarles hasta que aquellos le saquen del error.

—Es suficiente —dijo Abd al Rahman—. Leeré una y mil veces estas descripciones junto con mis alarifes y haré construir un palacio digno del Altísimo, donde quienquiera que ponga sus pies piense que entra en el Cielo. Tendrá ocho puertas, como el paraíso, como él estará construido con oro y plata, se usarán tejas vidriadas de color melado y blanco que reflejen la luz del sol, y haré disponer estanques de mercurio que inunden con relámpagos como los descritos las paredes, los techos y las arcadas, cada vez que mis esclavos agiten su superficie. Y habrá un salón en el centro, donde los elegidos podrán tocar los frutos del paraíso, pues estarán representados en magníficos atauriques situados al alcance de las manos, cada uno diferente, ninguno igual a otro. Y para los niveles inferiores, donde se habla de jardines verdinegros, haré que mis artesanos creen las más ricas cerámicas de verde y manganeso, sobre fondo blanco, que es el color de la dinastía. El verde, color del Profeta; el negro, la síntesis del poder y de la dignidad del trono califal.

—Me siento dichoso, *sahib,* pues me consideráis digno de ser partícipe de vuestros elevados propósitos.

Abd al Rahman volvió el rostro hacia él. Sus ojos azules brillaban de una manera especial.

—¡Ah! Hoy es un gran día para mí —dijo, barriendo con la mirada a toda la comitiva—. El Todopoderoso te ha traído a mi lado, y quizás eso sea una señal. Desde hoy gozas de mi confianza, y de regreso a Qurtuba haré que seas nombrado como uno de mis secretarios.

—*Sahib*… —respondió Mūsa con la mirada fija en el suelo.

—Pareces contrariado…

—Nada me causa más satisfacción que disfrutar de vuestra confianza, *sahib*. Sin embargo, hoy me disponía a solicitar vuestro consentimiento para emprender una nueva empresa…

—Habla —ordenó Abd al Rahman.

—Mi señor… el que ha sido mi maestro, Aslam, adquirió la sólida formación jurídica con la que os ha servido en Al Ándalus, pero también fuera de ella, pues en su juventud llevó a cabo la peregrinación. Nada me gustaría más que seguir sus pasos y embarcarme con destino a La Meca, pero también a Bagdad, a Damasco, a Alejandría, a Bizancio, incluso. En Oriente está el origen de vuestra dinastía, de la que mi familia se hizo *mawla* en tiempos ya remotos. Recordad que ya su fundador, el conde Casio, acompañó a Mūsa ibn Nusair y a Tāriq ibn Ziyad, los conquistadores de Al Ándalus, en su regreso a Damasco.

El soberano había asentido con la cabeza a medida que Mūsa explicaba sus propósitos.

—Tus palabras confirman lo acertado de mi elección, el anhelo que muestras te hace aún más digno de mi confianza.

—Siempre me acompañará la sensación de no haber sabido estar a la altura de mi responsabilidad. Siento que de alguna manera traicioné la memoria de mis antepasados, de los caudillos Banū Qasī que durante doscientos años mantuvieron la hegemonía del clan allá en las tierras de la Marca, junto al Ūadi Ibrū. Es ahora mi deseo seguir los pasos de su fundador, del primero de los Qasī, y visitar la ciudad de Damasco que él conoció.

—La ciudad de donde hubo de partir el legítimo heredero del califato omeya, el primer Abd al Rahman que gobernó Al Ándalus. Ve, pues, pero no como un simple peregrino. Desde mi proclamación como califa, he albergado la intención de enviar embajadas a las cortes de Oriente… y no puedo pensar en un embajador mejor. Tú llevarás a Bagdad, a Al Qāhira, a Bizancio si es tu deseo, el mensaje de Al Nasir.

—*Sahib*… grande es la responsabilidad que ponéis sobre mis hombros.

Abd al Rahman sonrió.

—Espero que te ayude a comprender la que soportan los míos —respondió, mientras posaba su mano en la espalda de Mūsa en un gesto de camaradería—. Tendrás el apoyo de la chancillería y podrás elegir a tus acompañantes entre sus funcionarios. No son pocos, además, quienes desean emprender la peregrinación. Podrás escoger a los integrantes de la embajada entre los mejores.

—Quizás haya de acudir de nuevo a este lugar a mi regreso, para dar cuenta al califa del desarrollo de la misión que me encomendáis, en su nuevo palacio.

Abd al Rahman rio esta vez con fuerza.

—Lo que me propongo emprender es la obra de toda una vida, y no habrá de iniciarse hasta que concluya de forma definitiva la pacificación de Al Ándalus y del Maghrib. La cantidad de recursos que detraerá de las arcas no permitiría compaginar su edificación con el mantenimiento de un ejército en guerra. Pasarán años, Mūsa, antes de que Madinat az-Zahra esté en pie.

—¿Madinat az-Zahra?

—Un nombre que evoca a la hija del Profeta, Fátima, conocida como Az-Zahra. La ciudad destinada a convertirse en el símbolo terrenal del poder de origen divino debe invocar la legitimidad que proviene de los primeros califas.

—Madinat az-Zahra… —repitió Mūsa—. Si es como me la habéis descrito, tendré una poderosa razón para regresar con bien de la misión que me encomendáis.

—Tendrás reservado un puesto en lo más alto. Pero antes debes prestar tu primer servicio al califa de Al Ándalus, y el postrero a tu estirpe. El último de los Banū Qasī llevará el nombre del clan hasta el lugar donde se unió su destino al de los omeyas. Si cumples bien tu cometido, tendrás el privilegio de que la Historia recuerde el nombre de Mūsa ibn Abd Allah, como recordará el del gran Mūsa ibn Mūsa.

63

Del testamento de Abd al Rahman III en el momento de su muerte, ocurrida el segundo día de Ramadán del año 350 de la Hégira, cincuenta años después de su coronación como emir, y treinta y dos tras su proclamación como califa de Al Ándalus

He reinado ahora por más de cincuenta años en la victoria y en la paz; amado por mis súbditos, temido por mis enemigos y respetado por mis aliados. Riqueza y honores, poder y placer han aguardado mi llamada. Tampoco parece haber faltado ninguna bendición terrena en mi felicidad. En esta situación, he enumerado diligentemente los días de felicidad pura y genuina que me han tocado en suerte: suman catorce.

¡Ah, hombre! ¡No pongas tu confianza en este mundo presente!

Glosario

‘amil: caudillo o jefe local. Plural: ‘ummāl.
‘amil al-bahr: almirante.
‘arif: oficial de baja graduación.
al jurs: «los mudos», guardia personal de algunos emires. Caracterizados por su proverbial silencio, provocado en principio por su origen extranjero.
al’ard: alarde, ceremonia previa a la partida hacia una campaña militar.
albardí: planta parecida al esparto.
albáytar: albéitar, precursor del actual veterinario.
alfaquí: Sacerdote y maestro especializado en temas religiosos, tanto en cuanto a su enseñanza como a su aplicación.
algara: revuelta.
alhabáqa: albahaca.
alhínna: alheña, tinte utilizado por sus propiedades mágicas y cosméticas. Se utilizaba para teñir los cabellos y para embellecer las manos y los pies.
alkuhl: alcohol.
almúnya: casa de campo utilizada como residencia ocasional, ubicada en una zona fresca, con abundancia de agua y vegetación.
almuwádan: almuédano, persona encargada de la llamada a la oración en las mezquitas.
alqabála: impuesto a las transacciones comerciales.
alqasába: alcazaba, fortaleza.
alqásr: alcázar.
alqáyid: alcaide.
alqaysaríyya: alcaicería, zona del mercado reservada a los objetos más valiosos.
al-qitrān: alquitrán.
alqutún: algodón.
amán: perdón a cambio de deponer las armas, tratado de capitulación.
as sayyida: la señora, referido a la primera esposa del emir.
a’saifa, saifa: aceifa, expedición militar.
asfarag: espárragos.
assánya: aceña, noria.
assúd: azud, presa.
attahúnna: tahona, horno de pan.
azza’farán: azafrán.
bābūs: babuchas, zapato ligero y sin tacón.

bait al mal: «tesoro de la comunidad religiosa», montante de dinero destinado al socorro de los más necesitados y al pago de los gastos derivados del funcionamiento de las mezquitas.

baraka: suerte, bendición.

baskiya: denominación en las fuentes árabes de la lengua vasca, jerga incomprensible para ellos, por lo que es calificada como «lengua bárbara».

baskunish: vascones.

burj: torre.

dā'is: misioneros fatimíes encargados de extender la doctrina shií.

dar al sina'a: dársena.

dimmī: miembro de las minorías cristiana o judía sometido al Islam.

dinar: moneda de oro utilizada durante el emirato.

dírhem: moneda de plata utilizada durante el emirato.

dīwān: conjunto de oficinas agrupadas dentro del alcázar que componían la administración central.

fahl: moneda de cobre de escaso valor.

falūkah: barca de vela de escaso calado utilizada para remontar los ríos.

faquí: Ver «alfaquí».

fata: esclavo, eunuco.

fitna: revolución, guerra civil.

fityán: paje.

fundūq: alhóndiga, lugar de alojamiento y almacén de mercancías para comerciantes.

gurāb: «cuervo», barco de guerra semejante a la galera con un número muy variable de remos. Plural, girbān.

hāchib: cargo de máxima responsabilidad en la corte de los emires cordobeses, jefe directo de la administración central, militar y provincial.

hadra: capital de la *kūra* o provincia.

hammam: baño árabe.

haram: sala principal de oración de la mezquita.

harém: harén.

harrāqā: barco de guerra provisto de nafta.

hasis: hachís.

haymah: jaima, tienda de campaña, normalmente de piel de camello.

hisba: tratados de la administración y regulación del mercado.

hisn: castillo, fortaleza. Plural *husūn*.

imām: imán, jefe espiritual o religioso de una comunidad musulmana.

jarayaira: prostituta que ejercía su trabajo en un prostíbulo o dur al jaray.

jassa: grupo formado por la aristocracia, las familias dominantes de la sociedad y

los principales dignatarios de la administración y el ejército.

jatam: sello real.

jizya: gravoso impuesto que debían satisfacer los no musulmanes en Al Ándalus.

jund: tropas de origen sirio que participaron en los primeros tiempos de la conquista árabe. Plural: «junud».

jurs: ver «al jurs».

katib: alto cargo de carácter civil de la administración cordobesa.

khalífa: califa.

kuhl: kohl, polvo realizado con antimonio, huesos de aceituna y de dátil tostados, y clavo, que embellece los ojos y resalta la mirada.

kunya: sobrenombre utilizado en la onomástica árabe.

kūra: cora, cada una de las divisiones administrativas del emirato, similar a una provincia o distrito.

machūs: vikingos.

madinat: ciudad.

mahalla: campamento.

maqbara: cementerio.

maqsura: espacio acotado junto al mihrab que garantizaba la privacidad y la seguridad del emir.

mawla: cliente, persona ligada a otra por una relación de clientela. Plural: «mawali».

mihrāb: nicho situado en el muro de la mezquita orientado hacia la qibla, y en dirección hacia La Meca.

minbar: especie de púlpito, normalmente de maderas preciosas y marfil, donde se colocaba el predicador para pronunciar el sermón en la mezquita.

muladí: descendiente de aquellos habitantes de la Península que, tras la llegada de los árabes, se sometieron espontáneamente y abrazaron la religión musulmana. Constituían el grupo mayoritario de la población junto con los mozárabes (del árabe «mustarib»: arabizado), que mantuvieron la práctica del cristianismo, sometidos sólo al pago de tributos especiales (jizya).

muqrif: matarife.

musalla: recinto exterior en muchas ciudades musulmanas, orientado hacia La Meca, que servía como oratorio al aire libre.

musara: almozara, espacio abierto y amplio en el exterior de las ciudades en el cual se realizaban ejercicios ecuestres, carreras de caballos, demostraciones y desfiles militares.

muwalladun: muladíes.

muwassaha: moaxaja, composición poética o musical árabe.

muzdamín: jefe civil de la aljama judía. (El rabí era el líder religioso.)

na'úra: noria.
nāfta: material incendiario utilizado en la guerra naval.
naqib: jefe de un batallón de doscientos hombres en el ejército del emirato.
nazir: jefe de una escuadra de ocho hombres en el ejército del emirato.
politeístas: término utilizado habitualmente en las crónicas árabes para referirse a los cristianos, en alusión a la concepción de Dios como tres personas distintas.
qa'id: jefe de un batallón de mil hombres en el ejército del emirato.
qabila: comadrona, partera.
qādī: juez musulmán.
qafiz: unidad árabe de medida de valor variable según la zona y la época.
qamís: prenda de vestir abotonada por delante.
qarāqir: carracas, embarcaciones mercantes.
qasí: perteneciente al clan de los Banū Qasī.
qass: narradores. En los días de mercado era habitual encontrar a los *mubahrich* (titiriteros), *la'ib* (prestidigitadores), *muhli* (juglares), *hasib* (decidores de la buenaventura) junto a otros personajes que distraían a la multitud.
qubba: pabellón real que servía de alojamiento al emir de Córdoba durante las expediciones.
qumis: denominación arabizada del antiguo «comes» cristiano, jefe de la comunidad mozárabe en cada ciudad, encargado de las relaciones con la autoridad musulmana y en especial del cobro de los impuestos.
qurtubí: relativo a Qurtuba.
ra'is: capitán de embarcación, encargado de lo relativo a la navegación, mientras que el qa'idostenta el mando militar.
sabūn: jabón. En la España musulmana se utilizaba un rudimentario jabón fabricado a base de aceite de oliva y ceniza de madera.
sahib: señor, fórmula de respeto ante un superior.
sahib al 'ard: intendente general, encargado de pasar revista (*'ard*) al armamento y al equipo. Del término árabe *al 'ard* procede el castellano «alarde».
sahib al abniyā: maestro o jefe de albañiles.
sahib al suq: jefe del zoco, posteriormente se convertiría en el *muhtasib* o «almotacén», funcionario encargado de velar por el cumplimiento de las normas islámicas, y en concreto por el buen desarrollo de las transacciones comerciales en el zoco.
sahib al surta: jefe de la policía.
salat: las llamadas a la oración eran cinco: *salat al fayr*, también llamada *salat al subh* (oración del alba), *salat al zuhr* (en el instante en el que el sol comienza a declinar), *salat al 'asr* (oración de la media tarde), *salat al magrib* (unos minutos después de la puesta de sol) y *salat al 'asa* o bien *salat al 'atama*

(una hora más tarde de la puesta de sol).
saqaliba: esclavos procedentes de los países eslavos, de gran importancia durante el emirato de Córdoba.
sarauil: calzones o zaragüelles.
sāwna, plural **sāwani**: navío de guerra similar a las galeras.
shura: asamblea islámica.
siqlab: plural de *saqaliba*.
sirtaniyyun: cerretanos, aragoneses.
suq: zoco, mercado.
tiraz: talleres controlados por el emir en los que se confeccionaban telas consideradas objetos de lujo.
uālī: gobernador de una provincia o parte de ella.
ulema: doctor en la ley islámica.
umm uallad: concubina madre de alguno de los hijos del emir.
wazīr: visir.
yabal: monte.
yamur: remate del minarete formado por esferas doradas de tamaño decreciente.
yihād: guerra santa.
yilliqiyin: denominación que los cronistas árabes dan a los asturianos.
zakat al suq: derechos de mercado.
zakat: impuestos que debían satisfacer las familias musulmanas en Al Ándalus.

Glosario toponímico

Albayda: Albelda.
Al Burj: Borja.
Al Busherat: Las Alpujarras.
Al Faruh: Alfaro.
Al Garb: Algarve.
Al Hamma: Alhama.
Al Hamma: enclave que se corresponde con los actuales Baños de Fitero.
Al Jazirat: Algeciras.
Al Lura: Álora.
Al Maghrib: actual zona del Magreb.
Al Mahdiyya: capital del califato fatimí fundado por Al Mahdi.
Al Mariya: Almería.
Al Mudawar: Almudévar.
Al Qāhira: El Cairo.
Al Qastil: Carcastillo.
Al Qila: Castilla.
Al Qulaiya: Alcolea.
Al Rawda: uno de los jardines interiores del alcázar de Córdoba, donde estaban enterrados la mayor parte de sus emires.
Al Sarqiyya: Axarquía, en Córdoba.
Al Sharaf: El Aljarafe.
Al Yazira: Algeciras.
Al Yussāna: Lucena.
Alaba: Álava.
Antaqīra: Antequera.
Arnit: Arnedo.
Aryidūna: Archidona.
Asnad: Cenes.
Astīban: fortaleza situada en el lugar de la actual Alhambra de Granada.
Bab al Qantara: puerta del Puente, en Córdoba, también conocida como Bab as-Sudda o puerta del Azud.
Bagdad: capital del califato abbasí.
Bahr Algarbí: océano Atlántico.
Bahr Arrum: mar Mediterráneo.
Balaga: Balaguer.

Balansiya: Valencia.
Balda: Belda.
Balterra: Valtierra.
Banbaluna: Pamplona, Pampilona.
Banū Basír: Benamejí.
Baqira: Viguera.
Barbastar: Barbastro.
Barsaluna: Barcelona.
Baskunsa: topónimo que se correspondería con la fortaleza de Rocaforte, que tras la Reconquista daría lugar a la actual Sangüesa, ubicada en el valle a sus pies.
Basta: Baza.
Bayāna: Pechina, importante ciudad comercial del Mediterráneo sustituida más tarde por el puerto de Almería.
Bilad al Ándalus: Hispania.
Bulāy: Poley, la actual Aguilar de la Frontera.
Burbaster: Bobastro, refugio de Umar ibn Hafsún.
Cantabria: sierra que bordea el Ebro por el norte, junto a Logroño.
Castro Muros: San Esteban de Gormaz.
Damasco: capital del antiguo califato omeya, sustituida por Bagdad tras su caída.
Dar al Islam: las tierras del islam.
Dar al Rahn: casa de los rehenes, en Córdoba.
Deio: Monjardín.
Dus Amantis: peñón de los Enamorados.
Fala'san: Falces.
Fardālis: Ardales.
Fās: Fez, capital del emirato idrisí.
Finyāna: Fiñana.
Galasqiya: tierra de los galasqiyin (gascones).
Garnāta: Granada.
Hardaris: Ardales.
Ifriqiya: región de África correspondiente al actual Túnez.
Ilbira: Elvira, junto a Granada, capital de la *kūra* del mismo nombre.
Isbāniyā: los cronistas cristianos llaman Hispania a la Península en conjunto. Para los árabes, Al Ándalus es solo la zona dominada por el islam. A la zona cristiana la llaman por el nombre de sus reinos, y se reserva el término Isbāniyā para el conjunto de la Península, aunque es muy poco utilizado.
Ishbiliya: Sevilla.
Istiba: Estepa.

Istiya: Écija.
Kabbarusho: Caparroso.
Lārida: Lérida.
Ledena: Liédena.
Liyūn: León.
Madinat al Faray: Guadalajara. También aparece como Ūadi al Hiyara.
Madinat Selim: Medinaceli.
Maghrib: el Magreb, abarcaba tierras que corresponden a los actuales Marruecos, Argelia y Mauritania.
Mālaqa: Málaga.
Mārida: Mérida.
Martus: Martos.
Milīla: Melilla.
Millas: Mijas.
Muish: Muez.
Munt Liyūn: Monteleón.
Munt Sun: Monzón.
Mursiya: Murcia.
Nasira: Nájera.
Niebla: distrito correspondiente a la actual provincia de Huelva.
Pampilona: Pamplona, Banbaluna.
Qala't Ayub: Calatayud.
Qala't Rabah: Calatrava.
Qalahurra: Calahorra. En algunas fuentes árabes aparece citada como Qala't al Hajar.
Qarmūna: Carmona.
Qarqar: Cárcar.
Qarqastil: Carcastillo.
Qasr Bunayra: Casarabonela.
Qayrawán: Kairuán, capital de Ifriqiya, la actual Túnez.
Quluniya: Clunia.
Qumaris: Comares.
Qurtuba: Córdoba.
Qustantaniyyeh: Constantinopla.
Rasif: paseo de Córdoba que recorría la ribera derecha del Ūadi al Kabir.
Rayya: distrito correspondiente a la actual provincia de Málaga.
Resa: fortaleza situada en la ribera del Ebro, cerca de la desembocadura del Arga.
Río Eiroca: río Iregua.
Río Iberus: río Ebro.

Rumiya: Roma.
Sabta: Ceuta.
Salubāniya: Salobreña.
Santabariyya: Santaver, distrito musulmán que se corresponde con la actual provincia de Cuenca.
Saqunda: arrabal de Qurtuba, situado en la orilla izquierda del río.
Saraqusta: Zaragoza.
Sirtaniya: La Cerretania, denominación de la zona aragonesa del Pirineo, alrededor de los valles de los ríos Gállego y Cinca. Esta denominación desaparece de las fuentes a partir del siglo X, cuando aparece el Condado de Aragón.
Siya: Ejea de los Caballeros.
Suhayl: Fuengirola.
Sumuntān: Somontín.
Tahert: ciudad del norte de África.
Tahust: Tauste.
Takurunna: una de las coras de Al Ándalus, con capital en Ronda.
Talyayra: fortaleza ubicada a los pies de Bobastro, sobre el río Guadalhorce.
Tarasuna: Tarazona.
Tāyˆula: Tíjola.
Tudmir: cora que se corresponde con el territorio de la actual Murcia.
Tulaytula: Toledo.
Turtusha: Tortosa.
Tutila: Tudela.
Ūadi ‘Ís: Guádix.
Ūadi Al Hamma: río Alhama.
Ūadi al Jurs: río Guadalhorce.
Ūadi al Kabir: el río grande, Guadalquivir.
Ūadi Anna: río Guadiana.
Ūadi Aragūn: río Aragón.
Ūadi Arūad: posible denominación árabe del río Arga.
Ūadi Duwiro: río Duero.
Ūadi Eyroqa: río Iregua.
Ūadi Ibrū: río Ebro y, por extensión, el Valle del Ebro.
Ūadi Qalash: río Queiles.
Ūadi Salūn: río Jalón.
Ūadi Sanyil: río Genil.
Ūadi Tadjo: río Tajo.
Ūadi Yallaq: río Gállego.

Ūadi Zidaq: río Cidacos.
Uakhshama: Osma.
Ūasqa: Huesca.
Ubbada: Úbeda.
Ūlit: Olite.
Uriyuwala: Orihuela.
Ushbuna: Lisboa.
Yabal al Bardi: actual Parque Natural de Las Bardenas Reales.
Yabal Sulayr: montañas del Sol, Sierra Nevada.
Yabal Tāriq: peñón de Gibraltar.
Yayyān: Jaén.
Yilliqiya: Asturias (y por extensión, Galicia). También escrito «Gilliqiya».
Yussāna: Lucena.

Bibliografía

ABD AL FATAH GARCÍA, SHEIJ HUSAIN. *Usos funerarios islámicos.* Biblioteca Islámica Ahlul Bait. Edición electrónica.

ABU-SHAMS, LEYLA. *El hammam, punto de reunión social: estudio lingüístico, cultural y religioso.* Al-Ándalus Magreb: Estudios Árabes e Islámicos, n.º 10, 2002-2003.

ACIÉN ALMANSA, MANUEL. *Consideraciones sobre los mozárabes de Al-Ándalus.* Stud. hist., Historia Medieval, 27. Salamanca, 2009, pp. 23-36.

AFIF TURK. *La Marca Superior como vanguardia de Al Ándalus: su papel político y su espíritu de independencia*. Universidad árabe de Beirut, 1998.

AGUILERA PLEGUEZUELO, JOSÉ. *El derecho marítimo, la navegación y el comercio en Al-Ándalus y en la España cristiana.* Revista de historia naval, año n.º 21, n.º 80, 2003, pp. 7-46.

AL-MAZROOA, ADNAN A. y otro. *Anaesthesia 1000 years ago. Narcotics in the Middle Ages and Islamic era. Anaesthesia and resuscitation in the medicide of Islamic era.* Muslim Heritage, 2009. Recurso electrónico.

ARCE SÁINZ, FERNANDO. *Arquitectura y rebelión. Construcción de iglesias durante la revuelta de Umar ibn Hafsún.* CSIC, Revista Al Qantara, XXII, 2001.

ARIÉ, RACHEL. *España Musulmana (siglos VIII-XV).* Tomo III, Historia de España dirigida por Manuel Tuñón de Lara. Labor, Barcelona, 1982-1983.

ARJONA CASTRO, ANTONIO. *La judería en la Córdoba del emirato y el califato.* Universidad Complutense, Anaquel de estudios árabes, n.º 11, Madrid, 2000.

ÁVILA, M.ª LUISA. *La estructura de la familia en Al Ándalus.* Navarro Palazón, J. (ed.): Casas y palacios de al-Ándalus, Barcelona, 1995, pp. 33-37.

AYATULLAH SAYYED ‘Ali Husaini As-Sistáni. *Leyes prácticas del Islam.* Fundación Imam ‘Ali, Sección Hispana, Beirut, 1999.

BECERRA ROMERO, DANIEL. *Ungüentos, transformaciones y vuelos. Brujería y psicoactivos de la antigüedad.* Bolskan: *Revista de arqueología* del Instituto de Estudios Altoaragoneses, n.º 21, 2004, pp. 121-128.

BERNIS, MARGARITA. *La ciencia hispanoárabe.* Temas españoles, n.º 235, Madrid, 1956.

BRAMÓN, D. *La cultura musulmana en la Marca Superior.* H.ª de Aragón, 1. Atlas de Historia de Aragón, Inst. Fernando el Católico, Zaragoza, 1989. Edición electrónica.

BRISSET MARTÍN, DEMETRIO E. *Algunos datos sobre las fiestas hispanomusulmanas*. Centro de Estudios Moriscos de Andalucía. Edición electrónica.

CAMPIÓN, ARTURO. *Los orígenes de la Monarquía Navarra*. Revista Internacional de Estudios Vascos, 1925. Biblioteca digital de ciencia y cultura vasca.

CANELLAS, ÁNGEL. *Bibliotecas medievales hispanas*. Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita, 31-32. DP Zaragoza, 1978.

CANTO Y DE GREGORIO, ALICIA. *Ensayo de identificación de ciudades vasconas. «Tutela y el ager tutelatus»*. Archivo Español de Arqueología, vol. 70, Madrid, 1997. Edición electrónica: M. Sagastibeltza, 2004.

CAÑADA JUSTE, ALBERTO. *En los albores del Reino. ¿Dinastía Íñiga? ¿Dinastía Jimena?* Comunicación VII Congreso de Historia de Navarra. Copia del autor, Pamplona, 2010.

—. *Los Banu Qasi (714-924)*. Revista Príncipe de Viana, año n.º 41, n.º 158-159, 1980.

—. *Musulmanes y francos en el Pirineo Occidental*. Publicaciones Gobierno de Navarra, Pamplona, 1980.

—. *Revisión de la Campaña de Muez, año 920*. Revista Príncipe de Viana, 1985, pp. 117-143.

—. *Sancho Garcés I, Rey de Navarra*. Tesis doctoral. Universidad de Navarra. 1990. Ejemplar del autor.

CASAL, M.T. Y CASAL, M. *El tratamiento de las enfermedades infecciosas en Al Ándalus*. Revista Española de Quimioterapia, vol. 17, n.º 4. Diciembre, 2004.

CASAL, M.T. y otros. *Espacio y usos funerarios en la Qurtuba islámica*. Anales de Arqueología cordobesa, 17, 2006, pp. 257-290.

CASTILLA BRAZALES, Juan. *La Crónica de Arib sobre Al Ándalus*. Granada: Impredisur, D.L. 1992.

CASTRO HERNÁNDEZ, PABLO. *La guerra del mundo islámico y su aplicación contra los reinos cristianos. Al Ándalus (X-XI)*. Revista electrónica Orbis Terrarum, n.º 9, Santiago de Chile, 2012.

CENTRO VIRTUAL CERVANTES. *El jardín andalusí: almunias, vergeles y patios*. Instituto Cervantes (España). Edición electrónica.

CERVERA FRAS, M.J. *La conquista musulmana (s. VIII)*. Atlas de Historia de Aragón, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1991. Edición electrónica.

—. *Los Banu Qasi (Siglo XI)*. Atlas de Historia de Aragón, Instituto Fernando el Católico, Zaragoza, 1991. Edición electrónica.

CLIMENT DE BENITO, JAIME. *Constitución de los primitivos romances peninsulares. Surgimiento y expansión del romance castellano.* Biblioteca virtual Miguel de Cervantes. Recurso electrónico.

CONDE, JOSE ANTONIO (Traducción y notas). *Descripción de España de Al Idrisi.* Edición facsímil. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2002.

CORLETO, RICARDO Y GIL, FERNANDO. *La iglesia mozárabe y las persecuciones durante el siglo IX.* Documento para el estudio de la Historia de la Iglesia Medieval. Pontificia Universidad Católica Argentina. Edición electrónica.

CORRAL LAFUENTE, J.L. *Toponimia de origen árabe de entidades de población y de carácter macrogeográfico.* Atlas de Historia de Aragón, Institución Fernando el Católico, Zaragoza. Edición electrónica.

CHALMETA, PEDRO. *Economía en la Marca Superior.* Atlas de Historia de Aragón, Institución Fernando el Católico, Zaragoza. Edición electrónica.

—. *Presupuestos políticos e instrumentos institucionales y jurídicos en Al Ándalus*. V Semana de estudios medievales, Nájera, 1995, pp. 51-64.

CHARAGEAT, MARTINE Y MOTIS DOLADER, M. ANGEL. *Sexo en la Edad Media y en el Renacimiento: entre cristianos y entre judíos.* Historia 16, año XXV, n.º 306, 2001, pp. 12-22.

DE LA GRANJA, FERNANDO. *La Marca Superior en la obra de Al-Udrí.* Estudios de la Edad Media de la Corona de Aragón, VIII, Zaragoza, 1967.

DE LA PUENTE, CRISTINA. *Cabezas cortadas: símbolos de poder y de terror. Al Ándalus siglos VIII-X.* CSIC. Monografías, vol. XV, 2008.

—. *Límites legales del concubinato: normas y tabúes en la esclavitud sexual.* Al-Qantara, XXVIII, 2, 2007, pp. 409-433.

—. *Sin linaje, sin alcurnia, sin hogar: eunucos en Al Ándalus en época omeya*. CSIC. EOBA XIII, 2003. Identidades marginales, pp.147-193.

—. *Mano de obra esclava en Al Ándalus.* Espacio, Tiempo y Forma, serie III, Historia Medieval, tomo 23, 2010, pp. 135-147.

DOZY, R. *Historia de los musulmanes de España*, Madrid, 1920. Edición digital.

EL-OUAZZANI CHAHDI, LOUBNA. *El proceso penal hispanomusulmán.* Cuadernos de Historia del Derecho, 2006, pp. 221-260.

ELFAS TERÉS. *Antroponimia hispanoárabe (reflejada por las fuentes latino-romances).* Anaquel de Estudios Árabes, n.º 1, 1990.

FERNÁNDEZ CONDE, JAVIER. *Los mozárabes en el reino de León: Siglos VIII-XI.* Universidad de Salamanca. Stud. hist., Historia Medieval, 27, 2009, pp. 53-69.

FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, FRANCISCO. *Astilleros: de los barcos antiguos a*

los galeones. Conferencia. Museo Arqueología Subacuática, Cartagena, 2000.
FERNÁNDEZ PÉREZ, GREGORIO. *Historia de la Iglesia y de los obispos de Pamplona*, Madrid, 1820. Edición digital.
FERREIRA PRIEGUE, ELISA. *Saber viajar: arte y técnica del viaje en la Edad Media*. IV Semana de Estudios Medievales, Nájera, 1993, pp. 75-70.
FIERRO BELLO, MARIBEL. *Abderramán III y el califato omeya de Córdoba*. Ed. Nerea, 2011.
—. *Doctrinas y movimientos de tipo mesiánico en Al Ándalus*. Instituto de Estudios Riojanos. Digital CSIC, 1999. Recurso electrónico.
—. *El Conde Casio, los Banū Qasī y los linajes godos en Al Ándalus*. CSIC. Stud. hist., Historia Medieval, 27, 2009, pp. 181-189.
—. *Madinat al Zahra, el paraíso y los fatimíes*. Al-Qantara XXV, 2, 2004, pp. 299-327.
—. *Por qué ‘Abd al-Rahman III sucedió a su abuelo el emir ‘Abd Allah*. Al-Qantara: Revista de Estudios Árabes, vol. 26, fasc. 2, 2005, pp. 357-370.
—. *Sobre la adopción del título califal por Abd al Rahman III*. Sharq Al-Ándalus: Estudios Mudéjares y Moriscos, n.º 6, 1989, pp. 33-42.
FIERRO BELLO, MARIBEL y GARCÍA FITZ, FRANCISCO. *El cuerpo derrotado: cómo trataban musulmanes y cristianos a los enemigos vencidos*. Estudios Árabes e Islámicos. Monografías 15, Madrid, 2008.
FRANCISCO ABAD. *El Islam y el concepto de España en la Edad Media*. Anaquel de Estudios Árabes, n.º 3, 1992.
FRANCO SÁNCHEZ, FRANCISCO. *La caminería en Al Ándalus (siglos VIII-XV)*. Transportes, Servicios y Telecomunicaciones, diciembre 2005, n.º 9, pp. 34-64.
FUENTE, M.ª JESÚS. *Mujeres en la cúspide del poder en los reinos hispánicos de la edad media (siglos VI-XIII)*. Espacio, Tiempo y Forma, Historia Medieval, tomo 16, 2003, pp. 53-71.
GARCÍA DUARTE, FRANCISCO. *El Legado de Al Ándalus*. Gran Enciclopedia Andaluza del siglo XXI, tomo II, pp. 283-300. Congreso de Estudios Moriscos de Andalucía. Edición electrónica.
GARCÍA MOUTON, PILAR. *Toponimia Riojana Altomedieval*. Historia de La Rioja, coordinada por Justiniano García Prado, vol. 2, 1983 (Edad Media).
GARCÍA SÁNCHEZ, EXPIRACIÓN. *La alimentación popular urbana en Al-Ándalus. Arqueología medieval*, 1996, 4, pp. 219-235.
GARCÍA SANJUÁN, ALEJANDRO. *La organización de los oficios en Al-Ándalus a través de los manuales de hisba*. Historia, instituciones, documentos, n.º 24, 1997, pp. 201-234.
GIL CUADRADO, LUIS TEÓFILO. *La influencia musulmana en la cultura*

hispano-cristiana medieval. Anaquel de Estudios Árabes, n.º 13, 2002.

GONZÁLEZ CASTRILLO, RICARDO. *Referencias al papel en fuentes árabes medievales.* Anaquel de Estudios Árabes, n.º 9, 1998, pp. 41-44.

GOZALBES CRAVIOTO, ENRIQUE. *Algunos datos sobre el comercio entre Al-Ándalus y el Norte de África en la época Omeya*. Revistas Sharq Al-Ándalus, n.º 8, 1991.

GRANDA GALLEGO, CRISTINA. *Al Ándalus: el guerrero cristiano visto por los musulmanes.* En la España Medieval, n.º 8, 1986.

HERNÁNDEZ CHARRO, M.ª CARMEN. *Agua y poblamiento. Notas sobre la configuración del territorio de Tudela andalusí*. Universidad de Salamanca. Stud. hist., Historia Medieval, 24, 2006, pp. 315-339.

HIDALGO BRINQUIS, M.ª CARMEN. *Técnicas medievales en la elaboración del libro.* Anuario de Estudios Medievales, 41/2, 2011, pp. 755-773.

IBN HAYYAN. (Traducción, notas e índices de Mahmud Ali Makki y Federico Corriente.) *Crónica de los emires Alhakam I y Abderrahman II entre los años 796 y 847 (Almuqtabis II).* Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, Zaragoza, 2001.

—.(Traducción por José E. Guráieb.) *Al Muqtabis III.* Cuadernos de Historia de España. Varios números. Buenos Aires.

IBN IDARI AL MARRAKUSÍ. *Historia de Al Ándalus.* Ediciones Aljaima, Málaga, 1999.

IBN QUTIYYA. (Traducción de Julián Ribera.) *Historia de la conquista de España de Abenalcotía el cordobés.* Real Academia de la Historia, Madrid, 1926.

ILARRI ZABALA, MANUEL. *Reyes de Navarra. De Iñigo Arista a Sancho Garcés I.* Colección Reyes de Navarra, vol. III y IV. Ed. Mintzoa.

IRABURU MATHIEU, JOSE M.ª. *Notas sobre la «Campaña de Pamplona» (año 924).* Príncipe de Viana, Año n.º 38, n.º 146-147, 1977, pp. 131-162.

JIMÉNEZ CASTILLO, PEDRO. *Talleres, técnicas y producción de vidrio en Al Ándalus.* Catálogo de la Exposición de la Real Fábrica de Cristales de La Granja, Cuenca, 2006, pp. 46-73.

JUAN CARRASCO. *Juderías y sinagogas en el Reino de Navarra.* Príncipe de Viana, Año n.º 63, n.º 225, 2002.

LACARRA, JOSÉ MARÍA. *Acerca de las fronteras del Valle del Ebro (siglos VIII al XII).* En la España medieval, n.º 1, 1980.

—. *Expediciones musulmanas contra Sancho Garcés I (905-925).* Príncipe de Viana, Año n.º 1, 1940, pp. 41-70.

—. *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media.* Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona, 1976.

—. *Textos navarros del Códice de Roda.* Estudios de la Edad Media de la Corona de Aragón, I, Zaragoza, 1945.
LEVÍ PROVENÇAL, E. *España Musulmana, 711-1031.* Historia de España, de Ramón Menéndez Pidal, vol. IV, Espasa-Calpe.
—. *España Musulmana, 711-1031. Instituciones y Arte.* Historia de España, de Ramón Menéndez Pidal, vol. V, Espasa-Calpe.
—. *La Civilización árabe en España.* Espasa-Calpe, Madrid, 1982.
LIROLA DELGADO, JORGE. *El poder naval de Al Ándalus en la época del califato omeya.* Tesis Doctoral. Universidad de Granada, 1991.
LÓPEZ DE COCA, JOSÉ E. *Cristianos en Al Ándalus (siglos VIII-XII).* Biblioteca Gonzalo de Berceo. Recurso electrónico.
LÓPEZ DE LA PLAZA, GLORIA. *Las mártires voluntarias musulmanas de la Córdoba omeya.* UCM, Asociación Cultural Al Mudayna. Recurso electrónico.
LÓPEZ, M.ª JESÚS; Dandachli, Charif y Samper, Felipe. *Aragón musulmán: 900 años de una presencia enriquecedora.* Revista Al-Ándalus, Universidad de Cádiz, núm. 180, 2002.
LÓPEZ, M.ª JESÚS y DANDACHLI, CHARIF. *Plantas: fines terapéuticos en Al Ándalus y sus aplicaciones en la actualidad.* La Naturaleza andalusí. Boletín n.° 39, 2005. Edición electrónica.
LORENZO JIMÉNEZ, JESÚS. *La dawla de los Banu Qasi. Origen, auge y caída de una dinastía muladí en la Frontera Superior de Al Ándalus.* Estudios árabes e islámicos. Monografías. CSIC, Madrid, 2010.
MAKKI, MAHMÜD ALI. *La cultura religiosa en el reinado de Abd al Rahman III.* Éndoxa: Series Filosóficas, n.º 6, 1995, UNED, Madrid, pp. 79-108.
—. *Ensayo sobre las aportaciones orientales en la España Musulmana.* Instituto de Estudios Islámicos, Madrid, 1968.
MANZANO MORENO, EDUARDO. *Bereberes en Al Ándalus: los factores de una evolución histórica.* CSIC. Revista Al-Qantara, XI, 1990.
—. *El Regadío en Al Ándalus.* En la España Medieval, tomo V. UCM, Madrid, 1986.
MARÍN, MANUELA. *Tejer y vestir: signos visuales de la identidad andalusí.* CSIC. Estudios Árabes e Islámicos. Monografías 1, Madrid, 2001.
MARÍN GUZMÁN, ROBERTO. *Al Rihla: el viaje científico en el Islam y sus implicaciones culturales.* Revista Reflexiones, vol 89. Universidad de Costa Rica, San José, 2010.
—. *Estudio de la insurrección de Umar ibn Hafsun en el período del emir Abd Allah (888-912).* Universidad de Costa Rica, 2004. Recurso electrónico.
—. *Sociedad, política y protesta popular en la España Musulmana.* Universidad

de Costa Rica, San José, 2006.
MARÍN ROYO, LUIS MARÍA. *Historia de la Villa de Tudela desde sus orígenes hasta 1390*, Tudela, 1978.
—. *La Tudela Desconocida. Volúmenes I-III*. Navarro & Navarro, 2002-2003.
MARTÍN DUQUE, ÁNGEL J. *Algunas observaciones sobre el carácter originario de la Monarquía pamplonesa*. Príncipe de Viana, año n.º 63, n.º 227, 2002.
—. *Definición de espacios y fronteras en los Reinos de Asturias-León y Pamplona hasta el s. XI*. XII Semana de Estudios Medievales, Nájera, 2001, pp. 315-339.
—. *Del espejo ajeno a la memoria propia*. Príncipe de Viana, año n.º 63, n.º 227, 2002.
—. *Del Reino de Pamplona al Reino de Navarra*. Príncipe de Viana, año n.º 63, n.º 227, 2002.
—. *Hechura medieval de Navarra*. Príncipe de Viana, año n.º 63, n.º 227, 2002.
—. *Vascones y pamploneses. Génesis del Reino de Pamplona*. Historia Ilustrada de Navarra, tomo 1. Edades Antigua y Media. Diario de Navarra, Pamplona, 1993.
—. *Imagen histórica medieval de Navarra*. Príncipe de Viana, año n.º 63, n.º 227, 2002.
—. *La comunidad del Valle de Salazar. Orígenes y evolución histórica*. Príncipe de Viana, año n.º 63, n.º 227, 2002.
—. *Nobleza navarra altomedieval*. Príncipe de Viana, año n.º 63, n.º 227, 2002.
—. *Vasconia en la Alta Edad Media*. Príncipe de Viana, año n.º 63, n.º 227, 2002.
MARTÍNEZ BLANCO, CARMEN M.ª. *El niño en la literatura medieval (fecundación, esterilidad, embarazo, aborto, parto)*. Tesis doctoral. UCM, 1991. Recurso electrónico.
MARTÍNEZ ENAMORADO, VIRGILIO. *Relaciones entre los omeyas y los núcleos cristianos*. Exposición El Esplendor de los Omeyas, Medina Azahara, 2001, pp. 310-319.
MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN. *Orígenes del español: Focos de irradiación lingüística*. Biblioteca Gonzalo de Berceo. Edición electrónica.
MEOUAK, MOHAMED. *Saqaliba: eunuques et esclaves à la conquête du pouvoir. dans l'Espagne umayyade.* Academia Scientiarum Fennica, Helsinki, 2004, p. 301.
MIRANDA GARCÍA, FERMÍN. *El poblamiento del Valle Medio del Aragón. Siglos IX-XII*. Príncipe de Viana, año n.º 66, n.º 235, 2005.
MOLINA MARTINEZ, LUIS y ÁVILA NAVARRO, MARÍA-LUISA. *La división territorial en la marca Superior de al-Ándalus*. Historia de Aragón, 3,

Zaragoza, Guara, 1985, pp. 11-30.
MONFERRER SALA, JUAN PEDRO. *Abd al Malik b. Habib y el Kitan Wasf al Firdaws (La descripción del paraíso).* Tesis doctoral. Universidad de Granada, 1996.
MORALES DE SETIÉN Y GARCÍA, JOSÉ. *La dominación musulmana en La Rioja (711-1031).* Historia de La Rioja, vol. II. Edad Media. Biblioteca Gonzalo de Berceo. Edición electrónica.
MÚJICA PINILLA, RAMÓN. *El collar de la paloma del alma. Amor sagrado y profano en la enseñanza de Ibn Hazm y de Ibn Arabi*. Libros Hiperión, Madrid, 1990.
NADALES, M.ª JESÚS. *La mujer en Al Ándalus.* Isla de Arriarán: revista cultural y científica, n.º 28, 2006.
NAVARRO PALAZÓN, JULIO y JIMÉNEZ CASTILLO, PEDRO. *El agua en la ciudad andalusí.* Escuela de Estudios Árabes. Coloquio Internacional, Alcalá de Guadaira, 2008. Recurso electrónico.
OLAGÜE, IGNACIO. Fundación Juan March. *La revolución islámica en occidente. El mito de la invasión árabe de España.* Plurabelle, Córdoba, 2004.
ORTEGA CERVIGÓN, J.I. *La medida del tiempo en la Edad Media.* Medievalismo. Sociedad Española de Estudios Medievales, n.º 9, 1999.
ORTIZ LOZANO, FRANCISCO. *Bobastro. La ciudad de la perdición, gloria y refugio de la Cristiandad.* Edición del autor. Ardales, Málaga, 2010.
PAVÓN BENITO, JULIA. *Muladíes: lectura política de una conversión. Los Banu Qasi (714-924).* Anaquel de Estudios Árabes, n.º 17, 2006.
PEÑARROJA TORREJÓN, LEOPOLDO. *El romance nativo del valle del Ebro y la Frontera Superior de Al Ándalus.* Aragón en la Edad Media, XX, 2008, pp. 615-634.
PÉREZ DE LABORDA, ALBERTO. *Toponimia Navarra Altomedieval.* Sociedad de Estudios Históricos de Navarra, Pamplona, 2003. Edición electrónica.
PETERSON, DAVID. *En torno a la conquista cristiana de la Rioja Alta (918-925).* Brocar, 31, 2007, pp. 155-176.
PHILLIPS, WILLIAM Jr. *La historia de la esclavitud y la historia medieval de la Península Ibérica.* UNED. Espacio, Tiempo y Forma, serie III, Historia Medieval, tomo 23, 2010.
PORRES MARTÍN-CLETO, Julio. *La dinastía de los Banu Di L-Nun de Toledo.* Tulaytula: Revista de la Asociación de Amigos del Toledo Islámico, n.º 4, 1999, pp. 37-47.
PULIDO PASTOR, A. *Aproximación a la música Ándalusí.* Centro de Estudios Moriscos de Andalucía. Edición electrónica.
REKLAITYTE, IEVA. *El saneamiento en las ciudades andalusíes.* Anales de

Arqueología Cordobesa, n.º 16, 2005, pp. 207-238.
RIBERA, JULIÁN (traducción). *Historia de los jueces de Córdoba, por Aljoxaní.* Imprenta Ibérica, Madrid, 1914.
ROCHER, BEGOÑA. *Ceremonial y protocolo en el califato de Córdoba.* Revista Tulaytula, n.º 11, 2004, pp. 95-132.
Rosado Llamas, M.ª Rosario. *Erotismo en Al Ándalus: la imagen de la mujer como sujeto y objeto sexual.* Revista Jábega, n.º 96, 2008.
ROVIRA I PORT, JORDI, y otro. *Armas y equipos en la Marca Superior de Al Ándalus.* Gladius, vol. XXVI, 2006, pp. 149-174.
RUBIERA MATA, M.ª JESÚS. *La poesía árabe clásica en al-Ándalus: época Omeya.* Música y poesía del sur de al-Ándalus, 1995. Edición electrónica: Cervantes Virtual.
RUIZ SALGADO, LUIS A. *Historia de las armas.* Recurso electrónico: www.lasarmas.com.
SAENZ DE HARO, TOMÁS. *Calahorra Islámica (siglos VIII-XI).* Brocar, 31, 2007.
SÁEZ CASTÁN, JESÚS MIGUEL. *Apuntes para una Historia de al Ándalus.* Universidad de Alicante, 2009. Recurso electrónico.
—. *Análisis crítico de «La civilización hispanoárabe» de Titus Burckhardt.* Tesis doctoral. Universidad de Alicante, 2009. Recurso electrónico.
SÁNCHEZ ALBORNOZ, CLAUDIO. *La España Musulmana según los autores islamitas y cristianos medievales. Tomo I.* El Ateneo, Buenos Aires, 1946.
—. *Orígenes del Reino de Pamplona. Su vinculación con el valle del Ebro.* Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1985.
—. *Una ciudad de la España cristiana hace mil años: estampas de la vida de León.* Rialp, Madrid, 1982.
SERRANO-PIEDECASAS, LUIS. *Elementos para una historia de la manufactura textil andalusí (siglos IX-XII).* Studia historica. Historia medieval, n.º 4, 1986, pp. 205-229.
SHAMSUDDÍN ELÍA, R.H. *Al Ándalus I (711-1010).* Coloquio El legado de Al-Ándalus. 800 años de Civilización y Pluralismo Religioso, Buenos Aires, 1996.
—. *Dioscórides rescatado por los árabes.* Centro Islámico de la República, Buenos Aires, Argentina, 2009. Recurso electrónico.
—. *El Jardín en la tradición islámica.* Organización islámica argentina. La civilización del Islam. Edición electrónica. 6.º Documento.
—. *La Medicina en Al Ándalus.* Organización islámica argentina. La civilización del Islam. Edición electrónica. 31.º Documento.
—. *La música en el Islam.* Organización islámica argentina. La civilización del

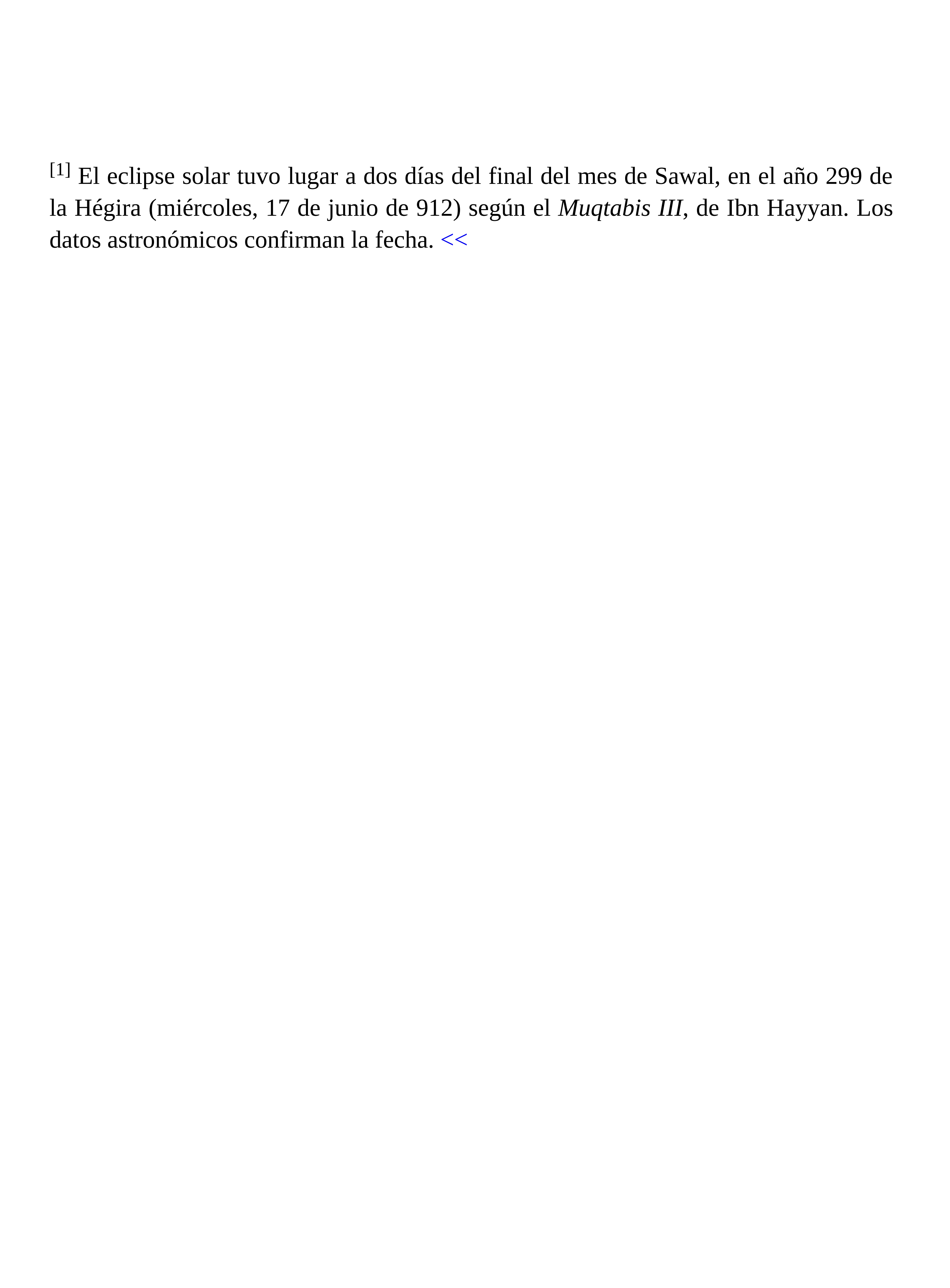
Islam. Edición electrónica. 27.º Documento.
—. *Los aromas de Al Ándalus.* Organización islámica argentina. La civilización del Islam. Edición electrónica. 25.º Documento.
SOBH, MAHMUD. *La poesía árabe, la música y el canto.* Anaquel de Estudios Árabes, n.º 6, 1995.
SOUTO, JUAN A. *El noroeste de la Marca Superior de Al Ándalus en época Omeya*. Boletín de la Asociación Española de Orientalistas, 1995.
—. *El poblamiento del término de Zaragoza (siglos VIII-X).* Anaquel de Estudios Árabes, n.º 3, 1992.
—. *La sociedad islámica en la Marca Superior de Al Ándalus.* Historia de Aragón. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1996.
—. *La vida cotidiana en el Toledo islámico.* Regreso a Tulaytula: guía del Toledo islámico: siglos VIII-XI, 1999, pp. 185-208.
SOUTO, JUAN A. y VIGUERA, MARÍA J. *Aportaciones al estudio de una madina andalusí de Frontera: Tudela.* Frontières et espaces Pyrénéens au moyen age. Université de Perpignan, 1992.
TERESA DE CASTRO (ilustraciones). *El consumo de vino en Al Ándalus.* XIV Jornades D'Estudis Històrics Locals, Mallorca, 1996.
TURIENZO VEIGA, GUSTAVO. *Observaciones sobre el comercio de Al Ándalus.* Universidad Complutense. Tesis doctoral, Madrid, 2002. Edición electrónica.
Valdeón, Julio. *El Califato de Córdoba.* Cuadernos de Historia 16, n.º 3, Madrid, 1995.
VALDÉS FERNÁNDEZ, FERNANDO. *Aproximación al consumo de hašiš en Al Ándalus.* Estudios de historia y de arqueología medievales, n.º 3-4, 1984.
—. *En torno a la divinización del Califa.* Cuadernos de prehistoria y arqueología, n.º 4, 1977, pp. 177-187.
VIDAL CASTRO, FRANCISCO. *Los cautivos en al-Ándalus durante el Califato Omeya de Córdoba.* BIBLID. Meah, Sección árabe-Islam.(2008) 57, pp. 359-398.
VIGUERA MOLINS, María Jesús. *Aragón Musulmán.* Mira Editores, Zaragoza, 1998.
—. *La organización militar en Al Ándalus.* Revista de Historia Militar, año XLV, n.º extraordinario, 2001.
—. *La Rioja en Al Ándalus (siglos VIII al XII).* La Rioja, tierra abierta: Catedral de Calahorra, 2000. Edición electrónica.
—. *Lengua árabe y lenguas románicas.* Revista de Filología Románica, 19, 2002, pp. 45-54.
—. *Los distritos de la Marca Superior (Siglos IX y X).* Atlas de Historia de

Aragón, Institución Fernando el Católico, Zaragoza. Edición electrónica.
—. *Noticias sobre el Aragón Musulmán.* Aragón vive su historia: II Jornadas Internacionales de Cultura Islámica, Teruel, 1988.
VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. JAVIER. *Panorama de las vías de comunicación en Navarra durante la Alta Edad Media (siglos VIII-XII).* Espacio, tiempo y forma, serie III, Historia Medieval, n.º 8, 1995.
—. *Sistemas defensivos de la Castilla primitiva.* Espacio, Tiempo y Forma, serie III, Historia Medieval, n.º 16, 2003.
VIÑAS VALLE, CARLOS. *Batalla de Valdejunquera o de Muez*, 2009. Recurso electrónico.
WARCZAKOWSKI, MICHAL. *Slavs of Muslim Spain*, 2004. Recurso electrónico.
YELO TEMPLADO, ANTONIO. *El monacato mozárabe.* La Cueva de La Camareta, X, Murcia, 1993, pp. 453-466.
ZANÓN, JESÚS. *Un itinerario de Córdoba a Zaragoza en el siglo X.* Al-Qantara: Revista de Estudios Árabes, vol. 7, fasc. 1, 1986, pp. 31-52.



CARLOS AURENSANZ es licenciado en Veterinaria por la Universidad de Zaragoza y desarrolla su actividad profesional en el campo de la salud pública. Aunque su interés por la Historia no es reciente, para él fue un hallazgo la lectura del «Muqtabis», una crónica árabe escrita mil años atrás, en la que el historiador Ibn Hayyan relata, entre otros, los apasionantes acontecimientos ocurridos en torno a la ciudad natal del autor, Tudela, en aquella época convulsa. Tres años de investigación y de trabajo sobre este momento de la Historia, han dado como fruto «Banū Qasī», su primera novela.

Notas



[1] El eclipse solar tuvo lugar a dos días del final del mes de Sawal, en el año 299 de la Hégira (miércoles, 17 de junio de 912) según el *Muqtabis III*, de Ibn Hayyan. Los datos astronómicos confirman la fecha. <<

[2] Salón Perfecto del alcázar de Qurtuba o Salón del Trono. <<

[3] Las Alpujarras. <<

[4] La actual Alhambra de Granada. <<

[5] Tomado y adaptado de Ibn Hazm, *El collar de la paloma*. <<

[6] Domingo, 20 de marzo de 914. <<

[7] Posiblemente Cerro Torrón, entre Ojén y Marbella. <<



[8] Según el calendario perpetuo, la noche en que se produce este ataque, la del 27 de mayo de 914, había luna nueva. <<

[9] Tomado de Ibn Hayyan, *Muqtabis V*. <<

[10] *As Sayyida al-kubra*: Gran Señora. <<

[11] Poema atribuido a Ibn Rabbihí. Ibn Hayyan. *Muqtabis V*. <<

[12] Cuentos tomados del *Mathnawi*, de Jalal al Din Rumi. <<

[13] Finales de julio de 915. <<



[14] Tomado de Ibn Hayyan. Crónica del califa Abdarrahman III An-Nasir entre los años 912 y 942, *Muqtabis V*. <<



[15] O Sant Astíban, ubicada en el monte donde más tarde se edificaría la Alhambra de Granada. <<



[16] Tribu bereber del norte de África, aliada con los omeyas en su enfrentamiento con los fatimíes. Sus miembros eran conocidos por su destreza con los caballos: la palabra «jinete» deriva del término *zeneta*. <<

[17] San Esteban de Gormaz. <<



[18] Umar ibn Hafsún murió, según las crónicas musulmanas, el lunes 1 de febrero de 918. <<

[19] Relato basado en la crónica de Ibn Hayyan, *Muqtabis V*. Por su interés en cuanto al lenguaje utilizado, he reproducido algunos de los términos empleados por el cronista. <<

[20] Sigo en los aspectos toponímicos el criterio de don Francisco Ortiz Lozano (véase «Bibliografía»), que identifica ambos lugares con el Castillón del Gaytán y el pico del Almorchón respectivamente, próximos ambos a las Mesas de Villaverde, donde se ubica Bobastro, sobre las gargantas del río Guadalhorce y la actual ermita de Villaverde, en la carretera que une Álora y Ardales a través del embalse de los Gaitanes, todo ello en la provincia de Málaga. <<

[21] El Vado de la Victoria. <<

[22] Miércoles, 19 de julio de 920. <<



[23] Lugar de localización incierta, posiblemente Montejurra, en las proximidades de Estella y del emblemático castillo de Deio. <<

[24] La batalla de Muez tuvo lugar el 26 de julio de 920, en los valles que abarcan las actuales poblaciones navarras de Muez, Riezu, Irujo, Arguiñano, Iturgoyen y Guembe. <<

[25] Salinas de Oro. <<

[26] Tomado del documento fundacional del monasterio de San Martín, contenido en el Cartulario de Albelda. Aunque considerado apócrifo, fruto de una falsificación posterior quizá del siglo XII, su interés es indudable. <<

[27] Aunque el historiador Ibn Hayyan, autor de crónicas fundamentales para el conocimiento de la época como *Al Muqtabis*, vivió casi un siglo más tarde, aprovecho este pasaje para rendir un pequeño homenaje a los historiadores hispanoárabes que hicieron llegar hasta nosotros a través de sus crónicas el conocimiento de una época fundamental de la historia de Occidente. Citaré a aquellos cuyas obras me han resultado más útiles, a través del estudio y la interpretación llevada a cabo por los historiadores contemporáneos, para la documentación de esta trilogía. Son el propio Ibn Hayyan, Arib ibn Sa'id, Al Udrí, Ibn al Qutiyya, Ibn al Faradi, Ibn Said, además del autor de *Una crónica anónima de Abd al Rahman III*. <<

[28] Posiblemente se refiera a la ruta por la que discurre la actual carretera entre Carcastillo y Aibar, y no al desfiladero por el que desciende el río Aragón, de difícil tránsito para un ejército numeroso y bien pertrechado. <<

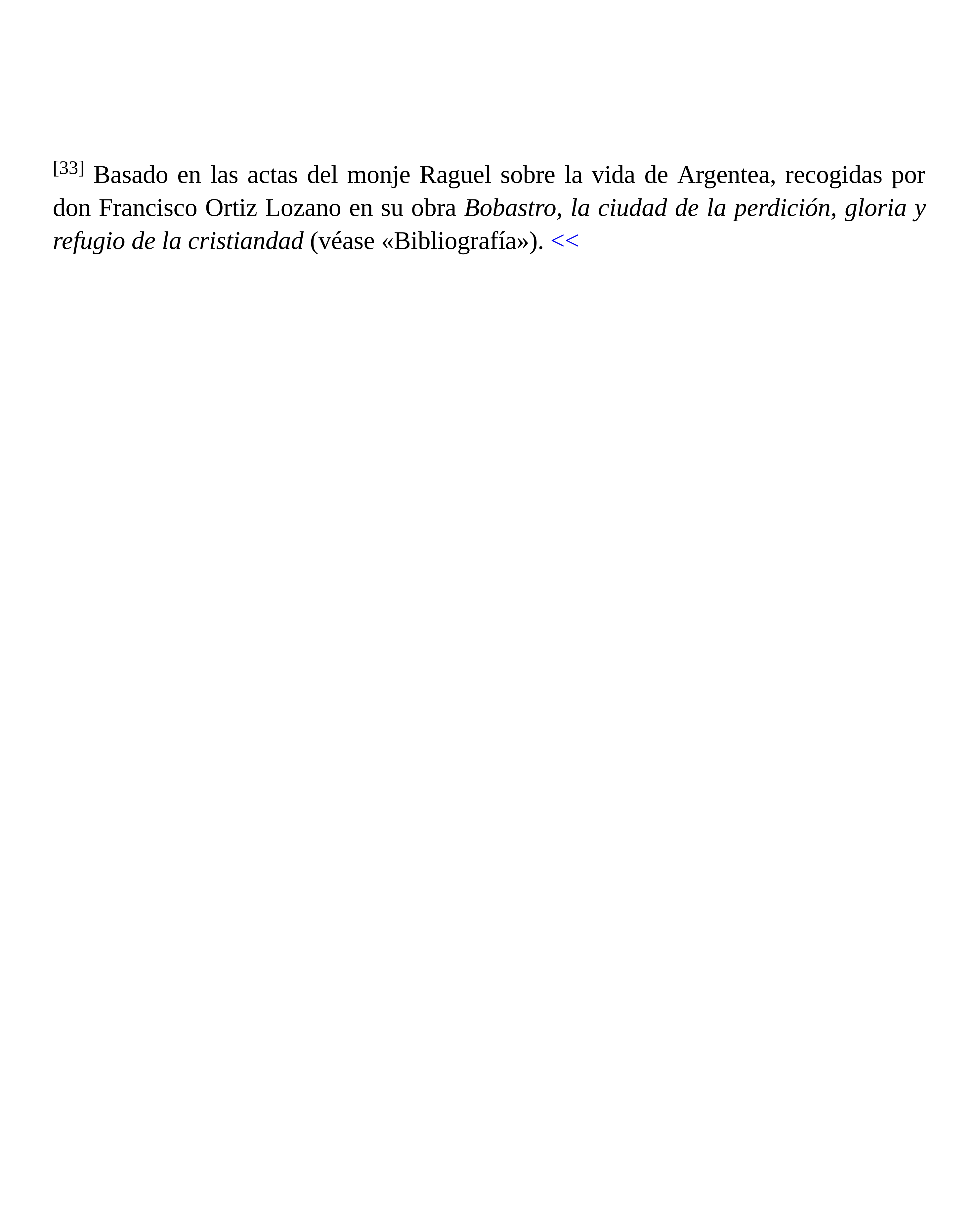
[29] A tres días del fin de Rabí de 312, 1 de agosto de 924. <<



[30] Adaptado a partir de un poema que figura en un episodio distinto referido en*Al Muqtabis*, de Ibn Hayyan. <<

[31] Fortaleza de Astíban, o Sant Astíban, ubicada en el lugar donde posteriormente se alzaría la Alhambra de Granada. <<

[32] *In polo*: «En el cielo.» <<



[33] Basado en las actas del monje Raguel sobre la vida de Argentea, recogidas por don Francisco Ortiz Lozano en su obra *Bobastro, la ciudad de la perdición, gloria y refugio de la cristiandad* (véase «Bibliografía»). <<



[34] Datación según el uso habitual de la época, siguiendo la Era Hispánica, que suma 38 años a la que corresponde en la Era Cristiana, el año 927 en este caso. <<

[35] Corán, LIX, 2. <<

[36] Íbid. <<

[37] Corán, LXVIII, 20. <<

[38] 31 de enero de 928. La conquista de Burbaster se había producido cuatro días antes. Esta carta reproduce, con algunas modificaciones, el texto que aparece en *Al Muqtabis* de Ibn Hayyan, págs. 173 y siguientes (véase «Bibliografía»). <<

[39] «El que lucha por la religión de Allah.» <<

[40] *La descripción del Paraíso*, de Abd al Malik ibn Habib (m. 853). <<